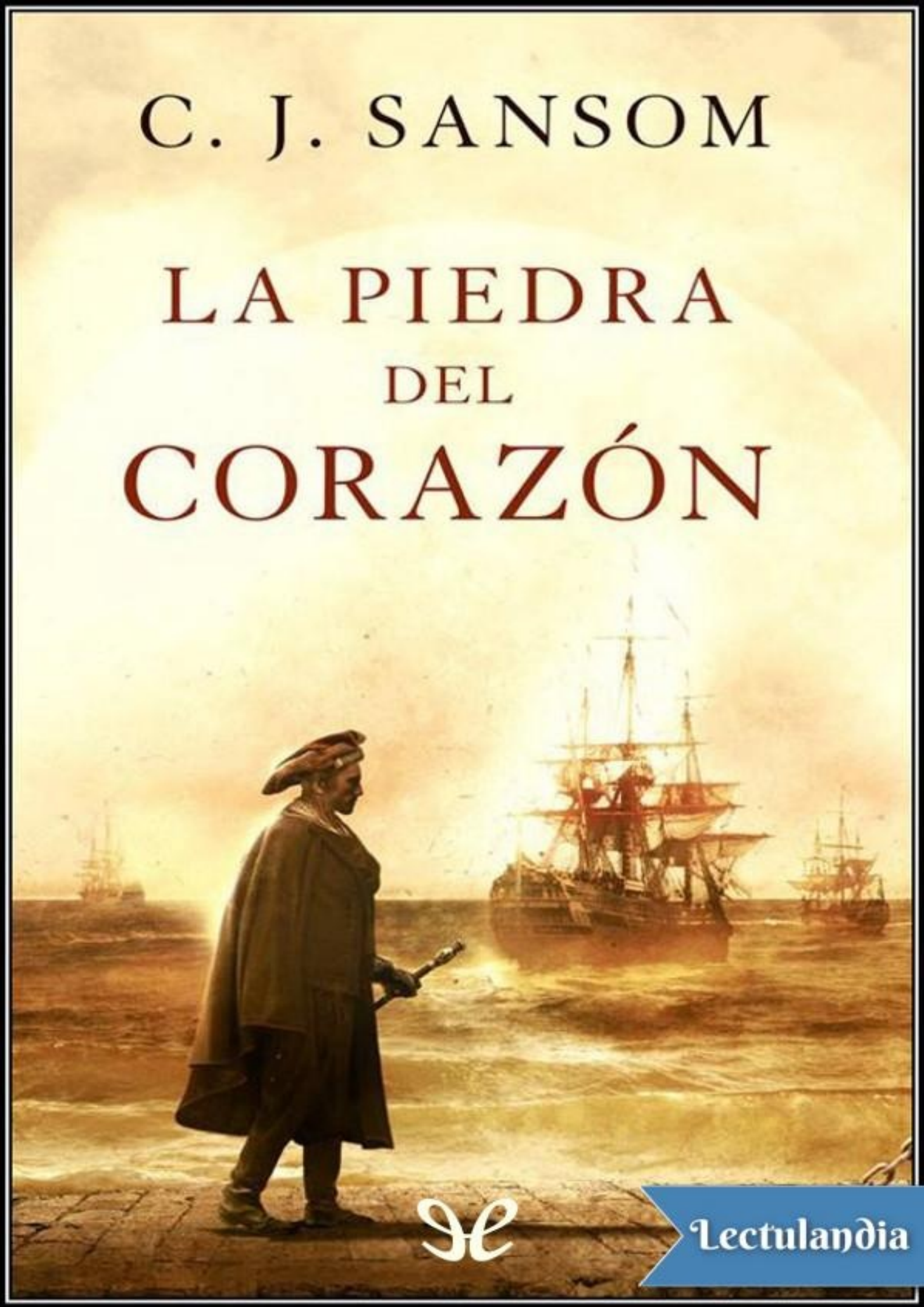
C. J. SANSOM

LA PIEDRA DEL CORAZÓN



Lectulandia

1545. El abogado Matthew Shardlake viaja con su ayudante, Barak, hasta Portsmouth para investigar el caso de un joven guarda de la corte víctima de chantaje e involucrado en un asesinato. La ciudad, a punto de convertirse en un campo de batalla, es el lugar más peligroso del reino: el ejército inglés está destacado allí para luchar contra las tropas francesas.

En este ambiente hostil, Shardlake sigue las pistas que le ha proporcionado una antigua sirvienta de la reina Catalina Parr. Una de ellas lo conduce a la sórdida prisión de Bedlam, donde Ellen Fettipa cumple condena y tiene mucho que contar sobre cómo acabó entre rejas y la infame persecución que sufrió su familia, relacionada con la muerte que investiga Shardlake. El destino hace que este se reencuentre con un viejo amigo y un antiguo enemigo cercano al trono, quienes lo ayudarán en sus pesquisas. El Mary Rose, el emblemático y temido navío de Enrique VIII, será testigo de las más terribles y sorprendentes revelaciones, gracias a las cuales Shardlake conseguirá resolver el caso.

C. J. Sansom, con su habitual estilo elegante e incisivo, recrea uno de los periodos más vibrantes y significativos de la historia de Inglaterra. De la mano de su personaje más aclamado, Shardlake, nos adentra en la corte de los Tudor y en la vida de sus miembros, nobles y villanos, hasta descubrir sus secretos más oscuros.

Lectulandia

C. J. Sansom

La piedra del corazón

Matthew Shardlake - 5

ePub r1.0
Ablewhite 24.04.2018

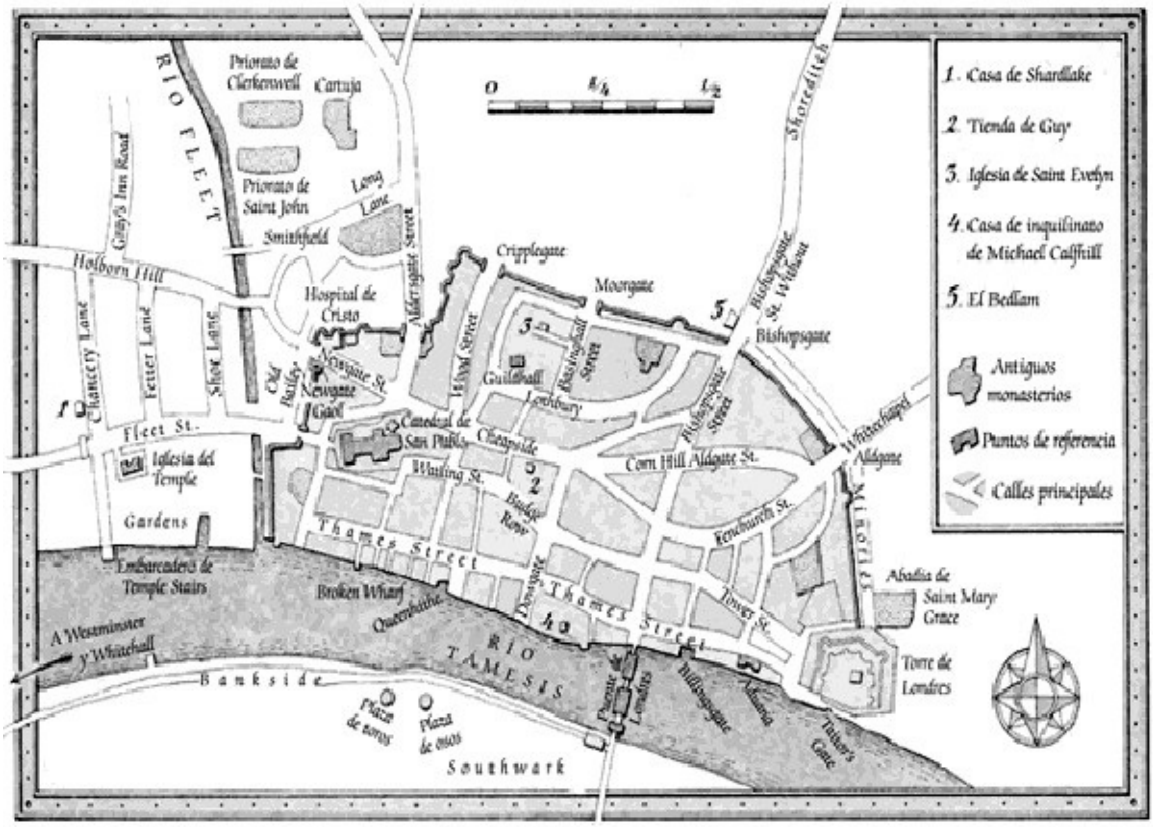
Título original: *Heartstone*
C. J. Sansom, 2010
Traducción: Silvia Komet y Carlos Mayor

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Londres



Capítulo 1

Aquella tarde de verano el cementerio estaba tranquilo. Las ramas arrancadas de los árboles por los vendavales que habían arrasado el país durante el tormentoso junio de 1545 cubrían el sendero de grava. En Londres nos habíamos salvado a duras penas y solo el remate de unas pocas chimeneas había volado, pero en el norte los vientos habían causado estragos. La gente hablaba de piedras de granizo grandes como puños y con forma de cara. Pero los rumores, a medida que circulan, se vuelven cada vez más exagerados, como cualquier abogado sabe.

Había pasado toda la mañana en mi bufete de Lincoln's Inn trabajando en unos expedientes nuevos para la Audiencia de Ruegos, aunque la vista no se celebraría hasta el otoño; se había declarado feria judicial antes de lo habitual por orden del rey, debido a la amenaza de invasión.

En los últimos meses estaba cada vez más inquieto con el papeleo. Con pocas excepciones, se presentaban una y otra vez los mismos casos en la Audiencia de Ruegos: los propietarios querían echar a los arrendatarios a fin de dedicar las tierras al pastoreo de ovejas para el comercio de lana, más lucrativo, o trataban, por la misma razón, de apropiarse de los ejidos de los pueblos, de los que dependían los pobres. Casos dignos, pero siempre lo mismo. Y mientras trabajaba no paraba de recorrer con la mirada la carta de Hampton Court que había traído un mensajero. Estaba en un rincón de mi escritorio: un rectángulo blanco con su sello de lacre brillante en el centro. La carta me preocupó sobre todo por su falta de datos. Al final, incapaz de pensar en otra cosa, decidí dar un paseo.

Al salir del bufete vi que una florista, una muchacha joven, había logrado sortear la guardia de Lincoln's Inn. Estaba en un rincón de Gatehouse Court, con un vestido gris y un delantal sucio, el rostro enmarcado por una toca blanca, ofreciendo ramilletes a los abogados que transitaban por allí. Al pasar por su lado, exclamó que era viuda de guerra. Llevaba alhelíes en la canasta, lo que me recordó que hacía casi un mes que no visitaba la tumba de mi pobre ama de llaves; los alhelíes eran las flores favoritas de Joan. Le pedí un ramo, que me tendió con una mano visiblemente curtida por el trabajo, y le di medio penique, que agradeció con cortesía pero mirada fría. Crucé por debajo de la Great Gate, salí al recién adoquinado Chancery Lane y fui subiendo hasta la pequeña iglesia de arriba.

Mientras caminaba me reprendí por mi descontento y me dije que muchos de mis colegas envidiaban mi posición de abogado de la Audiencia de Ruegos, y que de vez en cuando el letrado de la reina ponía algún caso lucrativo en mis manos. No obstante, tal como me recordaron todos los rostros pensativos y preocupados con que me cruzaba por la calle, vivíamos momentos que bastaban para alterar la paz de espíritu de cualquiera. Decían que los franceses habían reunido treinta mil hombres

en sus puertos del Canal, listos para invadir Inglaterra con una gran flota de buques de guerra, algunos incluso con caballerizas a bordo. Nadie sabía por dónde llegarían, de modo que se reclutaba a los hombres del país para enviarlos a diferentes lugares de la costa. Todos los buques de la Armada Real se habían hecho a la mar y se confiscaban grandes mercantes que se adaptaban para la guerra. El rey ya había impuesto tributos sin precedentes para costear su invasión a Francia del año anterior, que había resultado un fracaso absoluto, y hacía un año que había tropas inglesas sitiadas en Boulogne. Y ahora, encima, era posible que la guerra nos llegara a casa.

Entré en el camposanto. Por mucho que uno carezca de devoción, la atmósfera de un cementerio estimula la reflexión silenciosa. Me arrodillé y dejé las flores en la sepultura de mi ama de llaves. Joan se había ocupado de mi casa durante casi veinte años. Cuando llegó, era una viuda de cuarenta años —y yo, un joven inexperto que acababa de obtener el título de abogado—, sin familia, y había dedicado el resto de su vida a atender mis necesidades, callada, eficiente, amable. Contrajo la gripe en primavera y murió en menos de una semana. La echaba profundamente de menos, sobre todo porque todos estos años había dado por sentada su devota asistencia. La diferencia con el desgraciado que tenía ahora por mayordomo era terrible.

Me levanté con un suspiro y me crujieron las rodillas. La visita a la tumba me había calmado, a pesar de agitar esos humores melancólicos de los que era presa habitual. Anduve entre las lápidas porque había otros conocidos en aquel lugar. Me detuve delante de una de fino mármol:

ROGER ELLIARD
ABOGADO DE LINCOLN’S INN
AMADO ESPOSO Y PADRE
1502-1543

Recordé una conversación mantenida con Roger poco antes de su muerte, hacía dos años, y sonreí con tristeza. Hablamos de que el rey había malgastado en palacios y pompas las riquezas obtenidas de los monasterios y comentamos que el monarca no había hecho nada para reemplazar la modesta ayuda que los monjes prestaban a los pobres. Apoyé la mano sobre la lápida y dije en voz baja: «Ay, Roger, si vieras lo que el monarca nos ha echado ahora encima». Una anciana que arreglaba unas flores en una tumba cercana se volvió y frunció el ceño al ver a un abogado jorobado que hablaba con los muertos. Así que me alejé.

Cerca de allí, había otra lápida que, al igual que la de Joan, yo había mandado poner en aquel lugar, pero con una breve inscripción:

GILES WRENNE
ABOGADO DE YORK

No toqué aquella lápida, ni me dirigí al anciano que yacía debajo, pero recordé cómo había muerto Giles. Desde luego, con todo aquello me estaba poniendo de un humor aún más sombrío.

De repente, un ruido ensordecedor me sobresaltó. La anciana se puso de pie y miró alrededor con los ojos abiertos de par en par. Me pregunté qué pasaba. Me dirigí al muro que separaba el cementerio de Lincoln's Inn Fields, abrí la puerta de madera, pasé al otro lado y me quedé mirando, asombrado.



Lincoln's Inn Fields era un espacio amplio, un terreno abierto y vacío donde los estudiantes de Derecho cazaban conejos en la colina cubierta de hierba de Coney Garth. Por lo general, un martes por la tarde apenas se veían unas pocas personas cruzar por allí, pero aquel día había una muchedumbre que observaba a unos cincuenta hombres jóvenes, muchos de ellos en camisa y jubón, algunos con la toga azul de los aprendices, formados en cinco desordenadas filas. Algunos parecían irritados, otros atemorizados o entusiasmados. La mayoría llevaba los arcos que se exigía a los hombres en edad militar para hacer prácticas de tiro, aunque muchos desobedecían la norma y preferían los juegos de bolos, dados o naipes, ahora ilegales para quienes no tenían la condición de caballeros. Los arcos de guerra tenían más de metro y medio de largo y eran más altos que muchos de sus dueños. Algunos, sin embargo, llevaban arcos más pequeños, y, unos pocos, de madera ordinaria de olmo en lugar de la de tejo. Casi todos tenían muñequera de cuero en un brazo y guante en la mano del otro e iban con los arcos encordados, listos para disparar.

Un soldado de mediana edad, rostro cuadrado, barba negra y mirada ceñuda trataba de ordenarlos en filas de diez. Estaba resplandeciente con el uniforme de las Trained Bands, las milicias de Londres: jubón blanco con mangas, calzas que dejaban ver el forro rojo y un yelmo redondeado y bruñido.

A unos doscientos metros estaban los blancos del campo de tiro, unos montículos de tierra cubiertos de hierba de unos dos metros de alto. Era allí donde debían practicar todos los domingos los hombres aptos para el servicio. Entorné los ojos y divisé un muñeco de paja vestido con harapos, con un maltratado casco en la cabeza y una tosca flor de lis francesa pintada en la frente. Me di cuenta de que se trataba de otro pase de revista para comprobar las habilidades de los hombres y ver cuáles enviar a los ejércitos que se reunirían en la costa y cuáles a los buques de la Corona. Me alegré de ser un jorobado de cuarenta y tres años y, por lo tanto, estar exento del servicio militar.

Un hombrecillo regordete montado en un magnífico caballo gris observaba los movimientos de los hombres. El caballo, con los colores de la ciudad de Londres,

llevaba una placa de metal sobre el morro con dos agujeros para los ojos que hacía que la cabeza pareciera un cráneo. El jinete iba con media armadura, brazos y torso embutidos en una malla brillante, y una pluma de pavo real en el gorro negro que se agitaba al viento. Reconocí a Edmund Carver, uno de los regidores mayores del municipio, al que había hecho ganar un caso hacía dos años. Parecía incómodo con su armadura y se movía con torpeza sobre el caballo. Era una persona bastante decente, del Gremio de los Merceros, cuyo principal interés, recordé, era la buena comida. A su lado había dos soldados de las milicias de Londres. Uno con una trompeta larga y el otro con una alabarda. Cerca de ellos estaba el escribiente, en jubón negro y con un escritorio portátil colgado al cuello con un fajo de papeles.

El soldado de la alabarda dejó su arma y cogió media docena de carcajes de piel. Recorrió la primera fila de reclutas y fue dejando las flechas en el suelo. El militar al mando seguía evaluando con mirada severa a los hombres que tenía delante. Supuse que sería un oficial profesional, como el que había conocido hacía cuatro años en el viaje del rey a York. Probablemente ahora trabajaba con las Trained Bands, milicias de soldados voluntarios organizadas en Londres hacía pocos años, que se entrenaban los fines de semana.

Se dirigió a los hombres con voz sonora y convincente:

—¡Inglaterra necesita de hombres que la sirvan en su hora de mayor peligro! Los franceses se preparan para invadirnos, para provocar muerte y destrucción sobre nuestras mujeres e hijos. ¡Pero aún recordamos la batalla de Agincourt! —Hizo una pausa con gesto teatral.

—¡Sí! —gritó Carver, seguido de los reclutas.

—Sabemos por Agincourt que cada inglés vale lo que tres franceses —continuó —. ¡Y nuestros legendarios arqueros irán a su encuentro! Aquellos que resulten escogidos hoy recibirán un tabardo y tres peniques diarios. Ahora veremos —añadió en tono más severo— quiénes han practicado cada semana como exige la ley y quiénes no. Aquellos que no lo hayan hecho… —se calló un instante para añadir dramatismo al discurso— serán simple leva en lugar de soldados armados de pica para enfrentarse a los franceses. ¡No crean que hacerlo mal los salvará de ir a la guerra!

Recorrió con la mirada a los hombres, que se removían y parecían nerviosos. El oficial de barba oscura tenía una expresión de dureza y enfado.

—Cuando vuelva a sonar la trompeta —indicó—, cada hombre disparará seis flechas al blanco, lo más rápido que pueda, empezando por la izquierda de la primera fila. Hemos preparado ese muñeco especialmente para vosotros, para que veáis en él a un franchute que viene a violar a vuestra madre… ¡si es que tenéis madre!

Observé a la chusma expectante. Había golfillos entusiasmados y tipos mayores, muy pobres, pero también algunas muchachas de aspecto preocupado, quizás esposas o novias de los hombres allí reunidos.

El soldado volvió a hacer sonar la trompeta. El primer hombre, un muchacho

corpulento y bien parecido, con un jubón de piel, dio un paso al frente, cogió una flecha y la dispuso en su arco. Acto seguido y con un movimiento rápido y fluido, se echó atrás, se enderezó y disparó. La flecha trazó un gran arco y acertó en la flor de lis del espantapájaros con un sonido seco; el muñeco se sacudió como un ser vivo. En menos de un minuto había disparado otras cinco flechas con igual puntería. Los niños lo vitorearon, y el arquero sonrió e inclinó sus anchos hombros.

—¡No está mal! —gritó el oficial—. Ve a que anoten tu nombre.

El nuevo recluta caminó hacia el escribiente y agitó el arco en dirección al gentío.

El siguiente era un muchacho alto y desgarbado de unos veinte años, en camisa blanca. Tenía un arco de olmo y parecía nervioso. Noté que no llevaba ni muñequera ni guante. El oficial lo miró con gesto adusto mientras el joven se apartaba un mechón de los ojos. Se agachó, cogió una flecha y la encajó en el arco. Se inclinó hacia atrás con esfuerzo evidente y disparó. La flecha se quedó corta y se clavó en la hierba. Al tirar del bordón, el muchacho había perdido el equilibrio y, de no haber saltado sobre una pierna, se habría caído, lo que hizo reír a los niños.

La segunda flecha se desvió y se clavó a un lado del blanco, mientras el muchacho gritaba de dolor y se agarraba la mano, que le sangraba. El oficial lo miró enfadado.

—Me parece que no has practicado. Ni siquiera sabes soltar el bordón como es debido. ¡Irás a la infantería! ¡Un joven alto como tú resultará muy útil en el combate cuerpo a cuerpo! —El muchacho se asustó—. ¡Vamos! —gritó—, aún te faltan cuatro flechas. No te preocupes por la mano. Al público le van bien unas risas.

Me di la vuelta. En una oportunidad me habían humillado en público y no era un espectáculo agradable de ver.



Cuando regresé a Gatehouse Court, la florista ya no estaba. Entré en el bufete y Skelly, mi joven amanuense, copiaba algunos documentos en el primer despacho. Estaba inclinado sobre el escritorio y examinaba el texto con las gafas puestas.

—Hay un pase de revista en Lincoln’s Inn Fields —le dije.

Skelly levantó la mirada.

—Me han dicho que las Trained Bands tienen que reclutar diez mil hombres para la costa sur —respondió con su voz queda habitual—. ¿Cree de verdad que los franceses van a invadir, señor?

—No lo sé —le lancé una sonrisa tranquilizadora—. Pero a ti no te van a llamar. Tienes mujer y tres hijos; además, llevas gafas.

—Eso espero, señor, y rezo por ello.

—Estoy seguro. ¿No ha vuelto Barak de Westminster? —pregunté echando una mirada al escritorio vacío de mi ayudante.

Lo había enviado a la Audiencia de Ruegos a presentar unas declaraciones.

—No, señor.

Fruncí el ceño.

—Espero que Tamasin esté bien.

—Estoy seguro de que solo se ha demorado en coger la barca en el río —sonrió Skelly—. Ya sabe lo ajetreado que está todo con los barcos de pertrechos.

—Ya. Dile a Barak cuando llegue que venga a verme.

Entré en mi despacho dudando de si Skelly me vería exageradamente preocupado. Pero Barak y su mujer, Tamasin, eran buenos amigos míos. Tamasin estaba en el séptimo mes de embarazo; su primer hijo había nacido muerto. Me dejé caer en la silla con un suspiro y volví a los pormenores de una demanda pendiente. Sin embargo, mis ojos se escaparon de nuevo hacia la carta que seguía en una esquina del escritorio. Me obligué a apartar la vista, pero mis pensamientos se centraron en el pase de revista, en la invasión y todos esos muchachos masacrados en combate.

Miré por la ventana y sonreí al ver la figura alta y delgada de mi viejo enemigo Stephen Bealknap cruzar el patio soleado. Últimamente andaba encorvado y, con la toga negra de abogado y la toca blanca, parecía una urraca enorme buscando gusanos en la tierra.

Bealknap de repente se irguió y miró al frente: vio a Barak que cruzaba el patio en dirección a él, con la bolsa de piel balanceándose de su hombro. Noté la barriga protuberante de mi ayudante bajo el chaleco verde. La cara también estaba cada vez más regordeta, cosa que suavizaba sus facciones y lo hacía parecer más joven. Bealknap se dio la vuelta y se dirigió deprisa hacia la capilla. Hacía dos años ese hombre extraño y mezquino había contraído una deuda conmigo por una pequeña cantidad. Personaje atrevido donde los haya y para quien era una cuestión de orgullo no soltar jamás un penique, daba media vuelta y se alejaba siempre que me veía, lo que era motivo de chanzas en los juzgados. Evidentemente, ahora también evitaba a Barak. Mi ayudante se detuvo y se rio al verlo escabullirse. Me sentí aliviado; estaba claro que no le había pasado nada a Tamasin.

Al cabo de unos minutos entró en mi despacho.

—¿Todo bien con las declaraciones? —le pregunté.

—Sí, pero me ha costado mucho coger una barca desde el embarcadero de Westminster. El río está lleno de chalanas con pertrechos militares. Han tenido que encallar las barcas en la orilla para hacerles sitio. Y en el muelle de la Torre hay un gran buque de guerra. Creo que vino de Deptford para que la gente pudiera admirarlo, pero no he visto público en la orilla.

—La gente ahora ya se ha acostumbrado a ellos. Era diferente cuando zarpaban el *Mary Rose* o el *Great Harry*; cientos de personas se reunían para vitorearlos. —Señalé el taburete delante del escritorio—. Pasa, siéntate. ¿Cómo está hoy Tamasin?

Tomó asiento y sonrió con ironía.

—De mal humor, agobiada por el calor y con los pies hinchados.

—¿Sigue segura de que será niña?

—Sí, ayer consultó a una adivina de Cheapside y, claro, le dijo lo que ella quería oír.

—¿Y tú estás seguro de que será niño?

—Completamente. Por lo demás, Tammy insiste en seguir como si nada, pero le he dicho que las damas de buena casa se retiran a sus aposentos ocho semanas antes del parto. Pensé que eso la haría parar, pero no.

—¿Solo faltan ocho semanas?

—Eso dice Guy. Irá mañana a visitarla. En fin, tiene a la señora Marris que la cuida. Tammy se alegra cuando ve que me voy al trabajo. Dice que la estorbo.

Sonreí. Barak y Tamasin eran ahora felices. Tras la muerte de su primer hijo habían pasado un mal momento y ella lo había abandonado. Pero él la recuperó con una perseverancia firme y afectuosa de la que, hasta entonces, yo no lo creía capaz. Lo ayudé a encontrar una pequeña casa en los alrededores y una criada eficiente: la señora Marris, una amiga de Joan que había trabajado de nodriza y estaba acostumbrada a los niños.

—He visto a Bealknap dar media vuelta para evitarte —comenté señalando la ventana con la cabeza.

—Sí —se rio—, últimamente ha empezado a hacerlo. Tiene miedo de que le pida esas tres libras que me debe. ¡Qué cretino! Tendría que pedirle cuatro teniendo en cuenta cómo ha caído el valor del dinero —sugirió con un brillo malicioso en los ojos.

—Sabes, a veces me pregunto si el amigo Bealknap está cuerdo. Hace dos años que se pone en ridículo evitándome y ahora lo hace también contigo.

—Y cada vez es más rico. Dicen que ha vendido parte del oro que atesoraba a la Casa de la Moneda para que volvieran a acuñarlo y que, ahora que cobrar intereses vuelve a ser legal, presta a la gente para que pague los impuestos.

—Hay algunos en Lincoln’s Inn que han tenido que pedir para pagar el tributo de buena voluntad. Gracias a Dios yo tenía suficiente oro. No obstante, el comportamiento de Bealknap no es indicio de una mente muy equilibrada que digamos.

Barak me lanzó una mirada penetrante.

—Se ha vuelto muy proclive a ver locura en la gente. Eso es porque le dedica mucho tiempo a Ellen Fettiplace. ¿Ha respondido a su último mensaje?

—No empecemos con eso —repliqué con un gesto de impaciencia—. Sí, he contestado y mañana iré al Bedlam.

—Puede que esté loca, pero juega con usted como un pescador que tira del sedal. —Se puso serio y me miró—. Y sabe por qué.

Decidí cambiar de tema.

—Hace un rato he dado un paseo y he visto un pase de revista en Lincoln’s Inn Fields. El oficial amenazaba a los muchachos que no habían practicado suficiente el tiro con arco con mandarlos a servir como piqueros.

—Por muchas leyes que el rey dicte, todo el mundo sabe que solo practican el tiro de forma habitual aquellos a los que les gusta. Es muy difícil, y para ser bueno hay que practicar mucho. —Me miró serio—. No es bueno dictar leyes impopulares y luego obligar a cumplirlas. Lord Cromwell lo sabía, sabía dónde trazar la línea.

—Esta ley la están imponiendo como ninguna otra. Ayer vi a los guardias hacer una redada por las calles para llevarse a los mendigos y vagabundos porque el rey ha ordenado enviarlos a remar a las galeras. ¿Y te has enterado de lo último? Las tropas francesas han llegado a Escocia y los escoceses están preparados para caer también sobre nosotros.

—Vaya. Pues ¿sabe quién hace circular todas esas historias sobre los franceses y los escoceses a punto de invadirnos? ¡Los oficiales de rey! ¡Ellos! Quizá para que el pueblo deje de rebelarse, como hizo en 1536, contra los impuestos y la devaluación de la moneda. Mire esto. —Sacó una pequeña moneda de plata de su bolsa y la dejó sobre la mesa. Luego la cogió y me la enseñó. La cara mofletuda y regordeta del rey me miró—. Una de las nuevas monedas de chelín. Un testón.

—No las había visto.

—Tamasin estuvo ayer de compras con la señora Marris a Cheapside. Hay muchas por allí. Mire qué poco brilla. La plata está tan adulterada con cobre que solo dan ocho peniques de mercancías a cambio. Los precios del pan y la carne se han disparado. Tampoco es que haya mucho pan con todas esas requisas para el ejército. —Los ojos de Barak brillaban de ira—. ¿Y dónde ha ido a parar la plata que falta? Pues a pagar a esos banqueros germanos que le han prestado dinero al rey para la guerra.

—¿De veras piensas que quizá no exista ninguna flota francesa invasora?

—Quizá. No lo sé —vaciló—. Creo que van a tratar de reclutarme —añadió de pronto.

—¿Qué? —Me puse rígido.

—El viernes pasado el alguacil recorrió con unos soldados las casas del distrito para inscribir a todos los hombres en edad militar. Les dije que tenía mujer y un hijo en camino, pero el soldado me respondió que le parecía un hombre sano. Lo mandé a hacer puñetas. El problema es que Tamasin me dijo que ayer volvió. Lo vio por la ventana, pero no le abrió la puerta.

—Ay —suspiré—, esa seguridad tan exagerada que tienes un día te perderá.

—Eso mismo dice Tamasin. Pero no reclutan hombres casados y con hijos. O por lo menos no demasiados.

—Hay que tomarse en serio a los que mandan. Pienso que habrá un intento de invasión. Si no, ¿para qué reclutan a todos esos miles de soldados? Deberías tener cuidado.

Barak parecía rabioso.

—Nada de esto sucedería si el rey no hubiera invadido Francia el año pasado. Cuarenta mil hombres enviados al otro lado del Canal, ¿y para qué? Para que nos

echaran con el rabo entre las patas, salvo los pobres cabrones sitiados en Boulogne. Todo el mundo dice que deberíamos cortar por lo sano, largarnos y hacer las paces, menos el rey. Nuestro querido Enrique es tozudo de ley.

—Lo sé, y estoy de acuerdo.

—¿Se acuerda del otoño pasado, de los soldados que volvían de Francia, tirados por los caminos, harapientos, atormentados por la peste? —Su rostro se ensombreció —. Pues bien, eso a mí no me pasará.

Miré a mi ayudante. En otros tiempos seguro que veía la guerra como una aventura, pero ya no.

—¿Qué aspecto tenía el soldado que fue a buscarte?

—Un tipo corpulento, más o menos de su edad, emperifollado con el uniforme de las milicias de Londres. Parecía un militar de oficio.

—Ya. Creo que hoy estaba a cargo del pase de revista. Un oficial profesional, supongo, y un tipo al que mejor no contrariar, diría.

—Bueno, si revistaba a todos los hombres llamados a filas, esperemos que esté demasiado ocupado para acordarse de mí.

—Esperemos. Si vuelve, ven a verme.

—Gracias —respondió en voz baja.

—A cambio —le dije alargando la mano en busca de la carta que tenía en la esquina del escritorio—, me gustaría saber tu opinión sobre esto. —Y se la di.

—¿Otro mensaje de Ellen?

—Mira el sello. Lo conoces porque ya lo has visto.

—Es el de la reina. ¿Es del procurador Warner? ¿Otro caso?

—Léela. Me preocupa.

Barak desplegó la carta y la leyó en voz alta.

—«Os agradecería vuestro consejo personal sobre un caso, un asunto privado. Os invito a reuniros conmigo en Hampton Court, a las tres de la tarde de mañana». Está firmada por…

—Lo sé, por la reina Catalina, no por el procurador Warner.

Barak volvió a leerla.

—Es bastante breve. La reina dice que se trata de un pleito. No parece algo político.

—Pero ha de ser algo que la afecta directamente para que escriba de su puño y letra. No puedo evitar acordarme del año pasado, cuando la reina encomendó a Warner que representara a aquel familiar de un sirviente al que acusaron de herejía.

—Su majestad prometió que lo mantendría alejado de cosas de ese tipo. Y es alguien que cumple sus promesas.

Asentí. Hacía más de dos años, cuando la reina Catalina Parr aún era lady Latimer, le había salvado la vida y me había prometido, por un lado, que sería mi protectora y, por el otro, que nunca me involucraría en asuntos políticos.

—¿Cuánto hace que no la ve? —preguntó Barak.

—Desde primavera. Me concedió una Audiencia en Whitehall para agradecerme que hubiera resuelto ese caso tan complicado de sus propiedades en Midland. Después, el mes pasado, me mandó su libro de oraciones. ¿Recuerdas que te lo enseñé? *Oraciones y meditaciones*.

—Una cosa muy lúgubre. —Barak hizo una mueca.

—Sí, efectivamente. —Sonreí con tristeza—. No me había dado cuenta de toda la tristeza que había en ella. Lo acompañó con una nota que decía que esperaba que el libro me volcara en Dios.

—Ella nunca lo ha puesto en situaciones peligrosas para usted. Será otro caso de tierras, ya verá.

Sonreí agradecido. Barak conocía los entresijos del mundo político y yo apreciaba que me tranquilizara.

—¡La reina y Ellen Fettiplace el mismo día! —exclamó en tono jocoso—. Será una jornada muy ajetreada.

—Sí.

Guardé la carta y recordé la última vez que había visitado Hampton Court. La idea de volver a presentarme en aquel lugar me hizo un nudo en el estómago y sentí miedo.

Capítulo 2

Terminé con el papeleo a última hora de la tarde. Barak y Skelly ya se habían ido y volví por Chancery Lane a mi casa, que estaba cerca.

Era un perfecto atardecer de verano, dos días después de San Juan, pero las celebraciones y las hogueras habituales estaban restringidas por orden real. La ciudad estaba bajo toque de queda, con vigilancia extra durante la noche por miedo a que los agentes franceses la incendiaran.

Al llegar, pensé que últimamente ya no sentía el mismo entusiasmo por volver a casa que cuando vivía Joan; al contrario, me invadía cierta irritación. Josephine Coldiron, la hija de mi mayordomo, estaba en el vestíbulo con las manos cogidas en el regazo y expresión ligeramente preocupada en su cara redonda.

—Buenas tardes, Josephine —saludé.

Me respondió con una reverencia e inclinó la cabeza. Un rizo sucio de cabello rubio se le escapó de la toca y se balanceó sobre la frente.

—Lo siento, señor —respondió nerviosa, apartándose el pelo.

—¿Cómo va la cena? —le pregunté con amabilidad porque sabía que me tenía miedo.

Me miró con expresión culpable.

—Todavía no he empezado, señor. Necesito que los muchachos me ayuden a preparar la verdura.

—¿Dónde están Simon y Timothy?

Parecía asustada.

—Eh… con padre, señor. Ahora mismo los voy a buscar para que empiecen. —Y se marchó a la cocina con esos pasitos rápidos de ratón asustado.

Me dirigí al salón. Guy, mi viejo amigo y actual huésped, estaba sentado mirando por la ventana. Se volvió con una débil sonrisa en cuanto entré. Era médico, un hombre de cierto prestigio, pero eso no había impedido que dos meses atrás un grupo de exaltados a la caza de espías franceses destrozara una noche su casa cerca de Old Barge y destrozara su instrumental y las notas que había tomado a lo largo de los años. Él no estaba, de lo contrario lo habrían matado. Daba igual que fuera de origen español; era un extranjero moreno y con un acento extraño. Desde que yo lo había acogido, estaba sumido en una profunda melancolía que me preocupaba.

—¿Qué tal, Guy? —saludé dejando la cartera en el suelo.

—Me he pasado el día sentado aquí. Es extraño: siempre pensé que si no trabajara el tiempo pasaría despacio, pero resulta que ahora se me escurre entre las manos a toda prisa.

—Barak dice que Tamasin está agobiada por el calor. —Me alegró ver el interés que asomó a su rostro.

—La visitaré mañana. Estoy seguro de que está bien, pero eso los tranquilizará. Mejor dicho, lo tranquilizará a él, porque Tamasin se lo toma todo con calma. —Dudó—. Le dije que la visitaría aquí; espero que no lo tomes como una impertinencia.

—Claro que no. Esta es tu casa, ya lo sabes.

—Gracias. Tengo miedo de que vuelva a pasar lo mismo si regreso a casa. El ambiente contra los extranjeros está cada día más envenenado. Mira —dijo señalando la ventana que daba al jardín.

Me acerqué a mirar. William Coldiron, el mayordomo, estaba en el sendero con los brazos en jarras sobre sus huesudas caderas y gesto feroz en su cara cadavérica con un rastrojo de barba grisácea. Mis dos jóvenes criados —Simon, un muchacho alto de catorce años, y el pequeño Timothy de doce— desfilaban envarados delante de él con un palo de escoba al hombro. Coldiron los vigilaba con su único ojo; el otro lo llevaba tapado con un parche negro.

—¡Media vuelta! —ordenó, y los chavales le obedecieron con torpeza.

Oí que Josephine los llamaba desde la cocina. Coldiron miró de pronto la ventana de mi gabinete.

—¡William! —lo llamé con severidad.

Coldiron se volvió hacia los niños y les gritó:

—¡Hala, bribones, vamos a preparar la comida del amo! ¡Me hacéis perder tiempo con estas clases de instrucción militar! —Los muchachos lo miraron con cara de indignación.

—¡Dios mío, qué elemento! —exclamé volviéndome hacia Guy, que meneó la cabeza.

Al cabo de un momento Coldiron apareció en la puerta. Inclinó la cabeza y se quedó en posición de firmes. Como siempre, me costaba mirar esa cara con una cicatriz profunda que iba desde el nacimiento del cuero cabelludo hasta el parche y seguía hasta la comisura de los labios. Cuando lo entrevisté me había contado que hacía unos treinta años lo habían herido con una espada en la batalla de Flodden contra los escoceses. Lo compadecí, como siempre me pasaba con las personas desfiguradas, y aquello influyó para que lo empleara, aunque también el hecho de que debía cuidarme con el dinero, por los dos grandes pagos de impuestos que el rey exigía, y el hombre se conformaba con un salario no muy alto. A decir verdad, no me había caído bien ni siquiera entonces.

—¿Qué estaba haciendo con los muchachos ahí fuera? —le pregunté—. Josephine dice que aún no han empezado a preparar la cena.

—Lo siento, señor. Simon y Timothy me preguntaron por mis tiempos de soldado. Dios lo bendiga, quieren hacer lo que sea para defender a su país de la invasión. Y me dieron la lata para que les enseñara un poco. —Extendió los brazos—. Les impresiona saber que luché contra los escoceses la última vez que nos invadieron y que yo fui quien segó la vida del rey Jacobo IV.

—¿Y nos van a defender con palos de escoba?

—Quizá llegue el momento en que hasta jóvenes imberbes como ellos deban empuñar picas y alabardas. Dicen que los escoceses están dispuestos a marchar contra nosotros, mientras los franceses nos amenazan por el sur. Y me lo creo, conozco a esos pájaros. Y si los espías extranjeros incendian Londres… —Lanzó a Guy una fugaz mirada de reojo.

—No quiero que adiestre a Timothy y Simon —interrumpí cortante—, por muy maravillosos que sean sus conocimientos de las artes de guerra. Las artes que importan ahora son las del gobierno de la casa.

Coldiron ni se inmutó.

—Por supuesto, señor. No permitiré que los muchachos vuelvan a presionarme. —Hizo una reverencia de nuevo y salió de la habitación.

Me quedé mirando la puerta cerrada.

—Él los obligó a salir a adiestrarse —dijo Guy—. Lo he visto. Timothy no quería.

—Coldiron es un bribón mentiroso.

Guy sonrió con tristeza y arqueó una ceja.

—No te creerás que mató al rey de Escocia, ¿verdad?

Solté una carcajada.

—Todos los ingleses que estuvieron en Flodden afirman que fueron ellos. Estoy planteándome despedirlo.

—Tal vez deberías hacerlo —dijo Guy; un comentario raro en él, un hombre muy bondadoso.

—Me da pena su hija —suspiré—. Coldiron la maltrata, como a los muchachos. —Me pasé la mano por la barbilla—. A propósito, mañana tengo que ir al Bedlam a ver a Ellen.

Guy me miró con una expresión de profunda tristeza.

—Si vas allí cada vez que dice estar enferma… en fin, no creo que sea muy provechoso para ninguno de los dos. Por mucho que sufra, creo que no tiene derecho a llamarte a su capricho.



Salí por la mañana temprano para visitar el Bedlam. La noche anterior por fin había tomado una decisión sobre Ellen. No me gustaba lo que pensaba hacer, pero no veía alternativa. Me puse la toga y las botas de montar, cogí la fusta y me dirigí a la caballeriza. Iría a caballo por la ciudad, por las calles más anchas y adoquinadas. *Génesis* estaba en su box comiendo del cubo de forraje. Timothy, cuyas tareas incluían la cuadra, lo acariciaba. Cuando entré, el caballo levantó la cabeza y me dio una bienvenida de alfalfa. Le di una palmada en la quijada y deslicé la mano por sus ásperos bigotes. Hacía cinco años que lo tenía. Por entonces era un joven potro

capado; se había convertido en un animal tranquilo y maduro. Miré a Timothy.

—¿Has mezclado las hierbas que te pedí con el forraje?

—Sí, señor, y le gustan.

Al ver la cara sonriente y de dientes separados de Timothy se me encogió el corazón. Era huérfano, fuera de mi protección no tenía a nadie en el mundo, y yo sabía que sufría profundamente la pérdida de Joan. Asentí y le dije:

—Timothy, si Coldiron os pone a jugar a soldados de nuevo, le dirás que yo lo he prohibido, ¿de acuerdo?

El chico pareció preocupado y cambió el peso de una pierna a la otra.

—Dice que es importante que aprendamos, señor.

—Pues yo digo que sois demasiado jóvenes. Y ahora, tráeme el montadero. Eso es ser un buen chico.

«Tengo que despedir a ese hombre», me dije.



Cabalgué por Holborn Hill y crucé la muralla de la ciudad por la puerta de Newgate, cerca de la cárcel, lúgubre y ennegrecida por el humo. Dos soldados con alabardas vigilaban la entrada del viejo Hospital de Cristo. Había oído que esta, como otras antiguas propiedades monásticas, se usaba para almacenar armas y estandartes reales. Volví a pensar en la aspiración de mi amigo Roger: que los Reales Colegios de Abogados fundaran un nuevo hospital para pobres. Tras su muerte yo había tratado de continuar su trabajo, pero los impuestos para la guerra eran tan grandes que todo el mundo hacía economías.

Mientras cruzaba por Saint Nicholas Shambles un remolino de pequeñas plumas de ganso se escurrió por debajo de la puerta de un patio, lo que hizo que *Génesis* corcoveara nervioso. También se escurría sangre hacia la calle. La guerra implicaba una demanda enorme de flechas para el arsenal real, y supuse que estaban sacrificando gansos por las plumas que necesitaban los armeros. Recordé el pase de revista que había presenciado el día anterior. Ya habían reclutado mil quinientos hombres de Londres para enviarlos al sur, un contingente grande teniendo en cuenta las sesenta mil almas que habitaban la ciudad. Y lo mismo sucedía en todo el país. Ojalá que ese oficial de facciones duras se olvidara de Barak.

Enfilé la calle de Cheapside, bordeada de tiendas, edificios públicos y casas de comerciantes prósperos. Un predicador de larga barba gris que gozaba de gran popularidad entre los protestantes estaba en la escalinata de Cheapside Cross declamando a viva voz:

—¡Dios protegerá nuestras armas, porque los franceses y los escoceses solo son despreciables chupacirios del Papa, instrumentos del diablo para una guerra contra la auténtica fe de la Biblia!

Seguramente era un predicador fanático no autorizado, de esos que tan solo dos

años atrás habrían acabado con los huesos en la cárcel, pero a los que ahora se alentaba porque eran apasionados partidarios de la guerra. Los alguaciles de la ciudad, de uniforme rojo y porra al hombro, patrullaban de un lado a otro. Solo quedaban los más viejos, porque los jóvenes habían marchado al frente. Miraban a la gente como esperando descubrir con sus ojos legañosos a un espía francés o escocés a punto de… ¿qué? ¿De envenenar la comida de los puestos? Tampoco es que hubiera demasiada, porque, como decía Barak, la habían requisado para el ejército, y encima la última cosecha había sido escasa. Un puesto estaba lleno de lo que, para mi asombro, parecían boñigas de oveja, pero cuando me acerqué vi que eran ciruelas pasas. Desde que el rey había legalizado el corso contra los franceses y escoceses, llegaban a los puestos todo tipo de extrañas mercancías de los buques incautados. Recordé las celebraciones de primavera, cuando el corsario Robert Renegar subió por el Támesis como trofeo un buque español cargado de oro de las Indias. A pesar de la ira española, en la corte lo agasajaron como a un héroe.

Había un punto de enojo, diferente del regateo acostumbrado, en las discusiones de precios que tenían lugar en todo el mercado. En un puesto de verduras, una mujer gruesa y rubicunda agitaba un testón de chelín en las narices de un tendero, mientras las alas blancas de su toca se sacudían a causa de su enojo.

—¡Es un chelín! —gritaba—. ¡Con la cabeza de su majestad del rey grabada!

El tendero, con gesto resignado, se cogía las manos y se inclinaba.

—¡No vale casi nada! Equivale a ocho peniques de la vieja moneda… ¡si llega! ¡No es culpa mía! ¡Yo no acuñé esa porquería!

—¡A mi marido le pagan con ella! ¡Y pide usted un penique por una bolsa de esta basura! —La mujer cogió una col pequeña y la agitó en su cara.

—Las tormentas han malogrado la cosecha. ¿No lo sabe? ¡No me gusta que venga aquí a quejarse! —Ahora era el tendero el que gritaba, para deleite de unos pilluelos harapientos que se juntaron allí con un perro flaco que no paraba de ladrar.

—¡Encontraré mejor género en otro puesto! —La mujer soltó la col.

—Con esa chatarra que lleva por dinero… ¡seguro que no!

—Siempre sufren los de abajo —se lamentó la mujer—. ¡El trabajo de los pobres no vale nada!

Se volvió y vi que tenía lágrimas en los ojos. El perro la siguió saltando y ladrando alrededor de sus faldas andrajosas, hasta que, justo delante de mí, ella se volvió para darle una patada. *Génesis* retrocedió asustado.

—¡Cuidado, señora! —grité.

—¡Leguleyo chupatintas! —me respondió—. ¡Sanguijuela ladrona y jorobada! ¡Apuesto a que no tiene usted que mantener una familia famélica! ¡Hay que acabar con todos, derribar al rey y a todos vosotros!

Se dio cuenta de lo que acababa de decir y miró alrededor, pero no había guardias cerca, así que se alejó con la bolsa vacía golpeando contra su falda.

—Tranquilo, *Génesis* —dije, y suspiré.

A pesar de los años, aún sentía los insultos sobre mi condición como una puñalada en las entrañas, pero en cierto modo también fue una lección de humildad. Porque aunque me quejara de los impuestos, como todos los demás gentileshombres, todavía tenía dinero para poner comida en la mesa. ¿Por qué, pensé, aguantamos a un rey que nos exprime hasta dejarnos secos? La respuesta, por supuesto, era que la invasión nos daba más miedo aún.

Pasé por el Poultry y, en la esquina de Three Needle Street, vi a media docena de aprendices con túnicas azul celeste mirando alrededor de forma amenazadora. Un alguacil que pasaba por allí no les hizo caso. Los aprendices, en otros tiempos azote de las autoridades, ahora eran considerados vigilantes en busca de espías. Una pandilla semejante era la que había atacado la tienda de Guy. Mientras volvía a cruzar la muralla de la ciudad por Bishopsgate, me pregunté amargamente si iba a un manicomio o salía de él.



Había conocido a Ellen Fettiplace hacía dos años, mientras visitaba a un cliente, un muchacho encerrado en el Bedlam por obsesión religiosa. Al principio, Ellen parecía más cuerda que todos los que estaban allí. Le habían encomendado la tarea de ocuparse de algunos de los pacientes menos conflictivos, con los cuales siempre se mostraba amable y solícita. Sus cuidados habían tenido un papel importante en el posterior restablecimiento de mi cliente. Pero me quedé pasmado cuando me enteré de su enfermedad: tenía pánico de salir más allá de los muros del edificio. Yo mismo había sido testigo de sus enloquecidos chillidos de terror con solo acercarse al umbral de la puerta. Ellen me daba lástima; la habían confinado en el Bedlam después de que la atacaran y violaran cerca de su casa en Sussex. Por entonces tenía dieciséis años; ahora, treinta y cinco.

Cuando pusieron en libertad a mi cliente, Ellen me preguntó si podía visitarla y llevarle noticias del mundo exterior, porque no tenía prácticamente a nadie. Yo sabía que nadie la visitaba y accedí a condición de que me dejara ayudarla a salir de allí. Desde entonces había intentado que se habituara a dar unos pasos al otro lado de la puerta, y le aseguré que Barak y yo la esperaríamos allí, incluso le propuse que lo hiciera con los ojos cerrados… pero ella siempre retrasaba la decisión con una astucia y una tenacidad que me superaban.

Y poco a poco se había abierto camino con esa astucia, su única arma, en otros frentes. Al principio solo le prometí visitarla de vez en cuando, pero me manipuló con el mismo ingenio que cualquier abogado. Me pidió que fuera una vez por mes. Después, cada tres semanas, ya que estaba ávida de noticias; luego, cada dos. Si me saltaba alguna, me llegaba el mensaje de que había caído enferma, de modo que me apresuraba a visitarla y me la encontraba súbitamente recuperada, sentada alegremente junto al fuego y tranquilizando a algún paciente alterado. Y últimamente

había caído en la cuenta de otro problema que habría tenido que prever antes: Ellen estaba enamorada de mí.



La gente se imaginaba el Bedlam como una fortaleza siniestra donde los lunáticos gemían y arrastraban sus cadenas tras las rejas. Efectivamente había algunos encadenados y muchos gemían, pero el exterior de piedra gris del bajo y alargado edificio era bastante agradable. Se accedía por un patio ancho, donde aquel día solo había un hombre alto y delgado con un jubón manchado, que daba vueltas y más vueltas en redondo, mirando al suelo y sin parar de mover los labios. Debía de ser un paciente nuevo, probablemente un hombre de buena posición que había perdido el juicio y cuya familia podía permitirse el gasto de tenerlo allí, apartado de la vista.

Llamé a la puerta. Me abrió Hob Gebons, uno de los celadores, que iba con un gran manojo de llaves colgado del cinturón. Gebons, un cincuentón bajito y macizo, era solo un carcelero; no le interesaban los pacientes, con los cuales en ocasiones podía ser cruel, pero me tenía cierto respeto porque yo le había plantado cara a Edwin Shawms, el custodio del Bedlam, cuya crueldad no era ocasional. Gebons, además, era sobornable. Al verme, me lanzó una sonrisa que dejó unos dientes grisáceos al descubierto.

—¿Qué tal está ella? —pregunté.

—Contenta como unas pascuas, señor, desde que le hizo saber que venía. Hasta entonces decía que había pillado la peste. Shawms se puso furioso al verla sudar, y sudaba de verdad, porque temía que nos pondrían en cuarentena. Entonces llegó su mensaje y, al cabo de una hora, la señora condesa estaba mejor. Diría que fue un milagro, si la iglesia permitiera ahora los milagros, claro.

Entré y, a pesar del calor de aquel día estival, el Bedlam estaba húmedo y frío. A la izquierda se veía la puerta entreabierta del salón, donde unos pacientes jugaban a los dados sobre una vieja mesa. En un banco del rincón, una mujer de mediana edad sollozaba en silencio sujetando una muñeca de madera. Los demás pacientes no le prestaban atención. Allí uno se acostumbraba rápido a ese tipo de cosas. A la derecha había un largo pasillo de piedra al que daban las habitaciones de los pacientes. Alguien golpeaba una de las puertas desde dentro.

—¡Dejadme salir! —se oía una voz de hombre.

—¿Está el custodio Shawms? —pregunté a Hob.

—No; ha ido a ver al director, al señor Metwys.

—Me gustaría que habláramos después de ver a Ellen. Solo puedo quedarme media hora, tengo otra cita.

Alargué la mano hacia el cinturón e hice sonar la bolsa con una elocuente inclinación de la cabeza. Le daba una pequeña propina cada vez que iba, para asegurar que Ellen por lo menos tuviera cama y comida decentes.

—Muy bien. Estaré en la oficina. Ellen está en su habitación.

No hacía falta que preguntara si estaba encerrada bajo llave, porque si había algo seguro con ella era que nunca, jamás, se escaparía.

Avancé por el pasillo y llamé a su puerta. En sentido estricto, no era decoroso visitar a una mujer soltera a solas, pero en el Bedlam las reglas habituales de conducta eran más relajadas. Me invitó a pasar. Estaba sentada en su jergón, ataviada con un vestido azul, limpio y escotado, las manos cruzadas sobre la falda. Tenía una expresión tranquila en el rostro delgado, de nariz aguileña, pero los ojos azul oscuro abiertos de par en par, llenos de emoción. Se había lavado el cabello, largo y castaño, y las puntas empezaban a abrirse y encresparse. No era la clase de detalle al que uno solía prestar atención cuando se sentía atraído por una mujer. Ahí estaba el problema.

Me sonrió dejando a la vista unos dientes grandes y blancos.

—¡Matthew, habéis recibido mi mensaje! He estado muy enferma.

—¿Ya estáis mejor? Gebons me ha dicho que teníais mucha fiebre.

—Sí, temía que fuera la peste —sonrió nerviosa—. Me asusté.

Me senté en un banco al otro lado de la habitación.

—Ansío noticias del mundo. Hace más de dos semanas que no os veo.

—Aún no han pasado dos, Ellen —repliqué con amabilidad.

—¿Qué ocurre con la guerra? Aquí no quieren contarnos nada por miedo a que nos alteremos, pero al viejo Ben Tudball lo dejan salir y ha visto tropas marchando por…

—Dicen que los franceses quieren invadirnos con una gran flota. Y que el duque de Somerset marcha con un ejército a la frontera de Escocia. Pero son todo rumores, nadie sabe nada. Barak cree que los rumores salen de los consejeros del rey.

—Pero eso no significa que no sean ciertos.

—Ya.

Pensé que su mente era tan aguda como real su interés por el mundo; sin embargo, estaba encerrada. Miré los barrotes de la ventana que daba al patio.

—Por el pasillo oí que alguien golpeaba la puerta para que los dejaran salir —comenté.

—Es un paciente nuevo. Algún pobrecillo que aún piensa que está cuerdo.

La habitación olía a humedad. Miré la estera del suelo.

—Hay que cambiarla —dije—. Hob debería ocuparse de ello.

—Sí, supongo que sí. —Ellen bajó la vista y se rascó rápidamente la muñeca.

«Pulgas —pensé—, y yo también las cogeré».

—¿Por qué no salimos y vamos hasta la entrada? —propuse—. Mirad qué soleado está el patio del frente.

Ellen meneó la cabeza y se rodeó el cuerpo con los brazos como protegiéndose de un peligro.

—No puedo.

—Cuando os conocí sí podíais, Ellen. ¿Os acordáis del día en que el rey desposó

a la reina? Estábamos en la entrada oyendo las campanas de la iglesia.

Sonrió con tristeza.

—Si lo hago, insistiréis para que salga, Matthew. ¿Creéis que no lo sé? Pero ¿acaso no sabéis el miedo que me da? —preguntó con cierta amargura, y bajó otra vez la vista—. No venís a visitarme, y cuando lo hacéis, me insistís y me engatusáis. No fue esto lo que convenimos.

—Os visito, Ellen, incluso en momentos como este en que estoy ocupado y tengo muchas preocupaciones.

—¿De veras, Matthew? ¿Qué os sucede? —se ablandó.

—Nada, nada grave. Ellen, ¿de verdad queréis quedaros aquí el resto de vuestra vida? ¿Que pasaría si la persona que paga vuestros gastos dejara de hacerlo? —pregunté tras un instante de duda.

Se puso tensa.

—No puedo hablar de ello y lo sabéis. Me perturba sobremanera.

—¿Creéis que Shawms en ese caso os dejaría estar por caridad?

Se estremeció ligeramente, pero luego, con temple y mirándome a los ojos, dijo:

—Sabéis que lo ayudo con los pacientes y que lo hago bien. No me echará. Es lo único que deseo de la vida; esto y… —Volvió la cara y le vi unas lágrimas en el rabillo del ojo.

—Bueno, de acuerdo. —Me puse de pie y me obligué a sonreír.

Ella también sonrió, con alegría.

—¿Hay noticias de la mujer de Barak? —preguntó—. ¿Para cuándo espera el bebé?



La dejé media hora más tarde prometiéndole que volvería en menos de dos semanas, no «al cabo de» dos semanas; había conseguido, de nuevo, salirse con la suya en el regateo.

Hob Gebons me esperaba en el pequeño despacho desordenado de Shawms, sentado detrás del escritorio, los brazos cruzados sobre el jubón grasiento.

—¿Una buena visita, señor? —preguntó.

Cerré la puerta.

—Ellen está como siempre. —Lo miré a la cara—. ¿Cuánto lleva aquí? ¿Diecinueve años? Las reglas dicen que los pacientes solo pueden estar un año en el Bedlam. Y se supone que se curan en ese período.

—Si pagan, se quedan, a menos que den muchos problemas. Y Ellen Fettiplace no los da.

Dudé un momento, pero ya estaba decidido: tenía que averiguar quién era su familia. Abrí mi bolsa y le enseñé medio ángel de oro, una de las viejas monedas. Era un soborno suculento.

—¿Quién paga la factura de Ellen? ¿Quién es, Hob?

—Ya sabe que no puedo decírselo —respondió sacudiendo la cabeza.

—Sé que la atacaron y violaron cuando era adolescente, en Sussex, también dónde vivía, en un lugar llamado Rolfswood.

Gabons me miraba con los ojos entornados.

—¿Cómo ha averiguado todo eso? —preguntó en voz baja.

—Un día, mientras le hablaba de la finca de mi padre cerca de Lichfield, mencioné las grandes inundaciones de 1524. «Yo entonces era una niña», me dijo. «Recuerdo que en Rolfswood…», pero se calló de golpe y no dijo una palabra más. Así que averigüé y me enteré de que Rolfswood es un pequeño pueblo de la cuenca minera de Sussex, cerca de la frontera con Hampshire. Sin embargo, Ellen no dijo nada más sobre su familia ni lo que le había pasado. ¿Fue alguien de su familia quien la atacó? —pregunté mirándolo fijamente—. ¿Por eso nadie la visita nunca?

Hob miró la moneda que aún sostenía, y luego a mí.

—No puedo ayudarlo, señor —dijo con determinación—. Don Shawms no quiere que preguntemos nada sobre los orígenes de Ellen.

—Pero tendrá archivos —señalé el escritorio con la cabeza—. Quizás allí dentro.

—Está cerrado y no seré yo el que fuerce la cerradura.

Tenía que salir de alguna manera de aquel lío.

—¿Cuánto cuesta, Hob? Diga una cifra.

—¿Puede pagar lo que costaría mantenerme el resto de mi vida? —respondió con súbito enfado y la cara encendida—. Porque si lo averiguo y se lo cuento, podrían descubrir que ha salido de mí. Shawms vigila esa historia de cerca y eso significa que obedece instrucciones de arriba, del director Metwys. Me echarían, pero no pienso quedarme sin techo y sin el trabajo que me alimenta y me da un poco de autoridad en un mundo nada bondadoso con los pobres. —Dio una palmada al llavero del cinturón para recalcar sus palabras con el tintineo—. Y todo porque no tiene usted el valor de decirle a Ellen que es idiota si cree que se va a acostar alguna vez con ella en esa habitación. ¿No ve que todo el mundo aquí sabe que está loca por usted? —añadió con impaciencia—. ¿Ignora que es la chirigota que circula por todo Bedlam?

Me sonrojé.

—No es eso lo que ella quiere. ¿Cómo va a querer algo así después de lo que le pasó?

—Por lo que me han dicho —volvió a encogerse de hombros—, a algunas eso les hace tener más ganas. ¿Qué otra cosa cree que busca?

—No lo sé. Quizás alguna fantasía de cortejo amoroso.

—Esa es una forma educada de decirlo. —Y rio—. Dígale que no está interesado en ella. Será más fácil para usted y para todos.

—No puedo hacerlo, sería una crueldad. Necesito encontrar la manera de salir de esto, Hob. Tengo que saber dónde está su familia.

—Pues si un abogado no puede averiguarlo… —Frunció los ojos—. Ellen está

loca, y usted lo sabe. No solo porque se niega a salir. Todas esas enfermedades imaginarias, y por la noche se la oye llorar y murmurar en la habitación… Si quiere un consejo: márchese y no vuelva. Mande a ese ayudante suyo con un mensaje que diga que se ha casado, ha muerto o se ha ido a matar franceses.

Gebons, a su manera, me decía todo aquello por mi bien. «Por el mío —pensé—, no por el de Ellen». Ella no le importaba nada.

—Y si lo hiciera, ¿qué le pasaría a ella?

Volvió a encogerse de hombros.

—Empeoraría. Pero si no se lo dice, empeorará de todos modos. Es lo mismo, pero su camino será más largo. —Me miró con perspicacia—. Quizá tiene miedo de decírselo.

—Cuidado, no se extralimite —repliqué con brusquedad.

—Bueno —se encogió de hombros—, lo único que sé es que cuando tienen ideas fijas es difícil quitárselas de la cabeza. Créame, señor, hace diez años que estoy aquí y sé cómo son.

—No volveré la semana que viene, sino la otra —dije, y me volví para marcharme.

—Muy bien —se encogió otra vez de hombros—, esperemos que eso la contente… por ahora.

Salí del edificio y me alegré de alejarme de aquel lugar fétido. «Averiguaré la verdad sobre Ellen —pensé—. La averiguaré de alguna manera».

Capítulo 3

Volví a casa y me puse mi mejor ropa. Luego fui andando hasta Temple Stairs en busca de una barca que me llevara quince kilómetros río arriba, a Hampton Court. La corriente no era muy fuerte, pero aun así fue un trayecto duro para el barquero aquella mañana sofocante. A partir de Westminster nos cruzamos con muchas barcazas que iban río abajo cargadas de pertrechos: fardos de ropa, grano de los depósitos reales, en una ocasión con un cargamento de arcos y flechas. Mi barquero no era muy comunicativo, así que me dediqué a mirar los campos. En condiciones normales, las espigas de trigo se habrían visto doradas, pero después del mal tiempo de las últimas semanas seguían verdes.

Aún tenía muy viva la visita a Ellen, especialmente la indirecta de Hob acerca de los abogados: que tenían formas de averiguar las cosas. Me molestaba la idea de actuar a espaldas de ella, pero la situación actual no podía continuar.



Por fin aparecieron las torres de ladrillo de Hampton Court, con las chimeneas coronadas de estatuas doradas de leones y bestias mitológicas brillando al sol. Desembarqué en el muelle, donde soldados con alabardas montaban guardia. El corazón me latió con ansiedad al ver los amplios jardines del palacio de Wolsey. Le enseñé la carta a uno de los guardias, que me hizo una reverencia, llamó a otro y le dijo que me acompañara dentro.

Recordé mi única otra visita a Hampton Court, para ver al arzobispo Cranmer, después de que lo hubieran encerrado a traición en la Torre. Era aquel recuerdo el que me producía miedo. Me habían dicho que Cranmer estaba en Denver y que había pasado revista a los soldados montado en un caballo blanco y vestido con una armadura. Parecía un suceso extraordinario, aunque sin duda no más extraño que todo lo que pasaba últimamente. El rey, según me dijo el guardia, estaba en Whitehall, así que por lo menos no corría el riesgo de verlo. Una vez lo había contrariado, y el rey Enrique jamás olvidaba un rencor. Mientras nos acercábamos a la gran puerta de roble, rogué al Dios en el que escasamente creía que la reina mantuviera su promesa y, quisiera lo que quisiese, no tuviera relación con la política.

Me llevaron por una escalera de caracol hasta los salones exteriores de los aposentos de la reina. Me quité el gorro al entrar en una sala donde criados y servidores, la mayoría con el escudo de Santa Catalina en la capucha, iban de aquí para allá. Pasamos a otra sala y luego a una tercera, cada una más silenciosa que la anterior conforme nos acercábamos a la cámara de audiencias de la reina. Había indicios de una nueva decoración: pintura fresca en las paredes, elaborados

artesonados, grandes tapices de colores tan brillantes que casi dañaban los ojos. Sobre las esteras del suelo había hierbas esparcidas que despedían una mezcla de aromas de almendra, lavanda y rosas. En el segundo salón revoloteaban y chillaban papagayos en jaulas espaciosas; también había un mono enjaulado que trepaba por los barrotes, pero se detuvo a mirarme con sus grandes ojos y su arrugada cara de viejo. Paramos ante otra puerta custodiada, en lo alto de la cual lucía el lema de la reina en letras doradas: «Ser útil en aquello que haga». El guardia la abrió y por fin entramos en el salón de audiencias.

Era el sanctasanctórum de la reina abierto a visitantes; más allá estaban sus aposentos privados, al otro lado de una sólida puerta custodiada por un guardia con alabarda. Tras dos años de matrimonio, la reina Catalina aún contaba con los favores del rey. El año anterior, cuando este se había ido a Francia al frente de sus ejércitos, la había nombrado reina regente. Sin embargo, al recordar el destino de sus otras esposas, no pude evitar pensar que, con una sola palabra del monarca, todos esos guardias podían convertirse instantáneamente en carceleros.

La sala de audiencias tenía las paredes decoradas con un empapelado nuevo de intrincados dibujos de hojas y estaba amueblada con elegantes mesas, jarrones de flores y sillas de respaldo alto. Solo había dos personas presentes: una mujer con un sencillo vestido azul lavanda y cabello gris recogido debajo de una toca blanca, que se levantó a medias de la silla y me lanzó una mirada aprensiva. El hombre que estaba a su lado, alto y delgado con toga de abogado, le apoyó con suavidad una mano en el hombro para indicarle que siguiera sentada.

Robert Warner, procurador de la reina, de cara alargada enmarcada por una barba larga que encanecía deprisa a pesar de que tenía la misma edad que yo, se acercó y me estrechó la mano.

—Mi querido colega Shardlake, gracias por venir. —Como si hubiera podido negarme. Sin embargo, me alegró verlo, Warner siempre había sido amable conmigo —. ¿Cómo está?

—Bastante bien. ¿Y usted?

—Ahora mismo muy ocupado.

—¿Y cómo se encuentra la reina?

Noté que la mujer canosa temblaba ligeramente y no apartaba la mirada de mí.

—Muy bien. Ahora mismo lo hago pasar. Lady Isabel está con ella.

✞

En la cámara privada suntuosamente decorada, cuatro damas de honor magníficamente vestidas y con el emblema de la reina en la capucha bordaban junto a la ventana. Al otro lado se veían los jardines del palacio con sus arriates de flores, estanques de peces y estatuas de animales heráldicos. Todas las mujeres se levantaron e inclinaron brevemente la cabeza mientras yo les hacía una reverencia.

Catalina Parr estaba sentada en el centro de la estancia, en una silla de terciopelo rojo, debajo de un dosel morado. A su lado, una niña de unos once años arrodillada acariciaba un perro spaniel. Era pálida, de cabello caoba, llevaba un vestido verde de seda y un collar de perlas de varias vueltas. Me di cuenta de que era lady Isabel, la hija menor del rey, habida con Ana Bolena. Estaba al tanto de que el año anterior el rey había restablecido en la línea de sucesión a Isabel y María, su media hermana e hija de Catalina de Aragón, a instancias de la reina, según se decía. Pero la condición de estas era la de bastardas: si bien seguían siendo ladys, no eran princesas. Y aunque María, ahora una veinteañera, era una figura de importancia en la corte y la segunda en la línea de sucesión tras del príncipe Eduardo, a Isabel, rechazada y despreciada por su padre, apenas se la veía en público.

Warner y yo hicimos una profunda reverencia. Hubo una pausa, al cabo de la cual la reina dijo con su voz alta y clara:

—Bienvenidos, caballeros.

Antes de su boda, Catalina Parr siempre iba elegantemente vestida, pero ahora estaba majestuosa con su vestido de costuras plateadas y rojizas de hebras de oro, un broche de oro y perlas pendiendo del pecho. El rostro, atractivo más que bello, estaba apenas empolvado y llevaba el cabello dorado rojizo recogido bajo una capucha redondeada. La reina tenía una expresión amable pero vigilante, y un gesto severo en la boca que, de algún modo, dejaba entrever que en medio de aquella magnificencia en cualquier momento podía regalar una sonrisa o una sonora carcajada.

—¿Está fuera? —preguntó mirando a Warner.

—Sí, majestad.

—Id a sentaros con ella y os haré pasar a la mayor brevedad. ¿Está aún nerviosa?

—Sí, muy nerviosa.

—Id entonces y tratad de tranquilizarla en la medida de lo posible.

Warner hizo una reverencia y abandonó la estancia. Me di cuenta de que la niña me examinaba mientras acariciaba al perro. La reina la miró y sonrió.

—Bien, Isabel, aquí tenemos al jurisconsulto Shardlake. Hazle la pregunta y luego ve a tus clases de tiro con arco, que el señor Timothy te estará esperando. —Se volvió hacia mí con una sonrisa indulgente—. Lady Isabel tiene una pregunta sobre los abogados.

Me volví vacilante hacia la niña. No era bonita, tenía la nariz y la barbilla largas y ojos azules, penetrantes, que recordaban a los de su padre, pero, a diferencia de los de Enrique, los de ella no eran crueles sino que denotaban una curiosidad inquisitiva y perspicaz. Una expresión audaz para una niña, aunque Isabel no era una niña corriente.

—Señor —dijo con voz clara y seria—, sé que sois abogado y que mi querida madre os considera una buena persona.

—Gracias. —Así que llamaba «madre» a la reina.

—Sin embargo, me han dicho que los abogados son malas personas, que no

tienen moral, que están dispuestos a defender por igual al malvado que al bueno. La gente dice que sus casas están hechas con las cabezas de los tontos y que usan la maraña de las leyes como una telaraña para atrapar a la gente. ¿Qué pensáis de ello?

Su seriedad me indicó que no se estaba burlando, sino que deseaba oír mi respuesta, así que respiré hondo.

—Milady, a mí me enseñaron que es bueno que los abogados estén preparados para defender a cualquier cliente, indistintamente. El deber de un jurista es ser imparcial, para que todos, buenos o malos, sean defendidos lealmente ante los tribunales reales.

—Pero los abogados también han de tener su conciencia, señor, y saber de corazón si la causa que defienden es justa o no —repuso Isabel con energía—. Si un hombre acude a veros y os dais cuenta de que actuó contra la otra parte por maldad o rencor y pensáis que se merece el duro castigo de la ley, ¿lo defenderíais de la misma forma por dinero?

—El abogado Shardlake trabaja sobre todo en favor de los pobres —intervino la reina con amabilidad—, en la Audiencia de Ruegos.

—Pero, madre, ¿acaso no puede un pobre actuar por maldad de la misma forma que un rico?

—Es cierto que las leyes son enmarañadas —dije—, quizás incluso demasiado confusas para el bien de los hombres. También es cierto que algunos abogados actúan por codicia y solo les importa el dinero. Sin embargo, el abogado tiene el deber de procurar averiguar todo aquello que resulte justo y razonable para el cliente, y defenderlo con buenos argumentos. Por lo tanto, sí, es posible que entre en conflicto con su conciencia. Pero son los jueces quienes deciden dónde está la justicia. Y la justicia es algo grande.

—Gracias por vuestra respuesta, señor —me sonrió de repente con aire triunfal—, pensaré bien en todo esto. Os lo he preguntado solo porque deseo aprender. —Hizo una pausa—. Aunque sigo pensando que la justicia no es algo fácil de encontrar.

—En eso, milady, estamos de acuerdo.

La reina le tocó el brazo.

—Ahora márchate, que el señor Timothy te estará buscando. El letrado Shardlake y yo tenemos cosas que arreglar. Jane, ¿tendríais la bondad de acompañarla?

Isabel asintió con la cabeza y sonrió a la reina; por un momento, dio la impresión de ser una niña corriente. Yo volví a hacer una profunda reverencia. Una de las damas de honor se acercó y acompañó a la muchacha hasta la puerta. Isabel caminaba con paso sosegado y firme. El perrito hizo gesto de seguirla, pero la reina lo llamó. La doncella personal de la reina tocó a la puerta, se la abrieron y se retiraron.

—Habéis respondido bien —me dijo, tendiéndome una mano delgada llena de anillos para que se la besara—, pero quizá les habéis dejado demasiada flexibilidad a vuestros colegas abogados.

—Sí, incluso soy más cínico, pero es solo una niña, aunque he de decir que

ciertamente excepcional. Sabe conversar mejor que muchos adultos.

La reina rio y dejó a la vista una perfecta dentadura blanca.

—Cuando está enfadada, maldice como un soldado; creo que el señor Timothy la anima. Pero sí, es excepcional. El señor Grindal, el tutor del príncipe Eduardo, también le da clases a ella y dice que es la alumna más inteligente que ha tenido nunca. Y es tan diestra en las empresas deportivas como en las intelectuales. Ya sabe ir de caza y está leyendo el nuevo trabajo del señor Ascham sobre tiro al arco. Sin embargo, a veces se la ve tan triste… y tan alerta. A veces me asusta.

La reina miró pensativa la puerta cerrada y, por un instante, vi a la Catalina Parr que recordaba: intensa, asustada, ansiosa por hacer lo correcto.

—El mundo es un lugar peligroso e incierto, majestad. Hay que estar siempre muy alerta.

—Sí —sonrió con complicidad—, y teméis que os ponga otra vez en medio de sus peores peligros. Comprendo. Pero, querido Matthew, jamás rompería mi promesa. El caso que tengo para vos no tiene nada que ver con la política.

Agaché la cabeza.

—Adiviná is mis pensamientos. No sé qué decir.

—Pues entonces no digáis nada. Contadme cómo os va.

—Bastante bien.

—¿Tenéis tiempo para pintar últimamente?

Negué con la cabeza.

—El año pasado hice unas pocas cosas, pero ahora… —vacilé—. Tengo mucho trabajo.

—Veo la marca de la preocupación en vuestra cara. —La mirada de aquellos ojos castaños era tan bondadosa como la de Isabel.

—Son solo las arrugas que llegan con la edad. Aunque no con la vuestra, majestad.

—Si alguna vez os veis en apuros, sabéis que puedo ayudaros.

—Solo se trata de un pequeño asunto personal.

—¿Un asunto amoroso quizás?

Eché una mirada a las damas que cosían junto a la ventana y me di cuenta de que la reina hablaba todo el tiempo en un tono lo bastante alto para que ellas oyeran. De modo que nadie pudiera informar jamás de que Catalina Parr había tenido una conversación privada con un hombre que al rey le desagradaba.

—No, majestad —respondí—, nada de eso.

La reina asintió y frunció el ceño, pensativa.

—Matthew, ¿tenéis alguna experiencia con la Audiencia de Tutelas?

—No, majestad.

El rey había creado la Audiencia de Tutelas hacía unos años para que se ocupara de los huérfanos ricos que estaban bajo su control. No había tribunal más corrupto, ni donde fuera más improbable que se hiciera justicia. También allí se guardarían todos

los documentos que certificaban la demencia de Ellen, puesto que el rey también tenía la custodia legal de los locos.

—No importa. El caso que nos gustaría que aceptarais requiere sobre todo un hombre honrado, y bien sabéis qué tipo de abogados se especializan en tutelas. —Se inclinó hacia mí—. ¿Os ocuparíais de un caso allí? ¿Por mí? Prefiero que seáis vos y no el procurador Warner puesto que tenéis más experiencia en representar a la gente corriente.

—Tendría que repasar los procedimientos, pero, por lo demás, sí.

—Gracias —asintió—. Una cosa más que deberíais saber antes de que hagamos pasar a vuestro nuevo cliente. Me ha dicho el procurador Warner que, para los casos en la Audiencia de Tutelas, los abogados a menudo deben desplazarse adonde viven los jóvenes pupilos para tomarles declaración.

—Sí, deposiciones se llaman, así es en todos los tribunales, majestad.

—El muchacho en cuestión vive en Hampshire, cerca de Portsmouth.

Pensé que el camino hasta allí, desde Londres, pasaba por West Sussex… «de donde viene Ellen».

La reina vaciló escogiendo las palabras adecuadas.

—Puede que la zona de Portsmouth no sea la más segura a la cual viajar durante las próximas semanas.

—¿Por los franceses? Pero dicen que están en todas partes.

—Tenemos espías en Francia y se rumorea que el enemigo va camino de Portsmouth. No es seguro, pero es probable. No quisiera que aceptarais este encargo sin saberlo, porque el procurador Warner me ha dicho que tal vez sea necesario tomar algunas declaraciones.

La miré y me di cuenta de que anhelaba que aceptara el caso. Y si podía pasar por Rolfswood…

—Lo haré —respondí.

—Gracias. —Me sonrió agradecida y se volvió hacia las damas—. Jane, id a buscar a la señora Calfhill—. Veréis —me dijo en voz más baja—, Bess Calfhill, a quien estáis a punto de conocer, es una antigua criada mía, de cuando yo era lady Latimer. Fue ama de llaves de una de nuestras propiedades en el norte y más tarde en Londres. Es una buena persona, leal, pero últimamente ha sufrido una gran pérdida. Sed amable con ella. Si hay alguien que merece justicia, es Bess.

La dama de honor regresó con la mujer que yo había visto en la entrada. Era menuda, de aspecto frágil y se acercó con paso tímido y las manos entrelazadas con fuerza.

—Ven, querida Bess —dijo la reina en tono amable—. Aquí tenemos al letrado Shardlake, un jurista. Jane, traed una silla, y otra para el señor Shardlake.

La señora Calfhill se acomodó en una silla mullida y yo me senté frente a ella. Me examinó con unos ojos intensos azules grisáceos y expresión de tristeza en un rostro surcado de arrugas. Frunció el entrecejo un instante, quizás al notar que era jorobado.

A continuación miró a la reina y suavizó el gesto al ver al perro.

—Este es *Rig*, Bess —dijo la reina—. ¿Has visto qué bonito? Ven, acarícialo.

Bess, dubitativa, se inclinó y acarició al animal, que meneó el rabo peludo.

—A Bess siempre le han gustado los perros —me dijo la reina, y comprendí que había hecho que *Rig* se quedara para ayudar a tranquilizar a la vieja criada—. Ahora, Bess, cuéntale todo al letrado Shardlake. No tengas miedo. Será un auténtico amigo en todo esto. Cuéntaselo como me lo has contado a mí.

Bess se echó atrás y me miró con ansiedad.

—Soy viuda, señor —dijo en voz baja—. Tenía un hijo, Michael, un mozo apuesto y amable. —Las lágrimas afloraron a sus ojos, pero parpadeó con decisión para reprimirlas—. Era inteligente y, gracias a la bondad de lady Latimer… ay, perdón, de la reina, estudió en Cambridge —declaró con orgullo—. Se graduó y regresó a Londres, donde había conseguido un puesto de preceptor en una familia de mercaderes llamada Curteys, en una buena casa, cerca de Moorgate.

—Debía de estar usted muy orgullosa —dije.

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue?

—Hace siete años. Michael estaba contento con su trabajo. El señor Curteys y su esposa eran buenas personas. Mercaderes de telas. Además de la casa de Londres, habían comprado un bosque propiedad de un pequeño convento en Hampshire, en el campo al norte de Portsmouth. Por entonces todos los monasterios se estaban hundiendo.

—Lo recuerdo muy bien.

—Michael decía que las monjas vivían rodeadas de lujos gracias a los beneficios de la venta del bosque. —Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Esos frailes y esas monjas eran malas personas, y la reina lo sabe.

Era evidente que Bess Calfhill era otra partidaria de la Reforma.

—Háblale de los niños al señor Shardlake —la instó la reina.

—Los Curteys tenían dos hijos, Hugh y Emma. Creo que Emma por entonces tenía doce años y Hugh uno menos. Michael vino a verme una vez con ellos y yo solía verlos cuando visitaba a mi hijo. —Sonrió con cariño—. Unos niños preciosos, altos, de cabello castaño claro, dulces y tranquilos. El padre era un buen reformado, un hombre de ideas nuevas. Les hacía estudiar latín y griego y practicar ejercicios. A mi hijo le gustaba el tiro con arco y se lo enseñaba a los niños.

—¿Su hijo los quería?

—¡Como si fueran sus propios retoños! Sabrá usted que en las casas ricas los niños mimados pueden convertir la vida de un preceptor en un suplicio, pero a Hugh y Emma les gustaba estudiar. Si algo pensaba Michael es que eran muy serios, y sus padres querían que fueran personas devotas. Michael pensaba que el señor Curteys y su esposa tenían a los niños muy apegados a ellos, pero los querían con locura. Entonces… resulta que… —Se calló de repente y agachó la cabeza.

—¿Qué pasó? —pregunté con delicadeza.

Cuando levantó la cabeza había dolor en su mirada.

—El segundo verano que Michael estaba con ellos se desató la peste en Londres. La familia decidió ir a Hampshire a visitar sus tierras. Iban con amigos, con otra familia que había comprado los viejos edificios del convento y el resto de las tierras, los Hobbey. —Prácticamente escupió el apellido.

—¿Quiénes eran? —pregunté.

—Nicholas Hobbey era otro mercader de telas. Estaba reconvirtiendo el convento en casa, de modo que la familia del señor Curteys se iba a hospedar con ellos. Michael también los acompañaba a Hampshire. Estaban preparando el equipaje para partir cuando el amo Curteys sintió los bubones debajo del brazo. Acabaron de llevarlo a la cama cuando su mujer se desmayó. Al cabo de un día ambos estaban muertos, junto con el mayordomo, un buen hombre —suspiró con tristeza—. Ya sabe cómo son esas cosas.

—Sí.

No solo la peste, sino todas las enfermedades producto de las pestilencias de Londres. Pensé en Joan.

—Michael y los niños consiguieron escapar. Hugh y Emma estaban destrozados; lloraban y se abrazaban para consolarse. Michael no sabía qué sería de ellos. No tenían parientes cercanos. —La mujer apretó las mandíbulas—. Entonces apareció Nicholas Hobbey. Si no fuera por esa familia mi hijo aún estaría vivo. —Me miró con unos ojos súbitamente encolerizados.

—¿Conoció usted al señor Hobbey?

—No, solo sé lo que me contó Michael. Me dijo que en principio el señor Curteys quería comprar el convento con todas las tierras, como inversión, pero se dio cuenta de que no podía permitírselo. Conocía al señor Hobbey del comercio de tejidos, y este fue a cenar varias veces para hablar de cómo dividir el bosque entre los dos, que al final fue lo que sucedió: el señor Hobbey compró la porción más pequeña del bosque y el edificio del convento para convertirlo en una casa de campo, y el señor Curteys se quedó con la parte mayor. Tras la operación, el señor Hobbey se hizo amigo del matrimonio Curteys. A Michael le parecía el típico individuo que adopta posturas anglicanas cuando está con reformistas, pero que si negocia la compra de tierras con papistas le falta tiempo para sacar el rosario. En cuanto a su mujer, la señora Abigail, Michael creía que estaba loca.

Otra vez la locura.

—¿Por qué?

—No lo sé. A Michael no le gustaba hablar conmigo de esas cosas. —Una pausa —. El señor y la señora Curteys —continuó— murieron demasiado deprisa para hacer testamento, por eso todo era tan incierto. Pero poco después apareció el señor Hobbey con un abogado y le dijo que el futuro de los niños estaba arreglado.

—¿Sabe cómo se llama?

—Dyrick, Vincent Dyrick.

—¿Lo conocéis? —preguntó la reina.

—Un poco. Es un abogado colegiado en el Inner Temple. En algunas ocasiones representó contra mí a propietarios de tierras en la Audiencia de Ruegos. Es bueno para los alegatos, pero quizá demasiado agresivo. No sabía que trabajara también en la Audiencia de Tutelas.

—Michael le temía. Michael y el párroco de los Curteys estaban tratando de localizar algún pariente, pero entonces el señor Hobbey dijo que había comprado la tutela de los niños. De modo que se pondría a la venta la casa de los Curteys y los niños se irían a vivir con ellos a la de Shoe Lane.

—Qué rápido se hizo toda la gestión —comenté.

—Seguramente hubo dinero de por medio —dijo la reina en voz baja.

—¿Cuánta tierra hay?

—Creo que más de veinticinco mil hectáreas. La herencia de los niños era las dos terceras partes.

Eso era mucha tierra.

—¿Sabe cuánto pagó Hobbey por la tutela?

—Creo que unas ochenta libras.

Era barato. «Si el señor Hobbey compró la tutela de Hugh y Emma, tiene el control de su parte de aquel bosque», pensé. Hampshire estaba cerca de Portsmouth, donde habría mucha demanda de madera para buques, y no demasiado lejos del Weald de Sussex, donde por la creciente industria de herrajes había una demanda constante de combustible.

—El señor Hobbey —continuó Bess— se inclinaba por tener su propio preceptor, pero, como Hugh y Emma estaban muy apegados a Michael, le pidieron al señor Hobbey que Michael siguiera con ellos y accedió. —Bess levantó las manos en un gesto que expresaba indefensión—. Además de mí, Michael solo tenía a la familia Curteys. Era un mozo lleno de generosidad. Tendría que haberse buscado una esposa, pero por algún motivo no lo hizo. —La señora Calfhill se recompuso y continuó con voz monótona—. Así que los niños se mudaron y se vendió la casa en la que habían vivido toda la vida. Lo que sacaron creo que fue puesto bajo custodia de la Audiencia de Tutelas.

—Sí, que actuaría como fiduciaria. Así pues, señora Calfhill, ¿su hijo se mudó con los niños a Shoe Lane?

—Sí, no le gustaba la casa de los Hobbey, decía que era pequeña y oscura. Y Michael tenía un nuevo pupilo: David, el hijo de la familia. —Suspiró profundamente —. Según Michael, era el típico hijo único malcriado y mimado, de la misma edad que Emma. Estúpido y cruel, y no paraba de mofarse de los hermanos y decirles que nadie deseaba que estuvieran allí, que sus padres no los querían como a él. Supongo que era bastante cierto. Creo que el señor Hobbey se llevó a los niños solo para aprovecharse de sus tierras.

—¿No es ilegal sacar provecho de unas tierras que están bajo tutela? —preguntó la reina.

—Sí; quien compre una tutela tiene la custodia de los bienes del huérfano, pero se supone que debe ocuparse de ellas y no sacar provecho para sí. Aunque no siempre sucede así. Además, con la tutela tendría el control de la boda de la muchacha —añadí pensativo.

—Michael se temía que quisieran casar a Emma con David —continuó Bess— para que su parte de las tierras pasara a la familia Hobbey. ¡Pobres niños! Hugh y Emma estaban muy unidos, solo se tenían el uno al otro, además de contar con mi hijo como amigo. Michael me dijo que Hugh una vez se peleó con David por algo ofensivo que este le había dicho a Emma. Ella solo tenía trece años. David era un chico fuerte, pero Hugh pudo con él. —Volvió a clavarme la mirada—. Le dije a Michael que estaba demasiado preocupado por esos niños, que no podía convertirse en padre y madre de ellos. Pero entonces… —Su rostro se quedó una vez inexpresivo — la viruela hizo acto de presencia en casa de los Hobbey.

La reina se inclinó y apoyó la mano en el brazo de Bess.

—Los tres niños la contrajeron —continuó ella imperturbable—. Le prohibieron a Michael entrar en las habitaciones por miedo al contagio. Los criados se ocupaban de Hugh y Emma, y la madre de David cuidaba de su propio hijo entre sollozos y súplicas a Dios de que lo salvara. La comprendo, yo habría hecho lo mismo por Michael. —Se interrumpió un instante y añadió con voz despiadada—: David sobrevivió sin mácula; Hugh también vivió, pero la cara picada de viruelas destruyó su belleza; y la pequeña Emma murió.

—Lo siento.

—Al cabo de unos días, el señor Hobbey le comunicó a mi hijo que su mujer no quería seguir viviendo en Londres. Se iban a su casa de Hampshire para siempre y ya no lo necesitaban. Michael no volvió a ver a Hugh… Él y David seguían aislados. Le permitieron asistir al funeral de la pequeña Emma, y eso fue todo. Vio como enterraban el pequeño ataúd blanco. Se marchó de la casa aquel día. Dijo que los criados estaban quemando la ropa de Emma en el jardín por si tenía los miasmas de la enfermedad.

—Una historia terrible —dije con delicadeza—, de muerte y codicia y con niños como víctimas. Pero, señora Calfhill, su hijo hizo todo lo que pudo.

—Lo sé. El señor Hobbey le dio una carta de recomendación y encontró otro empleo en Londres. Escribió a Hugh, pero no recibió más que una respuesta forzada de Hobbey en que le decía que no escribiera, que estaban tratando de darle una nueva vida al muchacho en Hampshire. ¡Qué crueldad! —exclamó levantando la voz—, después de todo lo que Michael había hecho por esos niños.

—Muy duro, sí —dije, aunque también comprendía el punto de vista de Hobbey: en Londres el chico había perdido a toda su familia.

—Pasaron los años —continuó Bess con tono monótono— y a finales del año

pasado Michael aceptó un puesto de preceptor en Dorset para dar clases a los hijos de un terrateniente. Pero aparentemente el destino de Hugh y Emma lo perseguía. Decía que con frecuencia se preguntaba qué habría sido de Hugh. —Frunció el ceño y bajó la cabeza.

—Vamos, Bess —volvió a intervenir la reina—, cuéntale la última parte, aunque sé que es la más dura.

Bess me miró y volvió a armarse de valor.

—Michael vino a visitarme de Dorset en Pascua. Tenía un aspecto terrible: estaba pálido y distraído, prácticamente fuera de sus cabales. Yo no sabía por qué, pero al cabo de unos días me preguntó si conocía algún abogado. «¿Para qué?», inquirí. Para mi sorpresa, dijo que quería solicitar a la Audiencia de Tutelas que le retiraran a los Hobbey la custodia de Hugh. —Respiró hondo—. Le dije que no conocía ninguno y le pregunté por qué quería hacer algo así ahora, seis años después. Me dijo que era mejor que no lo supiera, que se trataba de algo tan terrible que no podía contármelo, ni a mujer u hombre alguno salvo a un juez. Le soy sincera, señor, empecé a temer por el buen juicio de Michael. Lo recuerdo sentado frente a mí en la pequeña casa que poseo gracias a la bondad de la reina. A la luz de la lumbre, tenía el rostro arrugado… viejo. Sí, viejo, aunque aún no llegaba a los treinta. Le sugerí que fuera a ver al letrado Dyrick. Pero se rio con amargura y dijo que era la última persona a la que iría a ver.

—Es lógico. Si Dyrick trabajó para Hobbey en la custodia no podía actuar contra él en la misma causa.

—Era más que eso, señor. Había enfado en la voz de Michael.

Percibí un silencio absoluto en la estancia y miré hacia los ventanales. Las damas habían dejado de coser y escuchaban con la misma atención que la reina y yo.

—Se me ocurrió que en el camino de regreso de Dorset quizá Michael había visitado a Hugh. Se lo pregunté directamente y me lo reconoció. No había avisado porque temía que el señor Hobbey no lo recibiera. Dijo que cuando llegó se encontró con algo espantoso que habían hecho. Debía buscar un abogado en el que pudiera confiar; si no, él mismo presentaría la demanda en la Audiencia.

—Ojalá hubieras venido a verme, Bess —dijo la reina—, y te habría procurado uno.

—Majestad, pensaba que mi hijo estaba perdiendo la razón. No se me ocurría qué podía haberle pasado a Hugh para poner a Michael en semejante estado. Poco después, mi hijo me dijo que había encontrado un lugar para vivir, porque no iba a volver a Dorset. Él… —Bess claudicó y, llevándose las manos a la cara, rompió a llorar.

Su majestad se inclinó y la abrazó. Al cabo de un rato, después de que la reina le hubiera dado un pañuelo que estrujó entre sus manos, la mujer recobró la compostura. Volvió a hablar, pero esta vez con la cabeza gacha, de modo que le veía la coronilla de la toca blanca.

—Michael se instaló en una casa de inquilinato cerca del río. Me visitaba casi todos los días. Me dijo que él mismo había rellenado los papeles y pagado los aranceles en la Audiencia de Tutelas. Me pareció que estaba un poco mejor, pero al cabo de unos días volvía a tener ese aspecto avejentado y gastado. Pasaron unos días sin que me visitara, hasta que una mañana se presentó un alguacil local en casa. —La mujer levantó la vista con ojos ausentes—. Me dijo que habían hallado a mi hijo muerto en su habitación, que se había colgado de una viga. Me dejó una nota. Aquí la tengo, el procurador Warner me dijo que la trajera para enseñársela.

—¿Me permite?

Bess sacó un papel sucio y ajado del vestido y me lo pasó con mano temblorosa. Lo abrí. «Perdóname, madre», estaba garabateado.

—¿Es la letra de Michael? —pregunté.

—¿Cree que no conozco la letra de mi hijo? —replicó—. Sí, lo escribió él, como le dije al juez pesquisidor, ante el jurado y todos los curiosos.

—Tranquila, Bess —dijo la reina con suavidad—. El jurisconsulto Shardlake necesita hacerte estas preguntas.

—Lo sé, majestad, pero me resulta difícil. —Levantó la vista y me dijo—: Perdone, señor.

—Lo comprendo. ¿La vista se celebró ante el juez pesquisidor de Londres?

—Sí, con el juez Grice, un hombre duro y estúpido.

Sonreí con tristeza.

—Sí, lo es.

—Me preguntó si mi hijo parecía estar mal y le dije que sí, que últimamente se comportaba de manera extraña. Llegaron al veredicto de suicidio. No mencioné lo de Hampshire.

—¿Por qué no?

Levantó la cabeza y volvió a mirarme.

—Porque ya había decidido explicarle la cuestión a la reina, y ahora busco justicia, por la gracia de su majestad. —Se echó atrás, y advertí que, debajo del dolor de Bess, había un temple de acero.

—¿Qué cree que su hijo descubrió en Hampshire que pueda haberlo llevado a quitarse la vida? —pregunté en voz baja.

—Que Dios lo tenga en su gloria. No lo sé, pero creo que algo terrible.

Me pregunté si Bess necesitaba que su dolor se convirtiera en ira.

—Enséñale al señor Shardlake la citación de la Audiencia —pidió la reina.

Bess rebuscó en su vestido y sacó un papel grande, con varios pliegues, y me lo dio. Era una citación de la Audiencia de Tutelas en la que se ordenaba que todas las partes implicadas en la custodia de Hugh Williams Curteys se presentaran ante el tribunal el 29 de junio, al cabo de cinco días. Estaba dirigida a Michael Calfhill, en calidad de demandante —no sabían que estaba muerto—, y también habían enviado copia a Vincent Dyrick al Inner Temple. Tenía fecha de hacía casi tres semanas.

—No la recibí hasta la semana pasada —dijo Bess—. Llegó al domicilio de mi hijo, de allí la llevaron al juez pesquisidor y luego me la hicieron llegar como familiar más próximo.

—¿Ha visto usted alguna copia del escrito en sí de Michael? Se llama pliego de cargos. Necesito saber qué alegaba.

—No, señor, solo sé lo que le he contado.

Miré a Bess y a la reina y decidí ser directo.

—Diga lo que diga el escrito, se basa en los hechos que Michael conocía. Pero él está muerto y el tribunal podría no admitir la demanda sin su presencia para aportar pruebas.

—No sé nada de leyes —dijo Bess—, solo sé lo que le pasó a mi hijo.

—No creo que los tribunales estén en período de sesiones —intervino la reina—. Me han dicho que han cerrado antes de lo acostumbrado debido a la guerra.

—La Audiencia de Tutelas y la de Desamortizaciones siguen funcionando. —Los tribunales que proporcionaban riquezas a la Corona iban a proseguir sus sesiones todo el verano. Los jueces de esos fueros eran hombres duros. Me volví hacia la reina —. Sir William Paulet es el presidente de la de Tutelas. Me pregunto si seguirá allí o tiene otros deberes relacionados con la guerra, ya que es consejero mayor.

—Se lo pregunté al procurador Warner. Sir William se trasladará pronto a Portsmouth como gobernador, pero la semana próxima estará en la Audiencia.

—¿Citarán al señor Hobbey? —preguntó Bess.

—Supongo que a la primera vista asistirá Dyrick en su nombre. Lo que el tribunal haga con el escrito de Michael dependerá de lo que diga y de si hay otros testigos que puedan ayudarnos. Ha mencionado usted que, cuando el señor Honney solicitó la tutela, Michael pidió ayuda al párroco de los Curteys.

—Sí, el señor Broughton. Michael decía que era un buen hombre.

—¿Sabe si Michael lo vio últimamente?

Bess negó con la cabeza.

—Se lo pregunté y me dijo que no.

—¿Alguien más estaba enterado de la demanda? —pregunté—. ¿Un amigo de Michael quizá?

—En Londres era un forastero. Aquí no tenía amigos… Solo a mí —añadió con tristeza.

—¿Podéis averiguar algo? ¿Podéis ocuparos del caso en nombre de Bess? —preguntó la reina.

Dudé. Lo único que veía allí era una maraña de intensos lazos emocionales: entre la reina y Bess, Bess y Michael, Michael y esos niños; pero ni hechos, ni pruebas ni fundamentos para una demanda. Miré a la reina. Quería que yo ayudara a su antigua criada. Pensé en el niño Hugh, en medio de todo aquello, solo un nombre para mí, pero alguien que estaba solo y desprotegido.

—Sí —respondí—, haré todo lo que pueda.

Capítulo 4

Me despedí de la reina una hora más tarde con la nota de suicidio y las citaciones en el bolsillo. Había arreglado con doña Calfhill que viniera a verme durante la semana para tomarle una declaración completa.

Warner me esperaba en la sala y me llevó por una escalera a su despacho, una habitación repleta de estanterías con papeles y pergaminos enrollados atados con cinta rosa.

—Así que acepta el caso —me dijo.

—No puedo decirle que no a la reina —sonreí.

—Yo tampoco. Me pidió que le escriba a John Sewster, abogado de la Audiencia de Tutelas. Le diré que la vista del próximo lunes debe celebrarse aunque Calfhill esté muerto, que la reina lo desea en pro de la justicia, y él se lo dirá también a sir William, lo que evitará que archive el caso. Paulet es un hombre para el cual el favor político lo es todo… No querrá contrariar a la reina. —Warner me miraba serio mientras se mesaba la larga barba—. Pero es todo lo que puedo hacer, mi querido colega Shardlake. Prefiero que la intervención de la reina no vaya mucho más allá. No sabemos que hay en el fondo de este caso. Quizá nada, pero si Michael Calfhill descubrió algo grave, sería problemático que la reina se viera públicamente involucrada.

—Lo comprendo.

Sentía mucho respeto por Warner. Trabajaba de procurador de la Casa de la Reina desde hacía más de veinte años, desde los tiempos de Catalina de Aragón, y yo sabía que sentía especial afecto por Catalina Parr, como la mayoría de las personas que trabajaban para ella.

—Le han encomendado una tarea difícil —comentó comprensivo—. Solo quedan cinco días para la Audiencia y no hay testigos conocidos, además de Michael Calfhill.

—Como estamos en receso judicial, dispongo de tiempo.

—La Audiencia de Tutelas seguirá sesionando —asintió—; aún hay custodias y dinero que recaudar. —Como cualquier abogado con integridad, hablaba con desprecio de dicha Audiencia.

—Haré todo lo posible por encontrar testigos —le dije—. Está ese párroco que trabajó con Michael hace seis años. Mi escribiente me ayudará, es muy bueno en estas cosas. Si hay alguien, lo encontrará. Pero primero debo ir a la Audiencia de Tutelas a ver qué pone el pliego de cargos de Michael.

—Y tendrá que hablar con Dyrick.

—Después de ver los papeles.

—Conozco a Dyrick —dijo Warner. El mundo de la abogacía en Londres era pequeño y todo el mundo conocía a todo el mundo, o al menos conocía su reputación

—. Un adversario fuerte. Sin duda aducirá que es una acusación sin sentido de un loco.

—Por eso quiero tantear las cosas sobre el terreno antes de visitarlo. Dígame, ¿qué le parece doña Calfhill?

—Una mujer llena de dolor, confundida. Quizás esté buscando un chivo expiatorio por la muerte de su hijo. Pero estoy seguro de que usted hará todo lo posible por descubrir la verdad —sonrió con tristeza—. Le he visto en la cara que temía que se tratara de algo relacionado con la política.

—Sí, colega Warner, tiene razón.

—La reina siempre cumple sus promesas, mi querido Shardlake —me recordó—, y nunca dejará de ayudar a un viejo criado en apuros.

—Lo sé, tendría que haber confiado.

—La bondad que la reina Catalina muestra por los amigos no tiene comparación con la de ninguna otra reina desde la primera Catalina.

—Catalina de Aragón.

—Sí, ella también era muy bondadosa, a pesar de sus defectos.

—Su catolicismo —sonreí.

Me miró serio.

—Más que eso. Bueno, bueno… ya he dicho más de lo que debía. Hablar de política es peligroso, aunque los grandes personajes del reino ahora precisamente no tienen tiempo para las intrigas. Hertford, Norfolk, Gardiner… a todos se les han encomendado tareas militares. Aunque no tengo dudas de que, si salimos de esta guerra, empezará todo de nuevo. A los del bando católico no les gusta la reina Catalina. ¿Ha visto su libro?

—¿*Oraciones y meditaciones*? Sí, me mandó un ejemplar el mes pasado.

—¿Y qué le pareció? —Me miró con interés.

—No sabía que la reina albergara semejante tristeza en su corazón. Todas esas oraciones suplicándonos que aguantemos los embates del cruel destino que sufrimos en este mundo en espera de la salvación en el próximo…

—Sus amigos tuvieron que aconsejarle que eliminara algunos pasajes que tenían… ciertas reminiscencias a Lutero. Afortunadamente nos hizo caso. Es siempre muy cuidadosa. Por ejemplo, hoy no saldrá de sus aposentos porque sir Thomas Seymour está en Hampton Court.

—¡Ese bribón! —exclamé.

Yo había conocido a Seymour en la época en que el rey presionaba a Catalina Parr para que se casara con él; ella en cambio quería desposarse con el gallardo Seymour.

—El rey lo ha mandado al sur de Inglaterra a inspeccionar los ejércitos y ahora ha venido a informar al Consejo.

—Me alegro de que la reina tenga amigos leales como usted —dije con sinceridad.

—Sí, estamos atentos a ella. Alguien tiene que ocuparse de la política —añadió.



Salí al patio a pleno sol. El reloj astronómico que había sobre el arco que tenía delante daba las cuatro. Los edificios de ladrillo apenas proyectaban sombra y el empedrado reverberaba por el calor. Tenía la frente cubierta de sudor. Un mensajero con la librea del rey pasó a todo galope por el patio y cruzó la arcada opuesta, quizá con un mensaje para los mandos militares.

En ese momento vi a dos hombres en el quicio de una puerta que me miraban. Reconocí a ambos y se me encogió el corazón. Warner me había dicho que sir Thomas Seymour estaba en Hampton Court y allí lo tenía: con un brillante jubón amarillo, calzas negras en sus piernas largas y bien torneadas, y un bello rostro de barba pelirroja tan duro y burlón como lo recordaba. Estaba allí, con las manos en las caderas, en esa postura de arrogancia distinguida, la misma en que Holbein había pintado al rey. A su lado, bajito y pulcro con la toga de abogado, estaba sir Richard Rich, su compañero en el Consejo del Rey, la herramienta del monarca siempre dispuesta a intervenir en las piezas más sucias de los engranajes del Estado en los últimos diez años. Yo sabía que Rich había estado participando en las decisiones financieras referentes a la invasión a Francia del año anterior, y circulaba el rumor de que había tenido problemas con el rey por llenarse los bolsillos demasiado.

Ninguno de los dos se movió ni dijo nada, se limitaron a seguir mirándome. Seymour con expresión de desprecio y Rich con mirada fría e impasible. Sabía que un hombre de mi condición debía prestarles atención, de modo que me quité el gorro, me acerqué tratando de mantener un paso firme e hice una reverencia.

Seymour fue el primero en hablar.

—Abogado Shardlake, cuánto tiempo sin veros —sonrió con malicia e hizo una floritura con la mano—. Pensaba que habíais vuelto a los tribunales a ganar dinero con las disputas de los pobres, mientras los ingleses decididos y leales luchan para salvar a su país del enemigo. —Me miró de arriba abajo sin disimulo.

—Dios me ha dado ciertas limitaciones.

—Sí —sonrió—, eso es verdad.

No respondí. Sabía que Seymour se cansaría rápido de burlarse de mí y me dejaría marchar, pero en ese momento intervino Rich con su tono afilado.

—¿Qué os trae por aquí? —murmuró—. Jamás habría pensado que os atreveríais a acercaros de nuevo a la corte del rey, después de la última vez.

Se refería a cuando me habían encerrado en la Torre con falsas acusaciones para ganar un pleito. Rich estaba a cargo de la Audiencia de Desamortizaciones, que controlaba las tierras monásticas expropiadas por el rey. Yo había presentado una demanda en nombre del municipio de Londres; si hubiera ganado, se habría visto reducido el valor de algunas tierras. Rich había usado falsos testimonios para que me

encarcelaran con cargos de traición. Le habría gustado que me ejecutaran, pero se demostró que la acusación era falsa. No obstante, el municipio de Londres se asustó tanto que retiró la demanda.

Les rogué a mis piernas que se mantuvieran firmes.

—Estoy aquí por un asunto jurídico, sir Richard, para mi colega Warner.

—El procurador de la reina. Espero que su majestad no os haya puesto a defender herejes, como hizo Warner el año pasado.

—No, sir Richard, es solo una cuestión civil, para una antigua criada.

—¿En qué tribunal?

—En la Audiencia de Tutelas.

Ambos se rieron y la carcajada grave de Seymour contrastó con el graznido de Rich.

—Entonces os deseo suerte —dijo Rich.

—Espero que vayáis con la bolsa bien llena para los funcionarios —añadió Seymour—, porque lo necesitaréis.

Suponía que Rich le daría una reprimenda por el comentario; él mismo era funcionario y estos se ofendían cuando se mencionaba la corrupción en los tribunales, pero se limitó a sonreír.

—Pero ¿quién va a llenar esa bolsa, sir Thomas? —preguntó Rich—. ¿La criada de la reina? Si lo hiciera su majestad sería pagar la demanda de otro, cosa que no es lícita.

—Podéis estar seguros de que la reina se ocupará de que no se violen las normas —repliqué—. Es una dama proba. —Era una respuesta osada, pero había llegado el momento de recordarle quién era mi protectora.

Rich inclinó la cabeza.

—Sé que no es la primera vez que su majestad os encarga cuestiones legales. Me resulta un poco extraño, teniendo en cuenta la opinión que expresó el rey sobre vos en York. —Se volvió hacia sir Thomas con una sonrisa—. El letrado Shardlake lo disgustó y sufrió una humillación pública por ello.

Echó a un lado su pequeña cabeza y vi que su cabello estaba encaneciendo bajo el gorro.

—Conozco la historia —dijo Seymour—. Llamó a Shardlake araña contrahecha delante de medio York. —Y se rio otra vez.

—Cuidaos, señor Shardlake —se despidió Rich con una breve inclinación de la cabeza.

Me alejé temblando; sentía la mirada de ambos clavada en mí. Haberme encontrado con ese par era mala suerte de verdad. Creía que Rich ya se habría olvidado de mí. Me aterraba pensar que su mirada maligna había estado todo este tiempo observándome, aunque sin duda vigilaba a todas las personas poco importantes para ver cómo podía atraparlas en sus redes. Gracias a Dios que contaba con la protección de la reina. Esperé a pasar bajo el arco, lejos de sus miradas, para

enjugarme la frente.



Fui directamente a casa; sabía que Tamasin iba a visitar a Guy y que Barak estaría con ella. Para mi sorpresa, cuando entré el vestíbulo estaba lleno de gente, Tamasin sentada al pie de la escalera, con su tripa prominente debajo del vestido. El cabello rubio le caía lacio alrededor de su rostro pálido y bonito, pero sudoroso. Josephine, la hija de Coldiron, le había quitado la toca y la abanicaba con ella con amplios movimientos del brazo. Barak estaba allí al lado mordiéndose nervioso el labio. Coldiron observaba la escena con gesto de censura, mientras los dos chicos espiaban desde la puerta de la cocina.

—Tamasin —dije con ansiedad—. Querida, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Guy?

—No se preocupe, señor Shardlake —para mi sorpresa, había cierto regocijo en su voz—, ha ido a lavarse las manos. Me sentí un poco rara cuando llegué y he tenido que sentarme.

—¡Anduvo todo el camino sola al sol! —exclamó Barak indignado—. Le dije que me encontraría con ella aquí y pensé que Jane Marris la acompañaría. ¡Sola, con este calor y seguro que a paso rápido! ¿Y si te hubieras caído en medio de Chancery Lane, Tammy? ¿Por qué no has venido con Jane?

—La mandé a hacer la compra y aún no había vuelto cuando era la hora de salir. El mercado es un caos con todo el revuelo por las nuevas monedas.

—Tendrías que haberle dicho que volviera a tiempo para acompañarte. ¿Dónde está tu sensatez, mujer?

—No me he desmayado, Jack —replicó Tamasin irritada—, solo he tenido que sentarme… ¡Ay! —Se detuvo cuando Josephine, que la abanicaba un poco demasiado desaforadamente, la golpeó sin querer en la mejilla.

Coldiron dio un paso al frente y la agarró de la toca.

—¡Vigila lo que haces, burra patosa! ¡Vete a la cocina y trata de no romper más cuencos! —Josephine se ruborizó y se escabulló cabizbaja. Coldiron se volvió hacia mí—. Esta mañana rompió la vasija grande de la mantequilla. Le dije que se la descontaré de su paga.

—No importa. Compraré otra —respondí.

Coldiron respiró hondo.

—Si me permite una sugerencia, señor, eso no es bueno para la disciplina. Las mujeres son como los soldados, necesitan obedecer a sus superiores.

—Lárguese —dije irritado—. Tengo bastante que hacer aquí.

El único ojo de Coldiron se encendió un instante cargado de ira, pero obedeció y siguió a su hija a la cocina. Los muchachos, que se reían de la escena, huyeron corriendo. Me volví hacia Tamasin.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. No tenía por qué hablarle así, pobre chica.

En aquel momento apareció Guy, que bajaba despacio por la escalera secándose las manos con una toalla.

—¿Estás mejor, Tamasin? —preguntó.

Ella intentó ponerse de pie y Barak se apresuró a ayudarla.

—Doctor Malton, dígale que ha sido una estupidez andar hasta aquí sin compañía —pidió Barak.

Guy se inclinó y le puso la mano en la frente.

—Estás muy acalorada, Tamasin. Eso no es bueno en tu estado.

—Muy bien, de acuerdo, no volveré a venir sola. —Miró a Barak—. Lo prometo.

—¿Puedo examinarla en tu gabinete, Matthew? —preguntó Guy.

—Por supuesto. Jack, me gustaría hablar un minuto contigo —añadí rápidamente mientras Barak hacía el gesto de seguir a Guy y su mujer.

Tamasin me lanzó una sonrisa agradecida por encima del hombro, y su marido me siguió de mala gana al salón. Cerré la puerta, lo invité a sentarse y me senté delante.

—Tenemos trabajo urgente —dije.

—¿La reina?

—Sí.

Enseguida se interesó y la mirada se le iluminó mientras le contaba mi reunión con la reina y Bess.

—Lady Isabel estaba allí cuando llegué —añadí.

—¿Cómo es?

—Asombrosamente inteligente. Son como madre e hija con la reina —sonreí, y al punto fruncí el ceño—. Después me encontré con dos viejos conocidos: Rich y Thomas Seymour. Creo que sabían que yo estaba allí y estaban esperando a que saliera para provocarme.

—Solo fue mala suerte. Probablemente hablaban de cuestiones relacionadas con la guerra cuando usted apareció. Si uno se mete en una cloaca, seguro que encuentra gusanos.

—Tienes razón, pero es evidente que Rich ha estado siguiendo con atención mi carrera.

—No es un secreto que ha actuado usted en nombre de la reina en algunos casos. Tal vez se enteró de su visita y decidió divertirse un poco con usted.

—Sí, no soy tan importante como para que se interese de verdad por mí.

—Me he enterado de que Rich ha caído un poco en desgracia.

—Yo también lo he oído, pero sigue en el Consejo del Rey. Su majestad aprecia sus talentos —añadí con amargura.

—La política es como los dados: mejor es el jugador, peor es la persona.

—Jack, hemos de movernos deprisa. La vista es el lunes.

—Nunca hemos trabajado en la Audiencia de Tutelas.

—Muchas de sus funciones no son nada judiciales. ¿Conoces el principio de la

tutela?

Barak citó despacio un pasaje que recordaba de un libro de derecho:

—Si un hombre posee tierras por su servicio de caballero y muere dejando un heredero menor de edad, la propiedad pasará a custodia del rey hasta que el pupilo alcance la mayoría de edad o se despose.

—Así es.

—Y el rey tiene el derecho de administrar las tierras y arreglar la boda del pupilo. Pero, de hecho, vende la custodia al mejor postor a través de la Audiencia de Tutelas.

—¡Buena memoria! El servicio de caballero es una antigua forma de tenencia que ya estaba en desuso antes de nuestro actual monarca. Pero después vino el decreto de disolución de los monasterios, con lo cual todas las tierras monásticas primero confiscadas y luego vendidas entraron a formar parte del sistema de servicio de caballero. De modo que el volumen de trabajo aumentó tanto que abolieron el viejo Archivo de Tutelas y crearon un tribunal. Su actividad principal es económica. Comprueba el valor de las tierras objeto de custodia a través de albaceas, funcionarios locales, y después negocia con los interesados la custodia del heredero menor de edad.

—Algunas tutelas se conceden a los familiares de los huérfanos, ¿no es cierto?

—Sí, pero por lo general va a parar al mejor postor, especialmente cuando no hay familia directa, como a Nicholas Hobbey en el caso de los niños Curteys.

—Comprendo por qué lo hizo —se interesó Barak—. Si la muchacha se casaba con su hijo, conseguiría la parte de esta de los bosques de su padre. Pero la niña murió.

—Aun así le convenía quedarse con Hugh ya que la parte de Emma pasaría a su hermano. Hobbey tendrá el control de las tierras de Hugh hasta que este cumpla los veintiuno. En el sur hay una demanda constante de madera, para barcos y para preparar carbón para herrajes, especialmente ahora con la guerra.

—¿Cuánto bosque hay?

—Creo que unas veinticinco mil hectáreas. Hobbey es dueño de una tercera parte, pero el resto ahora pertenecerá a Hugh Curteys. Y, por ley, se debe preservar el valor de su tierra. Pero creo que los que compran tutelas a menudo sacan beneficios ilícitos talando el bosque y, en general, compinchados con el albacea local, que se lleva su tajada. Todo el sistema está podrido, de arriba abajo.

Barak frunció el ceño.

—¿No se puede hacer nada para proteger a los niños bajo tutela?

Él mismo había sido un niño de la calle, de modo que la aflicción de los niños en dificultades siempre lo conmovía.

—Muy poco. El tutor tiene un incentivo para mantener al pupilo con vida, porque si este muere se acaba la tutela. Y se supone que debe asegurar la educación del huérfano. Pero puede obligarlo a casarse más o menos con quien le dé la gana.

—¿Entonces el niño está atrapado? ¿Indefenso en medio de esa maraña?

—El tribunal tiene la autoridad de supervisión. Ante un mal trato en caso de una tutela, es posible solicitar protección, que fue lo que hizo Michael Calfhill. Pero a la Audiencia no le gustan las interferencias, porque las tutelas son rentables. Iré mañana al juzgado; probablemente tenga que untar varias manos para ver todos los papeles. Y ya que estoy allí… —Respiré hondo— trataré de conseguir una copia del documento que certifica la demencia de Ellen, de hace diecinueve años.

Barak me miró serio.

—Esa Ellen se está convirtiendo en una obsesión para usted. ¿Sabe que la debilidad le da a alguna gente una extraña forma de poder? Y eso asusta, visto cómo suelen ser los locos.

—Averiguar sobre su familia puede ser un progreso. Quizá logre encontrar alguien que se ocupe de ella y aligere mi carga.

—Me ha dicho que Ellen fue violada. Tal vez lo hizo alguien de su familia.

—O tal vez no. Si el caso de Curteys sigue adelante, puede que deba ir a Portsmouth a tomar declaraciones. De camino, podría desviarme hasta Sussex.

—¿Portsmouth? —Barak enarcó las cejas—. He oído que muchos soldados se dirigen allí, pues es posible que sea el lugar de desembarco de los franceses.

—Lo sé. La reina me advirtió que los espías del rey dicen que eso es lo planeado. Pero la propiedad de Hobbey está algo más al norte.

—Iría con usted, pero ahora no puedo dejar a Tamasin.

—Ni hablar —sonreí—, solo ayúdame con la Audiencia de Michael Calfhill.

—Me extraña que se haya suicidado justo después de presentar la demanda, precisamente cuando habría podido hacer algo por el muchacho Curteys.

—¿Quieres decir que quizá lo asesinaron? Lo pensé, pero su madre dijo que nadie sabía lo de la demanda y que la nota de suicidio estaba escrita de su puño y letra.

Le pasé el trozo de papel y Barak lo examinó.

—Me sigue pareciendo raro. Creo que no estaría de más pasar por la habitación donde vivía Michael y hacer unas preguntas.

—¿Podrías ir mañana? —Barak sonrió y asintió. Era el tipo de trabajo que le gustaba y para el que era bueno. Husmear por las calles—. ¿E ir también a la iglesia de los Curteys a ver si su párroco sigue allí?

—Antes que nada.

—Te apuntaré aquí la dirección.

Cuando me volví para darle el papel, vi que sonreía con gesto burlón.

—¿Qué?

—Se ve que este caso lo anima, ¿eh? Me parece que empezaba usted a aburrirse.

Barak se incorporó al oír la voz de su mujer. Nos acercamos a la puerta. Tamasin estaba sonriente y Guy parecía más feliz que en toda la última temporada.

—Todo va bien con mi hija —dijo Tamasin—, con mi pequeña Johanna.

—Mi pequeño John —la contradijo Barak.

—El embarazo está muy avanzado, Tamasin, tienes que tomarte las cosas con

mucha calma —le advirtió Guy.

—Sí, doctor Malton —respondió ella con humildad.

—¿Así que haces caso al doctor pero no a tu marido y señor? —repuso Barak cogiéndola de la mano.

Ella sonrió.

—Quizá mi señor tenga la amabilidad de acompañarme a casa. ¿Puede prescindir ahora de él? —preguntó dirigiéndose a mí.

Mientras se marchaban riñendo cariñosamente, Guy sonrió y comentó:

—Tamasin dice que Jack está demasiado nervioso.

—Bueno, tengo un trabajo nuevo que lo mantendrá ocupado. —Le apoyé la mano en el hombro—. Y eso es lo que también deberías hacer tú, Guy: volver al trabajo.

—Aún no, Matthew, estoy demasiado cansado. Ahora tengo que lavarme otra vez las manos. A diferencia de algunos colegas, creo que es importante para deshacerse de los miasmas.

Volvió a subir la escalera. Súbitamente sentí una tristeza infinita, por Guy, por Ellen, por el desconocido joven Hugh Curteys, por el pobre Michael Calfhill. Decidí pasear por el jardín para ordenar las ideas.

Al dar la vuelta a la casa, vi a Coldiron cortando una pila de leña con el hacha. Tenía la cara roja, cubierta de sudor que le goteaba por encima del parche sobre la nariz. Josephine estaba a su lado, retorciéndose las manos nerviosa. Parecía a punto de echarse a llorar.

—¡Jorobados! —refunfuñaba el mayordomo—. ¡Hombres de piel oscura! ¡Fulanas preñadas que se caen y enseñan esa tripa enorme en la escalera!

Se dio media vuelta al oír mis pasos. Josephine abrió los ojos y la boca de par en par.

Miré fijamente a Coldiron.

—Considérese afortunado de que Barak no estuviera conmigo —dije fríamente —. Si hubiera escuchado cómo llamaba a su mujer, es probable que estuviera usted ahora en el extremo equivocado del hacha.

Y me alejé. Habría tenido que despedirlo allí mismo, pero me detuvo la expresión de pavor de Josephine.

Capítulo 5

Al cabo de una hora, Guy y yo cenábamos. Coldiron al menos era buen cocinero y nos preparó unas angulas de río en salsa de mantequilla. Sus modales fueron obsequiosamente respetuosos mientras nos servía y mantuvo todo el tiempo la mirada baja de su único ojo.

Cuando salió del comedor, le conté a Guy lo de mi encuentro con la reina y el caso Curteys. También le comenté que ir a Hampshire sería una manera de investigar el pasado de Ellen.

Me miró con sus ojos castaños y bondadosos, dudó un instante y luego me dijo:

—Tienes que decirle que sabes lo que ella siente por ti, pero que no hay esperanzas.

Negué con la cabeza.

—Tengo miedo del efecto que pueda tener en ella. Y si dejo de visitarla se quedará sola. —Guy siguió mirándome; yo dejé el cuchillo y me recliné—. Ojalá el amor siempre fuera algo mutuo —añadí en voz baja—. Yo estaba enamorado de Dorothy Elliard, pero ella no me correspondía. En cambio, por Ellen solo siento… simpatía, sí, y lástima.

—¿Culpabilidad? ¿Porque no puedes amarla?

Dudé.

—También.

—Te hará falta valor para decírselo y enfrentarte a su reacción —dijo Guy en voz baja.

—¡No estoy pensando en mí mismo! —Fruncí el ceño irritado.

—¿No? ¿Estás seguro?

—La mejor manera de ayudarla es descubrir la verdad sobre su pasado —solté—. Entonces…

—¿Entonces le podrás pasar el problema a otro?

—Sí, es que a mí no me corresponde. Y descubrir la verdad no puede más que ayudarla.

Guy no respondió.

✞

Después subí a consultar mis libros, notas de mi época de estudiante sobre casos y cuestiones jurídicas. Tenía que refrescar los conocimientos sobre el reglamento y los procedimientos de la Audiencia de Tutelas. Aunque primero pensé en Coldiron. Por un lado, deseaba haberlo despedido en el jardín, pero, por el otro, si lo hacía y después debía irme a Hampshire, no quedaría nadie a cargo de la casa y los dos

muchachos, salvo Guy, y sería injusto dejarle esa responsabilidad. Lo mejor era hacer averiguaciones sobre posibles mayordomos en Lincoln's Inn y, antes de echarlo, asegurarme de tener un sustituto. Pero me preocupaba Josephine; no quería dejarla sola sin nadie más que Coldiron. Maldije el día que lo había contratado.

Pasé el resto de la noche tomando notas y llamando a Coldiron cada vez que se me acababa la vela para que trajera otra nueva. Oía entonces los pasos de Josephine que subían deprisa la escalera. Traía una vela, la dejaba sobre el escritorio y se marchaba con una rápida reverencia, y oía nuevamente el repiqueteo de sus pasos.

Por fin dejé de escribir y me recliné para pensar. Hobbey había empezado comprando una parte de la extensión de bosque más los edificios monásticos, que había convertido en casa, y luego la tutela de los niños. El desembolso de capital para todas esas transacciones seguramente había sido grande, incluso para un comerciante próspero. Sería interesante averiguar de qué sumas se trataba. A Emma, según Bess Calfhill, no le gustaba el joven David Hobbey; pero mis lecturas me habían dejado claro que solo en condiciones excepcionales la Audiencia aceptaría una demanda contra la boda concertada de una pupila. El novio debía ser de una condición social muy por debajo de la de ella, criminal, enfermo o deforme —noté que los jorobados también entraban en esta última categoría— para que la Audiencia de Tutelas desestimara la boda alegando «deshonra».

Pero Emma había muerto y, si tal era el plan de Hobbey, se había malogrado. Su herencia pasaría a Hugh y, así como por una de las singularidades de la ley una muchacha no desposada podía solicitar el fin de la tutela a los catorce años, el varón no podía «exigir lo suyo» hasta los veintiún años de edad. Según Bess, siete años antes Hugh tenía once, de modo que ahora tendría dieciocho; aún faltaban tres para poder tomar posesión de sus tierras.

Me levanté y empecé a pasearme. Hasta que Hugh cumpliera los veintiuno, Hobbey solo tendría derecho a los ingresos corrientes que produjeran las tierras y, tratándose de bosque, seguramente no habría arrendatarios. Sin embargo, como le había dicho a Barak, los propietarios de tutelas eran famosos por «arrasar» las tierras de sus pupilos vendiendo y sacando provecho de bienes tales como derechos sobre bosques y minas.

Mi vista se dirigió a un libro de la estantería: *Lamentaciones de un cristiano con el Municipio de Londres*, una diatriba contra los males sociales de la ciudad, que había pertenecido a mi amigo Roger. Lo abrí porque contenía un pasaje sobre la tutela: «Dios maldice esa malvada costumbre, ya que resulta abominable y es tan vil que apesta de la tierra al cielo».

Cerré el libro y miré el jardín. Era casi de noche; la ventana estaba abierta y me llegó el aroma de lavanda. Oí el gruñido de un zorro y un aleteo en alguna parte. Pensé que podría haber estado en el campo, en la granja donde me había criado. En aquel momento, costaba creer que el país estuviera inmerso en una crisis: tropas que se desplazaban, ejércitos que se formaban y buques que se reunían en el Canal.

A la mañana siguiente, fui por Chancey Lane a coger una barca a Westminster. Al cruzar Fleet Street, vi que alguien había puesto unos carteles escritos a mano por toda la zona de Temple Bar haciendo un llamamiento al alcalde para que tuviera cuidado de «sacerdotes y forasteros», pues podían incendiar Londres. Esa mañana el tiempo estaba aún más bochornoso y el cielo tenía un tono amarillento, sulfúreo. Giré por Middle Temple Lane y bajé por un pasadizo angosto entre edificios estrechos. En un callejón perpendicular se veía la vieja iglesia de los templarios. Vincent Dyrick ejercía en los tribunales de Temple Inns. Pensé que solo faltaban cuatro días para la Audiencia. Pasé por delante de los jardines, donde las últimas tormentas habían dejado montones de pétalos caídos debajo de los rosales, y baje hacia Temple Stairs.

El río seguía lleno de barcazas cargadas de pertrechos que se dirigían al este. Vi una llena de arcabuces y cañones de cinco pies que brillaban al sol. El barquero me explicó que ahora todos los buques de la Armada Real salían de Deptford con rumbo a Portsmouth.

—¡Hundiremos a esos franceses cabrones! —exclamó.

En Westminster Stairs había dos barcazas atracadas, cada una con una docena de hombres inclinados sobre los remos. Subí hasta el patio bajo la enorme sombra del Palacio de Westminster. Una compañía de unos cien soldados estaba en formación junto a la gran fuente, resplandecientes con sus uniformes rojos y blancos de la milicia. Era una exhibición imponente, como debía ser. Las armas contrastaban con sus brillantes uniformes: mazos oscuros de robusta madera, con una cabeza tachonada de pinchos y púas dispuestos de manera elaborada y brutal.

Tenían delante un fornido oficial montado en un caballo negro y con una sobrevesta con los colores reales —verde y blanco— y un yelmo con un penacho de plumas. Un montón de curiosos rodeaba la plaza: buhoneros, mercachifles y prostitutas de Westminster y algunos escribientes de los juzgados. Una de las fulanas se bajó el corpiño para enseñar los pechos a los reclutas, y la gente se echó a reír y aplaudir, mientras el oficial amagaba una sonrisa.

Los soldados tenía un aire tenso y expectante cuando el oficial sacó un pergamino, lo levantó con una floritura y empezó a leer:

—«Por la fe que tengo en Dios y en el rey, juro obedecer lealmente las leyes y estatutos marciales». —Se calló y los hombres repitieron sus palabras con una especie de recitado grave.

Era un juramento que obligaba a los hombres al servicio pleno, y me abrí paso entre el gentío sin descuidar mi bolsa. De pronto, me sorprendí en el estrecho callejón que había entre el Palacio de Westminster y la abadía, completamente desierto salvo por un viejo escribiente de pelo blanco que caminaba despacio hacia mí, encorvado bajo el peso de un fajo de papeles.

Llegué al conjunto de viejos edificios románicos anglonormandos de piedra

blanca cubierta de hollín, detrás del Palacio de Westminster. En lugar de dirigirme a la Audiencia de Ruegos, como de costumbre, abrí una pesada puerta de madera en el edificio contiguo y subí un estrecho tramo de escalera hasta un amplio arco, en lo alto del cual se veía el escudo real y, debajo, las figuras de dos niños con un rollo de pergamino con el lema en latín del tribunal: *Pupillis Orphanis et Viduis Adiutor*. Ayuda para los pupilos, huérfanos y viudas.



El amplio vestíbulo de la Audiencia era oscuro, con el olor típico de los tribunales: polvo, papel viejo y humedad. A un lado había varias puertas, mientras que al otro esperaban algunas personas sentadas en un banco con expresión tensa. Todas vestían prendas caras. Había una pareja de unos treinta años: el hombre con un elegante jubón y la mujer con un vestido de seda y una capucha revestida de perlas. Un poco más allá estaba sentado un niño de unos diez años con chaleco de satén; una mujer joven de vestido oscuro de cuello alto lo tenía cogido de la mano y hablaba con un abogado al que yo no conocía.

—Pero ¿cómo pueden hacer algo así? —preguntó la dama—. No tiene sentido.

—Ya se lo he dicho, milady —respondió el abogado pacientemente—, aquí el sentido que se espera es el sin sentido.

—Discúlpeme, colega —tercié—, ¿podría indicarme el despacho del escribiente?

Me miró con curiosidad.

—La puerta que tiene detrás. ¿Es usted nuevo en Tutelas?

—Así es.

Se dio una palmada en la cintura, donde llevaba la bolsa. Asentí con la cabeza. El niño nos miraba con expresión de perplejidad.

Llamé a la puerta.



Me encontré con una sala grande dividida en dos por un mostrador de madera. En la otra punta, debajo de una ventana por la que se veía un cielo cada vez más oscuro, un delgado y canoso escribiente con un guardapolvo trabajaba sentado a un escritorio. Otro más joven, de cara alargada, ordenaba papeles en las estanterías de las paredes, que iban del suelo al techo. El mayor levantó la vista, y la pluma con la que escribía con pulso firme se detuvo. Vino a mi encuentro. Tenía una cara arrugada y sin expresión, pero una mirada aguda y calculadora. Saludó con una breve inclinación de la cabeza, apoyó las manos manchadas de tinta sobre el mostrador y me miró con curiosidad, casi sin intimidarse por mi toca de abogado. Los escribientes tenían mucho poder en todos los tribunales, pero por lo general mostraban gran deferencia

hacia los abogados y procuradores; no obstante, aparentemente la Audiencia de Tutelas era diferente.

—¿Señor? —preguntó en tono neutro.

Abrí la cartera y dejé la citación de Michael sobre el mostrador.

—Buenos días, señor. Soy el abogado Shardlake. Me gustaría ver el expediente de este caso. Creo que el letrado Warner, el procurador de la reina, le ha escrito al abogado Sewster.

El hombre miró el papel y otra vez a mí con un gesto apenas más respetuoso.

—Sí, abogado. Me dijeron que admitiera un escrito de última hora en el expediente. Pero el letrado Sewster también me dijo que le dijera que es menester que las pruebas para apoyar la demanda se presenten deprisa.

—Comprendo. ¿Le han comunicado que el joven que presentó el pliego de cargos ha muerto?

—Sí. —Sacudió la cabeza con pesar—. El demandante ha muerto, no hay declaraciones ni documentos y encima faltan cuatro días para la vista, según las instrucciones del abogado. Todo eso pondrá a sir William en dificultades. Hay que seguir los procedimientos como es debido, ya que están en juego intereses de menores.

—Agradecería oportunamente cualquier ayuda que tuviera usted la amabilidad de ofrecerme. Espero tener nuevas declaraciones a la brevedad. —Me metí la mano bajo la túnica para alcanzar la bolsa—. Señor…

—Mylling, abogado, escribiente adjunto. —Volvió la palma despacio hacia arriba. Eché una mirada a su joven colega, que seguía ordenando papeles—. Ah, no se preocupe por él —dijo Mylling—. Cinco chelines en moneda nueva para ver todos los papeles de la guardia y custodia, o tres de plata.

Parpadeé. Todo el sistema judicial y gubernamental se lubricaba con sobornos. Las partes interesadas en pleitos judiciales, los mercaderes que pretendían ser proveedores del ejército, la gente que quería comprar tierras de monasterios, todos hacían regalos o daban dinero a los funcionarios, pero se efectuaban de forma casi encubierta y se describían como muestras de afecto personal. Y los que pedían demasiado y con demasiada frecuencia, como se rumoreaba que había hecho Rich el año anterior, tenían problemas. Pero que un subalterno de un juzgado pidiera a un abogado dinero de forma tan descarada era asombroso. Mas así era la Audiencia de Tutelas. El joven escribiente siguió ordenando papeles en lo que evidentemente era una tarea rutinaria.

Los modales de Mylling se suavizaron.

—Lo pondré al corriente del expediente e iré a buscar los papeles, señor. Pero le diré, por su propio interés, que necesitará testigos que den cierta credibilidad a las acusaciones del señor Calfhill. Le soy sincero, como lo fui con el señor Calfhill cuando vino.

—¿Vio usted al señor Calfhill cuando presentó la demanda?

—Así es. —Me miró con curiosidad—. ¿Lo conocía?

—No, solo he recibido instrucciones de su madre, ayer mismo. ¿Cómo era?

Mylling lo pensó un momento.

—Un tipo raro. Se notaba que nunca había estado en un juzgado. Solo dijo que habían hecho algo terrible a su joven pupilo y quería exponerlo ante sir William de inmediato. —Apoyó los codos sobre el escritorio—. Parecía distraído, alterado. Al principio me pregunté si no estaría un poco mal de la cabeza, pero después pensé que no, que solo estaba… —buscó la palabra— escandalizado.

—Ya —dije—, encaja con lo que sé.

Mylling se volvió hacia su ayudante.

—Los papeles, Alabaster —pidió.

El joven estaba escuchando, porque empezó a rebuscar en los pilones de papeles con las esquinas dobladas y enseguida sacó un grueso fajo atado con cinta roja. Mylling la desató y me pasó la primera hoja. Un pliego de cargos rellenado con letra cuidada y la misma firma al pie que había visto en la nota de suicidio. Leí:

Yo, Michael John Calfhill, solicito humildemente a este Honorable Tribunal que investigue la tutela de Hugh Curteys, otorgada a Nicholas Hobbey, del Priorato de Hoyland, Hampshire, en el año de 1539, por agravios monstruosos cometidos contra el mencionado Hugh Curteys y para que se dicte orden judicial a fin de evitar que Nicholas Hobbey esté en posesión de su guardia y custodia.



Miré a Mylling.

—¿Le ayudó usted a redactar la demanda? —pregunté.

Se suponía que los escribientes no podían hacerlo, pero seguro que Michael Calfhill no conocía las fórmulas legales y Mylling lo había ayudado por dinero.

—Sí. Le dije que la demanda debía estar firmada por un abogado, pero insistió en hacerla él, y de inmediato. Le dije que atemperara un poco el lenguaje, pero no quiso. Traté de ayudarlo. Me dio lástima. —Noté, para mi sorpresa, que Mylling decía la verdad—. Le dije que necesitaría testigos y me respondió que hablaría con el párroco.

—¿Me permite?

Cogí el expediente. El papel que había debajo del pliego era, como esperaba, la respuesta del defensor, firmada por Vincent Dyrick. Se trataba de un escrito rutinario, en el que se negaba categóricamente que las acusaciones fueran ciertas. Los otros papeles eran mucho más antiguos.

—¿Hay algún despacho privado donde pueda ver todo esto?

—Me temo que no, señor. Los papeles solo se pueden sacar de aquí para las audiencias. Puede hacerlo aquí. —Mi mano fue a parar de nuevo a la bolsa. Sabía que si seguía inclinado más tiempo sobre el mostrador me dolería la espalda, pero Mylling meneó la cabeza con decisión—. Me temo que son las reglas.

Así que seguí examinando los papeles inclinado sobre el mostrador. Casi todos tenían que ver con la concesión de la custodia de Hugh y Emma hacía seis años: registros de la solicitud de Nicholas Hobbey, gentilhombre, y tasaciones efectuadas por funcionarios locales de las tierras y bienes. Hobbey había pagado ochenta libras por la tutela y treinta de honorarios. Era mucho dinero.

También había copia de una escritura anterior de traspaso a Hobbey de los edificios del priorato y de su participación minoritaria en el bosque comprado a la Audiencia de Desamortizaciones, por los que había pagado quinientas libras. Había un plano de las tierras que poseía anteriormente el convento de monjas. Lo examiné para ver si existían otras propiedades arrendadas valiosas, pero el terreno, tanto el de Hugh como el Hobbey, aparentemente estaba cubierto solo de bosque, además de la aldea de Hoyland, que Hobbey había adquirido junto con los edificios del priorato. De modo que esto último lo convertía en señor de la heredad, lo que le significaba un ascenso de condición social. Hoyland era una aldea bastante pequeña, por lo que vi, con treinta hogares y unas doscientas almas. Había un anexo con la lista de tenedores. Aunque algunas casas tenían su propia tierra en propiedad, la mayoría eran arriendos breves de entre siete y diez años. Pensé que la cifra de la renta sería mínima, sin grandes beneficios para nadie. Se describía la ubicación del priorato de Hoyland a tres leguas al norte de Portsmouth, «hacia el lado de la colina de Portsdown». Por el plano, parecía muy cerca del camino principal de Londres a Portsmouth, ideal para el transporte de madera.

Me enderecé y me froté la espalda. Hobbey había hecho una gran inversión: primero en su porción de tierra y luego en la tutela. También se había trasladado allí, por lo que era de presumir que hubiera vendido su negocio en Londres. Un comerciante próspero que decide convertirse en terrateniente… un hecho bastante común.

Levanté la vista. Mylling me observaba con disimulo desde su escritorio y apartó la mirada.

—Esta tutela se aprobó muy rápido —dije—, apenas tardó dos meses desde la solicitud inicial. Hobbey pagó unos honorarios altos, sin duda estaba muy interesado en ella.

Mylling se levantó y se acercó.

—Si quería que se aprobara deprisa —dijo en voz baja—, habrá tenido que mostrar su agradecimiento al abogado Sewster y al albacea.

—El señor Hobbey tiene tierras en Hampshire, al lado de las de los pupilos, y un hijo joven.

Mylling asintió aquiescente.

—Será por eso. Si casaba a la muchacha con su hijo las tierras quedarían unidas. Solo había que redactar un precontrato matrimonial mientras aún eran niños. Ya sabe cómo es la burguesía: casarse enseguida y luego toda una vida para que llegue el amor.

—Pero la chica murió.

Mylling asintió con la cabeza.

—Las tutelas tienen sus riesgos, como cualquier negocio. Bueno, todavía queda la boda del muchacho; le podría sacar algún provecho.

Mylling volvió la cabeza cuando se abrió una puerta exterior por la que entró un escribiente mayor y gordo con unos papeles que depositó sobre el mostrador.

—Se ha confirmado la tutela del joven señor Edward a favor de su tío —anunció —. Se ha rechazado la solicitud de la madre.

Al otro lado de la puerta se oía el llanto de una mujer y un niño.

—La madre adujo que el tío es un hombre horrible y que el niño se escapa nada más verlo —explicó mientras se acomodaba las mangas de su toga—. Sir William la riñó por insolente.

Mylling llamó a Alabaster.

—Prepara las órdenes, muchacho, que hay un buen amigo.

—Sí, señor. —Alabaster sonrió con cinismo al escribiente—. En Tutelas no hay gratitud, ¿verdad, Thinpenny?

El escribiente se rascó la cabeza.

—Así es.

Alabaster volvió a sonreír; una sonrisa desagradable, pensé. Vio que lo miraba y volvió a su escritorio. Thinpenny se marchó, Mylling también regresó a su escritorio y yo a mis papeles. Había poco más en el expediente: una relación de las cantidades que Hobbey se comprometía a pagar por la educación de los niños —otro gasto, pensé— y un lacónico certificado de defunción de Emma Curteys de agosto de 1539. Por último había unas pocas órdenes de los últimos años por medio de las cuales se autorizaba al señor Hobbey a talar una porción limitada de bosque perteneciente a Hugh, «los árboles están maduros y la demanda de madera es grande». Los beneficios, así como la herencia de Hugh, quedarían al cuidado de la Audiencia de Tutelas. La cantidad a talar se acordaría «entre el señor Hobbey y el albacea de Hampshire». En cada ocasión se habían remitido a la Audiencia sumas de entre 25 y 50 libras, acompañadas de un certificado aprobado por el albacea, un tal sir Quintin Priddis. Por fin, pensé, un indicio de posible corrupción. No había nada que demostrara que se habían repartido sumas mayores entre Hobbey y Priddis; pero tampoco nada que demostrara lo contrario. Cerré el expediente y al enderezarme la espalda me sacó una mueca de dolor.

Mylling se acercó.

—¿Ha terminado, señor?

Asentí.

—Me pregunto si el señor Hobbey asistirá a la vista.

—A la vista inicial bastará con que vaya su abogado. Aunque yo iría si fuera objeto de una acusación de esa índole.

—Sin duda —le sonreí amistosamente. Necesitaba a Mylling para una cosa más

—. Hay otro asunto sobre el que querría información, que no tiene nada que ver con este caso: un expediente de *lunatico inquirendo*, un caso de declaración de incapacidad por locura en una mujer joven. Habrá tenido lugar hace unos diecinueve años. Me pregunto si podría ayudarme a encontrarlo.

—¿Representa usted al tutor? —preguntó con desconfianza.

—No, pero me gustaría saber quién es el tutor. —Di un golpecito a mi bolsa.

Mylling se alegró.

—No es precisamente mi departamento, pero sé dónde están los expedientes. —Respiró hondo y se volvió hacia el joven ayudante—. Alabaster, vamos a tener que ir a la cámara fétida. Ve a la cocina a buscar unas lámparas y espéranos allí.



La gente que esperaba en el banco se había marchado. Mylling me llevó por un laberinto de cuartuchos a paso rápido y vigoroso. En uno de ellos había un empleado sentado ante dos montones de monedas de oro sobre el escritorio, moviendo soberanos y libras de oro de una pila a otra y haciendo anotaciones en un libro mayor.

Bajamos un piso por una escalera de piedra hasta un descansillo, y otro piso más que llevaba a la oscuridad. Estábamos por debajo del nivel de la calle. Alabaster nos esperaba en el descansillo, llevaba dos lámparas con velas de cera de abeja dentro que daban una brillante luz amarilla. Me pregunté cómo había hecho para llegar antes que nosotros.

—Gracias, Alabaster —dijo Mylling—. No nos quedaremos mucho. Este no es lugar donde uno quiera estar mucho tiempo —me comentó.

El ayudante saludó con la cabeza y se alejó a paso rápido. Mylling cogió una lámpara y me dio otra.

—Si tiene la bondad, señor.

Bajé la escalera detrás de él con cuidado porque los escalones eran tan antiguos que estaban gastados en el medio. Al pie nos encontramos con una vieja puerta anglonormanda tachonada de hierro.

—Aquí se guardaba en otros tiempos parte del tesoro real —me explicó—. Esta parte se remonta a la época de los normandos.

Apoyó la lámpara en el suelo, hizo girar la llave en la cerradura y empujó la puerta, que chirrió ruidosamente. Era muy gruesa y pesada, y necesitó las dos manos para abrirla del todo. Junto a la puerta había media losa, que empujó con el pie para que aquella no se cerrara.

—Para estar seguros, señor. Tenga cuidado al andar.

Mientras lo seguía por una estancia oscura como boca de lobo, un olor a humedad y podredumbre me llegó hasta la garganta y tuve arcadas. La lámpara de Mylling reveló una cámara pequeña y con suelo de losas. Se oía gotear agua en alguna parte. Las paredes estaban manchadas de moho. Montones de papeles antiguos, algunos con

sellos de lacre que colgaban de cintas descoloridas, se apilaban sobre estantes de aspecto húmedo y en viejos arcones de madera estibados uno sobre otro.

—La vieja sala de archivos —dijo Mylling—. El trabajo de la Audiencia de Tutelas aumenta tan deprisa que el espacio para guardar documentos rebosa, de modo que tenemos que poner aquí abajo los expedientes de los pupilos fallecidos, de los mayores de edad y de los que se ganan la vida. Y todos los casos de demencia. —Se volvió y me miró; a la luz de la lámpara, la cara se le veía aún más arrugada y sudorosa—. En los casos de locura no hay dinero, ¿me explico?

El hedor me hizo toser.

—Ahora comprendo por qué la llama «cámara fétida».

—Nadie puede estar aquí mucho rato; la gente empieza a toser y le cuesta respirar. No me gusta venir aquí abajo. En invierno, cuando hay mucha humedad, hasta yo me ahogo y jadeo. Dentro de unos años todos estos papeles serán un pegote mohoso. Ya he avisado, pero no me hacen caso. Bueno, sigamos. ¿En qué año fue ese caso de demencia, señor?

—En 1526, creo. El nombre es Ellen Fettiplace, de Sussex.

—¿Es otro asunto de la reina? —preguntó.

—No.

—De acuerdo, 1526. El rey aún estaba casado con Catalina de Aragón… y causó cierta agitación que se divorciara para casarse con Ana Bolena. —Rio entre dientes con cierta dificultad para respirar—. Desde entonces ha habido otros divorcios y ejecuciones, ¿no? —Se abrió paso en zigzag por los arcones hasta un extremo—. Aquí se guardan los papeles de los dementes —dijo delante de unas estanterías con más papeles húmedos apilados. Levantó la lámpara y sacó un fajo de expedientes—. A ver, 1536. —Dejó una pila sobre el suelo y se agachó para buscar. Al cabo de un rato me dijo—: Aquí no hay nada de Fettiplace, señor.

—¿Está seguro? ¿Y nombres parecidos?

—No, señor. ¿Está seguro de que es este año?

—Pruebe el anterior y el posterior.

Mylling volvió a los montones de papeles. Mientras rebuscaba en los expedientes, empezaron a escocerme la nariz y la garganta. Era como si el revestimiento húmedo y mohoso de las paredes se me metiera dentro. El escribiente por lo menos era minucioso. Sacó otros dos fajos de papeles y los dejó en el suelo para hojearlos con dedos diestros. Noté un hongo enorme y brillante que crecía entre dos lozas. Al final Mylling negó con la cabeza.

—Tampoco aquí, señor, nadie llamado Fettiplace o similar. He mirado el año anterior y el siguiente. De estar aquí el expediente, lo habría encontrado.

No me lo esperaba. ¿Cómo era posible que Ellen estuviera en el Bedlam sin una declaración de incapacidad por demencia? Mylling se puso de pie y le crujieron las rodillas. Los dos dimos un respingo al oír un violento trueno por la puerta entreabierta. A pesar de que estábamos en el sótano, se oyó con fuerza.

—¿Ha visto? —dijo Mylling—. Es como si Dios en persona liberara el rugido de su ira sobre nosotros.

—No me extraña, teniendo en cuenta lo que pasa en este lugar… —dije con súbita amargura.

Mylling levantó la lámpara y me miró.

—Todo lo que aquí sucede es por deseo del rey, señor. Es nuestro amo y señor soberano, cabeza de la Iglesia. Lo que ordena debe bastar para satisfacer nuestra conciencia.

«Quizá cree en lo que dice —pensé—, y quizás eso le permite hacer lo que hace».

—Lamento no poder encontrar a su demente —añadió.

—Bueno, a veces también puede resultar útil saber lo que no está en los archivos.

Me miró con curiosidad y, tal vez, con cierta emoción más profunda.

—Espero que encuentre testigos para el caso Curteys —dijo en voz baja—. ¿Qué le pasó a Michael Calfhill? Por lo que veo, nada bueno, aunque el abogado Sewster no me lo ha dicho.

—Se suicidó.

Mylling me miró con sus sagaces ojos oscuros.

—Jamás habría pensado que hiciera algo así. Parecía tan aliviado cuando puso la demanda… —Sacudió la cabeza y abrió la marcha de regreso a los pasillos, y yo volví a oír el tintineo de las monedas.

Capítulo 6

Al salir al exterior una luz inesperadamente intensa me obligó a parpadear. Las lozas del pasadizo estaban cubiertas de un granizo refulgente bajo un cielo que volvía a ser azul. El aire era más fresco, casi súbitamente frío. Me alejé pisando con cuidado sobre el hielo crujiente y resbaladizo. En el patio del palacio, la gente que se había guarecido en las entradas volvía a salir.

Decidí ir andando hasta la casa de Barak, que quedaba de camino a la mía, a ver si había vuelto. Cuando llegué a Charing Cross el granizo se había derretido y el terreno bajo los pies apenas estaba húmedo. Mientras pasaba por delante de las bonitas casas nuevas de los ricos que bordeaban la Strand, pensé en Ellen. ¿Cómo podían haberla internado en el Bedlam sin un certificado de demencia? Alguien habría pagado bien para encerrarla y… seguía pagando. Así pues, ella tenía el derecho de abandonar aquel lugar mañana mismo; pero ahí estaba la paradoja: era lo último que podía hacer.

Giré por Butcher Lane, una calle corta de casas de dos pisos. Barak y Tamasin alquilaban la planta baja de una pequeña casa cuidada, pintada pulcramente de amarillo y verde. Llamé a la puerta y me atendió doña Marris. Jane Marris, una cuarentona robusta, por lo general tenía aspecto de alegre eficiencia, pero aquel día parecía preocupada.

—¿Se encuentra bien la señora Tamasin? —pregunté.

—Ella sí —respondió con un toque de aspereza—. El que no está bien es el señor.

Me llevó a un saloncito ordenado que daba a un pequeño y florido jardín. Tamasin estaba sentada sobre unos cojines cogiéndose la barriga con las manos. Las lágrimas le surcaban el rostro y tenía cara de enfado. Barak estaba sentado en un banco, contra la pared, con expresión de vergüenza. Miré primero a uno y después al otro.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Tamasin echó una mirada a su marido.

—Ha vuelto aquel oficial, y Jack, el muy tonto, consiguió que lo reclutaran.

—¡¿Qué?! ¡Pero si buscan hombres solteros!

—Resulta que hoy le hizo un corte de mangas al hombre y le contestó mal. Jack cree que aún es el criado favorito de Thomas Cromwell, y no el simple escribiente de un abogado.

—Tammy… —Barak hizo una mueca.

—¡Qué Tammy ni qué niño muerto! ¿Puede ayudarnos, señor? Le han dicho que se presente en Cheapside Cross dentro de tres días para incorporarse.

—¿Incorporarse directamente? ¿Sin un pase de revista?

—Dijo que se notaba que yo estaba en buena forma —explicó Barak—, sano de

cuerpo y alerta. No quiso ni escuchar mis razones y se puso a gritar. Dijo que había sido escogido y punto. —Suspiró—. Tammy tiene razón: me mostré insolente.

—Se supone que los encargados de reclutar deben escoger a los mejores hombres, al margen de sus antipatías. ¿Cómo se llama?

—Goodryke.

—Bueno, mañana hablaré con el regidor Carver. —Miré a Barak con seriedad—. ¿Eres consciente de que querrá dinero?

—Tenemos algo ahorrado —musitó Barak.

—Sí —saltó Tamasin—, para el bebé. —Se le humedecieron los ojos.

Barak se encogió de hombros.

—Tal como están las cosas, podríamos gastarlo ahora mismo… Total, su valor no para de bajar. Por el amor de Dios, Tammy, no te pongas a lloriquear otra vez.

Yo esperaba que Tamasin volviera a replicarle, pero en cambio suspiró y habló en voz baja.

—Jack, ojalá aceptaras tu situación en la vida y pudieras vivir tranquilo. ¿Por qué siempre te peleas con la gente? ¿Por qué no puedes estar en paz?

—Lo siento —respondió con humildad—. Tendría que haberlo pensado. Todo se arreglará, el señor Shardlake nos ayudará.

—Estoy cansada —dijo su mujer cerrando los ojos—. Déjame sola un rato.

—Jack —tercié—, salgamos a hablar de este caso. Tengo algunas novedades interesantes.

Barak dudaba, pero yo tenía claro que era mejor dejar un rato tranquila a Tamasin.

—Menuda tormenta —exclamó una vez fuera.

—Sí, las piedras de granizo en Westminster eran de un tamaño considerable.

—Me refería allí dentro. —Señaló su casa con la cabeza.

Me reí.

—Tu mujer tiene razón. Eres incorregible.



Fuimos a una taberna cerca de la cárcel de Newgate frecuentada por estudiantes de Derecho y pasantes eventuales. El lugar ya estaba muy animado. Un grupo de estudiantes bebía alrededor de una mesa con unos aprendices. Las barreras de clase, noté, empezaban a difuminarse entre los jóvenes en edad militar. Estaban bastante achispados y entonaban una canción que se había hecho popular hacía tres años, tras haber derrotado a los escoceses en Solway Moss.

Rey Jacobo, Jaime, mi Jaimito,
te llamaban nuestro rey,
¿por qué lo harían?

Ahora los escoceses aparentemente esperaban su turno para caer sobre nosotros, pensé, reforzados por miles de efectivos franceses. No era de extrañar puesto que el rey había hecho caballerosamente la guerra a su reina María, una niña, durante tres años. Al observar el grupo, vi a un hombre mayor entre ellos, la cara con una cicatriz y un parche en el ojo… ¡Mi mayordomo Coldiron! Cantaba animada y acaloradamente. Recordé que era su noche libre.

—Ve a la barra y tráeme una cerveza y un pastel —le dije a Barak—. Voy a sentarme allí. —Señalé con la cabeza una mesa en un reservado.

Barak regresó con dos jarras y dos empanadas de carne. Se dejó caer sobre la silla.

—Lo siento —dijo con cara de disculpa.

—Tamasin está muy enfadada.

—Tiene razón, lo sé. No debí tocarle las narices a ese cabrón. Los militares son muy susceptibles. ¿Sabe que un grupo de mercenarios germanos se han amotinado en Islington esta mañana? Exigían más dinero para ir a Escocia.

—Las tropas inglesas están marchando sin rechistar.

—¿Puede sacarme de este apuro? —me preguntó muy serio.

—Espero que sí. Sabes que haré todo lo posible. —Meneé la cabeza—. He visto unos cien hombres de las milicias partiendo del muelle de Westminster. Y esta mañana en los juzgados me he enterado de que hay doce mil en la marina, sesenta mil en las milicias en la costa del Canal, treinta mil en Essex, veinte mil en la frontera con Escocia… ¡Dios mío!

Uno de los jóvenes achispados al otro lado de la mampara gritó: «¡Buscaremos hasta el último espía francés en Londres! ¡Gallitos cabrones de pacotilla… a los ingleses no nos llegan ni a la suela de los zapatos!».

—Si tuviera mujer e hijos pensaría de otra manera. —Barak tomó un trozo de pastel y bebió un largo trago de cerveza.

—Si tuvieras su edad y fueras soltero, ¿no estarías cantando con ellos?

—No, nunca me he dejado llevar por la gente, especialmente cuando decide tirarse al precipicio.

Se secó la boca y tomó otro trago.

Noté que ya tenía la jarra casi vacía.

—Para el carro —le dije.

—Sabe que no bebo tanto ahora. Eso era lo que me separaba de Tamasin. No es que me resulte siempre fácil, pero… Está bien que me sermonee uno, justamente, que bebe menos que un ratón.

Sonreí con tristeza. Era verdad que yo apenas bebía. Todavía recordaba a mi padre que, tras la muerte de mi madre, se pasaba las noches en la taberna. Yo, desde la cama, lo oía subir la escalera a trompicones ayudado por los criados y murmurando cosas sin sentido. Me había jurado a mí mismo no acabar así. Sacudí la cabeza.

—¿Qué has averiguado hoy?

—Creo que hay algo extraño en la muerte de Michael Calfhill —dijo en voz baja —. Hablé con sus vecinos y vi al alguacil local. Es un auténtico charlatán, así que me lo llevé a tomar una copa. Me dijo que Michael había tenido problemas con algunos aprendices de la zona, golfos que se pasaban el día con cara de tipos duros buscando espías franceses.

—¿Qué tipo de problemas?

—El alguacil oyó que le gritaban cada vez que Michael pasaba. Parece que a los chicos no les gustaba cómo los miraba.

—¿Y cómo los miraba?

—Como si quisiera meterse en sus calzones.

Abrí los ojos de par en par.

—Que no se sepa ni una palabra de ello en la Audiencia. ¿Y qué dijeron los vecinos?

—En la habitación de abajo vive una pareja joven. No lo veían mucho, solo lo oían subir la escalera y a veces caminar por la habitación. La noche de su muerte, los despertó un ruido. El marido subió, pero como nadie le respondió llamó al alguacil, que forzó la puerta y se encontró a Michael colgado de una viga. Había cortado una sábana y hecho un nudo, después se subió a una silla y la volcó de una patada; eso fue lo que hizo ruido. —Barak se inclinó hacia delante; empezaba a animarse—. Pregunté a la joven pareja si habían oído pasos por la escalera y me dijeron que no, pero la casa solo tiene un piso. Y el alguacil me dijo que la ventana estaba abierta.

—No me extraña, estamos en verano.

—Solo estoy diciendo que alguien pudo haber entrado mientras Michael dormía, estrangularlo y después colgarlo. —Barak esbozó su vieja sonrisa de complicidad—. Si quiere, mañana podemos ir a la habitación y echar un vistazo. El alguacil ha dejado la llave a la pareja y les dije que a lo mejor volvía con alguien.

—Lo pensaré. ¿Y qué tal con el párroco?

—Sigue en la misma iglesia, Santa Evelina, en Fall Lane. El reverendo Broughton no estaba, pero el sacristán me dijo que volviera mañana a las once.

—Bien hecho —sonreí—. A fin de cuentas quizá tengamos un testigo, lo necesitamos. —Le hablé de mi visita a la Audiencia de Tutelas—. Si a ti solo te ha costado un par de cervezas, te ha salido barato. A mí me costó tres chelines de oro conseguir la ayuda de Mylling. Mañana iremos a ver al párroco. Y sí, quiero ver la habitación de Michael. Aunque su madre dice que la nota de suicidio es de su puño y letra —fruncí el ceño—, me pregunto si lo que descubrió en Hampshire no le hizo perder el juicio.

Los gritos en la taberna eran cada vez más estruendosos y se oía claramente a Coldiron chillando con voz crispada: «¡Los hombres de hoy en día son unos mariquitas! ¡Dormir a la intemperie está muy bien! Pones las mantas sobre unas ramas y estás más cómodo que un cerdo. ¡Y si se me pega un chocho, mejor que

mejor! —Vítores y gritos—. Ya os lo digo, ¡el ejército está lleno de maricas! ¡Eso es lo que son! ¡Unas nenas, unos amanerados! Venga muchachos, ¿quién me invita a otro trago?».

—No se lució eligiendo ese tipo para su servicio —comentó Barak.

—Lo sé. Me libraré de él pronto, en cuanto encuentre un buen sustituto.

Barak se acabó la cerveza.

—¿Otra? —preguntó—. No se preocupe, es la última.

—De acuerdo, pero no cruces ni una mirada con Coldiron.

Mientras Barak iba a la barra, me quedé pensando.

—He descubierto algo sobre Ellen en la Audiencia de Tutelas —le dije cuando volvió—. Nunca ha estado registrada como demente.

—¿Cómo llegó entonces al Bedlam?

—Eso es lo que intento descubrir. Alguien ha estado pagando y el director Metwys tiene que estar metido en ello, así como todos los directores del Bedlam de los últimos diecinueve años. Es un puesto lucrativo que se vende a los cortesanos.

—Acabará más enredado con ella —advirtió Barak.

—No —meneé la cabeza—, no puedo.

—Mire, de momento Ellen tiene un lugar donde vivir, una especie de trabajo. Si escarba en los secretos de su familia, quienquiera que le pague el Bedlam podría dejar de hacerlo y el director la echaría a la calle. ¿Adónde iría entonces? ¿A casa de usted?

Suspiré; tenía sentido.

—Me moveré con discreción y cautela. Pero si voy a Portsmouth no puedo perder la oportunidad de averiguar lo que pasó en Rolfswood.

—¿Y cree que irá?

—Si el caso prospera el lunes próximo, probablemente. Escucha, mañana iré a ver al regidor Carver para arreglar el lío en que te has metido. Me debe un favor. Después podemos visitar al párroco, y ver qué sabe de la familia Curteys. A propósito, Bess tendrá que acudir a la Audiencia del lunes, así que le haré una visita el sábado. No quiero que se entere de lo de las miradas de Michael a esos muchachos. Si es que es verdad.

—Tal vez lo mataron ellos.

—¿Por mirarlo? No seas tonto.

—¿Y qué pasa si no encontramos nada contra Hobbey después de hablar con el párroco?

—Será más difícil porque tendré que recurrir a la gravedad de las acusaciones de Michael y sacar a la luz el hecho de que la tutela se otorgó demasiado deprisa. Si conviene, diré que es necesario someter a la familia Hobbey a un interrogatorio. Si el tribunal lo acepta, probablemente tendré que ir a Hampshire para hacerlo yo mismo. Me reuniré con Dyrick después de que sepamos si tenemos o no algún testigo útil que aporte pruebas.

—Si va, necesitará alguien que lo acompañe. Todo esto puede ser un asunto

sucio, igual que lo de Ellen.

—Tú no irás. Tamasin está a punto de dar a luz. Un caballero se llevaría a su mayordomo de viaje, pero preferiría alistarme en el ejército que irme con Coldiron. Arreglaré algo con Warner. —Sacudí la cabeza—. Tutelas… ¿Sabes cuál es el lema de la audiencia grabado en la entrada? *Pupillis Orphanis et Viduis Adiutor*.

—Sabe que el latín no es lo mío.

—Significa: ayudante de los pupilos, huérfanos y viudas. Es una referencia expresa al Libro de los Macabeos: «distribuyeron parte del botín entre los damnificados, las viudas y los huérfanos».

—Ahora está usted alardeando.

—Solo me asombró que la persona a la que se le ocurrió tenía un sentido de humor muy negro.

Barak se quedó callado.

—Estoy pensando en un candidato —dijo al fin.

—¿En quién?

—Recuerdo que lord Cromwell me contó que le habían dado una idea que podía aportar grandes ingresos a la Corona. Conceder las tierras de los monasterios a cambio de servicios de caballería, de modo que todos los compradores tendrían una especie de tutela. —Me miró fijamente—. El hombre que le dio la idea era el responsable de la Audiencia de Desamortizaciones, que se ocupaba de las tierras monásticas.

—Richard Rich.

—También estaba a cargo del servicio del viejo Archivo de Tutelas. Juntó las dos ideas.

—No recordaba que Rich se ocupaba de las tutelas.

—Esa rata está metida en cuanto asunto sucio hay. Traicionó a mi señor, que le dio el cargo. Se volvió en su contra y lo condenaron cuando perdió el favor del rey. —Barak apretó el puño.

—Aún recuerdas a Cromwell con afecto.

—Sí —el desafío aleteó en su voz—, era como un padre para mí. Me sacó de la calle cuando aún era un muchacho. ¿Cómo no voy a recordarlo con cariño?

—Era un hombre de lo más insensible y contribuyó a que ascendieran muchos de los hombres insensibles que hoy nos gobiernan. Como sir William Paulet.

Barak se removió en el asiento.

—Muchas de las cosas que me mandaba hacer no me gustaban: organizar espías e informadores y, de vez en cuando, amedrentar a quienes él creía que necesitaban un susto —explicó Barak—. Pero sus enemigos en la corte no eran mejores, lo odiaban tanto por sus humildes orígenes como por su religiosidad radical. A veces aún pienso en aquellos tiempos, en mi viejo trabajo. Por momentos me hacía sentir vivo.

—¿Y Tamasin no te hace sentir vivo? ¿Y la perspectiva de un hijo?

Me miró más serio que nunca.

—Sí, más que ninguna otra cosa, pero es una forma de sentirme vivo distinta. Ya sé que no puedo tener las dos cosas. —Hizo una pausa y se puso de pie—. Vamos, tengo que regresar o volveré a tener problemas.

En la taberna continuaba el bullicio y los cánticos. Mientras pasaba, volví la cabeza para evitar la mirada de Coldiron. Uno de los estudiantes estaba tumbado sobre la mesa completamente borracho. La voz de Coldiron volvió a resonar, esta vez más pastosa.

—Fui soldado durante veinte años. He servido en Carlisle, Boulogne e incluso en la Torre de Londres… siempre al servicio del rey. —Levantó la voz—: Yo maté al rey de Escocia en Flodden, en esa gran batalla. Los piqueros escoceses corrían colina abajo a nuestro encuentro, los cañones nos disparaban, pero no retrocedimos.

—¡Los ingleses nunca retrocedemos! —gritó un estudiante, y el resto apoyó la afirmación con golpes sobre la mesa.

—¿Y nunca quiso usted sentar la cabeza, don Coldiron? —preguntó un aprendiz.

—¿Con esta cara? ¡Jamás! ¿Quién quiere una mujer para mangonearlo? No habéis oído que solo hay una arpía en el mundo: la que cada hombre tiene por esposa.

Las carcajadas nos siguieron hasta que salimos. «Si nunca te has casado —pensé —, ¿quién es entonces Josephine?».

Capítulo 7

A la mañana siguiente, partí hacia el Guildhall a eso de las diez. La noche anterior había mandado a Timothy a casa del regidor Carver con un mensaje, y este contestó que no podía recibirme antes. Era un fastidio, pues tenía mucho que hacer. Había enviado entonces una nota a casa de Barak diciendo que me reuniría con él en la puerta de la iglesia de Santa Evelina a las once.

Después del desayuno volví a ponerme mi mejor toga, gorro y toca para impresionar a Carver. Entré en el salón donde Guy desayunaba, temprano como de costumbre, y leía su querido ejemplar de Vesalio, *De Humani Corporis Fabrica*. Un antiguo aprendiz le había robado hacía dos años su primer ejemplar, y le había costado muchos esfuerzos conseguir otro. Estaba pasando un dedo por una de las bellas pero truculentas imágenes: un brazo desollado.

—Veo que estás estudiando otra vez —Guy.

—La inteligencia de este libro no deja de sorprenderme —sonrió con tristeza—. El otro día Coldiron me vio leerlo y se mostró muy interesado. Tuvo la amabilidad de explayarse sobre las interioridades humanas que vio en Flodden.

—Seguro que se lo ha inventado, Guy. ¿Qué piensas de Josephine?

Se reclinó pensativo.

—Es tímida y, me parece, infeliz. Pero no me sorprende teniendo a Coldiron como padre. Ella también me vio leer a Vesalio el otro día y volvió la cabeza; le dio asco.

—No la culpo. No tiene novio, ¿verdad?

—No, una lástima porque es buena persona y bastante bonita, si cuidara un poco su aspecto.

—Coldiron está siempre criticándola, cosa que tampoco la ayuda a sentirse más segura.

—Hace unos días, estaba yo en el salón y oí a Coldiron gritarle en la cocina. La llamó boba y cabeza hueca porque se le cayó algo. La muchacha rompió a llorar. Me sorprendió oír cómo Coldiron la consolaba. «Conmigo estás a salvo, JoJo», le dijo.

—¿A salvo de qué? —Meneé la cabeza—. Pienso despedirlo, pero me pregunto si habrá alguna manera de que Josephine se quede.

—Me temo que depende completamente de él.

Suspiré.

—Bueno, debo marcharme a tratar de salvar a Barak de la vida de soldado de la que tanto presume Coldiron.



Tras la tormenta, era un día claro y fresco de cielo azul. Mientras caminaba, pensé en lo que había descubierto sobre Ellen. Como buen abogado, sopesé cuestiones de organización, de poder. Se había llegado a algún arreglo con quienquiera que estuviera a cargo del Bedlam en 1526 y seguía vigente desde entonces. De alguna manera, no sabía cómo, yo tenía que «rescatarla».

Bajé de nuevo por Cheapside. Era otra mañana muy ajetreada, también con discusiones y enfados sobre las nuevas monedas. Oí a un par de comerciantes decir que la tormenta de granizo había malogrado muchos cultivos en los alrededores de Londres, de modo que este año habría otra vez escasez de grano.

Giré hacia el palacio de Guildhall del ayuntamiento y mis pasos resonaron mientras subía la escalinata hacia el amplio vestíbulo. El señor Carver me esperaba, imponente con su vestimenta roja de regidor. A su lado, para mi sorpresa, estaba el oficial barbudo que había visto en Lincoln's Inn Fields con su uniforme rojo y blanco y una espada al cinto. Me miró con gesto adusto.

—Buenos días, señor Shardlake —me saludó Carver efusivamente—. Lamento los problemas de vuestro escribiente. —Se volvió al militar—. El señor Goodryke quería estar aquí presente ya que el asunto le concierne directamente.

Las pobladas cejas del oficial se arrugaron.

—Vuestro hombre es un impertinente, señor —dijo—. Ha tenido una actitud de desafío hacia la autoridad del rey. No posee arco y ni siquiera finge haber hecho prácticas de tiro.

—Parece que eso es válido para muchos otros —repliqué con amabilidad.

—No es una excusa. El alguacil me dijo que el tal Barak es de origen judío; quizá por eso no muestra la debida lealtad hacia Inglaterra cuando estamos a punto de que nos invadan.

«Conque esa es la historia que circula», pensé, y me obligué a sonreír.

—Barak puede ser… un poco irrespetuoso, pero es un patriota leal, trabajó durante años para lord Cromwell.

—Al que ejecutaron por traición —replicó con brusquedad Goodryke—. Que haya trabajado para un traidor no me parece razón para eximirlo. —Levantó la barbilla hacia mí con agresividad.

—Está pasando por un momento difícil. Su mujer dará a luz dentro de unas semanas y han perdido a su último hijo.

El regidor Carver asintió apesadumbrado.

—Ah. Eso sí que es duro. ¿No os parece, señor Goodryke?

El militar no se conmovió.

—Me apuntó con el dedo y me mandó al cuerno, como si yo fuera un patán y él pudiera eludir a su antojo su deber. He visto muchos hombres no aptos para el servicio, pero Barak parece un tipo fuerte, servirá como piquero.

—Bueno… ¿no podríamos llegar a algún acuerdo?

—Sí —terció Carver con entusiasmo—, el señor Shardlake ha trabajado para el

ayuntamiento en reiteradas ocasiones, respondo por él. Y he visto a Barak… tendrá ya más de treinta años, es un hombre mayor para el servicio de armas. Si tuvierais cierta flexibilidad, estoy seguro de que el doctor Shardlake estaría dispuesto a demostrar su agradecimiento, quizá con alguna contribución a vuestra compañía…

Goodryke enrojeció aún más.

—No se trata de dinero —dijo con voz tan tajante que los comerciantes que pasaban se volvieron a mirar—. Ese hombre es apto para el servicio y necesita que le enseñen disciplina y lealtad.

Carver se mordió el labio y me miró.

—Doctor Shardlake —dijo—, si el señor Goodryke no tiene inconveniente, me gustaría hablar un momento con vos. —Goodryke se encogió de hombros y Carver me cogió del brazo y me llevó a un aparte—. Pensé que podríamos comprarlo, pero ha sido un error de cálculo. Goodryke es un tipo duro, ahora tiene el control y se ufana de ello. Durante muchos años ha sido un simple instructor…

—¿Qué hacía?

—Era oficial subalterno a cargo de la instrucción y la disciplina de las compañías militares. Se retiró del ejército, pero se alistó en las milicias, en las Trained Bands. No era más que un guardia, pero ahora es muy celoso de la autoridad que le ha conferido la guerra. Cree que Barak ha deshonrado a nuestras fuerzas.

—Regidor, el bienestar de Barak y su mujer es muy importante para mí. Si pudierais resolver este problema, de muy buen grado contribuiría yo con una suma importante a la compañía de Goodryke, aunque Dios sabe que tengo poco dinero disponible con el pago del próximo plazo del tributo de buena voluntad.

—Dejadlo en mis manos.

—Gracias.

—No he olvidado cómo ganasteis, contra todo pronóstico, el pleito por esas tierras que me reclamaba mi primo. —Carver enarcó las cejas—. Comprendo cómo debe de sentirse Barak, a mí también me pasa. El ejército necesita caballeros para que sean capitanes de compañías y me pidieron que aceptara el mando de un batallón de Londres. Conseguí convencerlos de que no sería yo muy útil en ese puesto. Hablaré con los superiores de Goodryke. Sé que la reina os encarga la representación jurídica de algunos casos, ¿puedo mencionarlo?

Dudé porque no me gustaba usar el nombre de la reina a la ligera, pero asentí.

—En cuanto a Barak, aseguraos de que no se meta en más problemas. Os enviaré un mensaje en cuanto tenga alguna novedad.

—Gracias.

—Vi que estabais el martes pasado en el juramento —añadió en voz baja—. Para ser franco, me sentía un poco ridículo sentado en aquel caballo. Esta guerra… solo porque el rey quiere mantener Boulogne, que no tiene ningún valor.

—Ya lo creo —asentí—. Por favor, regidor, haced todo lo que esté en vuestra mano.

Saludé con una inclinación a Goodryke, que apenas me respondió, y me alejé.



Recorrí la breve distancia que me separaba de Fall Lane, cerca de Basinghall. La muralla de Londres y las altas torres de Moorgate se veían cerca. En aquella zona las casas tenían aspecto próspero, con bonitas ventanas acristaladas y puertas de marcos muy ornamentados que daban a los amplios jardines de Draper's Hall. Me crucé con la mujer de un comerciante que llevaba un velo en el rostro e iba acompañada de dos criados armados.

Al final del sendero se levantaba una pequeña iglesia. El campanario, con su brillante veleta en la punta, era nuevo. Se trataba de una parroquia rica. Barak estaba sentado con aspecto pensativo en un murete junto a la entrada del camposanto. Se levantó al verme.

—El sacristán dice que el párroco Broughton llegará pronto —me informó, y preguntó—: ¿Alguna novedad?

Le conté mi encuentro con Goodryke y cambió de cara cuando se dio cuenta de que el asunto aún no estaba resuelto.

—Tammy me sacará las tripas.

—El regidor Alderman hará lo que pueda. Está de nuestro lado. En el Concejo Municipal están cansados de que el rey les pida sin cesar que recluten más hombres, pero tampoco se olvidan de lo que le pasó al regidor Read.

—Mejor que no se olviden —rio Barak con amargura.

El desafío de Read había sido la comidilla de Londres en enero. El rey había pedido un tributo de buena voluntad a las clases que pagaban impuestos, es decir, un gravamen «voluntario» que se añadía a todos los demás que había exigido para la guerra. Solo Read se había negado, y lo único que consiguió fue que lo incorporaran al ejército para servir con las fuerzas de lord Hertford en la frontera con Escocia. Poco después lo capturaron y ahora era prisionero de los escoceses.

—¿Tan poco poder le queda al Concejo? —preguntó Barak mientras pateaba un guijarro—. Los londinenses solían vivir atemorizados de los regidores.

Me senté a su lado y entorné los ojos al sol.

—Y ellos viven atemorizados del rey. Y el tal Goodryke actúa en nombre del monarca. Pero Carver recurrirá a alguien más arriba de la cadena de mando.

Barak guardó silencio hasta que estalló.

—¡Dios mío! ¿Cómo hemos llegado a esto? ¡Estuvimos en paz con los franceses durante veinte años!

—Tal vez el rey crea que mantener Boulogne sea su última oportunidad de gloria. Y el año pasado también selló una alianza con el emperador Carlos.

—Que resultó inútil. El emperador firmó la paz por su lado y ahora nos enfrentamos solos a Francia.

—Si logran invadirnos —dije mirándolo—, no tendrán ninguna clemencia, como tampoco sus aliados escoceses. Y por lo que ha dicho la reina, la invasión está en marcha.

—Ahora no dejaré a Tamasin —exclamó apretando los puños—. Tendrán que llevarme a rastras.

Me puse de pie al ver que se acercaba un hombre mayor, de sotana blanca y larga barba. Hice una seña a Barak.

—Rápido, levántate.

Los dos inclinamos la cabeza al clérigo. Tenía una expresión seria, pero sus ojos parecían bondadosos.

—¿Abogado Shardlake?

—Sí. ¿Reverendo Broughton? Este es mi ayudante Barak.

—¿Es por lo de la familia Curteys?

—En efecto.

—Bueno, por fin ha venido alguien.



Nos hizo pasar a la iglesia. El recinto era austero y se veían las hornacinas vacías que otrora habían albergado estatuas de santos. Los bancos estaban dispuestos para recibir a los feligreses y tenían ejemplares del nuevo devocionario del rey encima. Broughton nos ofreció asiento y se sentó frente a nosotros.

—Veo que es usted abogado, señor. ¿Representa a Hugh Curteys? Es el único que quedaba de esa pobre familia.

—No, Hugh aún vive con el señor Hobbey, en Hampshire. No lo conozco. Pero su antiguo preceptor, Michael Calfhill, presentó una denuncia sobre la conducta del señor Hobbey con respecto a la tutela.

—Recuerdo bien a Michael —sonrió Broughton—, un joven gentilhombre honrado.

—¿Lo ha visto últimamente? —pregunté.

Broughton negó con la cabeza.

—Hace seis años que no veo a Michael. —Fue un golpe para mí, ya que esperaba que Michael hubiera ido allí últimamente—. ¿Cómo está?

Respiré hondo.

—Michael Calfhill murió hace tres semanas. Lo siento.

—Que Dios lo tenga en su gloria —dijo el párroco, y cerró los ojos un instante.

—Poco antes de su muerte, Michael presentó un pliego de cargos en la Audiencia de Tutelas en el que denunciaba que se había cometido una monstruosa injusticia contra Hugh Curteys. Según la madre de Calfhill, hacía poco que lo había visitado en Hampshire.

—¡Dios nos asista! ¿Y qué descubrió?

—En la demanda no lo dice, pero el lunes se celebrará una vista. Voy a representar a su madre y necesito testigos que sepan sobre la tutela, señor, urgentemente.

Broughton se quedó pensativo y me miró a los ojos.

—Yo sabía que esa tutela estaba contaminada. John y Ruth Curteys fueron feligreses de mi parroquia durante años. Cuando se reformó la Iglesia, me apoyaron en la ruptura con los viejos moldes. Eran incondicionales. Vi nacer a sus hijos, los bauticé, vi prosperar a la familia. Y después enterré a John y a Ruth. —Se le contrajo el rostro por la emoción.

—¿Tenían familia?

Broughton enlazó las manos en el regazo.

—Eran de Lancaster. John, como muchos jóvenes, vino a Londres en busca de fortuna. Con el tiempo, sus padres murieron. Cuando la peste se llevó a John y Ruth solo quedaba una vieja tía de esta en el norte, de la que hablaba a veces y a la que le escribía. Michael vino a verme, preocupado por el interés del señor Hobbey en la custodia de los niños, y le sugerí que buscara alguna carta de la tía y yo le escribiría. ¿Cómo murió Michael, señor? —preguntó de repente.

Se lo expliqué con delicadeza.

—El veredicto fue suicidio. Lo que vio en Hampshire debió de perturbarle su equilibrio mental.

—Dios mío. —Broughton se llevó las manos a la cabeza.

—Lo siento, señor. Por favor, cuénteme lo que sepa de la tutela. ¿Qué pasó con la tía?

—Michael encontró la dirección, pero para entonces Nicholas Hobbey, según me dijo, se había llevado los papeles y los libros de contabilidad. Michael discutió con él, pero Hobbey lo apartó del asunto… Michael no tenía posición social.

—Me da la sensación de que conoció bien a Michael.

Broughton suspiró y sacudió la cabeza.

—Michael venía a la iglesia todos los domingos con la familia. Pero no, nunca me pareció que lo conociera. Tampoco confiaba plenamente en mí. Me pregunté si no sería un papista en secreto, pero no lo creo. No obstante, algo lo perturbaba. De todas formas, quería a esos niños e hizo todo lo posible por ayudarlos. Nos convertimos en… cómplices, por el bienestar de los niños —concluyó con una sonrisa.

—La madre de Michael me dijo que Hugh y Emma Curteys estaban muy unidos.

—Sí, unos niños serios y devotos. —Sacudió la cabeza y le tembló la barba—. Le escribí a la tía y pagué un mensajero rápido. Ya habían pasado tres semanas de la muerte de John y Ruth. Michael y yo sospechábamos que Hobbey quería el control de las tierras de los niños, pero no podía hacerse tan rápido.

—Por lo general, no.

—Todos los días esperaba una respuesta del norte, pero ya sabe lo que tardan en llegar los mensajes de esos agrestes lugares. Pasaron dos semanas, luego tres…

Michael me visitó de nuevo y me dijo que Hobbey siempre estaba en casa de los Curteys, su abogado también.

—Vincent Dyrick.

—Sí, así se llamaba. Michael dijo que los niños tenían miedo. Me imploró que fuera a ver a Hobbey. Así que fui a su casa de Shoe Lane. —Broughton frunció el ceño—. Me recibió en el salón con la altiva arrogancia de un hombre poco temeroso de Dios. Le dije que había escrito a la tía. Pues bien, el señor Hobbey se limitó a preguntarme fríamente cómo iba a hacer una anciana para viajar setenta leguas y atender a dos niños pequeños. Me dijo que él era el mejor amigo de la familia y vecino en Hampshire, que procuraría que Hugh y Emma recibieran un trato justo. Entonces entró su mujer, Abigail Hobbey —añadió con enfado.

—Doña Calfhill la mencionó. Dijo que Michael pensaba que estaba un poco loca.

—Una arpía chiflada y rabiosa. Irrumpió en el salón mientras yo hablaba con el marido, a grito pelado me llamó sermoneador, dijo que yo quería causar problemas con acusaciones contra su marido, el cual no deseaba más que ayudar a dos huérfanos.

—Pero usted no había hecho ninguna acusación.

—No, pero cuando esa mujer empezó a gritarme, entonces de verdad empecé a temer por esos niños.

—¿Y cómo reaccionó Hobbey al estallido de su mujer? —pregunté con curiosidad.

—Le molestó. Levantó la mano y dijo «tranquilízate, cariño», o algo así. La mujer dejó de gritar, pero se quedó allí mirándome con los ojos encendidos por la ira. Entonces Hobbey me dijo que me marchara, que había alterado a su mujer. ¡Qué ser tan vil! Me pidió que le informara si la tía respondía, pero él ya había hecho la solicitud a la Audiencia de Tutelas.

—¿Y contestó la tía?

—Al cabo de dos semanas recibí una carta del párroco de Lancaster en la que me decía que había muerto hacía un año.

—Sospecho que Hobbey ya lo sabía.

—Aparentemente no podía hacer nada más —dijo Broughton abriendo los brazos —. Hablé con Michael. Para ser justos, me dijo que los niños estaban bien cuidados y atendidos, pero que Hugh y Emma no sentían ningún afecto por Hobbey ni su mujer.

—Sucede con frecuencia en los casos de tutela.

—Pero había algo más. Michael temía que Nicholas Hobbey planeara casar a Emma con su hijo para reunir las tierras de Hampshire.

—Es decir, con David Hobbey.

—Sí, también lo vi aquel día en la casa. Estaba en el pasillo y estoy seguro de que se quedó escuchando en la puerta. Me miró de una manera impertinente, una mirada rara para un niño… tenía algo de triunfal.

—¿Tendría cuántos… doce años?

—Sí, un niño que no podía ser menos agraciado. Bajo y rechoncho, gordo de cara y moreno como su padre, un adefesio… —Se interrumpió y levantó las manos—. Lo siento, no he debido decir eso. Era solo un niño.

—Casi un hombre ahora —observó Barak.

—Desgraciadamente —dije—, arreglar ese matrimonio sería uno de los derechos del señor Hobbey una vez concedida la tutela.

Broughton sacudió la cabeza, indignado.

—Es impío que el sacramento del matrimonio se haya convertido en una operación comercial. Y Michael me contó que David ya le había puesto las manos encima a Emma… de una forma indebida, y que Hugh se peleó con él por eso.

—Sí, también me lo contó la madre de Michael. Pero entonces Emma murió.

—Que en paz descanse, pobre muchacha. Para entonces, la tutela ya estaba otorgada y Michael se había instalado con los niños en casa de los Hobbey, en otra parroquia. Lo volví a ver solo una vez más, cuando vino a comunicarme que Emma había muerto y que lo habían despedido. —Volvió a menear la cabeza—. Me dijo también que Abigail Hobbey no había demostrado nada de tristeza en el funeral, que tenía una expresión de lo más fría mientras enterraban a la pobre muchacha. Me pareció ver un dejo de desesperación en la mirada de Michael. Y, por lo que acaba usted de contarme, parece que no me equivocaba. —Broughton me miró con seriedad —. ¿Le he sido de ayuda, señor?

—Me temo que muy poco. ¿Hay alguien más en su congregación que conociera a la familia?

—No, nadie los conocía mucho. Solo yo me interesé en la tutela. A la gente no le gusta interferir en esos asuntos. Pero hay una cosa de la que me enteré. Circulaban rumores de que el señor Hobbey estaba endeudado.

—¿Cómo pudo entonces permitirse comprar la tutela? Y además acababa de comprar la casa del monasterio y la estaba haciendo restaurar.

—Esperaba conseguir la parte de Emma de las tierras de los Curteys casándola con su hijo —gruñó Barak—. En ese caso, hizo un mal negocio.

—Aún tiene el derecho de arreglar la boda de Hugh. —Broughton parecía preocupado—. ¿Y si piensa casarlo con alguien inapropiado? Tal vez fue eso lo que Michael descubrió.

Asentí pensativo.

—Tal vez. Señor, estaría muy agradecido si usted pudiera asistir a la vista del lunes. Por lo menos podría declarar que no le gustaba cómo se estaba manejando todo el asunto.

Cualquier prueba que pudiera conseguir me vendría bien, aunque un buen abogado pudiera echarla por tierra fácilmente. Me levanté con una mueca de dolor por mi entumecida espalda. Broughton también se puso en pie.

—Abogado —me dijo—, ¿tratará de que se haga justicia, de subsanar el agravio que hayan podido hacerle a Hugh?

—Lo intentaré —respondí—, pero no será fácil. Mañana enviaré a Barak para que prepare una declaración para usted. Hay que presentarla en la Audiencia de Tutelas antes de la vista del lunes.

—¡Dios no permitiría ninguna injusticia con los niños! —exclamó Broughton con súbita vehemencia—. Nuestro Salvador dijo: «El mal que hagáis a estos pequeños, me lo hacéis a mí» —citó la Biblia con voz tronante, pero vi las lágrimas que le corrían por el rostro arrugado—. Lo siento, señor —añadió—, es que estaba pensando en Michael. Un suicidio… el infierno… Qué terrible. Pero Dios ha decidido que los suicidas vayan al infierno… ¿Y quiénes somos nosotros para cuestionar al Señor? La fe y la desesperación se expresaron de la misma forma en Él.

—La justicia debe atenuarse con la misericordia —me atreví a decir—. Es un principio importante, por lo menos en la ley terrenal.

Broughton asintió, pero no volvió a pronunciar palabra mientras nos acompañaba afuera.

—¿A qué hora debo ir el lunes? —preguntó mientras nos despedíamos en la puerta de la iglesia.

—La vista está fijada a la diez en la Audiencia de Tutelas, en Westminster. Pero si puede ir un poco antes…

Broughton inclinó la cabeza y volvió al oscuro interior de la iglesia.

—¿Justicia? —se preguntó Barak volviéndose hacia mí mientras cruzábamos la entrada del camposanto—. No es eso precisamente lo que va a encontrarse en la audiencia —sonrió con amargura—, sino un juicio terrible como los que dicta Dios, como él mismo dice.

—Si Michael Calfhill se merece el infierno, entonces puede que hasta un juicio en la Audiencia de Tutelas sea mejor que el de Dios. Bueno, cambiemos de tema, que estamos diciendo herejías en plena calle.



La habitación de Michael quedaba en la otra punta de la ciudad, en un laberinto de calles junto al río. La tarde estaba bien avanzada cuando entramos en un callejón estrecho en el que viejos edificios con aleros salientes habían sido convertidos en casas de inquilinato. En el terreno embarrado había copos de pintura desconchada y pollos picoteando. En la taberna de la esquina, un grupo de siete u ocho aprendices de poco menos de veinte años, muchos de ellos con batas azules y espadas al cinto, nos lanzó miradas hostiles. El más alto, un rubio corpulento, me miró fijamente con dureza. Quizá pensó que mi toga de abogado era el uniforme de un espía francés. Barak apoyó una mano en su propia espada y el chico dio media vuelta.

Barak llamó a una puerta de madera sin pintar. Atendió una joven bonita, con un delantal sobre un vestido de lana barato. Su sonrisa indicaba que lo reconocía, y a mí me hizo una reverencia. Debía de ser la vecina de abajo de Michael y supuse que

Barak la había deslumbrado.

—He venido con el señor Shardlake —dijo mi ayudante—, el abogado interesado en los asuntos del pobre Michael. ¿Le ha dado la llave el alguacil Harman?

—Sí, señor, adelante.

La seguimos por un pasillo húmedo y entramos en su habitación, un cuarto pequeño con una estera sucia en el suelo, una mesa y una cama. Sobre la mesa había una vieja llave de hierro. Las ventanas no tenían cristal y los postigos estaban abiertos. Los aprendices nos echaban miradas desde la calle. Sally siguió mi mirada.

—Hace días que holgazanean por aquí —dijo—. Ojalá se largaran.

—¿De qué gremio son? —pregunté—. Sus maestros deberían tenerlos más controlados.

—No sé. Con lo caras que están las cosas, muchos aprendices han perdido sus puestos. Mi marido trabajaba como mensajero de los mercaderes germanos del Steelyard, pero ahora casi no hay comercio; confiscan los barcos en todas partes. Está buscando trabajo —añadió con gesto de resginación.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó Barak mientras cogía la llave.

—Sí, claro, pobre Michael —respondió con tristeza.

Subí detrás de Barak por unas escaleras estrechas. Encajó la llave en la cerradura de una puerta destartalada al fondo de la casa. Crujió al abrirse. Los postigos del ventanuco estaban cerrados y solo se adivinaban formas oscuras. Barak los abrió. La habitación era pequeña, con manchas de humedad en las paredes. Había un jergón de paja estrecho, una almohada con una sábana desgarrada encima y un viejo baúl abierto al lado de la cama, lleno de ropa desordenada. Los únicos otros dos muebles eran una mesa vieja y una silla volcada. Sobre el escritorio había una pluma y un tintero seco y cubierto de polvo. Miré arriba y vi una tira de sábana blanca anudada a una viga, el otro extremo estaba cortado.

—Dios bendito —dije—. Lo han dejado tal cual, igual que cuando lo bajaron.

—Quizás el pesquisidor lo ha dejado así para la inspección del jurado.

—Y después olvidó decirle al casero que podía limpiarlo. Eso me suena al juez pesquisidor Grice.

Miré la miserable habitación en la que Michael había pasado sus últimos días. Barak se dirigió al baúl y empezó a registrar el contenido.

—Aquí no hay más que ropa —dijo—, ropa y un par de libros, un plato y una cuchara envueltos en un paño.

—Déjame ver.

Examiné los libros: clásicos en griego y latín, los típicos libros de un preceptor. También había un ejemplar de *Toxophilus* de Roger Ascham, el tratado de tiro con arco que la reina me había dicho que lady Isabel estaba leyendo.

—Tendrían que haberse llevado todas estas cosas como pruebas —comenté.

—El pesquisidor estuvo solo cinco minutos —dijo Sally desde la puerta, mirando la habitación con tristeza—. ¿No es esa la razón de que esté usted aquí, señor? ¿Para

cuestionar el descuido con que ese hombre se ocupó de todo esto?

—Sí, así es —intervino Barak antes de que yo contestara.

Sally miró alrededor.

—Está todo tal cual esa noche. El alguacil Harman forzó la puerta y luego dio un grito. Samuel corrió escaleras arriba para ver qué pasaba y yo lo seguí. —Miró angustiada el trozo de tela que colgaba de la viga—. Pobre señor Calfhill. He visto ahorcados, señor, y me di cuenta por su cara que se había estrangulado poco a poco, sin romperse el cuello. —Se persignó.

—¿Cómo iba vestido?

Me miró sorprendida.

—Solo con un jubón y calzas.

—¿Llevaba algo en el cinturón?

—Solo una bolsa, señor. Con unas pocas monedas y una cruz de oro que su madre reconoció como suya. Pobre anciana.

—¿No llevaba daga?

—No, señor. Samuel y yo ya habíamos notado que nunca la llevaba —sonrió con tristeza—. Nos parecía un insensato. El señor Calfhill no sabía lo peligroso que puede ser este barrio.

Miré a Barak.

—¿Qué usó entonces para cortar la sábana para colgarse? —Me volví hacia Sally —. ¿Dijeron algo sobre eso en la investigación?

—No, señor. —Volvió a sonreír con tristeza—. Al parecer el pesquisidor solo quería acabar rápido.

—Comprendo. —Volví a mirar la viga—. ¿Cómo era Michael, Sally?

—Samuel y yo bromeábamos que vivía en su propio mundo. Iba por ahí con su ropa elegante, cosa que no es muy segura por estos andurriales. Yo diría que podía permitirse un lugar mejor para vivir, pero creo que no le importaban la suciedad ni las ratas. La mayor parte del tiempo parecía perdido en sus pensamientos. —Reflexionó y añadió—: Y no precisamente pensamientos alegres. Nos preguntábamos si no estaría atormentado por cosas religiosas. Samuel y yo profesamos el culto tal como lo ordena el rey —agregó enseguida.

—El alguacil me dijo que había tenido algún problema con los golfos de la esquina —dijo Barak—. ¿Eran los mismos que están fuera?

Sally negó con la cabeza.

—Yo no me enteré; y no pueden haber sido los mismos. Estos muchachos hace pocos días que rondan por aquí.

—Una pregunta más —dije, y me di cuenta de que nadie lo había mencionado hasta ahora—: ¿Qué aspecto tenía Michael Calfhill?

Se quedó pensando.

—Bajo, delgado, guapo de cara, cabello castaño. Empezaba a perder el pelo, pero dudo de que tuviera más de treinta.

—Gracias. Aquí tiene por su ayuda, por las molestias…

Dudó, pero aceptó la moneda. Hizo una reverencia y se marchó cerrando la puerta a sus espaldas. Barak se había acercado a la ventana.

—Venga a ver esto —dijo.

Me acerqué. Justo debajo estaba el techo inclinado de un edificio anexo, un tejado mohoso sobre un patio pequeño.

—Alguien habría podido subir fácilmente por aquí —observó Barak—. Hasta yo habría podido hacerlo a pesar de esta vida fácil que tengo. —Se palmeó la barriga.

Miré fuera y vi el río con el habitual tráfico ajetreado de barcazas; llevaban pertrechos hacia el mar.

—No se ha salido ninguna teja —constaté—. Son viejas; si alguien hubiera trepado sin duda se habrían movido algunas. —Me volví y miré de nuevo la viga—. Si alguien subió por el tejado, entró en la habitación y lo pilló en la cama, habría habido una pelea.

—No si dormía y le dio un golpe en la cabeza.

—Habría tenido marcas en la cabeza y el pesquisidor y sus ayudantes lo habrían visto en el examen del cuerpo.

—No si el golpe fue encima de la línea del cuero cabelludo. Y además no miraron mucho.

Sopesé todo detenidamente.

—Recuerda de qué se trata este caso: de la gestión de unas tierras en Hampshire, quizá de un dinero por casar a Hugh Curteys. Dentro de tres años el chico alcanzará la mayoría de edad y las tierras serán suyas. ¿Ordenaría Nicholas Hobbey el asesinato de Michael solo para proteger eso? ¿Se jugaría que lo colgaran por algo así? ¿Un hombre de su condición, con familia?

—Quizá Michael descubrió algo por lo que colgarían a Hobbey de todas maneras.

—¿Como qué?

—¿Y qué pasa con la daga que no está?

—Podría haberse perdido o quizá la robaron de ese caos que Grice llama la oficina del pesquisidor —sonreí—. ¿No será que vemos con demasiada facilidad asesinatos por todas partes después de todo lo que hemos visto en estos últimos años? Y recuerda, la nota de suicidio estaba escrita por Michael.

—Aun así, aquí hay algo que huele mal.

—Sin duda huele a ratas. Mira esos excrementos en el rincón.

—¿Por qué se iría Michael de casa de su madre para venir a instalarse en este agujero?

Pensé un momento.

—No lo sé, pero aquí no veo nada que apunte a un asesinato, salvo la ausencia de la daga, y podría haberse perdido. Ahora lo que debemos hacer es concentrarnos en la Audiencia del lunes. —Eché un último vistazo a la deprimente habitación y se me ocurrió que Michael, al dejar a su madre, debió de castigarse por algo. Pero ¿por qué

cosa? Volví a mirar el trozo de sábana y me estremecí—. Salgamos de aquí —dije.

—¿Le importa que vuelva a hablar con el alguacil? —preguntó Barak mientras bajábamos la escalera—. Sé dónde estará: en la taberna a la que lo llevé. A un par de calles de aquí. A lo mejor se acuerda de qué pasó con la daga.

—Pero ¿no te está esperando Tamasin?

—No tardaré mucho.



Le devolvimos la llave a Sally y salimos de la casa. Era la hora del atardecer; a los lejos, entre las casas, se veía el río teñirse del rojo del sol poniente. Los golfos de la esquina se habían marchado.

—¿Puedes preparar una declaración y llevársela a Broughton esta noche? —le pregunté a Barak—. Y ve al bufete mañana a las nueve. La señora Calfhill también irá.

—De acuerdo. —Respiró hondo y preguntó—: ¿Me avisará cuando sepa algo de Carver?

—Descuida.

Barak se dirigió hacia el río y yo hacia casa. Mientras andaba, volví a pensar en la muerte de Michael. Barak tenía olfato para los delitos.

Crucé un callejón oscuro y me enderecé al oír unos pasos presurosos detrás. Me volví, pero apenas logré vislumbrar unas caras jóvenes y batas azules antes de que me metieran una bolsa de verduras podridas en la cabeza. Varias manos me sujetaron y me llevaron al callejón. Ladrones… Yo, como Michael, había anunciado mi prosperidad con descuido.

Me estamparon contra una pared de piedra y, para mi espanto, unas manos me rodearon el cuello. Me tenían firmemente cogido por los brazos, mientras mis piernas pateaban indefensas contra las piedras. Pretendían estrangularme. Una voz áspera de hombre joven me dijo al oído:

—Escúchame bien, jorobado.

Jadeé y tuve arcadas. Unas lucecitas rojas destellaron en la negrura de la bolsa.

—Podrías estar muerto en menos de un minuto. Recuérdalo y escucha bien. Deja este caso, olvídate de él. Hay gente que no quiere que enredes con este asunto. Ahora dime si me has entendido.

La presión en mi garganta cedió, aunque otras manos seguían sujetándome los brazos.

Tosí y logré pronunciar un «sí». Me soltaron y caí desplomado sobre el barro, con la bolsa aún en la cabeza. Cuando logré por fin desgarrarla ya se habían largado. Me quedé en el callejón oscuro, respirando hondo para que el aire volviera a mis pulmones. Entonces me incliné y vomité violentamente.

Capítulo 8

Regresé a casa con dificultad, mareado, parando de vez en cuando. Cuando logré llegar a trompicones a mi puerta, tenía el cuello tan hinchado que me costaba tragar. Subí a la habitación de Guy y casi no pude articular palabra por la ronquera cuando me respondió. Me tumbó en la cama y me aplicó una cataplasma que me alivió un poco. Le dije que me habían robado y me miró con severidad cuando vio que aún llevaba la bolsa en el cinturón. Me sentí culpable, pero decidí que, por el momento, guardaría en secreto lo que había pasado.

Guy me dijo que me acostara y descansara, pero al cabo de un rato llamaron a la puerta. Coldiron me miró con curiosidad mientras me informaba que tenía una visita tardía: el regidor Carver. Le dije que lo hiciera pasar al salón y bajé, exhausto.

La expresión de su cara regordeta me indicó que no traía buenas noticias. Él me miró el cuello y vaciló.

—Perdonad mi voz, señor —dije con voz muy ronca—, pero me han atacado hace un rato… ladrones.

Carver sacudió la cabeza.

—Con la marcha de muchos alguaciles por la guerra, cada vez hay más robos. Son tiempos terribles. Me temo que no he podido librar a vuestro hombre, a Barak, del servicio militar.

—Pero su esposa…

—He hablado con el alcalde Laxton, que a su vez habló con Goodryke. Pero no hay caso: está emperrado con Barak. No hay duda de que Barak lo irritó profundamente. Dice que el rey ha ordenado mostrarse duro ante la impertinencia. Laxton me dijo que podía convocar el Consejo del Rey, pero tienen órdenes de su majestad de vetar cualquier muestra de debilidad.

—Tampoco puedo suplicar a la reina que interceda ante el rey porque mi nombre no cuenta precisamente con los favores del soberano.

—El señor alcalde me sugirió una posible salida: tratar la cuestión de una manera práctica. —Enarcó las cejas—. Barak podría desaparecer por una temporada y asunto arreglado. Muy pronto recibirá órdenes de prestar juramento.

—Ya las ha recibido.

—Si no se presenta, mandarán alguaciles a buscarlo. En ese caso… —Me lanzó una sonrisa calculadora de político— será cuestión de que no lo busquen con demasiado entusiasmo. Y si se ha marchado, pues…

—Pero ¿adónde? Ni Barak ni su mujer tienen parientes vivos. Yo tengo algunos en las Midlands, pero Tamasin está embarazada de siete meses, no puede viajar. ¿Y si luego lo persiguen por desertor? Es un delito capital.

—Dentro de poco Goodryke tambien desaparecerá, se habrá ido a la guerra. —

Carver abrió las manos regordetas y llenas de anillos—. Me temo que no puedo hacer nada más, señor Shardlake.

—Comprendo; tendré que hablar con Barak. Gracias por todo, regidor, de veras. —Dudé y añadí—: Me pregunto si puedo abusar un poco más de vuestra amabilidad para averiguar cierta información en relación con un caso. Hace mucho tiempo que estáis en el Concejo Municipal, ¿verdad?

—En efecto, casi veinte años. —La rechoncha figura de Carver se hinchó de orgullo.

—He oído que el Concejo está negociando con el rey hacerse cargo del Bedlam.

—Desde hace un tiempo estamos intentando que el rey financie hospitales, pero bajo control municipal; hacernos cargo del Bedlam entraría en el plan.

—La tutela de la institución ha estado en manos del rey muchos años. Sé que ahora el director es sir George Metwys, y que antes era George Boleyn, hasta su ejecución. ¿Recordáis quizá quién era antes de él? Es que necesito remontarme a 1526.

Carver hizo memoria.

—Creo que sir John Howard. Sí, ahora lo recuerdo, murió durante el desempeño del cargo.

Así que la conexión con Ellen había desaparecido. De todas formas, el arreglo secreto había ido pasando a los siguientes directores.

—Una cosa más, regidor. ¿Recordáis a un hombre que estaba en el Gremio de los Merceros hace unos años? ¿Nicholas Hobbey?

Asintió despacio.

—Sí, recuerdo al señor Hobbey. Empezó como aprendiz, se fue abriendo paso y llegó a ser un pequeño comerciante. Sin embargo, no se involucraba mucho en los asuntos de los merceros, lo que más le interesaba era ganar dinero. Recuerdo que se metió en el negocio de la importación de pigmentos para teñir y su negocio sufrió un duro revés cuando el rey rompió con Roma y se prohibieron las exportaciones del continente.

—Me llegó el rumor de que estaba endeudado cuando se trasladó.

—Sí, la gente lo comentaba. Abogado —me miró serio—, no debería daros información sobre los miembros del gremio…

—Lo siento, quizá no he debido preguntaros, pero actúo a favor del huérfano de John Curteys, otro miembro del gremio, fallecido hace unos años y está ahora bajo la tutela del señor Hobbey.

—Recuerdo al señor Curteys —asintió Carver con tristeza—; un hombre agradable, pero un poco rígido en materia de religión. No lo conocía mucho.

—Os agradezco vuestra ayuda —sonreí—. No olvidaré mi promesa de hacer una donación al gremio. —Tosí y me puse de pie—. Perdonadme, pero he de volver a la cama.

Carver se levantó e inclinó la cabeza.

—Cuidaos. —Meneó la cabeza y añadió—: Vaya tiempos que corren…



Por la mañana fui al trabajo andando lenta y penosamente; el cuello y la garganta aún me dolían. Mientras cruzaba Gatehouse Court saludé con la cabeza a un par de conocidos que, por suerte, estaban a suficiente distancia para no ver los moratones de mi cuello.

Entré en el bufete y me senté a mi escritorio. En el reloj de la capilla eran poco más de las nueve; Barak estaría a punto de llegar; y la señora Calfhill en media hora. Me aflojé el cuello de la camisa para evitar el roce sobre las magulladuras.

Por la ventana vi a Barak cruzar a zancadas Gatehouse Court. Volví a pensar que estaba engordando. Llamó a mi puerta y entró.

Se lo conté con voz aún quebrada.

—Es peor de lo que parece —acabé.

—¡Santo cielo! ¿Quiénes fueron? ¿Esos muchachos que estaban por los alrededores de la casa de Michael?

—No pude verlos; se aseguraron atacándome por detrás.

—¿Es un trabajo ordenado por Hobbey?

—No lo sé; alguien les habrá pagado bien. Aunque tampoco era muy arriesgado; hoy por hoy puede pasar cualquier cosa en las calles.

—Me pregunto si Hobbey estará en Londres.

—Si no estuviera aquí, no habría tenido tiempo de organizar todo esto. Hace solo dos días que fui a ver el expediente al tribunal.

—¿Y Dyrick qué? Le habrán notificado que usted estaba interviniendo.

—Dudo que un abogado arriesgue su carrera por algo como esto. Aunque tampoco es imposible.

—¿Cuándo habrá recibido la notificación de que usted comparece en la causa?

Lo pensé un poco.

—Ayer por la mañana, diría. Quienquiera que fuera, lo organizó rápido.

Barak me miró con ceño.

—¿Cree que esos pequeños cabrones querían matarlo?

—No eran tan pequeños; pero no, solo querían asustarme.

—Sigo pensando que alguien pudo haber matado a Michael Calfhill. No debería ir a Portsmouth —afirmó sin dejar de mirarme—; en todo caso, no solo.

—Estoy de acuerdo. He decidido hablar con la reina. Ayer por la noche le mandé un mensaje a Warner. Si su majestad cree que debo ir, buscará alguien que me acompañe.

—Así que si ella quiere que vaya, irá.

—No me gusta que una pandilla de bravucones intenten intimidarme.

—La señora Calfhill está a punto de llegar. ¿Le dirá lo que le ha pasado?

—No, solo la asustaría para nada. La atenderé y después iré al Temple a ver al colega Dyrick. Anoche le envié un mensaje.

—Aquí tengo la declaración de Broughton —dijo Barak palmeando el morral.

—Muy bien. —Lo miré—. Hay algo más que debo decirte. El regidor Carver vino a verme anoche. Me temo que no tengo buenas noticias. —Y se lo conté.

—¡Maldición! —exclamó con rabia—. Tammy tenía razón: debería haber tratado a Goodryke con más cuidado.

—¿Qué tal si voy a vuestra casa más tarde y hablamos los tres de ello?

—No pienso dejar que Tammy abandone Londres y viaje por esos caminos enfangados —dijo con firmeza—. El otro día, cuando se desmayó, me puse hecho un basilisco.

—Lo sé, pero algo se nos ocurrirá. Te lo prometo. Ahora enséñame la declaración del reverendo Broughton.

Barak abrió el morral y me pasó el papel escrito con su letra nerviosa y firmado por Broughton. Se sentó con el ceño fruncido, preocupado, mientras yo leía. El clérigo reiteraba lo que nos había contado sobre la familia Curteys, la muerte de los padres, la rápida intervención de Nicholas Hobbey, sus propios esfuerzos y los de Michael en favor de Hugh y Emma, así como la hostilidad de Hobbey hacia él. Miré a Barak.

—¿Nada nuevo, pues?

—No; dice que es todo lo que recuerda. Le pregunté si algún vecino de los Curteys podía decirme algo más, pero me aseguró que no. Parece que la familia era muy reservada, como suele ser la gente devota.

Por la ventana vi pasar una sombra: Bess Calfhill. Su cara al sol parecía más pálida que un pergamino, más blanca que su toca. Llevaba otra vez un vestido negro, aunque el período de luto hacía tiempo que había pasado.

—Ve a recibirla —le dije a Barak— y dile que me hicieron daño en el cuello en un intento de robo. Hazlo con delicadeza, que lo último que necesita es ver a alguien con el cuello amoratado.

Bajó a recibirla y yo me ceñí el cuello de la camisa antes de sacar del escritorio el borrador de declaración que había preparado para ella. Barak la hizo pasar y ella se sentó al otro lado del escritorio. Me miró el cuello, tembló ligeramente y bajó la vista mientras se retorcía las manos sobre el regazo. Cuando volvió a levantar la mirada, se había serenado por pura determinación.

—Gracias por venir, Bess. —Traté de que mi voz sonara lo menos afónica posible.

—Es por Michael, señor.

—He preparado una declaración basada en lo que me contó en Hampton Court. Si le parece bien, se la leeré en voz alta, haremos cualquier corrección que sea necesaria y veremos si hay algo que añadir.

—Estoy lista, señor —dijo en voz baja.

Repasamos de nuevo su historia. Bess asintió sin vacilar mientras yo leía lo unidos que estaban los dos niños con Michael, y dijo «así es» con comedida dureza cuando relaté los intentos de Michael por evitar que Hobbey asumiera todo el control.

—Así es, señor, esa es la historia —remachó al final—. Gracias, yo no habría podido explicarlo mejor.

—Estoy acostumbrado, Bess —sonreí—, pero, por favor, recuerde que la historia que Michael le contó es un testimonio de oídas. Es decir, un tipo de testimonio que se permite en caso de fallecimiento, pero no tiene el mismo valor que un testimonio de primera mano. Y es posible que el abogado de Hobbey la interrogue sobre su declaración.

—Comprendo —dijo sin amilanarse—. ¿Estará presente Nicholas Hobbey?

—No lo sé.

—Estoy preparada para enfrentarme a ambos.

—He hablado con el reverendo Broughton, que nos ha sido muy útil. Acudirá también el lunes. Pero lo único que puede ratificar es que Michael y él trataron de parar el proceso de tutela. ¿Se le ocurre algo que no he incluido? ¿Sobre los niños, quizá?

Meneó la cabeza con pesar.

—Solo nimiedades.

—Supongo que las mujeres de la casa se ocuparon de criarlos hasta que fueran lo suficientemente mayores para tener un preceptor.

—Sí, pero John y Ruth Curteys demoraron todo lo posible la edad normal en que suele contratarse un preceptor. Michael creía que querían tanto a sus hijos que no deseaban compartirlos con nadie.

—¿Conoció usted a Hugh y Emma?

—Sí. Una vez Michael los llevó a visitarme, y yo fui muchas veces a casa de los Curteys y los veía. Los Curteys eran muy amables conmigo, como si yo fuera alguien de alcurnia. Recuerdo que Hugh y Emma subían a la habitación de Michael a verme. Una vez se estaban burlando de que Hugh había cogido piojos en alguna parte y habían tenido que raparlo. Su hermana se reía de verlo rapado y decía que parecía un viejo. Le dije a Emma que no se burlara de su hermano, pero Hugh se rio y dijo que le daría una tunda a su insolente hermana. Entonces empezó a perseguirla por la habitación; los dos reían y chillaban. —Meneó la cabeza—. Ay, como si los viera ahora mismo, y la pobre niña muerta… con su cabellera agitándose mientras corría… Michael y yo también nos echamos a reír.

—Señora —pregunté con amabilidad—, ¿por qué cree que Michael se marchó de casa antes de su muerte?

—Creo que porque… —le temblaron los labios— porque yo me preocupaba demasiado. —Bajó la cabeza y añadió—: Michael era lo único que tenía. Su padre murió cuando él tenía tres años y lo crie sola. En casa de lord y lady Latimer en Chaterhouse Square. Lady Latimer, como se llamaba entonces, se interesó por mi

hijo, al que le gustaba mucho aprender, como a ella, y lo animó a estudiar. Ella también sabía que tenía muy buen corazón, demasiado, quizá.

—A ver si logramos que toda esa bondad sea recompensada el lunes en el tribunal —dije.

Intercambié una mirada con Barak. Los dos sabíamos que la demanda había sido admitida solo por la intervención de la reina, no por los méritos de las pruebas.



Más tarde volví otra vez por Middle Temple Lane, con la barjuleta colgada al hombro. Giré a la izquierda hacia la iglesia. El bufete de Dyrick se hallaba justo enfrente, en un viejo edificio de piedra. Un escribiente me indicó que estaba en el tercer piso y subí con dificultad por la amplia escalera de sólidos peldaños de roble. Tuve que parar a medio camino porque me latía el cuello, pero me cogí a la barandilla y continué. En el descansillo del tercer piso vi una placa con el nombre de Dyrick en elegantes letras. Llamé y entré.

Todos los bufetes de abogados se parecen bastante: escritorios, estanterías, documentos, empleados. En el de Dyrick había muchos legajos apilados en las mesas, indicio de que tenía mucho trabajo. Había dos escritorios, pero solo uno estaba ocupado por un escribiente, un joven menudo con la bata corta de su oficio. Tenía rostro delgado, cuello largo con protuberante nuez de Adán y ojos rasgados y azules debajo de una mata de pelo alborotado. Me miró con insolente desaprobación.

—Vengo a ver a mi colega Dyrick —dije con brusquedad—. Soy el letrado Shardlake.

Una puerta interior se abrió de golpe y salió Vincent Dyrick, que vino a mi encuentro tendiéndome la mano.

Era un hombre alto y delgado más o menos de mi edad, de aspecto atlético, y parecía irradiar energía. Pálido de cara, tenía un largo cabello cobrizo. No era guapo, sino llamativo. Me sonrió dejando a la vista su dentadura, pero con mirada fría y atenta en sus ojos pardos claros.

—Buenos días, abogado Shardlake. Nos conocimos en los juzgados. Le he ganado dos casos, ¿recuerda?

Su voz era tal como me acordaba: grave y ronca, educada pero con un toque londinense, una buena voz para un tribunal.

—Que yo recuerde, perdimos un caso cada uno.

—¿Seguro?

—Sí.

—Pasemos a mi despacho. Espero que no le importe que mi asistente, el señor Feaveryear, se siente con nosotros. —Llamó con la mano al joven.

—En absoluto.

Mi estrategia era hablar lo menos posible y que Dyrick dijera lo máximo posible.

—Entra, Sam —dijo Dyrick mientras abría la puerta de su despacho y hacía pasar a Feaveryear, detrás del cual entré yo—. Tome asiento, por favor. —Acercó una silla al otro lado de un escritorio grande de roble, donde me acomodé.

Indicó a Feaveryear con la cabeza un banco para que se sentara a su lado. El escribiente cogió una pluma que había sobre la mesa, a la que acababan de sacar punta, y la mojó en un tintero. En el escritorio había copias de la denuncia de Michael Calfhill y la respuesta de Dyrick. Las acomodó con cuidado y me miró. Su sonrisa había desaparecido.

—Letrado Shardlake, me apena ver a un abogado de su nivel en un caso como este, que calificaría de frívolo e irritante si el hombre que presentó esta embarullada demanda no hubiera estado claramente trastornado. Un suicida, Dios lo perdone. Es evidente que la demanda será rechazada. ¿Quién va a pagar las costas? —Se inclinó hacia delante—. ¿La madre? Tengo entendido que no es más que una vieja criada.

Así que estaba preparado. Quizás había pagado para obtener información en la Audiencia, tal vez incluso al mismísimo Mylling.

—Las costas se pagarán de acuerdo con lo que establece la ley —dije, la misma respuesta que le había dado a Richard Rich. Tomé nota mental de escribir a Warner sugiriéndole que buscara algún pago importante que hubiera recibido la señora Calfhill—. Si pierdo, claro está.

—Perderá —se rio Dyrick mientras le echaba una mirada a Feaveryear, que levantó los ojos y sonrió.

—Debería ver estas declaraciones —dije abriendo mi bolso— de la señora Calfhill y el párroco de la familia Curteys.

Le pasé los papeles, que Dyrick leyó mientras arrugaba la nariz de vez en cuando, antes de pasárselo a Feaveryear con un encogimiento de hombros.

—¿Esto es todo lo que tiene? —Dyrick extendió los brazos—. Habladurías insignificantes. Ese hombre, Calfhill, antes de colgarse, hizo graves acusaciones sobre la conducta de mi cliente. Aunque ni él ni estas declaraciones —se inclinó sobre el escritorio para dar énfasis a sus palabras— explican en qué consiste esa conducta terrible.

Tenía razón, y ahí radicaba nuestra mayor debilidad.

—Michael Calfhill hizo una afirmación grave…

—Indefinida y vaga…

—… pero suficiente, creo, para que el tribunal solicite mayor investigación. Recuerde el lema de la Audiencia de Tutelas: «Ayuda para los pupilos, huérfanos y viudas».

—¿Y en qué consistiría esa investigación? —Levantó las cejas—. ¿En declaraciones?

—Quizá.

—¿Y a quién van a enviar nada menos que a Hampshire para que las tome? ¿Y cuánto costará? ¡Suficiente para dejar a cualquier criada en bancarrota! —levantó la

voz. Frunció el ceño como para refrenarse.

Me pareció que todo lo que hacían Dyrick y su ayudante era una actuación, y muy buena por cierto.

—Llevará solo unos días —dije—. Su cliente tendrá que pagar únicamente si pierde, y ya me ha dicho usted que cree que no será así. Y mi clienta es propietaria de una casa.

—¿De un tugurio cerca de Butcheries, tal vez?

—No debería poner en entredicho a mi clienta —repliqué con acritud—. Eso no se hace, abogado —insistí. Había forzado demasiado la garganta y me hacía daño hablar—. No veo ninguna declaración de su cliente. ¿Está el señor Hobbey en Londres?

—No, doctor Shardlake. El señor Hobbey es un caballero con muchos negocios en Hampshire. Y no hay nada sobre lo cual tenga que declarar, ninguna acusación lo bastante concreta como para merecer una respuesta.

—Cuando hay un niño de por medio, cualquier acusación debe investigarse. —«Así que Hobbey no está en Londres», pensé. «No tuvo tiempo de ordenar que me atacaran».

—¿Un niño? —protestó Dyrick—. Hugh Curteys tiene dieciocho años. Lo vi cuando visité a mi cliente. Es un muchacho fuerte y robusto, y bien cuidado, diría.

—Sigue siendo menor, y está bajo custodia de… —Una punzada en la garganta me interrumpió. Jadeé y me llevé las manos al cuello.

—Mira, Sam —dijo Dyrick a Feaveryear—, cómo se le atascan las palabras en la garganta al doctor Shardlake.

Fulminé a Dyrick con la mirada y me maldije por mi debilidad. Entonces vi la ira contenida en su mirada, tan feroz como la mía. No era ninguna actuación.

—Veo que se ha quedado sin respuesta, abogado Shardlake —añadió—. Le agradezco estas declaraciones, aunque están fuera de plazo, cosa que mencionaré el lunes…

—Veo que los bienes del señor Curteys consisten en una considerable porción de bosque.

—Manejados como es debido. Habrá visto usted los papeles.

—Sí, pero no las cuentas.

—Las tiene el albacea en Hampshire. Tal vez no esté familiarizado con la Audiencia de Tutelas, letrado, pero así es el procedimiento.

—Dígame, letrado, ¿se ha dispuesto la boda de Hugh Curteys?

—No. —Ladeó la cabeza y sonrió—. No hay nada que investigar, estimado colega.

—Estas acusaciones deben investigarse y creo que el tribunal estará de acuerdo —repuse con voz ronca.

Dyrick se puso de pie.

—Espero que se recupere de la garganta para el lunes.

—Lo haré.

Me levanté para marcharme. Dyrick tenía una expresión fría, impasible. Miré a Feaveryear; por primera vez lo vi sonreír, pero no a mí, sino a su patrono, una sonrisa de pura admiración.

Capítulo 9

A la mañana siguiente volví a cruzar el patio central de Hampton Court. Era un domingo claro y fresco; faltaba un día para la vista. El patio estaba tranquilo, solo había unos pocos escribientes y ningún cortesano merodeando.

Cuando regresé de mi reunión con Dyrick, me esperaba en casa una carta de Warner. Coldiron estaba en la entrada, tenía la carta en la mano y contemplaba la bella caligrafía en un lado y el sello de la reina en el otro. Me la tendió con renovado respeto y muerto de curiosidad. Le indiqué que se retirara y la abrí. El jurisconsulto me pedía que fuera a ver a la reina otra vez al día siguiente.

Como me había dado instrucciones de que acudiera a su despacho, una vez más subí la escalera de caracol. Llevaba mi toca para ocultar los moratones. Acababan de cambiar las esteras y su aroma ocultaba el olor a papel y humedad.

—Ay, querido colega Shardlake —me dijo—, qué frío vuelve a hacer. Vaya verano.

—De camino hacia aquí he visto que el granizo ha estropeado buena parte del trigo.

—Y en el norte es peor. Y hay temporal en el Canal. Gracias a Dios, el *Great Harry* y el *Mary Rose* llegaron sanos y salvos al puerto de Portsmouth. —Me miró con atención—. Le he enseñado vuestro mensaje a la reina. Se preocupó mucho, al igual que yo, de que os hubieran atacado. ¿Está mejor?

—Sí, gracias.

—Su majestad desea verlo ahora. —Abrió una puerta lateral y llamó a un joven ayudante—. El abogado Shardlake está aquí. Vaya a informar a la reina. Estará saliendo de la capilla.

El joven hizo una reverencia y se marchó deprisa. Sus pasos retumbaron en la escalera y lo vi cruzar corriendo el patio. Le envidié la velocidad y la agilidad. Warner me ofreció asiento.

—Qué tiempos terribles, sin ley —comentó mientras se acariciaba la barba—. Cuénteme qué sucedió.

Le conté la historia y acabé con mi visita a Dyrick.

—Defenderá a su cliente con todas sus fuerzas —dije— y, para serle franco, sus argumentos son sólidos.

—¿Cree que tiene algo que ver con lo que le pasó a usted?

—No hay prueba de ello. Al principio, cuando lo vi, creí que estaba interpretando el papel del abogado indignado, pero después percibí cierto enfado bajo la cháchara legal, algo personal. A propósito —dudé—, la señora Calfhill me dijo que la reina estaba muy encariñada con Michael.

—Esa también es mi impresión. —Warner frunció el ceño.

Me di cuenta de que deseaba quitarse de encima todo el asunto, y quitárselo también a la reina.

—Una cosa más, letrado Warner. Corre el rumor de que el señor Hobbey estaba endeudado cuando se trasladó a Hampshire. Hablé con el regidor Carver del Gremio de los Merceros, pero se mostró reticente de hablar sobre otro miembro. ¿Podría de algún modo indagarlo discretamente?

—Veré qué puedo hacer.

Se puso de pie y me indicó con la cabeza que hiciera lo mismo, ya que unos pasos ligeros resonaban en la escalera. Ambos hicimos una profunda reverencia cuando se abrió la puerta. Una dama la mantuvo abierta para que entrara la reina.



La reina Catalina vestía sobriamente para un domingo, con un sencillo vestido de seda gris y una capucha sin joyas. Pensé que no la favorecía tanto como los colores brillantes que tanto le gustaban, pero por otro lado remarcaba su cabello caoba. Nos indicó que tomáramos asiento. La dama, por su parte, se sentó en un banco junto a la ventana y juntó las manos sobre el regazo.

—Matthew, Robert me ha contado que os han atacado. ¿Estáis bien?

—Bastante bien, su majestad.

—Gracias a Dios. ¿Y qué pasa con el caso? Tengo entendido que hay muy pocas pruebas nuevas.

Su mirada denotaba auténtico pesar. Bess tenía razón: la reina sentía un profundo afecto por Michael.

Le expliqué que aparte de que Broughton había confirmado su oposición y la de Michael a la tutela, habíamos descubierto poco. La reina se quedó pensativa y luego dijo en voz baja:

—Michael era un buen hombre, lo sé y lo he sabido desde que era un niño. Poseía esa bondad y caridad que nuestro Señor desea para todos, pero que muy pocos poseen. Jamás habría inventado una historia para perjudicar a Hobbey, nunca, por muy trastornado que hubiera estado.

—Esa es mi impresión.

—Si algo malo le han hecho a ese niño —intervino Warner—, este caso podría causar un gran revuelo, por no mencionar que inflamaría aún más a la opinión pública contra la Audiencia de Tutelas, algo que sin duda el rey no desea.

—¡No, señor Warner, no! —exclamó la reina con súbita dureza—. Lo que su majestad no desea es que las fechorías queden impunes. Michael quería proteger al niño Hugh, el único superviviente de esa pobre familia, y yo también. ¡Por su bien, por el de su madre y por el de la justicia!

Eché una mirada a Warner. Sus cálculos de la posible reacción del rey eran más acertados que los de la reina.

—Matthew, si mañana la Audiencia ordena tomar nuevas declaraciones, no os sintáis obligados a seguir con el caso. Se puede designar otro abogado para que actúe de ahí en adelante y viaje al sur.

—Para poder abordar el caso adecuadamente, el nuevo letrado tendría que conocer todos los pormenores.

—Así es, sería lo correcto —asintió la reina.

—Ciertamente otro letrado podría hacerse cargo a cambio de una buena suma —intervino Warner—, pero ¿tendría el mismo grado de compromiso que el señor Shardlake?

Estaba claro que quería que yo siguiera con el caso. Confiaba en mí, y cuantos menos supieran que la reina estaba metida en semejante asunto, mejor. Me miró; sus deseos de que no me retirara eran casi palpables.

—Seguiré con el caso, majestad.

La reina volvió a obsequiarme con una sonrisa cálida y abierta.

—Sabía que lo haríais. —Volvió a quedarse seria—. Pero recordad lo que sucedió la última vez que os sumergisteis en aguas turbias, cuando asesinaron a vuestro amigo el señor Elliard, antes de que yo fuera reina.

—No me arrepiento.

—Pero Hugh Curteys no es vuestro amigo; ni siquiera lo conocéis.

—Si puedo, me gustaría ayudarlo. Sin embargo, necesitaría que alguien me acompañe. Mi ayudante no puede y mi mayordomo es… inadecuado.

La reina asintió.

—Un buen escribiente que sea también un hombre fuerte para acompañaros. Warner, ¿podéis arreglarlo?

—Haré lo posible.

—Sé que estáis intranquilo, mi buen servidor —le sonrió a Warner—, pero deseo que este asunto se investigue como corresponde, porque me afecta en lo más hondo y porque así debe ser. —Se volvió hacia mí—. Gracias, Matthew. Debo marcharme para almorzar con el rey. Matthew… —Alargó la mano para que se la besara—, mantenedme informada de lo que suceda en la vista.

Mis labios rozaron la suavidad de su mano, que olía ligeramente a almizcle, y la reina Catalina se marchó, seguida de la dama, que cerró la puerta a sus espaldas. Warner volvió a sentarse y me miró socarrón.

—La suerte está echada.

—Así es.

—Mañana, en cuanto termine la vista, hágame saber lo que ha pasado. Si debe viajar, puedo escoger hombres adecuados para que lo acompañen.

—Gracias.

Warner vaciló y añadió:

—Creo que no es la primera vez que actúa usted en defensa de niños víctimas de injusticias.

—¿Acaso nuestro Señor no dijo que dejáramos que los niños vinieran a nosotros? —Sonreí.

Warner ladeó la cabeza; se preguntaba por mis motivos para seguir. Ni yo mismo estaba muy seguro, salvo por el hecho de que los niños en peligro y víctimas de injusticias legales eran dos cosas que me afectaban muy de cerca. Al igual que los deseos de la reina, por la que, me daba cuenta, sentía algo más que amistad. Pero era inútil pensar en ello. Al marcharme, me embargó una nueva oleada de determinación, lo que Barak a veces llamaba mi obstinación.



Unas horas más tarde, volví a cruzar el patio del Bedlam. Había neblina, lo que en cierto modo acallaba el rumor de la ciudad, y hacía más calor.

Esa mañana había decidido visitar a Ellen. La idea de que no tuviera siquiera la protección formal de una declaración de incapacidad por demencia había reforzado aún más mi sentido de la responsabilidad. Dos personas tenían que saber por fuerza la verdad: el director Metwys y el celador Edwin Shawms. Metwys, al que había conocido hacía dos años durante el caso de un cliente encarcelado, era el típico cortesano que no ocultaba el hecho de que su cargo no era más que un vehículo para sacar provecho. La suma que un hombre de su condición exigiría para revelar secretos estaba fuera de mi alcance. Y Shawms era un instrumento de Metwys. Así que decidí, quizá precipitadamente, volver a ver a Ellen y tratar de averiguar lo que pudiera.

Llamé a la puerta y atendió un celador subalterno: un joven robusto de mandíbula floja llamado Palin. Me saludó con una leve inclinación de la cabeza.

—Vengo a ver a Ellen Fettiplace —dije.

—Ah —asintió.

Pero entonces apareció Hob en la entrada y lo apartó.

—Señor Shardlake —dijo con jovialidad burlona—, no esperaba volver a verlo tan pronto.

—Quizá deba ausentarme y deseaba decírselo a Ellen.

Se apartó y me dejó pasar. La puerta de la oficina estaba abierta y vi a Shawms, un gordo de mediana edad que siempre parecía llevar el mismo chaleco negro un poco manchado, escribiendo sentado al escritorio. Al verme levantó la vista con expresión glaciar. Éramos viejos adversarios.

—¿Una visita a Ellen, abogado Shardlake? —preguntó con su voz aguardentosa.

—Así es, señor.

—Parece que alguien la tomó con su cuello —comentó—. ¿Algún pobre cliente harto de ir de un tribunal a otro?

—No, solo ladrones comunes en busca de mi dinero, como suele suceder con los granujas. Gracias por la bienvenida, señor Shawms, y por el cálido saludo, como

siempre en el Bedlam.

—Trabajar aquí es muy duro, ¿no es así, Hob? —Le echó una mirada severa a Gebons.

—Así es, señor.

—Está en el salón. Dígale que me traiga al viejo Emanuel para que firme un recibo por la ropa o que firme ella en su nombre, que me traiga el recibo y me devuelva el tintero.



En el salón, Ellen hacía lo que mejor se le daba: hablar en tono tranquilizador con un paciente, en voz sosegada y alentadora. Era el mismo hombre alto y delgado que había visto en el patio en la visita anterior. Estaban sentados a la gran mesa llena de marcas, con una pluma y un tintero entre ambos. Ellen examinaba un papel, mientras el nuevo paciente apretaba contra su pecho un fardo de ropa y la miraba con aprensión. Cuando entré, los dos levantaron la vista y la cara de Ellen se demudó en una sonrisa de júbilo. El paciente, sin embargo, soltó la ropa sobre la mesa, se puso de pie y empezó a señalarme frenéticamente.

—¡Un abogado! —gritó—. ¡Han mandado un abogado! ¡Van a encerrarme en la prisión de Marshalsea!

—No, Emanuel —lo calmó Ellen cogiéndolo del hombro—, este hombre es mi amigo, el señor Shardlake. Ha venido a visitarme a mí —anunció con orgullo.

—He pagado lo que he podido, abogado —me dijo Emanuel retorciéndose las manos al tiempo que retrocedía presa de la agitación—. Me he arruinado, no me queda nada, solo la ropa que llevo y la del fardo. El tribunal me la dejó, y enviaron…

Levanté la mano en gesto tranquilizador.

—He venido a ver a Ellen, señor. No sé nada de usted…

—Me engaña. Hasta el rey me engaña, su plata no es real. Lo he visto. Se han llevado toda mi plata.

—¡Palin! —llamó Ellen, mientras Emanuel la eludía y corría hacia la puerta.

El joven entró y lo cogió con firmeza.

—Tranquilo, amigo, ven y acuéstate, que nadie te persigue —le dijo, y con sus brazos fuertes se llevó al lloroso hombre.

Vi que Ellen me miraba el cuello horrorizada.

—¿Qué os ha pasado, Matthew?

—Un intento de robo, pero estoy bien —dije restándole importancia.

—Gracias por venir tan pronto. —Volvió a sonreír.

—Hay algo de lo que quería hablar con vos, pero Shawns me ha dicho no sé qué de firmar un papel para él.

—Sí, es esto, un recibo de las pobres pertenencias de Emanuel. Él no lo firmará, así que debo hacerlo yo.

Firmó con su nombre con elegante letra redonda, prueba de que tenía cierta educación. Llevó el papel y el tintero a la oficina de Shawms y luego la seguí por el pasillo hacia su habitación. Llevaba el mismo vestido azul celeste del miércoles, que estaba bastante gastado. Pasamos por la habitación de un caballero gordo y mayor que tenía el delirio de ser el rey. La puerta estaba entreabierta y un celador estaba cambiando las esteras del suelo de piedra, con un trapo cubriéndole boca y nariz para evitar el hedor de las viejas, que apestaban en un rincón. El anciano estaba sentado en un orinal, con una cortina hecha jirones como capa y una corona de papel en la cabeza. Miraba impertérrito al frente, sin hacer caso de los mortales corrientes que pasaban.

Entramos en la habitación de Ellen. Como siempre, ella se sentó en la cama y yo me quedé de pie.

—El pobre Emanuel… —dijo con tristeza—. Era un caballero próspero hasta el año pasado, un comerciante de grano. Aceptó como paga de un préstamo importante las nuevas monedas justo después de la última depreciación y tuvo unas pérdidas enormes. Trató de ocultarlo pidiendo nuevos préstamos y ahora se ha arruinado, y también ha perdido el juicio.

—Os preocupáis por los pacientes. ¿No es cierto, Ellen?

—Alguien debe preocuparse por aquellos de los que nadie se preocupa —sonrió con tristeza.

—Ahora estoy tratando de ayudar a un joven en esa posición y, para hacerlo… —dudé— quizá deba irme por una breve temporada.

Se incorporó con expresión ansiosa.

—¿Adónde? ¿Por cuánto tiempo?

—A Hampshire a tomar unas declaraciones. Una semana, quizás un poco más.

—¿Tan lejos? ¡Me quedaré sola! —exclamó agitada.

—Tengo un caso en la Audiencia de Tutelas y los representantes muchas veces deben viajar adonde vive el pupilo.

—Me han dicho que la Audiencia es un lugar malvado.

—También es allí donde se guardan los expedientes de las declaraciones de incapacidad por demencia —dije en voz baja, tras titubear un momento—. Estuve allí el jueves pasado por ese caso —respiré hondo—, pero aproveché también para preguntar al escribiente… si vuestro expediente estaba allí archivado.

Por primera vez desde que la conocía, me miró con enfado. Su cara cambió y se tornó más rígida, más dura.

—¿Cómo habéis podido? —replicó—. No tenéis derecho a buscar papeles sobre mí, ningún derecho a ver esas cosas. —Se encogió y apretó los puños sobre el regazo.

—Ellen, solo quería asegurarme de la existencia del debido expediente sobre vos —mentí.

—¿Y os reísteis? —repuso con voz quebrada por la ira—. ¿Os reísteis? ¿Os reísteis de lo que leísteis?

—¡Ellen! —levanté la voz—. ¡No había nada que leer! ¡Allí no hay ningún expediente sobre vuestro caso!

—¿Qué? —preguntó bajando súbitamente la voz.

—No hay ningún expediente, no figuráis como demente.

—No puede ser… Tiene que estar.

—Pues no —negué con la cabeza—, no figuráis en ninguna parte. No deberían haberos enviado aquí.

—¿Se lo contaréis a Shawms? —preguntó asustada. En un instante, toda la confianza que me tenía pareció esfumarse.

Levanté la mano para calmarla.

—Por supuesto que no. Pero, Ellen, seguro que lo sabe. Me gustaría protegeros, ayudaros, pero para hacerlo necesito saber cómo habéis llegado aquí, qué pasó. Contádmelo, por favor.

Se quedó mirándome presa del miedo y la desconfianza. Entonces dije algo que dejó claro lo poco que la comprendía.

—Ellen, el camino a Portsmouth pasa cerca de la frontera de Sussex y del pueblo de Rolfswood, de donde sois. ¿Puedo visitar a alguien dispuesto a ayudaros?

En cuanto mencioné Rolfswood, se agitó como si no pudiera respirar y empezó a chillar con voz ronca.

—¡No! ¡No! —gritó con el rostro convulso—. ¡Eran muy fuertes! ¡No podía moverme! El cielo era… inmenso… muy ancho… ¡Parecía que iba a engullirme! —exclamó con un chillido de terror puro.

—Ellen… —Di un paso hacia ella, pero se apartó y se encogió contra la pared.

—¡Se quemó! Pobre hombre, estaba envuelto en llamas…

Tenía la mirada vidriosa y no me veía, tampoco a la habitación, solo algo terrible del pasado.

—¡La piel se le deshacía, se le ponía negra y se agrietaba! —chilló—. ¡Trató de incorporarse pero se cayó!

La puerta se abrió de golpe y entró Shawms, furioso, seguido de Palin y Hob Gebons. Palin llevaba un trozo de cuerda en la mano.

—¡Por los siete infiernos! —gritó Shawms—. ¿Qué demonios pasa aquí?

Ellen los miró, cerró la boca y se quedó encogida contra la pared, como un pobre ratón perseguido por un gato. Shawms me agarró del brazo con una mano carnosa y me apartó de ella.

—No pasa nada, solo que se ha asustado —dije, y tendí, demasiado tarde, una mano hacia ella, pero Ellen ni siquiera me miró mientras retrocedía ante Hob y Palin.

Hob me lanzó una mirada fulminante por encima del hombro y meneó la cabeza. Shawms volvió a tironearme del brazo hacia la puerta. Me resistí.

—Escúcheme bien, señor jorobado —me amenazó con tono frío y cruel—, aquí mando yo. Salga de esta habitación o haré que Hob y Palin lo echen a la fuerza. ¿Quiere que Fettiplace sea testigo de la escena?

No podía hacer nada. Dejé que me sacara y allí se quedaron Hob y Palin vigilando a Ellen, como si fuera un animal peligroso y no una mujer desesperada e indefensa. Shawms cerró de un portazo, y otro tanto hizo con la rejilla que servía de mirilla. Se dio la vuelta y se quedó frente a mí respirando agitado.

—¿Qué ha pasado, abogado? Oímos los gritos desde la otra punta de la casa. Por lo general Ellen es más tranquila y dócil que el resto de los internos. ¿Qué le ha dicho o qué le ha hecho? —Remató con una sonrisa lasciva.

—Nada. Solo le dije que quizá me vaya de viaje una temporada. —Debía revelar lo menos posible, por el bien de ella.

—Bueno, es la mejor noticia que he oído desde que exhibieron la cabeza de Cromwell en una pica. —Shawms entornó los ojos—. ¿Eso es todo? Oí que gritaba que unos hombres se quemaban, que el cielo se la tragaba.

—Sí, se puso nerviosa cuando le dije que me marchaba. Solo desvariaba.

—Dicen cualquier tontería cuando se irritan. ¿Así que no le gusta que usted se vaya? —comentó con su mirada lasciva.

Oí ruidos al otro lado de la puerta: voces de hombre, cosas que se movían.

—¿Qué le van a hacer? —pregunté.

—Atarla. Hay que hacerlo cuando se desquician. Dé las gracias de que no sean cadenas…

—Pero está enferma…

—A los enfermos hay que contenerlos. Así, a lo mejor, aprenden a contenerse solos. Es culpa suya, señor Shardlake —se inclinó hacia mí—, por venir tanto. Creo que es mejor que no vuelva por un tiempo. Si se va, tal vez Ellen se dé cuenta por fin de que usted no piensa estar siempre pendiente de ella, y quizá le haga bien. La tendremos vigilada para asegurarnos de que no haga tonterías.

—Tal vez sería mejor para ustedes que se muriera —repuse en voz baja.

Sacudió la cabeza y me miró con seriedad.

—Nada de eso, señor Shardlake. La hemos mantenido a salvo diecinueve años y seguiremos haciéndolo.

—¿A salvo de qué?

—De ella misma. —Se acercó más y afirmó lenta y categóricamente—: El único peligro para Ellen Fettiplace son las personas que la alteran. Lo mejor para todos es que se quede aquí, pastando como una oveja satisfecha. Váyase y haga su trabajo. Cuando regrese, veremos en qué punto estamos.

—Permítame echar un vistazo antes de irme. Quiero ver si está bien.

Shawms dudó, pero llamó a la puerta. Abrió Gebons. Palin estaba junto a la cama. Ellen tenía las manos y los pies atados. Me miró, pero sus ojos ya no estaban blancos, sino otra vez llenos de rabia.

—Ellen, lo siento… —dije.

No respondió, se quedó mirándome con los puños apretados. Shawms cerró la puerta.

—Ahí tiene el daño que ha hecho —dijo.

Capítulo 10

La mañana estaba preciosa, cálida. Anduve hasta Westminster, donde había quedado con Barak en la puerta del tribunal media hora antes de la Audiencia. Encontré a mi ayudante apoyado contra la pared; jamás lo había visto tan preocupado.

—Goodryke vino otra vez anoche —dijo sin preámbulos.

—¡Virgen santa, ese hombre está obsesionado!

—Tammy le dijo que yo no estaba. Ordenó que me presentara dentro de dos días para el juramento y dijo que se asegurara de que fuera porque si no me buscarían por desertor.

Llegamos a la escalinata de la Audiencia de Tutelas; Barak llevaba bajo el brazo los papeles del caso atados con una cinta roja.

—Ha llegado el momento de que te marches de Londres —le dije con firmeza—. No importa dónde.

—Pero aunque me vaya, Goodryke no olvidará el asunto. Ahora la deserción está penada con la horca.

Antes de que respondiera, me tocaron el brazo. Era Bess Calfhill, otra vez vestida de negro y muy nerviosa.

—¿Llego tarde? —preguntó—. Tenía miedo de perderme entre todos estos edificios y callejones…

—No, señora Calfhill. Bueno, debemos entrar. Jack, hablaremos más tarde.

Subimos los escalones y pasamos debajo del escudo. Me alivió ver al reverendo Broughton, con su sotana, sentado en el banco. Parecía seguro, decidido. En el mismo banco, un poco más lejos, estaba Vincent Dyrick, que me miró e inclinó ligeramente la cabeza, como si le sorprendiera lo ilógica que era toda la situación. A su lado, el joven Feaveryear ordenaba un grueso fajo de papeles.

—Bueno días —los saludé con afabilidad forzada, pues había pasado casi toda la noche preocupado por Barak y Ellen.

Bess miró a Dyrick con inquietud.

—¿Dónde se celebrará la vista, señor? —preguntó en voz baja.

Dyrick señaló con la cabeza la puerta del juzgado.

—Allí, señora; pero no se preocupe —añadió en tono burlón—, no durará mucho.

—¡Letrado Dyrick! —intervine en tono reprobatorio—. Usted está aquí por la defensa, no tiene derecho a hablar con el demandante.

—Con el representante del difunto demandante, querrá decir —soltó.

Barak se acercó a Feaveryear.

—Vaya fajo de papeles que tienes.

—Más grande que el tuyo —respondió Feaveryear, altivo, mirando el delgado

fajo que llevaba Barak.

—Bueno, el mío siempre alcanza para ganar los casos.

Feaveryear lo miró con ceño y señaló con un dedo fino la cinta roja de los documentos de Barak.

—Los llevas con cinta roja. Los documentos para la Audiencia de Tutelas deben ir atados con cinta negra. —E indicó la cinta negra de sus expedientes.

Dyrick levantó la mirada.

—¿Los documentos del demandante llevan el color equivocado? —me preguntó —. He visto desestimar casos por errores más insignificantes.

—Pues dígaselo al oficial de justicia —repliqué mientras me maldecía para mis adentros por el error. Con las prisas había pasado por alto ese punto del procedimiento.

—Lo haré —sonrió con expresión rapaz.

Abrieron la puerta de la sala y salió el ujier vestido de negro que había visto en la oficina de Mylling.

—¡Las partes interesadas en la tutela de Hugh Curteys! —llamó.

Bess suspiró.

Dyrick se levantó y avanzó con paso decidido hacia la puerta de en medio, su toga haciendo frufrú.



La sala de audiencias era la más pequeña que había visto en mi vida. Estaba débilmente iluminada por unas estrechas ventanas en arco en lo alto de unas paredes vacías. Sir William Paulet, presidente de la Audiencia de Tutelas, estaba sentado a la cabeza de una gran mesa cubierta con una tela verde y detrás tenía un panel de madera en blanco salvo por el escudo de armas real. A su lado estaba Mylling con la cabeza gacha. El ujier nos indicó a Dyrick y a mí nuestros sitios en la mesa delante del presidente. Barak y Feaveryear se sentaron detrás de nosotros. A Bess Calfhill y el reverendo Broughton les señalaron unos asientos tras una balaustrada baja.

Paulet llevaba la toga roja de juez y la cadena de oro del cargo al cuello. Era un sesentón canoso y arrugado, de labios finos y corta barba grisácea. Los ojos grandes, azul oscuro, reflejaban inteligencia y autoridad, pero carecían de sentimiento. Presidía el tribunal desde su fundación seis años atrás. Antes había sido magistrado en el juicio de sir Tomás Moro, y comandante de las fuerzas reales contra los rebeldes del norte hacía nueve años.

—Abogado Shardlake —me saludó con escaso entusiasmo—. Conozco al letrado Dyrick, pero creo que sois nuevo en mi tribunal.

—Así es, vuestra señoría.

Se quedó mirándome con el ceño fruncido. Adiviné que le fastidiaba la interferencia de la reina en su tribunal. Señaló con la cabeza los papeles que tenía

delante.

—Estas acusaciones resultan raras. Explicad, por favor, el problema.

Dyrick se levantó a medias.

—Si se me permite mencionar una cuestión de procedimiento, vuestra señoría, los papeles del representante del demandante no guardan la forma correcta. La cinta debería ser negra…

—No seáis necio, letrado Dyrick —lo interrumpió Paulet—, y tomad asiento.

Dyrick se ruborizó, pero siguió de pie.

—Y los documentos han sido presentados fuera de plazo…

—¡Sentaos!

Dyrick se sentó con expresión ceñuda. Esperaba al menos que el juez me reprendiera.

—Decidme, abogado Shardlake.

Expuse lo mejor que pude mis débiles argumentos, mientras se oía el rozar de las plumas de Barak, Feaveryear y Mylling, que tomaban notas. Expliqué la prolongada relación de Michael con los niños Curteys, su buen carácter, sus intachables antecedentes como preceptor y su genuina preocupación por Hugh tras su última visita a Hampshire. Señalé también que su madre creía que la denuncia merecía una investigación urgente.

Cuando acabé, Paulet se volvió y miró fijamente a Bess durante casi medio minuto. Ella se ruborizó y se removió en el asiento, pero le sostuvo la mirada. Broughton la cogió de la mano, y con eso se ganó una mirada desaprobatoria del juez.

—Así que todo depende de la prueba de la madre —dijo Paulet volviéndose hacia mí.

—Así es, sir William.

—La muerte del demandante es algo extraño… Un suicidio… Debía de estar muy perturbado.

Se oyó un quedo sollozo de Bess. Paulet no hizo caso.

—Vuestra señoría —dije—, lo que hizo que este hombre de buen carácter perdiera prácticamente el juicio ha de ser muy grave.

—Tal vez lo sea, abogado Shardlake, tal vez. —Paulet se volvió hacia Dyrick—. ¿Qué puede decirnos el representante del señor Hobbey? Veo que el señor Hobbey está ausente.

Dyrick se puso en pie.

—Mi cliente está muy ocupado con los contratos de suministro de madera a la Armada en Portsmouth, un trabajo de importancia nacional. —Me miró—. Madera procedente de sus propios bosques, añadiría.

Paulet lo miró impertérrito.

—Deduzco que no hay ninguna boda en perspectiva para el pupilo.

—En efecto, ninguna. El señor Hobbey no desea que su pupilo se case hasta que no encuentre una dama de su propia elección. Como sabemos —Dyrick levantó la

voz—, el hombre que hizo esta extraña denuncia ha muerto. Las pruebas de su madre son meros rumores. Y la declaración del reverendo Broughton no es más que una acusación relacionada con la concesión de la tutela hace muchos años —concluyó en tono de censura—. La guardia y custodia se concedió siguiendo los debidos procedimientos del antiguo Archivo de Tutelas, predecesor de este honorable tribunal.

—Muy cierto —asintió Paulet, y miró al reverendo—. Creo que ha sido una osadía, señor, levantar ahora sospechas sobre cómo fue concedida la tutela.

—Solo he dicho la verdad —replicó Broughton poniéndose de pie—, y pongo a Dios por testigo.

—No discutáis conmigo u os envío a servir en la Armada por desacato. —Paulet no levantó la voz, pero sus palabras cortaban como un puñal. Broughton dudó y volvió a sentarse. El juez se volvió hacia Dyrick y suspiró—. Las acusaciones de Michael Calfhill, por muy vagas que sean, merecen cierta atención. ¿Deseáis interrogar a los testigos?

Dyrick le clavó la mirada a Bess, que no solo se la sostuvo sino que levantó la barbilla con decisión.

—No, vuestra señoría —dijo.

Sonreí para mis adentros. Dyrick había advertido que interrogar a Bess sobre su declaración no haría más que confirmar su total sinceridad. Comprendí entonces que yo había ganado al menos esta etapa de la batalla y, por la cara de enfado de Dyrick, él también lo sabía. Pero no todo el mérito era mío. Había visto lo suficiente de Paulet para saber que, de no haber recibido presiones por parte de la reina, nos habría echado en cuestión de minutos de su extraño feudo.

—Creo —dijo al fin— que esta Audiencia debe ordenar que se tome declaración a todas las personas involucradas en el bienestar de Hugh Curteys. ¿A quién tenéis en mente, abogado Shardlake? —preguntó mirándome.

—A Hugh Curteys, por supuesto, al señor Hobbey, su mujer y quizá su hijo, el mayordomo actual de la casa, algún preceptor que pudiera haber…

—No hay ningún preceptor —intervino Dyrick poniéndose de pie con la cara roja de ira reprimida—, y David Hobbey es menor.

—¿Alguien más, letrado Shardlake?

—Sugeriría al albacea local y que este presentara la contabilidad sobre los bienes de Hugh Curteys.

Paulet reflexionó.

—El albacea de Hampshire es Quintin Priddis.

—Señoría, vuestros amplios conocimientos no dejan de sorprenderme —aventuré un cumplido.

—Nos os creáis que tiene tanto mérito. —Paulet amagó una sonrisa—. Yo también soy de Hampshire y dentro de unos días marcho a Portsmouth como gobernador. A ver si impongo un poco de orden entre esos soldados y marinos. —

Volvió a pensar—. Una declaración de sir Quintin… Sí, me parece bien, pero no estoy de acuerdo con someter a revisión la contabilidad. Sería poder en duda la honradez de sir Quintin.

Me miró con sus ojos grandes e inexpresivos y me di cuenta de que no había ganado tanto como pensaba. Si alguien sacaba beneficios gracias a las propiedades de Hugh, y el hecho de que Hobbey estuviera vendiendo madera reafirmaba esa teoría, el albacea local seguramente estaría metido en el negocio. Sin contabilidad, este podía decir lo que quisiera y no había manera de demostrar si era verdad.

—Bueno —continuó el magistrado—, ahora tenemos la cuestión de quién debe tomar esas declaraciones. —Miró a Dyrick, que estaba casi tan rojo como su pelo—. ¿Qué os parece si lo hace el letrado Shardlake?

—Con el debido respeto —replicó Dyrick—, creo que hace falta una persona imparcial…

—Tengo una idea mejor. —Paulet se incorporó en su silla—. Podéis ir ambos letrados.

Comprendí la intención del juez: permitía que la investigación siguiera adelante, pero me dificultaba las pesquisas pegando a Dyrick a mis talones y negándome revisar las cuentas. Seguramente Dyrick también se había dado cuenta, pero no por eso se alegró.

—Vuestra señoría —protestó—, me resultaría complicado. Tengo compromisos familiares que…

—Lo que importa es vuestro compromiso con este tribunal, letrado. Abogado Shardlake, ¿tenéis algo que objetar a mi sugerencia?

En ese momento se me ocurrió una idea y miré a Barak, que me devolvió la mirada con gesto interrogante.

—Sir William —dije—, si debemos ir ambos, ¿podría solicitar que nos acompañaran nuestros respectivos escribientes?

—Me parece razonable —inclinó la cabeza Paulet—. ¿Alguna objeción? —preguntó a Dyrick, que vaciló. El juez tamborileó sobre la mesa.

—Ninguna. Si eso es lo que desea el letrado Shardlake.

Miré a Barak y le guiñé el ojo. Si disponía de un mandato judicial para viajar a Hampshire, el ejército no podría tocarlo.

—¿Qué nombres?

—Barak y Feaveryear, señoría.

—Tome nota de los nombres, Mylling.

Para mi sorpresa, Feaveryear sonreía.

—Ahora fijaré la fecha de una nueva vista —dijo Paulet reclinándose—; digamos de aquí a cuatro semanas, para acabar de resolver esta cuestión. Tal vez yo mismo esté de regreso, ya que es un plazo más que suficiente para derrotar a los franceses, ¿no os parece? —Mylling le festejó la broma y sacudió la cabeza sobre la pluma. Paulet le dedicó una fría sonrisa—. Si no es así, mi suplente se ocupará de la vista.

Dyrick volvió a ponerse de pie.

—Su señoría, si hemos de viajar el abogado Shardlake y yo, los gastos serán elevados. Debo pedir que las costas correspondientes al señor Hobbey sean completamente satisfechas si estas acusaciones resultan infundadas, o mejor dicho, cuando se demuestre que lo son.

—Si resultan infundadas, así será, letrado Dyrick, yo mismo me ocuparé de ello. —Se volvió hacia Bess—. ¿Dispone usted de medios, señora, para afrontar unas costas que pueden resultar muy elevadas?

—Sí, señoría, puedo pagar las costas.

Paulet la miró duramente, intuyendo que el dinero venía de la reina. Y yo esperaba que Warner se las ingeniara para improvisar un pago verosímil del erario de la reina. El juez me clavó la mirada.

—Si no deseáis caer en desgracia en este tribunal, será mejor que todo esto no sea una farsa, letrado Shardlake —murmuró, y se volvió hacia Mylling—. Redacte el mandato.

El escribiente cogió una hoja y comenzó a escribir. Apenas nos había mirado durante toda la vista; me pregunté si no le habría dado la información a Dyrick de mi participación en el caso, y si este no habría contratado a los golfos que me habían agredido. Mi adversario estaba poniendo en orden los papeles con movimientos rápidos y furiosos.

—Letrado Dyrick —dijo Paulet—, quiero hablar un instante con vos.

El juez se puso en pie y todo el mundo en la sala hizo lo propio. Saludó con una reverencia. Dyrick me lanzó una mirada desagradable y se apresuró a salir tras él.



Salimos al vestíbulo. En cuanto se cerró la puerta, Broughton me cogió la mano.

—La luz de la gracia de Dios brilló en la sala de este tribunal —dijo—. Con ese juez tan duro pensé que perderíamos, pero hemos ganado.

—Solo el derecho de investigar —precisé.

—Pero usted descubrirá la verdad, lo sé. La gente que se dedica a comprar tutelas… Hombres sin conciencia que se enorgullecen de acumular riquezas y honores, olvidando que Dios…

—Así es. —Miré la puerta de la sala y me pregunté por qué Paulet habría llamado a Dyrick.

En ese momento se acercó Bess. Estaba pálida.

—¿Puedo sentarme? —pidió.

—Por supuesto.

La hice sentar en un banco.

—Así que Michael ha conseguido lo que quería: una investigación —dijo en voz baja.

—Tenga la certeza de que interrogaré concienzudamente a todos en Hampshire.

Miré a Barak, que estaba apoyado contra la pared, pensativo. A su lado, Feaveryear se apartó un mechón de pelo lacio de la frente. Aún parecía complacido por la perspectiva del viaje.

Bess suspiró.

—Gracias por todo lo que ha hecho, señor.

Me miró y se llevó la mano a la nuca, de donde se quitó algo. Abrió la mano y me enseñó un pequeño crucifijo de oro bellamente labrado. Lo dejó sobre el banco, entre los dos. Miré la figura, tan delicadamente trabajada que hasta tenía una diminuta corona de espinas.

—Se lo encontraron a Michael cuando murió —me explicó la mujer con voz queda—. Era de Emma, se lo había regalado su abuela. La niña lo llevaba en memoria de la anciana. Después de la muerte de Emma y de que despidieran a Michael, mi hijo le pidió a la señora Hobbey algún recuerdo de la muchacha, y ella le dio el crucifijo con gesto impaciente, según me contó. Michael siempre lo llevaba consigo. ¿Podría dárselo al joven Hugh? A Michael le habría gustado que lo tuviera él.

—Por supuesto —dije, y guardé el crucifijo.

—Quiera Dios que pueda usted arrancar a ese pobre muchacho de las garras de esa familia malvada —suspiró Bess—. ¿Sabe una cosa? Pocas semanas antes de morir, mi hijo había vuelto a hacer prácticas de tiro con arco. Pienso que si estuviera vivo, lo habrían llamado para incorporarse a las milicias.

—¿Temía que lo reclutaran?

—No, señor —frunció el entrecejo—, quería participar como todos en repeler a los franceses. Era un buen hombre, honorable.

El reverendo le tocó el brazo.

—Ya me voy, buena señora. ¿Me permite acompañarla a su casa?

Bess se dejó llevar por Broughton. Al llegar al quicio de la puerta, volvió ligeramente la cabeza y nos sonrió a Barak y a mí.



Se abrió la puerta de la sala y Dyrick vino hacia mí a grandes zancadas. Estaba furibundo.

—Pues bien, letrado Shardlake, parece que debemos ir a Hampshire.

—Eso parece.

—¿Está usted en condiciones de hacer un viaje así? —preguntó con un deje de sorna.

—Una vez fui a caballo a York por un caso.

—Esperaba pasar las próximas semanas con mi mujer y mis hijos. Soy padre de dos niñas y un varón y durante la temporada judicial no los veo mucho. Sin embargo,

ahora tendré que decirles que me marcho a Hampshire.

—No estaremos mucho tiempo fuera. Tres o cuatro días para llegar y otros tantos para regresar, y un par de días en medio.

—Para usted es fácil. No tiene familia, ¿verdad? Sé por qué sir William ha tomado esta decisión —repuso sin levantar la voz y con ira en los ojos—. En otras circunstancias habría dado carpetazo a semejante sarta de acusaciones infundadas.

—Quizá porque desea hacer justicia.

—Acaba de decirme que la señora Calfhill fue criada durante muchos años de lady Latimer, como se llamaba entonces.

—Hasta la criada de una reina puede pretender justicia, creo.

—Esto no es justicia, sino acoso, persecución.

—Todo el mundo en Hampshire será escuchado con imparcialidad.

—Sir William me ha dicho que la reina puede presionar para que haya una investigación, pero no puede determinar el resultado. De modo que la ayuda que puede darle acaba aquí.

La voz le chirrió como una lima, pero le sostuve su mirada de enfado.

—Deberíamos organizar los detalles prácticos del viaje —cambié de tema.

—Me gustaría partir lo más pronto posible. Cuanto antes salgamos, antes regresaremos. Tardaremos tres o cuatro días en llegar. Después de las tormentas, los caminos estarán embarrados y habrá soldados y caravanas de pertrechos rumbo al sur.

Le lancé una mirada a Barak.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué tal pasado mañana? —Dyrick pareció sorprendido por mi rápido asentimiento—. Sugiero que vayamos en barco por lo menos hasta Kingston, ya que es la vía más veloz, y allí podríamos alquilar unas caballerías resistentes para ganar tiempo.

—De acuerdo. Mandaré a Feaveryear a alquilar los caballos. —Se volvió hacia su ayudante—. ¿Puedes ocuparte de eso?

—Sí, señor.

—No será fácil encontrar buenos caballos ahora —observé—; seguro que hay mucha demanda.

—Entonces pagaremos más.

Dudé; si no descubríamos nada, Bess tendría que pagar todas las costas o, mejor dicho, la reina. Pero mi caballo, *Génesis*, solo estaba acostumbrado a viajes cortos. Hacía cuatro años había ido con él a York, pero en etapas cortas y, además, por entonces era un animal más joven. De modo que asentí con la cabeza.

—Además de vuestro escribiente, ¿llevaréis criado?

—Es probable —respondí, pensando en el hombre que me había prometido Warner.

—Yo no. Feaveryear puede ocuparse de mí y de mis cosas. Deberíamos viajar lo más ligeros posible para ir deprisa. Mandaré una carta al señor Hobbey con un jinete rápido para que esté prevenido sobre todo este absurdo. Le propongo que nos

reunamos en Kingston el miércoles, a primera hora. Le enviaré un mensaje.

—Veo que estamos de acuerdo en los aspectos prácticos —respondí tratando de aligerar la discusión. A fin de cuentas no me separaría de Dyrick en más de una semana.

—Tenga la certeza de que no encontrará nada —me recordó—. Cuando volvamos a la Audiencia de Tutelas el mes que viene, haré que se arrepienta de esta estupidez. Eso en caso de que no desembarquen los franceses y nos encontremos en medio de un campo de batalla. —Suspiró y volvió a mirarme—. Aún está a tiempo de retirarse. Vaya a ver a su clienta y dígale que acabará en bancarrota. Y si encuentro pruebas de que la reina es quien paga, la señora Calfhill podría acabar en la cárcel.

Le sostuve la mirada. Sabía que era un farol; nunca se atrevería a mezclar a la reina en esto. Me echó una última mirada despiadada y se alejó.

—Andando —le ordenó a Feaveryear.

Barak y yo nos quedamos solos en el vestíbulo.

—Bueno, vamos —dije—. Tenemos cosas que hablar.

Capítulo 11

Me llevé a Barak a una taberna.

—Ha sido una jugada muy hábil incluirme en la comitiva —dijo—. Pero ¿dejará sin efecto las órdenes de Goodryke? —La mano con que sostenía la jarra temblaba ligeramente.

—Es un mandato judicial en el que se ordena que me acompañes. Sir William Paulet tiene más poder que cualquier oficialucho. Vuelve esta tarde a la Audiencia de Tutelas a recoger el mandato firmado y llévaselo directamente a Carver al Guildhall para que se lo enseñe a Goodryke. Y pasado mañana ya no estaremos aquí.

—Goodryke se enterará de lo que ha hecho.

—Pero no podrá hacer nada. Paulet tampoco estará porque ya se habrá marchado a Portsmouth, y a los escribientes de la Audiencia de Tutelas no les interesará hacer nada —sonreí con ironía— porque no hay dinero por medio.

—¿La idea se le ocurrió en la sala del tribunal?

—Sí, y gracias a Dios Dyrick no puso objeciones. —Me quedé serio—. Yo no quería que vinieras, lo sé, pero no hay otra manera de protegerte. Le diré a Warner que ya no necesito escribiente, aunque un mozo robusto como ayudante nos iría bien.

—Tamasin no sabe nada de la agresión, de la advertencia que le hicieron esos aprendices.

—Entonces no se lo digas. Ya no estoy tan preocupado por mi propia seguridad. Dyrick sabe que dispongo de la protección de la reina y se lo dirá a Hobbey cuando le escriba. Si el peligro viene por ahí, no se arriesgarán a tener problemas. No obstante, cada vez estoy menos seguro de que mandaran a esos canallas contra mí. Dyrick es una basura, pero no creo que haga nada que le pueda causar problemas con la abogacía.

—No me gusta nada la pinta que tiene. ¿Qué sabemos de él?

—He preguntado en los juzgados. Ejerce en Londres, su padre era una especie de escribiente. Aprobó los exámenes y decidió especializarse en litigios de tierras y en la Audiencia de Tutelas. Es un personaje extraño: por un lado se muestra duro y agresivo, y por el otro dice que echará de menos a su mujer e hijos.

—Si no fue él, ¿quién le echó entonces esos golfos encima? Y sigo pensando que hay algo sospechoso en el suicidio de Michael.

—No hay ninguna prueba —dije tras pensarlo—. Lo único que tenemos es una habitación vacía.

—Supongo que si esos golfos hubieran querido quitarlo de en medio lo habrían matado o herido de gravedad.

—Así es —lo miré—. Cuando vayamos al sur, no te metas en problemas. Al pueblo donde vivía Ellen puede acompañarme el hombre que me prometió Warner.

—¿Aún quiere investigar eso?

—Por supuesto.

Levantó las cejas y dijo en voz baja:

—Bueno, supongo que Tamasin tiene la última palabra en todo esto. ¿Me acompaña a casa?



A la media hora estábamos en su sala. Tamasin estaba sentada frente a nosotros y por la ventana se veían abejas entre las flores del bonito jardín.

—Tú decides, Tammy —dijo Barak.

—Ay, Jack, ojalá te hubieras comportado civilizadamente con aquel hombre… —Suspiró profundamente.

—No sabes cuánto lo siento. Tammy.

—Con suerte —dije—, estaremos de vuelta en menos de dos semanas. A tiempo para el parto.

—Por lo menos no tendré que aguantarlo dando vueltas como un moscardón a mi alrededor —intentó bromear mirando a su marido, pero se notaba que reprimía las lágrimas.

Yo sabía cuánto temían que la criatura naciera muerta, como la primera, y cuánto se necesitaban el uno al otro, pero no se me ocurría otro plan mejor. Barak cogió la mano de su mujer.

—Será un viaje difícil en estos tiempos —añadió Tamasin.

—Hemos hecho viajes más largos y difíciles —replicó Barak—. A York, por ejemplo, donde te conocí.

—Será mejor que no intentes conocer a nadie en Hampshire —repuso ella en tono burlonamente amenazador, y me di cuenta de que había decidido que mi plan era lo mejor.

—No lo haré.

—¿Y qué pasa si los franceses desembarcan cerca de donde estéis? —me preguntó.

—Hoyland, el lugar al que vamos, queda a unos kilómetros de la costa. Por lo demás, habrá muchos correos reales llevando mensajes entre Londres y las tropas de la costa. Puedo arreglar con mi colega Warner que nos enviemos cartas por esa vía. Vosotros podréis mandaros noticias de esa forma y yo me mantendré en contacto con Warner —sonreí—. No creo que me perjudique recibir un par de cartas con el sello de la Casa de la Reina.

—¿Y qué pasará con vuestra casa? ¿Y con ese cerdo de mayordomo que tiene? —preguntó Tamasin.

—Le pediré a Guy que se haga cargo. No quiero molestarlo, pero no veo otra alternativa. Y quiero que también esté atento a otra persona por mí.

—¿Ellen? —preguntó Barak.

—Sí.

—Esa mujer solo le trae a usted problemas. —No respondí, y ella miró de nuevo a Barak—. Esta es la única forma de evitar que te recluten, ¿no?

—Pues sí. Lo siento.

Tamasin me miró.

—Regresad lo antes posible. —Apretó más la mano de su esposo—. Cuídemelo.

—Y tú cuídame a mi hijo, a mi John —dijo Barak.

—A mi Johanna —sonrió Tamasin con tristeza.



A la mañana siguiente volví al Bedlam. Sabía que Shawms solía tomar un prolongado almuerzo en una taberna cercana, por lo que era poco probable que me lo encontrara. Hob Gebons atendió la puerta y no le gustó verme allí.

—¡Joder! ¡Le dijo que ni se acercara por aquí! Si lo pilla…

—No volverá de la taberna hasta dentro de una hora.

—Pues no puede verla. Shaws ha ordenado mantenerla maniatada hasta la noche, sin visitas.

—Es a usted al que quiero ver, Hob. Vamos, déjeme entrar. No se preocupe, no pretendo sonsacarle ninguna información.

—¡Por qué demonios puso Dios a un jorobado en mi camino! —refunfuñó Hob, pero me dejó entrar y me llevó a una pequeña oficina.

Oí el rumor de voces que llegaba del comedor.

—¿Cómo está?

—Ya come, pero no ha pronunciado palabra desde el domingo.

Hob soltó una risita y yo me mordí el labio. Detestaba la idea de que Ellen se hubiera desquiciado por algo que le había dicho yo.

—Me voy mañana; por unos diez días.

—Qué bien.

—Quiero que se asegure de que Ellen esté bien cuidada, que le dejen hacer sus tareas de siempre. Y si… si pierde otra vez los estribos, no permita que la maltraten.

—Habla usted como si yo mandara en este lugar.

—Usted es el segundo de Shawms, se ocupa de los cuidados cotidianos de los pacientes. Puede mejorar o empeorar su tratamiento. —Cogí la bolsa y saqué un soberano de oro. Gebon le clavó la mirada—. Le daré otro cuando vuelva y vea que la han tratado bien.

—¡Diablos! ¡Está dispuesto a gastar de verdad dinero en ella!

—Arreglaré para que mi amigo el médico la visite mientras yo estoy fuera y me escriba sobre sus progresos.

—¿Ese tipo cetrino que trajo cuando estaba aquí Adam Kite? Los pacientes se

asustaban solo con verlo.

—Asegúrese de que pueda visitarla —agité la moneda frente a él.

Hob asintió.

—¿Adónde va?

—A Hampshire a tomar declaraciones sobre un caso.

—Tenga cuidado de que no lo cojan los franchutes. Aunque mi vida sería más fácil si lo hicieran.

—Quiero ver a Ellen —pedí mientras le daba la moneda—. No voy a hablar con ella, solo quiero ver cómo está.

Hob dudó y accedió de mala gana.

—Tiene suerte de que los chalados estén almorzando en el comedor bajo la vigilancia de Palin. Vamos, rápido.

Me llevó por el pasillo hasta la puerta de Ellen. Levantó la mirilla y la vi: allí estaba, tumbada en la cama, en la misma posición que el domingo, con las manos atadas sobre el regazo, Como si no se hubiera movido desde entonces. Me clavó aquella mirada resentida. Me sentí incómodo, como si la que estuviera allí fuera una persona distinta de la Ellen que yo conocía.



Aquella tarde volví a Hampton Court y subí al despacho de Warner, que me escuchó en silencio mientras le contaba que habían admitido la investigación a trámite. Pareció aliviado cuando le dije que Paulet no toleraría más presiones de la reina.

—¿Lamenta que este asunto siga adelante? —le pregunté.

—A fuer de serle sincero, sí. Aunque también estoy preocupado por usted. Hay novedades. El rey y la reina viajan a Portsmouth la semana próxima, a pasar revista a los buques reales. Va también la mitad del Consejo del Rey. Como se imaginará, hay un gran revuelo en Whitehall para organizarlo todo.

—Si sus majestades van a Portsmouth, las informaciones de los espías deben de ser ciertas y los franceses se dirigirán allí.

—Eso parece. Hay una gran flota reuniéndose en los puertos franceses del Canal. Pero puesto que parte usted mañana, es probable que emprenda el regreso antes de que la comitiva real llegue a Hampshire. Su viejo amigo sir Richard Rich también va. Le han dado la misión de organizar el traslado de los pertrechos para los soldados y la marinería.

—¿Pese a las acusaciones de corrupción contra él del año pasado?

—El rey siempre tiene en alta estima la pericia.

Respiré hondo.

—Bueno, debo marcharme. La suerte está echada. ¿Acompañará usted a la reina al sur? —Warner asintió—. Quería preguntarle si puede disponer que nos lleguen las cartas dirigidas a Barak o a mí a Horndean, cerca de Hoyland, a través de los

mensajeros reales.

—Descuide. Y si desea escribirme, cuando la comitiva real emprenda camino al sur, hágalo a través de los mensajeros.

—Gracias. A propósito, ya no necesito escribiente, pero no nos vendría mal algún escolta fuerte y de confianza.

—Tengo un buen hombre. Se lo mandaré a casa mañana.

—Gracias.

—Buen viaje —se despidió.

—Lo mismo le deseo —dije haciendo una reverencia.



Aquella noche hablé con Guy. Ya le había explicado a grandes rasgos los pormenores del caso Curteys, por lo que sabía que quizá tendría que viajar a Hampshire. No estaba muy seguro de pedirle que se ocupara de Ellen y de Tamasin, pero, para mi alivio, se alegró de volver a tener algunas responsabilidades. Me dijo que tampoco tenía inconveniente en ocuparse de la casa mientras yo estuviera fuera. Empecé a pensar que estaba superando su estado de melancolía. Tuve que hablarle del estallido de Ellen y le advertí que no la presionara sobre su pasado; estuvo de acuerdo en que, por ahora, eso solo la perjudicaría.

Pasé el día siguiente en el bufete poniendo mis papeles en orden y dejando instrucciones para Skelly. Los últimos dos días habían sido preciosos: la borrasca parecía un recuerdo lejano. Ojalá durara el buen tiempo.

Salí del despacho a última hora de la tarde. Mientras cruzaba Gatehouse Court, volví a pensar en Dyrick. No me hacía ninguna gracia viajar con él y aquel hombrecillo extraño que tenía como escribiente. Al menos Barak estaría conmigo. No obstante, no lo involucraría en mi investigación del pasado de Ellen.

Al entrar en la casa, me llevé la desagradable sorpresa de ver a Coldiron agachado y con la oreja pegada a la puerta del salón. Era evidente que estaba espiando una conversación. Se enderezó de golpe.

—Me ha parecido ver excrementos de ratón en el suelo —explicó.

—Yo no veo nada —repuse con frialdad.

—Mi vista con un solo ojo —dijo tocándose el parche— ya no es lo que era, señor —sonrió obsequioso. Desde la carta de Hampton Court sus modales hacia mí se habían tornado temerosamente respetuosos.

—Mañana me voy de viaje por diez días —le comuniqué—, a la costa sur.

Coldiron asintió nervioso, juntó sus manos huesudas e hizo una especie de medio reverencia.

—¿Por cuestiones de la corona, señor? ¿Quizás algo relacionado con la guerra? ¿Para poner a esos franchutes en su sitio?

—Asuntos legales.

—Ah, ojalá yo aún fuera joven para plantarles cara a esos gallitos franceses, como hice en Flodden. Cuando liquidé al rey de Escocia el mismísimo conde de Surrey me alabó…

—Hay cuestiones que atender durante mi ausencia…

—Puede contar conmigo, señor, todo estará en orden. Los tenderos, los muchachos, JoJo…

—Dejo al doctor Malton a cargo de la casa. —Me alegró ver su decepción.

—En mi último trabajo, cuando el amo se marchaba, el mayordomo quedaba a cargo de todo —protestó con tono quejumbroso.

—Cuando hay un caballero como huésped, como el doctor Malton, es normal que esté a cargo de todo. —Coldiron me lanzó una de sus miradas furtivas y malvadas—. Bueno, tengo hambre —comenté sin hacerle caso—. Vaya a ver cómo marcha la cena.

Entré en la sala, curioso por saber qué escuchaba Coldiron. Guy estaba sentado a la mesa con Josephine, que llevaba el brazo descubierto. Tenía una marca roja y ampollada en la mano hasta más arriba de la muñeca. Guy se la untaba con un aceite de lavanda cuyo aroma impregnaba la habitación.

—Josephine se ha quemado la mano —me explicó.

—Lo siento, señor —me miró nerviosa la muchacha—. El bueno del doctor Malton se ofreció a curarme.

—Me parece bien. Esa quemadura tiene mal aspecto.

—Así es —dijo Guy—. No usará la mano por un tiempo y se pondrá aceite cuatro veces por día.

—Harás tareas ligeras hasta que el doctor te indique lo contrario —sonreí.

La chica parecía asustada.

—Pero mi padre…

—Hablaré con él, no te preocupes.

Josephine nos miró a uno y otro y se le humedecieron los ojos.

—Son ustedes muy buenos, los dos.

Se puso de pie y sin querer volcó un tarro de ungüento. Guy lo cogió al vuelo y se lo tendió.

—Aquí tienes, guárdalo bien.

—Ay, gracias, señor, qué tonta soy. Lo siento. —Hizo una reverencia y se marchó con pasitos rápidos.

Guy me miró muy serio.

—Esa quemadura tiene tres o cuatro días. Me dijo que su padre le ordenó seguir trabajando. Debió de dolerle horrores trajinar con esa mano.

—Ese hombre es un bestia. Guy, ¿estás seguro de que quieres quedarte a cargo de él durante mi ausencia?

—No hay problema —sonrió.

—Trátalo como creas conveniente. Buscaré un nuevo mayordomo en cuanto

regrese. Aunque me preocupa Josephine —dudé.

—Es muy dependiente de ese hombre. No creo que sea tan tonta como parece, solo que está acostumbrada a tener miedo.

—Me pregunto si habrá algún modo de separarla de Coldiron —pensé en voz alta.

—Ya tienes bastante responsabilidad con Ellen —señaló—. Matthew, ¿qué le contesto si me dice que está enamorada de ti?

Me ruboricé.

—¿No puedes decirle que no sabes la respuesta?

—Pero la sé.

—Entonces dile que hable conmigo del tema.

Volvió a mirarme con sus penetrantes ojos castaños.

—Y si decide hacerlo, ¿qué harás en ese caso?

—Veamos qué descubro en Sussex.

—Me temo que no será nada bueno.

Me alivió que en ese momento llamaran a la puerta de entrada.

—Perdona —dije.

Un joven mensajero, con la insignia de la reina en el jubón, estaba en el recibidor. Coldiron lo había hecho pasar y miraba fijamente la insignia.

—Mensaje del señor Warner —anunció el joven.

—La cena —le recordé a Coldiron, que volvió a la cocina a regañadientes. El mensajero me tendió la carta y la leí—. ¡Maldición! —murmuré.

Warner me decía que al final no podía mandarme el escolta que me había prometido; como muchos ayudas de cámara robustos de Hampton Court había sido reclutado ese mismo día.

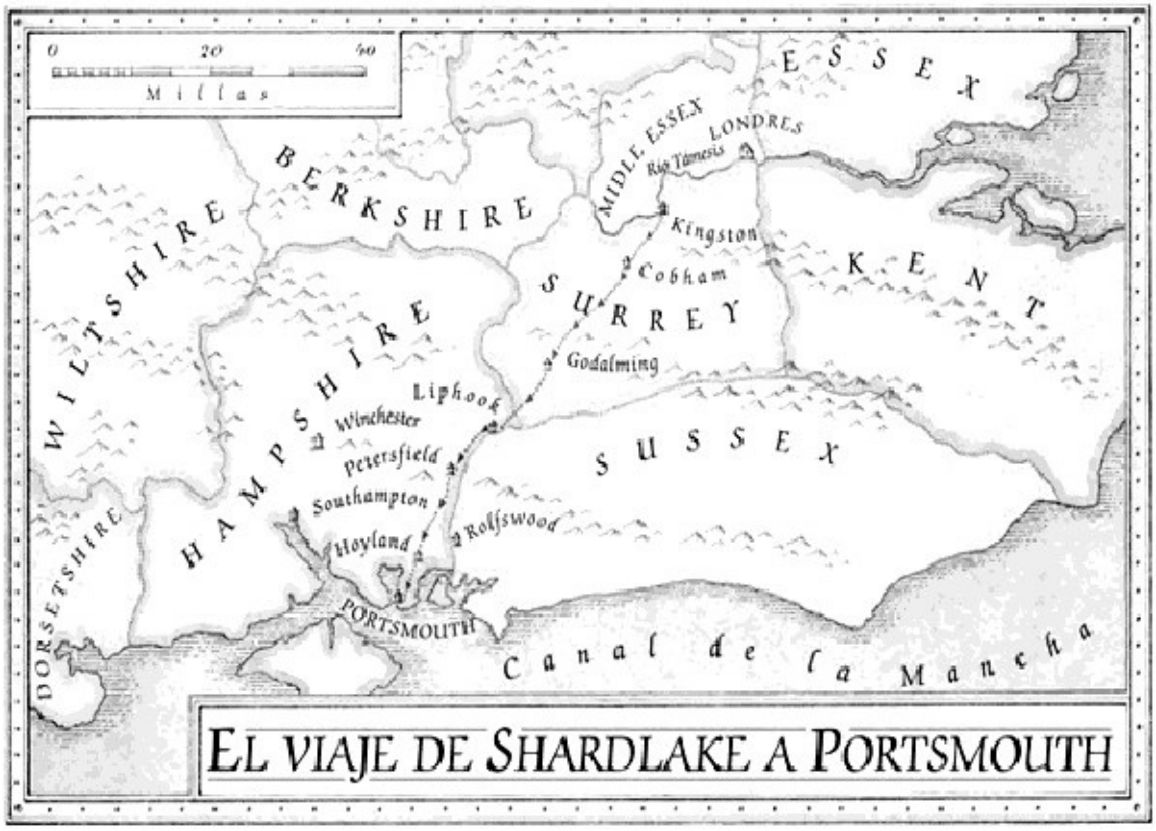
—¿Alguna respuesta, señor? —preguntó el mensajero.

—Ninguna.

No es que Warner me abandonara, pero los que trabajaban para la corte recibían presiones aun más fuertes que los de fuera. Partiríamos por la mañana; era demasiado tarde para encontrar otro escolta. Agradecí no haberle contado a Barak lo que Ellen había farfullado sobre hombres quemados envueltos en llamas. Ahora tendría que ocuparme solo del asunto.

Segunda parte

El viaje



Capítulo 12

El miércoles 1 de julio me levanté poco después del amanecer. Me vestí con una camisa y un jubón ligero, me calcé las botas de montar y bajé en la penumbra. Hasta entonces, siempre que salía de viaje Joan ya estaba trabajando afanosamente para prepararme todo lo necesario, por muy intempestiva que fuera la hora.

Al pie de la escalera esperaban Coldiron y Josephine con mis alforjas en el suelo. Como no podía cargar todo el peso yo solo, había ordenado al mayordomo que me acompañara a pie hasta el embarcadero del río, donde me reuniría con Barak.

Josephine hizo una reverencia y Coldiron saludó:

—Buenos días, señor. Parece buen día para viajar.

Su mirada delataba un ansia de curiosidad; creía que me iba a cumplir un encargo de su majestad.

—Buenos días. También para ti, Josephine. ¿Qué haces levantada tan pronto?

—Puede cargar una de las alforjas —repuso Coldiron.

La muchacha sonrió nerviosa y me mostró una bolsita de lino.

—Aquí tiene pan y queso, señor —explicó—, además de unas lonchas de jamón. Y un pastel dulce que he comprado en el mercado.

—Gracias, Josephine —respondí, ante lo cual se sonrojó e hizo otra reverencia.

Fuera hacía ya calor y el cielo estaba despejado. Emprendí la marcha por una desierta Chancery Lane con mis sirvientes detrás. Fleet Street estaba en silencio, todos los edificios tenían las contraventanas cerradas y unos pocos mendigos dormían en los portales de las tiendas. De repente se me aceleró el corazón al ver a cuatro aprendices con togas azules apoyados contra el muro del Temple Bar. Se separaron de la pared y se acercaron a paso lento y desganado. Todos llevaban espada.

—Guardia especial —anunció uno al aproximarse. Era un jovencito flaco y granujiento de no más de dieciocho años—. Ha salido usted temprano, caballero. Falta una hora para que acabe el toque de queda.

—Soy abogado y me dirijo al embarcadero de Temple Stairs —contesté secamente—. Estos son mis criados.

—Mi amo va a cumplir un encargo importante —espetó Coldiron—. Deberíais estar en el ejército, bribonzuelos, no armando follón por aquí.

—¿Qué le ha pasado en el ojo, anciano? —preguntó el aprendiz con una mueca.

—Lo perdí en la batalla de Flodden, zagal.

—Vamos —ordené, y cruzamos la calle.

—¡Tullidos! —gritó uno de los muchachos a nuestra espalda.

Llegamos a Middle Temple Lane. Una neblina fluvial fina y helada nos rodeó al cruzar Temple Gardens. Barak esperaba en el embarcadero con las alforjas a los pies. Había dado con un barquero madrugador cuya embarcación estaba amarrada al

muelle; el farol encendido producía un halo amarillo en la neblina.

—¿Todo listo? —preguntó Barak—. Este hombre nos llevará hasta Kingston.

—Muy bien. ¿Cómo está Tamasin?

—Anoche hubo lágrimas. He salido en silencio sin despertarla.

Me volví hacia Coldiron.

—Meta esas alforjas en la barca. Las de Barak también. —Mientras el hombre bajaba los escalones, me dirigí en voz baja a Josephine—: El doctor Malton estará al mando en mi ausencia. Será tu aliado.

No me quedó claro si entendía que le decía que podía recurrir a Guy para defenderse de su padre; se limitó a asentir con un gesto inexpresivo, como era habitual.

Reapareció entonces el mayordomo jadeando exageradamente. Barak bajó hasta la barca.

—Adiós, Coldiron —me despedí—. Asegúrese de hacer todo lo que pida el doctor Malton.

Volvió a clavar en mí su único ojo con aquel brillo desagradable. Al bajar los resbaladizos escalones pensé que le habría gustado arrojarme al agua, por mucho que creyera que yo me dirigía a cumplir un encargo de su majestad.



En el río, la niebla era espesa. El silencio solo era roto por el rumor de los remos. Una bandada de cisnes pasó de largo y enseguida se desvaneció. El barquero era viejo, de cara arrugada y gesto cansado. Nos adelantó una gran barcaza con una docena de hombres a los remos. Transportaba a unos cincuenta muchachos ataviados con guerreras blancas y la cruz roja de Inglaterra en el pecho. Iban sumidos en un silencio poco natural, con el rostro inmóvil y pálido entre la niebla. De no haber sido por el chapoteo de los remos, habría podido ser un barco de fantasmas.

Con la salida del sol la neblina perdió espesura y agradecimos el consiguiente aumento de la temperatura. A medida que nos aproximábamos a Kingston empezó a haber tráfico por el río. Atracamos en el viejo muelle de piedra. Contemplé el amplio bosque de Hampton Court Park, al otro lado del río. La reina estaría ya preparándolo todo para el viaje.

Recorrimos una calle corta hasta el mercado. Dyrick me había hecho llegar el mensaje de que me reuniera con él y Feaveryear en una posada llamada La Cabeza del Druida. Barak, que se había echado dos alforjas al hombro, estaba silencioso y pensativo. Lo miré con gesto inquisitivo.

—Gracias por sacarme de ese embrollo —dijo en voz baja—. Esa barcaza cargada de soldados me ha hecho pensar que yo mismo habría podido ir a bordo por culpa de mi insensatez.

—Bueno, ahora estás a salvo.

Entramos en el patio de la posada. Había un gran establo con las puertas abiertas y varios caballos dentro. Al lado vi una fragua donde un herrero sudoroso batía herraduras sobre un yunque, junto a un horno refulgente. La sala de la posada estaba desierta, salvo dos individuos que desayunaban sentados a una mesa: Dyrick y Feaveryear, que habían dejado los gorros y dos juegos de espuelas sobre el banco de al lado. Nos acercamos y saludamos con una reverencia. Feaveryear hizo ademán de levantarse, pero Dyrick se limitó a inclinar la cabeza.

—Bueno, por fin están aquí —gruñó—. Ya deberíamos habernos puesto en marcha.

—Hemos salido de Londres al alba —repuse con sarcasmo.

—Yo me vine anoche para reunirme con Feaveryear y echar un vistazo a los caballos. Un hombre de mi posición requiere un caballo como Dios manda.

—Contamos con cuatro buenas monturas y una quinta para las alforjas —informó Feaveryear con petulancia.

El pelo grasiento le caía sobre la frente como de costumbre. Parecía cansado, pero Dyrick mostraba el aire enérgico de siempre. Se limpió la boca con una servilleta y se puso en pie con brío.

—Vámonos. Tenemos que llegar esta noche a Cobham, que queda a unos quince kilómetros, y he oído que el camino de Portsmouth está repleto de tropas y convoyes de pertrechos. Coge las alforjas, Sam.

Dyrick se encasquetó el gorro y abrió camino hacia el establo. Barak se sonrió y meneó la cabeza, lo que le valió una mirada de reproche de Feaveryear.

Entramos en el edificio contiguo y Dyrick hizo un gesto al mozo de cuadra.

—Los retrasados ya han llegado —anunció—. ¿Los caballos están ensillados y preparados?

—Sí, señor. Ahora mismo los sacamos al patio.

Salimos y el mozo y un muchacho nos llevaron cinco caballos. Todos eran grandes, de aspecto fuerte y pelaje pardo moteado de gris.

—Muy bien —felicité a Feaveryear.

—Mi amo dijo que no había que reparar en gastos. Cuentan cinco libras por el viaje de ida y vuelta.

—¡Dios santo! —masculló Barak.

—Hay escasez de caballos últimamente —explicó el mozo de cuadra.

—Le sugiero que pague a este individuo, letrado Shardlake —intervino Dyrick—. Ya se lo reclamará a su clienta cuando pierda. O a la encargada de asumir los gastos de su clienta.

—Pagaré la mitad. Es lo que corresponde y espera el tribunal. Cada uno ha de pagarse lo suyo hasta que se conozca el fallo.

Dyrick suspiró, pero sacó su bolsa.

—¿Podremos llegar cerca de Portsmouth en cuatro días? —pregunté al mozo.

—No lo creo, caballero —respondió—. Yo calcularía seis o siete. Los caminos

están muy transitados.

—Ya lo ve, señor Shardlake —comentó Dyrick—. Tal como me lo imaginaba.

Montamos, Dyrick y yo delante, y Barak y Feaveryear detrás, y el caballo de las alforjas quedó bien atado al de Feaveryear con una cuerda. Al salir a la calle, un jinete entraba a galope en el patio de la posada; los flancos de su montura estaban cubiertos de sudor. Portaba el distintivo de la Casa del Rey. Un heraldo, encargado de supervisar la ruta del monarca antes de un viaje real.



Abandonamos Kingston y nos adentramos en la campiña de Surrey. Había huertos y trigales a ambos lados del camino para satisfacer las necesidades de Londres, y tras ellos se veía el bosque vallado de Hampton Court. En aquella época del año la gente habría estado recogiendo el heno y los trigales amarillearían, pero tras las tormentas el trigo estaba medio aplastado y todavía verde; los campesinos estarían rezando para que mejorase el tiempo. Cuanto más alto estaba el sol, más calor hacía; por suerte llevaba el amplio gorro de montar. Avanzábamos a mejor ritmo de lo que Dyrick esperaba; el ancho camino estaba reblandecido y lleno de surcos producidos por los carros cargados, pero los peores tramos se habían reparado apisonando la tierra, rellenando los baches con piedras y colocando capas de cañizo sobre los trechos fangosos. Nuestros caballos eran fuertes y tranquilos.

—Quizá lleguemos hoy a Cobham —comenté a Dyrick.

—Ojalá.

—¿Qué ruta vamos a tomar? Nunca he estado en Hampshire.

—Cobham esta noche y Godalming mañana si tenemos suerte. Cruzaremos la frontera de Hampshire al día siguiente y pasaremos por Petersfield y Horndean.

—Recuerdo haber leído que Hoyland está a unos doce kilómetros al norte de Portsmouth.

—Sí, en la periferia del viejo bosque de Bere.

—Me imagino que habrá visitado al señor Hobbey otras veces —comenté, mirándolo.

—Sí, aunque suele venir a verme él cuando acude a Londres por trabajo.

—¿Sigue dedicándose al comercio de telas?

Dyrick clavó los ojos en mí.

—Ya no.

—Mencionó usted en la Audiencia que últimamente había vendido madera de las tierras del señor Curteys.

—¿Empezamos ya a poner en duda la integridad de mi cliente, letrado Shardlake? —replicó con su habitual aspereza.

—La administración de las propiedades de Hugh Curteys me concierne.

—Como dije en la Audiencia, se tala cierta cantidad de madera. Sería una

insensatez no aprovechar el mercado en estos momentos. Y el albacea lo tiene todo justificado adecuadamente.

—Pero no se me permite ver sus cuentas.

—Dado que eso pondría en duda la integridad de sir Quintin Priddis, así como la de mi pobre cliente. —De nuevo aquel trasfondo de ira—. Tendrá usted oportunidad de hablar con sir Quintin, cosa que debería bastar a cualquier hombre razonable.

Seguimos cabalgando en silencio, hasta que propuse con afabilidad:

—Letrado, vamos a pasar juntos toda una semana o quizá más. Me permito sugerir que todo sería más fácil si mantuviésemos cierta cortesía. Es práctica habitual entre abogados.

Inclinó la cabeza y recapacitó.

—Bueno, es cierto que este viaje me resulta un fastidio. Tenía previsto ayudar a mi hijo a mejorar el tiro con arco. A pesar de todo, la visita podría resultar productiva. Junto con las tierras que compró a la abadía, el señor Hobbey obtuvo los derechos señoriales de Hoyland, la aldea cercana.

—Lo sé.

—Hemos mantenido correspondencia para tratar sus planes de adquirir los ejidos del pueblo, una extensión de bosque. Los aldeanos recibirán una compensación —añadió.

—Sin las tierras comunales pocos pueblos pueden sobrevivir.

—Eso ha defendido usted contra mí en la Audiencia. Ahora le pido que me dé su palabra de que no piensa involucrarse en la defensa de los habitantes de Hoyland. —Se sonrió—. ¿Qué me dice? ¿En nombre del compañerismo?

—No tiene derecho a pedirme eso —repliqué mirándolo.

—Abogado, si pretende buscar clientes entre esos aldeanos, no esperará mantener una buena relación con el señor Hobbey, ¿verdad? —repuso encogiéndose de hombros.

—No pretendo buscar nada, pero me niego a contraer un compromiso con usted a cambio de su cortesía. O me la ofrece como colega de profesión, o no me la ofrece.

Dyrick apartó la cara con una sonrisa sarcástica y yo me volví hacia Barak, que trataba de mantener una conversación con Feaveryear. Este había dicho «el Anticristo papista» con severidad. Barak hizo un gesto de resignación y negó con la cabeza.

Seguimos avanzando a buen ritmo y en una ocasión hicimos un alto junto a un arroyo para que bebieran los caballos. Ya empezaba a notar los muslos agarrotados. Dyrick y Feaveryear se apartaron unos pasos para cuchichear.

—Este viaje será muy poco grato —comenté a Barak.

—Ya. He oído su conversación con el señor Dyrick.

—Empiezo a pensar que sería capaz de buscar pelea hasta con los pájaros de los árboles si no hubiera ninguna persona presente. ¿Qué he oído que decía Feaveryear acerca del Anticristo?

Barak se rio y preguntó:

—¿Recuerda que hace un rato pasamos delante de unos individuos que desenterraban una cruz del borde del camino?

—Sí, ya quedan pocas.

—Pues comenté que era un trabajo duro para un día de calor, solo para entablar conversación. Feaveryear respondió que las cruces eran ídolos papistas y luego empezó con lo de que el Papa es el Anticristo.

—Un protestante vehemente —refunfuñé—. Lo que nos faltaba.



A pocos kilómetros de Esher el avance se enlenteció. Nos quedamos al final de una larga caravana de carros retenidos mientras más adelante hacían reparaciones en el camino. Hombres y mujeres con blusones grises, probablemente gente del pueblo, apisonaban un tramo bajo lleno de hendiduras profundas y fangosas. Tuvimos que esperar más de una hora para poder continuar, mientras la fila de carros se hacía cada vez más larga y Dyrick echaba pestes por el retraso. El tráfico se había intensificado y durante el resto de la mañana avanzamos lentamente entre carretas y jinetes.

Finalmente llegamos a la aldea de Esher, donde nos detuvimos en una posada a almorzar. Dyrick seguía de mal humor y le soltaba un gruñido a Feaveryear cada vez que este derramaba potaje en la mesa, ante lo que el escribiente se ruborizaba y se disculpaba. Me llamó la atención lo mucho que aguantaba a su señor.



Por la tarde, el viaje siguió siendo lento y pesado. Cada vez había más carros en dirección sur, algunos cargados con toneles de comida y cerveza, otros con material de carpintería, telas y armas, y uno con miles de flechas metidas en aljabas de paño. En una ocasión tuvimos que hacernos a un lado para permitir que nos adelantara uno enorme repleto de toneles amarrados con cuerdas, cada uno de ellos con una cruz blanca pintada en el lateral. Pólvora, supuse. Más adelante tuvimos que dejar paso a un escuadrón de soldados extranjeros, hombres corpulentos con uniformes de vivos colores, con mangas y calzas acuchilladas de color amarillo y forro rojo debajo. Marchaban con aire confiado, hablando en alemán.

A media tarde el cielo se oscureció y cayó una lluvia que nos dejó empapados y embarró el camino. El terreno también iba elevándose a medida que abandonábamos el valle del Támesis y ascendíamos hacia las Downs de Surrey. Cuando llegamos a Cobham, un pueblo con una larga y tortuosa calle mayor a orillas de un río, estaba agotado, me dolían las piernas y las posaderas y el caballo tenía los flancos cubiertos de sudor. Barak y Dyrick también parecían cansados, mientras que la enjuta silueta de Feaveryear iba desplomada sobre la perilla de su montura.

Había mucho ajetreo y carros aparcados por todas partes a la vera del camino, muchos de ellos vigilados por muchachos del pueblo. Al otro lado de la calzada, en un gran prado, los hombres se apresuraban a levantar tiendas de campaña cónicas de color blanco en una explanada. Eran todos jóvenes, fornidos, más altos que la media y de anchas espaldas, y llevaban el pelo corto. Vestían jubones, en su mayoría de lana y de los tonos marrones o claros de las clases más pobres, aunque algunos eran de piel. Había seis grandes carromatos colocados en un extremo del campo. Mientras algunos hombres llevaban una docena de buenos caballos hacia el río, otros encendían fuegos para cocinar y cavaban letrinas. Un individuo mayor, de barba blanca, con un buen jubón y espada al cinto, recorría lentamente el perímetro del grupo a lomos de un corcel.

—Parece una compañía de soldados —observé. Habría unos cien hombres en total.

—¿Dónde están las guerreras blancas? —preguntó Dyrick.

Por lo general los soldados reclutados recibían guerreras blancas con una cruz roja, como las que habíamos visto en aquella barcaza.

Al echar un vistazo al campo vi a un hombre corpulento de rostro rubicundo, de unos cuarenta años, que llevaba espada para identificarse como oficial y corría hacia donde dos jóvenes descargaban tiendas plegadas de un carro. Uno de ellos, alto y delgado, había soltado un extremo, que había caído en una boñiga.

—¡Pygeon, imbécil de mierda! —bramó el oficial con una voz que se oyó en toda la explanada—. ¡Qué patoso eres, gilipollas!

—Sí, son soldados, sin duda —corroboró Barak a mis espaldas.

—Van al sur, como todos.

—Por todos los cielos —espetó Dyrick volviéndose hacia mí con repentina ira—, ha elegido un buen momento para endilgarme este viajecito. ¿Y si el ejército francés acaba interponiéndose entre mis hijos y yo?

—Menudo patriotismo —musitó Barak detrás de mí.

Dyrick giró el cuerpo sobre la silla.

—¡Vigile esa lengua, escribiente!

Barak le sostuvo la mirada con serenidad.

—Vamos —intervine—. Tenemos que encontrar un lugar para pernoctar.

Sentí un gran alivio cuando el mozo de cuadra de la posada más grande dijo que había disponibles tres habitaciones pequeñas. Desmontamos y entramos con el cuerpo entumecido; Barak y Feaveryear cargaban las alforjas. Daba la impresión de que Feaveryear iba a desplomarse por el peso de las tres que llevaba, de modo que Barak se ofreció a llevar una.

—Gracias —respondió el otro—. Estoy agotado.

Fue la primera palabra cordial que oímos de sus labios o de los de Dyrick.

Subí la escalera hasta un cuartucho situado bajo el tejado. Me quité las botas con alivio y en una jofaina de agua fría me lavé la capa de polvo adherida a la cara. Luego volví abajo, ya que tenía un hambre canina. La sala era grande y estaba repleta de carreteros que bebían cerveza y engullían un potaje humeante sentados a largas mesas. La mayoría debía de haber pasado todo el día de viaje y apestaba. La estancia estaba en penumbra, puesto que ya se acercaba el anochecer, y se habían colocado velas en las mesas. Vi a Barak sentado en una mesita de un rincón y con una jarra de cerveza en la mano, y fui a reunirme con él.

—¿Qué tal su habitación? —preguntó.

—Pequeña. Con un jergón de paja.

—Al menos no tiene que compartirla con Feaveryear. Nada más cerrar la puerta se quitó las botas para dejar a la vista unas canillas de las que una gallina se habría avergonzado. A continuación se arrodilló junto a la cama y levantó el trasero. Me dio un buen susto, la verdad, hasta que vi que se ponía a rezar y pedirle a Dios que nos guardara durante el viaje. —Soltó un resoplido—. Si no hubiera sido insolente con ese cabrón de Goodryke, esta noche pernoctaría con Tamasin y no con este mequetrefe.

—Estaremos más cómodos cuando lleguemos al priorato de Hoyland —comenté. Barak bebió un largo trago de cerveza—. Poco a poco —le advertí.

Al ver a los soldados había recordado el destino del que había escapado por los pelos.

—A la salud de la buena compañía de que vamos a disfrutar —brindó con sarcasmo.

Entonces bajaron Dyrick y Feaveryear.

—¿Podemos sentarnos con ustedes, letrado Shardlake? —preguntó el primero—. El resto de los presentes parece bastante tosco.

Pedimos comida y nos sirvieron el potaje, que era lo único que había en la posada. Consistía en sospechosos pedazos de cartílago flotando en un caldo grasiento. Cenamos en silencio. Entró un grupo de muchachas con vestidos escotados. Los carreteros empezaron a berrear y dar golpes en las mesas, y las recién llegadas no tardaron en sentarse en su regazo. Barak observaba la escena con interés, Dyrick con cínico regocijo y Feaveryear con desaprobación.

—¿No te gusta el espectáculo, Sam? —le preguntó su patrón, burlón.

—No, señor. Creo que voy a subir a acostarme. Estoy cansado.

Dio las buenas noches y se alejó. Me percaté de que miraba a las muchachas por el rabillo del ojo. Dyrick se echó a reír.

—Sam no puede evitar anhelar un par de tetas, a pesar de toda su devoción —observó, y añadió con brusquedad—: Aunque no le faltan aplicación y perspicacia para contribuir a demostrar que el caso de usted contra los Hobbey es sencillamente un disparate.

Eché un vistazo a la estancia, decidido a no dejarme llevar por sus pullas. Uno de

los carreteros tenía la cara hundida entre los pechos de una muchacha. Me fijé en un oficial de guerrera blanca y espada al cinto. Estaba encorvado sobre unos papeles en la esquina de una mesa, al parecer ajeno al griterío del entorno. Lo observé bien porque me pareció reconocer aquella mata de rizos rubios y las facciones delicadas que había debajo. Di un codazo a Barak.

—Ese oficial de ahí. ¿Lo reconoces?

Barak escudriñó la figura.

—¿Es el sargento Leacon? No estoy seguro. Pero si lo dieron de baja del ejército…

—Es cierto. Acompáñame, vamos a ver. Excúsenos, letrado, creo que he reconocido a un antiguo cliente.

—¿Algún individuo para el que consiguió tierras de su arrendador?

—Exactamente.

Barak y yo nos abrimos paso entre las mesas. El oficial levantó la vista cuando nos acercamos y comprobé que se trataba en efecto de George Leacon, el joven sargento de Kent que habíamos conocido hacía cuatro años en York. Entonces había cometido una injusticia con el muchacho, pero luego lo había remediado al arrebatar la granja de sus padres a un arrendador que se aprovechaba de ellos. En aquel momento tenía veintitantos años, pero ahora las arrugas en torno a los ojos y la boca le hacían aparentar diez más. Sus ojos azules también parecían más saltones, con una mirada extraña.

—¿George? —pregunté en voz baja.

Se le relajó la expresión para dar paso a la ancha sonrisa que recordaba.

—El señor Shardlake. Y también Jack Barak. —Se puso en pie e inclinó la cabeza —. ¿Qué hacen aquí? Virgen santa, si debe de hacer tres años que no los veo.

—Vamos a Hampshire para investigar un caso. ¿Ha vuelto a filas?

—Sí. Me reclutaron el año pasado para ir a Francia. Necesitaban hombres con experiencia militar. Y ahora aún más, con la amenaza de invasión. Llevo a un centenar de arqueros de Middlesex a Portsmouth. Seguramente los habrán visto en la pradera.

—Sí, estaban montando el campamento. ¿Quién era ese individuo mayor y bien vestido que se paseaba en un corcel?

—Sir Franklin Giffard, capitán de la compañía —contestó Leacon con una mueca —. Uno de los hombres más importantes del norte de Middlesex. Combatió en Francia durante la primera guerra del rey hace treinta años. Por desgracia se ha quedado… —Titubeó—. Es un poco viejo para el mando.

—Desde luego joven no es.

—Les hace falta un caballero con empaque para tener a la tropa intimidada, y a mí me han reclutado para seleccionar cien buenos arqueros y ser su segundo al mando. Ahora soy subcapitán; me ascendieron el año pasado en el campo de batalla, a las afueras de Boulogne.

—Enhorabuena.

Asintió, pero su rostro se ensombreció por un instante. Luego preguntó:

—¿Y usted cómo está?

—El derecho me mantiene ocupado.

—Me alegro de volver a verlo.

—¿Te acuerdas de Tamasin Reedbourne? —quiso saber Barak.

—Por supuesto.

—Nos hemos casado —anunció con orgullo—. Y vamos a tener un hijo el mes que viene.

Leacon le estrechó la mano con afecto.

—Entonces eres tú el que se merece una enhorabuena.

—¿Cómo están sus padres? —pregunté.

—Bien los dos, señor. Siguen en la granja que les pertenece gracias a usted, pero van haciéndose mayores y ahora el trabajo les resulta penoso. Yo debería sustituirlos, pero… —Hizo otra mueca—. En este momento es más fácil entrar en el ejército de su majestad que salir de él.

—Muy cierto —confirmó Barak con emoción.

Leacon señaló los papeles que tenía ante sí.

—Las cuentas de mis proveedores, para el rancho de los hombres. En teoría hay que liquidarlas en cada población y llevo dinero para hacer los pagos, pero con estas dichosas monedas de nuevo cuño los comerciantes cobran más.

Apartó las hojas con un gesto de impaciencia.

—¿Cuántos hombres van a Portsmouth? —preguntó Barak—. Las carreteras están a rebosar.

—Hay seis mil ya allí o en camino, y muchos más milicianos locales por toda la costa meridional preparados para acudir si los franceses nos invaden.

—Santo cielo.

—Además, se han congregado casi todos los buques de la Armada Real, unos cincuenta o sesenta, por lo que también hay varios miles de marineros. Tengo que presentar a mis hombres en Portsmouth dentro de cuatro días, aunque deban recorrer camino en el día del Señor.

—Y el rey en persona va a acudir a pasar revista.

—Se dice que la flota francesa triplica la nuestra —continuó Leacon, con seriedad — y que transporta treinta mil soldados. Las cosas pueden ponerse feas. Mi compañía puede tener que embarcarse para luchar si las dos flotas se enfrentan cara a cara. —Sacudió la cabeza—. Yo navegué el año pasado en un buque de guerra, pero la mayoría de mis hombres no ha visto una extensión de agua mayor que el estanque de su pueblo. Sin embargo, debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para repeler la invasión, no nos queda elección. —Una nota de cansancio y casi de desesperación se había adueñado de su voz. Nos miró como si fuera a añadir algo y finalmente cambió de tema—. ¿Viajan ustedes dos solos?

—Ojalá —repuso Barak.

—No; viajamos con otro abogado y su escribiente. No son los mejores acompañantes del mundo. —Me volví para mirar a Dyrick, pero había desaparecido —. Mi colega quiere llegar dentro de cuatro o cinco días, pero no parece que vayamos a conseguirlo. Hoy nos hemos pasado una eternidad retenidos detrás de los carros.

—A lo mejor puedo echarles una mano —comentó Leacon.

—¿Y eso?

—He recibido órdenes de llevar a mis hombres a Portsmouth antes del día cinco. La marcha es ardua y tengo derecho a ordenar a los carros que se aparten, a gobernar los caminos. Si sus acompañantes y ustedes desean cabalgar delante de nuestra caravana de pertrechos, podrían avanzar más rápido.

—Se lo agradeceríamos mucho —dije.

—Les advierto que salimos mañana a las cinco.

Barak y yo nos miramos. Asintió con entusiasmo. Cuanto antes llegáramos a Hoyland, antes regresaríamos a casa.

—Estaremos preparados —repuse—. Gracias.

—Encantado de poder devolverle el favor que hizo a mi familia. —Leacon miró sus documentos con recelo—. Pero ahora, si me perdonan, tengo que cuadrar estas cuentas y luego irme al campamento.

—¿No se aloja en la posada?

—No. Duermo con los hombres.

—Entonces lo dejamos. Buenas noches.

Nos dirigimos a la puerta. Uno de los carreteros había echado a una muchacha al suelo y los demás lo animaban con gritos.

—Voy a pasar por el cuarto de Dyrick para darle la noticia —dije.

—Puede que el muy cabrón demuestre un poco de gratitud.

—Lo dudo. Jack, ¿qué le ha pasado a George Leacon?

—No lo sé —contestó sacudiendo la cabeza—. Algo malo, eso se nota.

Me volví de nuevo. La cabeza rubia del joven seguía inclinada sobre los papeles y pasaba un dedo por una columna de cifras. La otra mano, apoyada en la mesa, temblaba ligeramente.

Capítulo 13

El agarrotamiento me provocaba un agudo dolor en la espalda y las piernas cuando llegué a mi habitación. Había pasado por la de Dyrick de camino; me lo había encontrado sentado en la cama, estudiando los papeles del caso. Me miró con cara de pocos amigos, pero cuando le conté la oferta de Leacon se apresuró a aceptar.

—Bueno, su antiguo cliente ha resultado útil —replicó, y me lo tomé como lo más parecido a un agradecimiento que cabía esperar.

Tardé un buen rato en conciliar el sueño, ya que la prolongada jarana de la planta baja y el dolor de las extremidades me mantuvieron despierto, e incluso tras hacerse el silencio seguí dando vueltas. Cuando por fin me quedé dormido tuve un sueño espantoso: me ahogaba bajo el agua por culpa de unas manos que me asían la garganta y me mantenían sumergido. Las aferré pero parecían de acero. Miré a quien me agarraba y me topé con el rostro severo y los ojos fríos de sir William Paulet.

Me desperté sobresaltado y con el corazón palpitando de terror. Tenía pesadillas así con frecuencia; hacía dos años había estado a punto de ahogarme en una alcantarilla inmunda en compañía de un asesino, y en una ocasión anterior había ahogado con mis propias manos a un individuo que trataba de matarme. Me levanté y abrí las contraventanas de par en par. El sol ya lucía en el horizonte; por las largas sombras deduje que serían casi las cinco.

Fuera los soldados cargaban las tiendas de campaña y el resto del material en los carros bajo la supervisión del oficial rubicundo, al que se oía vociferar a sus hombres. Los grandes caballos estaban ya enganchados y comían heno. Un poco más allá, unos veinte hombres practicaban el tiro con arco apuntando a un jubón clavado a un roble situado en el extremo más alejado del campo. Las flechas surcaban el aire y los hombres vitoreaban cuando alguien alcanzaba el blanco, cosa que sucedía en la mayoría de los casos, porque todos eran buenos arqueros. Leacon estaba a su lado, observándolos. Me vestí apresuradamente y bajé a la sala, desierta en aquel momento salvo por Barak, que desayunaba a solas. La crucé presuroso.

—Menos mal que sigues aquí.

—Los soldados aún están cargando. He escrito una carta para Tammy; el posadero se la dará al primer correo que pase en dirección norte.

Desayuné con prisas y salimos. Vi que unos cuantos soldados llevaban en efecto guerreras blancas, incluido el individuo rubicundo que supervisaba la carga de los carros y otro que estaba poniéndose un tambor en bandolera con una correa. De una correa que llevaba al hombro colgaba una trompeta. Nos acercamos a Dyrick y Feaveryear, que hablaban con el individuo de barba blanca que había visto la tarde anterior.

—Ah, letrado Shardlake, por fin se ha levantado —me recriminó Dyrick—.

Espero que partamos pronto. Esos carreteros estarán durmiendo la mona con las putas y aquí el capitán Giffard quiere salir antes que ellos. —Y añadió con tono admonitorio—: Hoy tenemos veinte kilómetros hasta Godalming.

Su acompañante se volvió hacia mí. Llevaba un gorro con plumas de pavo real y un jubón de cuello alto con botones decorados con pan de oro. Tenía el rostro redondo, manchas en las mejillas y ojos azules y lacrimosos. Incliné la cabeza y respondió con un asentimiento altivo.

—¿Es usted el otro abogado al que mi subcapitán ha invitado a viajar con nosotros? Soy sir Franklin Giffard, capitán de esta compañía.

—Matthew Shardlake. Espero que no le moleste que los acompañemos, capitán.

—No, no. Leacon sabe lo que hace.

Miró a lo lejos a los arqueros.

—Esos hombres son buenos tiradores —comenté.

—Es cierto, aunque la forma caballerosa de luchar en una guerra es el combate cuerpo a cuerpo. Claro que los arqueros nos dieron la victoria en Agincourt. La posada no es gran cosa, ¿verdad? —añadió—. Cuánto ruido, con esos carreteros. Hay que ponerse en marcha. Haga el favor de ir a decírselo a Leacon.

Vacilé, porque se había dirigido a mí como si fuera uno de sus soldados, pero de todos modos respondí:

—Como prefiera.

Me dirigí al campo y pasé junto a los carros. En el más cercano vi un montón de yelmos redondos y gruesas guerreras que desprendían olor a humedad.

Al aproximarme a Leacon comprobé que estaba mucho más delgado y que su cuerpo fornido se había vuelto nervudo. Me quedé a su lado observando a los arqueros. Un apuesto muchacho de pelo negro que no parecía haber cumplido los veinte años dio un paso adelante arco en mano. Era bajo, pero recio y musculoso, ancho de hombros como casi todos aquellos soldados. También al igual que la mayoría, portaba un arco de guerra de casi dos metros con remates de cuerno ornamentados.

—¡Venga, Llewellyn! —gritó uno de los hombres—. ¡Demuestra que los de sangre galesa sabéis hacer otra cosa que follar ovejas!

El muchacho sonrió de oreja a oreja y exclamó:

—¡Que te den por culo, Carswell!

Tenía unas cuantas flechas clavadas en la hierba y arrancó una.

—Llewellyn, apártate un poco —ordenó Leacon inclinándose hacia delante—. Trata de dar en el blanco desde un ángulo de sesenta grados, como probamos hace dos días.

—Sí, mi subcapitán.

El muchacho se alejó unos pasos y se colocó en diagonal con respecto al árbol. En cuestión de segundos tensó el bordón, disparó y clavó la flecha en el centro mismo del jubón. Los soldados aplaudieron.

—Sigue. Que sean seis —lo animó Leacon.

A una velocidad impresionante, el soldado lanzó cinco flechas más y alcanzó el jubón con todas. Se volvió e hizo una reverencia a la concurrencia, que le demostró su admiración. Una dentadura blanca iluminó su rostro tostado por el sol.

—¡Así vamos a clavarlas en las panzas de los jodidos franchutes! —gritó alguien, y se oyeron más vítores.

—¿Qué le parecen mis condenados arqueros? —me preguntó Leacon, y sonrió al ver mi gesto de sorpresa—. Lo de «condenados» se lo han puesto los propios arqueros ingleses.

—Jamás había visto tal destreza. George, el capitán Giffard quiere que emprendamos el camino. Lo siento, debería haberlo dicho de inmediato, pero la demostración me ha dejado fascinado.

—¡Se acabó, muchachos! ¡En marcha! —ordenó tras volverse hacia ellos.

Se oyó un murmullo de descontento mientras los hombres empezaban a desencordar los arcos. Acompañé a Leacon de regreso al camino.

—¿Sus hombres son todos del mismo distrito? —pregunté.

—No; proceden del noroeste de Middlesex. Tienen orígenes muy distintos. Hay desde hijos de pequeños propietarios rurales hasta hijos de artesanos y jornaleros pobres. A menudo se acusa a los comisionados de reclutar a la escoria de los pueblos, pero a mí me ordenaron reunir una compañía de arqueros fuertes y con experiencia, lo que llamamos «arqueros principales», y eso es lo que he hecho. Claro que aún ha habido poco tiempo para adiestrarlos como grupo, porque la mayor parte de la jornada se dedica a la marcha.

—Ese que acaba de tirar ha estado formidable, pero parece joven para el servicio.

—Tom Llewellyn no ha cumplido los diecinueve años, pero fue el mejor arquero que vi durante el reclutamiento. Era aprendiz de herrero, hijo de un galés.

—¿Se han dejado movilizar de buen grado?

—Algunos sí; otros no tanto. Sufrimos algunas deserciones en Londres y nos faltan cuatro hombres. Además, el capellán de la compañía enfermó y no hemos tenido tiempo de conseguir un sustituto.

—¿No habéis podido encontrar un sacerdote en Londres? —pregunté entre risas —. ¡Eso sí me resulta sorprendente!

—Bueno, ninguno quiso alistarse.

Incliné la cabeza en dirección al oficial que supervisaba la carga de los carros, que ya casi estaba terminada. Seguía dando vueltas, gritando y chasqueando los dedos.

—Es un individuo colérico.

—Sí, Snodin, nuestro instructor. Es un aguerrido veterano y mantiene a los hombres a raya.

—Ah —repuse pensando en Goodryke.

—Lo que sucede es que bebe y se pone hecho un basilisco. Espero que no sufra

un ataque antes de que lleguemos a Portsmouth. Es el único oficial que llevamos, aparte de los cabos de las veintenas.

—¿Quiénes son?

—Las compañías se agrupan en cinco secciones de veinte hombres, cada una con un cabo al mando nombrado por mí.

—Me ha sorprendido no ver más soldados de uniforme.

—Las existencias de guerreras blancas del arsenal de su majestad se han agotado —refunfuñó— y no ha habido tiempo de hacer más. Incluso las armaduras que llevamos son un batiburrillo de restos. Juraría que hay remanentes de las guerras entre York y Lancaster, o incluso de Agincourt.

—He visto unas guerreras enguatadas que no olían nada bien en uno de los carros.

—Sí, esas pellizas protegen de las flechas. Pero muchas llevan años encerradas en sacristías y los ratones les han hincado el diente. Voy haciendo que los hombres las remienden cuando tienen tiempo.

Me quedé mirando a los que terminaban de cargar y cambié de tema.

—George, tengo entendido que pasaremos cerca de la frontera de Sussex.

—Sí, entre Liphook y Petersfield. Con suerte llegaremos pasado mañana.

—Hay un pueblecito en el lado de Sussex, Rolfswood. Tengo que atender un asunto allí.

—Solo conozco las paradas que tenemos por el camino —dijo Leacon y, añadió con una sonrisa—: Soy de Kent; cuanto menos sabemos de Sussex más felices somos. Mejor será que pregunte cuando nos encontremos por allí.

Habíamos alcanzado ya a los demás.

—Tenemos que irnos, Leacon —recordó sir Franklin.

—Ya casi estamos listos, mi capitán.

—Muy bien. Habría que ir por los caballos. Y quiero hablar con usted sobre los botones de los hombres.

—Creía que ya lo habíamos aclarado, mi capitán —repuso Leacon con cierta irritación.

Su superior frunció el ceño.

—Lo hablamos, subcapitán, pero no lo aclaramos. ¿Acaso cree usted que no tengo buena memoria?

—No, mi capitán, pero…

—Acompáñeme.

Sir Franklin dio media vuelta y regresó a la posada, seguido de Leacon, cuyas zancadas con la espalda erguida contrastaban con los andares del otro oficial, que avanzaba despacio con porte marcial.

—¿Botones? —dijo Dyrick—. ¿Y eso a qué viene? Viejo chocho…

Nos volvimos al oír gritos. Los carros estaban cargados y los reclutas se colocaban, junto a los largos cuchillos que llevaban, los grandes morrales que contenían sus posesiones. Dos soldados habían iniciado una disputa junto a los

carros. El individuo alto y delgado que había soltado la tienda de campaña en una boñiga la tarde anterior y un joven corpulento de pelo rubio se daban puñetazos mientras algunos de sus compañeros se reunían alrededor con entusiasmo.

—Venga, Pygeon. ¡No dejes que se vaya de rositas!

—¿Ahora qué le has dicho, Sulyard?

Los dos soldados se separaron respirando entrecortadamente y se acecharon sin dejar de mirarse.

—¡Vamos, Pygeon, bicho sarnoso! —gritó el rubio—. ¡No pierdas el equilibrio! Que no te dé el viento en esos orejones que tienes o saldrás volando como un pájaro.

Más risas. Pygeon era una de esas personas poco afortunadas con grandes orejas de soplillo. Tenía la cara estrecha y la barbilla huidiza. No parecía haber cumplido los veinte años, mientras que su contrincante lo superaba en unos cuantos y hacía gala de un rostro feo y anguloso, ojos perversos y penetrantes y el gesto mordaz de un bravucón nato. Me alegré cuando Pygeon lo pilló desprevenido y le dio una buena patada en la espinilla que lo hizo soltar un alarido y tambalearse.

El corrillo de espectadores se apartó cuando el rubicundo instructor Snodin se abrió paso con cara de rabia, se acercó a Pygeon y le dio una buena colleja.

—¿Qué coño pasa aquí? —gritó—. Pygeon, siempre que hay jaleo estás por en medio. ¡Inútil de mierda!

—Sulyard no me deja en paz —replicó Pygeon también a gritos—. Insultos, insultos a todas horas. En nuestro pueblo tenía que aguantarlo, pero ya no.

Algunos espectadores murmuraron su aprobación y otros se echaron a reír, lo que enfureció aún más al instructor. La cara se le puso prácticamente morada.

—¡Cierra el pico! Ahora sois soldados de su majestad, ¡olvidaos de esas roñosas rencillas de pueblo! —ladró. Y fulminó con la mirada a los hombres—. Esta mañana vais a andar con pelliza y yelmo. Y la sección de Pygeon llevará puesta la brigantina. Podéis echarle la culpa a él. —Los soldados se pusieron a rezongar y Snodin clamó —: ¡Silencio! ¡Hay que ir acostumbrándose, porque las llevaréis cuando nos las veamos con los franceses! Que los diez hombres de delante las descarguen.

Estos se separaron del grupo y fueron a descargar de un carro los ajustados cascos de acero, junto con las pellizas y unos jubones forrados con láminas de metal que tintineaban como calderilla: eran las brigantinas, que según había oído podían detener una flecha. Sulyard se había puesto en pie y, a pesar de que mostraba una leve cojera, miró a Pygeon con una mueca victoriosa.

—¿Los hombres tienen que andar con eso puesto? —pregunté a Barak.

—Eso parece. En fin, suerte que no me ha tocado a mí.

—Como bien ha dicho el instructor —intervino Dyrick—, puede que tengan que ponérselas para combatir. Miren, ahí llegan Leacon y el capitán. Vamos, hay que ponerse en marcha.

Leacon y sir Franklin, ya a caballo, se acercaron a Snodin. Los tres hablaron en voz baja. Parecía que Leacon no estaba de acuerdo con el instructor, pero sir Franklin

replicó:

—¡Qué tontería! Así aprenderán.

Dio por zanjado el asunto y dirigió su montura hacia el camino.

Los soldados se pusieron las pellizas, excepto un grupo de veinte situado en la retaguardia, entre los que se encontraban Sulyard y Pygeon, así como el joven arquero Llewellyn; se colocaron las brigantinas. Muchas estaban raídas, como las pellizas, y en algunas las láminas metálicas quedaban al descubierto. La sección gruñó mientras se las ponía, aunque Sulyard, que lucía una de un rojo intenso que parecía nueva y en la que los tachones de latón que sostenían las láminas centelleaban, parecía orgulloso de lo que me imaginé que sería una posesión personal. Los demás refunfuñaban; el cabo, un joven robusto de mirada entusiasta y rostro afable y expresivo, les dio ánimos:

—Venga, muchachos, que no hay otro remedio. Hay que aguantar hasta la hora de comer.

A una orden de Snodin los soldados formaron en filas de a cinco. Sir Franklin, Leacon y el tambor se situaron delante. Este empezó a marcar un ritmo constante y los hombres salieron del campo con paso militar. Volví a fijarme en los jóvenes, casi todos menores de treinta años y algunos incluso de veinte. Llevaban calzado de piel, en algunos casos viejo y maltrecho. Snodin se situó en la retaguardia, en una posición que le permitía vigilar a toda la compañía. Los cuatro civiles montamos y nos colocamos tras él; desde allí le veía la calva de la coronilla y también vislumbraba su nariz hinchada de venas azuladas cuando volvía la cabeza. A nuestra espalda los carros ocuparon su lugar entre crujidos. Cuando iniciamos la marcha lentamente por la desierta calle mayor de Cobham, un anciano se asomó a la ventana del piso superior de una casa y vociferó:

—¡Que Dios os acompañe, soldados! ¡Viva el rey Harry!



Empecé a coger cariño a mi caballo, que se llamaba *Tres Patas* por tener una de color blanco. Era tranquilo, avanzaba con paso firme y constante y aquella mañana me había parecido que se alegraba de verme. La compañía salió del pueblo siguiendo el ritmo del tambor y con el ruido de las pisadas que marcaban el paso militar acompañado por el estrépito de los carros a nuestra espalda, a lo que se sumaban el eco de los cascos de nuestros caballos y, un poco antes, un extraño repiqueteo como de monedas producido por las brigantinas. Uno de los soldados se puso a cantar y los demás se animaron también a entonar el estribillo de una versión obscena de una tonada tradicional en la que cada verso resultaba más imaginativo que el anterior.

Al cabo de un rato Leacon indicó al tambor que se detuviera. Ascendíamos ya por la sierra de las Downs de Surrey y el camino estaba compuesto en su mayor parte por terreno calizo bien drenado. Los soldados levantaban mucho polvo y al poco tiempo

los que íbamos detrás estábamos grises de pies a cabeza. El paisaje cambió y vimos más campos labrados con el sistema tradicional, largas franjas de distintos cultivos. El trigo y los guisantes parecían más crecidos, menos malogrados; las tormentas no debían de haber llegado tan al sur. Los campesinos interrumpían su labor para mirarnos, pero sin excesivo interés. No debíamos de ser los primeros soldados que pasaban por allí.

El canto se apagó al cabo de un par de kilómetros. El ritmo decayó y el tambor volvió a marcar el paso. Decidí intentar otra conversación con Dyrick. A pesar de que llevaba sombrero de ala ancha, su rostro delgado y anguloso empezaba a quemarse como le sucedía a la gente rubicunda.

—Pobres desdichados —comenté, señalando con un gesto a los hombres de las brigantinas—. Mire cómo sudan.

—Cuando lleguemos a Portsmouth puede que tengan que hacer algo más que sudar —repuso gravemente.

—Sí. Ojalá el rey no hubiera iniciado esta guerra.

—Puede que haya llegado el momento de ajustar cuentas con los franceses de una vez por todas. Lo que lamento es que me haya enredado usted en esta historia.

—Vamos, letrado —respondí con una risita—, tiene que haber algún tema en el que podamos ponernos de acuerdo.

Me miró con hostilidad y contestó:

—No se me ocurre.

Me rendí. Aunque suponía una falta de cortesía, me quedé rezagado para charlar con Barak. Feaveryear me miró con desaprobación.



Avanzamos a buen ritmo; al oír un toque de la corneta del tambor, varios carros, y en una ocasión una cuadrilla de peones que reparaban la calzada, se apartaron para dejarnos pasar. Transcurridas dos horas nos detuvimos junto a un puente para que los caballos bebieran en el arroyo. Mientras conducíamos a los animales hasta el agua los soldados rompieron filas y se sentaron a desayunar en medio del camino o en la cuneta; sacaron pan y queso de los grandes morrales que portaban. Los que llevaban las pellizas y brigantinas parecían agotados.

—Yo no habría soportado esta marcha como ellos —dijo Barak—. Hace cinco años, quizás. Al cabrón de Goodryke le daba igual si estaba en condiciones de ser buen soldado o no. Lo único que quería era darme un castigo ejemplar.

—Sí, es verdad.

—Ese Snodin es otro de la misma calaña. Se nota que la tiene tomada con el orejudo.

—Es cierto. —Miré atrás, camino arriba—. ¿Qué es eso?

En la distancia se veía una nube de polvo. Se acercaban jinetes a toda prisa.

Snodin ordenó a los reclutas instalados en la calzada que se apartaran. Era media docena de hombres, todos con libreas reales, que se dirigían al sur. A la cabeza iba un hombrecillo con una toga gris y el caballo cubierto por una tela verdiblanca: los colores del rey. La partida redujo la marcha para cruzar el puente y reconocí el pálido semblante de sir Richard Rich.

Capítulo 14

A medida que avanzaba la mañana me sentía cada vez más cansado. Para los soldados era aún más agotador y los que llevaban zapatos viejos empezaban a renquear. Delante de nosotros habían aparecido ya manchas oscuras de sudor en todas las brigantinas que perfilaban los cuadrados de metal cosidos a la tela. Los hombres ralentizaron la marcha y sonó el tambor para hacerlos recuperar el ritmo. Algunos ya empezaban a quejarse cuando por fin sonó la corneta para dar el alto a las afueras de un pueblo, junto a una gran charca rodeada de sauces. Se nos acercaron dos mujeres mayores con delantales blancos y Leacon habló con ellas, inclinando el cuerpo sin desmontar. Luego consultó brevemente al capitán antes de anunciar a los soldados:

—¡Vamos a parar aquí para comer! Podéis comprar jamón y tocino a los aldeanos. ¡Tesorero, saque dinero! ¡Y ya podéis quitaros las pellizas y las brigantinas!

—¿Podemos comprar mujeres, además de comida, mi subcapitán? —preguntó el joven cabo de la última sección. Los soldados soltaron carcajadas y Leacon se sonrió.

—¡Ah, Stephen Carswell, contigo nunca falta una ocurrencia!

—¡Los de Hillingdon están más hechos a los burros que a las mujeres! —gritó el bravucón Sulyard, y soltó una risotada, dejando al descubierto una dentadura a la que faltaban la mitad de las piezas.

Los hombres rompieron filas y se sentaron otra vez junto al camino, salvo unos cuantos que fueron a los carros para descargar galleta, queso y un tonel de cerveza. La buena organización de la compañía era admirable. Leacon y el capitán dirigieron sus caballos hacia el agua y los abogados los seguimos.

Mientras los animales bebían, Dyrick fue a sentarse a la sombra de un sauce, seguido por Feaveryear. Barak y yo nos acercamos a Leacon, que estaba observando a sus reclutas. Algunos se alejaban hacia el pueblo.

—Estar al mando de un centenar de hombres supone mucho trabajo —comenté.

—Sí. Tenemos alguno que se queja, uno o dos rebeldes. Ese de ahí, Carswell, es el bufón. Es buen muchacho; creo que seguirá haciendo bromas cuando se dirijan a la batalla.

—El del pelo rubio pajizo parece un mal elemento. Es el que ha provocado el altercado con el otro esta mañana.

—Sí —respondió Leacon con un suspiro—. Sí, Sulyard es un alborotador, pero Snodin desprecia al pobre Pygeon por lo torpe que es. A veces los oficiales subalternos la toman con alguno de los hombres sin mucho motivo.

—En eso tienes razón —convino Barak con profunda emoción.

—A mí me ha parecido injusto —aseguré.

Leacon me miró con impaciencia.

—Estamos en el ejército, señor Shardlake, no en un tribunal de justicia. El trabajo

de Snodin es mantener la disciplina y puede que tenga que hacerlo en plena batalla, así que no discuto sus decisiones. Por muy severo que sea, lo necesito. Y sir Franklin es… Bueno, ya lo han visto.

—¿A qué venía esa historia de los botones de antes?

—Algunos soldados llevan botones en las camisas y otros se las atan con agujetas. Sir Franklin considera que solo debería permitirse a los caballeros llevar botones. Digamos que se trata de una especie de obsesión.

—¿Los botones? —repitió Barak, incrédulo.

—Sí. Y tampoco es que vaya completamente desencaminado: a los hombres les gusta mantener todas las distinciones sociales que tenían antes. En parte, ese es el problema entre Sulyard y Pygeon. Son del mismo pueblo. Pygeon es hijo de un jornalero, y Sulyard, de un pequeño propietario rural. Aunque tiene un hermano mayor.

—Es decir, que su herencia consistirá en cuatro migajas.

—Tenía ganas de entrar en la compañía y es buen arquero.

—Ojalá no hubiera sido necesario reclutar este ejército —comenté.

Leacon echó un vistazo al pueblo y luego al largo campo cultivado que cubría la ladera, donde los campesinos se esforzaban en desherbar sus terruños.

—Tenemos que proteger a esta gente, señor Shardlake —afirmó con repentina vehemencia—. Por eso se reclutó a este ejército. Y ahora excusadme, debo ir a ver adónde ha ido el capitán.

Y se alejó resueltamente.

—Creo que lo he ofendido —comenté a Barak.

—Ha de saber lo que opina la gente de la guerra.

—Pero en el fondo tiene razón en que hay que defenderlos. Y los encargados de hacerlo son sus hombres y él.

—Vamos al pueblo. No le haría ascos a un buen trozo de tocino.



El pueblo estaba formado por una mezcla desorganizada de casas de distintos tamaños construidas sin ningún criterio urbano y separadas por senderos zigzagueantes. Delante de la panadería, una construcción baja y cuadrada, había una mesa repleta de tocino y gruesas lonchas de jamón, y tras ella vimos a las mujeres que se nos habían acercado antes. Varios soldados discutían con ellas y un vociferante Sulyard se encontraba en el centro de la disputa. Más aldeanos salían de sus casas.

Una de las ancianas agitaba una moneda ante Sulyard con el mismo aire de furia y agravio que había visto en Cheapside diez días antes.

—¡Esto no es una moneda como Dios manda! —exclamó—. ¡No es de plata! Qué vergüenza que los soldados del rey traten de estafarnos.

—Es una moneda nueva. ¡Mire que es usted imbécil, burra de pueblo! —replicó

Sulyard—. ¡Es un testón! ¡Un chelín!

Un anciano alto se colocó ante él con cara de pocos amigos.

—¡No insulte a mi mujer, pedazo de bruto!

Le dio un leve empujón y otro soldado se interpuso y se lo devolvió.

—¡No empuje a Sulyard! ¡Será un bruto, pero un bruto de los nuestros!

El cabo Carswell levantó las manos y pidió calma:

—Muchachos, no busquéis trifulca o acabaremos marchando con las pellizas todo el día.

—¡Estos patanes no conocen las monedas! —dijo Sulyard con una risita socarrona.

Los aldeanos congregados, cada vez más numerosos, murmuraban amenazadoramente. Varios niños descalzos contemplaban la escena alborotados.

—¡No pierdan la calma! Lo que dice nuestro bruto es cierto: se trata de las nuevas monedas del reino —aclaró Carswell, lo que provocó una mirada de antipatía de Sulyard.

—¡Pues que paguen con las viejas! —gritó un mozalbete.

El arquero Llewellyn dio un paso al frente y explicó:

—No nos quedan. Haga el favor, buena mujer. Hace tres días que comemos poco más que pan con queso.

La anciana se cruzó de brazos.

—Eso es problema suyo, jovencito.

—¡Habría que mandar a esa vieja contra los malditos franceses! —gritó Sulyard —. Seguro que nada más verla huirían por piernas.

Un par de aldeanos, hombres mayores, se adelantaron. Carswell miró alrededor a la desesperada y al verme me señaló y dijo:

—Miren, nos acompaña un caballero, un abogado, que confirmará lo que decimos.

La gente del pueblo me miró con hostilidad. Tras un titubeo intervine:

—Se trata en efecto de monedas de nuevo cuño.

—¡Se ve que ahora los soldados llevan abogados jorobados para estafar a la gente!

No había forma de apaciguar a la anciana. Los aldeanos la respaldaron con sus gruñidos.

—Miren, las monedas llevan la efigie del rey —insistí, acercándome.

—No son de plata —me chilló la anciana a un palmo de distancia—, que yo sé muy bien qué pinta y qué tacto tiene la plata.

—Está mezclada con cobre. En Londres valen ocho peniques de los antiguos.

—¡Nueve! —gritó un soldado, por si lo creían.

—Ocho —repetí con firmeza.

—Pues me da igual —replicó la anciana sacudiendo la cabeza—. ¡Yo no quiero esa porquería!

—Vamos, Margaret —intervino uno de los ancianos—. Hemos matado el cerdo de Martin para obtener esta carne. Tenemos que venderla.

Saqué la bolsa y propuse:

—Pago yo con el dinero antiguo. Luego ya me lo devolverán los soldados, ocho peniques por cada chelín nuevo.

Se oyó un murmullo de asentimiento entre los aldeanos. Aún recelosa, la anciana contestó:

—Puede quedárselo todo por cuatro chelines de plata de verdad. Tendrían que ser cinco por los insultos que hemos aguantado, pero lo dejamos en cuatro.

No era un buen trato, pero asentí. La tensión, que se había palpado en el aire recalentado del mediodía, se disipó cuando le entregué una docena de monedas de plata de cuatro peniques que examinó con atención antes de asentir con un gesto y señalar la carne. Los soldados cogieron sus raciones y los pobladores regresaron a sus casas, mirándonos con hostilidad al volver la cabeza.

Carswell reunió el dinero de los reclutas y se me acercó.

—Gracias, abogado, en nombre de los compañeros. Aquí tiene su dinero. Si nos hubiéramos metido en una disputa los oficiales se habrían cabreado. —Vaciló y añadió—: Nos haría un favor si no se lo comentara al capitán Leacon.

—Sí —corroboró Tom Llewellyn—. Sabemos que es amigo suyo.

—Las noticias vuelan —repliqué con una sonrisa.

Sulyard se aproximó pavoneándose y nos miró con cara de pocos amigos. Llevaba botones de perla en el justillo y recordé lo que había dicho Leacon sobre las diferencias entre la vestimenta de los soldados.

—Mira que eres tonto y ruin, Carswell. Has estropeado la riña que estaba montándose, que prometía.

—¿Con viejos y niños? —dijo Carswell.

Sulyard empezó a recibir miradas hostiles de algunos de sus compañeros. Dio media vuelta y se alejó con aire altivo.

—Me disculpo en su nombre —me dijo Carswell—. Vamos, galés, que hay que volver.

Miré a Llewellyn y pregunté:

—No eres galés, ¿verdad? No tienes acento.

—No, sir, pero mi padre sí, y me ha enseñado a tirar con arco de guerra —añadió con orgullo, aunque se le ensombreció el gesto—. Claro que también me gusta trabajar en la fragua.

—Y tu novia —terció Carswell, dándole un codazo—. Va a casarse por Navidad.

—Enhorabuena.

—Pero ¿dónde estaremos por Navidad? —se lamentó Llewellyn.

—Vamos a vencer a esos franchutes —replicó Carswell—. Cuando llegue la Noche de Reyes estarás bien feliz en la cama con tu Tessy. Si es que tenéis camas en Yiewsley; he oído que aún dormís con las vacas.

—No, esos son los de Harefield, como Sulyard. —Llewellyn se volvió hacia mí —. Somos cuatro de mi pueblo. —Meneó la cabeza con aire triste—. Al irnos, las muchachas nos colocaron guirnaldas de flores y todo el mundo nos vitoreó mientras un músico nos acompañaba por el camino tocando el laúd. Muy distinto del recibimiento que hemos tenido aquí.

—Venga, vamos a llevar este tocino al campamento antes de que me ponga a babear —pidió Carswell.

Se alejaron y Barak señaló:

—Nos hemos congraciado con los soldados.

—Sabe Dios que nos hacen falta amigos en este viaje.

—El que ha pasado a caballo era Richard Rich, ¿verdad?

—Sí. Debe de dirigirse a Portsmouth. Cuando antes lleguemos al priorato de Hoyland y volvamos, mejor.



Después de comer la compañía descansó una hora para evitar el momento más caluroso del día. Luego los soldados recibieron la orden de formar de nuevo.

Reanudamos la marcha a buen ritmo. Al llegar a Guildford, muy avanzada la tarde, algunos reclutas iban encorvados de puro agotamiento. Cruzamos el pueblo sin detenernos, flanqueados por algunos chiquillos que nos alentaban, aunque la mayoría de los habitantes apenas nos miró; debían de haber pasado muchas compañías por allí durante las últimas semanas.

No mucho después ascendimos por una ladera de arenisca y luego bajamos hasta el valle de un río. Serían las seis y el sol empezaba a ponerse. Vimos Godalming por fin, rodeado de colinas y dominado por la alta aguja de una gran iglesia. Ante la verja de un campo había un hombre que nos miraba con expectación. A un gesto de Leacon, los soldados rompieron filas y se dejaron caer exhaustos junto al camino. El subcapitán acercó su caballo a nosotros.

—Voy a dejar a Snodin al mando —anunció—. Este es el prado que se les ha designado para acampar esta noche. Yo voy al pueblo con el tesorero a comprar raciones y a ver si encuentro zapatos nuevos. Algunos reclutas renquean mucho.

—Muy bien.

—Seguramente tendré que pagar una fortuna. Cómo se aprovechan los comerciantes de esta guerra. Luego volveré para quedarme con los hombres, pero usted y sus amigos podrían acompañarme y buscar una posada. Mañana podemos recogerlos en la calle mayor cuando partamos a las seis; tenemos que mantener el ritmo.

—Estaremos listos —respondió Dyrick, aunque lo vi tan cansando y tan cubierto de polvo como yo.



Entramos en Godalming. Leacon y su tesorero fueron en busca del alcalde y nosotros buscamos una posada. Casi todas estaban atestadas, pero al final encontramos sitio. Barak y Feaveryear tendrían que compartir cuarto una vez más. Subí al mío, me quité las botas y me eché sobre el colchón, que en esta ocasión era de plumas. Casi me había dormido cuando llamaron a la puerta y entró Barak.

—Acompáñeme al centro —suplicó—. Vamos a buscar otro sitio para cenar. No soporto la idea de pasar toda la noche con Feaveryear.

Me puse en pie no sin esfuerzo e hice una mueca por el dolor de la espalda y los muslos.

—Ni yo con Dyrick.

Encontramos otra posada con mejor comida que la de la noche anterior. Disfrutamos de una cena cordial sin Dyrick ni Feaveryear, pero cuando volvimos a la calle sentí el impulso de estar a solas un rato; llevaba dos días acompañado en todo momento.

—Me parece que iré a echar un vistazo a la iglesia —señalé.

—¿A rezar un poquito?

—Las iglesias son un buen lugar para la contemplación.

—Pues entonces yo vuelvo para acurrucarme junto a Feaveryear —contestó con un suspiro.

Eché a andar calle mayor arriba y llegué a la iglesia. El recinto en silencio me recordó los días de la infancia, ya que era un templo todo lo tradicional que permitía la ley. El último sol del atardecer se colaba por la vidriera de vivos colores del lado occidental, tiñendo el interior de un tenue rojo. En una capilla lateral, un sacerdote oficiaba un servicio de difuntos pagado por algún deudo.

Caminé despacio por la nave y de repente vi en otra capilla lateral, arrodillada ante el pasamanos del altar, una figura que vestía una polvorienta guerrera blanca. George Leacon. Debió de oír que mis pisadas se detenían, porque se volvió. Parecía absolutamente exhausto.

—Perdona —me disculpé en voz baja—. He entrado a ver la iglesia.

—Trataba de comunicarme con el Señor —repuso con una sonrisa triste.

—Recuerdo que en York dedicaba muchos esfuerzos a leer la Biblia.

—Todavía conservo la misma. —Me miró con un gesto de angustia—. Últimamente me sorprende comprobar que la Biblia está llena de guerras. El Antiguo Testamento, al menos. El Apocalipsis.

Me senté en los escalones del pasamanos. Tras la larga jornada sobre la silla de montar no me veía capaz de arrodillarme.

—Es verdad.

—Lo que necesito es alejarme de las imágenes bélicas. —De repente su voz se encendió—. Leo el Nuevo Testamento y rezo para que dejen de acudir imágenes de

guerra a mi cabeza, pero no hay forma.

Me asombré de nuevo por la forma en que el rostro alegre y juvenil que recordaba se había vuelto enjuto y severo.

—Me dijo que el año pasado fue a Francia —apunté con delicadeza.

—Sí. —Se volvió para quedar sentado a mi lado—. Esos reclutas no tienen ni idea de lo que es una batalla. Cuando nos conocimos hace cuatro años, señor Shardlake, mi experiencia militar no había sido difícil. Servicio de guarnición en la frontera septentrional o en Calais, o guardias en los palacios del rey. Nada de guerra, solo escaramuzas con los escoceses. Es verdad que vi cadáveres de asaltantes de la frontera a los que traían para exhibir sus cabezas en el castillo de Berwick, pero nunca maté a nadie. Y luego, como recordará, me expulsaron.

—Injustamente.

—Así que volví a la granja de mis padres, que usted salvó en los tribunales.

—Tenía una deuda con usted.

—Vivía bien, aunque había que esforzarse. Pero mis padres iban envejeciendo, podían hacer menos trabajo y hubo que contratar jornaleros. Luego, la primavera pasada, se presentó mi antiguo capitán. Dijo que el rey iba a invadir Francia y que necesitaban a todos los soldados que pudieran reunir. La paga era buena y acepté. —Clavó los ojos en mí—. No tenía ni idea de lo que me encontraría. ¿No le parece estúpido e infantil, viniendo de alguien que había sido soldado profesional?

—¿Qué sucedió?

Leacon prosiguió con una especie de fervor sosegado:

—Primero navegamos hasta Escocia con la flota de lord Hertford. ¿Sabía usted que el rey le ordenó hacer una guerra que no perdonara ni a mujeres ni a niños? Lord Hertford se resistió, pero el rey insistió. Desembarcamos en un sitio llamado Leith, lo saqueamos, redujimos a cenizas hasta la última casa y mandamos a las mujeres y los niños corriendo al campo. Mi compañía se quedó allí, así que en aquel momento no vi más asaltos, pero el resto del ejército siguió hasta Edimburgo e hizo lo mismo, lo arrasó todo. Los hombres volvieron con un botín enorme, cosas de valor robadas de las casas. Los barcos iban tan cargados que se temió que algunos se hundieran. El pillaje forma parte de la guerra: si no tienen la esperanza de sacar tajada, es difícil que los soldados se presten a invadir un país enemigo.

—Y ahora los escoceses amenazan con invadirnos, con los hombres que les han enviado los franceses.

—Sí. El rey Francisco quiere dar una lección de humildad a Inglaterra de una vez. —Se pasó una mano por sus rizos—. Fuimos directos de Escocia a Francia. En julio, ahora hace un año. Yo iba al mando de media compañía de arqueros. Murieron todos.

—¿Todos?

—Del primero al último. Desembarcamos en Calais y nos dirigimos a Boulogne. El campo ya había sido devastado por incursiones de nuestros hombres. Como en Escocia, los cultivos estaban pisoteados, y los pueblos, incendiados. Recuerdo a la

gente de pie junto al camino; ancianos, mujeres y niños harapientos a los que habían destrozado o arrebatado todas sus posesiones. Estaban muertos de hambre bajo la lluvia, porque el año pasado no hubo en Francia otra cosa que lluvia y vientos fríos. Recuerdo lo pálidos que estaban. —Su voz se quedó casi en un suspiro—. Había una mujer que sostenía una criatura de meses con un brazo esquelético y extendía el otro para pedir limosna. Al pasar me percaté de que el niño estaba muerto; tenía los ojos abiertos y vidriosos. La madre aún no se había dado cuenta. —Me miró fijamente—. No nos dejaban detenernos. Los hombres estaban afectados, pero tenía que animarlos, mantenerlos en marcha. No hay más remedio. —Suspiró—. Y los franceses harán lo mismo si desembarcan, para vengarse. Sus capitanes gritarán «arrasen» y entonces les tocará a ellos llevarse un botín de nuestras casas.

—Y todo porque el rey ansiaba gloria —comenté con amargura.

Un espasmo de repugnancia cruzó el semblante de Leacon.

—Pasamos por delante de Enrique al llegar a las afueras de Boulogne. Estaba en su campamento, con todas sus magníficas tiendas en lo alto de una colina. Lo vi. Una figura gigantesca con una armadura que lo cubría de la cabeza a los pies, sentada en el más grande caballo que he visto en la vida, contemplando la batalla. Bien lejos del alcance de los cañones franceses que desde la ciudad bombardeaban a nuestros hombres, por supuesto. —Tragó saliva y prosiguió—: Nuestra compañía marchó ladera arriba bajo el fuego francés… Boulogne está en una colina, ¿sabe? Lo único que podíamos hacer era guarecernos tras terraplenes embarrados y devolver los disparos con nuestro cañón para ir avanzando palmo a palmo. La ciudad quedó reducida a escombros. —Me miró y añadió—: Usted no sabe lo que es matar a un hombre.

—Una vez maté a uno —repuse tras una vacilación—. Obligado; si no, habría acabado él conmigo. Lo ahogué reteniéndolo bajo el agua de una charca fangosa. Recuerdo los ruidos que hizo. Más tarde yo también estuve a punto de ahogarme, en una cloaca inundada. Desde entonces la idea de ahogarme me aterra, aunque en cierto modo me parece que así se haría justicia.

—Me temo que la justicia no existe —musitó Leacon—. No tiene lugar en este mundo. Ruego a Dios que aparte de mí esos recuerdos, pero no hay manera.

Miró la estatua de la virgen María que había en el altar, dorada y suntosa, con el gesto apacible, contemplativa, inconmensurablemente distante.

—Cuando la parte de Boulogne que teníamos más cerca quedó casi convertida en polvo nos ordenaron que avanzáramos —prosiguió—. Para entonces el rey ya se había marchado; era septiembre y había más lluvia y barro que nunca. Centenares de hombres ascendimos como pudimos por la ladera cubierta de fango mientras los cañones franceses nos atacaban sin descanso. Luego, cuando ya estábamos cerca, sus arqueros y arcabuceros empezaron a dispararnos desde detrás de las piedras derribadas. Cuanto más nos aproximábamos a la ciudad, más hombres caían. Las flechas de mi compañía acabaron con muchos artilleros y arqueros franceses, pero

también éramos el objetivo de sus ataques y muchos de mis hombres terminaron destrozados por sus descargas. —De repente se echó a reír, arrebatado, con un sonido terrible que resonó en la iglesia en penumbra, y repitió—: Destrozados. Una palabra ridícula para lo que sucedió. Toda aquella enorme ladera fangosa quedó cubierta de manos y trozos de piernas, pedazos de carne envueltos en jirones de uniforme, charcos de cieno sanguinolento entre piedras derribadas y más barro. Vi la cabeza de un amigo en uno de ellos, todavía con el casco puesto.

Bajó la cabeza, dejó escapar un profundo suspiro y luego levantó la vista.

—Los supervivientes treparon por los escombros hasta Boulogne y entonces empezó la lucha cuerpo a cuerpo, con espadas y alabardas, dando tajos y aplastándolo todo, y con sangre por doquier. Los franceses, que son valientes, tan buenos como nosotros, retrocedieron a la parte alta de la ciudad y resistieron una semana más. Yo recibí una herida leve en el costado y perdí el sentido. Me desperté tiritando y dolorido en una tienda de campaña llena de goteras donde tenía que mantener las ratas apartadas de la herida. —Soltó una risotada agria—. Dijeron que había sido un valiente y me ascendieron a subcapitán.

—Valiente, desde luego, en una situación tan espantosa que me cuesta trabajo imaginármela.

—Lo que más recuerdo no es la lucha dentro de la ciudad, y eso que allí maté a varios franceses y estuve yo también a punto de morir. Es lo de la ladera, que fue como un matadero. Había tantos cadáveres… Muchas noches sueño que vuelvo a estar allí. Me abro paso por el barro en busca de pedazos de mis hombres, tratando de identificarlos para poder reconstruirlos. —Respiró hondo—. Si nos enfrentamos a los barcos franceses, si los abordamos, se producirá una lucha cuerpo a cuerpo. El segundo día conseguí que Snodin dirigiera unas palabras a los hombres, que les contara cómo podría ser. Sé que también estuvo en Boulogne. Yo no me vi capaz.

No se me ocurrió nada que decir. Le puse la mano en el brazo.

—Menudo oficial se han buscado para capitanear a los soldados, ¿eh? —Rio con amargura—. Tal como me siento…

—Los dirige bien. Se nota que lo respetan.

—No me respetarían si supieran cómo soy en realidad. La mayor parte del tiempo logro controlarme, pero a veces me pongo a pensar en lo que encontrarán esos hombres y esos muchachos allí donde los llevo. Algunos, como Sulyard, demuestran ganas de luchar, pero ni siquiera esos saben cómo será.

—George, si no los capitaneara usted lo haría alguien que los apreciaría menos, que no se preocuparía por buscarles calzado en condiciones.

—No soporto los tambores —repuso con ansiedad—. Cuando ascendimos por la ladera de Boulogne las compañías iban siempre encabezadas por tambores que redoblaban con fuerza para competir con los cañones. No soporto ese sonido, lo oigo en sueños. —Me miró a los ojos—. Ojalá pudiera volver a casa, a la granja, pero no puedo, hemos hecho todos un juramento. Debería dar gracias a Dios, señor

Shardlake, por ser civil.

Capítulo 15

Aquella noche dormí a pierna suelta. Cuando me despertó el posadero a las cinco tenía un vago recuerdo de un sueño en el que aparecía Ellen, lo que me dejó abrumado e intranquilo.

Estábamos los cuatro montados en los caballos ante la posada cuando pasó la compañía. Dyrick volvía a mostrarse enfurruñado, tal vez porque lo había abandonado la noche anterior. Sir Franklin iba a la cabeza de sus hombres con gesto altanero, mientras que la expresión de Leacon era severa.

Ocupamos nuestros puestos en la retaguardia y la tropa avanzó una vez más con paso pesado hacia el sur. Muchos reclutas parecían aburridos de la monotonía de la marcha, pero varios de los que el día antes renqueaban lucían zapatos nuevos. Snodin iba de nuevo justo delante de mí; olía peor que un barril de cerveza.

Al poco de haber salido de Godalming cruzamos la frontera de Hampshire. Estábamos en el margen occidental del Weald, un territorio en su mayor parte llano y densamente arbolado, con enormes robles viejos entre olmos y hayas. Los cotos de caza aparecían cercados con empalizadas altas y robustas. Pasamos por caminos que asemejaban túneles y en los que en ocasiones los árboles se tocaban en lo alto para dar lugar a una verde penumbra salpicada de haces de luz. Del bosque surgía un fuerte olor margoso. Vi mariposas de vivos colores que revoloteaban en una zona iluminada por el sol. Durante la marcha habíamos oído el aleteo constante de los pájaros que se alejaban a nuestro paso, pero en cambio las mariposas ni se inmutaron y muchos hombres se volvieron para mirarlas.

Nos detuvimos una vez más hacia las doce, en un amplio camino arbolado cerca de un arroyo. Los caballos tuvieron oportunidad de beber y los hombres se arremolinaron en torno a los carros para recibir las raciones adquiridas en Godalming. Oí quejas porque de nuevo había solo fruta, pan y queso. El tesorero de la compañía, un hombre entrado en carnes, adujo el escaso valor de las monedas de nuevo cuño.

—¡Tenemos los arcos, vamos a cazar! —gritó un soldado—. Vamos, condenados, vayamos por unos conejos o perdices, puede que hasta un ciervo.

Se oyeron voces de aprobación y sir Franklin, que al igual que Leacon seguía a caballo, los miró con indignación. Leacon desmontó y se acercó a los hombres.

—¡Ni lo intentéis! Estas tierras están cercadas, son coto de caza de algún caballero o incluso del rey. ¡No permitiré que cometáis un delito!

—¡Vamos, capitán! —contestó alguien—. Somos muchachos de campo, podemos cazar algo en un momento.

—¡Eso! El tesorero nos escatima la comida. ¡No podemos luchar con la tripa vacía!

—¿Y si os topáis con un guarda? —preguntó Leacon.

Me sorprendió que Pygeon interviniera, aunque fuera de manera atropellada debido al nerviosismo:

—Dios hizo los bosques y los animales para servir al hombre, mi subcapitán, no para vallarlos y que se solazaran en ellos los que ya tienen la panza llena.

Hubo más vítores de aprobación y por primera vez noté que se ponía en duda la autoridad de Leacon. Snodin se acercó a grandes pasos con el rostro morado.

—¡Rebelde de mierda! —le gritó en la cara a Pygeon, y lo salpicó de saliva.

—Vaya con el muy bastardo del viejo borrachuzo —murmuró Sulyard.

Varios hombres se rieron y Leacon los perforó con la mirada. Muchos apartaron la vista, pero no todos. Unos cuantos se cruzaron de brazos con aire desafiante.

—¡Puede que tengáis razón! —aseguró Leacon—. Yo también soy hijo de un simple granjero y no siento ningún afecto por los que vallan las tierras, pero si cazáis algún animal y os encontráis con un guarda os colgarán, por mucho que seáis soldados. ¡Y menuda impresión daría entonces nuestra compañía de arqueros! Os prometo que cuando lleguemos a Liphook me encargaré de que comáis como Dios manda, ¡aunque tenga que sacudir al tesorero cabeza abajo hasta que caiga el último penique que lleve en el jubón!

—Puedo ayudarle a sacudirlo, mi subcapitán —se ofreció Carswell y, como el día antes en el pueblo, su humor rompió la tensión y todos se echaron a reír.

Después de comer, muchos soldados se acercaron a la cerca de zarzo que rodeaba el coto de caza y orinaron aparatosamente. Tras dar buena cuenta del pan y el tocino que me correspondían, me dirigí hasta donde se había sentado Leacon. Había manejado con destreza el incidente y costaba creer que se tratara del mismo hombre atormentado con el que había hablado la noche antes.

—¿Qué tal aguantan sus amigos y usted la marcha? —preguntó con cierta reserva.

—Nos duele todo, pero es lo normal.

—Al joven escribiente de su colega le está costando, me parece.

—Feaveryear aguanta como puede. —Lo miré, sin saber si tal vez se arrepentía de sus confidencias. Por decir algo comenté—: Hace un momento dos hombres discutían sobre si un cuenco era suyo o del rey.

—Sí, algunos se los han traído, pero a muchos hay que darles cuencos y cucharas de los pertrechos. Un cuenco de madera sería un bien preciado en una familia pobre. Pasa lo mismo con los arcos: solo a los que tenían uno bueno, como Llewellyn, se les ha permitido traerlo. La mayoría lleva los reglamentarios, procedentes del arsenal real. Los soldados más pobres no tenían ningún equipo y precisamente a ellos se les descontará dinero de la paga por el que se las proporciona. Es extraño, ¿verdad? —Sonrió sin alegría.

Dyrick se aproximó y saludó a Leacon con un gesto antes de decirme:

—Letrado, me gustaría hablar con usted en privado, si es posible.

Nos sentamos junto al camino. Los demás estábamos ya bronceados, pero Dyrick

seguía con la cara roja y la piel quemada, que se le pelaba en una mejilla por encima de la barba cobriza que empezaba a crecer en su rostro habitualmente lampiño.

—El señor Hobbey ha transformado una parte de las tierras del priorato en coto de caza —empezó—. Es pequeño, pero está bien surtido. —Me dirigió una de sus miradas severas—. Dentro de diez días va a organizar su primera cacería. Asistirán muchos caballeros de la zona. Se trata de una jornada importante para mi cliente.

—Espero que para entonces ya nos hayamos ido.

—En caso de que no sea así, confío en que no revele a ningún miembro de la buena sociedad de la comarca el motivo de nuestra visita.

—Como ya le dije en el caso de los aldeanos, letrado Dyrick, no tengo intención de complicar la vida del señor Hobbey, pero no voy a comprometerme a no decir o no hacer nada.

—Lo vigilaré con atención, letrado. —Su gesto era firme y sus ojos castaño verdoso se clavaron en los míos—. Mi cliente ha llegado lejos, de comerciante de lana a caballero rural. Puede que algún día llegue a ser sir Nicholas. No voy a consentir que sus perspectivas se resientan.

—Lo único que pretendo es asegurarme de que las tierras y el bienestar de Hugh Curteys estén a salvo.

—Pronto comprobará que así es.

—Entonces no habrá ningún problema, letrado.

Hubo un silencio y luego Dyrick preguntó:

—¿Ha cazado alguna vez?

—De joven, en una ocasión, pero no fue de mi agrado ver cómo hostigaban a las bestias para luego matarlas. No tienen escapatoria.

—Cómo se nota que es abogado de la Audiencia de Ruegos —se mofó—. Siente compasión hasta de los ciervos. Bueno, si aún estamos allí será mi primera cacería, aunque al igual que usted espero que nos hayamos marchado. —Soltó un gruñido—. No procedo de la clase que caza. Soy hijo de un empleado pobre y he tenido que luchar para ascender en la vida. Del colegio eclesiástico a una beca en el Temple y luego a un puesto humilde de abogado en la corte de su majestad…

—¿Ha trabajado en la corte? Puede que estuviera con algún conocido mío. ¿Robert Warner, por ejemplo?

—¿El procurador de la reina? No; tenía un trabajo modesto de pasante. Lo dejé para espabilar un poco con los litigios. —Volvió a mirarme con severidad—. El señor Hobbey también tiene orígenes humildes. En cambio, he oído que su padre era un granjero rico, letrado Shardlake.

Apreció desdén en su voz.

—No demasiado rico, un simple pequeño propietario. Y mi tatarabuelo fue siervo de la gleba. En realidad, casi todos venimos de ahí.

—Admiro a los que parten de la nada y aspiran a mucho.

—Es usted uno de nuestros «hombres de nuevo cuño», letrado —repuse con una

sonrisa.

—Y estoy orgulloso de ello. En Inglaterra no somos esclavos como los franceses.

Miramos a los soldados. Un grupito con Sulyard en el centro hablaba en voz baja y reía de un modo grosero, sin duda porque se burlaban de alguien, mientras que Barak había entablado conversación con Carswell y el muchacho galés. Dyrick se levantó y se limpió la hierba del fondillo.

—Otra cosa —añadió—. Se esperará que su escribiente, Barak, lo mismo que Feaveryear, duerma fuera de la casa. Al señor Hobbey no le parecen bien las familiaridades con los criados.

Se alejó y me quedé observándolo con una sonrisa irónica, pensando que los hombres que han ascendido socialmente suelen ser los más estirados.



Por la tarde llegaron nubes procedentes del oeste y bajó la temperatura. Vi que Leacon miraba el cielo. Un buen chaparrón como los habituales en junio convertiría el polvo del camino en barro en un abrir y cerrar de ojos. El subcapitán hizo un gesto al tambor, que empezó a marcar un ritmo rápido para que la tropa acelerase el paso.

Hicimos un breve alto en otro camino flanqueado por bosques hacia las cuatro para dar de beber a los caballos en una charca y dejarlos descansar un poco. Corrió la cerveza y aproveché la oportunidad para relatar a Barak mi conversación con Dyrick.

—Es probable que Hobbey nos envíe a dormir a la leñera —señaló ladeando la cabeza hacia donde el otro escribiente se había sentado en un terraplén, algo apartado, y leía un salterio.

—Calculo que necesitaremos tres días para las deposiciones y ver en qué condiciones está Hugh Curteys. Luego podremos volver.

—¿Y si están haciéndole algo malo?

—Pues entonces nos lo llevaremos y que Dyrick…

—Se meta un atizador al rojo vivo por el culo. He oído a uno de los muchachos comentar que le gustaría hacerle eso a Snodin.

—¡Mirad eso!

Nos volvimos al oír un grito. Un soldado señalaba hacia los árboles que había al este.

—¡Un incendio!

Una columna de humo se elevaba a un kilómetro de distancia. Iba espesándose y al poco empecé a notar el olor a humo.

—No se trata de un incendio —aseguró Llewellyn—, sino que queman carbón. Ahora estamos en el borde occidental de la zona de fundiciones.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté, mirándolo con curiosidad.

—Porque he estado allí. Cuando termine el aprendizaje quiero irme a Sussex a trabajar. Todo el que tenga experiencia en la fragua puede ganar dinero en los altos

hornos. El año pasado fui a Sussex a buscar oportunidades; hay fundiciones por todas partes que hacen desde puntas de flecha hasta placas de fondo de chimenea decoradas. Fui a Buxted, donde funden cañones. Menudo lugar. —Meneó la cabeza, admirado—. Docenas de hombres trabajan en edificios enormes. El ruido se oye a kilómetros de distancia, pero el salario está bien. —Se agachó para recoger una brizna de hierba que se puso a desgarrar lentamente. Me miró con gesto serio—. Tess y mis padres no quieren que vaya, pero es una forma de mejorar para un analfabeto como yo. ¿Es que eso no es bueno?

—Supongo que sí, pero quizá no para los que te rodean. Claro que para mí es fácil decirlo.

—Estoy decidido.

Torció el gesto y cogió otra brizna de hierba.

—¿Así que estamos cerca de la frontera de Sussex? —pregunté.

—Sí. Aquí en el oeste hay menos fundiciones y son más anticuadas, pero no dejan de tener mucho trabajo. —Sus ojos azul claro revelaban inquietud en su rostro bronceado—. ¿No le parece que mi idea sea buena?

—He oído que trabajar en una fundición es peligroso.

—Menos que ser soldado —repuso Llewellyn.



Hacia las seis la compañía se detuvo a la entrada del pueblo de Liphook, donde un agricultor esperaba junto al prado que se nos había asignado. Los soldados empezaron a descargar las tiendas bajo la supervisión de Snodin. Seguía habiendo nubes densas y pesadas y el aire era fresco, pero aún no llovía. Leacon nos informó de que dormiría con los hombres, pero nos aconsejó buscar una posada; el dueño del prado le había asegurado que habría tormenta antes de que acabara el día. La actitud de Leacon conmigo era todavía distante, cosa que me entristeció.

—¿No permitís que los soldados entren en los pueblos? —le pregunté.

—No. Órdenes estrictas. Acabarían emborrachándose y siempre hay alguien que provoca problemas.

—¿Y sir Franklin?

—Se quedará con los hombres. Considera que es el lugar del capitán, aunque si duerme en una tienda de campaña sufre por la gota. Ahora tengo que supervisar la actividad; luego iré al pueblo con el tesorero, a ver si consigo comida decente para la tropa. Espérennos en la plaza a las siete de la mañana. Si quieren, dejen los caballos en el campamento y se los llevaremos.

—Las siete. Saldremos tarde, pues.

—Les he prometido un buen afeitado antes de partir. Uno de los reclutas es barbero.

—A mí tampoco me vendría mal.

—Para los arqueros es cuestión de orgullo. El pelo largo y la barba pueden ser un engorro cuando hay que desenfundar media docena de flechas por minuto.

—¿Nos vemos tal vez en Liphook más tarde para beber algo?

—No; será mejor que regrese con las provisiones. Buenas noches.

Y se alejó.



Liphook era un pueblo pequeño y solo contaba con dos posadas. Como en Cobham, había carros por todas partes. En la mejor hospedería solo había un cuarto y se lo cedí a Dyrick y Feaveryear. Gracias a un pequeño soborno, Barak y yo conseguimos una habitacioncilla en la otra. Él se dejó caer en la cama, con lo que su ropa provocó una nube de polvo.

—No sé si Dyrick dejará que Feaveryear se ponga en cuclillas para rezar en su cuarto. Santo cielo, espero que el señor Hobbey no me haga compartir dormitorio con él.

—A ver si te convierte a su modo de vida santurrón.

—Ojalá encontremos a Hugh Curteys más feliz que un cerdo en el estiércol.

—Eso espero. —Estiré las piernas—. Por el amor de Dios, te juro que he oído cómo me crujían los huesos. —Tras una vacilación añadí—: Creo que iré a dar un paseo para estirar las piernas. Y a ver si encuentro un barbero.

Barak me miró sorprendido.

—¿No va a descansar?

—Volveré luego.

Salí deprisa, incómodo por no haberle dicho la verdad. Había decidido que Liphook era un buen lugar para iniciar mis pesquisas sobre Ellen. Como no quería implicar a Barak, no había mencionado a la pobre mujer desde nuestra salida de Londres. Él tampoco, aunque seguro que no se le habían olvidado mis intenciones de investigar su pasado.



Decidí preguntar primero en la posada grande, pero antes me detuve en una barbería para que me afeitaran. Dyrick había mencionado que pensaba buscar una en Liphook. Ojalá no la encontrara y tuviera que presentarse en el priorato de Hoyland con aspecto descuidado. Sacudí la cabeza; se me estaba contagiando la malicia de mi colega.

La sala de la posada estaba concurrida y tuve que abrirme paso hasta el mostrador, donde un individuo rollizo y con cara de cansancio repartía jarras de cerveza. Esperé mi turno, pedí una y dejé una moneda de cuatro peniques en la barra.

—Estoy buscando información sobre un lugar al otro lado de la frontera de Sussex —le dije en voz baja—. Rolfswood.

—Soy de por allí —contestó con gesto receloso.

—¿A cuánto queda?

—Tiene que abandonar el camino de Portsmouth al sur de Horndean y seguir hacia el este unos ocho kilómetros.

—¿Es una población grande?

—No; un pueblo con mercado semanal. —Me miró con curiosidad—. ¿Qué se le ha perdido en Rolfswood? Ahí no hay gran cosa desde que cerraron la fundición.

—¿Trabajaban el hierro?

—Sí. Hay un pequeño filón al norte. En Rolfswood había una fragua baja, pero desde que se incendió se llevan la mena al este.

—¿Se incendió?

Recordé a Ellen y sus palabras: «¡Se quemó! Pobre hombre, estaba envuelto en llamas».

—Cuando yo era joven murieron el propietario y su ayudante. Hará veinte años.

—¿Fue un accidente cuando estaban fundiendo el metal?

El mesonero recogió la moneda y se apoyó en la barra.

—No. Fue en verano, y las viejas fraguas bajas solo funcionan en invierno. ¿A qué viene tanto interés, caballero?

—¿Recuerda cómo se llamaban los fallecidos?

—Hace mucho que me fui, pero recuerdo el nombre del propietario: Fettiplace.

Reflexioné a toda prisa. Veinte años atrás, precisamente cuando habían violado a Ellen y la habían ingresado en el Bedlam. En Rolfswood había pasado algo más. Habían muerto dos personas. «¡Se quemó!».

Sentí palpitaciones. Me aparté de la barra y me topé con Feaveryear, que se había colocado a mi lado con aquellos mechones grasientos que le colgaban sobre la frente.

Los tres días de enojo por los agravios de Dyrick y la cara avinagrada de Feaveryear me desbordaron.

—¡Por el amor de Dios, escribiente! —exclamé—. ¿Acaso me escucha a escondidas?

Se quedó boquiabierto.

—No, señor. Estaba haciendo cola detrás de usted. Quiero una cerveza.

Miré alrededor.

—¿Dónde está Dyrick? ¿Usted es su espía, escribiente?

—Nada de eso, letrado Shardlake —repuso con vehemencia, y le tembló la nuez —. El señor Dyrick quería dormir, me ha ordenado salir y he venido aquí. Por mi honor de cristiano que le he oído decir a ese hombre algo sobre una fundición que se incendió y nada más.

Su indignación parecía sincera. Vi lo cansado que estaba y sus pronunciadas ojeras.

—Lo siento —me disculpé con más calma—. No debería haber gritado. Venga, siéntese.

Feaveryear me siguió de mala gana hasta un banco donde nos sentamos.

—Si me he equivocado, le pido perdón —le dije—. Tengo otro asunto en Sussex, encargo de otro cliente.

—¿Se disculpa ante mí, señor? —se sorprendió—. Pues se lo agradezco.

Hubo un breve silencio hasta que dije:

—El trayecto ha sido más agotador de lo que esperaba. Los soldados avanzan a paso rápido.

Arrugó el ceño.

—Mi amo dice que todo esto es innecesario.

Me quedó la duda de si Dyrick había recurrido a Feaveryear para enterarse de nuestros planes antes de la vista. Tal vez había ido a la Audiencia de Tutelas a sobornar a Mylling. Me acordé de aquellos golfos, de la bolsa de verduras podridas que me habían encasquetado.

—Bueno, ya veremos qué nos encontramos —repuse con ambigüedad. Lo miré —. ¿Lleva mucho tiempo con el señor Dyrick?

—Tres años. Mi padre trabajaba en las cocinas del Temple. Me mandó a estudiar y luego me buscó un puesto de escribiente. El señor Dyrick me aceptó. Me ha enseñado mucho. Es un buen maestro.

De nuevo aquel gesto de superioridad moral.

—O sea, que a veces trabaja en la Audiencia de Tutelas.

—En efecto. —Vaciló y añadió—: Veo que, como muchos otros, tiene mala opinión de ese lugar.

Incliné la cabeza.

—Puede que tenga razón —agregó—, pero allí mi amo solo busca justicia, lo mismo que en las otras audiencias donde se presenta.

—Vamos, Feaveryear, los abogados aceptan los casos que les proponen, sean justos o no —repliqué, recordando mi conversación con lady Isabel.

Feaveryear negó con la cabeza.

—Mi amo solo lleva casos justos. Como este. Yo soy un buen cristiano, caballero, y no podría trabajar para un abogado que representara a mala gente. —Al punto se corrigió—: No quiero decir que se dedique usted a eso, únicamente que en esta causa está equivocado.

Lo observé. ¿Cómo podía creerse que precisamente Vincent Dyrick representaba solo a gente justa? Sin embargo, se lo veía convencido. Suspiré.

—Bueno, Feaveryear, he de volver a mi posada y cenar algo.

—Y mi amo me ha pedido que busque un barbero.

Salimos a la calle. Caía ya la noche y las velas iluminaban las ventanas. Algunos carreteros se acostaban en sus vehículos.

—Deben de ir todos a Portsmouth —comenté—. Como nuestra compañía de

arqueros.

—Pobres infelices —contestó con tristeza—. He visto cómo me miraban los soldados durante el viaje, sé que me consideran un mequetrefe. Sin embargo, cuando pienso en el destino que les espera, rezo por ellos. Es una crueldad que no lleven capellán. La mayoría de esos hombres no ha encontrado a Dios. No se dan cuenta de que la muerte en la batalla puede ir seguida de un veloz descenso al infierno.

—Puede que no haya batalla. Puede que los franceses no desembarquen.

—Ruego que sea así.

Noté una gota de lluvia en la mano.

—Ya empieza.

—Pues en el campamento se mojarán.

—Sí. Y yo tengo que regresar a mi posada. Buenas noches, Feaveryear.

—Buenas noches, señor Shardlake.

—Ah, Feaveryear, hay un barbero una calle más allá. Dígaselo a su amo.



Llovía a cántaros cuando llegué a la posada. Otra tormenta de verano. Iba vestido solo con una camisa y un justillo y acabé empapado. El individuo al que había sobornado para conseguir el cuarto me invitó a pasar a la cocina y sentarme junto al fuego, sin duda con vistas a conseguir otra moneda. Acepté el ofrecimiento encantado; necesitaba un lugar para pensar con calma sobre lo que me había dicho el mesonero de la otra posada.

Me puse a contemplar las llamas. Hacía dos décadas se había incendiado una fundición en Rolfswood y habían muerto dos hombres. A juzgar por sus palabras, Ellen había visto un incendio y al menos a un hombre abrasado. ¿Podía tratarse de un accidente que había presenciado y le había hecho perder la razón? Pero, entonces, ¿dónde encajaba la violación? A pesar del fuego, sentí un escalofrío. ¿Y si las muertes del propietario de la fundición y su ayudante no hubieran sido accidentales? ¿Y si Ellen hubiera sido testigo de un asesinato y por eso se había ocultado en el Bedlam? Tal vez Barak había acertado al prevenirme del peligro.

Me pasó por la cabeza la idea de no acercarme a Rolfswood. Podía regresar a Londres y dejar las cosas tal cual. Al fin y al cabo, Ellen había permanecido a salvo durante diecinueve años; si me entrometía en un asesinato podía volver a ponerla en una situación de riesgo.

Las llamas no dejaban de aumentar. De repente iluminaron, desde abajo, unas palabras escritas en la placa del fondo que me sobresaltaron. Casi me caí del taburete.

No te aflijas, mío es tu corazón

Una mujer madura que preparaba un potaje en un cuenco encima de la mesa de la cocina me miró sorprendida.

—¿Se encuentra bien, caballero? —Se acercó con rapidez—. Se ha quedado blanco como el papel.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando—. Esas palabras. ¿Las ve?

Me miró con extrañeza.

—Por aquí las placas de las chimeneas suelen tener palabras y frases grabadas.

—¿Qué significa? ¿El corazón de quién?

—No lo sé —respondió aún más preocupada—. Quizá la esposa del artesano había muerto o algo así. Parece usted indispuesto.

Estaba sudando y la cara me ardía.

—Es que… me he mareado un poco. Me voy arriba.

Asintió con aire comprensivo.

—Es la idea de que todos esos franchutes naveguen hacia aquí. A mí también me preocupa. Qué tiempos, caballero, qué tiempos.

Capítulo 16

Al día siguiente, nuestra cuarta jornada de camino, no hubo incidentes. Volvió a hacer sol y un calor bochornoso. Por fortuna, la lluvia no había durado lo suficiente para estropear los caminos. Recorrimos más paisajes de bosques y pastos, llegamos a Petersfield hacia las doce y nos detuvimos a descansar.

Avanzábamos por un entorno que empezaba a cambiar; el terreno era calcáreo y había más campos abiertos que iban elevándose a medida que ascendíamos por las Downs de Hampshire. Cada vez había más actividad en el camino y muchos carros se detenían para dejarnos pasar al oír la corneta de nuestro tambor. En una ocasión vimos una compañía de la milicia local que hacía instrucción en un prado; nos saludaron con la mano y nos aclamaron. Empecé a distinguir estructuras altas en las cumbres, con gruesos postes que sostenían montones de troncos empapados en alquitrán, vigilados por un guardia: eran las almenaras que se prenderían si se avistaba la flota enemiga. Según me habían dicho, formaban una cadena por todos los condados costeros.

En un momento determinado nos adelantó un correo con los colores reales y por una vez fueron los soldados quienes se hicieron a un lado. Barak lo siguió con la mirada hasta que desapareció entre una nube de polvo; me imaginé que se preguntaba cuándo llegaría una carta de Tamasin. Me miró con gesto socarrón. La noche anterior se había dado cuenta de mi desasosiego cuando volví a nuestra habitación, pero al parecer me creyó cuando le aseguré que sencillamente tenía frío tras haberme calado hasta los huesos. Recordé la placa de fondo de la chimenea y reprimí un estremecimiento. Había sido extraordinario verla justo cuando me planteaba olvidarme del pasado de Ellen. No creía en las profecías, pero me había turbado bastante.

Hacia las seis nos detuvimos de nuevo ante un campo. Como los días anteriores, había un vecino esperándonos. A su lado tenía un montón de broza para apañar camastros para los soldados. El tambor había marcado un ritmo lento y constante durante la última hora, dado el cansancio de los hombres. Al mirar hacia la cabecera de la columna vi que Leacon iba con la cabeza gacha. Habló con el individuo que nos aguardaba, ordenó a Snodin que llevara dentro a los soldados y se acercó a nosotros.

—Mucho me temo, caballeros, que deberán pernoctar en el campamento. Nos encontramos a la afueras de Buriton, pero ese señor me ha contado que está repleto de viajeros y carreteros. No hay posibilidad de encontrar sitio en la posada.

—¿Quiere decir que tendremos que dormir en este campo? —preguntó Dyrick, sintiéndose ultrajado.

—Puede usted dormir donde le plazca, caballero —repuso Leacon secamente—, pero yo le ofrezco lugar en nuestro campamento si quiere.

—Deberíamos dar las gracias —tercié.

—Procuraré encontrarles una tienda de campaña —anunció Leacon con un asentimiento hacia mí, y dicho eso se alejó a lomos de su caballo.

—Llegaremos a Hoyland mañana por la mañana, con suerte —gruñó Dyrick—. Qué ganas tengo de perder de vista a estos soldados apestosos.

—¿No me decía usted que tenía orígenes rasos, letrado? Después de este viaje olemos todos igual de mal.



Una hora después, sentado en la hierba delante de nuestra tienda, me frotaba las piernas cansadas. Nos habían dado unas mantas, pero pasar la noche tumbados en la broza no resultaría cómodo. Me alegré de que el viaje estuviera a punto de terminar; el ritmo acelerado y constante me había parecido cada vez más agotador.

Contemplé el campamento, con las tiendas ya montadas. El sol se ponía y los hombres se habían sentado en grupos pequeños en torno a las tiendas, algunos para remendar las guerreras. Me impresionó una vez más la buena organización de la compañía. En el extremo del campo distinguí a Dyrick; se acercaba a paso lento con sir Franklin, que cojeaba. Mi colega aprovechaba cualquier oportunidad para hablar con él, pero en cambio no hacía ningún caso a Leacon. No había arribista más decidido que alguien con su trayectoria social, me dije. Tal vez esa característica lo había llevado hasta Nicholas Hobbey: la atracción de los semejantes.

Leacon iba de un grupo a otro y se detenía para charlar con los hombres. A diferencia de sir Franklin, se esforzaba por estar con ellos, por escuchar sus quejas. Snodin se había situado a solas ante una tienda y bebía lentamente una jarra de cerveza, frunciendo el ceño a todo el que lo miraba. Al fondo del campamento, Barak se había sentado en torno a una hoguera con una docena de soldados de la retaguardia. Me dio envidia la facilidad con que se movía entre aquellos muchachos; desde el episodio de la aldea casi todos me habían tratado con bastante amabilidad, pero con la reserva debida ante un caballero. Carswell, el cabo, estaba entre ellos con el arquero galés, Llewellyn. Me había fijado en que parecían ser amigos, aunque eran muy distintos: Llewellyn era un buen muchacho pero tenía poco sentido del humor, mientras que Carswell lo derrochaba. En fin, todo bufón necesita quien le sirva de contraste. Sulyard, el agitador, también los acompañaba, ataviado con su brigantina de intenso color. Dio una colleja a su vecino y le dijo, en voz alta y afectada por la cerveza:

—Llámame «amo».

—¡Vete a la mierda, pesado!

Decidí unirme al grupo; todavía prefería vigilar a Barak cuando había bebida de por medio, por mucho que me llamara cascarrabias, y tenía un par de preguntas que hacer a Llewellyn.

Al cruzar el campamento me fijé en Feaveryear, sentado con Pygeon delante de una tienda. Pobre muchacho, qué orejudo era. El escribiente hablaba con animación, mientras el otro tallaba algo en el mango de su cuchillo, entornando los ojos en la penumbra cada vez mayor. En ese momento, Feaveryear se levantó y se alejó. Pygeon me miró con cara de pocos amigos.

—¿Usted también ha venido a convertirme?

—No sé a qué te refieres, soldado.

—Ese escribiente quería que negase que la sangre de Cristo está en la eucaristía. Debería ir con cuidado, que han quemado a gente por menos. En Harefield somos fieles a la tradición.

Suspiré. Si Feaveryear había empezado a predicar sus ideas radicales a los soldados, teníamos suerte de separarnos de ellos mañana.

—No, Pygeon. Yo no predico ninguna doctrina.

Soltó un bufido y siguió tallando. El cuchillo era largo, como el de todos los soldados, y servía igual como herramienta que como arma. Vi que estaba grabando María, salva nuestras almas con letras complejas que requerían habilidad.

—Buen trabajo —comenté.

—Rezo a la Virgen para que nos salve si entramos en batalla.

—Voy a sentarme con los hombres junto al fuego. ¿Me acompañas?

Pygeon sacudió la cabeza y se encorvó de nuevo sobre el cuchillo. Tal vez temía nuevas burlas de Sulyard. Me aproximé al grupo y me senté junto a Llewellyn y Carswell. Estaban asando lentamente un par de conejos y una gallina.

—¿Una jarra de cerveza, abogado? —ofreció Carswell.

La acepté y miré a Barak, pero estaba enfrascado en una conversación con otros hombres.

—Gracias. ¿Qué preparáis? Si habéis cazado furtivamente id con cuidado de que no os vea el capitán Giffard.

—El señor del pueblo ha dicho que podíamos coger algún conejo —contestó entre risas—. Por aquí tienen demasiados, les comen los cultivos. Algunos arqueros han practicado un poco en el bosque.

—Eso parece una gallina. No habrá salido de una granja, espero.

—No, señor —respondió Carswell con gesto repentinamente adusto. Sus rasgos corrientes tenían la expresividad de los de un cómico—. Es una clase de conejo que pulula por aquí.

—Tiene alas.

—En Hampshire se ven cosas muy raras.

Reí y me volví hacia Llewellyn.

—Quería preguntarte una cosa —empecé, en voz baja para que no me oyera Barak.

—Sí, pregunte.

—Ayer hablaste de las fundiciones del Weald. ¿Qué diferencia hay entre los

nuevos hornos y los viejos?

—Los nuevos son los altos hornos, mucho mayores, señor, y el hierro sale fundido, no en una pasta. Luego se vierte en moldes preparados. Han empezado a hacer cañones.

—¿Es cierto que los bajos hornos no funcionan en verano?

—Sí. Normalmente dan empleo a gente de la zona que en verano trabaja en los campos y, en invierno, en las fundiciones. Los nuevos, en cambio, muchas veces tienen docenas de trabajadores todo el año.

—¿Así que una fragua baja está vacía todo el verano?

—Probablemente se quede un hombre a echar un ojo, a recoger los suministros de carbón vegetal y demás, para que esté todo listo para el invierno.

Barak me miraba y concluí la conversación:

—Gracias, Llewellyn.

—¿Está pensando en cambiar el derecho por el comercio de hierro, abogado? —me preguntó Carswell cuando me dirigía hacia mi escribiente.

La luz desaparecía con rapidez y habían aparecido numerosas palomillas de un gris blanquecino; daban vueltas y revoloteaban en la penumbra.



Barak me miró con perspicacia.

—¿Qué cuchicheaba con Llewellyn? ¿Por casualidad no tendría que ver con Ellen?

—Por ahora vamos a concentrarnos en Hugh Curteys —repuse con brusquedad.

—Se ha enterado de dónde está Rolfswood, ¿verdad? Si tiene oportunidad irá a fisgonear.

—Ya veremos.

—Mi opinión es que debería olvidarse del asunto.

—¡Ya conozco tu opinión! —espeté con rabia repentina—. Haré lo que me parezca más indicado.

Se oyó una risotada de Sulyard.

—¡Una riña de enamorados! —gritó mirándonos.

Estaba borracho y hablaba a trompicones con el rostro resplandeciente de malicia.

—¡Cierra el pico o te lo cierro yo! —replicó Barak, haciendo ademán de levantarse con expresión amenazadora.

—¡Los jorobados dan mala suerte, lo sabe todo el mundo! —exclamó Sulyard señalándome—. Claro que seguramente ya estamos bien jodidos, si tenemos que luchar a las órdenes de un capitán viejo y amodorrado y con un instructor que empina el codo.

Recorrí el círculo de caras con la mirada; tenía los ojos irritados por el humo. Los hombres apartaron la vista, incómodos. Sulyard se puso en pie de forma titubeante y

dirigió el índice hacia mí.

—No vaya a echarme el mal de ojo, ¿eh? Es un…

—¡Basta! —Todo el mundo se volvió al oír la orden. Pygeon me había seguido y estaba a pocos pasos—. ¡Basta, insensato! Vamos todos en el mismo barco. Ya no estás en el pueblo. ¡Aquí no puedes robar la caza a los pobres, ni pasarte el día diciéndole a la gente que te llame «amo»!

—¡Voy a cortarte las pelotas! —bramó Sulyard.

Pygeon se quedó quieto, mientras el bravucón se zafaba de otro soldado que trataba de detenerlo y empezaba a sacar el cuchillo.

En ese momento apareció una figura alta con guerrera blanca que propinó una violenta bofetada a Sulyard, el cual se tambaleó, pero se repuso y volvió a buscar el cuchillo.

Leacon le plantó cara.

—¡Atácame, granuja malhablado, y serás culpable de amotinamiento! —exclamó, para añadir en tono más suave—: Pero puedo encargarme de ti de hombre a hombre, si es lo que quieres.

Sulyard, al que le brotaba un hilo de sangre del labio, dejó caer los brazos a los costados. Se quedó balanceándose como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos.

—No pretendía amotinarme —aseguró. Volvió a balancearse y bramó—: ¡Lo único que quiero es vivir! ¡Vivir!

—Pues no te emborraches y colabora con tus compañeros. Es la mejor manera de sobrevivir en el ejército.

—¡Cobarde! —lo increpó alguien desde la oscuridad.

Sulyard se volvió hacia la voz, vaciló y después se adentró en las sombras con paso inseguro.

—Seguro que se desploma dentro de nada —dijo Leacon mirando a sus hombres —. Que luego vaya alguien a buscarlo y lo lleve a su tienda. Ya pedirá disculpas al señor Shardlake delante de todos mañana por la mañana.

Dio media vuelta y se marchó. Fui tras él y lo alcancé.

—Se lo agradezco, George, pero no es necesaria una disculpa pública, por favor. Seguro que no lo dijo de corazón, y no me gustaría separarme de la compañía con un episodio así.

—Muy bien. Pero debería compensarle de algún modo.

—Cosas así me han pasado anteriormente. Y volverán a pasarme. —Dudé antes de añadir—: El pobre tiene miedo de lo que pueda suceder.

—Ya lo sé —reconoció Leacon—. A medida que nos acercamos a Portsmouth muchos se inquietan, pero lo que he dicho es cierto: si hay que luchar, la disciplina y la colaboración son lo que puede permitirnos sobrevivir. Aunque al final es cuestión de casualidad y de caos. —Calló un momento y luego dijo—: Esta tarde esos tambores me han dado ganas de chillar. —Otra pausa—. Señor Shardlake, después de

lo que dije en Godalming, ¿cree que…? ¿De verdad cree que estoy en condiciones de dar órdenes? No tendré otro remedio, sir Franklin no servirá para nada. Se le da bien meter en cintura a los hombres, anoche un puñado se puso a beber y montó un alboroto que él zanjó con cuatro palabras, pero ya lo ha visto usted: está demasiado viejo para dar órdenes en una batalla.

—Se lo dije anoche: es usted el mejor capitán con el que podrían contar.

—Gracias —respondió en voz baja—. Temía que pensara lo contrario.

—No. Lo juro.

—Rece por nosotros después de que nos separemos.

—Así lo haré, aunque hace mucho que no siento que Dios escuche mis oraciones.



Pasar la noche en una tienda de campaña con Dyrick fue extraño. Roncaba exageradamente y no me dejó dormir. Por la mañana nos aprestamos para partir, con las posaderas doloridas de tanto montar y yo además muy consciente del padecimiento de la espalda. Era la última jornada de viaje. Sulyard tenía la cara hinchada como una vejiga por todo lo que había bebido la noche antes. Cuando ocupó su lugar en la fila algunos soldados lo miraron con desdén, supuse que porque había demostrado miedo. Sin embargo, Snodin no tenía peor aspecto que de costumbre, como un auténtico borracho.

Emprendimos camino. El ruido de los pasos al marchar, el traqueteo de los carros a nuestra espalda y el polvo que se levantaba se habían convertido en toda una rutina diaria, pero tan solo nos quedaba una jornada. Los soldados seguirían hasta Portsmouth, pero según Dyrick a nosotros apenas nos quedaban unos kilómetros por recorrer hasta un pueblo llamado Horndean, donde doblaríamos en dirección a Hoyland.

Fue otro día caluroso y sofocante. Los soldados cantaron durante la mayor parte de la mañana, de nuevo versiones subidas de tono de canciones de amor cortés, de una obscenidad tan imaginativa que me hicieron sonreír. Volvimos a pasar por territorio boscoso, alternado con trechos de pendientes y prados, así como una aldea, donde la gente se dirigía a la iglesia por ser domingo. Los hombres interrumpieron sus cantos impúdicos por respeto.

Luego, tres kilómetros más allá, donde el camino se estrechaba y proseguía entre altos terraplenes boscosos, nos topamos con un carro enorme que había perdido una rueda y volcado en medio de la calzada. Transportaba un gigantesco cañón de hierro, de cinco metros de largo, que se había desprendido de las gruesas cuerdas que lo sujetaban y yacía en el suelo. Los cuatro grandes caballos que tiraban del vehículo pastaban junto al terraplén. El carretero convenció a los soldados para que le ayudaran con la reparación; el cañón procedía de Sussex y, según dijo, tendría que haber ido a Portsmouth por mar.

Mientras algunos hombres levantaban el carro vacío y otros colocaban la rueda de repuesto en el eje, el resto de la compañía rompió filas y encontró lugar donde sentarse en los márgenes del estrecho paso. Dyrick se dedicó a pasear de un lado a otro con Feaveryear, mirando el bosque, y después fue hasta donde nos habíamos aposentado Barak y yo.

—¿Nos permite? —Se sentaron. Dyrick señaló los árboles con una mano enguantada—. Estas tierras, como las del señor Hobbey, forman parte del antiguo bosque de Bere. ¿Conoce su historia?

—Solo sé que es un antiguo bosque real de época normanda.

—Muy bien, abogado. Pero se utiliza poco: los reyes posteriores han preferido el llamado bosque Nuevo. El de Bere ha ido menguando con el paso de los siglos, los aldeanos han ido reclamando esos derechos de asentamiento que tanto le gustan a usted, las aldeas se han convertido en pueblos, los reyes han vendido tierras o se las han concedido a la Iglesia, como en el caso del priorato de Hoyland. Comprende kilómetros y kilómetros de árboles como estos.

Levanté la vista. La vegetación parecía muy antigua, con robles y olmos enormes a cuyos pies crecía la verde maleza densa y enredada. A pesar de los días de calor que llevábamos, desprendía un olor a tierra mojada.

Se oyó un estrépito procedente del carro: habían colocado la rueda nueva, pero en cuanto la soltaron se desprendió y el vehículo volcó otra vez por el mismo lado.

—Vamos a pasarnos aquí todo el día —rezongó Dyrick, y se puso en pie—. Vamos, Feaveryear, ayúdame a ajustar los arreos del caballo.

Se alejó y Feaveryear lo siguió presuroso.

—No quiere que su escribanucho nos cuente sus secretos —se mofó Barak—. No hace falta que sufra: Feaveryear es fiel como un perrillo.

—¿Te ha contado algo más?

—Solamente le interesa hablar de su salvación, de lo perverso que es el mundo y de que este viaje es una pérdida de tiempo para su insigne amo.

Levantamos la vista: Carswell se acercaba con expresión adusta. Inclinó la cabeza y dijo:

—Caballero, lamento las molestias de anoche. Quería que supiera que pocos piensan como Sulyard.

—Gracias.

Vaciló.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Si lo deseas. —Con un gesto le indiqué que se sentara a mi lado en el terraplén y le dirigí una sonrisa alentadora, a la espera de alguna consulta legal.

—He oído que los abogados de Londres tienen un grupo de cómicos propio —empezó, inesperadamente.

—Pues… a menudo se representan funciones en las cofradías de abogados, pero no, las compañías teatrales son independientes.

—¿De qué clase de gente se trata?

—De juerguistas, creo, pero deben de trabajar mucho, porque si no sería imposible actuar así.

—¿Se ganan bien la vida?

—No; mal. Y Londres se ha puesto difícil. ¿Te apetece ser actor, Carswell?

Se sonrojó.

—Quiero escribir obras. Iba a ver las funciones religiosas que estaban permitidas y de niño escribía mis obritas. Aprendí a escribir en el colegio eclesiástico. Me habrían aceptado como alumno, pero mi familia es pobre.

—Hoy en día casi todas las obras rebosan polémicas religiosas, como las de John Bale. Puede ser un oficio peligroso.

—Quiero escribir comedias, historias que hagan reír a la gente.

—¿Has escrito alguna de las canciones picantes que cantáis? —quiso saber Barak.

—Muchas son mías —respondió él con orgullo.

—La mayor parte de las comedias de Londres son extranjeras —señalé—. Italianas sobre todo.

—Pero ¿por qué no va a haberlas también inglesas? Como las antiguas de Chaucer.

—Por Dios, Carswell, sí que te has instruido.

—El arco y la lectura, señor. Esos han sido siempre mis pasatiempos. A mis padres les molestaba, querían que trabajara en la granja. —Hizo una mueca—. Tenía que irme de allí, me gustó la idea de alistarme. He pensado que cuando acabe esta guerra podría marcharme a Londres y a lo mejor ganarme el pan con algunos cómicos, aprender más cosas sobre la escritura de guiones para esas funciones.

—Ya veo que lo has pensado bien —sonreí—. Sí, precisamente en este momento nos hacen mucha falta buenas obras cómicas inglesas.

Nos interrumpió Snodin, que se plantó ante nosotros.

—Vamos, Carswell —espetó—. Vamos a practicar un poco de tiro en un campo que hay más abajo. Deja en paz a la gente que está por encima de ti, so tarugo.

—No molesta a nadie —terció Barak.

Snodin entrecerró los ojos y replicó:

—Es soldado y hará lo que yo le ordene.

—Sí, señor Snodin.

Carswell se incorporó apresuradamente y se alejó tras el instructor.

—¡Pregunta por mí en Lincoln’s Inn a tu regreso! —le grité, y volviéndome hacia Barak comenté—: Un muchacho curioso. Y tú lleva cuidado de no ponerte en contra a otro oficial. Con uno te sobra y te basta.

—Cabrón. En cuanto a Carswell, mejor sería que no lo animara usted. La mitad de los actores esos acaban borrachos en el arroyo.

—Hoy estás de un humor de perros. ¿Echas de menos a Tamasin?

—Me paso el día pensando cómo estará. —Me miró—. Y también en qué va a hacer usted con esa Ellen.

No respondí.



Comimos junto al camino ya pasado mediodía, y finalmente el carro quedó reparado. Se habían necesitado veinte hombres con cuerdas para volver a cargar el cañón. El carro se hizo a un lado para dejar pasar a la compañía. Seguimos hacia el sur y nos adentramos más en el bosque de Bere.

Me acerqué hasta la cabecera, donde cabalgaba Leacon con sir Franklin.

—George, nos separaremos dentro de poco.

—Sí. Lo lamento.

—Y yo. Pero antes de irnos quería pedirte otro favor, si es posible.

—Les ayudaré si puedo. ¿De qué se trata?

—Si Portsmouth está lleno de soldados, me imagino que un buen porcentaje de quienes han luchado con anterioridad se encontrará allí.

—Sí, Portsmouth está convirtiéndose en el centro de toda la actividad militar.

—Si tiene oportunidad, tal vez pueda preguntar si alguien ha oído hablar de un tal William Coldiron. Es mi actual mayordomo.

Le conté la historia de Coldiron y Josephine, y que, por lo que había oído en la taberna, al parecer no había estado casado.

—Si alguien está al tanto de su historia, me gustaría saberlo. No me creo todo eso de que mató al rey en Flodden, pero sin duda sí que ha sido soldado.

—Preguntaré si tengo oportunidad.

—En ese caso, quizá podría mandarme una carta a casa.

—Así lo haré. Y, si va usted a Portsmouth mientras estoy allí, búsqueme, aunque estaré muy ocupado manteniendo a raya a estos muchachos. Me han dicho que la ciudad se halla sumida en el caos, repleta de marineros y soldados extranjeros. La compañía también se alegrará de verlo.

—¿Ya no me consideran un jorobado que trae mala suerte?

—Solo un par de zopencos como Sulyard.

—Gracias. Me alegra saberlo.

Regresé al final de la fila. El camino empezó a ascender poco a poco y el ritmo se ralentizó. Iba medio dormido sobre la silla cuando Dyrick me sacudió el brazo sin miramientos.

—Nos desviamos aquí.

Me erguí. A la derecha, un estrecho sendero conducía hacia un bosque denso y ensombrecido. Nos apartamos y grité:

—¡George! ¡Aquí os dejamos!

Leacon y sir Franklin se volvieron. El primero hizo un gesto al tambor, que dejó

de tocar. La compañía se detuvo y Leacon se acercó hasta nosotros y me estrechó la mano con firmeza.

—Buen viaje, pues.

—Gracias por dejarnos venir con vosotros.

—Se lo agradecemos —terció Dyrick con una cortesía desacostumbrada—. De haber venido solos habríamos tardado dos días más.

Miré los ojos cansados y atormentados del subcapitán y con sinceridad le dije:

—Me alegro de que hayamos vuelto a vernos.

—Yo también. Ahora tenemos que seguir, llegaremos a Portsmouth bastante tarde.

Dyrick deseó buen viaje a sir Franklin e hizo ademán de levantar una mano enguantada.

Algunos soldados también se despidieron. Carswell agitó la mano. Leacon regresó a la cabecera de la compañía.

—Que Dios os acompañe a todos —les deseé.

Sonó la corneta, los carros de provisiones se movieron pesadamente, la compañía prosiguió su marcha y el fragor de sus pasos fue apagándose cuando doblaron un recodo. Enfilamos el nuevo sendero.



Fuimos avanzando bajo los árboles. De repente se hizo el silencio, no se oía nada aparte del piar de los pájaros. Estaba muy cansado y todos íbamos sucios y malolientes. De repente el sendero terminó ante un antiguo muro de piedra. Cruzamos una verja y penetramos en una amplia superficie de hierba salpicada de árboles, con un jardín ornamental lleno de aromáticas flores de verano a un lado. Justo delante teníamos lo que en su día había sido una iglesia normanda, con un amplio pórtico y una cubierta abovedada, pero desde entonces se habían abierto ventanales cuadrados a ambos lados de la puerta y en los antiguos edificios anexos al claustro, de cuya cubierta surgían nuevas y altas chimeneas de ladrillo. Unos perros ladraron en sus casetas, por detrás de la casa, al detectar el ruido de los caballos. Entonces aparecieron en el pórtico tres hombres vestidos con blusones de criado. Se nos acercaron e hicieron una reverencia. Los seguía un hombre mayor que ellos, de corta barba rubia, ataviado con un jubón rojo y un gorro que se quitó al llegar ante Dyrick.

—Señor Dyrick, bienvenido una vez más al priorato de Hoyland.

—Gracias. ¿Su amo ha recibido mi carta?

—Sí, pero no esperábamos que llegara tan pronto.

Dyrick se volvió hacia mí.

—Este es Fulstowe, el mayordomo del señor Hobbey. Fulstowe, le presento al abogado Shardlake, al que mencionaba en la carta —dijo con cierta mordacidad al

pronunciar las últimas palabras.

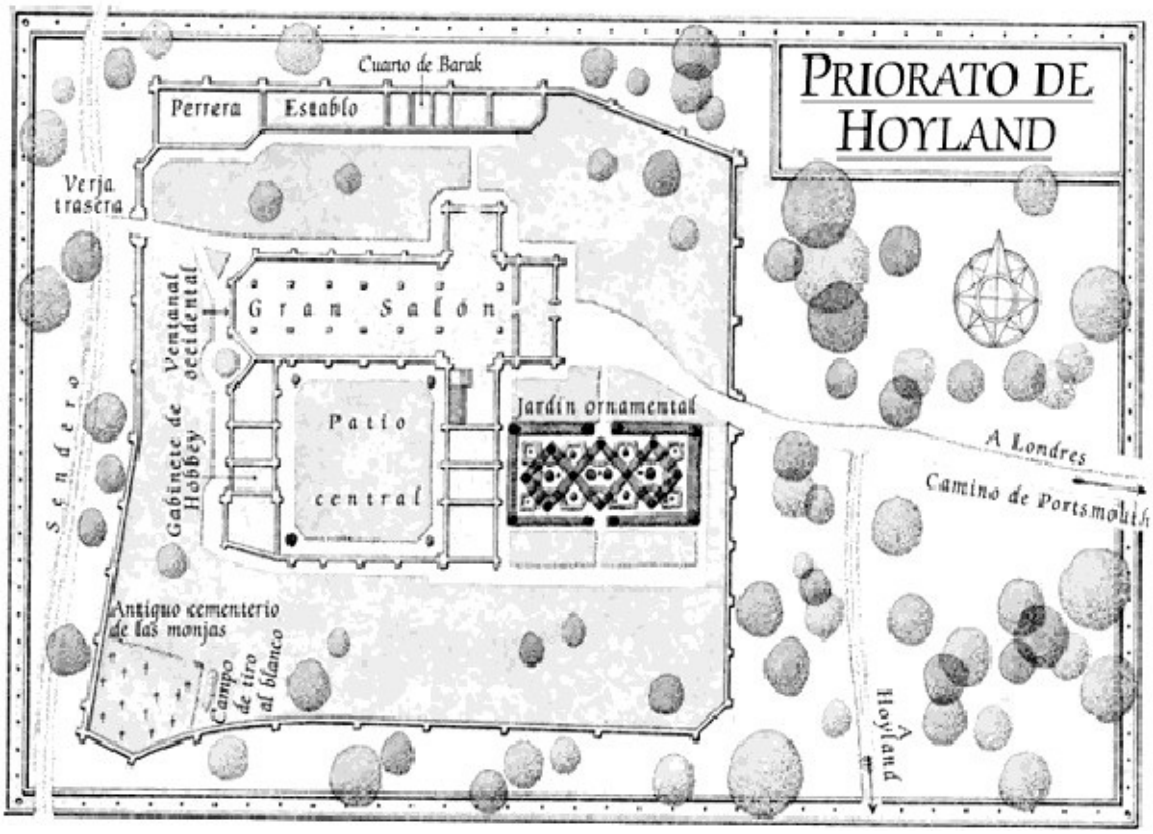
Fulstowe se volvió hacia mí. Tenía más de cuarenta años, una cara cuadrada y arrugada y una corta y rubia barba ya canosa. Su gesto era de respeto, pero sus ojos afilados se clavaron en los míos.

—Bienvenido, caballero —saludó con tranquilidad—. Estos muchachos se ocuparán de sus caballos. —Se volvió hacia el pórtico—. El señor Hobbey y su familia aguardan para saludarlos.

En los escalones vimos a cuatro personas alineadas, un hombre y una mujer maduros y dos muchachos menores de veinte años: uno grueso y moreno, el otro alto, esbelto y de pelo castaño. Los cuatro parecían mantenerse rígidos mientras esperaban en silencio para recibirnos.

Tercera parte

El Priorato de Hoyland



Capítulo 17

Descabalgamos. Fulstowe dirigió a Feaveryear una sonrisa formal.

—¿Todo bien, señor escribiente?

—Sí, gracias, señor Fulstowe —respondió con una inclinación de la cabeza.

Fulstowe miró a Barak.

—Usted debe de ser el escribiente del señor Shardlake.

—En efecto. Jack Barak.

—El mozo les mostrará sus cuartos. Me encargaré de que lleven las alforjas de sus amos a sus aposentos.

Hice un asentimiento a Barak, que junto con Feaveryear siguió al mozo, mientras los demás criados se llevaban los caballos.

—Echará usted de menos a su amanuense, señor Shardlake —comentó Dyrick con una sonrisa—. Bueno, ya es hora de que conozca a nuestros anfitriones y a su pupilo.

Lo seguí hacia los escalones, donde aguardaba el cuarteto. Cerca del muro trasero del jardín se había preparado un campo de tiro al blanco consistente en un montículo con una diana de tela en el centro. Detrás me pareció distinguir varias lápidas desordenadas. Subí los escalones detrás de Dyrick.

Nicholas Hobbey era un hombre enjuto de entre cuarenta y cincuenta años, con pelo grueso y canoso y un semblante estrecho y severo. Llevaba un jubón de verano, azul y de buen algodón, y una toga corta por encima. Estrechó la mano de Dyrick afectuosamente.

—Vincent —saludó con voz clara y melodiosa—, me alegro de volver a verlo por aquí.

—Lo mismo digo, Nicholas.

—Señor Shardlake —dijo entonces Hobbey con formalidad—, espero que acepte nuestra hospitalidad. Estoy deseando disipar las inquietudes de quienes lo han enviado. —Sus ojillos castaños me inspeccionaron con detenimiento—. Le presento a mi esposa, la señora Abigail.

Hice una reverencia a la mujer que Michael Calfhill había calificado de loca. Era alta y de rostro angosto, como su marido. El polvo de albayalde de sus mejillas no lograba disimular las arrugas. Llevaba un vestido de falda ancha de seda gris con mangas amarillas abullonadas y una corta capucha forrada de perlas; el pelo que le caía por la frente era de un rubio apagado que iba encaneciendo. Al incorporarme tras la reverencia me la encontré mirándome fijamente. Se inclinó también un instante y luego se volvió hacia los muchachos que estaban a su lado, tomó aire con el cuerpo tenso y habló con voz aguda:

—Mi hijo, David, y el pupilo de mi esposo, Hugh Curteys.

David era un poco más bajo de lo normal, recio y fornido. Llevaba un jubón marrón oscuro sobre una camisa blanca con largo cuello de puntilla. Tenía pelo negro cortado al rape. Zarcillos de vello asomaban por la parte delantera de la camisa. El reverendo Broughton había dicho que David era un niño feo a punto de convertirse en un hombre feo. Presentaba una cara redonda de rasgos marcados y gruesos labios; iba bien afeitado, aunque se apreciaba una sombra negra en las mejillas. Tenía ojos azules y saltones como su madre, único detalle que recordaba a sus progenitores. Me miró con un gesto que revelaba desdén.

—Señor Shardlake —saludó con parquedad mientras tendía la mano; estaba caliente, húmeda y, para mi sorpresa, encallecida.

Me centré en el muchacho por el que habíamos recorrido más de cien kilómetros. Hugh Curteys vestía asimismo jubón oscuro y camisa blanca, y también llevaba el pelo al rape. Recordé la historia de la señora Calfhill sobre la vez que el muchacho había tenido piojos y había perseguido a su hermana por toda la habitación entre risas. Sentí entonces la cruz de Emma al cuello, donde la había llevado para tenerla a buen recaudo durante el viaje.

Hugh contrastaba por completo con David. Era alto y de constitución atlética, ancho de pecho y estrecho de cintura. Tenía mentón alargado, nariz fuerte y boca carnosa. Aparte de un par de lunares diminutos, habría hecho gala de un rostro sumamente apuesto si no hubiera sido por las cicatrices y los hoyuelos de la viruela que presentaba en la parte inferior. En el cuello las marcas eran aún peores. La mitad superior del rostro estaba muy bronceada, lo que evidenciaba aún más las cicatrices blancas de la otra. Sus ojos, de un verde azulado poco habitual, eran claros y destacaban por su falta de expresión. Su buena salud era evidente, pero detecté tristeza en él.

Me dio la mano. La suya estaba seca y se mostró firme. También tenía callos.

—Señor Shardlake —saludó con voz grave y ronca—. Al parecer conoce usted a la señora Calfhill.

—Así es.

—La recuerdo. Una anciana buena y cariñosa —aseguró, pero sin expresión en aquellos ojos vigilantes.

Fulstowe, el mayordomo, se había colocado junto a su amo y nos observaba. Tuve la extraña impresión de que supervisaba a los miembros de la familia para ver cómo se comportaban, como quien dirige una representación.

—Esta mañana han llegado dos cartas para usted, señor Shardlake —anunció—. Están en su habitación. Y una para su escribiente, Barak. Las ha traído un correo que iba de camino a Portsmouth. Me ha parecido que había pasado la noche a caballo. —Me miró con interés—. Una de ellas lleva el sello de la reina.

—Tengo la fortuna de contar con el procurador de su majestad como amigo. Se ha encargado de que los correos reales me traigan la correspondencia. Y de que la recojan también, en Cosham.

—Puedo mandar a un criado a que lleve sus cartas hasta allí.

—Gracias —contesté, y pensé que debería asegurarme de que estuvieran bien selladas.

—El señor Shardlake es modesto —intervino Dyrick—. En ocasiones la reina le encarga casos. —Miró con complicidad a Hobbey—. Ya se lo comenté en la carta.

—¿Entramos? —dijo nuestro anfitrión con voz pausada—. A mi esposa no le gusta el sol.



Cruzamos lo que en su día había sido el vestíbulo de la iglesia. En el interior había un curioso olor a polvo y madera reciente que cubría la esencia leve pero penetrante del incienso. El crucero meridional se había transformado en una amplia escalinata que daba a los antiguos edificios conventuales, mientras que la nave del templo se había convertido en un impresionante salón con la añeja cimbra al descubierto. En las paredes colgaban vistosos tapices de escenas de caza. En lugar de las antiguas ventanas había otras modernas con maineles y se habían añadido algunas más, con lo que la estancia quedaba bien iluminada. En una vitrina se exponían platos de cristal veneciano y jarrones con flores dispuestas con elegancia. Sin embargo, al fondo del salón se conservaba el antiguo ventanal de poniente, un enorme arco con su vidriera original con imágenes de santos y discípulos. Debajo había una gran mesa de comedor cubierta por un buen mantel. Una anciana criada colocaba el servicio. En una pared se había instalado un hogar. Aquella reforma debía de haber costado tiempo y mucho dinero; solamente los tapices valían una cantidad considerable.

—Han avanzado ustedes desde mi última visita, Nicholas —comentó Dyrick con admiración.

—Sí —respondió Hobbey con su tono pausado—. En el ventanal de poniente hay que colocar un cristal transparente, pero por lo demás está todo acabado, aparte del dichoso cementerio de las monjas.

—Me ha parecido ver lápidas a lo lejos junto al muro —apunté—. Al lado del campo de tiro al blanco.

—La gente del pueblo se niega a demolerlas, por mucho dinero que ofrezcamos. —Sacudió la cabeza—. Campesinos supersticiosos…

—Dominados por ese granuja de Ettis —terció Abigail con amargura.

La miré; parecía tensa como un arco, con las manos enlazadas y ligeramente temblorosas.

—Traeré a alguien de Portsmouth, cariño, en cuanto las cosas vuelvan a calmarse por allí —respondió Hobbey en tono tranquilizador—. Veo que admira mis tapices, señor Shardlake.

Se acercó a la pared y Dyrick y yo lo seguimos. Las colgaduras eran en efecto de una calidad excepcional, una serie de cuatro que conformaban una escena de caza. La

presa era un unicornio que en el primer tapiz salía sobresaltado de su guarida en el bosque, en el segundo y en el tercero era perseguido por varios jinetes y, en el último, de acuerdo con una antigua leyenda, se había detenido en un claro para reposar la enastada cabeza sobre el regazo de una doncella que sonreía con recato. Sin embargo, el encanto de la muchacha era una trampa, ya que en los árboles de alrededor acechaban arqueros con las flechas a punto. Estudié el intrincado tejido y los colores, de hermosos tintes.

—Son germanas —se vanaglorió Hobbey—. En mi época comerciaba sobre todo por el Rin. Los conseguí por un buen precio, eran de un mercader arruinado en la revuelta de los campesinos. Son mi gran orgullo, del mismo modo que el jardín es el de mi esposa. —Pasó la mano casi con veneración por la cabeza del unicornio—. Deberían ver qué caras ponen esos aldeanos cuando vienen a la audiencia señorial. Se quedan mirando mis tapices como si las figuras fueran a saltarles encima. —Se echó a reír con desdén.

Los jóvenes se habían acercado. David observaba a los arqueros preparados para abatir el unicornio.

—A esa distancia sería difícil fallar —comentó despectivamente—. Un ciervo jamás te permite acercarte tanto.

Recordé los callos que había notado en su mano y en la de Hugh y pregunté:

—¿Practican en el campo de tiro al blanco?

—Todos los días —respondió David con orgullo—. Es nuestro gran deporte, mejor incluso que la cetrería. El mejor de los pasatiempos viriles. ¿No es cierto, Hugh?

Propinó una palmada en el hombro a Hugh, con excesiva fuerza en mi opinión. Detecté una inquietud contenida en su actitud. Su madre lo observaba con atenta mirada.

—Así es. —Hugh contestó con una expresión indescifrable—. Tengo un ejemplar del *Toxophilus* de Roger Ascham, recién impreso, que ha presentado al rey este año. El señor Hobbey me lo regaló por mi cumpleaños.

—Felicidades. —Era el libro que, según me había contado la reina, estaba leyendo lady Isabel—. Me gustaría verlo.

—¿Le interesa el tiro?

—Más bien me interesan los libros —respondí con una sonrisa—. No estoy hecho para el arco.

—Le mostraré mi ejemplar con mucho gusto —dijo, y por primera vez vi cierta animación en su semblante.

—Más tarde, quizás —intervino Hobbey—. Nuestros invitados llevan cinco días de viaje. En sus habitaciones les espera agua caliente, caballeros, no dejen que se enfríe. Luego bajen y acompáñennos. He ordenado a los criados que preparen una buena cena. —Chasqueó los dedos mirando a la anciana—. Ursula, muestra a los señores Dyrick y Shardlake sus aposentos.

Nos llevó a la planta superior, por un pasillo cuyas ventanas en forma de arco me permitieron ver el viejo claustro, ornamentado con más parterres y apacible entre las sombras ya alargadas. Ursula abrió la puerta de una gran habitación de invitados con una cama con dosel. Una jofaina con agua humeaba en una mesa junto a tres cartas.

—Gracias —dije.

Asintió con circunspección. A su espalda, en el umbral, Dyrick inclinó la cabeza.

—¿Ve lo bien que está el señor Curteys? —preguntó.

—Eso parece. A primera vista.

Dyrick suspiró, sacudió la cabeza y dio media vuelta para seguir a Ursula. Yo cerré la puerta, me dirigí hacia la cama y cogí las cartas. Una estaba dirigida a «Jack Barak» con mano torpe. Abrí las otras dos. La primera, enviada por Warner y fechada tres días antes, era breve. Se disculpaba de nuevo por no haber podido enviar a uno de sus hombres a acompañarnos y anunciaba que los reyes saldrían rumbo a Portsmouth el 4 de julio, es decir, dos días después, por lo que ya estaban en camino. Al parecer, esperaban llegar el día 15 e iban a alojarse en el castillo de Portchester. Había iniciado pesquisas sobre el historial financiero de Hobbey, pero aún no tenía nada de que informarme.

Pasé con impaciencia a la misiva de Guy, escrita el mismo día con su letra minúscula y pulcra.

Apreciado Matthew:

La casa está tranquila. Coldiron hace todo lo que le digo, aunque con aire hosco. El clima de rechazo a los extranjeros empeora por momentos; hoy he ido a ver a Tamasin, que gracias a Dios sigue bien, y por el camino he recibido varios insultos. Simon dice que ha visto pasar por Londres más tropas, muchas de ellas de camino a la costa meridional. Llevo más de veinte años en Inglaterra y jamás había visto algo así. A pesar de tantas bravuconadas, creo que la gente tiene miedo.

Una cosa extraña: ayer entré en el salón y sobresalté a Josephine, que estaba quitando el polvo. Pegó un respingo y se le cayó un jarroncito que se rompió. Estoy seguro de que la oí exclamar una palabra, *merde*, que sé a ciencia cierta que es una palabrota en francés. Se disculpó y se mostró asustadiza como siempre, así que no le di más importancia, pero me pareció raro.

Hoy acudiré al Bedlam a visitar a Ellen; ya te contaré cómo se encuentra. Tras haber meditado sobre el asunto considero más que nunca que la mejor forma de ayudarla es dejarla en paz, pero la decisión es tuya.

Tu amigo sincero y fiel,

Guy Malton

Doblé la carta. En contra de lo que me decía, ya había decidido visitar Rolfswood de camino a casa; me sentía obligado. Suspiré y fui a mirar por la ventana. Se veía el cementerio, un amasijo de losas rodeadas de hierba sin cortar. Me dije que Dyrick

tenía razón y Hugh rebosaba salud. Además, el tono de Nicholas Hobbey había sido en todo momento de suma cordialidad. No parecía capaz de haber encargado a aquellos golfos que me atacaran. Sin embargo, había algo que no encajaba, lo notaba.



Nos sirvieron una cena sustanciosa en el gran salón. Estaba oscureciendo y se habían encendido los candelabros que colgaban de las paredes de toda la estancia. Hobbey ocupó la cabecera, Hugh y Dyrick se sentaron a un lado y David y Abigail al otro. Yo ocupé la silla restante, junto a la señora de la casa. El mayordomo se quedó detrás de Hobbey, presidiendo el ágape mientras los criados servían la comida; sus pisadas resonaban en el suelo de baldosas decoradas de la antigua iglesia, ya desgastado. Aparte de Ursula, eran casi todos hombres jóvenes. Me pregunté cuánto servicio tendrían los Hobbey; una docena de personas, quizá.

Me percaté de un ruidillo a mi lado, una especie de resuello o resoplido. Bajé la vista y vi lo que parecía un fardo de pieles en el regazo de Abigail. Entonces distinguí dos ojillos que me miraban con curiosidad jovial. Era un pequeño spaniel, como el perro de la reina, pero muy gordo. Su dueña le sonrió con ternura inusitada.

—Papá —dijo David con repugnancia—, mamá vuelve a tener a *Lamkin* en el regazo.

—Por favor, Abigail, deja que Ambrose lo saque al jardín —pidió Hobbey con su voz tranquila y monocorde—. No queremos que vuelva a subirse a la mesa, ¿verdad?

Abigail permitió que Fulstowe se llevara al perrito, aunque lo siguió con la mirada hasta que ambos abandonaron el salón. Después se volvió hacia mí, con un destello de algo parecido al odio en los ojos. Fulstowe regresó y volvió a colocarse detrás de su amo. Ursula colocó en la mesa un aromático cuenco de salsa de jengibre. Dyrick repasó la comida con una sonrisa de anhelo. Hugh miraba al frente sin expresión alguna.

—Vamos a bendecir la mesa —anunció Hobbey.



Era una cena espléndida, con ganso asado, suculentas salsas y buen vino tinto en copas de plata. Dyrick y yo, hambrientos los dos, empezamos a comer con fruición.

—¿Cómo van las cosas en Londres? —quiso saber Hobbey—. He oído que ha vuelto a devaluarse la moneda.

—Es cierto. Eso está provocando mucha confusión y problemas.

—Me alegro de haberme venido a vivir al campo. ¿Qué tal fue el viaje? Aquí hemos tenido varias tormentas, pero sé que en Londres han sido peores. Me quedé con la inquietud de que los caminos estuvieran enfangados, además de colapsados por

todo lo que ha enviado el rey a Portsmouth.

—Así fue —reconoció Dyrick—, pero tuvimos suerte, gracias al letrado Shardlake. Nos encontramos a un antiguo cliente suyo, un subcapitán de una compañía de arqueros, que nos permitió viajar con ellos. Cada vez que sonaba la corneta se apartaba todo el mundo.

Hugh me miró con interés.

—¿Un cliente agradecido? —preguntó Hobbey sonriéndose—. ¿Qué le consiguió usted?

—La propiedad de unas tierras.

Asintió, como si hubiera esperado precisamente eso.

—¿Y se dirigían a Portsmouth?

—Sí. Muchachos de campo, de Middlesex. Uno de ellos quiere ir a Londres para ser dramaturgo.

—¿Un campesino que escribe obras de teatro? —Hobbey soltó una breve risa de mofa—. En la vida he oído una cosa así.

—Creo que había compuesto las cancioncillas verdes que iban cantando los soldados por el camino —apuntó Dyrick—. Excúseme, señora Abigail.

La aludida sonrió con tirantez.

—Los muchachos del campo deberían dedicarse a tirar del arado —sentenció Hobbey con determinación.

—¿Menos cuando los reclutan para que nos defiendan a todos? —preguntó Hugh pausadamente.

—Sí. Cuando ya son hombres hechos y derechos —repuso Hobbey, mirando a su pupilo con repentina severidad.

—Hay más hombres que se dirigen hacia el sur —comentó Dyrick—. Y los reyes vienen a Portsmouth a pasar revista a los barcos, según he oído.

Hugh se volvió hacia mí.

—¿Esos soldados eran arqueros?

—Sí, señor Curteys. Había que ver su destreza con la flecha para creerla.

—Debería vernos practicar a Hugh y a mí —intervino David, inclinándose para quedar por delante de su madre. Con orgullo añadió—: Yo soy el más fuerte.

—Pero el que da en el blanco soy yo —apostilló Hugh tranquilamente.

—De joven se me daba bien el arco —comentó Dyrick—. Ahora enseño a mi hijo. Y doy gracias a Dios de que solo tenga diez años y no puedan llamarlo a filas.

—Al señor Shardlake no le interesará veros practicar ese deporte tan peligroso, muchachos —afirmó Abigail—. Un día de estos un criado acabará atravesado por una flecha.

Hugh clavó en ella su fría mirada y comentó:

—Solo corremos peligro de que alguien nos clave una, mi querida señora, si nos invaden los franceses. Dicen que tienen más de doscientos barcos.

—Cuántos rumores —comentó Hobbey, sacudiendo la cabeza—. Cien,

doscientos. Menudo alboroto. En el norte de Hampshire han reclutado a tres mil hombres para mandarlos a Portsmouth. El pueblo de Hoyland, como todos los del litoral, queda exento, y los hombres de la milicia están listos para marchar hacia la costa cuando se prendan las almenaras.

—En Londres están reclutando a mucha gente —señaló Dyrick.

—Yo acompañé al magistrado de la zona a pasar revista a los hombres del pueblo. Aunque hay unos cuantos rufianes entre ellos, son sujetos fornidos que cumplirán en la batalla. —Con gesto de petulancia, Hobbey añadió—: Como señor de estas tierras, he tenido que suministrarles pertrechos. Por fortuna, las monjas tenían unas cuantas picas y pellizas, así como varios cascos oxidados, con lo que he cumplido las obligaciones militares del señorío.

Se hizo un breve silencio. Pensé en los hombres de Leacon, que reparaban aquellas pellizas viejas y polvorientas con las que tendrían que luchar. Hobbey me miró con unos ojos que centelleaban a la luz de las velas y me dijo:

—Tengo entendido que conoce usted personalmente a la reina, señor Shardlake.

—Tengo ese privilegio —repuse con prudencia—. Me presentaron a su majestad cuando aún era lady Latimer.

Hobbey extendió las manos y sonrió con frialdad.

—Yo, ay de mí, no cuento con el patrocinio de ningún personaje de las altas esferas. He prosperado tan solo hasta llegar a caballero de campo.

—Tiene usted mucho mérito por ello, señor —aseguró Dyrick—. Y por su bella casa.

—Estas pequeñas viviendas religiosas pueden transformarse en espléndidas residencias. El único inconveniente que tiene esta es que también se utilizaba como iglesia de Hoyland, de modo que los domingos tenemos que acudir a otra parroquia.

—Con todos esos zopencos del pueblo —apostilló Abigail en tono cortante.

—Y debido a nuestra posición tenemos que asistir todos los domingos —añadió Hobbey cansinamente.

Me quedó claro que no se trataba de una familia religiosa.

—¿Cuántas monjas vivían aquí, Nicholas? —pregunto Dyrick.

—Solo cinco. Era un noviciado dependiente de la abadía de Wherwell, en el oeste del condado. Tengo un cuadro de la penúltima abadesa en mi gabinete, se lo mostraré mañana.

—Con un griñón muy apretado que le envuelve toda la cara —comentó Abigail, estremeciéndose.

—Aquí mandaban a las monjas díscolas —explicó David—, a las que los monjes habían pasado la mano por esos griñones y por otras partes…

—Debería darte vergüenza, David —lo riñó su padre, aunque sin mucho afán y con indulgencia en la mirada.

—Algunas noches, sentado aquí, me parece oír ecos lejanos de sus oraciones y sus salmos —dijo Hugh sosegadamente—, del mismo modo que seguimos oliendo un

rastro del incienso.

—No se merecen ninguna compasión —señaló Hobbey con rotundidad—. Vivían como parásitos de las rentas de sus bosques.

«Como tú ahora», pensé.

—Hoy podrían sacar un buen beneficio —observó Dyrick—. La madera está por las nubes.

—Sí. Es buen momento, mientras haya guerra.

—Su tierra y también la del señor Hugh darán pingües beneficios —intervine.

Dyrick arqueó las cejas y respondió:

—El señor Hobbey está acumulando una buena reserva de dinero para Hugh.

—Tiene usted permiso para examinar mis cuentas —afirmó Hobbey.

—Gracias —repuse en tono neutro, a sabiendas de que podían amañarse.

—Para cuando cumpla los veintiún años —dijo Hugh con calma, y soltó una risa breve y amarga.

Abigail dejó escapar un profundo suspiro; estaba tan tensa que parecía a punto de explotar.

Hobbey sirvió otra ronda de vino, pero Dyrick tapó su copa con la mano.

—No deseo más, gracias. Prefiero mantener la cabeza bien despierta —señaló, mirándome significativamente.

—¿Qué pasó con las monjas cuando se fueron? —pregunté.

—Recibieron buenas pensiones.

—La vieja Ursula estaba a su servicio —comentó Abigail—. Preferiría que volvieran, se le nota.

—Necesitábamos a alguien que conociera el lugar —explicó Hobbey con cierta impaciencia.

—Me mira con insolencia. Y los demás criados son todos del pueblo. Nos odian, una noche nos asesinarán a todos mientras dormimos.

—Ay, Abigail, ya estamos con esos miedos y fantasías tuyos.

Entraron de nuevo los criados con bandejas de natillas y confites. Mientras comíamos me fijé en las velas, que parpadeaban y perdían intensidad. Entonces me di cuenta de que grandes cantidades de mariposas nocturnas revoloteaban a su alrededor, como había sucedido en la hoguera de la noche anterior. Las pobres acercaban demasiado las alas a las llamas y se desplomaban, pero otras ocupaban su lugar de inmediato.

—Alguno de esos criados imbéciles ha dejado una ventana abierta —se quejó Abigail.

—Nunca había visto tantas palomillas como este verano —comentó Hobbey, observando las velas con curiosidad—. Será por el tiempo tan raro que tuvimos en junio.

Dyrick miró a nuestro anfitrión y luego a mí.

—Bueno, señor Hobbey, la cena ha sido deliciosa, pero ahora tal vez debamos

tratar el asunto que nos ha traído aquí.

—Sí —reconoció Hobbey—. Abigail, muchachos, quizá deberíais dejarnos.

—¿No es mejor que Hugh se quede? —pregunté.

—No —respondió Dyrick con firmeza—. Es un niño, y esto es asunto de mayores. Ya tendrá usted oportunidad de hablar largo y tendido con él mañana.

Me volví hacia Hugh, que se levantó con rostro impasible y se marchó con Abigail y David. Al cerrarse la puerta oí que la señora de la casa llamaba a *Lamkin*. Fulstowe permaneció en su sitio, detrás de su amo, inmóvil como un soldado de guardia.

—Me gustaría que Ambrose se quedara —dijo Hobbey—. Se ocupa de mis asuntos en la finca.

—Faltaría más —respondí.

—Bueno, señor Shardlake. Esta cuestión es sorprendente —empezó Hobbey, reclinándose en la silla—. Mi familia está afectada. La salud de mi esposa es delicada desde la muerte de la pobre Emma.

—Lo lamento.

—Siempre había querido una hija.

Sin embargo, pensé, Hugh no sentía afecto por ella, la trataba con formalidad y frialdad y la llamaba «señora». Y David la había despreciado.

—Y en estos momentos está inquieta por la cacería —prosiguió Hobbey en tono menos sombrío—. Hemos organizado una cacería en mis tierras, señor Shardlake. Será todo un acontecimiento, la primera que se celebra en mi nuevo coto. —El orgullo se había adueñado de su voz pausada, lo mismo que al mostrarme los tapices —. Debía haber sido esta semana, pero la hemos pospuesto hasta el lunes que viene para acabar antes con esto. —Sacudió la cabeza—. Y todo porque a Michael Calfhill se le ocurrió presentarse aquí en primavera como un torbellino.

—¿Me permite preguntar qué sucedió entonces? Informalmente, por el momento.

Hobbey miró a Dyrick, que asintió.

—No tiene mucho misterio. Una tarde de abril los muchachos estaban en el campo de tiro. Desde que empezó esta guerra solo piensan en el arco. Me encontraba en mi gabinete cuando entró un criado para anunciar que fuera había un desconocido que gritaba a Hugh. Hice llamar a Ambrose y salimos. Al principio no reconocí a Calfhill, hacía cinco años desde que había estado a mi servicio. Estaba como loco y chillaba a Hugh que tenía que irse con él. Decía que lo amaba más que nadie en este mundo. —Inclinó la cabeza hacia mí de manera significativa y se volvió hacia Fulstowe—. Fue una escena extraordinaria, ¿no es cierto, Ambrose?

—El señor David también estaba presente y parecía aterrado —apuntó el mayordomo tras asentir con gesto serio.

—¿Cómo reaccionó Hugh, señor Hobbey?

—Tenía miedo. Los dos muchachos contaron luego que Calfhill apareció sin más por el viejo cementerio de las monjas.

—Debió de haberse escondido allí —añadió Fulstowe—. Está cubierto de vegetación.

—Resulta, pues, que Michael Calfhill era un pervertido —intervino Dyrick—. Probablemente llevaba años rondándole por la cabeza lo que quería hacerle a Hugh y eso lo volvió loco. —Extendió el brazo y aplastó una mariposa nocturna que había caído encima de la mesa y se había quedado revoloteando, agitando desesperadamente las alas chamuscadas. Limpió los restos con una servilleta—. Perdóneme, Nicholas, pero me ponen nervioso. Bueno, letrado Shardlake, ¿cómo desea proceder con las declaraciones?

—Me gustaría hablar con Hugh, por descontado, y con usted y con su esposa —repuse. Hobbey asintió.

—Siempre que el señor Dyrick esté presente en todas las reuniones.

—Y con el señor David.

—No —terció Dyrick—. Es menor de edad. Hugh también, pero la Audiencia querrá ver su testimonio a pesar de su juventud. Lo de David es muy distinto.

—Y con Fulstowe y con los demás criados que traten con los muchachos —añadí.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Dyrick—. Tendremos que quedarnos hasta que empiece el otoño.

—Con Fulstowe por descontado. —Hobbey se inclinó hacia delante, hablando con el mismo tono tranquilo y monocorde, pero también con dureza—. Pero el servicio solo conoce a los muchachos como señores.

—La Audiencia de Tutelas no permitiría un interrogatorio aleatorio de los criados —aseguró Dyrick—, a no ser que tengan conocimiento de algo concreto. De otro modo se desautoriza al señor de la casa.

Dyrick estaba en lo cierto; me había limitado a probar suerte. No podía obligar al servicio, ni a David, a prestar declaración si no consideraba que estaban al tanto de algo en particular. De todos modos, me habría gustado hablar con David; tras su insensatez de niño consentido había desasosiego. Y Abigail había hablado de que los criados acabarían asesinándolos en plena noche, mientras que Dyrick me había contado que Hobbey deseaba vallar las tierras del pueblo. Si los criados eran de allí, eso podría explicar el miedo de Abigail. Y quizás alguno se animaría a hablar conmigo.

—Dejaremos de lado a David y los criados —convine—, por ahora.

—Por siempre —corrigió Dyrick.

—Luego tenemos al albacea —añadí—. Sir Quintin Priddis.

—Le he escrito y hoy me ha llegado su contestación —informó Hobbey—. Ahora se encuentra en Christchurch, pero regresará a Portsmouth el viernes. Sugiero que vaya allí a verlo.

—Preferiría hablar con él aquí —repuse—. En los próximos días me gustaría ver los bosques de Hugh, y luego tenía la esperanza de que sir Quintin y yo los recorriéramos juntos a caballo para poder preguntarle por las extensiones de bosque

que se han talado y cuánto dinero han reportado.

—Dudo que esté en condiciones —respondió Hobbey—. Sir Quintin Priddis es un anciano al que le falla el cuerpo, aunque no la mente. Y recorrer esos bosques es trabajoso. Si hay que cabalgar por las tierras suele encargarse su hijo Edward. Y no sé si está con él.

—En mi opinión, la Audiencia deseará que complazca usted al señor Hobbey en la medida de lo posible, letrado —señaló Dyrick—. ¿No puede verse con sir Quintin en Portsmouth? Si lo acompaña su hijo, tal vez pueda regresar con usted para recorrer las tierras de Hugh.

Lo medité. La comitiva real tardaría diez días en llegar. Mientras tanto podía acudir a Portsmouth sin peligro.

—Muy bien, siempre que le escriba usted, señor Hobbey, para dejar claro que más adelante puedo requerir su presencia o la de su hijo en Hoyland.

—Lo único que deseo es cooperar, señor Shardlake —aseguró Hobbey con seriedad—, satisfacer todas las demandas razonables. —Puso énfasis en lo de «razonables»—. Mandaré que suban mis libros de cuentas a su habitación.

—Gracias. —Me levanté—. En ese caso hasta mañana, caballero. Fulstowe, me gustaría llevar esta carta a Barak. Su esposa está a punto de tener un hijo. ¿Le importaría decirme dónde se encuentra su cuarto?

El mayordomo se acercó.

—Está en una de las viejas casetas exteriores. Lo acompaño.

—No quiero molestarle. Puedo ir solo.

—Ahí fuera no hay luz a esta hora —apuntó Hobbey.

—No importa. Me crie en el campo.



Salimos del gran salón. Hobbey nos dio las buenas noches y subió por la escalera; Dyrick inclinó la cabeza con brusquedad y se despidió:

—Hasta mañana.

Seguí a Fulstowe al exterior. Se detuvo en los escalones y miró las estrellas.

—Hace buena noche, señor —comentó con una sonrisa respetuosa que me hizo pensar que se trataba de un mayordomo de verdad, leal a su señor, y no un zopenco como Coldiron, aunque no por eso confiaba en él lo más mínimo.

—Es cierto. Esperemos que continúe este tiempo benigno.

Fulstowe señaló una hilera de sólidas construcciones pegadas al muro de la propiedad.

—La puerta de su criado es la cuarta empezando por la izquierda. ¿Está seguro de que no desea que lo acompañe?

—No, gracias. Nos veremos mañana.

—En ese caso, buenas noches, señor —se despidió con una reverencia—. Dejo la

puerta entreabierta.

Bajé los escalones. Tomé aire, aliviado de haberme alejado de todos ellos. Aspiré los aromas del campo, el de la hierba y la fragancia de las flores del jardín de Abigail. Todavía no me había acostumbrado al silencio tras los días de camino.

Oí pasos a mi espalda. Volví la cabeza. La única luz era la de la luna y la de unas pocas velas que titilaban en las ventanas del priorato. No vi a nadie, pero la hierba estaba salpicada de árboles tras los cuales podía esconderse alguien. Volvió a apoderarse de mí el miedo, el miedo que me había acompañado desde el asalto de aquellos golfos, y fui consciente de lo mucho que echaba de menos la seguridad que suponía viajar con la compañía de Leacon. Apreté el paso y fui volviéndome cada poco para indicar a quien estuviera espiándome que lo había oído. Conté las casetas, bajas y funcionales, y llamé a la puerta de la cuarta. Se abrió y Barak asomó la cabeza, vestido con su camisa de dormir.

—Es usted. Por Dios, creía que alguien trataba de echar abajo la puerta. Pase.

Era una habitacioncilla miserable con una carriola en un rincón, iluminada por una vela de sebo barata y humeante. Saqué la carta.

—¿Noticias de Tamasin? —preguntó, con el rostro alegre de repente.

—Yo he recibido carta de Guy, que dice que tu mujer sigue bien.

Barak abrió la misiva sin demora y la leyó. Sonrió de oreja a oreja.

—Sí, va todo bien. Tammy dice que cumple todo lo que le indica Jane Marris, aunque no sé si creérmelo.

—Pero ¿no es esa la letra de Guy? —pregunté, intrigado.

Barak se sonrojó y luego me miró.

—Tamasin apenas sabe escribir. ¿No lo sabía?

—Pues no —contesté, turbado—. Lo siento, creía que…

—Tamasin es mujer de baja cuna, apenas le enseñaron a firmar —explicó con brusquedad; lo había ofendido—. ¿Dice Guy cómo está Ellen?

—No la había visitado aún al escribir la carta —respondí, y Barak refunfuñó. Para aligerar las cosas pregunté—: ¿No han puesto a Feaveryear a hacerte compañía?

—No, gracias a Dios. Lo tengo de vecino. Hace un rato le he oído rezar al otro lado de la pared.

—Bueno, no podemos criticarlo por ser religioso.

—Yo lo critico por la deferencia con que trata a ese Dyrick, como si fuera el enviado de Dios en la Tierra.

—Sí. Lleva razón quien dice que un criado fiel se convierte en un idiota de por vida.

Barak me miró atentamente y preguntó:

—¿Se encuentra bien? Lo he visto asustado al entrar.

—Me ha parecido que me seguían. Me habré equivocado. —Solté una risita nerviosa—. Por aquí no hay aprendices golfos.

—Aún no sabemos quién los contrató. ¿Cree que podría haber sido Hobbey?

—No lo sé. Es un hombre duro, a pesar de toda esa cortesía, pero no creo que haya tenido tiempo de dar órdenes a nadie.

—¿Y qué hay de Hugh Curteys? ¿Cómo le parece que está?

—Bien. Acabo de cenar con la familia. Creo que le gustaría alistarse.

Barak enarcó las cejas.

—Bueno, que ocupe mi lugar. ¿Cuándo cree que volveremos?

—Tenemos que ir a Portsmouth el viernes a ver a Priddis, el albacea. Luego ya veremos.

—¿El viernes? Maldición, creía que para entonces ya estaríamos de camino a casa.

—Ya lo sé. Mira, mañana quiero que me ayudes a tomar las declaraciones, que me des tu impresión sobre toda esa gente. Y trata de hacer buenas migas con los criados, a ver qué tienen que contar. Con discreción. Ya sabes cómo.

—Puede que no resulte fácil. Fulstowe me ha dicho que no vaya a la casa si no me llaman. Un individuo altanero. He dado un paseo por mi cuenta por la finca y he saludado a un par de jardineros, pero se han limitado a inclinar la cabeza con gesto huraño. Estos cerdos de Hampshire.

Pensé un momento y por fin dije:

—Esta familia…

—¿Qué?

—Tratan de que no se note, pero es evidente. Están de mal humor y tienen miedo, creo. Todos.

—¿De qué?

—De mí —contesté tras respirar hondo—, aunque creo que también los unos de los otros.

Capítulo 18

Al regresar a la casa dediqué dos horas a repasar las cuentas de Hobbey. Me había entregado libros que se remontaban a 1539, el año en que se habían trasladado a Hoyland. Todo aparecía claramente indicado con una escritura pulcra que supuse de Fulstowe. A lo largo de los últimos seis años se habían talado muchos árboles y los pagos acumulados habían dado lugar a una suma considerable. Las tierras de Hugh tenían una contabilidad independiente; la cantidad de los distintos tipos de madera (roble, haya y olmo) y los precios que había alcanzado cada uno se indicaban detalladamente. Sin embargo, sabía muy bien que incluso una contabilidad tan bien presentada podía estar repleta de anotaciones falsas. Recordé el viejo dicho sobre que hay buena pesca en aguas turbias. Dediqué un rato a pensar en la cena, en la terrible tensión que se notaba en la mesa. Tenía la impresión de que había algo terrible en el ambiente, algo peor que la obtención de beneficios a partir de las tierras de un pupilo.

Finalmente me fui a la cama y dormí a pierna suelta. Justo antes de despertarme soñé con Joan, que me recibía al volver a casa una noche fría y cerrada y me decía que llevaba demasiado tiempo fuera. Hice un esfuerzo para salir de la cama y me quedé sentado, pensando. Me di cuenta de que, si no íbamos a Portsmouth hasta el viernes, en lugar de visitar Rolfswood de regreso, para lo que tendría que buscar alguna excusa que obligara a Barak a seguir sin mí, existía la posibilidad de ir a Sussex mientras permanecíamos en Hoyland. Calculé que el viaje sería de unos treinta kilómetros; sería necesario pasar allí la noche para que descansara el caballo.

Oí gritos juveniles en el exterior. Abrí la ventana y me asomé. A cierta distancia —supuse que a los doscientos metros de las normas de seguridad— Hugh y David tiraban al blanco. Vi a Hugh disparar una flecha. Cortó el aire y se clavó con un golpe seco en el centro de la diana. El muchacho parecía tan rápido y certero como los hombres de Leacon.

Me habría ido bien una sesión de los ejercicios matutinos que me había recomendado Guy para la espalda, pero había mucho por hacer, así que me vestí con la toga de letrado y bajé. Me resultaba incómoda; hacía otra mañana de calor y bochorno.

El gran salón estaba vacío, pero oí la voz de Barak por algún lado y la seguí hasta una amplia cocina. Feaveryear y él estaban sentados a una mesa comiendo pan y queso y hablando en un tono más amistoso que otras veces. La anciana Ursula se encontraba ante el enorme fogón, su enjuto rostro sudoroso. El perrito faldero de Abigail Hobbey, *Lamkin*, situado a los pies de Feaveryear, engullía un pedazo de queso. Levantó la vista al oírme entrar y meneó la cola como diciendo: «Mira la suerte que tengo».

—Tamasin cuenta con una buena mujer que se ocupa de ella —decía Barak a

Feaveryear—, pero no puedo dejar de preocuparme. Me la imagino en el jardín, arrancando malas hierbas cuando debería estar dentro, sentadita.

—No sabía que estabas casado. Me imaginaba que te dedicabas a ir de parranda.

—Todo eso es pasado… Ah, buenos días —saludó cuando entré. Feaveryear se puso en pie e hizo una leve reverencia.

—Me has dejado dormir —comenté, mientras me sentaba con ellos.

—No me han despertado hasta hace media hora —contestó Barak de buen humor —. Y los ancianos tienen que descansar.

—No me vengas con esas, patán.

Feaveryear parecía escandalizado por nuestra familiaridad.

Desde la cocina veíamos practicar a los muchachos por una ventana abierta. Era el turno de David, que disparó con suma habilidad. También alcanzó la diana, aunque no en el centro.

—Este sitio es hermoso —comentó Feaveryear—. Es la primera vez que veo el campo.

—¿Nunca había salido de Londres? —pregunté.

—Es mi primer viaje. Quería verlo. Huele muy distinto, a limpio.

—Sí —coincidió Barak—. No a carne podrida ni a cloacas apestosas.

—Y qué tranquilidad. Cuesta creer que a pocos kilómetros de aquí esté reuniéndose el ejército en Portsmouth.

—Sí, es cierto —reconocí.

—El señor Hobbey ha dejado muy bien la casa. Y me alegro de que la finca no sirva ya para mantener a esas monjas que se dedicaban a mascullar oraciones a estatuas idólatras —añadió Feaveryear en tono sentencioso, ante lo cual la anciana se volvió y lo miró con cara de pocos amigos.

—Esos muchachos saben lo que hacen —señaló Barak, mirando por la ventana a Hugh y David.

Este último volvió a tirar y siguió la trayectoria curva de la flecha hasta la diana.

—¡Uau! —gritó—. ¡He ganado! ¡Me debes seis peniques!

—¡Ni hablar! —exclamó Hugh—. ¡Yo me he acercado más al centro!

Feaveryear también los miraba con gesto triste.

—¿Tira con arco alguna vez? —le pregunté.

—No, señor. Dios me dio escasa fuerza. Envidio a esos jóvenes robustos.

—Una escena entrañable —dijo una voz mordaz.

Nos volvimos para ver a Dyrick en el umbral, con Hobbey a su lado. Se había puesto la toga de letrado.

—¿Quién ha dado de comer al perro? —quiso saber el señor de la casa con aspereza.

—He sido yo —confesó Feaveryear, nervioso—. Es un animalillo muy feliz.

—El que no se quedará nada feliz será usted si se entera mi mujer. Es la única que le da de comer; cree que tiene el estómago delicado. *Lamkin*, ve a buscar a la señora.

—El perro dio media vuelta, obediente, y salió de la cocina con andar vacilante. Hobbey espetó a Ursula—: No debería haber permitido que diera nada a *Lamkin*.

—Lo siento, señor. No veía con tanto vapor.

—Yo diría que veía perfectamente. Lleve cuidado, mujer. —Se volvió entonces hacia mí, de nuevo con voz tranquila—. Bueno, letrado, quizá podría decirnos cómo desea proceder. Como ve, ahora Hugh está disponible.

Había decidido interrogar a los demás antes que a Hugh, para tratar de sacar algo en limpio de aquella extraña familia.

—Pensaba empezar tomándole declaración a usted, señor Hobbey. Luego a Fulstowe y a su esposa.

—¿Le parece bien? —preguntó él a Dyrick.

—Muy bien —contestó el abogado con una inclinación de la cabeza.

—En ese caso informaré a los muchachos de que pueden salir con los halcones esta mañana. Me lo han pedido. —Respiró hondo—. Empecemos. Podemos ir a mi gabinete.

—Deseo que me acompañe Barak para tomar notas —dije.

—He traído papel y una péñola, señor Hobbey —anunció el aludido—. Si pudiera darme tinta…

—No necesitamos escribientes —soltó Dyrick.

—Pero suelen estar presentes cuando se toma una declaración, ¿no? —Lo miré fríamente—. La precisión es mucho mayor.

—Si no hay más remedio —accedió con un suspiro—. Vamos, Feaveryear; si asiste Barak, tú también. Más costes innecesarios que tendrá que pagar la clienta del señor Shardlake.

El gabinete de Hobbey era una gran estancia de la planta baja espléndidamente decorada. Había un amplio escritorio con muchos cajones, un casillero en la pared de detrás y varias cómodas de madera de hermosa ornamentación. Se habían colocado unas sillas en semicírculo ante la ventana. En una pared colgaba un retrato de una monja benedictina con el cuello y la cabeza cubiertos por pliegues de un blanco almidonado y un velo negro.

—La penúltima abadesa de Wherwell —informó Hobbey.

—Una cara interesante —contesté—. Atenta y a la vez contemplativa.

—Aprecia usted la pintura, señor Shardlake —comentó. Relajó el gesto y me dedicó una sonrisa.

—Deberíamos empezar —recordó Dyrick con cierta brusquedad.

Sacó dos tinteros del escritorio y los entregó a Barak y Feaveryear. Por su parte, Hobbey nos invitó a sentarnos y ocupó una silla junto a la mesa, encima de la cual había un gran reloj de arena blanca, hecho de hermoso cuarzo verde. Le dio la vuelta

y los granos empezaron a caer.

—Para empezar, señor Hobbey, ¿le importa contarme algo de sus orígenes? —pregunté—. Anoche dijo que había vivido en Alemania, ¿verdad?

Miró el reloj de arena y después juntó las delgadas manos, que hacían gala de una buena manicura, en el regazo.

—De niño trabajé de mensajero para los mercaderes de lana y los comerciantes germanos de la Liga Hanseática con sede en Londres, en el Steelyard. Luego me fui a Alemania a aprender el oficio, regresé y con el tiempo llegué a ser miembro de la Compañía de Merceros.

—¿Cuándo conoció a la familia Curteys?

—Hace siete años —prosiguió con el mismo tono sereno y uniforme—. Los monasterios iban cayendo en cadena y todo el mundo buscaba gangas en la Audiencia de Desamortizaciones. Yo quería retirarme de mis negocios.

—Una jubilación temprana, ¿no? —comenté, sin querer preguntar si se encontraba endeudado; todavía no.

—Me dedicaba al comercio desde los diez años, y ya me aburría. Me enteré de que se vendían las tierras de este priorato y vine aquí. Conocí a John Curteys, que Dios lo tenga en su gloria, en una posada de la zona. Tenía interés en comprar parte de los bosques del priorato. Como no podía adquirirlos todos, además del monasterio, acordamos que él se quedaría con la parte mayor. Los dos éramos mercaderes de lana y nos hicimos amigos, pero entonces John y su esposa murieron repentinamente, como sabrá usted.

—Y usted solicitó la tutela de Hugh y Emma.

—Eso no tiene ningún misterio —replicó Hobbey mostrando las palmas—. Conocía a los niños y, como las tierras que heredaban iban de la mano de las mías, tenía sentido comercial para todos que Hoyland se gestionara como una unidad. Pagué un buen precio y hasta el último penique fue a parar a la cuenta de Hugh y Emma en la Audiencia de Tutelas.

Miré a Dyrick, que asintió lentamente. Me imaginé que lo habían ensayado todo la noche anterior. Llevaba ejerciendo lo suficiente como para percatarme.

—Así pues, ¿quedarse la tutela de los niños fue una empresa comercial?

—Desde luego que no. —Hobbey pareció molesto por un momento—. Me daban lástima. Se habían quedado huérfanos, sin nadie que los cuidara. ¿Quién podía atenderlos mejor que Abigail y yo? Siempre habíamos querido más hijos, pero tras el alumbramiento de David tuvimos dos que murieron al nacer. —Su rostro se ensombreció—. Y Hugh y Emma no tenían más parientes, salvo una anciana tía en el norte a la que el párroco de John y Ruth deseaba implicar. Claro que habría sido bastante difícil —añadió con desdén—, porque resultó que estaba muerta.

Me dije que aquel debía de haber sido el tono que habría oído el reverendo Broughton ante sus protestas. Unido a los chillidos de Abigail, que no me costaba imaginarme.

Hice una breve pausa para dar tiempo a Barak. Su pluma y la de Feaveryear raspaban el papel a buen ritmo.

—Volvamos a Michael Calfhill —proseguí—. Lo mantuvo usted como preceptor. Por entonces llevaba ya varios años con los niños. Sin embargo, cuando se trasladaron a Hampshire lo despidió. ¿A qué se debió?

Hobbey se inclinó hacia delante y formó un campanario con las manos.

—En primer lugar, abogado, los niños no estaban especialmente unidos a Calfhill. Tras la muerte de sus padres se refugiaron en su mutua compañía. No había pasado un año cuando falleció también Emma. —Dejó escapar un suspiro que pareció de emoción sincera—. Y cuando nos vinimos aquí despedí a Michael Calfhill, en efecto, porque Hugh se había quedado solo y me daba miedo que la influencia de Michael resultara enfermiza. Francamente, temí que pudiera llevar al muchacho por sendas poco recomendables. —Con voz pausada añadió—: Indecorosas.

—¿Qué pruebas tenía de eso?

—Recuerde, letrado Shardlake, que la respuesta del señor Hobbey podría leerse en la Audiencia, ante la madre de Michael Calfhill —apuntó Dyrick.

—Ya lo sé.

Miré fijamente a Hobbey; no estaba dispuesto a que Dyrick me chantajeara de aquel modo.

—Era cuestión de miradas y gestos. Una vez lo vi tocarle las posaderas a Hugh.

—Entiendo. Hablando de falta de decoro: Michael contó a su madre que David había dicho algo indecoroso a Emma y que a consecuencia de ello Hugh se había peleado con él.

—Creo que Hugh puso objeciones en una ocasión a algo que dijo David. Mi hijo… bueno, no controla demasiado bien la lengua. Tuvieron una pelea de críos. Pero ahora David y Hugh son íntimos amigos.

—¿Tenía usted la esperanza de que David contrajera matrimonio con Emma? En ese caso, la muchacha habría traspasado su parte de las tierras a su esposo.

—Sí, nos lo planteamos, pero la decisión tendría que haber sido de ellos dos.

—¿Buscó otro preceptor para Hugh y David?

—Tuvimos uno detrás de otro hasta el año pasado. —Se sonrió con ironía—. Siempre tenían que ser buenos arqueros. A Hugh ya le había entrado la manía del arco y David siguió sus pasos.

—¿Uno detrás de otro? ¿Cuántos?

—Cuatro, creo.

—¿En cinco años? Parecen muchos.

—No siempre resultaron satisfactorios. Y varios de ellos se dedicaban a enseñar de forma provisional, no como actividad a largo plazo.

—No era el caso de Michael Calfhill.

—Puede que tuviera sus motivos —comentó Dyrick con malicia.

—Y dar clase a David no resulta fácil. —De nuevo aquella tristeza en el rostro de

Hobbey—. El último era bueno, pero nos dejó para viajar, para visitar el continente. Eso fue antes del inicio de esta guerra.

—¿Podría darme sus nombres?

—Si lo desea. Aunque no sé dónde se encontrarán a estas alturas.

—Regresemos al presente. Sin duda, ha llegado el momento de que los muchachos piensen en la universidad o en una profesión.

—Quiero que David se quede aquí para que aprenda a llevar la finca. En cuanto a Hugh, tiene la inteligencia de un académico y le encanta leer, pero le puede esa fantasía juvenil de ir a la guerra, así que lo retengo aquí hasta que pase todo. ¿No le parece una forma de actuar razonable, señor Shardlake?

—Creo que estará de acuerdo en que es lo mejor para Hugh —terció Dyrick.

—Tal vez. —Hice una pausa—. Señor Hobbey, anoche durante la cena relató usted el regreso de Michael Calfhill en Pascua. ¿Podría repetir lo que sucedió, para que quede constancia?

Hobbey contó de nuevo la historia de la aparición de Michael en el viejo cementerio, cuando había dicho a Hugh que lo amaba más que nadie en este mundo. Yo había albergado la esperanza de que se equivocara y dijera algo incongruente con la versión de la noche anterior, pero o fue sincero o Dyrick lo había aleccionado muy bien.

—¿Hasta cuándo vamos a insistir en ese desagradable episodio? —quiso saber mi colega cuando Hobbey hubo terminado.

—Una cosa más, señor Hobbey. Ha vendido usted madera de las tierras que forman parte del patrimonio de Hugh.

—En caso contrario, mal guardián de sus intereses sería —contestó, extendiendo de nuevo las manos—. Entre la necesidad de material para construir barcos y la demanda de carbón para las fundiciones de Sussex, el precio está más alto que nunca. —«Vuelven a aparecer las fundiciones de Sussex», me dije—. Yo estoy talando parte de mis bosques. Pocas actividades de más provecho hay por aquí. Los arrendamientos de la aldea de Hoyland y de un puñado de casas de los bosques aportan menos de setenta libras anuales, lo que cada vez tiene menos valor con el gran aumento de los precios. Ya ha visto usted mi contabilidad.

—Así es. Y me gustaría recorrer los bosques propiedad de Hugh antes de vernos con sir Quintin Priddis el viernes.

—Adelante. Pero se trata de una zona extensa, de varios kilómetros de profundidad en algunos puntos. En el linde exterior hay hombres dedicados a la tala en estos momentos, pero en el interior hay vegetación vieja y agreste, por lo que no es fácil penetrar.

—No se nos pierda por allí, o la señora Calfhill tendrá que buscarse otro abogado —rio Dyrick.

—No se preocupe. —Decidí hablar con la misma tranquilidad que Hobbey—. Le doy las gracias, caballero. Creo que eso será todo, por ahora.

Dyrick levantó la vista con gesto brusco.

—¿Por ahora? No tiene derecho a tomar infinitas declaraciones.

—Solo lo pediré si surge algo nuevo —sonreí—. Y ahora, si se me permite, me gustaría ver al mayordomo.

—Adelante. Está con mis perros de caza, supervisando su comida —informó Hobbey con una mirada al reloj, en el que la arena seguía cayendo.

—Iré a su encuentro —propuse—. Me hará bien tomar el aire. Acompáñame, Barak. Por cierto, creo que mañana saldré a recorrer los bosques de Hugh.



Al salir notamos el aire fresco de la mañana. Un pavo real se paseaba por la hierba y su colorido plumaje brillaba al sol. Al acercarnos emitió su triste chillido y se alejó con paso airado. Seguimos el ruido de los ladridos hacia las casetas y me fijé una vez más en los muchos puntos en que podía ocultarse alguien tras los árboles que salpicaban el jardín.

—¿Qué te ha parecido Hobbey? —pregunté.

—No es ningún necio. Y no me fío de él: ha contado su versión con demasiada soltura.

—Estoy de acuerdo. Pero desde luego Hugh Curteys no recibe un mal trato.

—Tenían pensado casar a David con Emma.

—Así son las tutelas. De todos modos, aquí hay gato encerrado, estoy convencido. —Fruncí el entrecejo—. Ahora me he acordado de los golfos. Si en la venta de la madera de los bosques hay alguna jugarreta y sir Quintin Priddis o su hijo estaban en Londres, seguramente se pasarían el día entrando y saliendo de la Audiencia de Tutelas. Puede que se enterasen de mi implicación en este caso.

—¿Y que temieran que quedaran al descubierto sus corruptelas y por ello trataran de asustarle?

—En ese momento no habrían sabido que cuento con el respaldo de la reina. Claro que Hobbey se lo habrá comunicado después, en su carta. —Me sonreí—. Tengo ganas de que llegue la reunión del viernes. —Tomé aire y añadí—: Antes de eso, si me da tiempo, creo que iré a Rolfswood, a ver qué descubro. Yo solo.

—No debería ir de ningún modo. Y mucho menos solo.

—Me irá bien pasar una noche lejos de aquí. —No pensaba contarle lo que había oído sobre las dos muertes en la fundición—. Y quiero que te quedes, para descubrir todo lo que puedas. Al menos hay una criada, esa tal Ursula, que no aprecia a los Hobbey. Puedes tratar de hablar con ella.

Ladeó la cabeza y preguntó con astucia:

—¿Me oculta algo sobre Ellen?

—Por el amor de Dios, Jack —exclamé, ruborizado—. Déjalo ya. El que tiene que decidir qué hacer soy yo. Bueno, dentro de un rato voy a contestar a Warner.

¿Quieres escribir una carta para Tamasin y que se la lleve el correo?

—Por supuesto.

—Pues vamos a acabar el trabajo.

Eché a andar con paso decidido hacia los incesantes ladridos, que procedían de un cobertizo contiguo al establo. La puerta estaba abierta y vi una perrera con una docena de sabuesos, blancos y negros, sobre gruesa paja y atados a las paredes con largas cadenas de hierro. También estaban encadenados dos de los galgos más voluminosos que había visto jamás, de cuerpos esbeltos y muy musculados. Un individuo daba de comer a los perros de caza trozos de carne que llevaba en un balde, bajo la atenta mirada de Fulstowe, que se volvió, sorprendido de verme, y luego se inclinó.

Señalé los galgos con la cabeza.

—Esos perros son grandes.

—Son los galgos de Hugh y David, *Ayante* y *Apolo*. Van a venir a buscarlos enseguida. Señor Avery, se van de caza. No les dé comida. —Se dirigió a mí—. En la cacería soltarán a los demás perros para que vayan tras los ciervos hembra.

—Entiendo que esta cacería de su amo es la primera que se celebra aquí.

—En efecto —confirmó Fulstowe—. Hemos tenido a los perros con hambre, para que ansíen el olor de la carne. Este es el señor Avery, al que hemos contratado como jefe de la cacería.

El joven se puso en pie y saludó inclinando la cabeza. Estaba tan delgado y fibroso como los canes y su cara revelaba astucia e inteligencia. Llevaba el delantal de cuero manchado de sangre de la carne.

—El señor Shardlake ha venido para un asunto legal —informó Fulstowe.

—Me he enterado —respondió Avery, mirándome con interés.

—Avery trabaja con nuestro guardabosques —anunció Fulstowe, que al parecer había decidido interpretar el papel de mayordomo campechano—. Han encontrado un gran venado en nuestro coto.

—En efecto —confirmó Avery—. Una buena bestia. Tengo ganas de que llegue el lunes.

—Los muchachos también esperarán la cacería con afán —comenté.

—Así es. Han salido conmigo a seguir las huellas de los ciervos, pero, como le he dicho, señor Fulstowe, prefiero que el señor David no vuelva a acompañarnos. Hace demasiado ruido. En cambio, el señor Hugh es un rastreador nato, silencioso como un zorro. Tiene madera de excelente cazador. —Sonrió—. Deberían pedirle ustedes que les enseñe la piedra del corazón.

—¿El qué? —pregunté.

—El pedazo de hueso que tiene el ciervo al lado del corazón —explicó Fulstowe —. El señor Hugh fue a la cacería de un vecino el año pasado y acabó con un venado de un flechazo.

Avery sonrió.

—¿No conoce usted la vieja costumbre según la cual se entrega la piedra del corazón a quien mata al ciervo?

—Me temo que soy de ciudad.

—Dicen que tiene grandes propiedades curativas.

—Hugh lo lleva en una bolsita colgada del cuello —dijo Fulstowe, arrugando un poco la nariz.

Pensé entonces en la cruz de Emma que yo llevaba colgada. Respiré hondo.

—Señor Fulstowe. Nos gustaría proceder ahora con su declaración.

—Muy bien. —Apretó los labios.



El mayordomo no dijo una palabra más mientras regresábamos a la casa. Cuando nos acercamos al establo nos adelantaron David y Hugh a caballo. Cada uno llevaba un guante de cuero sobre el que se mantenía en equilibrio un azor encaperuzado. El sol resaltaba las cicatrices del semblante de Hugh y aparté la vista. Los muchachos miraron con curiosidad mi toga de letrado y David soltó una risita burlona. Hugh se quitó el gorro al pasar en su camino hacia la verja.

Entramos en el gabinete de Hobbey. El mayordomo pareció aliviado al ver a Dyrick. El señor de la casa se había marchado.

—Buenos días, Fulstowe —saludó Dyrick de buen humor—. No se preocupe, me encargaré de que el abogado Shardlake no se propase.

Me fijé en que otra vez habían dado la vuelta al reloj; la arena estaba empezando a caer. Fulstowe se sentó y me miró sin pestañear, como su amo un rato antes.

—Bueno —empecé en tono informal—, cuénteme cómo llegó a mayordomo del señor Hobbey.

—Ya era mayordomo de su casa de Londres antes de que se trasladara aquí.

—Para ser caballero rural.

—No existe en Inglaterra vocación más respetable —contestó con un ápice de agresividad.

—Se acordará de cuando Hugh y su hermana llegaron a la casa de su amo en Londres, hace seis años. Junto con el señor Calfhill.

—En efecto. Los señores trataron a aquellos pobres chiquillos como si fueran suyos.

Quedaba claro que no iba a haber forma de debilitar la lealtad de Fulstowe. Y tampoco podría pillarlo desprevenido. Lo interrogué durante veinte minutos y sus recuerdos encajaron con los de su amo. Repitió que Hugh y Emma se adoraban y excluían a los demás. De Michael Calfhill recordaba poca cosa; aseguró que se mostraba distante del resto. En una única ocasión perdió la serenidad. Fue cuando le pregunté por la viruela.

—Atacó a los tres niños a la vez. Debieron de salir juntos y contagiarse de la

misma persona; aquel año la enfermedad se dio mucho en Londres. —Le tembló la voz momentáneamente—. Recuerdo que la señora Abigail dijo que los tres tenían dolor de cabeza y estaban tan cansados que apenas conseguían moverse. Entendí lo que significaba.

—¿Ayudó a cuidarlos?

—Llevé agua y ropa de cama limpia al piso de arriba. Los demás criados estaban demasiado asustados para ayudar. El médico dijo que había que envolverlos en tela roja para sacar los malos humores. Recuerdo que me costó mucho encontrar tela de ese color en Londres: por aquel entonces todo el mundo la buscaba.

—Tengo entendido que la señora Hobbey insistió en cuidar personalmente a David.

—Sí, aunque visitaba a Hugh y Emma cada tanto. Mi señora no ha vuelto a ser la misma desde la muerte de Emma.

—Y después despidieron a Michael.

—Mi señor no quería que siguiera cerca de Hugh. Tiene que preguntarle a él los motivos —respondió con un movimiento significativo de la cabeza.

—¿Qué relación tiene ahora usted con Hugh?

—Trato sobre todo al señor David. Estoy enseñándole a llevar la contabilidad de la finca —explicó, con un tono que indicaba que era una tarea ingrata—. Pero me ocupo del vestuario de ambos.

—Entiendo. ¿Y qué hay de las tierras de Hugh?

—Muestra poco interés por ellas, dice que cuando llegue a la mayoría de edad lo venderá todo. En estos momentos lo que quiere es alistarse.

—Así pues, tiene usted relativamente poco que ver con Hugh.

—Vivimos todos en la misma casa. Una cosa que hago yo mismo a los dos muchachos, desde que tenían catorce años, es afeitarlos. Cada pocos días. Y también les corto el pelo, como es uso habitual entre los arqueros. Mi padre era barbero. El señorito Hugh se niega a acudir al barbero por miedo a que le hagan un corte, dado el estado en que tiene la cara y el cuello.

—Debe de llevar una vida muy distinta aquí, Fulstowe. Es usted londinense, creo, a juzgar por su acento.

—Hemos tardado en conseguir que nos aceptaran por aquí. La mayoría de la gente de la zona estaba en desacuerdo con la supresión de los monasterios. Y a los aldeanos no les gusta estar a merced de un señor.

—El trabajo también habrá variado. ¿Está usted a cargo de toda la finca?

—En efecto. Con la supervisión de mi señor. Pero todos los negocios son iguales: se trata de ganar dinero. Ese es el principio de mi señor y también el mío.

—No me cuesta creerlo. —Sonreí—. Bueno, eso es todo. Por ahora —añadí una vez más.

Según me dijo Dyrick, Abigail seguía indispuesta, aquejada de jaqueca, algo que la afligía a menudo y en ocasiones durante días. En mi cuarto me puse ropa más ligera y después escribí una respuesta a Warner en la que le pedía que me informara en cuanto supiera algo de los asuntos de Hobbey. Mencioné también que había visto a Richard Rich en el viaje hacia el sur. Después almorcé con Dyrick, que dedicó toda la comida a insistir en lo sinceros que habían sido Hobbey y Fulstowe. Los muchachos, me contó, no volverían hasta bien entrada la tarde. Salí de la casa con la copia del plano de la finca que había llevado y me dirigí al cuarto de Barak, que me hizo entrega de una carta que acababa de escribir a Tamasin.

—¿Echamos un vistazo al pueblo de Hoyland? —propuse.

—A Dyrick no le hará ninguna gracia. Se creerá que soborna a los aldeanos para ponerlos en contra de su señor. —Su tono fue seco. Seguía enfadado porque no pensaba llevarlo a Rolfswood.

—Al diablo con Dyrick. Vamos.

—Muy bien. Feaveryear acaba de marcharse. Se ha dedicado a repasar las transcripciones de las deposiciones, tratando de cambiar cosas aquí y allá. No me sorprendería que su señor le hubiera ordenado buscar problemas porque sí.

—Entonces te hace falta tomar el aire.

Al encaminarnos hacia la verja eché un vistazo al jardín de Abigail, donde había un criado que arrancaba malas hierbas, y me fijé en lo mucho que se había esforzado la señora en elegir hermosas combinaciones de flores. Vi también que los parterres formaban una gran H de Hobbey.

Cruzamos la verja y tomamos un sendero polvoriento. A un lado había un prado donde pastaban ovejas y unas cuantas vacas; distinguí allí un campo de tiro al blanco y me pregunté cómo les iría a Leacon y a los soldados en Portsmouth. Al otro lado del camino empezaba un denso bosque.

—¿A quién pertenece? —preguntó Barak.

—A Hobbey —respondí tras consultar el plano—. Y ese prado, al pueblo. ¿Qué te ha parecido el testimonio de Fulstowe?

—Preparado, como el de su amo.

—Estoy de acuerdo. A saber si por eso nos han dejado dormir esta mañana, para que Dyrick tuviera más tiempo de aleccionarlo. Bueno, he dejado la puerta abierta para hacer más preguntas después. Preguntas que no puedan prepararse.

Habíamos llegado a una zona cultivada de campos parcelados en anchas franjas aradas donde hombres, mujeres y niños trabajaban con tesón. Pensé en mis antepasados, generación tras generación de hombres y mujeres que se habían dejado la piel en la agricultura. Algunos aldeanos levantaron la vista cuando pasamos.

—¡Cuesta trabajar con este calor, ¿eh?! —gritó Barak con alegría, pero bajaron la cabeza y siguieron con lo suyo.

Llegamos al pueblo de Hoyland, que constaba de unas veinticinco casas de techumbre de paja ubicadas a lo largo de la calle. Muchas eran pequeñas, poco más

que cabañas de una única planta hechas de adobe y caña y en las que debían de dormir personas y animales. Sin embargo, algunas eran más amplias y tenían otro piso, y también había un par de construcciones sólidas con estructura de madera. Había ancianos y niños trabajando en algunos huertecillos delante de las casas. También nos miraron con cara de pocos amigos, y en un caso tres criaturas corrieron a meterse dentro al acercarnos.

Llegamos al centro del pueblo. La puerta de un gran edificio estaba abierta y se veía a un herrero trabajando en su fragua, dando martillazos a algo sobre el yunque. El carbón del horno refulgía con un rojo intenso que parpadeaba debido al vapor provocado por el fuego. Me acordé del joven Tom Llewellyn.

—Se acerca el comité de bienvenida —anunció Barak en voz baja.

Tres hombres se aproximaban por la calle, los tres muy corpulentos y con gesto hostil. Dos de ellos vestían toscos blusones, pero el tercero llevaba un justillo de cuero y buenas calzas de lana. Tenía algo más de treinta años y la cara severa y cuadrada, el pelo castaño y los ojos azules y penetrantes. Se detuvo a un metro de distancia.

—¿A qué han venido, forasteros? —preguntó con marcado acento de Hampshire.

—Somos huéspedes del priorato de Hoyland —repuse con tranquilidad—. Hemos salido a pasear.

—Escuche lo que dice, señor Ettis —comentó otro de ellos—. Ya se lo decía yo.

Ettis dio un paso adelante, ante lo cual Barak llevó la mano a la daga y advirtió:

—No se acerque demasiado, amigo.

—¿Son ustedes los abogados? —quiso saber Ettis con malos modos.

—Yo soy abogado —repuse—. Me llamo Shardlake.

—¿Lo ves? —insistió el otro—. Ha venido a quitarnos los ejidos. Y encima es un maldito jorobado, quieren asegurarse de que tengamos mala suerte.

—¿Y bien? ¿Han venido a eso? —preguntó Ettis mirándome—. Deben saber que los hombres de Hoyland no tienen miedo a los abogados. Si tratan de engañarnos para quedarse nuestras tierras acudiremos a la Audiencia de Ruegos. Tenemos amigos en otros pueblos que han protegido sus derechos. Y si los taladores del señor Hobbey vuelven a meterse en nuestros ejidos los detendremos.

—Ese asunto no me concierne. Me envía la Audiencia de Tutelas para investigar el bienestar del señorito Curteys.

—Es el muchacho de la cara picada —explicó el que había hablado en segundo lugar.

Ettis no dejaba de observarnos.

—Me han dicho que había dos abogados en el priorato.

—También ha venido el del señor Hobbey, por el mismo asunto que yo. —Hice una pausa y lo miré de un modo elocuente—. Eso no quiere decir que no lo ocupen otros asuntos, pero yo no tengo nada que ver.

Ettis asintió lentamente.

—¿A usted solo le interesa el señorito Curteys?

—Sí. ¿Lo conoce?

—No, no viene por aquí. El señorito David sí, algunas veces, con esa vanidad infantil que haría reír a mi vieja vaca.

—Tengo entendido que hay aldeanos que trabajan de criados en la casa.

—Algunos. A la mayoría no les gusta.

—Los criados parecen reacios a hablar con nosotros. Es una pena. Los intercambios de información pueden resultar útiles. El abogado del señor Hobbey, por cierto, se llama Vincent Dyrick.

—Yo soy Leonard Ettis, pequeño propietario de este pueblo.

—Tenga por seguro que no queremos perjudicarlos. Ya nos vamos, pero quizá podríamos volver a pasar por aquí, para seguir charlando.

—Tal vez —respondió Ettis, sin comprometerse a nada.

Dimos media vuelta y regresamos sobre nuestros pasos. Barak volvió la cabeza.

—Siguen mirándonos.

—Tienen miedo y están enfadados. Necesitan los ejidos para disponer de pastos y madera. —Sonreí—. Pero cuentan con un líder y han oído hablar de la Audiencia de Ruegos. Hobbey y Dyrick tendrán que vérselas con ellos.

—Podría haberles dicho que trabaja allí. Nos los habríamos ganado.

—No quiero que Hobbey y Dyrick se enfaden innecesariamente. De momento. Y ahora vamos, que Hugh volverá enseguida.

Capítulo 19

Al regresar a la casa comprobamos que los muchachos acababan de llegar. Dos criados se llevaban sus caballos. Hugh y David estaban ante la entrada, mostrando sus halcones a Feaveryear.

Cada uno llevaba también uno de los grandes galgos de una correa; al acercarnos Barak y yo, los perros olisquearon el aire. El de David gruñó y tiró de la correa.

—Tranquilo, *Ayante*.

Feaveryear contemplaba con fascinación el plumaje moteado del ave que sostenía Hugh en el extremo del brazo extendido. El halcón volvió una mirada fiera hacia nosotros y los cascabeles de las pihuelas que lo ataban a la mano enguantada de Hugh tintinearon. El muchacho posó la otra con delicadeza sobre el lomo del pájaro.

—Basta, *Jenny*, basta.

David llevaba una bolsa colgada del hombro de la que goteaba sangre.

—¿Buena caza? —le pregunté.

—Un par de palomas torcaces rollizas y tres faisanes. Las palomas las alcanzamos en el ala —añadió con orgullo, y la alegría se reflejó en sus toscos rasgos —. Un buen festín para la cena, ¿eh, Hugh?

David Hobbey parecía muy joven para tener dieciocho años. Me acordé de que los aldeanos habían hablado de su vanidad infantil.

—Habrían sido cuatro si tu *Ayante* no se hubiera comido la mitad del que ha cazado —observó el aludido.

Feaveryear tendió la mano hacia el halcón de Hugh. Sonrió y su enjuto rostro se llenó de asombro.

—No se acerque demasiado, señor Feaveryear —advirtió Hugh—. Es muy quisquillosa y solo me tolera a mí.

El ave aleteó y chilló, con lo que Feaveryear se apartó de un respingo. Tropezó y casi se cayó, pero logró mantener el equilibrio agitando los brazos como las aspas de un molino.

David se echó a reír a carcajadas.

—Parece usted un espantapájaros movido por el viento, escribiente.

Con un gesto contenido, Hugh plegó las alas del halcón. Se sirvió del brazo libre para sacar una caperuza de cuero del jubón y taparle la cabeza.

El interés de Feaveryear no había decaído.

—¿Lo ha criado usted mismo, señorito Hugh?

—No. —Hugh clavó en Feaveryear aquellos ojos fríos e inescrutables—. Los cría un halconero. Siendo polluelos se los ciega cosiéndoles los párpados, para que tengan que depender de los seres humanos para comer. Cuando tienen un año se les descosen los ojos y se les enseña a cazar.

—Pero eso es cruel.

David dio una palmada en el hombro a Feaveryear, con lo que otra vez estuvo a punto de acabar por los suelos.

—No conoce usted la vida de campo.

Hugh se volvió hacia mí y aquella mirada atenta se clavó en la mía de nuevo.

—Creo que quería proceder con mi declaración, ¿verdad, señor Shardlake?

—Sí, si me lo permite. Feaveryear, ¿me hace el favor de ir a buscar a su amo? Así podremos empezar.

—Vamos a llevar los halcones a sus alcándaras y a dejar a los perros. A la señora Abigail no le gusta que se acerquen a la casa.

De nuevo aquel tono de fría formalidad al referirse a Abigail. Los muchachos se dirigieron a las casetas y Feaveryear entró en el antiguo priorato.

—Ese David es un truhán y un provocador —comentó Barak—. Lo que le hace falta es una buena colleja.

—Es infantil y no muy despierto. Sin embargo, su padre debe depositar todas sus esperanzas en él. En cuanto a Hugh, me parece que hace mucho que dejó atrás la infancia. A ver si logramos descubrir el motivo.



Cuando llegamos al gabinete de Hobbey, Dyrick y Feaveryear ya estaban presentes. Al cabo de unos minutos entró Hugh con paso seguro, casi desafiante. El sol de la tarde resaltaba las cicatrices del rostro y el cuello. Aparté la vista y recordé el comentario de Bess sobre la belleza del muchacho y cómo se había echado a perder. No toda había desaparecido, pero sí en gran medida.

—Le ruego que se siente, señor Hugh —dijo Dyrick, que alargó la mano hasta el reloj de arena y le dio la vuelta. Con una sonrisa fría explicó—: Para dejar constancia del tiempo que dedicamos a esto, con vistas a mis honorarios.

Hugh se sentó y se quedó mirándome, con las manos finas y de largos dedos colocadas en el regazo. Me percaté de que Feaveryear parecía incómodo.

—Considero que lo más adecuado es ir al grano —empecé—. No nos andemos por las ramas con palabrería legal.

—Gracias.

—Estamos aquí debido a las acusaciones hechas por Michael Calfhill, que Dios lo tenga en su seno. En su declaración afirmó que al presentarse aquí hace unos meses había descubierto que usted era objeto de agravios monstruosos. ¿Tiene idea de a qué podía referirse?

Me miró a los ojos.

—Ni la más mínima, abogado.

Una sonrisa de triunfo se apoderó de la cara de Dyrick.

—Bueno, vamos a ver —dije—. Dígame, ¿qué recuerda de la época en que se

inició la tutela de su hermana y de usted?

—Muy poco. Estábamos tan apesadumbrados que casi no nos importaba lo que sucedía a nuestro alrededor. —A pesar de sus palabras, seguía impasible.

—Por entonces Michael Calfhill era su preceptor desde hacía más de un año. ¿Tenían una relación estrecha?

—Lo apreciaba y lo respetaba. No diría que nuestra relación fuera estrecha.

—¿Sabían ustedes que Michael trató de impedir que el señor Hobbey obtuviera su tutela?

—Estábamos al tanto de la existencia de discusiones, pero nos daba igual dónde nos mandaran.

—Apenas conocían a los Hobbey.

—Sabíamos que eran amigos de mi padre —respondió encogiéndose de hombros —. Ya he dicho que nos daba todo igual.

—¿Le daba igual que los acompañara Michael Calfhill?

Meditó la respuesta.

—Se portaba bien con nosotros, pero por aquel entonces Emma y yo solo pensábamos el uno en el otro.

Le tembló la voz y apretó los puños. Lamenté el dolor que debían de provocar mis preguntas, por mucho que Hugh tratara de disimularlo.

—Emma y yo nos comunicábamos con solo mirarnos, sin palabras, como si nos hubiéramos trasladado a nuestro propio mundo.

—Estamos disgustando al señorito Curteys —intervino Dyrick—. Tal vez deberíamos posponer…

—No —contestó Hugh con furia repentina—. Quiero acabar con esto de una vez por todas.

—En ese caso, ¿puedo preguntarle, Hugh, si los señores Hobbey los trataron bien a su hermana y a usted?

—Nos dieron de comer bien y nos vistieron, nos dieron casa y educación. Pero nadie podía sustituir a nuestros padres. Nadie era capaz de sentir la pérdida más que Emma y yo. Ojalá lo entendiera la gente.

—Desde luego, es comprensible —apuntó Dyrick, a cuyo favor estaba yendo la deposición.

—Una última palabra sobre su pobre hermana —dije con serenidad—. Según Michael Calfhill, se peleó usted con David por algo indecoroso que le dijo.

Hugh sonrió con gesto tenso.

—David dice cosas indecorosas constantemente. Ya ha visto usted cómo es. En una ocasión hizo una sugerencia vulgar a Emma. Le di un puñetazo y entendió que no le convenía insistir.

—¿Se habló alguna vez de que se casaran Emma y David?

Un fulgor de rabia destelló en los ojos de Hugh.

—Eso habría sido imposible. A Emma jamás le gustó.

—¿Ustedes dos son amigos ahora?

—Practicamos juntos la cetrería y el tiro con arco —contestó, encogiéndose de hombros.

—De acuerdo con la madre de Michael Calfhill, él fue quien les enseñó a Emma y a usted a utilizar el arco.

—Es cierto. Y se lo agradezco.

—Sin embargo, el señor Hobbey lo despidió. Asegura que temía que hubiera algo indecoroso entre ustedes dos.

Me miró a los ojos y negó despacio con la cabeza.

—No había nada indecoroso entre nosotros.

—Pero el señor Hobbey debió de considerar que había motivos para despedirlo —terció Dyrick con brusquedad.

—Puede que el señor Hobbey creyera haber visto algo, pero yo no tengo ninguna acusación contra Michael Calfhill.

Hugh miró a Dyrick. En sus ojos se apreciaba su clara determinación.

—Puede que no lo recuerde —apuntó el abogado.

—No hay nada que recordar.

—Me parece que eso queda bastante claro, abogado —dije—. Sigamos, Hugh. Tras la marcha de Michael tuvieron otros preceptores. Al parecer, todos duraron poco.

—Uno se casó, otro decidió viajar —contestó con indiferencia—. Y David no les hacía la vida fácil.

—Y entonces en Pascua se presentó Michael de improviso y echó a correr hacia usted por el jardín.

Guardó silencio un momento que se prolongó, y luego bajó la vista.

—Eso no lo entiendo —respondió por fin—. Apareció como un rayo. Debió de estar escondido entre las lápidas del viejo cementerio para vernos practicar a David y a mí. Me tiró del brazo y se empeñó en que me fuera con él, diciendo que este no era mi sitio.

—Según el señor Hobbey, le dijo que lo amaba más que nadie en este mundo —dije con serenidad.

El muchacho levantó la vista, de nuevo con firme determinación.

—No recuerdo que dijera eso.

«Trata de proteger a Michael —pensé—. ¿Dice la verdad o no?».

—Estaba usted afectado —afirmó Dyrick—. Quizá no lo oyó.

Sonreía para animarlo a hablar. El muchacho se quedó mirándolo con una clara antipatía que por un momento lo desconcertó incluso a él mismo.

—Nos ha contado el señor Hobbey que pretende ser soldado —dijo entonces Dyrick sin preocuparse.

—Es cierto. —Hugh seguía mirándolo y en su voz se apreciaba la emoción—. A menos de veinte kilómetros de aquí nuestros barcos y nuestros hombres están

preparados para luchar. ¿Qué inglés no desearía servir a su patria en esta circunstancia? Soy joven, pero también buen arquero como el que más. Si no fuera por la tutela, me alistaría.

—Olvida, señor Hugh, de que es responsable de una gran finca. Un caballero con responsabilidades.

—¿Responsabilidades? —Rio con amargura—. ¿Ante unos bosques, unos tejones y unos zorros? Nada de eso me interesa, abogado. Es David el que debe pensar en su familia. Yo no la tengo.

—Vamos, forma usted parte de la familia Hobbey —lo reprendió Dyrick.

Hugh se volvió hacia mí.

—La familia que amaba ha muerto. Los Hobbey… —vaciló— jamás podrán sustituir a los que he perdido.

—Pero es usted joven —insistió Dyrick— y bastante rico. Con el tiempo se casará y fundará una familia.

Hugh seguía mirándome a mí.

—Prefiero defender a mi patria —sentenció.

—En ese caso, jovencito, doy gracias a la Audiencia de Tutelas y a la autoridad que tiene el señor Hobbey sobre usted —repuso Dyrick—. ¿No está de acuerdo, letrado Shardlake?

—Aplaudo su honrosa naturaleza, Hugh —repuse sin alterarme—, pero la guerra es un asunto de sangre y muerte.

—¿Cree que no lo sé? —replicó con sorna.

Se hizo un breve silencio y luego Dyrick preguntó:

—¿Alguna pregunta más?

—Por ahora no —contesté, ciñéndome a la misma fórmula.

Hugh se puso en pie, inclinó la cabeza y salió de la estancia. Dyrick me miró con gesto de triunfo. Hugh no había acusado a Michael, pero tampoco había inculpado a los Hobbey de nada, de nada en absoluto.



Después invité a Barak a acompañarme a mi habitación para hablar.

—Bueno, nuestro principal testigo no nos ha servido de mucho —empecé, paseándome por el cuarto, enfurruñado—. No lo entiendo. Lo de Hobbey y Fulstowe estaba preparado, pero Hugh…

—Ha sido casi como si le diera exactamente igual.

—Sin embargo, no ha respaldado lo que contó Hobbey sobre Michael. Ni que se comportara indecorosamente con él de niño ni que le dijera que lo amaba en el campo de tiro.

—No ha dicho nada en contra de los Hobbey. Se nota que considera a David un necio, pero ¿quién iba a pensar otra cosa de él?

—¿Por qué le darán igual sus propiedades?

Barak me miró con gesto serio.

—Puede que no haya llegado a superar la muerte de sus padres y su hermana.

—¿Transcurridos tantos años? Y si desprecia a David, ¿por qué pasa tanto tiempo con él?

—Aquí no hay nadie más de su edad. Nadie elige a su familia, por mucho que sea adoptiva.

—Hay algo más —insistí—. Le ha costado reprimir sus sentimientos cuando mencioné a Michael.

—Puede que trate de proteger su recuerdo, que lo haga por la señora Calfhill.

—Apenas la conocía. —Lo miré—. Seguro que esconde algo, como todos los demás. No es más que una impresión, pero muy fuerte.

—Yo también lo noto —confirmó Barak, asintiendo lentamente—, pero si Hugh se niega a interponer una queja no hay nada que hacer.

—Tengo que pensar. Después de cenar vamos a dar un paseo. Pasaré a recogerte.

—Mientras, supongo que Feaveryear volverá a discutir todos los puntos y las comas de la declaración.

Barak se fue a su cuarto y me eché a descansar. No obstante, tenía demasiadas cosas en la cabeza para relajarme. Al cabo de un rato decidí ir a ver si estaba lista la cena. En el pasillo, un poco más allá, había una puerta abierta. El interior estaba oscuro, las contraventanas cerradas. Alguien hablaba en voz baja. Nicholas y Abigail.

—No tardará en irse —decía él con impaciencia.

—No soporto esa espalda contrahecha. —La señora de la casa parecía agotada—. Y ese canalla retorcido de Dyrick es detestable. E insisto en no celebrar la cacería.

—Esposa mía, ya no soporto este aislamiento —replicó Hobbey con furia—. Te digo que no correremos peligro.

—Siempre corremos peligro.

Di un respingo cuando apareció algo en la parte inferior del umbral. *Lamkin* salió del cuarto y se me acercó meneando la cola. Volví apresuradamente a mi habitación y cerré la puerta con sigilo ante la mirada del perro. Me quedé inmóvil, pensando en todo aquello.



Aunque las aves cazadas por los muchachos se sirvieron con más salsas suculentas procedentes de la cocina de los Hobbey, la cena fue deplorable. Abigail llegó la última, pálida y con síntomas de seguir padeciendo dolor de cabeza. Cuando hizo su entrada, Fulstowe, situado de nuevo tras la silla de Hobbey, se inclinó ante ella. Dyrick y yo nos pusimos en pie y Hobbey solo hizo ademán de levantarse, pero ni Hugh ni David se molestaron. Suponía un insulto para la señora de la casa, pero no pareció que Abigail le prestara atención. Aquel día no había cuidado su aspecto y la

larga melena de un rubio canoso caía detrás de la capucha. No dijo nada durante la cena, jugueteó con la comida y se estremeció con el estrépito de los platos. Hobbey entretuvo a Dyrick con la charla sobre la reforma del convento. Trató de implicar a David en la conversación, pero el chico no mostraba interés en la casa. Me fijé en que Hobbey lo miraba con cariño y al mismo tiempo con pena. Hugh se sentó delante de mí. Aproveché la oportunidad para inclinarme hacia delante y hablar en voz baja:

—Lamento que mis pesquisas puedan haber removido tristes recuerdos, Hugh. Por desgracia, corresponde a los abogados hacer preguntas difíciles.

—Lo comprendo, señor Shardlake —contestó, desanimado. Vaciló antes de añadir—: Prometí que le prestaría mi ejemplar de *Toxophilus*. Haré que un criado se lo lleve a su cuarto. Me gustaría conocer otra opinión sobre el libro.

—Gracias. Muy amable.

David nos escuchaba y detecté un gesto extraño en sus toscos rasgos. Me miró a los ojos y preguntó:

—¿De dónde venía con su criado hace un rato, señor Shardlake? ¿Del pueblo?

—Sí.

Hobbey me observó con atención.

—¿Ha visto a esos siervos de la gleba presuntuosos? —se rio David.

—Hemos ido a dar un paseo.

En ese momento Ursula se disponía a recoger una fuente vacía. David se recostó y le dio en el brazo con el hombro, con lo que la vieja criada la soltó y la fuente cayó ruidosamente. Abigail gimió y se llevó las manos a los oídos.

—¿Quieres hacer el favor de ir con cuidado? —aulló—. ¡Mira que eres idiota!

—Abigail —dijo Nicholas a modo de advertencia.

Una sonrisa de cruel regocijo se dibujó en la cara de Fulstowe, que la reprimió al instante. Abigail se quedó mirando a su marido, luego se levantó de la mesa y abandonó la estancia.

—Lo siento —se disculpó el señor de la casa con serenidad—. Mi esposa no se encuentra bien.

Miré a los muchachos. Hugh seguía igual de inexpresivo. David parecía abrumado.



Después fui en busca de Barak. Había empezado la noche veraniega, que proyectaba largas sombras sobre la hierba. Las viejas piedras del priorato transmitían calor y paz. Barak estaba en su cuarto, releyendo la carta de Tamasin. Rodeamos la casa por la parte delantera, donde *Lamkin* se había echado a dormir boca arriba bajo un árbol, pasamos el campo de tiro al blanco y nos dirigimos al pequeño cementerio. Estaba cubierto de vegetación. Vi un destello de color entre el verdor. Alguien había depositado flores junto a una lápida: Sor Jane Samuel, 1462-1536.

—Sería una de las últimas monjas en morir aquí —comenté—. ¿Quién habrá dejado las flores?

—Quizás Ursula —sugirió Barak—. Hobbey no lo aprobaría.

—No. Escucha, antes he oído algo. —Le conté la conversación de los señores de la casa—. La señora está asustada, ha dicho que Hobbey y ella siempre corren peligro. ¿Y por qué le da miedo organizar la cacería?

—¿Seguro que ha oído bien?

—Sí. Tengo el deber de descubrir lo que pasa aquí —afirmé con rotundidad—. Es lo que desearía la reina.

Barak negó con la cabeza.

—La reina y usted. Yo lo que quiero es irme a casa.



Regresé a mi habitación. Alguien había dejado un libro encima de la cama. *Toxophilus*, de Roger Ascham. Me tumbé y lo abrí. Empezaba con una florida dedicatoria al rey y a su «muy honorable y victoriosa incursión en Francia». «Victoriosa —pensé—. Entonces ¿por qué nos preparamos para una invasión francesa? Y honorable…». Recordé lo que me había contado Leacon sobre la guerra contra mujeres y niños en Escocia. Hojeé el volumen. La primera parte era un diálogo en el que Toxophilus (sin duda, Ascham) describía las virtudes del tiro con arco a un alumno agradecido. El arco, como instrucción en la que se ejercitaban todas las partes del cuerpo, se contraponía a los riesgos y peligros del juego. Ascham ensalzaba la guerra: «Las armas fuertes son los instrumentos con que Dios vence lo que pretende derribar».

Pensé en mi infancia. Solamente en una ocasión había tratado de disparar una flecha en el campo de tiro de nuestro pueblo, al que me llevó mi padre a los diez años con el pequeño arco que me había comprado. Debido a mi deformidad, no pude adoptar la postura adecuada y al soltar el bordón la flecha cayó a un metro de distancia. Los chavales del pueblo se rieron y yo regresé corriendo a casa hecho un mar de lágrimas. Más tarde mi padre dijo, con aquel tono de decepción que yo conocía muy bien, que no estaba hecho para ese arte y que no hacía falta que volviera a intentarlo.

Cogí de nuevo el libro e hice un esfuerzo. Pasé a la segunda parte, donde el diálogo dejaba lugar a un análisis de las aptitudes y las técnicas del tiro con arco: qué llevar, cómo colocarse, los tipos de arcos y de flechas: información minuciosa y detallada.

Lo dejé a un lado y me acerqué a la ventana para contemplar el jardín. ¿Qué sucedía allí? Por mucho que Hobbey se embolsara los beneficios de la tala de árboles en las tierras de Hugh, había algo más. Sin embargo, el muchacho parecía disfrutar de absoluta libertad. Sabía por experiencia que en ocasiones las familias hacían de uno

de sus miembros el chivo expiatorio de sus problemas, pero por lo visto en aquel caso no se trataba de Hugh, sino de Abigail. ¿De qué tenía tanto miedo?



Dormí bien, cosa que me sorprendió. Un criado me despertó a las siete, como había solicitado. En el exterior, el período de buen tiempo parecía haber llegado a su fin; hacía una mañana nublada, bochornosa y sofocante. Me vestí de nuevo con la toga de letrado. Seguía llevando la cruz de Emma al cuello y tenía que dársela a su hermano. Recordé que Avery había contado que llevaba aquella espantosa piedra del corazón.

Alguien llamó a la puerta. Me encontré a Dyrick, que también se había puesto la toga y alisado el pelo cobrizo con agua.

—Fulstowe dice que puede haber tormenta antes de que se ponga el sol. Tal vez debería posponer el recorrido por el bosque.

—No —contesté—. Voy a ir hoy.

—Como desee. —Se encogió de hombros—. He venido a decirle que la señora Hobbey se encuentra mejor y está dispuesta a hacer su deposición. A no ser que, tras haber visto a Hugh, decida usted dar por terminado este disparate.

—No —repuse—. ¿Puede pedir a Fulstowe que vaya a buscar a Barak?

Dyrick emitió un ruidito de impaciencia y dio media vuelta.



Nos reunimos de nuevo en el gabinete de Nicholas. Abigail se encontraba ya allí, sentada al pie del retrato de la abadesa de Wherwell. Aquella mañana se había acicalado y llevaba el pelo recogido y el rostro empolvado. *Lamkin* estaba sobre una mantita en su regazo.

—Espero que se encuentre mejor, señora Hobbey —deseé.

—Mejor que antes, sí.

Miró con nerviosismo a Barak y Feaveryear, que tenían las plumas preparadas.

—En ese caso empiezo —contesté—. Me gustaría saber, señora, qué pensó cuando su marido propuso comprar la tutela de Hugh y Emma.

—Me alegré —respondió mirándome a los ojos—, puesto que no podía tener más hijos. Acogí a Hugh y Emma. Siempre había querido tener especialmente una hija. —Suspiró—. Pero los niños no dejaban que me acercara. Sus padres habían muerto. Pero ¿acaso no son muchos los niños que pierden a sus padres de pequeños?

En su gesto había cierto aire de súplica.

—Sí, por desgracia. Tengo entendido que el reverendo Broughton, párroco de los Curteys, se oponía a la tutela. Usted y él se enfrentaron.

Abigail levantó la barbilla de modo desafiante.

—Sí. Nos calumnió a mi esposo y a mí. Todo lo que tenía que ver con la tutela se hizo correctamente.

—El señor Shardlake no puede negar eso —apuntó Dyrick, que observaba a Abigail con atención, imaginé que por miedo a que perdiera el control.

—Debió de ser terrible que todos los niños contrajeran la viruela. Creo que cuidó usted a David personalmente, a pesar del peligro.

—¿Y abandoné a Hugh y Emma? ¿Es eso lo que quiere dar a entender? —exclamó con gesto arrebatado—. Pues bien, caballero, da igual lo que dijera Michael Calfhill, eso no es cierto. Visité asiduamente a Hugh y Emma, pero querían estar a solas, siempre a solas.

Bajó la cabeza y me di cuenta de que lloraba. *Lamkin* gimió y miró a su ama, que le acarició la cabeza mientras buscaba un pañuelo.

—Perdí a Emma —añadió en voz baja—. Perdí a la niña que quería que fuera mi hija. Fue culpa mía, todo culpa mía. Que Dios me perdone.

—¿Por qué culpa suya, señora Abigail?

Su rostro manchado de lágrimas se tensó y al instante apartó la mirada.

—Mandé… mandé buscar tela roja para sacar los malos humores, pero tardé demasiado, no quedaba…

—Pero si ayer Fulstowe me dijo que logró encontrarla —objeté.

Dyrick miró a Abigail con rapidez.

—Quizás ha querido decir usted que Fulstowe la consiguió demasiado tarde para salvar a Emma.

—Sí, eso es —se apresuró a corroborar ella—. Me he equivocado. Llegó demasiado tarde.

—Está influyendo usted en el testigo, señor Dyrick —me quejé—. Barak, asegúrate de que su intervención conste en la transcripción.

—Pido disculpas —aseguró Dyrick en tono conciliador.

Abigail respiró hondo varias veces. Se notaba que trataba de recuperar el control. Me pregunté por qué se consideraría responsable de la muerte de Emma.

Quise saber cómo se llevaban Hugh y ella pasado el tiempo y contestó secamente:

—Bastante bien.

Por último le pregunté por Michael Calfhill.

—Nunca me cayó bien —respondió desafiante—. Trató de apartarme de los niños.

—¿Por qué haría eso?

—Porque quería que le fueran fieles a él, no a mi esposo y a mí.

—¿Tanto Hugh como Emma?

—Sí —respondió quedamente, aunque añadió con voz temblorosa—: Pero Michael Calfhill tuvo una muerte terrible, angustiosa. Que Dios lo perdone, que Dios lo perdone.

—¿Sabe por qué lo despidió su marido?

Respiró hondo y se controló una vez más.

—Solo sé que fue por algo indecoroso. Me dijo que no era indicado que una mujer conociera los motivos. Eso es todo.

—¿Alguna cosa más, señor Shardlake? —preguntó Dyrick.

—No. —Tenía ya mucho que asimilar—. Puede que tenga otras preguntas más adelante.

—El señor Shardlake siempre dice eso —informó Dyrick a Abigail con tono de hastío—. Gracias, señora.

Ella envolvió a *Lamkin* con la mantita, se levantó de la silla y salió de la habitación estrechando al chucho contra el pecho. Pensé en su miedo a los criados, sus interminables disputas con su hijo, la impaciencia de su esposo con ella y la fría indiferencia de Hugh. «Pobre mujer —pensé—. Ese perro es el único ser querido que le queda».

Capítulo 20

Después del almuerzo, Barak y yo cogimos dos de los caballos que habíamos arrendado en Kingston y salimos a recorrer los bosques. Me llevé a *Tres Patas*, el animal fuerte y plácido que me había traído desde Londres. El manto de nubes grises se había espesado y el bochorno resultaba incómodo. Tomamos el camino de Portsmouth, hacia el sur; Hobbey nos había dicho que en esa dirección estaban talando árboles tanto en las tierras de Hugh como en las suyas.

A la derecha, uno los ejidos se elevaba ligeramente hacia la distancia y sus franjas de distintos cultivos derrochaban color. Los aldeanos que trabajaban allí levantaron la vista y algunos se quedaron mirándonos. Avanzamos y el bosque que quedaba a la izquierda dio paso a la zona talada, que se prolongaba más de medio kilómetro hasta donde los árboles permanecían intactos y formaban una frontera de verdor virgen. Entre la maleza asomaban ejemplares jóvenes y delgados, en su mayoría desmochados para dividir los troncos en dos. Nos detuvimos.

—Esta zona se taló hace algún tiempo —comentó Barak.

—Lo cortaron todo, no solo los árboles maduros. Pasarán décadas hasta que llegue a repoblarse el bosque. Son las tierras de Hugh. El precio de la madera depende del tipo de árbol. ¿Roble de primera calidad, olmo o fresno? —Sacudí la cabeza—. Cometer fraude es muy sencillo.

De repente sonó una corneta a nuestras espaldas. Nos hicimos a un lado para dejar paso a una compañía de soldados que levantó una nube de polvo. Parecían muy cansados y muchos cojeaban. Un instructor recorría la fila de un extremo a otro y azuzaba a los rezagados para que levantaran los pies. Los carros de mercancías avanzaban con estruendo y la compañía desapareció tras una curva. Me pregunté qué tal le iría a Leacon en Portsmouth.

Seguimos un par de kilómetros. A la izquierda, la zona despejada daba paso a un denso bosque. Lo mismo se veía a la derecha, donde según el plano se encontraba la zona boscosa de la aldea que ansiaba Hobbey. El camino tenía una ligera pendiente y desde allí distinguimos ya el perfil de una alta colina en el horizonte: Portsdown, con el mar al otro lado. Después llegamos a una zona donde había hombres en plena tala. Habían cortado casi todos los árboles hasta una distancia de cien metros. Un grupo se dedicaba a serrar un roble ya caído y otro a retirar las hojas de las ramas amontonadas en el suelo. En un carro tirado por bueyes cargaban largos troncos.

—Vamos a hablar con ellos —propuse.

Pasamos con cuidado entre los tocones, en su mayoría todavía de un amarillo reluciente, y nos detuvimos a escasa distancia de los trabajadores. Se nos acercó un individuo alto y enjuto. Se quitó el gorro e inclinó la cabeza.

—Buenas tardes, caballeros.

—Soy el señor Shardlake, abogado de Hugh Curteys, el propietario de estas tierras. Me alojo con el señor Hobbey en el priorato de Hoyland.

—El señor Fulstowe nos avisó de que podría venir —respondió el hombre, que tenía unos ojillos atentos—. Como ve, estamos trabajando mucho. Soy Peter Drury, el capataz.

—Parece que están talando una buena zona. ¿Qué árboles son?

—De todo, señor. Algunos robles, pero en la parte despejada había sobre todo fresnos y olmos. El roble va a Portsmouth, y las ramas, a los carboneros.

—Pasarán años antes de que vuelva a haber aquí árboles que valga la pena cortar.

—Puede que haya que esperar mucho a que los precios estén tan altos. Es lo que dice el señor Hobbey.

—¿Los ha contratado él, pues?

—Sí, tiene la tutela del muchacho, ¿no es así? —replicó con cierto desagrado.

—Sí, así es. ¿Sus hombres son de por aquí? ¿De Hoyland, tal vez?

—Esos puercos se negarían a trabajar aquí —sonrió Drury—. Cuando algunos de mis hombres se metieron en los bosques comunales montaron una buena. No, mis muchachos son de más allá de Horndean.

«Así pues, no les afectan las lealtades de esta zona», pensé. Le di las gracias y regresamos al camino.

Seguimos hacia el sur, por una zona que la tala no había alcanzado aún. Un estrecho sendero se adentraba en el bosque.

—Ven, vamos a ver de qué clase de árboles se trata —requerí—. Parece que hay más robles de lo que ha dado a entender el capataz.

Barak alzó la vista hacia el cielo, cada vez más encapotado.

—Parece que va a llover.

—Pues nos mojaremos.

Entramos en el bosque con los caballos en fila por el angosto camino. El aire parecía más cargado entre los árboles.

—¿Sigues llevando aquel viejo símbolo judío al cuello? —pregunté volviendo la cabeza.

—¿La *mezuzá* que me dejó mi padre? Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Del mío cuelga la crucecita de Emma Curteys. Voy a dársela a Hugh, pero no delante de los Hobbey. ¿Sabes que lleva colgado un pedazo de hueso del corazón de un ciervo?

—¿La piedra del corazón? Sí, anoche hablé con Avery, el jefe de cacería. Parece buen hombre.

—¿Te dijo algo de la familia?

—Se cerró en banda cuando le pregunté. Tendrá órdenes de Fulstowe, supongo.

Barak se detuvo de repente y levantó una mano.

—¿Qué sucede?

—Me ha parecido oír ruido de cascos por atrás, en el camino. Luego se han

detenido.

—Yo no oigo nada. —Solo me llegaban el zumbido de los insectos y leves susurros entre la maleza de algún animalillo que huía de nosotros—. Te lo habrás imaginado.

—Yo no me imagino cosas. —Torció el gesto—. Vamos a terminar de una vez, si no queremos acabar empapados.

El sendero se estrechó hasta quedar convertido en poco más que una senda serpenteante entre los árboles. Se trataba de un bosque muy antiguo, con algunos árboles gigantes de cientos de años. Crecían en abundancia y gran variedad, pero dominaban los robles de ramas muy extendidas. La maleza era densa, con ortigas, zarzas y pequeños arbustos. La tierra, allí donde se veía, era oscura, parecía blanda y ofrecía un hermoso contraste con el intenso verdor veraniego.

—¿Hasta dónde llegan las tierras de Curteys? —preguntó Barak.

—Por aquí, cinco kilómetros, según el plano. Vamos a seguir por el sendero un kilómetro más y luego volvemos. Hay sobre todo roble, que se paga al doble que los demás árboles. El capataz ha mentido y creo que las cuentas de Hobbey están amañadas.

—En distintos lugares pueden crecer distintos tipos de árboles.

—Por eso resulta difícil probar algo.

Avanzamos. Me cautivaba el silencio reinante entre aquellos árboles imponentes. Según los romanos, toda Inglaterra había sido así en su día. Recordé una visita de infancia al bosque de Arden, que había recorrido a caballo con mi padre por un sendero parecido, la única ocasión en que me había llevado de caza.

De pronto vi una sombra parda que se movió ante nosotros y alcé una mano. Me di cuenta de que estábamos junto a un pequeño claro en el que un ciervo, en concreto una hembra de gamo, pacía con dos crías a su lado. Levantó la cabeza cuando aparecimos y luego dio media vuelta y en un instante los tres desaparecieron entre los árboles con movimientos rápidos y gráciles. El murmullo de la maleza y luego silencio.

—Así que eso es un ciervo salvaje —señaló Barak.

—¿Es el primero que ves?

—Soy de Londres, pero hasta yo veo que este camino se acaba.

Tenía razón. Lo invadía el musgo y costaba seguirlo.

—Un poco más —insistí.

Barak suspiró. Pasamos junto al tronco de un roble viejo y enorme. De improviso una ráfaga de viento agitó las hojas y me cayó un goterón en la mano. Al cabo de un momento se abrieron los cielos y empezó a llover a mares. Quedamos empapados en un instante.

—¡Mierda! —exclamó Barak—. ¡Ya lo había dicho yo!

Regresamos hasta el gigantesco roble e hicimos que los caballos atravesaran la maleza para refugiarnos junto al tronco. Esperamos allí mientras diluviaba. El viento

que había llegado de la mano de la lluvia hacía que todo el bosque prácticamente tiritase.

—El sendero va a ser un lodazal cuando volvamos —se quejó Barak.

—Los chaparrones de verano pasan enseguida. Y los caballos son buenos.

—Si acabo con una congestión pulmonar, ¿puedo incluir el coste en los gastos de…?

Lo interrumpió un ruido sordo y repentino entre los árboles. Nos volvimos. Por encima de nuestras cabezas, una flecha con plumas blancas en la punta aún oscilaba clavada en el tronco.

—¡Vámonos! —chilló Barak.

Hincamos las espuelas a los caballos. Nos precipitamos hacia el sendero, que estaba resbaladizo. En cualquier momento esperaba sentir una flecha en la espalda o ver caer a Barak, ya que allí no éramos ni mucho menos más difíciles de alcanzar que al pie del árbol. Sin embargo, no pasó nada. Transcurridos diez minutos de huida difícil y desesperada nos detuvimos en un claro.

—Lo hemos dejado atrás —afirmó Barak, y ambos escrutamos los árboles con los ojos bien abiertos, aunque seguía lloviendo a mares y se veía poca cosa. Éramos conscientes de lo indefensos que estábamos frente a un arquero oculto—. Vamos.

Al llegar al camino principal nos sentimos aliviados. Estaba amainando. Nos detuvimos y nos volvimos.

—¿Quién habrá sido? —preguntó Barak casi a gritos.

—Probablemente alguien que quería asustarnos. Ha sido una advertencia; al pie de ese árbol cualquier arquero podría habernos abatido con facilidad.

—¿Otra advertencia? ¿Como la de los golfos? ¿Recuerda el ruido de cascos que he oído antes? Alguien nos seguía, alguien que conoce estos bosques.

—Habrá que decírselo a Hobbey, informar al juez de faltas.

—¿Y qué va a hacer? Le digo una cosa: cuanto antes salgamos de aquí, mejor. ¡Maldita sea!

Pusimos rumbo al priorato de Hoyland. «En otra época, Barak habría salido imprudentemente en persecución del arquero —pensé—, pero ahora tiene que pensar en Tamasin y en el hijo que está en camino».



Llegamos a la casa. La lluvia había cesado, aunque aún soplaba una brisa que refrescaba el aire. La vieja Ursula estaba en el gran salón, sacando brillo a la mesa, y le pedí que fuera a buscar a Hobbey.

—Ha ido al pueblo con el señor Dyrick —dijo—. La señora Hobbey vuelve a encontrarse mal. —Y con una mueca de asco añadió—: Se ha metido en la cama con ese perro.

—En ese caso, haga el favor de llamar al mayordomo.

Al cabo de unos instantes Fulstowe se presentó en el salón con paso decidido. Me observó con curiosidad mientras le contaba lo sucedido en el bosque.

—Un cazador furtivo, sin duda —afirmó cuando hube terminado—. Puede que un desertor del ejército, dicen que algunos viven al raso. Tenemos un guardabosques que vigila las tierras del señor Hugh, pero es perezoso. Se arrepentirá de esta.

—¿Por qué iba a llamar la atención un cazador furtivo? —preguntó Barak con rudeza.

—Dicen ustedes que han asustado a unos ciervos. A lo mejor iba tras ellos. Serían todo un premio para un desertor o para uno de esos puercos de la aldea. Tal vez ha disparado para que se marcharan ustedes del bosque. —Torció el gesto—. Pero es un asunto grave, hay que informar al juez. Lástima que no lo vieran. Si consiguiéramos colgar a uno de esos patanes de Hoyland sería una lección a todos los demás.

—A Barak le pareció oír cascos de caballo en el camino.

—Cesaron justo cuando entramos en el bosque.

Miró fijamente a Fulstowe y me di cuenta de que, lo mismo que yo, se preguntaba si el arquero habría salido de la casa.

—Un cazador furtivo no iría a caballo —reconoció el mayordomo.

—No, en efecto —asentí.

—En cuanto regrese el señor Hobbey se lo haré saber. Lamento que haya sucedido una cosa así mientras es usted su huésped.

Inclinó la cabeza y se marchó.

—Siento haberte expuesto al peligro —me disculpé en voz baja ante Barak—. Después de la promesa que hice a Tamasin.

—Si no estuviera aquí, estaría en el ejército —recordó tras soltar un suspiro—. Y tenía usted razón, no hemos corrido ningún peligro. No pretendía darnos. —Me miró con atención—. ¿Sigue pensando en ir a Rolfswood mañana?

—Podría ser la única oportunidad.

—Si quiere lo acompaño.

—Nada de eso —repuse con firmeza—. Te quedarás aquí para intentar sonsacar a los criados. A ver si obtienes algo de información de Ursula. Incluso podrías volver al pueblo.

—Muy bien —aceptó de mala gana.

Di media vuelta y subí al piso de arriba. Noté su mirada de preocupación clavada en la espalda.



Una vez en la habitación repasé mis copias de las deposiciones. Después me dirigí a la ventana, atraído por unas voces. Hugh y David estaban en el campo de tiro. Fulstowe se encontraba con ellos, lo mismo que Barak y Feaveryear. Bajé para reunirme con el grupo. Había vuelto a salir el sol y la hierba mojada resplandecía

hermosa. Había un poco de viento aún y unas nubes altas y blancas discurrían rápidamente por el cielo. Hugh enseñaba a Feaveryear a utilizar el arco mientras David los observaba con Barak. Fulstowe contemplaba la escena con una sonrisa de indulgencia. Había flechas clavadas en la hierba y sus extremos de blancas plumas me recordaron lo sucedido en el bosque.

Feaveryear se había puesto un guante de tiro largo y grueso y sostenía un hermoso arco, algo más corto y fino que los que había visto en manos de los soldados. El exterior era dorado y el interior, de un blanco crema, y le habían dado brillo hasta dejarlo impecable. En ambos extremos presentaba remates de cuerno decorados con forma de lágrima. Feaveryear había colocado una flecha de punta de acero en el arco y lo había tensado al máximo de sus fuerzas. Le temblaban los flacos brazos y solo logró tirar del bordón unos centímetros. Se puso colorado y empezó a sudar.

A su lado Hugh sostenía una flecha y miraba el efecto del viento en las plumas de ganso, que se agitaban ligeramente.

—Desplace el cuerpo un poco hacia la izquierda, señor Samuel —indicó con voz serena—. Tiene que tener en cuenta el viento. Ahora doble la pierna izquierda hacia atrás y haga fuerza hacia delante, como si lanzara algo. —Feaveryear vaciló y el muchacho dijo—: Mire, se lo enseño yo.

Tomó el arco y echó el peso hacia atrás mientras tiraba del bordón. Por debajo de la camisa adiviné el contorno de unos músculos tensos y fibrados.

—Concéntrese en la diana —indicó a Feaveryear—, no en la flecha. Piense solo en eso y suelte. Vamos, inténtelo.

Feaveryear recuperó el arco, nos miró a todos y después disparó con un gruñido. La flecha se elevó un poco y acabó clavándose en la hierba, un poco más allá. David se echó a reír y se dio palmadas en el muslo. Fulstowe sonrió con aire burlón.

—Así se hace, escribiente —comentó David con sarcasmo—. ¡La anterior vez la flecha había caído debajo del arco!

—Soy un desastre —dijo Feaveryear con una risa triste—. Lo único que consigo es desencajarme los brazos.

—No haga caso a David —pidió Hugh—. Hacen falta años de práctica para fortalecer los brazos y tirar del arco adecuadamente, pero todo el mundo puede aprender. Ya ve que ha mejorado un poco.

—Requiere mucho esfuerzo.

—«Para dominar el arco hace falta esfuerzo, compañero de la virtud» —cité de *Toxophilus*.

Hugh me miró con interés.

—Ha leído usted el libro, señor Shardlake.

—Contiene algunas frases bellas.

—Es una gran obra —repuso el joven con seriedad.

—Yo no llegaría tan lejos.

Tanto Hugh como David estaban recién afeitados. La oscura barba del segundo era apenas una sombra en las mejillas, mientras que el primero presentaba un pequeño corte junto a una de las cicatrices del cuello.

—Tal vez podamos charlar sobre el tema más tarde —propuse.

—Me gustaría, señor Shardlake. Tengo escasas oportunidades de hablar de libros. David apenas sabe leer —añadió en tono de chanza, lo que provocó que el aludido frunciera el ceño.

—Tiro mejor que tú —afirmó—. Mire, Feaveryear, voy a enseñarle cómo dispara un arquero de verdad.

Cogió su arco de la hierba. Al igual que el de Hugh, era de hermosa factura, aunque no estaba tan reluciente.

—Menudo logro para un jovencito —apuntó Barak con gesto sobrio.

David puso cara de pocos amigos, sin saber si se burlaba de él. Acto seguido colocó la flecha en el arco, se preparó y disparó. La flecha surcó el aire y fue a dar en la diana, casi en el centro.

—No lo ha hecho tan bien como Hugh —observó Fulstowe con una leve sonrisa.

—Yo tengo más fuerza —repuso David, volviéndose hacia él—. Que alejen las dianas y lo derrotaré sin problemas.

—Me parece que su discusión puede carecer de fundamento —me atreví a comentar a los muchachos—. Según *Toxophilus* hace falta tanto alcance como precisión. Los dos son excelentes arqueros. Si cada uno tiene un poco más de una de esas cualidades, ¿qué importa?

—David y yo llevamos cinco años bromeando y riñendo, señor —contestó Hugh con desaliento—. Siempre sucede lo mismo, da igual el asunto. Dígame —añadió con circunspección—, ¿qué es lo que critica de *Toxophilus*?

—Su aprecio de la guerra. Y su elogio del rey es algo rastrero.

—¿Acaso no deberíamos impulsar las artes de la guerra para protegernos? —preguntó Hugh con intensidad contenida—. ¿Debemos permitir que los franceses nos invadan y hagan con nosotros su voluntad?

—No, pero tenemos que preguntarnos cómo hemos llegado a esta situación. Si el rey no hubiera invadido Francia el año pasado…

—Durante cientos de años, Gascuña y Normandía fueron nuestras. —Por primera vez lo oía hablar con auténtica pasión—. Era nuestro derecho de nacimiento desde los normandos hasta que unos nobles franceses advenedizos empezaron a hacerse llamar reyes…

—Eso diría el rey Enrique.

—Y tendría razón.

—Que padre no te oiga hablar así —advirtió David—. Ya sabes que no te dejará alistarte. —Entonces su voz adquirió un tono de súplica, cosa que me sorprendió—: Y sin ti, ¿con quién iba a cazar yo? —Se dirigió a mí—: Hemos salido esta mañana y nuestros galgos han cogido media docena de liebres. Claro que mi perro es más veloz

y ha atrapado más…

—Calla —ordenó Hugh con repentina impaciencia—. ¡Tu interminable «quién es mejor que quién» me tiene loco!

—Pero si la competencia es la chispa de la vida —argumentó David, que parecía ofendido—. En la ocupación de mi padre…

—¿No se supone que ahora somos caballeros? ¿Sabe usted lo que es un alcotán, señor Shardlake?

—Un ave rapaz de la familia del halcón —repuse.

—Sí, muy pequeña y muy mezquina.

Los ojos de David se abrieron ante aquella ofensa. Me pareció que estaba a punto de echarse a llorar.

—Ya basta, cállense —espetó Fulstowe, que sorprendentemente habló con la autoridad de un padre.

Los dos muchachos enmudecieron al instante.

—No discutan, por favor —pidió Feaveryear con repentina emoción, mientras su prominente nuez subía y bajaba a sacudidas—. Son ustedes hermanos, buenos cristianos…

Lo interrumpió una voz que gritaba su nombre. Dyrick se acercaba a grandes zancadas por la hierba. Parecía enfadado, con la cara casi tan roja como el pelo.

—Pero ¿qué haces tirando flechas con los muchachos? ¡Y usted, Barak! Se le ordenó que se mantuviera en las dependencias de los criados. Mayordomo, ¿no está usted al tanto de las instrucciones de su señor?

Fulstowe se limitó a mirar a Dyrick con frialdad.

—Nos han invitado ellos —replicó Barak con un tono peligroso.

—Es cierto, señor —corroboró Hugh—. Para tener otra compañía.

Dyrick no le hizo caso.

—¡Ven conmigo, Sam! ¡Deprisa! Ettis y un puñado de patanes de la aldea se han puesto a pegarle gritos al señor Hobbey en su propio gabinete. ¡Quiero que quede constancia de lo que digan!

—Sí, señor —respondió Feaveryear con humildad.

Dyrick dio media vuelta y se marchó con el mismo paso, seguido del escribiente.

—Vamos, muchachos —dijo Fulstowe—. Creo que deberíamos entrar. Y no es adecuado discutir delante de nuestros huéspedes.

Miró a Hugh y David y parecieron ponerse de acuerdo en algo. Salieron tras Dyrick y Feaveryear. Barak se quedó observando la casa con los ojos entornados.

—Podríamos ir a dar una vueltecita —dijo— y pasar casualmente por debajo de la ventana del gabinete. Está en la parte de atrás. Puede que descubramos algo. Mire, han abierto todas las ventanas para que corra el aire.

Vacilé, pero luego asentí.

—Este caso me lleva a malas prácticas —musité mientras lo seguía hacia la parte trasera, donde había una zona de hierba ante el muro del antiguo convento.

Se oían voces alteradas procedentes del gabinete de Hobbey. Reconocí el acento de Hampshire de Ettis, con el que habíamos hablado en el pueblo.

—¡Quieren birlarnos nuestros ejidos! —gritaba—. ¿De dónde sacarán entonces los pobres aldeanos la madera y la comida para los cerdos?

—¡Vaya con cuidado, Ettis! —El tono áspero de Dyrick era muy agresivo—. Esas groserías no le servirán de nada por aquí. No se olvide de que algunos aldeanos ya han vendido sus tierras al señor Hobbey, así que harán falta menos ejidos.

—Solo han sido cuatro, y porque les ha amenazado usted con quitarles la casa por haberse retrasado en el pago del arriendo. ¡Y la concesión está muy clara! El priorato entregó nuestros bosques a la aldea de Hoyland hace casi cuatrocientos años.

—Lo único que tienen es esa mala traducción al inglés…

—¡No sabemos leer esos garabatos en normando! —gritó otra voz con acento de Hampshire.

Nos habíamos situado justo debajo de la ventana. Por fortuna, el alféizar quedaba por encima de nuestras cabezas. Miré alrededor con preocupación, por miedo a que apareciera algún criado por un lado de la casa.

—Esa concesión solo dice que la aldea podrá hacer uso de todos los bosques que necesite —contestó Dyrick enérgicamente.

—La zona se dibujó en un mapa, no puede estar más claro.

—Eso se hizo antes de la peste negra y desde entonces Hoyland, como cualquier pueblo de Inglaterra, tiene menos habitantes. La zona de bosques debe reducirse.

—Ya sé lo que tiene pensado usted —bramó Ettis—. Quiere talar todos nuestros árboles, sacar grandes beneficios y después quedarse las tierras de la aldea y convertirlo todo en más bosques. ¡Ningún abogado con labia va a convencernos de que renunciemos a nuestros derechos! ¡Acudiremos a la Audiencia de Ruegos!

—Pues entonces más les vale darse prisa —respondió Hobbey sin alterarse—. He ordenado a mis leñadores que vuelvan a trabajar la semana que viene en la zona que ustedes consideran suya erróneamente. Y será mejor que su gente no entorpezca la labor.

—Que quede constancia de la advertencia, Feaveryear —añadió Dyrick—. Por si hay que enseñársela al juez.

—Al que tienen ustedes comprado —espetó Ettis con amargura.

Entonces oímos un golpe, seguramente porque alguien abrió la puerta de un empujón, estrellándola contra la pared.

—¡Granujas y canallas! —chilló la voz estridente de Abigail—. ¡Nicholas, Fulstowe me ha contado que han disparado una flecha al abogado jorobado en el bosque! ¡Bellacos!

—¿Una flecha? —Hobbey pareció sorprendido—. ¿Qué quieres decir, Abigail?

—Acabo de ver al señor Shardlake —señaló Dyrick—. No parece en peor estado del habitual.

—¡No le han dado! ¡Pero es cierto!

Entonces oí la voz de Fulstowe: debía de haber acudido al percatarse del alboroto.

—Han disparado a Shardlake y a su escribiente mientras recorrían las tierras del señor Hugh. Habían espantado a un ciervo y un cazador furtivo ha debido de hacerles una advertencia. Nadie ha salido herido ni se pretendía —añadió con impaciencia.

—¡Qué estúpida eres, mujer!

Era la primera vez que oía a Hobbey perder el control. Abigail se echó a llorar. La estancia se había quedado en silencio. Incliné la cabeza y empezamos a alejarnos con sigilo, rodeando la casa.

—Comenzaba a ponerse interesante —se quejó Barak.

—Me daba miedo que saliera alguien y nos viera. Y me parece que ya hemos oído suficiente. —Arrugué la frente—. Esa mujer está aterrada.

—Lo que está es loca.

—Es difícil de saber. Por cierto, ¿te has fijado antes en que los muchachos acataban las órdenes de Fulstowe a la primera? Y, por lo que acabamos de oír, no parece que le demuestre mucho respeto a Abigail.

—¿Quién tiene razón en lo de los ejidos? —preguntó Barak.

—Tendría que ver la concesión de las tierras, pero si se trata de una zona definida, los aldeanos tienen todas las de ganar.

—Si voy al pueblo durante su ausencia, quizá sea el momento de decirles que es usted abogado de la Audiencia de Ruegos. Puede que con eso les saquemos información.

—Sí, adelante —accedí tras reflexionar—. Ve a ver a Ettis. Dile que si me escriben a la cofradía solicitaré un mandamiento en cuanto vuelva. A condición de que no digan nada a Hobbey. —Me sonreí—. Ya se lo contaré yo el día que nos vayamos.

—Está volviéndose todo un maquiavelo desde que trabaja para la Audiencia de Tutelas.

Lo miré con circunspección.

—Dile a Ettis que a cambio nos cuente todo lo que sepa de Hugh. En esta casa pasa algo que no vemos. Estoy seguro.

Capítulo 21

A las siete de la mañana del día siguiente ya me dirigía a caballo hacia el norte, por el camino de Portsmouth, y me había alejado más de un kilómetro del priorato de Hoyland. *Tres Patas* avanzaba a buen paso, al parecer contento de volver a emprender un viaje largo. Hacía buen tiempo y el aire, aún fresco a aquella hora, estaba impregnado del aroma de la hierba cubierta de rocío. Más tarde haría calor; me había puesto un jubón de lana fina, aliviado por librarme de la toga. Mientras cabalgaba consideré la conversación que acababa de mantener con Hugh antes de salir.

Había pedido que me llamaran a las seis y me despertaron unos nudillos contra la puerta. Fulstowe asomó la cabeza.

—Hay algo de desayuno abajo, señor —anunció, antes de añadir—: ¿Debo entender que se dirige usted a Sussex y no regresará hasta mañana por la tarde?

—Sí. Un asunto relativo a otro cliente. Gracias.

Eso era lo que le había dicho a Hobbey, sin más: no tenía intención de contarles nada de Ellen. Me levanté y me vestí. Después cogí la cruz decorada de Emma de la mesilla de noche y el ejemplar de *Toxophilus*. Salí con sigilo al pasillo y me dirigí a la habitación de Hugh. Vacilé un instante y luego llamé a la puerta. Había ido ya la noche anterior, pero o no estaba o no había contestado. Tenía ante mí una posibilidad nada habitual de hablar con él en privado.

Esa vez abrió, ya vestido con camisa y jubón.

—Lamento molestarlo tan temprano —me disculpé—, pero me marcho a Sussex y quería devolverle el libro.

Titubeó un momento antes de invitarme a entrar, como requería la cortesía.

La habitación estaba amueblada con una cama, una cómoda y una mesa, así como un tapiz de franjas blancas y verdes, los colores de los Tudor. En un estante situado encima de la mesa me sorprendió ver aproximadamente dos docenas de libros. La estancia olía a cera y el arco de Hugh, descordado, estaba apoyado contra una esquina de la cama. A su lado había una caja de cera y un trapo.

—Estaba sacando brillo al arco —sonrió tímidamente—. La señora Abigail prefiere que lo haga fuera, pero ¿a estas horas quién va a enterarse?

—Es temprano, desde luego.

—Me gusta levantarme antes que nadie, disfrutar de un rato a solas antes de que se despierten todos.

Detecté cierto desdén en su voz y lo observé atentamente. Se ruborizó y se llevó una mano al cuello. «Tiene muy presentes esas cicatrices», me dije.

—Posee muchos libros —comenté—. ¿Puedo echar un vistazo?

—Claro, adelante.

Había clásicos latinos y griegos, un libro sobre los modales de los jóvenes caballeros y ejemplares de *Sir Gawain y el caballero verde*, *El libro de la caza* y el *Dietario de la salud* de Boorde, así como la *Utopía* de Tomás Moro. Con la excepción de un Nuevo Testamento, no tenía ninguna obra religiosa, lo cual no era habitual.

—Una buena biblioteca —señalé—. Poca gente de su edad tiene tantos libros.

—Algunos eran de mi padre y otros me los compró el señor Hobbey en Londres, pero desde que se fue nuestro último preceptor no tengo a nadie para comentarlos.

Tomé *El libro de la caza*.

—Esta es la obra clásica sobre la caza, tengo entendido.

—Así es. La escribió originalmente un francés, pero la tradujo el duque de York, que perdió la vida en Agincourt. Cuando nueve mil arqueros ingleses aplastaron a un enorme ejército francés —añadió con orgullo antes de sentarse en la cama.

—¿Tiene ganas de que llegue la cacería de la semana que viene? —pregunté.

—Muchas. Será la tercera en que participe. Por aquí no tenemos mucha vida social.

—Al parecer los caballeros de la zona han tardado en aceptar a la familia.

—Solo acuden por la perspectiva de la caza. Al menos eso dice la señora Abigail.

Comprendí lo aislado que estaba Hugh allí, lo mismo que David.

—En mi última cacería fui el que mató al ciervo —se vanaglorió.

—Me han dicho que se hizo con la piedra del corazón y que aún la lleva colgada del cuello.

De nuevo se llevó la mano al cuello. Entornó los ojos y preguntó:

—¿Quién se lo dijo?

—El señor Avery.

—¿Le ha hecho preguntas sobre mí?

—Hugh, el único motivo por el que estoy aquí es indagar sobre su bienestar.

Aquellos inescrutables ojos verde azulado se clavaron en los míos.

—Ya le dije ayer, abogado, que no tengo ninguna queja.

—En Londres, Bess Calfhill me dio algo para usted. Se lo entregó la señora Hobbey a Michael. Perteneció a su hermana.

Abrí la mano y le mostré la cruz decorada. De inmediato se le humedecieron los ojos. Apartó la cara.

—¿Michael la conservó hasta su muerte? —preguntó con voz ronca.

—En efecto.

Coloqué la cruz en la cama, al lado de Hugh, que extendió la mano y la cogió. Sacó un pañuelo, se secó los ojos y me miró.

—¿La señora Calfhill recuerda a mi hermana?

—Con mucho cariño.

Guardó silencio unos instantes, aferrando la cruz. Luego preguntó:

—¿Cómo es Londres ahora? Llevo mucho tiempo aquí. Recuerdo poco más que

el ruido, la gente que gritaba siempre por la calle y luego la tranquilidad de nuestro jardín.

De nuevo aquel hastío impropio de un muchacho de su edad.

—Si fuera a la universidad conocería todavía más gente de su edad, Hugh, hablaría de libros de la mañana a la noche. El señor Hobbey deberá encargarse si desea usted ir.

Levantó la vista, esbozó una sonrisa y luego citó:

—«En el estudio todas las partes del cuerpo quedan inactivas, lo que provoca humores fríos y repugnantes».

—¿*Toxophilus*?

—Sí. Ya sabe que no deseo estudiar, sino ir a la guerra. Poner en práctica el dominio del arco.

—Confieso que me parece bien que el señor Hobbey se lo impida.

—Cuando vaya usted a Portsmouth el viernes, ¿verá a su amigo el capitán de arqueros?

—Eso espero.

—David y yo vamos a ir a ver los barcos y los soldados. Dígame, ¿había muchachos de mi edad entre esos arqueros? He visto compañías que se dirigían a Portsmouth en las que algunos soldados no parecían mayores que yo.

—A decir verdad, señor Hugh, el recluta más joven que he conocido tiene aproximadamente un año más que usted —contesté, pensando en Tom Llewellyn—. Un mozo corpulento.

—Yo soy muy fuerte y además tiro bastante bien, creo, como para clavar una flecha bien templada en el corazón de un francés. Que Dios les mande la pestilencia.

Hablaba con pasión. Debí de poner cara de sorpresa, ya que se ruborizó y bajó la vista mientras se frotaba uno de los pequeños lunares que tenía en la cara. De repente parecía tremendamente vulnerable. Levantó la mirada de nuevo.

—Dígame, ¿es usted amigo del señor Dyrick? —preguntó—. Dicen que los abogados discuten por los casos pero fuera de los tribunales son amigos.

—A veces sí, no obstante el señor Dyrick y yo… No, no somos amigos.

—Me alegro. No me cae bien. Claro que en esta vida muchas veces tenemos que dedicar el tiempo a estar con quienes no son amigos nuestros, ¿no es así? —Soltó una risita amarga y añadió—: El tiempo pasa, señor. No debería entretenerlo.

—Tal vez a mi regreso podamos hablar de *Toxophilus* y de sus demás libros.

Me miró, recobrada la calma.

—Sí, tal vez.

—Lo espero con ilusión.

Lo dejé aferrado a la cruz de Emma.

A lomos del caballo recordé de nuevo las palabras de Abigail. Había dicho que se sentía en peligro por celebrar la cacería y su esposo había contestado que no soportaba más el aislamiento. ¿De qué tenían miedo? ¿Estaba relacionado con el ataque que habíamos sufrido el día antes? No sabía cuál era el secreto oculto de Hoyland, pero creía que Hugh estaba al tanto al menos de una parte. Y a eso se sumaba el conflicto con los aldeanos. Supuse que se trataba del caso habitual en que un arrendador trata de acabar con un pueblo y quedarse las tierras para sus intereses personales. Había visto situaciones similares en la Audiencia de Ruegos. El comportamiento de los aldeanos también era el habitual: los pequeños propietarios independientes como Ettis se rebelaban, mientras que algunos habitantes pobres acababan vendiendo sus tierras al arrendador a fuerza de coacciones.

Cuando llegué al desvío de Rolfswood el sol estaba ya en lo alto y empezaba a hacer calor. Esperaba encontrar un sendero rural en mal estado, pero el camino que llevaba a Sussex estaba bien conservado. Había recorrido aproximadamente dos kilómetros cuando noté que olía a quemado y recordé los carboneros del camino de ida. A mi derecha, un ancho sendero se abría paso por un terraplén para adentrarse en el bosque. Sentí curiosidad e hice girar al caballo hacia allí.

Tras unos centenares de metros alcancé un claro donde había una gran estructura de barro en forma de colmena, más alta que un hombre, con una abertura en lo alto por la que salía humo. Por todo el rodal había cúmulos de ramas pequeñas. Dos jóvenes sentados en un montículo se pusieron en pie al verme aparecer.

—¿Preparan carbón? —pregunté.

—Sí, señor —respondió uno. Los dos tenían la cara ennegrecida debido a su actividad—. Por lo general no trabajamos en verano, pero ahora necesitan carbón para las fundiciones.

—Tengo entendido que están haciendo cañones.

—Eso es por el este, pero también hay mucho trabajo para las pequeñas forjas de la parte occidental de Sussex.

—La guerra hace ganar mucho dinero —añadió su compañero—, aunque vemos bien poco.

—Me dirijo a Rolfswood. Creo que allí había una fundición que se incendió.

—Sería hace mucho tiempo. Ahora no se trabaja el hierro por aquí. —El joven se detuvo—. ¿Le apetece tomar una cerveza con nosotros?

—Gracias, pero tengo que seguir mi camino.

Me pareció que se quedaban decepcionados y me dije que su labor era muy solitaria, con la única compañía del montón de carbón.



Habían dado las tres cuando llegué a Rolfswood. El pueblo era más pequeño de lo que esperaba, una calle principal con varias casas de ladrillo de buena construcción y

poca cosa detrás, excepto algunas casuchas. Un camino desdibujado llevaba hasta un puente que cruzaba un riachuelo y luego atravesaba un campo hasta una iglesia que parecía muy antigua. Me alegré al comprobar que en la calle mayor había una buena posada. Me adelantaron dos carros cargados de ramas recién cortadas que desprendían olor a savia.

Desmonté ante la posada, donde encontré habitación para pasar la noche con las suficientes comodidades. Entré en la sala para ver si conseguía información; ya había decidido qué historia contar para explicar mi interés.

Solo había un anciano sentado en un banco. En el suelo, a su lado, descansaba un gran sabueso que levantó su tosca y lúgubre cara para mirarme. Me dirigí al mostrador y pedí una cerveza a la mujer mayor que lo atendía. Su rostro rollizo y arrugado bajo la blanca cofia daba muestras de simpatía. Me bebí la cerveza en pocos tragos, ya que tenía mucha sed.

—¿Ha hecho usted un largo viaje, caballero? —preguntó.

—Vengo de cerca de Portsmouth.

—Una buena jornada a caballo. —Se acodó sobre la barra—. ¿Qué noticias hay de por allí? Dicen que viene el rey.

—Eso he oído. Pero no he llegado a Portsmouth. Soy abogado, de Londres; tengo asuntos en una casa situada cerca de la colina de Portsdown.

—¿Y qué lo trae por Rolfswood?

—Un amigo de Londres cree que podría tener parientes aquí. Le dije que preguntaría.

Me miró con curiosidad.

—Será un buen amigo, para haber hecho tan largo viaje.

—El apellido es Fettiplace. Una tía anciana le contó que hace tiempo tuvieron una fundición de hierro aquí.

—Eso pasó a la historia, caballero —contestó con amabilidad—. La fundición se incendió hace casi veinte años. Murieron el señor Fettiplace y uno de sus trabajadores.

Me quedé callado, como si acabara de enterarme de la noticia, y luego pregunté:

—¿Tenía familia?

—Era viudo. Había una hija, pero su historia es aún más triste. Fue testigo del incendio y eso le hizo perder la razón. Se la llevaron, creo que a Londres.

—Si lo hubiera sabido mi amigo… Se enteró hace poco de que podría tener parientes en Sussex.

—El señor Buttress, nuestro molinero, compró su casa y la tierra donde estaba la fundición. Habrá pasado usted por delante. Está en la calle mayor, es la que tiene esas tallas tan hermosas de animales en las jambas de la puerta.

«¿La compró? ¿A quién? Legalmente, sin duda, debería haber sido para Ellen», pensé.

—¿No hay más Fettiplace por aquí?

—No, caballero. El señor Fettiplace era del norte del condado. Vino aquí a levantar la fundición. —Se apoyó en el mostrador y llamó al hombre—. Oye, Wilf, este caballero pregunta por la fundición de Fettiplace.

El individuo alzó la vista y la mesonera me dijo en voz baja:

—Wilf Harrydance trabajaba allí. Es un pobre viejo, invítelo a tomar algo y le contará todo lo que sepa.

Asentí y sonreí.

—Gracias. Sirva dos cervezas más.

Me fui con las jarras a sentarme con el anciano, que me dio las gracias con un gesto cuando coloqué una ante él. Me observó con interés. Era de edad muy avanzada, llevaba un viejo blusón y estaba calvo, salvo unas cuantas canas aquí y allá. Su rostro tostado por el sol estaba cubierto de arrugas, pero sus ojos azules denotaban inteligencia y curiosidad. El perro meneó la cola, sin duda a la espera de sobras.

—¿Quiere oír usted la historia de los Fettiplace, caballero? —Hizo un gesto con la mano—. He oído todo lo que le ha dicho a doña Bell. Estoy viejo, pero conservo el oído.

—Se lo agradezco. Me llamo Shardlake. ¿Trabajaba usted en la fundición?

—Llevaba diez años con el señor Fettiplace cuando ocurrió el incendio. No era mal patrón. —Se quedó en silencio unos instantes, recordando—. Era un buen trabajo. Cargaba la mena y el carbón vegetal en el horno, vigilaba el proceso de fundido por el humero… Virgen santa, cuando te asomabas el calor casi te derretía los ojos. Luego raspaba el hierro afinado para meterlo en la forja…

Oí de nuevo la voz de Ellen: «¡Pobre hombre, estaba envuelto en llamas!». Wilf se había callado y fruncía el ceño, consciente de que no le prestaba atención.

—Lo siento —me disculpé—. Continúe, se lo ruego. ¿De qué tipo de fundición se trataba? ¿Era lo que llaman un horno bajo?

—Sí. Pequeño, aunque el fuelle iba impulsado por agua. El señor Fettiplace llegó a Rolfswood de joven, ya había ganado un dinero con el comercio del hierro en la parte oriental de Sussex. Aquí hay un afloramiento de mena de hierro, es pequeño, estamos en el margen occidental del Weald. El señor Fettiplace compró un bosque para utilizarlo en hacer carbón. Además, el río pasa por allí, así que se gastó dinero en hacer la represa del molino y construyó el horno. La corriente hace girar la rueda que acciona el fuelle. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Se lleva la mena de hierro, en nuestro caso desde un poco más allá, río arriba, donde estaba el afloramiento, y se mete en el horno con el carbón vegetal. El hierro se funde y se separa de la mena, se va para el fondo. ¿Lo entiende? —repitió, con tono de maestro de escuela.

—Creo que sí. ¿Otra cerveza?

—Gracias —dijo, asintiendo con seriedad.

Fui a buscar dos jarras más y las dejé en la mesa.

—¿Cómo era el señor Fettiplace?

—William Fettiplace no tuvo suerte en la vida —contestó con tristeza—. El horno de Rolfswood no acabó de ir bien, la calidad de la mena era mala, y con la competencia de los nuevos altos hornos el precio del carbón no dejaba de subir. Además, su esposa, a la que adoraba, murió joven y le dejó una hija pequeña. Y falleció en el incendio, junto con mi amigo Peter Gratwyck. Aquel misterioso incendio… —Wilf me miró con interés.

—¿Misterioso? —repetí—. Yo imaginaba que siempre había riesgo de incendio en esos sitios.

—No. Era verano. El horno no estaba en funcionamiento. —Se inclinó hacia delante—. La cosa fue así. La fundición estaba cercada, rodeada por una valla de madera. Estaba casi todo techado, excepto el centro. Cuando funcionaba hacía mucho calor. Dentro del recinto estaba el edificio central, con el horno en un extremo y el gran fuelle conectado a la rueda hidráulica. Lo demás era espacio de almacenamiento, para la mena, el coque y el material de construcción. Era una fundición pequeña, tradicional. El señor Fettiplace no había tenido dinero para construir un alto horno. Apenas había un puñado de trabajadores. Durante el verano cultivábamos nuestras tierras y en invierno nos dedicábamos al hierro. ¿Lo entiende?

—Sí.

—En verano tenía que haber siempre alguien, para recibir los pedidos de coque y mena con vistas al invierno y echar un ojo a la alberca del molino y la rueda. Normalmente se encargaba Peter, que vivía muy cerca. Pero aquel verano… Fue en 1526, el año anterior a la gran hambruna, cuando la lluvia malogró la cosecha. Aquel agosto recuerdo que hacía frío y viento, como si fuera octubre…

—¿Y el incendio…?

Se me acercó más y noté su aliento cálido empapado de cerveza.

—Aquel verano Peter se instaló en el horno. Su señora, que era una arpía asquerosa, lo había echado de casa. Decía que bebía demasiado. Supongo que era verdad, pero da igual. Peter pidió al señor Fettiplace irse a vivir al horno durante una temporada y el amo se lo permitió. Había un catre de paja, la gente dormía allí a menudo durante las campañas invernales, pero aquella noche no había nadie más. —Wilf tomó otro trago de cerveza y se reclinó—. Ah, caballero. Aún sufro al recordarlo.

Suspiró y el perro lo miró y soltó un leve gañido.

—Hacia las nueve de aquella noche estaba yo aquí en el pueblo, en mi casa, cuando un vecino se puso a aporrear la puerta, diciendo que se había incendiado la fundición. Salí corriendo. Mucha gente se dirigía hacia el bosque. Al acercarnos al horno vimos las llamas entre los árboles, la alberca del molino toda roja por el reflejo del fuego. Fue horroroso, cuando llegué todo el cercado estaba en llamas, de una punta a otra. Era de madera, ¿sabe usted? Ellen Fettiplace culpó luego a Peter, decía

que había hecho fuego en el edificio de la fundición para entrar en calor y que lo había incendiado todo.

—¿Ellen? ¿La hija? —pregunté, fingiendo no saber nada de ella.

—Exacto. No hubo más testigos. El señor Fettiplace y ella habían ido dando un paseo hasta el horno aquella noche, porque él quería comprobar si había llegado un pedido de mena, y se encontraron a Peter borracho junto al fuego. El señor Fettiplace le soltó cuatro gritos y el pobre pegó un respingo y no sé cómo se le prendió la ropa. Cayó sobre el catre de paja, que también prendió. Había mucho polvo de coque por todas partes y el fuego se extendió. Peter y el señor Fettiplace murieron abrasados; solo logró salir la joven Ellen, pero se volvió loca, tan loca que no pudo ir a declarar y hubo que leer una deposición que había preparado.

Recordé los chillidos de Ellen: «¡Vi que la piel se le deshacía, se le ponía negra y se agrietaba! ¡Trató de incorporarse pero se cayó!».

—Con eso se me acabó el trabajo en la fundición —prosiguió Wilf—. A mí y a media docena más. No la reconstruyeron, no daba suficientes beneficios. Las ruinas siguen allí en el bosque. Al año siguiente la cosecha fue mal, nos costó salir adelante. —Echó un vistazo a la sala vacía—. Peter Gratwyck era mi mejor amigo. Cuántas noches bebimos juntos aquí de jóvenes…

—¿Sabe adónde fue la hija?

—La noche del incendio se fue corriendo donde el cura, el viejo John Seckford, que sigue aquí en la parroquia. Había perdido el juicio. Se negaba a salir de la vicaría. Cuando concluyó la investigación se la llevaron a vivir con unos parientes de Londres, dijeron. ¿Su amigo nunca ha sabido nada de ella? —preguntó.

—No.

Me dije que aquello no era lo que esperaba, que en aquella historia no había ninguna violación.

—Esa Ellen… ¿cómo era?

—Bastante guapa. Tendría entonces unos diecinueve años. Pero su padre la malcriaba, era muy testaruda. Lo más triste era que por entonces se hablaba de que iba a casarse.

—¿Con quién?

—Con Philip West, cuya familia tiene tierras aquí. Luego se fue a servir en la Armada Real.

—Me imagino que el veredicto de la investigación fue muerte accidental.

—En efecto. —Wilf se despabiló de repente—. Me habría gustado hacer unas cuantas preguntas sobre ese incendio. No me encajaba que el señor Fettiplace no hubiera logrado escapar. Pero no me citaron. Quintin Priddis llevó las pesquisas apresuradamente.

—¿Priddis? —repetí, poniéndome derecho.

—¿Lo conoce? —preguntó Wilf, entornando los ojos.

—Solo de nombre. Es el responsable de la Audiencia de Tutelas de Hampshire.

—En aquella época era uno de los jueces pesquisidores de Sussex.

—¿Explicó la señorita Fettiplace los motivos por los que no lograron escapar ni su padre ni el amigo de usted?

—La ropa de Peter prendió y de ahí las llamas pasaron a la del señor Fettiplace. Eso contó ella y no había más testigos. La fundición quedó arrasada, no había ni rastro del pobre Peter ni del señor Fettiplace, solo cuatro huesos calcinados. ¿Está seguro de que no conoce a Quintin Priddis? —preguntó, inquieto de repente.

—Nunca lo he visto.

—Tengo que irme —anunció de improviso el anciano—. Me espera mi señora. ¿Cuánto tiempo se queda usted en Rolfswood?

—Me voy por la mañana.

—En ese caso le deseo buen viaje —contestó, al parecer aliviado—. Gracias por las cervezas. Vamos, *César*.

Se levantó y el perro lo siguió. Luego se detuvo, se volvió y recomendó:

—Hable con el reverendo Seckford. Por aquí son muchos los que creen que entonces se tapó algo. No puedo decirle más.

Y se marchó.

Capítulo 22

Ascendí despacio por la ladera hasta la iglesia. Estaba cubierto de polvo, me dolían las piernas y la espalda y lo único que me apetecía era descansar, pero tenía poco tiempo. Pensé en el relato del viejo Wilf. Al parecer recelaba de la versión oficial de lo sucedido en la fundición, pero estaba claro que no sabía nada de ninguna violación. Recordé las palabras de Ellen aquel terrible día en que había perdido los nervios: «¡Eran muy fuertes! ¡No podía moverme!».

La iglesia era un edificio normando pequeño y bajo. En el interior poca cosa había cambiado desde la época papista; las estatuas de santos seguían en su sitio y las velas ardían ante el altar principal. «Al reverendo Broughton no le parecería bien», pensé. Una anciana estaba reponiendo las velas consumidas. Me acerqué.

—Busco al reverendo Seckford.

—Estará en la vicaría, caballero, ahí al lado.

Me dirigí a la casa adyacente. Era una construcción pobre, hecha de cañas y adobe, con la pintura desconchada, pero Seckford era el eterno coadjutor que dependía de un sacerdote que quizá se ocupaba de varias parroquias. Me sentí culpable al darme cuenta de que iba a mentirle como había mentido a Wilf, pero no quería que nadie supiera dónde estaba Ellen.

Llamé a la puerta. Se oyeron unos pasos arrastrados y la abrió un hombrecillo de algo más de cincuenta años; vestía una sotana a la que no le habría ido mal un buen lavado. Estaba muy gordo, hasta el punto de que parecía tan ancho como alto, y tenía las rollizas mejillas cubiertas por una incipiente barba canosa. Me miró con ojos vidriosos.

—¿Reverendo Seckford? —pregunté.

—Sí —respondió afable.

—Quisiera hablar con usted, si puede ser, sobre el favor que hizo hace muchos años a una mujer llamada Ellen Fettiplace. Wilf Harrydance me ha sugerido que viniera a verlo.

Me observó con detenimiento y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Pase, caballero.

Entré tras él en una sala desvencijada. Me ofreció asiento en un banco de madera cubierto por una tela polvorienta. Él se instaló en una silla que crujió al recibir su peso, y me miró con curiosidad.

—Parece que acaba de llegar de viaje.

—Sí. Pido disculpas por presentarme cubierto de polvo.

Tomé aire y repetí la historia que acababa de contar a Wilf en la posada sobre mi supuesto amigo. Seckford escuchó con atención, aunque de vez en cuando se le iba la vista hacia la ventana, abierta a mi espalda, y a una gran jarra de cerveza en el

aparador, donde se exponía una vajilla de plata falta de lustre. Cuando terminé se quedó mirándome con tristeza.

—Perdóneme —dijo en voz baja—, pero espero que el interés de su amigo no surja de la mera curiosidad pasajera. La historia de Ellen es triste y terrible.

—Estoy seguro de que mi… mi amigo la ayudaría si pudiera.

—Si es que sigue viva. —Seckford se detuvo para recapacitar—. William Fettiplace, el padre de Ellen, era un buen hombre. Sacaba poco dinero de aquella fundición pero era generoso, daba a los pobres y a la iglesia. Su esposa, Elizabeth, murió joven. Se desvivía por Ellen. Quizá la mimaba en exceso, porque acabó siendo una muchacha obstinada, aunque buena y generosa. Adoraba la iglesia: traía flores para el altar, en ocasiones también para mí, para alegrar este lugar tan pobre. —Puso los ojos en blanco un instante y luego prosiguió—: El incendio sucedió hace diecinueve años.

—Wilf me ha dicho que en agosto de 1526.

—Sí, al año siguiente se malogró la cosecha y llegó la gran hambruna. Enterré a muchos parroquianos.

Se le fue la vista de nuevo hacia la ventana. Me volví, pero solo se veía un jardincillo con un cerezo.

—Aquel día estaba nublado y hacía frío, como había sucedido durante gran parte del verano. Yo estaba aquí. Oscurecía ya, recuerdo que había encendido una vela, cuando alguien empezó a aporrear la puerta. Me imaginé que un parroquiano requeriría la extremaunción, pero la que entró tambaleándose fue la pobre Ellen. Había perdido la capucha, tenía el pelo alborotado y el vestido desgarrado y manchado de hierba. Debía de haberse caído al venir hasta aquí a oscuras desde la fundición.

«O podría haber sucedido otra cosa que explicara ese estado», pensé.

—No conseguí que dijera nada coherente. Tenía la mirada perdida, respiraba entrecortadamente y no lograba hablar. Luego dijo: «Fuego, fuego en la fundición». Salí corriendo y grité socorro y enseguida medio Rolfswood fue a toda prisa hacia allá. Yo me quedé con Ellen. Luego me contaron que cuando llegó la gente, la mitad del recinto ya estaba en llamas. Lo único que encontraron del señor Fettiplace y de Peter Gratwyck fueron unos huesos carbonizados. Que Dios los tenga en su gloria.

—Según Wilf Harrydance, Ellen vino entonces a vivir aquí.

—Sí. —Levantó la barbilla—. Pero no hubo nada indecoroso. Hice que se instalara con nosotros doña Wright, una de las criadas de los Fettiplace.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Cerca de dos meses. No llegó a recuperarse de lo sucedido. Al principio apenas abría la boca y no decía nada sobre aquella noche. Si le preguntábamos se ponía a llorar o incluso a gritar. Estábamos asustados. Si alguien llamaba a la puerta, pegaba un respingo o un chillido y se iba corriendo a su cuarto. Pasado un tiempo conseguimos que hablara un poco de cosas cotidianas, como el tiempo, pero solo

conmigo o con doña Wright. Y se negaba a salir; si se lo proponía, sacudía la cabeza con obstinación. Se negaba a ver a nadie más, ni siquiera al joven con el que, según la gente, tenía planes para casarse, Philip West, y eso que vino varias veces. Se le notaba en la cara lo angustiado que estaba. Creo que la amaba.

—Se alistó en la Armada Real, según Wilf Harrydance.

—Sí, al poco tiempo. Creo que estaba desconsolado. ¿Sabe usted?, se decía que Philip West iba a declararse a Ellen. Su familia le había conseguido un puesto modesto en la corte del rey. Pasaba mucho tiempo en Londres, pero aquel verano su majestad había acudido a Sussex en viaje real y el señor West había venido a pasar el día. —Sacudió la cabeza con tristeza—. El señor Fettiplace se habría alegrado con esa boda, ya que los West son una familia de terratenientes adinerados. Y Philip era un joven apuesto.

—¿La familia West sigue por aquí?

—El padre murió hace unos años. La madre, la señora Beatrice, sigue llevando las tierras del hijo, que tiene bastantes propiedades por la zona pero lo deja todo en sus manos y solo viene de visita cuando tiene permiso de la marina. La señora West es una mujer formidable. Vive en un caserón a las afueras del pueblo. Philip apareció precisamente el mes pasado, cuando su buque fondeó en Portsmouth. —Me miró—. He oído que todos los barcos de su majestad van hacia allí y que el monarca en persona se dirige a esa ciudad para pasar revista. —El párroco hizo un gesto de congoja—. Vivimos una época terrible.

—Es cierto.

—El mes pasado vi a Philip West pasar por la calle mayor a caballo. Sigue siendo apuesto, pero ya es un hombre maduro, de expresión severa. —Seckford se puso en pie bruscamente—. Perdóneme, caballero. He tomado la determinación de no beber cerveza fuerte hasta que la sombra de ese cerezo llegue a la verja, pero al recordar todo esto… —Se acercó al aparador y cogió dos vasos de peltre—. ¿Bebe usted conmigo?

—Gracias.

Llenó los vasos. Apuró el suyo en pocos tragos, suspiró con ganas y volvió a llenarlo antes de pasarme el otro y volver a sentarse en la silla.

—Cuando se llevaron a Ellen empecé a beber demasiado. Me parecía muy cruel que se hubiera quemado la fundición y la pobre muchacha hubiera perdido el juicio. Y tengo que predicar que el Señor es misericordioso… —Su rollizo rostro se hundió con gesto de tristeza.

—¿Ellen fue la única que presenció los hechos?

—Sí, y el juez pesquisidor insistió mucho en sonsacarle la historia. —Su voz adoptó un tono severo—. La señora West quería zanjar el asunto para que su hijo pudiera olvidarla y dejara de hablarse de ello en la zona. Los West podían ayudar a Priddis a prosperar. Un hombre ambicioso, nuestro antiguo pesquisidor —concluyó con amargura.

—He oído hablar de él —señalé—. Ahora es sir Quintin, albacea de Hampshire. Un cargo con cierto poder.

—Eso me han dicho. Los Priddis eran simples pequeños propietarios, pero depositaron sus ambiciones en el joven Quintin y lo mandaron a estudiar leyes. —El párroco apuró el vaso—. En mi opinión, caballero, la ambición es una condena. Vuelve a los hombres fríos y duros. Deberían quedarse en la posición social en que los puso Dios —suspiró—. Tal vez no esté usted de acuerdo.

—Estoy de acuerdo en que la ambición puede volver rudos a los hombres.

—Priddis quería codearse con la gente de alcurnia. Era un individuo muy persistente. Desde el día siguiente al fuego no dejó de presentarse aquí para exigir hablar con Ellen y tomarle declaración, pero, como le he dicho, ella se negaba a ver a nadie. Priddis tuvo que posponer las pesquisas sobre el señor Fettiplace y Peter en varias ocasiones. Creo que le molestaba que una muchachita frustrara su poder. No sentía compasión por el estado de Ellen.

—Bueno, descubrir qué había sucedido era su deber.

—Al final el muy bribón consiguió la declaración. Voy a contarle cómo.

Seckford bebió otro buen trago de cerveza. A diferencia de Wilf, no se mostraba suspicaz conmigo y pensé que se trataba de una persona algo ingenua.

—Transcurridas unas semanas, Ellen mejoró, como le decía, pero seguía negándose a contar qué había pasado y a salir, ni siquiera a la iglesia, que está aquí al lado. No dejaba de inventarse excusas, se volvió… astuta. Ellen Fettiplace… que había sido tan sincera y tan franca. Me dio mucha pena. Creo que al final accedió a ver a Priddis para que la dejara en paz. Era lo único que quería, quedarse en esta casa conmigo y Jane Wright y no salir jamás.

—¿Estaba usted presente cuando Priddis la vio?

—No; se empeñó en verla a solas, con la única compañía de doña Wright. Se metieron en mi cocina, que está ahí, y salieron al cabo de una hora, Priddis con cara de satisfacción. Al día siguiente mandó un borrador de la declaración que Ellen firmó. Decía que su padre y ella se acercaron dando un paseo a la fundición porque él quería comprobar la entrega de un cargamento de coque y se encontraron a Peter borracho. Se cayó en el fuego que había hecho para calentarse. Se le prendió la ropa y por algún motivo también la de William Fettiplace. Priddis permitió que se leyera esa deposición sin que estuviera presente Ellen debido a su estado mental. Consiguió un veredicto de muerte accidental. —Seckford dio un puñetazo de rabia contra el lateral de la silla—. Caso cerrado, atado con lazo rojo y archivado.

—¿Cree usted que la declaración de Ellen no era cierta?

Me miró fijamente y contestó:

—Mi teoría es que Priddis reconstruyó lo poco que había dicho Ellen, lo organizó cronológicamente y la pobre muchacha lo firmó para quitárselo de encima. Ya le he dicho que se había vuelto calculadora. Dicen que puede pasarle eso a quien está mal de la cabeza. Lo único que quería era que la dejaran en paz.

—¿Qué cree usted que ocurrió en realidad?

—No tengo ni idea —aseguró mirándome a los ojos—. Pero si el incendio acababa de empezar no entiendo por qué el señor Fettiplace no logró escapar.

—¿Tenía algún enemigo?

—Ninguno. Nadie le quería mal.

—¿Cómo se fue de aquí Ellen?

El párroco se reclinó en la silla.

—Ay, caballero, me pide que recuerde lo más doloroso.

—Lo siento. No quería abrumarlo.

—No, ahora ya debe saberlo todo hasta el final.

Seckford se levantó, me cogió el vaso, se acercó balanceándose al aparador y sirvió más cerveza.

—Doña Wright y yo no sabíamos qué hacer con ella. No tenía parientes y era la heredera de la casa de su padre aquí en Rolfswood, de un poco de tierra y de la fundición incendiada. Yo pretendía que se quedara con nosotros con la esperanza de que acabara recobrándose y pudiera ocuparse de sus asuntos, pero Quintin Priddis volvió a intervenir. Poco después del veredicto regresó. Se sentó donde está usted ahora y dijo que era indecoroso que Ellen permaneciera aquí. Amenazó con contárselo a mi superior, el cual, no me cabía duda, habría ordenado que la echara.

De nuevo apuró el vaso. Me incliné hacia delante.

—Según Wilf Harrydance, se la llevaron a Londres, con unos parientes —señalé. Me percaté de que la mano que agarraba el vaso vacío temblaba.

—Pregunté al señor Priddis qué iba a ser de ella y me contestó que había indagado, había encontrado parientes en Londres y estaba dispuesto a organizarlo todo para que se fuera a vivir con ellos. —Frunció el entrecejo y me miró con gesto severo—. Dice usted que ese amigo suyo vive allí pero no la conoce.

—No sabe nada de esto.

No me hacía ninguna gracia mentir a aquel anciano; desde luego, una vez que se emprendía el camino del embuste era muy difícil abandonarlo. Sin embargo, al parecer Seckford aceptó mi respuesta.

—Supongo que la señora West pidió a Priddis que buscara parientes; le daría algún dinero. Tendría que haber obtenido algún beneficio para ponerse manos a la obra.

«Pero el que la metió en el Bedlam no ha tenido beneficios, solo gastos continuos», pensé. Mantenerla alejada solo podía servir para evitar un peligro. ¿Sería la señora West, que protegía así a su hijo?

—Priddis hizo una mala jugada —prosiguió Seckford—. Resulta que Jane Wright no había cobrado desde el incendio, ni tampoco los demás criados de la casa de Fettiplace. ¿Quién iba a pagarles? Según Priddis, mandarla con aquellos parientes permitiría enderezar las cosas, vender la casa de Fettiplace y pagar los atrasos de la señora Wright. Dijo que hablaría con el futuro comprador para ver si la mantenía a su

servicio. Con eso se la ganó. No puedo echarle la culpa, no tenía ingresos y vivíamos los tres de mi escaso estipendio.

—¿Preguntó usted quiénes eran esos parientes? —dije con delicadeza.

—Priddis se negaba a decirlo. Solo me contó que vivían en Londres y se ocuparían de ella. Decía que no tenía por qué saber nada más. —Se echó hacia delante—. Caballero, soy un pobre párroco rural. ¿Cómo iba a plantar cara a Priddis, un hombre con autoridad, poder y un corazón de piedra?

—Estaba usted entre la espada y la pared, ciertamente.

—Sin embargo, podría haber hecho más. Siempre he sido débil. —Agachó la cabeza—. Una semana más tarde llegó un coche, una de esas cajas con ruedas en las que va la gente pudiente. Priddis me había avisado de que vendría alguien para llevarse a Ellen a Londres. Decía que lo mejor era no avisarla, para que no se pusiera hecha una furia. Jane Wright me convenció de que esa era también la forma más caritativa de actuar. Ah, con qué facilidad se me persuade.

»Priddis llegó una mañana temprano con dos hombres, dos rufianes grandes y con mala pinta. Fueron al cuarto de Ellen y la sacaron a rastras. Chillaba como una pobre bestia cogida en una trampa. Le dije que era para mejor, que iba a vivir con parientes que la tratarían bien, pero ya no escuchaba a nadie. ¡Cómo me miró…! ¡Creyó que la había traicionado! Y era cierto. Seguía chillando cuando se alejó el coche. Todavía la oigo.

«Y yo», pensé, pero no me atreví a decirlo. Seckford se puso en pie sin mucha estabilidad.

—¿Otra cerveza, caballero? Yo desde luego la necesito.

—No, gracias.

Me levanté también y me miró con cierta ansiedad.

—Acompáñeme —pidió—. Relaja la cabeza. Vamos.

—El viaje ha sido largo —repuse con afabilidad—. Estoy muy cansado, necesito reposar. Pero le agradezco que me haya contado la historia. Entiendo que le ha costado un esfuerzo. No me habría gustado estar en su lugar.

—¿Su amigo tratará de dar con Ellen?

—Le prometo que algo se hará.

Asintió, y su rostro se demudó de emoción mientras iba a servirse otro vaso.

—Una última pregunta, si me lo permite. ¿Qué sucedió con la casa de los Fettiplace?

—Se vendió, como había dicho Priddis. A Humphrey Buttress, el propietario del molino de trigo. Sigue allí. —Sonrió sin alegría—. Es un viejo compinche de Priddis, seguro que la compró barata. Buttress se trajo su propio servicio y Jane Wright y el resto de los criados de los Fettiplace acabaron de patitas en la calle. La pobre falleció al año siguiente, durante la gran hambruna. Murió de hambre y no fue la única. Era vieja, ¿sabe usted?, y no tenía trabajo. —Se apoyó con una mano en el aparador para no perder el equilibrio—. Ruego a Dios que su amigo encuentre a Ellen en Londres y

la ayude, si sigue con vida, pero le suplico que no repita lo que he dicho sobre Priddis, los West y Buttress, a nadie que detente autoridad. Aún podría meterme en un lío. Mi superior quiere echarme, ¿sabe usted? Es reformista radical y a mí… a mí las novedades me cuestan.

—Se lo prometo.

Estreché su temblorosa mano y me marché.



La conciencia me remordió durante el camino de vuelta al pueblo. Tendría que haberle dicho que Ellen vivía, que al menos había llevado una existencia relativamente favorable hasta que yo había vuelto a meterla en complicaciones. Estaba convencido de que se había cometido una violación aquella lejana noche, además de un incendio. Recordé las palabras de Ellen: «¡Eran muy fuertes! ¡No podía moverme! El cielo era… inmenso… muy ancho… ¡Parecía que iba a engullirme!». Y había aparecido con el vestido desgarrado y con rastros de hierba. Pero ¿quiénes eran los responsables?

Iba tan concentrado que no prestaba atención al entorno. El sendero discurría entre setos de espino y de repente salieron de un hueco dos hombres que se plantaron delante de mí. Tendrían entre treinta y cuarenta años y por su aspecto los imaginé jornaleros. Me recordaban a alguien. Uno hizo una leve reverencia.

—Buenas noches, señor —saludó uno.

—Buenas noches, amigos.

—Me he enterado de que se ha dedicado usted a sonsacar historias antiguas a nuestro padre.

Me di cuenta entonces del parecido con Wilf en sus caras flacas y de rasgos marcados.

—Le he preguntado por el incendio de la fundición Fettiplace, sí.

Miré alrededor. Estábamos completamente solos en aquel sendero en penumbra. Eché de menos a Barak.

—Y ha hablado con el viejo John Seckford, ¿verdad?

—Sí, ha sido idea de su padre.

—Mi padre es un anciano parlanchín. Hace años que da vueltas a sus teorías sobre el incendio y dice que el veredicto no tenía sentido, que se ocultó algo. Nosotros le decimos que eso pasó hace mucho y que no busque problemas. Los West son gente poderosa, la tierra que cultivamos es suya. Mi padre no sabe nada, no estuvo presente. Nos ha parecido pertinente venir a contárselo, caballero.

Hablaba con tranquilidad, con respeto incluso, pero no dejaba de ser una amenaza.

—Nos ha dicho nuestro padre que se marcha usted de Rolfswood mañana —añadió su hermano—. Le recomendamos que no regrese y desde luego que no vuelva

a hablar con él. —Se echó hacia delante—. O puede que lo encuentren por ahí con el cráneo partido en dos… Nosotros no le hemos dicho nada, ni siquiera hemos hablado con usted.

Movió la cabeza mirándome de un modo elocuente y luego los dos dieron media vuelta y volvieron a desaparecer por el hueco del seto. Respiré hondo durante unos segundos y luego proseguí mi camino.



Pasé mala noche en la posada. ¿Qué había sucedido allí hacía diecinueve años? Las teorías se sucedían por mi cabeza, tumbado allí en la cama. ¿Podía haber sido Peter Gratwyck uno de los violadores? ¿Habían atacado Philip West y él a Ellen y su padre y después habían incendiado la fundición para deshacerse del cadáver? ¿Había huido luego Gratwyck? Me dije que no. No había ninguna prueba que respaldara esa teoría ni ninguna otra, pero no por eso dejé de preguntarme si aquella noche se había cometido un asesinato.

La implicación de Priddis había sido toda una sorpresa. Al cabo de dos días iba a conocerlo en Portsmouth. Y probablemente Philip West también estaría allí, ya que todos los oficiales destacados de la región, así como el ejército y los barcos de su majestad, estaban reuniéndose en Portsmouth. El rey en persona llegaría al cabo de una semana.

Por la mañana debía regresar al priorato de Hoyland y su extraña familia. Apenas había pensado en ellos desde mi llegada. Di vueltas sin pegar ojo, recordando cómo había descrito Seckford a Ellen: «una pobre bestia cogida en una trampa».



Me levanté temprano. Decidí que podía hacer una cosa más antes de mi partida.

Salí de la posada y eché a andar por la calle mayor. Al poco di con la casa que había mencionado doña Bell. Era la mayor, estaba recién pintada de azul, con ventanas emplomadas y cristales en forma de rombo y una puerta principal flanqueada por jambas talladas con hermosas figuras de animales. Llamé y abrió un criado al que solicité hablar con el señor Buttress por un asunto relativo a la familia Fettiplace. «Eso lo hará salir», supuse.

El criado me pidió que aguardara en el salón. Se trataba de una estancia bien amueblada, dominada por un mural de oficiales romanos con togas que discutían ante el Senado. Había un gran jarrón de flores estivales encima de una mesa. Las miré y recordé lo que había dicho Seckford sobre las que le llevaba Ellen. En aquella casa había crecido, había vivido toda su vida hasta el momento de la tragedia. Miré alrededor, atento, pero no sentí nada, no había conexión alguna.

Se abrió la puerta y entró un hombre alto y fornido de rizos entrecanos; vestía un jubón de lana con botones de plata sobre una camisa bordada con finos encajes. Inclinó la cabeza.

—¿El señor Buttress? —pregunté.

—El mismo. Me han dicho que tiene usted una consulta sobre la familia Fettiplace, que vivió en esta casa.

Hablaba con cordialidad, pero en su actitud noté algo receloso y al mismo tiempo agresivo.

—Lamento molestarlo tan temprano, pero quería solicitar su ayuda. —Y le conté la historia de las pesquisas hechas en nombre de un amigo.

—¿Quién le ha dicho que era yo el propietario de la casa?

—Lo oí en la posada.

—Este pueblo está lleno de chismosos —refunfuñó—. Solo conocía a la familia de pasada.

—Lo entiendo, pero se me ha ocurrido algo. La señorita Fettiplace debió de poner su dirección de Londres en la escritura de traspaso al venderle la casa. Eso me ayudaría a dar con ella. A no ser que —añadí— se hubiera puesto en duda su cordura, en cuyo caso la venta habría pasado por el Archivo de Tutelas, como se llamaba entonces.

—Por lo que recuerdo, la vendió ella misma —respondió Buttress mirándome atentamente—. Se hizo todo conforme la ley. Tenía más de dieciséis años, edad para vender.

—No lo dudo, caballero, pero si tuviera la amabilidad de buscar la escritura me serviría de gran ayuda, ya que quizá conste una dirección.

Había decidido hablar con deferencia, ya que me parecía la mejor estrategia con aquel individuo. Puso cara de pocos amigos y luego se irguió cuan alto era.

—Espere aquí —pidió—. Voy a ver si la encuentro.

Se marchó para regresar al cabo de unos minutos con un documento con un sello rojo. Le pasó la mano para quitarle el polvo y lo dejó encima de la mesa.

—Aquí tiene —ofreció con frialdad—. Comprobará que está todo en orden.

Estudié la escritura. Se vendía la casa, junto con el pleno dominio de un bosque, a Humphrey Buttress el 15 de diciembre de 1526. Dos meses después de que se hubieran llevado a Ellen. No estaba al tanto del precio de las tierras por allí en aquella época, pero la cantidad era inferior a la que había esperado. La dirección que constaba era la de un procurador, Henry Fowberry de Warwick Lane, cerca de Newgate. La firma que aparecía encima, «Ellen Fettiplace» escrita con letra redonda e infantil, no se parecía en absoluto a la suya, que había visto en el Bedlam. Era una falsificación.

Levanté la vista y Buttress sonrió con cordialidad.

—Puede que ese procurador siga en activo —dijo—. Tal vez lo encuentre usted.

—Gracias —contesté, aunque lo dudaba.

—En caso contrario, lo más recomendable para su amigo sería dejar de buscar.

—Quizá.

—¿Se ha enterado? El rey acaba de ordenar que el segundo pago del tributo de buena voluntad se haga ahora y no en la festividad de San Miguel. Todo hombre con posibles tiene que abonar cuatro peniques por cada libra del valor de sus bienes.

—No lo sabía.

—Para pagar a los hombres y los suministros de su leva a gran escala. Habrá visto usted mucha actividad por los caminos si ha venido desde Londres.

—Sí, desde luego.

—Si va a pasar una temporada lejos de su residencia, tendría que encargarse de que se pague su monto en Londres o irán a por usted.

—El asunto que tengo cerca de Portsmouth solo me ocupará unos días.

—¿Y luego regresará a Londres?

—Esa es mi intención.

Me pareció que Buttress se relajaba.

—Soy juez de paz —anunció con orgullo—. Tengo que ayudar a recoger los pagos en esta zona. Bueno, hay que impedir que los franceses desembarquen. Menuda panda de papistas. El precio de los cereales está alto, así que no debería quejarme.

—Tiene suerte si este año sus ingresos superan sus gastos.

—Las guerras necesitan suministros —repuso con una sonrisa forzada—. Bueno, le ofrecería un desayuno. Mejor que el que le darán en la posada…

—Gracias —contesté, ya que quería saber más de aquel individuo.

—… pero por desgracia debo irme. Hay mucho trabajo en el molino. Me falta un hombre. Uno de mis empleados murió la semana pasada por la cornada de un toro.

—Lo lamento.

—El muy idiota se olvidó de cerrar una verja y el animal fue tras él. —Esbozó una sonrisa—. Toros, incendios… Estas zonas rurales pueden resultar peligrosas.



Desayuné en la posada. La señora que me había presentado a Wilf me miró con cara de pocos amigos y me quedó la duda de si habría recelado por las muchas preguntas que le había hecho al anciano y se lo habría contado a sus hijos. Recogí a *Tres Patas* en el establo y salí de Rolfswood, que empezaba a cobrar vida aquella mañana de verano, de nuevo soleada. Di unas palmaditas al caballo.

—De vuelta a Hampshire, buen amigo —dije mientras montaba. «Y pronto a Portsmouth», pensé.

Capítulo 23

Cuando volví a cruzar la verja del priorato de Hoyland eran aproximadamente las cuatro y las sombras ya se alargaban. Estaba todo tranquilo. Un jardinero trabajaba en los parterres de Abigail. Los insectos zumbaban y un pájaro carpintero daba golpecitos en algún árbol del bosque. Dos pavos reales se paseaban por la hierba, observados por *Lamkin*, que se había echado bajo un árbol. Fui hacia el lado de la casa. *Tres Patas* apretó el paso ante la perspectiva de regresar al establo.

Di instrucciones al mozo de cuadra para que lavaran y peinaran adecuadamente al caballo. Se mostró hosco y poco comunicativo, como todos los criados de Hobbey. Cuando salía del establo se abrió una puerta en el fondo del recinto y entró Avery. El cazador llevaba un justillo verde, medias del mismo color e incluso una gorra también verde. Inclinó la cabeza y me acerqué a él.

—Solo quedan ¿qué, cuatro días para su cacería? —pregunté.

—Así es. —Se oyeron ladridos procedentes de la perrera; los animales se habían percatado de sus pisadas. Sonrió con gesto cansado—. Hay que darles de comer. Siempre me oyen.

—Ha de estar usted muy atareado.

—Sí, los perros dan mucho trabajo. Hay que llevarles comida, mantenerlos limpios, sacarlos de paseo dos veces al día. Y más cosas que hacer en el coto, para preparar la cacería. El señor Hobbey quiere que salga todo a la perfección.

—Alguna gente del pueblo trabajará, pues, para él —apunté, ante lo cual Avery sonrió con ironía y se encogió de hombros—. ¿Qué tamaño tiene el coto?

—Aproximadamente un kilómetro y medio por cada lado. Creo que las monjas ya lo tenían como coto de caza de ciervos. Se lo arrendaban a la gente pudiente de la zona. Pero en los últimos años ha quedado un poco abandonado.

—¿Por qué no lo utilizaría antes el señor Hobbey?

—Bueno, caballero, eso no me incumbe, la verdad.

De repente hablaba con cautela. «Sí —pensé—, la familia le ha advertido que no me cuente nada».

—Tiene razón, le pido disculpas. Pero, cuénteme, ¿qué sucederá el día de la cacería?

—Los invitados y los miembros de la familia ocuparán sus puestos a lo largo de una ruta establecida de antemano y se empujará al ciervo hacia ellos. Ayer volví a verlo. Una bestia formidable.

—¿Y el que lo abata tendrá derecho a la piedra del corazón?

—Exacto.

—¿Podría ser de nuevo el señor Hugh, quizá?

—Podría ser él o uno de los invitados. No sé si son buenos tiradores. O el señor

David, que dispara bien, aunque no parece que entienda que hay que mantenerse oculto y en silencio cuando se va tras el animal.

—¿Por eso viste usted de verde? ¿Para confundirse con la vegetación?

—En efecto. Todos los cazadores irán de verde o de marrón.

—¿Viaja usted por el país organizando cacerías, señor Avery?

—Ahora sí. Hasta hace ocho años estuve al mando del coto de caza de un monasterio. Luego lo derribaron y vendieron la tierra por parcelas.

—¿Cuál era?

—El priorato de Lewes, en Sussex.

—¿De verdad? ¿Lewes? Los ingenieros que demolieron Lewes en nombre de lord Cromwell derribaron también un monasterio con el que tenía vínculos… Fue justo después.

—Fui testigo de cómo se hundía Lewes con un gran estruendo y una nube de polvo —evocó con gesto triste—. Una escena terrible. ¿Vio usted cómo derribaban ese otro monasterio?

—No, no me quedé —recordé con un suspiro.

—No me importará marcharme de este sitio tras la cacería —comentó tras una breve vacilación—. Todo ese rencor con la gente del pueblo; los miembros de la familia, que sisean unos detrás de otros como serpientes. ¿Ha venido usted para ocuparse del bienestar del señor Hugh?

—Sí, así es.

—Es el mejor de todos. Un buen muchacho.

Quizá le pareció que había dicho demasiado, porque se inclinó rápidamente y se alejó para ocuparse de los perros.



Pasé pensativo ante las casetas hasta llegar al cuarto de Barak.

—Señor Shardlake.

Me volví hacia una voz oída de sopetón a mi espalda. Fulstowe acababa de surgir del edificio de los lavaderos.

—Me ha asustado usted, mayordomo.

Me dedicó una de sus sonrisas de deferencia.

—Lo lamento. Lo he visto pasar por la puerta entreabierta. ¿Acaba de regresar?

—Sí.

—¿Necesita algo?

—Solo lavarme y descansar.

—Me encargaré de que lleven agua caliente a su habitación. Han llegado más cartas para usted. Las tiene Barak.

—Gracias. ¿Está bien todo el mundo en la casa?

—Sí. Ha habido tranquilidad. —Los ojos de Fulstowe buscaban algo en mi cara

—. ¿Ha resultado productivo su viaje a Sussex?

—Ha resultado… complicado.

—Saldremos hacia Portsmouth mañana a primera hora, si le parece bien.

—¿Nos acompaña usted?

—Sí, y los señoritos Hugh y David. Están decididos a ver la flota —sonrió—. Son muchachos, ya se sabe.

—Casi hombres hechos y derechos.

Se pasó la mano por la rubia y cuidada barba.

—Sí, desde luego.

—Y ahora voy a hablar con mi escribiente antes de retirarme y a ver esas cartas.

Fulstowe miró la hilera de casetas.

—Creo que Barak está en su cuarto.

—Parece que está usted al tanto de los movimientos de todo el mundo, mayordomo —comenté con una sonrisa.

—Es mi trabajo, caballero.

Se inclinó ante mí y se marchó.



Llamé a la puerta de Barak, que la abrió al instante.

—Qué bien, ya está aquí.

Lo miré intrigado.

—¿Qué haces aquí escondido con esta tarde espléndida?

—Estoy cansado de ese cabrón de mayordomo y sus secuaces, que no dejan de vigilarme a cada paso que doy. Santo cielo, está usted cubierto de polvo.

—Voy a sentarme. —Me acomodé en el catre de paja, donde había dos cartas dirigidas a mí, una de Warner y la otra de Guy—. ¿Hay noticias de Tamasin?

—Volvió a escribir el día que llegamos. —Se apoyó en la puerta y extrajo una carta de la camisa—. Guy dice que sigue bien. Está empeñada en que va a ser niña. La echo de menos.

—Ya lo sé. La semana que viene estaremos en casa.

—Ruego que sea así.

—¿Qué tal los Hobbey?

—No he visto a los esposos. Me dejan comer en la cocina tres veces al día, pero por lo demás no puedo entrar en la casa. Los muchachos han vuelto a practicar el tiro con arco esta mañana. Feaveryear y yo nos hemos apuntado. Luego ha salido Dyrick y nos ha hecho dejarlo. Ha dicho que necesitaba a Feaveryear y que no debíamos alternar con los jóvenes caballeros. —Arrugó la frente—. Me han entrado ganas de darle una buena patada en el culo y mandarlo volando de vuelta a la casa.

—A mí también me gustaría darle una patada, pero precisamente lo que pretende es que pierda el control.

—Me ha dado pena el pobre Feaveryear. No creo que ese perro, *Lamkin*, disparase mucho peor que él. David se burla, pero Hugh ha sido paciente. Creo que le gusta hablar con alguien que no sea David.

—No parece que mucha gente haya tratado a Feaveryear con paciencia a lo largo de su vida.

—Tengo noticias del pueblo.

—Cuéntame.

—Fui ayer a última hora de la tarde, me escabullí por la verja trasera. Tienen una taberna y pregunté por Ettis. Uno fue a buscarlo, nos tomamos una cerveza y luego me invitó a su casa. Es la mejor de Hoyland. Está al mando de la facción que quiere luchar por sus ejidos. Le conté que trabaja usted en Ruegos.

—¿Mantendrá la boca cerrada?

—Sí, le ayudé a redactar una carta para la Audiencia. Le dije que, si colabora dándonos información, cuando regresemos a Londres puede que usted lleve el caso.

—¿Cómo reaccionó?

—Me dijo que me rebanaría el pescuezo si lo engañaba. Era una bravuconada: luego me reveló que tienen un espía en la casa que les ha confirmado que hemos venido por lo de Hugh.

Estaba a punto de abrir la carta de Warner, pero me erguí y pregunté:

—¿Quién?

—La vieja Ursula, que trabajaba para las monjas —contestó con una sonrisa—. Los de Ettis están que trinan. Parece ser que Hobbey no solo les ha amenazado con quedarse con la mitad de sus bosques, de acuerdo con su interpretación de esa vieja escritura, sino que además trata de comprar las tierras de los aldeanos. Fulstowe se dedica a ofrecer un buen precio por las pequeñas propiedades de la gente más pobre a cambio de que se marchen. Y a algunos les han dado trabajo en la preparación de la cacería.

—Divide y vencerás. ¿Cómo están los ánimos de los demás habitantes de Hoyland? ¿Llevarían el tema a los tribunales?

—Creo que sí. Casi todos respaldan a Ettis. Saben que si pierden los ejidos el pueblo se morirá. Hobbey se equivocó al amenazar con meter a sus taladores en los bosques de los aldeanos, según Ettis. Ha llevado las cosas al límite. Ettis cree que eso fue decisión de Hobbey, por cierto. Fulstowe tiene una forma de actuar más astuta. De acuerdo con Ettis, es el que lleva las riendas de los acontecimientos.

—Interesante. ¿Qué te contó de la familia Hobbey?

—En eso no hay novedades. David es un bufón malcriado. Hobbey se lo lleva a veces a dar un paseo a caballo por el pueblo y el muchacho monta una buena si algún anciano anquilosado no se quita el gorro a tiempo. A Hugh no lo ven nunca, ni a Abigail. Según Ettis, Hugh sale a veces a andar solo por los senderos, pero aparta la cabeza, murmura un saludo y aprieta el paso si se cruza con alguien.

—Se avergüenza de las cicatrices, supongo.

—Algunas mujeres de la aldea dicen que la señora Abigail es una bruja, y *Lamkin*, el espíritu que la ayuda. Incluso los criados de la casa le tienen miedo, nunca saben cuándo va a ponerse a chillarles y gritarles. Y por lo visto no es cierto que la gente bien de la zona diera la espalda a Hobbey por haber comprado el priorato. Más bien parece que la familia decidió aislarse. No van a ningún lado, menos Hobbey, que de vez en cuando viaja a Portsmouth o Londres.

—¿De qué tendrá miedo Abigail?

—Eso mismo le pregunté a Ettis. No tiene ni idea. Le conté también lo de la flecha que nos dispararon en el bosque. Está casi seguro de que fue un cazador furtivo al que molestamos y que pretendió ahuyentarnos.

—Es un alivio.

—Y hablé con Ursula. Le conté que estaba a buenas con Ettis y la convencí de que hablara conmigo. Odia a los Hobbey. Dice que el señor la regañó por haber dejado esas flores en el cementerio. «Tierra consagrada que han dejado pudrir», dijo que era. Según ella, la señora siempre ha sido un manojo de nervios y ha tenido mal genio, pero al parecer últimamente se ha vuelto retraída. —Arqueó las cejas—. Desde que se enteró de que venía usted.

—¿Qué te dijo de los muchachos?

—Solo que David es una bestezuela. Me dio la impresión de que podría saber algo más, pero no hubo manera de sonsacarla. Me contó que Hugh tiene buenos modales, pero es demasiado callado para su edad. No tiene aprecio por ninguno de ellos. Le pregunté si había visto algo el día que se presentó aquí Michael Calfhill.

—¿Y?

—Por desgracia, no. Estaba trabajando en la otra punta de la casa.

—Maldita sea.

—Este lugar está más lleno de espías y facciones que la corte de su majestad.

—Sí. He hablado con Avery, que ha dicho más o menos lo mismo. Resulta que trabajó en el priorato de Lewes, que Cromwell encargó derribar a la misma gente que demolió Scarnsea, adonde me mandó tras el asesinato de su comisionado. Y ¿te acuerdas de la familia Wentworth, que conocimos durante el episodio del fuego oscuro? Otra casa llena de facciones y secretos —suspiré—. Es curioso. Anoche volví a soñar que me ahogaba; con eso siempre recuerdo lo que sucedió en York y la pesadilla de los asesinatos del Apocalipsis. De qué forma tan extraña volvemos a pensar en el pasado.

—Siempre he tratado de evitarlo. —Barak clavó los ojos en mí—. ¿Qué sucedió en Rolfswood? Pasó algo, lo noto.

Lo miré también fijamente. Parecía cansado, por la carga de permanecer allí, unida a la inquietud por Tamasin. Yo también lo estaba; me había hartado de tanta mentira. Necesitaba, quizá para quitarme un peso de encima, contarle a alguien lo de Rolfswood, así que le hablé del incendio y de todo lo que había descubierto gracias a Wilf, Seckford y Buttress, así como de la amenaza de los hijos del viejo.

—La gente sigue temiendo que alguien se vaya de la lengua diecinueve años después —reflexionó—. ¿De qué cree que se trata?

—De violación. —Lo miré—. Quizá de asesinato. Y mañana vamos a Portsmouth y conoceremos a Priddis, que llevó las pesquisas. No me parece conveniente mencionar Rolfswood.

—¿Le parece que puede tener vínculos con la gente que podría amenazar a Ellen?

—Sí. Y Philip West también está en Portsmouth. Pedí a Guy que fuera a visitar a Ellen y pagué a Hob Gebons para que la trate bien, pero aun así sufro por ella. Es un enredo terrible. Si hubo asesinato, la seguridad de Ellen ha sido provisional durante diecinueve años. ¿Y si tiene otro ataque y se le escapan más datos sobre lo sucedido? El que esté pagando sus gastos podría decidir que le conviene más quitarla de en medio. Y si puede permitirse el Bedlam y coches de caballos, también podrá contratar a un asesino.

—En mi opinión, usted no debería haberse metido en esto.

—Pues ya está hecho —espeté—. No me enteré del incendio y las muertes hasta que estuvimos en camino. —Hice una mueca—. Me había jurado que no te implicaría. Lo siento.

—¿El qué? No pensará volver, ¿verdad?

—No lo sé.

—De todos modos, creo que el daño ya está hecho —aseguró con franqueza—. Si ese Buttress tuvo algo que ver con lo sucedido, imagino que no tardará en informar a los West de que alguien ha empezado a investigar.

—Sí. Le he dado vueltas durante el camino de regreso. Me he metido en esto sin pensar, por las ganas que tenía de sacar información. No esperaba toparme con esa escritura falsificada —vacilé—. Me he planteado ir a buscar a ese tal Philip West en Portsmouth.

—Si ha llegado tan lejos quizá debería. Leacon podría saber dónde encontrarlo, pero tenga cuidado con lo que le dice.

—Ya.

Me di cuenta de que habíamos intercambiado nuestros papeles: Barak era quien me aconsejaba, quien me decía que no fuera impetuoso, pero yo sentía un impulso arrebatado de descubrir todo lo posible sobre Ellen, de rescatarla de algún modo, debido a la culpa por el daño que le había hecho, debido a que no podía corresponder a su amor.

Suspiré y abrí las cartas. La primera era de Guy. Estaba fechada el 6 de julio, tres días antes, y debía de haberse cruzado con la enviada por mí.

Apreciado Matthew:

Escribo durante otro día de calor y polvo. Los alguaciles siguen recogiendo mendigos robustos para mandarlos a Portsmouth a remar en los barcos de su majestad. Los esclavizan. En eso pienso cuando Coldiron contrapone la libertad

inglesa con la esclavitud francesa.

He ido a ver a Ellen. Creo que hasta cierto punto vuelve a ser la de siempre; ha empezado a ocuparse de los pacientes, aunque sigue sumida en una profunda melancolía. No se alegró en absoluto al verme en la sala de visitas del Bedlam. Primero hablé con Gebons, que se mostró afable debido al dinero que le habías entregado. Dice que Shawms ha ordenado a sus hombres que la encierren de inmediato si vuelve a tener un ataque.

Cuando le dije a Ellen que me habías pedido que fuera a ver cómo estaba, me temo que se puso furiosa. Contestó con amargura que la habían encerrado por tu culpa y que no deseaba hablar conmigo. Se comportó de un modo extraño, casi infantil. Me parece que voy a esperar unos días antes de volver.

En casa he tenido un encontronazo con Coldiron. Últimamente me levanto temprano y un día lo oí insultar a Josephine en la cocina. La llamó yegua idiota y perra de ojos saltones delante de los muchachos, y todo porque se había dormido y no lo había despertado a la hora habitual. La amenazó con darle un par de bofetadas. Intervine y le ordené que la dejara en paz. No le sentó bien pero obedeció. Lo que más me gustó fue que cuando le dije que hablara como era debido delante de su hija vi sonreír a Josephine. Sigo dándole vueltas a aquella vez en que la oí maldecir en francés.

Tamasin, gracias a Dios, sigue muy bien. Entrego también al correo una carta suya para Jack.

La coloqué encima de la cama con un suspiro. Me aliviaba que Ellen estuviera mejor, pero me dolía mucho su resentimiento. Estaba en lo cierto: todo había sido por culpa de mi torpeza. Rompí el sello de la carta de Warner. Me sorprendió comprobar que ya había recibido la mía.

Esher, 7 de julio de 1545

Apreciado Matthew:

El correo ha traído su carta y le respondo a primera hora de la mañana, antes de ponernos en marcha. Su majestad ha traído un séquito reducido en comparación con un viaje real de rutina y tratamos de avanzar todo lo deprisa que sea posible. Pasamos por Godalming y Fareham y llegaremos a Portsmouth el 14 o el 15. La flota al mando de lord Lisle se encuentra ahora en las islas Anglonormandas para ver cuándo zarpan esos perros franceses y hostigarlos. Luego todos nuestros grandes barcos se reunirán en Portsmouth para la llegada de su majestad. Parece confirmado en este momento que los franceses atacarán allí. Tienen sus espías, pero nosotros también los nuestros.

He recibido noticias del individuo al que envié a investigar a Nicholas Hobbey. Me encargué de que fuera discreto. Al parecer, hace siete años, hacia la época en que compró la casa y el bosque en Hampshire, Hobbey pasó efectivamente por grandes

dificultades debido a malas inversiones. Acabó debiendo dinero a prestamistas de Londres. Lo que deduzco es que compró la tutela de esos niños con la esperanza de unir sus tierras a las de él mediante un matrimonio y, mientras tanto, aprovecharse ilícitamente de los bosques de los niños para pagar a sus acreedores. Tengo entendido que sir Quintin Priddis, más incluso que la mayoría de albaceas, es conocido por sus corruptelas y podría haberle ayudado a falsear la contabilidad.

Por otro lado, ha llegado una extraña noticia de la Audiencia de Tutelas. Han hallado muerto al escribiente mayor, Gervase Mylling, en el archivo, que según me cuentan es una cámara subterránea y húmeda impregnada de hedores repugnantes. Se quedó encerrado por accidente la tarde del martes y lo hallaron muerto por la mañana del miércoles, el día que partió usted. Al parecer sufría del pecho y el aire emponzoñado pudo con él. Aquel día tuve que acudir a los tribunales por un asunto de su majestad y todos los abogados hablaban de ello. Sin embargo, dicen que era muy cuidadoso. En fin, solo Dios sabe cuándo le llega la hora a un hombre.

Su majestad me pide que le envíe sus buenos deseos. Tiene la esperanza de que avance en sus pesquisas y considera que sería conveniente que emprendiera camino de regreso a Londres en cuanto le sea posible.

Su amigo,

Robert Warner

Miré a Barak.

—Mylling ha muerto. Lo encontraron en la cámara fétida. Se asfixió —dije mientras le entregaba la misiva.

—Así que Hobbey tenía deudas —comentó tras haberla leído.

—Sí, pero Mylling… Es imposible que se metiera en esa cámara sin colocar la piedra que evitaba que la puerta se cerrara. Aquel sitio le daba miedo y le producía fatiga.

—¿Quiere decir que lo encerraron allí? Tendría que haber sido alguien al corriente de que sufría del pecho.

—No me lo imagino arriesgándose a no bloquear aquella puerta.

—No estará insinuando que lo mató alguien contratado por Priddis o Hobbey, ¿verdad? ¿Por qué iban a hacerlo? Ya había visto usted todos los papeles.

—Pero puede que Mylling supiera algo más. ¿Y te acuerdas de Michael Calfhill? Es la segunda vez que alguien relacionado con este caso muere de repente.

—Estaba usted convencido de que la muerte de Michael había sido suicidio. —Barak levantó la voz con cierta impaciencia—. Por Dios, si Hobbey se ha dedicado a estafar a Hugh con la venta de madera, como mucho habrá sacado cien o algo así por año. No es suficiente para andar matando y arriesgarte a que te cuelguen…

Nos interrumpió una llamada a la puerta. Barak la abrió bruscamente. Un joven criado estaba fuera.

—El señor Hobbey y la señora Abigail van a tomar una copa de vino en el jardín

antes de cenar con el señor Dyrick —informó—. Preguntan si desea acompañarlos.



Fui a mi habitación, donde me lavé la cara y el cuello en la jofaina que me había hecho llegar Fulstowe, me cambié de ropa y salí. En el jardín, junto al pórtico, habían colocado sillas y una mesa. Hobbey, Abigail y Dyrick estaban allí, con una gran jarra de vino encima de la mesa. Fulstowe acababa de sacar un plato de confites. Hobbey se levantó y sonrió.

—Bueno, señor Shardlake —me recibió con cordialidad—, ha hecho usted un largo viaje. Venga, tómese una copa de vino y disfrute de la paz de esta hermosa tarde. Usted también, Fulstowe, descanse de sus tareas y acompáñenos.

El mayordomo se inclinó.

—Gracias, señor. ¿Desea vino, señor Shardlake?

Me tendió una copa y nos sentamos. Abigail me dirigió una de sus miradas hostiles y penetrantes y apartó la cara. Dyrick hizo un frío gesto de asentimiento.

Hobbey contempló sus terrenos con gesto pensativo. Las sombras se alargaban ya por el jardín. *Lamkin* dormitaba debajo de su árbol. En un roble cercano una torcaz empezó a arrullar. Hobbey se sonrió.

—Ahí —dijo, señalando—. Son dos, en lo alto. ¿Las ven?

Miré y vi dos gordos pájaros grises sentados en una rama.

—Una escena muy distinta de los hedores de Londres —señaló Dyrick.

—Sí —repuso Hobbey—. Muchos días en la oficina que tenía allí, mientras miraba los desperdicios en la orilla del Támesis con la marea baja soñaba con vivir en un sitio como este. Con paz y tranquilidad. Ay, se hace raro pensar que estén aprestándose para la guerra tan cerca —suspiró—. Y mañana precisamente veremos esos preparativos en Portsmouth. Lo único que he deseado siempre ha sido una existencia apacible para mí y los míos. —Me miró con expresión de auténtica tristeza —. Ojalá Hugh y mi hijo no fueran tan entusiastas de la guerra.

—En eso coincido con usted, caballero —reconocí.

Empezaba a ver otro aspecto de Hobbey. Era codicioso, estirado y probablemente corrupto, pero también vivía entregado a su familia y a la tranquila vida rural que se había procurado. Y, desde luego, no era el tipo de hombre capaz de ordenar dos asesinatos.

—Vincent también ha recibido una carta hoy —anunció, volviéndose hacia Dyrick—. ¿Qué noticias hay de su esposa y sus hijos?

—Mi esposa dice que mis hijas se muestran díscolas y me echan de menos —contestó mirándome—. Aunque su casa es muy acogedora, señor Hobbey, de buena gana volvería a la mía.

—Bueno, esperemos que pueda hacerlo pronto.

—Cuando lo permita el señor Shardlake —intervino Abigail con un resentimiento

contenido.

—Vamos, cariño —trató de conformarla Hobbey.

Ella se limitó a bajar la vista y beber un sorbito de vino.

—¿Cómo han ido sus cosas por Sussex, letrado Shardlake? —quiso saber Dyrick —. Dice Fulstowe que han surgido complicaciones.

Sonrió, habiendo dejado claro que participaba de la red de información familiar.

—Es más complicado de lo que esperaba, pero lo cierto es que eso sucede con muchos asuntos. —Lo miré a los ojos—. Uno va descubriendo cosas que no esperaba.

—¿Algún arrendatario que ha llevado a un desgraciado propietario a la Audiencia de Ruegos?

—Vamos, abogado —lo reprendí—. Bien sabe que no puedo decir nada… Secreto profesional.

—Por supuesto, sobre todo teniendo en cuenta que el desgraciado propietario podría acudir a mí en busca de asesoramiento.

—Señor Shardlake, ¿cree que habrá terminado con sus asuntos antes de la cacería? —preguntó Hobbey.

—No estoy seguro. Tengo que ver qué dice Priddis.

—Pero si está claro que hemos acabado —exclamó Dyrick, poniendo mala cara —. Está usted alargando las cosas…

Hobbey levantó una mano.

—No discutan, caballeros, se lo ruego. Miren, ya regresan los muchachos.

Hugh y David habían aparecido por la verja, sujetando a los grandes galgos por las correas. El segundo llevaba una bolsa de presa al hombro.

—Esos perros. Les tengo dicho que los hagan entrar por detrás… —comentó Abigail bruscamente.

Entonces sucedió todo tan deprisa que ninguno tuvo tiempo de hacer otra cosa que contemplar la escena horrorizado. Los dos galgos dirigieron las largas cabezas hacia *Lamkin*, que se incorporó alarmado. En ese momento la correa se desprendió de la mano de David y pareció alzar el vuelo tras el imponente galgo, que se abalanzó hacia el perrillo. El animal de Hugh tironeó hacia delante y también se soltó. *Lamkin* huyó como un rayo hacia los parterres, pero pocos animales habrían sido capaces de escapar de aquellos galgos. El de David alcanzó al pequeño spaniel cuando llegaba a los parterres, bajó la cabeza y la levantó con *Lamkin* entre las fauces. Distinguí unas patitas blancas agitándose. El galgo cerró las mandíbulas y el spaniel se retorció y empezó a sangrar a borbotones. El galgo regresó junto a David a grandes zancadas y soltó a *Lamkin*, convertido en un amasijo inerte, a los pies de su amo. Abigail se levantó y se apretó las mejillas con las manos. Un sonido terrible escapó de su boca, no exactamente un grito sino más bien un horrendo aullido visceral.

David y Hugh se quedaron mirando el bulto ensangrentado que tenían delante y que los perros empezaban a desgarrar. El primero parecía estupefacto. Sin embargo,

yo me había percatado de un atisbo de sonrisa en sus labios cuando había soltado la correa. El gesto de Hugh era sereno, inexpresivo. Me pregunté si aquello lo habrían planeado los dos o solamente David.

El aullido angustiado de Abigail se cortó de golpe. Apretó los puños con fuerza y cruzó el jardín con paso decidido. El borde del vestido siseaba contra la hierba. David retrocedió cuando su madre empezó a darle puñetazos en la cabeza.

—¡So pedazo de malvado retorcido! —chilló—. ¡Monstruo! ¿Por qué me atormentas? ¡No eres una criatura normal!

David levantó los brazos para protegerse la cara. Hugh trató de separar a Abigail, pero esta le apartó el brazo a golpes.

—¡Déjame! —gritaba—. ¡Tú eres una criatura tan anormal como él!

—¡Abigail! —bramó Hobbey—. ¡Basta ya, por el amor de Dios! ¡Ha sido un accidente!

Lo vi temblar. Dyrick y yo nos miramos. Por primera vez estábamos en la misma posición, sin saber si intervenir.

Abigail se volvió hacia nosotros. Pocas veces he visto tanta rabia y desesperación en un rostro.

—¡Qué idiota eres, Nicholas! —chilló—. ¡Ha soltado la correa, el muy perverso! ¡Ya estoy harta, harta de vosotros! ¡Me niego a que sigáis echándome las culpas!

Fulstowe se acercó y la agarró del brazo. Abigail se volvió y le dio un buen bofetón.

—¡Suéltame ahora mismo! ¡Criado bribón!

Hobbey había seguido al mayordomo y cogió a su esposa del otro brazo.

—¡Quieta, mujer! ¡Por el amor de Dios, cálmate!

—¡Soltadme!

Abigail forcejeó encarnizadamente. Se le soltó la capucha y la larga melena le cayó por los hombros. David había retrocedido contra un árbol. Ocultó la cabeza entre las manos y rompió a llorar como un niño.

De repente Abigail se dejó caer entre Nicholas y Fulstowe, que la soltaron. Levantó la cara, enrojecida y llena de lágrimas, y me miró fijamente.

—¡Necio! —gritó con voz quebrada—. ¡No ve lo que tiene delante de las narices! —Se volvió hacia Fulstowe y su esposo y luego hacia Hugh y hacia el lloroso David —. ¡Que Dios os llene de vergüenza y pesar! —exclamó, antes de darles la espalda y salir corriendo hacia la casa pasando por delante de Dyrick y de mí.

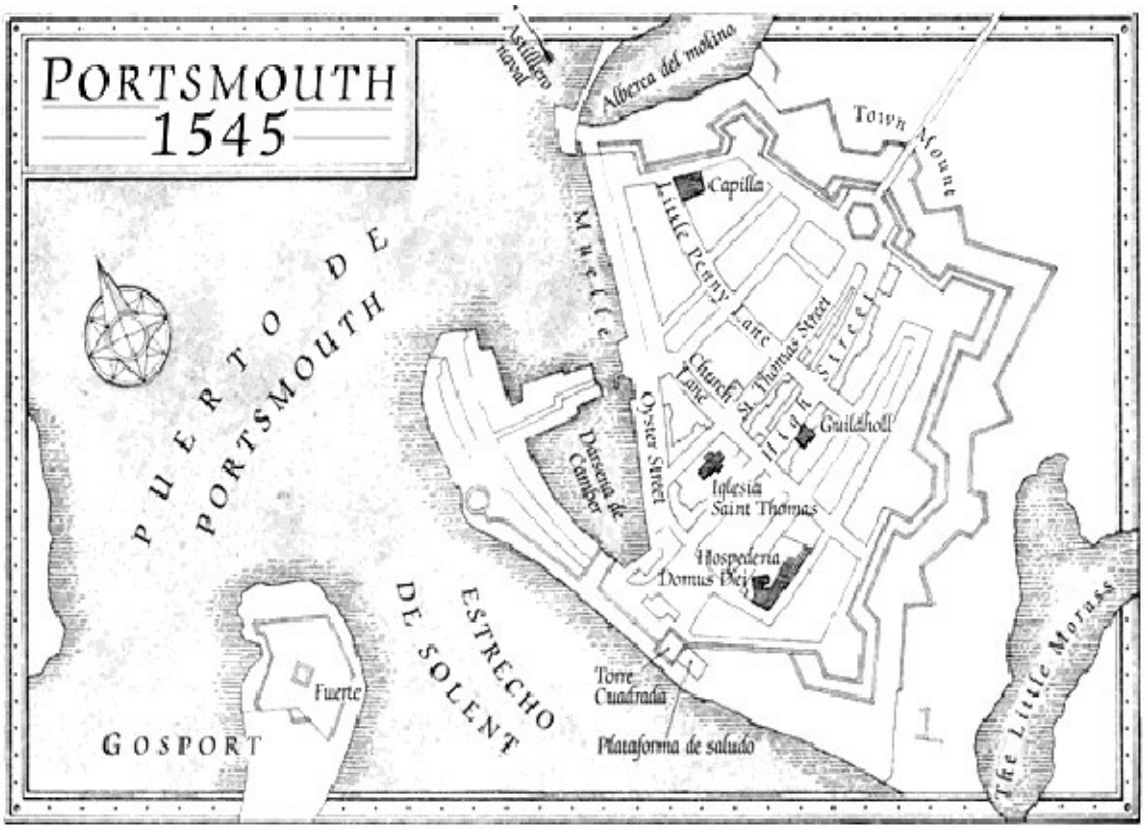
En todas las ventanas había criados asomados. Hobbey se acercó a David, que se echó en sus brazos.

—¡Padre! —le oí decir con voz desesperada.

Hugh miró inexpresivamente los galgos, que tenían los morros rojos y gruñían sobre un amasijo de pelo ensangrentado.

Cuarta parte

Portsmouth



Capítulo 24

Una hora más tarde estaba sentado en la habitación de Barak.

—Era solo un perro faldero —dijo—. ¿Está seguro de que no fue un accidente?

—¿No viste la sonrisa de David cuando soltó la correa? Abigail es su madre, pero aparentemente la odia. Y Hugh la trata con indiferencia.

—¿El galgo de Hugh también atacó al spaniel?

—Creo que David soltó la correa —insistí—. Abigail adoraba a ese perro. Es lo peor que David pudo hacerle. Pero ¿a qué se habrá referido ella cuando me llamó necio y me dijo «¡No ve lo que tiene delante de las narices!»? ¿Qué es lo que no veo?

Barak se quedó pensando.

—¿Algo relacionado con Fulstowe? Es un tipo tan altivo que cualquiera diría que es el dueño del lugar.

—Sea lo que fuere, no creo que Dyrick lo sepa. Cuando Abigail gritó aquello, se quedó asombrado. Ay, Señor, ¿qué demonios pasa aquí? —Me mesé el pelo como si pudiera arrancarle una respuesta a mi cerebro cansado. Refunfuñé y me puse de pie —. Es hora de comer. Solo Dios sabe lo que ocurrirá ahora.

—Me alegro de marcharme mañana, aunque solo sea para ir a Portsmouth.

Lo dejé y volví a la casa. El sol empezaba a ponerse detrás de las altas chimeneas nuevas del priorato. Un criado, supervisado por Fulstowe, limpiaba la hierba con un trapo para quitar la sangre de *Lamkin* para que su ama no la viera.

—Señor Shardlake —me saludó el mayordomo—, el señor Hobbey pregunta si tiene la amabilidad de ir a verlo a su estudio.



Hobbey estaba sentado a su escritorio, pálido y triste. Había girado el reloj de arena y observaba la lenta caída de los granos. Dyrick estaba sentado delante, ceñudo. Supuse que los dos habían estado discutiendo y, fuera cual fuese el resultado, Dyrick no estaba conforme. Por primera vez se le notaba la intranquilidad en la cara.

—Tome asiento, por favor, señor Shardlake —me invito Hobbey—. Hay algo que quiero decirle. —Me senté y él continuó en voz baja—. Hace años que mi mujer no está muy bien, desde la muerte de la pobre Emma. Tiene miedos y fantasías incomprensibles. Le ruego que le disculpe su arrebato de antes. Confieso que he ocultado lo… lo agresiva que puede llegar a ponerse. —Se ruborizó y perdió la palidez—. El señor Dyrick tampoco estaba al tanto de… de su estado de salud.

Miré a Dyrick, que bajó la cabeza ceñudo.

—Abigail quiere mucho a los muchachos. Pero por momentos se comporta de una

forma muy rara, lo que explica lo distanciado que está Hugh de ella… y David también. Esta tarde… pienso que ella creyó de verdad que David azuzó a *Ayante* para que atacara a *Lamkin*.

Lo miré fijamente. ¿Acaso Hobbey no había visto la sonrisa de David? Me volví hacia Dyrick, que apartó los ojos. «Lo has visto», pensé.

—¿Qué cree que quiso decir su mujer cuando me espetó que era un necio y que no veía lo que tenía delante de las narices? —pregunté a Hobbey.

—No lo sé. Tiene… tiene unas fantasías tan raras. —Se incorporó y extendió sus manos finas y blancas—. Solo le pido que me crea: hasta esta tarde, jamás había pegado a Hugh ni a mi hijo.

Pensé que era verdad, a juzgar por la cara de susto de David cuando su madre lo había golpeado, aunque teniendo en cuenta lo que había hecho, la reacción de la mujer difícilmente podía sorprender a nadie.

—Dijo que tanto Hugh como David eran criaturas anormales. ¿Qué quiso decir?

—No sé. —Hobbey apartó la vista. «Mientes», pensé. Volvió a mirarme con cara de tristeza—. Nos relacionamos muy poco con los vecinos a causa de Abigail. No quiere ver a nadie. Pero en todo caso, no vamos a suspender la cacería.

—Lamento mucho, señor, que su mujer se sienta tan infeliz. La pérdida del perro seguramente la perturbará en gran medida.

—Sin duda. *Lamkin* se había convertido en el centro de su vida —dijo con un toque de amargura y, como a su pesar, se puso en pie con movimientos torpes—. Bueno, la cena está servida. Debemos guardar las apariencias ante los criados. Mi esposa no cenará con nosotros. Se ha retirado a sus aposentos.



Fue una cena lúgubre. Fulstowe se sentó también a la mesa. Que el mayordomo de una casa importante comiera ocasionalmente con la familia no era algo inusual, pero que no dejara de mirar a Hobbey, Hugh y David, como si vigilara su comportamiento, sí resultaba raro. Recordé el comentario de Barak de que Fulstowe parecía el dueño del priorato de Hoyland.

Apenas hablamos. Miré atentamente a todos en busca de algo que no hubiera visto a pesar de tenerlo delante de mis narices, pero no encontré nada. David se veía ojeroso, encogido, como más pequeño. A su lado estaba Hugh, concentrado en la comida, con la mirada fija en el plato y la cara impasible, pero se percibía la tensión que lo reconcomía.

Al final de la cena, David dejó de pronto la cuchara y se llevó las manos al rostro. Sus anchos hombros empezaron a agitarse y se echó silenciosamente a llorar. Su padre alargó la mano y lo cogió del brazo.

—Vamos, fue un accidente —lo tranquilizó, como si hablara con un niño—. Con el tiempo, tu madre también lo asumirá. Ya verás, todo se arreglará.

Hugh miraba hacia otro lado. Me pregunté si estaba celoso de que el padre mostrara su favoritismo. Pero no, pensé, ninguno de ellos le importa.

Después de la cena me dirigí a la habitación de Dyrick. Llamé y me invitó a entrar con su habitual tono cortante. Estaba sentado a un pequeño escritorio leyendo una carta a la luz de la vela. Levantó la vista con cara de pocos amigos.

—¿Una carta de su esposa? —pregunté con educación.

—Sí, quiere que vuelva a casa.

—La escena de antes ha sido espantosa. La matanza de ese perro y la reacción de la señora Hobbey.

—No le levantó la mano a Hugh —replicó con agudeza.

—Dijo cosas extrañas. Llamó a Hugh y David criaturas anormales, y a mí me dijo que no veía lo que tenía delante de las narices.

—Está trastornada —zanjó Dyrick quitándole importancia.

—¿Le ha dicho algo Hobbey antes de que yo acudiese? Parecía preocupado.

—«Estoy preocupado por mis hijos», eso me dijo. Pero ¿qué sabrá usted de amor paterno? —Golpeó la carta que leía—. Debería estar en casa con mi mujer y mis hijos, no aquí. —Me lanzó una mirada furibunda—. Lo he estado observando. Es usted un hombre débil, siempre en busca de algún pobre diablo al que rescatar. Y en el caso que nos ocupa, siempre rebuscando aunque no encuentre nada. Sería mejor que abandonara esa actitud obstinada y volviera a casa a buscar otra viuda a la que perseguir.

—¿Qué quiere decir? —Me envaré mientras me afloraba la ira.

—Era la comidilla en todos los juzgados: tras la muerte de Roger Elliard cortejaba usted a su viuda, y cuando ella se marchó de Londres, era capaz de morder a cualquiera que se le acercara.

—Necio patán, usted no sabe nada…

Dyrick soltó una risotada.

—¡Bueno, al fin he conseguido que reaccione como un hombre! Mi querido colega, hágame caso: cásese y forme su propia familia para tener alguien de quien preocuparse de verdad.

Dio un paso al frente. Le habría abofeteado, pero eso era lo que quería. No solo había logrado distraerme del interrogatorio, sino que, si lo agredía, informaría a la Audiencia de Tutelas y me vería en apuros.

—No pienso levantarle la mano, estimado colega, no vale la pena. Me marcho, pero creo que usted sabe lo que quiso decir la señora. Su cliente se lo ha dicho.

—Déjelo ya y volvamos a casa —dijo en voz baja y, para mi sorpresa, noté que estaba casi demacrado.

—Ni hablar —repuse mientras cerraba la puerta y me marchaba.



A la mañana siguiente volví a madrugar. Era otro bonito día de verano, 10 de julio. Hacía diez días que habíamos salido de Londres. Mientras me ponía la toga para visitar a Priddis, pensé en las palabras de Dyrick de la noche anterior: eran tan crueles como siempre, pero de alguna forma me habían perturbado. Estaba convencido de que Hobbey le había contado algún secreto, ya que desde entonces parecía preocupado.

Desayuné con Barak en la cocina. Ursula estaba allí, pero salvo por una leve inclinación de la cabeza, no nos hizo ningún caso. Cruzamos el gran salón hacia la galería y pasamos por delante de tapices de brillantes colores que representaban la caza del unicornio. Eché un vistazo a la imagen de los cazadores, con sus arcos asomando entre los árboles. ¿Seguiríamos aquí el lunes para la cacería de Hobbey?

—Está usted callado esta mañana —comentó Barak.

—No pasa nada. Vamos.

Ya habían sacado los caballos y me alegré de ver que habían preparado a *Tres Patas* para mí. Dos jóvenes criados ya estaban montados; era evidente que nos iban a acompañar. Hobbey estaba junto a Dyrick inclinado sobre unos papeles; la toga negra de este se agitaba y brillaba al sol como alas de azabache. Cerca de ellos, Hugh y David hablaban con Feaveryear. Hugh, como Dyrick, llevaba un sombrero de ala ancha. Me acerqué a ellos. David se ruborizó y apartó la mirada. Me pregunté si estaba avergonzado por lo que había hecho.

—¿Preparados para el viaje? —pregunté a Hugh.

—Sí. El señor Hobbey nos ha sugerido a David y a mí que nos mantengamos detrás, pero yo no estaré tranquilo hasta ver la flota. El señor Hobbey ha accedido a que cabalguemos por el monte Portsdown, para tener una buena vista del puerto de Portsmouth.

—¿Ellos también vienen? —pregunté mirando a los dos jóvenes criados.

—Los caballeros, cuando viajan, deben ir acompañados y Fulstowe se queda para cuidar a la madre de David. —Había cierto deje de desprecio en su voz.

«¿Y tú no te quedas a cuidar a la pobre Abigail?», pensé con una ira inesperada. Me volví hacia Feaveryear y le pregunté:

—¿Usted también quiere ver Portsmouth?

—Me pregunto cómo será —respondió con gesto serio.

—Estamos listos, señor Shardlake —anunció Hobbey.

—Sí —dijo Dyrick con mordacidad—, no hagamos esperar a sir Quintin Priddis.

Uno de los criados trajo el montadero y ayudó a Hobbey a subir a la silla. Luego nos lo acercó y montamos Barak y yo. Me acomodé en la silla y le palmeé a *Tres Patas* en el flanco.

En ese momento sucedió algo extraño. Hugh estaba a punto de montar, al igual que Feaveryear, que preguntó:

—¿Qué vamos a ver en Portsmouth, señorito Hugh? —Y le tocó suavemente el brazo.

El gesto no tenía nada de raro, aunque era un poco impertinente dada la diferencia de condición. Pero Hugh le quitó con violencia la mano y casi hizo caer al escuálido escribiente.

—¡No me toques! —dijo con súbito enfado—. ¡Ni se te ocurra! —Y subió al caballo.

Dyrick dio un bofetón a Feaveryear.

—¡No vuelvas a hacerlo! ¿Quién te crees que eres, desgraciado? ¡Monta ahora mismo!

Feaveryear obedeció, rojo de vergüenza.

Mientras cabalgábamos, recordé la declaración de Hobbey, la acusación de que Michael había tocado a Hugh de una manera impropia de un hombre con un muchacho. ¿Y si a fin de cuentas era verdad?, pensé. ¿Quizá fuera esa la razón de la reacción tan violenta que acababa de tener?



El camino era polvoriento y ya hacía calor. Cabalgamos por la zona donde los leñadores aún trabajaban y luego rumbo sur por una ladera cada vez más empinada, hacia la cima del Portsdown. Pasamos por una de las almenaras que se encenderían en caso de que los franceses desembarcaran: un poste alto y macizo con un armazón de madera colgado de la punta, lleno de ramas secas empapadas en brea. Un hombre montaba guardia. Avancé hasta Hugh, que iba a la cabeza del grupo al lado de Hobbey y David. Adelanté a Dyrick, que aún parecía preocupado, a juzgar por su rojizo entrecejo ceñudo.

—Gracias otra vez, Hugh, por prestarme *Toxophilus* —dije.

Se volvió hacia mí. Tenía el rostro en sombra por el ala del sombrero.

—Después de reflexionar, ¿le parece mejor?

—Coincido en que es un erudito muy cultivado. Sé poco del tiro con arco, pero conozco mucha gente respetable que lo aprecia. —De repente me acordé de lady Isabel sentada con Catalina Parr, de sus preguntas sobre la virtud y la conciencia de los abogados—. Pero sigo pensando que en la primera parte del diálogo el señor Ascham se pavonea demasiado y adula exageradamente al rey. Y debo decir que he leído diálogos mejores. Christopher Saint Germain, ese sí que es un escritor, aunque habla de derecho y política.

—No lo conozco.

—Tomás Moro, entonces. Ahí tiene *Utopía*. A pesar de sus defectos, Moro nunca se tomó demasiado en serio a sí mismo.

—*Utopía* es solo una fantasía —rio Hugh—. Un mundo en el que todos viven en paz y armonía, donde no hay guerra. —Me miró a los ojos—. Ese no es el mundo real, señor Shardlake, ni un mundo que pueda existir jamás.

—Palabras contundentes para un mozo de su edad. Es usted demasiado joven para

recordarlo, pero Inglaterra disfrutó de veinte años de paz hasta que el rey invadió Francia.

—Escucha al señor Shardlake —dijo Hobbey lacónicamente desde el otro lado de Hugh—, porque dice la verdad.

David iba en silencio, pero en ese momento se volvió a su padre.

—Tengo una idea —dijo—. Podríamos buscar un cachorro en Portsmouth y llevárselo a madre.

—Olvídalo —dijo Hugh con brusquedad—. Necesitará tiempo. No se puede reemplazar una mascota así como así, es lo mismo que si uno pierde a una persona.

—¿Y tú qué sabes? —replicó David con mirada desafiante.

—Imbécil, ¿acaso te has olvidado de todos los que he perdido? —La ira fría en la voz ronca de Hugh fue espeluznante.

—Quizá más adelante puedas llevarle un perro nuevo a tu madre —terció Hobbey conciliador.

Volvía a hablarle a David como si fuera un niño. Me pregunté si no sería esa la razón de que fuese tan inmaduro.

Un criado nos avisó de que nos apartáramos y pasaron traqueteando dos carros grandes llenos de cajas con proyectiles. «De Sussex para los cañones de Portsmouth», pensé.

—Deberíamos intentar adelantarlos en fila india —sugirió Dyrick—, o iremos detrás todo el día.

Formamos una hilera y cabalgamos con cuidado al lado de los carros. Yo iba detrás de Hugh. Mientras le miraba la nuca pensé que pagaría por saber qué había dentro de esa cabeza. Cuando adelantamos los carros me puse de nuevo a la par.

—¿Estará en Portsmouth su amigo el capitán de arqueros? —me preguntó.

—Creo que sí. —Miré a Hobbey al otro lado—. Señor Hobbey, después de que hayamos visto a sir Quintin Priddis, Barak y yo nos quedaremos para buscar a mi amigo.

—Como quieran —respondió—, pero les aviso que Portsmouth ahora mismo es un lugar peligroso, lleno de soldados y marineros.

—Me gustaría conocer a su amigo —dijo Hugh.

—Ni hablar —se opuso Hobbey con firmeza.

—¿Crees que voy a aprovechar la oportunidad para escaparme y alistarme? —replicó Hugh en tono burlón.

Hobbey se volvió hacia él. Sus modales de golpe se habían vuelto rudos y enérgicos.

—Si alguna vez lo intentas, haré que las autoridades te traigan de vuelta enseguida. ¡Y quedarás muy bien ante los valientes soldados!

—Seguro que el abogado Shardlake te ayuda —dijo Hugh, que me lanzó un amago de sonrisa irónica.

—Sin duda —coincidí con firmeza.

Cabalgamos en silencio. A medida que nos acercábamos a la cima del monte, la cuesta era cada vez más empinada. Estábamos casi arriba cuando el camino giró a la izquierda. Seguimos más o menos durante un kilómetro, cruzamos una aldea y nos detuvimos cerca de un molino grande. Cuando por fin llegamos a la cima, me quedé sin aliento ante la vista.

Ante nosotros se abría un intrincado paisaje de mar y tierra. La colina descendía abruptamente hacia una llanura que enmarcaba una bahía enorme: la lengua de tierra más angosta daba al estrecho de Solent y, más allá, a la isla de Wight, de colores verde y marrón. La bahía parecía un espejo plateado al sol del mediodía. La marea estaba baja y dejaba a la vista bancos de lodo. Justo debajo de nosotros, en el extremo de la bahía, había un recinto cerrado de piedra blanca que supuse sería el castillo de Portchester. Hacia el oeste se veía otra bahía amplia y más bancos de arena.

—Aquello es el puerto de Langstone —dijo Hobbey siguiendo la mirada—. Es muy poco profundo para embarcaciones grandes. La porción de tierra entre los puertos de Langstone y Portsmouth es la isla de Portsea.

Miré la cuña de tierra que separaba las dos bahías. En el extremo suroccidental de la isla, muy cerca de la bocana del puerto, divisé una mancha borrosa que debía de ser Portsmouth. En el puerto había muchos barcos. Desde donde estábamos, algunos semejaban puntos diminutos, pero los buques de guerra tenían las velas izadas y parecían muy grandes. Fondeados en el estrecho de Solent había muchos más, unos cuarenta o cincuenta, desde pequeños a gigantescos.

—La flota reunida para esperar al rey —dijo David maravillado.

—Y a los franceses —añadió Barak con seriedad.

Hugh me miró con una sonrisa.

—¿Ha visto alguna vez algo semejante?

—No, nunca —respondí en voz baja.

—Los del estrecho de Solent están en aguas profundas. Hay muchos bancos de arena: con suerte, los franceses no sabrán dónde y encallarán.

—Tendrán prácticos, como nosotros —observó Hobbey.

—No esperaba que el puerto de Portsmouth fuera tan grande ni ver tantos bancos de lodo —comenté a Hobbey.

—Cerca de la bocana las aguas son más profundas.

—Estoy seguro de que toda la flota puede reunirse allí si es necesario —señaló David con orgullo—. Y los cañones a ambos lados del puerto mantendrán a raya a los franceses.

Miré la cima alargada del monte Portsdown, que formaba parte de la larga cadena de los South Downs. Hasta donde mi vista alcanzaba, a lo largo de las cumbres se veía una cadena de almenaras. A mi derecha también continuaban las almenaras, y varias bordeaban un gran campamento militar.

—Sigamos —dijo Hobbey—. Faltan unos seis kilómetros hasta Portsmouth. Y cuidado con la bajada, que es muy empinada.

Empezamos el descenso hacia la isla.

Capítulo 25

Cabalgamos despacio por la escarpada pendiente de la ladera sur del monte Portsdown. Delante de nosotros, dos carros de bueyes cargados de troncos bajaban por el empinado camino con dificultad. No podíamos adelantarlos, así que aflojamos el paso. Oí un chacoloteo detrás y me volví. El caballo de Feaveryear había tropezado y casi había derribado al escribiente.

—Zopenco torpe —lo riñó Dyrick—. De haber sabido que no tenías ni idea de montar jamás te habría traído.

—Lo siento —murmuró Feaveryear.

Volví a mirarlo deseando que, por una vez, le contestara a su amo.

Hobbey miraba la isla de Portsea, debajo de nosotros.

—Allí hay buenas tierras de cultivo —le dijo a su hijo, pero este no parecía interesado. Al igual que Hugh, iba absorto observando los barcos, esos puntos lejanos en el puerto que poco a poco se hacían más grandes.

—El castillo de Porchester parece muy grande —le dije a Hobbey—, pero hay pocos edificios en el recinto.

—Es romano, así construían ellos sus castillos. Fue clave en la defensa del puerto de Portsmouth hasta que el puerto de arriba se encenegó y quedó aislado.

Miré la isla de Portsea: un tablero de ajedrez de campos de labranza, con ganado bovino y ovino en los terrenos baldíos. Divisé movimientos en los caminos, gente y carros en las vías que llevaban a la ciudad. Volví a observar el puerto; por momentos los árboles y edificios tapaban la vista, pero poco a poco empecé a distinguir los barcos con más claridad. Algunos navíos bajos y largos avanzaban por el agua, mientras cuatro buques de guerra enormes permanecían anclados. A los lejos, todos parecían inmóviles como pequeñas maquetas. Me pregunté si Leacon y sus hombres ya estarían en uno de esos buques de guerra. A los lados de los barcos pequeños alcancé a ver un movimiento difuso, como las patas de un insecto que se escabullía.

—¿Qué es eso? —pregunté a Hugh.

—Galeazas, barcos de remos y velas. Los remeros deben de estar practicando.

Seguimos cabalgando y, por suerte, el caminó empezó a aplanarse. Era otro día pesado y bochornoso y yo sudaba bajo mi toga. Un grupo de árboles nos tapaba la vista del mar, pero ahora se distinguía claramente la isla. A lo largo de la costa se veían conjuntos dispersos de puntos blancos, tiendas de campaña, supuse. Al lado de la estrecha bocana del puerto, la ciudad estaba rodeada de murallas, fuera de las cuales había más tiendas blancas. A ambos lados de las murallas había lagunas de aspecto pantanoso. Portsmouth era una fortaleza natural.

Hugh señaló una construcción cuadrada y blanca en la mitad de la línea de la costa.

—El castillo de South Sea —anunció orgulloso—. La nueva fortaleza del rey. Los disparos de esos cañones llegan hasta el mar.

Miré a lo lejos, al estrecho de Solent, y recordé mi viaje a Yorkshire en 1541 y todo lo que había pasado después. Tuve un escalofrío.

—¿Está usted bien, señor Shardlake?

—Sí, solo se me ha puesto carne de gallina.



Al pie de la montaña el camino discurría sobre un terraplén que pasaba por encima de una zona de marismas y fango, con un estrecho curso de agua en medio salvado por un puente de piedra. En el otro extremo, donde el terreno volvía a elevarse, había un campamento. Los soldados, sentados fuera de las tiendas, cosían o tallaban, mientras otros jugaban a las cartas o los dados. En el puente, los soldados inspeccionaban los carros que teníamos delante.

—Este es el único paso entre la isla de Portsea y tierra firme —explicó Hobbey —. Si los franceses la ocuparan les cortarían el paso.

—Nuestros cañones hundirán su flota antes de que consigan desembarcar —dijo David con seguridad.

Absorto con la vista, parecía haber olvidado el incidente con *Lamkin* y cómo lo había agredido su madre. Aunque tenía cierta congoja en su expresión.

Un soldado se acercó y nos preguntó el motivo de nuestra presencia.

—Cuestiones legales en Portsmouth —respondió Habbey lacónicamente.

El soldado miró la toga de Dyrick y la mía y nos hizo señas de que pasáramos. Los cascos chacolotearon sobre el puente.

Cruzamos la isla por un sendero polvoriento bordeado de árboles.

—Señor, ¿podemos ir al otro lado para ver los barcos en el puerto desde más cerca? —preguntó Hugh a Hobbey con una deferencia inusual.

—Sí, por favor, padre —insistió David con entusiasmo.

Hobbey miró a su hijo con indulgencia.

—De acuerdo.

Giramos por un sendero lateral y cabalgamos hacia el mar. Pasamos cerca de un gran astillero donde trabajaban muchos hombres. Había varias grúas de madera y algunas estructuras bajas, incluida una larga y estrecha que reconocí como una soguería en la que se unían cuerdas para formar los cabos más gruesos, de docenas de pies de largo si era necesario. Por los alrededores había troncos apilados y los carpinteros se afanaban serrando madera de diferentes formas y tamaños. También había un barco pequeño apoyado sobre palos gruesos encastados sobre un banco de barro en la orilla. Los hombres trabajaban duro para repararlo. Se oía un ruido constante de martillazos.

Un poco al sur del muelle, nos apartamos del sendero y detuvimos los caballos

junto a unas marismas, al lado del mar, del que llegaba una brisa que agradecimos. El lodo mezclado con algas olía a sal y podredumbre. Desde aquel lugar teníamos una vista despejada de los barcos. Ocho galeazas, de sesenta pies de largo y cada una con un ariete de hierro delante y cañones que asomaban por las troneras de los lados, se deslizaban con suavidad por las tranquilas aguas azul verdosas. Usaban ambas velas y dos largas hileras de remos. Oí el batir de los tambores que marcaba el ritmo a los remeros. Me impresionó la velocidad que alcanzaban. Nos sobresaltamos cuando una de las embarcaciones disparó una andanada y vimos bocanadas de humo negro seguidas de sonoros crujidos reverberantes. Acto seguido la nave dio la vuelta asombrosamente deprisa.

Dyrick parecía nervioso.

—No se preocupe, abogado —sonrió burlón Hugh—, solo están practicando. Son disparos de fogueo. No tema. —Dyrick lo fulminó con la mirada—. Es esa maniobrabilidad lo que los hace tan peligrosos para el enemigo —explicó con orgullo.

Yo tenía puesta la atención en cuatro grandes buques anclados a cierta distancia entre sí en el puerto. Tenían las velas arriadas. Eran enormes, como castillos en el mar que dejaban pequeñas a las galeazas. Una barcaza de remos estaba atada a la popa de cada buque, sin duda para transportar hombres y pertrechos de la costa. Era un espectáculo extraordinario que, me di cuenta, muy pocos tendrían oportunidad de contemplar. Los buques de guerra eran hermosos, de líneas limpias y en perfecto equilibro sobre el agua. Los castillos de proa y popa, la cubierta alta entre el trinquete y la proa, estaban relucientemente pintados y predominaban los colores de los Tudor: verde y blanco. Cada uno tenía cuatro enormes mástiles, el más alto de los cuales, el palo mayor, se elevaba ciento cincuenta pies, rematado en lo alto por banderas de Inglaterra y de la dinastía Tudor ondeando al viento. El mayor de los barcos me mareaba tan solo de mirarlo; supuse que era el *Great Harry*, el buque insignia. Una enorme bandera con el escudo de armas real flameaba en el castillo de popa. Figuras diminutas iban de un lado a otro en la cubierta, y otras que de lejos parecían hormigas trepaban por las mallas de las jarcias. En lo alto de los mástiles había otros hombres de pie en pequeñas cofas circulares.

—Son las plataformas de combate —dijo David—. Seguro que los arqueros van allí.

Incluso a esa distancia y montado a caballo, tuve que levantar la cabeza para ver los masteleros. Las gaviotas giraban y descendían en picado entre los barcos con sus graznidos chirriantes y tristes.

—¡Es impresionante lo que hacen esos hombres! —dijo David.

Dos galeazas se acercaron al *Great Harry* y lo flanquearon; los remos casi cesaron de moverse. Los tambores se acallaron. Ambas tomaron posición como si fueran a disparar una andanada al gran buque y volvió a oírse el repiqueteo de los tambores. Las galeazas ejecutaron de nuevo las mismas rápidas maniobras con los

otros barcos. «Prácticas —pensé— para cuando lleguen los buques franceses».

David señaló entusiasmado el segundo buque más grande. Era el que estaba más cerca, quizás a unos cuatrocientos metros. Tenía un castillo de popa largo y alto, y uno de proa aún más alto desde el que sobresalía un bauprés que sostenía los engranajes de las jarcias y se extendía unos cincuenta pies. La base del bauprés tenía fijado un objeto grande y redondo, de colores brillantes en círculos concéntricos rojos y blancos.

—Una rosa —indicó David—. Es el *Mary Rose*.

—El buque favorito del rey —dijo Hugh—. Ojalá lo viéramos navegar; debe de ser asombroso.

En lo alto del castillo de popa del *Mary Rose* vi una especie de jaula de red, mantenida en su sitio por unos puntales de madera. Me pregunté qué sería.

Dyrick señaló algo que parecía las costillas de un animal enorme y que sobresalía de las marismas cercanas.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Hobbey.

—El esqueleto de algún barco que se hundió allí. Esos bancos de arena son traicioneros; las embarcaciones grandes deben tener cuidado en el puerto. Por eso la mayoría se queda fuera, en el Spitbank. —Meneó la cabeza—. Si vienen los franceses, será difícil, si no imposible, que encuentren a todos nuestros barcos en el puerto. Me han dicho que cuando fondean necesitan doscientos metros para virar ciento ochenta grados.

—Están justo a tiro de arco los unos de los otros —comentó Hugh.

—Tal vez dentro de un par de semanas haya más esqueletos muertos flotando en el mar —dijo Feaveryear con tono lúgubre.

—¡Qué optimista! —ironizó Barak.

—Sí, claro, bromea, bromea —replicó Feaveryear enfadado—, pero la guerra es algo impío y Dios castiga las cosas impías.

—Tranquilo —intervino Hugh—, nuestro barcos se ocuparán de los franceses igual que hizo Enrique V. Mírelos… son maravillosos, increíbles. Si los franceses se acercan, los abordaremos y destruiremos. Ojalá pudiera participar.

—¿Sabe usted nadar? —pregunté.

—Yo sí —respondió David con orgullo.

—Yo nunca he aprendido —negó Hugh con la cabeza—. Pero me han dicho que pocos marineros saben y muchos se hundirían por el peso de la ropa.

Lo miré y le pregunté:

—¿Y no le da miedo pensarlo?

Me devolvió la mirada con su habitual expresión vacía.

—En absoluto.

—El trocito de hueso de ciervo que lleva colgado lo protege —dijo David con tono burlón.

—¿Y cómo es eso?

—Dicen que impide que el ciervo se muera de miedo —explicó Hobbey.

—A lo mejor es verdad —dijo Hugh.

Miré a Hobbey por encima de las cabezas casi rapadas de los muchachos y vi que arqueaba las cejas, incrédulo. En este asunto, estábamos de acuerdo.



Cabalgamos hasta las murallas de la ciudad y nos pusimos al final de una cola de carros que esperaban entrar. Vi una horca fuera de las murallas, no muy lejos, de la que colgaba un muchacho. En otra explanada ligeramente más alta, entre el camino y una de las grandes lagunas que flanqueaban la ciudad, había otro campamento de soldados, con unas cien tiendas cónicas. Los hombres estaban sentados fuera. Vi a uno que reparaba una brigantina; estaba arrodillado y cosía el pesado peto que tenía en el suelo. Lejos de la costa, el aire volvía a ser cenagoso, por lo que la mayoría de los hombres se habían quitado la guerrera y estaban en mangas de camisa. Un grupo pequeño vestía un sayo blanco corto, con dos cruces rojas cosidas a la espalda. Evidentemente alguna ciudad había montado una versión casera del uniforme oficial.

La atención de Hugh y David estaba puesta en un espectáculo que, a esas alturas, ya me resultaba familiar. A un par de cientos de metros habían levantado montículos de tierra como campo de tiro y algunos soldados practicaban con sus arcos, disparando a conchas de ostras.

—Vamos —indicó Hobbey con gesto autoritario, y los muchachos apartaron la mirada de mala gana.

Nos acercamos a las murallas de la ciudad. Tenía treinta pies de altura y estaba rodeada por un foso que, para mi sorpresa, no era de piedra sino de adobe. Solo las pequeñas almenas y los grandes bastiones que se alzaban a intervalos eran de piedra. Los hombres seguían trabajando en las murallas, algunos colgados de cuerdas, poniendo nuevas capas de adobe que estabilizaban con vallas y planchas de madera. El bastión de piedra contiguo a la puerta principal era enorme y el tejado circular estaba lleno de cañones. Los soldados patrullaban por la pasarela que circundaba lo alto de la muralla. De cerca, Portsmouth se parecía más a un castillo levantado deprisa que a una ciudad.

La cola de carros avanzaba lentamente hacia la puerta, situada sobre una pequeña elevación a la que se accedía por un puente que cruzaba el foso. Esa ciudad era, en efecto, una fortaleza.

—Esta muralla de adobe no se puede ni comparar con las murallas de York —le dije a Barak.

—Es parte de las fortificaciones que lord Cromwell construyó por todas partes en 1539, cuando parecía que los franceses y los españoles nos atacarían para someternos otra vez al Papa. Se improvisaron a la carrera. Sé que es algo que le hizo pasar muchas noches en vela —añadió con tristeza.

—¡Santo cielo, este lugar apesta! —exclamó Hobbey. El aire hedía densamente a pozo ciego. Miró las tiendas de campaña—. Son los soldados, usan la alberca del molino como cloaca. ¡Cerdos!

—¿Y adónde coño van a ir? —masculló Barak en voz baja.

«Tiene razón», pensé. La inmundicia no podía irse a ninguna otra parte en la llanura pantanosa que rodeaba la ciudad. El hedor no haría más que empeorar a medida que pasara el tiempo, con la consiguiente amenaza de enfermedades.

Todos nos volvimos al oír un rabioso mugido. Detrás se había detenido un pesado carromato tirado por cuatro grandes caballos. El mugido venía de un toro enorme y musculoso que iba en una jaula de hierro.

—Va a haber una pelea con toros —le dije a Barak.

—Con perros, probablemente, para los soldados.

Delante, al otro lado de la puerta, vimos una barbacana cerrada y un carro cargado de tubos de cañones que se había empantanado. Detrás de nosotros se detuvieron más carros.

—No saldremos nunca de aquí —comentó Dyrick impaciente.

—¡Señor Shardlake!

Me volví.

Un joven que salía de las tiendas corría hacia nosotros. Sonreí al reconocer a Carswell, el recluta de la compañía de Leacon que quería ser dramaturgo. Su rostro expresivo y alegre estaba quemado como el carbón. Saludó con una reverencia.

—Así que al final ha venido a Portsmouth.

—Pues sí, por trabajo. Acabamos de ver los barcos en el puerto y nos preguntábamos si estaríais en alguno de ellos.

Carswell negó con la cabeza.

—Aún no hemos estado a bordo de ninguno, seguimos varados en el campamento. El capitán Leacon está por aquí. ¿Quiere que lo acompañe? Seguro que se alegrará de verlo. Tardarán un rato en moverse de aquí —añadió echando una mirada a los hombres que se afanaban con el carro al otro lado de la puerta.

El toro lanzó un mugido y sacudió la jaula. El caballo de uno de nuestros criados retrocedió y corcoveó mientras el hombre trataba de controlarlo aparatosamente. La gente de alrededor rio de lo lindo.

—Sus caballos estarán más tranquilos si esperan a un lado del camino hasta que haya pasado ese toro —señaló Carswell.

Hobbey asintió, desmontó y sacó a su caballo de la fila. El resto lo seguimos y dejamos a un criado para que nos guardara el turno.

—Creo que Carswell tiene razón —le dije a Hobbey—. Iré a ver a mi amigo, solo unos minutos. Aún vamos bien de tiempo para nuestra reunión con sir Quintin.

—Solo unos minutos, abogado, por favor.

Barak y yo nos encaminamos a la tiendas de campaña en compañía de Carswell. Era una oportunidad de ver a Leacon, de preguntarle por Philip West. Si podía,

hablaría con él.

—Este lugar apesta —comentó Carswell.

—Es peor que la orilla del Támesis —coincidió Barak.

—¿Recuerda, señor, que dijo que me ayudaría cuando regresara usted a Londres? —me preguntó Carswell.

—Sí, no lo he olvidado —sonreí.

—Tengo ganas de volver a casa… Detesto esta espera… Sentados aquí en medio de esta peste como cerdos en una pocilga. No nos dejan entrar en la ciudad sin pases y me han dicho que los marineros deben permanecer en los barcos. Temen que montemos riñas o que molestemos a los mercaderes que negocian para conseguir el mejor precio para suministrar nuestras pobres raciones. De todas formas, me han dicho que gran parte de la vida de soldado es un compás de espera.

—¿Así que aún no habéis subido a ningún barco? —preguntó Barak.

—No —dijo con tono serio—. Uno de nuestros hombres casi se desmayó cuando vio los barcos de cerca… Muchos ni siquiera conocíamos el mar. —Rio nervioso—. Imagínense tratar de poner esa imagen en una obra de teatro: los buques y las galeazas… tripulados por rateros y pordioseros que ni siquiera son lo bastante fuertes para ese trabajo. Algunos se desploman y se mueren; llevan los cadáveres a tierra por la noche. Señor Shardlake —su voz recobró el tono de broma de siempre—, si lo llevo con su toga de abogado a ver a nuestro comandante, el conde de Surfolk, ¿podría exponer mi caso para dejar el ejército, diciendo que la perspectiva de una situación peligrosa no va conmigo?

—Caramba, Carswell, el poder de los abogados no llega tan lejos. —Y reí.

Ya estábamos entre las tiendas de campaña. Algunos soldados nos saludaban con la mano o a viva voz. Sulyard, sentado fuera de su tienda mientra grababa algo en el mango de su cuchillo, me lanzó una mirada desagradable. Carswell se detuvo ante una tienda grande, con la cruz de San Jorge en un pequeño mástil en lo alto. Leacon justo acababa de salir.

—Capitán —llamó Carswell—, tenemos visitas.

Leacon llevaba un yelmo redondo, media armadura sobre la túnica y la espada al cinto. La portezuela de la tienda se abrió y vi a Tom Llewellyn, el muchacho galés, con una caja de documentos. Leacon tenía cara de preocupación, pero se relajó al vernos.

—¡Señor Shardlake! ¡Jack Barak!

—Hemos venido a Portsmouth por trabajo. Hay un atasco en la entrada y el joven Carswell nos vio y nos trajo hasta usted.

—¡Qué bien! ¿Cómo está tu mujer, Barak?

—Muy bien, según su última carta.

—George —dije—, hay algo de lo que me gustaría hablar con usted.

—¿Sobre su mayordomo que dijo que había estado en Flodden? Tengo algunas noticias.

—¿Ah, sí? Me gustaría conocerlas, pero estoy buscando a otra persona que tal vez esté en Portsmouth; es algo muy importante. Un hombre llamado Philip West, creo que es oficial de la Marina Real.

—Entonces estará aquí. ¿Se ha enterado de que los barcos de lord Lisle acaban de llegar? Hubo una escaramuza cerca de las islas Anglonormandas. Pero ahora debo irme, hay una reunión de oficiales en la ciudad y he de ver allí a sir Franklin Giffard. —Se volvió hacia Llewellyn—. Me llevo al joven Tom. Muchos capitanes son de Gales y él conoce algunos galeses por su padre —explicó arqueando las cejas—. Diplomacia. —El muchacho sonrió nervioso—. ¿Podemos vernos en la ciudad más tarde? —me preguntó.

—Por supuesto. Tenemos una reunión a las diez, pero después estaremos libres.

—Entonces ¿en la taberna León Rojo para almorzar, digamos, a las doce?

—Será un placer.

—Arreglaré para que uno de los oficiales con que me reúno se quede para hablar con usted. Tiene una historia muy interesante para contarle sobre don Coldiron.

—¿Qué novedades hay de su compañía? ¿Cómo le va, Llewellyn?

—Bien, señor, aunque este despliegue de barcos nos asustó cuando lo vimos.

—Sí —coincidió Leacon—, si lo hombres tienen que subir a bordo, es mejor que se acostumbren a estar en el mar. Pero los que mandan no paran de discutir sobre la mejor forma de hacer uso de nosotros, y no hacen nada, a pesar de que todos me dicen cuánto nos aprecian como arqueros mayores. —Resopló—. Vamos. ¿Me acompañan hasta la carretera?

Anduvimos entre hileras de tiendas de campaña.

—¿Qué noticias hay de los franceses? —pregunté en voz baja.

Leacon adelantó un poco a Llewellyn.

—Malas. En los puertos franceses hay más de doscientos barcos cargados con treinta mil soldados. Lord Lisle se topó la semana pasada con un buen número de galeras cerca de las islas Anglonormandas. Pero el tiempo se puso muy malo y no hubo ninguna acción militar de verdad. Si desembarcan aquí, vamos a necesitar muchos hombres. —Me miró serio—. Las galeras francesas son grandes y rápidas, muy superiores a nuestras galeazas, y con remeros esclavos expertos en combates en el Mediterráneo. Tienen al menos dos docenas de galeras. —Me miró con expresión sombría—. ¿Sabe cuántas de ese tipo tenemos nosotros? —Negué con la cabeza—. Una.

—¿Y cuándo podrían llegar?

—Dentro de una semanas, dos quizá. Dependerá sobre todo del tiempo, como siempre en el mar.

Yo estaba ansioso de hablar sobre Coldiron, pero vi que Leacon quería irse. Ya habíamos pasado la zona del campamento cuando Barak señaló a unos hombres que estaban practicando tiro al blanco.

—¡Mire eso! —Se rio.

Hugh y David, desafiando las órdenes de Hobbey, habían desmontado y estaban con los arqueros. Hugh se inclinaba sobre un arco largo que le habrían prestado y vi que acababa de disparar una flecha. Dio en la concha de ostra, que estalló y se hizo añicos. Los soldados aplaudieron. Sulyard estaba en el grupo y su enemigo Pygeon, de pie, a poca distancia. Un hombre en la otra punta del campo de tiro se precipitaba hacia los blancos para poner otra concha en el centro.

—¡Mire ese chico, señor! —dijo Llewellyn a Leacon con admiración.

Hugh le pasó el arco a David, que puso mala cara al ver que su flecha erraba el blanco por poco.

—¿Quiénes son esos muchachos? —preguntó Leacon.

—El hijo de mi anfitrión y su pupilo.

Hobbey y Dyrick hablaban agitadamente con Snodin, el instructor, que estaba con los brazos en jarra y expresión agresiva en su rostro rubicundo. Hugh volvió a inclinarse sobre el arco mientras cruzábamos en dirección a Hobbey y Dyrick.

—¡Que salgan inmediatamente de allí! —le gritaba Hobbey a Snodin; jamás lo había visto tan enfadado y alterado—. ¡Dígale a sus hombres que detengan la práctica ahora mismo!

—¡Pero sir Franklin Giffard en persona les ha ordenado que practicaran! —replicó Snodin con voz grave, e hizo señas a Leacon de que se acercara—. Aquí tiene al señor subcapitán, hable con él si lo desea.

Leacon saludó con una breve inclinación y observó cómo Hugh acertaba otra flecha en la ostra, que volvió a romperse. Hobbey cogió a Leacon del brazo.

—¿Es usted el capitán de esta chusma? Saque a mis muchachos de ese campo de tiro. Están desobedeciendo mis órdenes expresas…

Leacon le quitó la mano.

—No me importan sus modales, caballero —dijo con brusquedad—. Puede que sean muchachos, pero pocos adultos podrían tirar con un arco tan largo como esos, por no decir con esa puntería. Sin duda están muy bien entrenados.

—Serían buenos reclutas —observó Snodin con malicia—; especialmente el alto.

—Perro insolente —replicó Hobbey.

En ese momento intervino Dyrick.

—Capitán Leacon, tenemos una cita en la ciudad con el albacea de Hampshire. Llegaremos tarde.

Echó una mirada a las puertas. El atasco se había despejado y los carros entraban poco a poco. La jaula con el toro pasaba en aquel momento.

—Creo que sería mejor que llamara a Hugh y David —le dije a Leacon en voz baja.

—Si usted me lo pide, señor Shardlake, por supuesto; es el único que aún habla con educación. ¡Alto! —indicó a los arqueros—. ¡Que vengan aquí los dos jóvenes!

Hugh devolvió el arco a su dueño y se acercó a nosotros junto con David. Leacon les sonrió.

—Felicitaciones, muchachos, por la buena puntería. —Miró a Hugh—. Y tú has dado en el blanco dos veces seguidas, jovencito.

—Practicamos todos los días. —Hugh miraba a Leacon con sumo respeto—. ¿Rechazaremos a los franceses, señor?

—¡Tú no! —Hobbey, enfadado aún, lo agarró del hombro.

David se zafó y retrocedió con cara de susto. Así que, finalmente, no se había olvidado de lo sucedido el día anterior.

Hugh se volvió hacia Hobbey con la cara roja de indignación.

—¡Suélteme!

Por un instante creí que lo golpearía.

—Hugh —lo tranquilicé.

Para mi alivio, se marchó hacia los caballos.

—Hasta luego —me despedí de Leacon—, y lo siento.

Inclinó la cabeza.

—¡Volved al entrenamiento, ahora mismo! —ordenó a los soldados.

Montamos de nuevo y fuimos hasta las puertas de la ciudad. Leacon y Llewellyn ya habían entrado. Una vez más los guardias, antes de dejarnos pasar, nos preguntaron el motivo de nuestro viaje. Mientras cruzábamos la barbacana para salir de nuevo al sol, oí el redoble de unos tambores que venía de dentro.

Capítulo 26

La ciudad amurallada de Portsmouth me recordó aún más el interior de un castillo. Estaba rodeada de murallas de adobe que se ensanchaban ligeramente hacia el interior, donde habían echado tierra para reforzarlas. Gran parte del terreno amurallado era una huerta. La ciudad en sí era asombrosamente pequeña. La calle que teníamos delante era la única que parecía acabada, con tiendas y casas, las mejores de la cuales tenían un piso superior que sobresalía. Vi una sola iglesia, más abajo, frente al mar, con otro faro sobre su torre cuadrada.

—Esta es High Street —dijo Hobbey—. Nos encontraremos con sir Priddis en el Guildhall, el nuevo ayuntamiento, un poco más abajo.

Era una calle de tierra, llena de polvo por el tráfico y con el empalagoso olor a destilado de cerveza. Pasamos al lado de cansados jornaleros, marineros de piel curtida con blusones y descalzos, y soldados con yelmos redondos que seguramente tendrían un pase para entrar en la ciudad. Un mercader bien vestido, con una camisa de cuello de fino encaje, pasó a caballo junto a nosotros; su ayudante cabalgaba a su lado y le leía cifras de una lista. Como muchos otros, el mercader vigilaba la bolsa que llevaba al cinto.

La gente regateaba a gritos en los comercios que daban a la calle. Oí una verdadera torre de Babel entre los transeúntes: galés, español, flamenco. En cada esquina había un pequeño grupo de soldados con media armadura y alabarda mirando a todos los que pasaban. Recordé a los golfos que me habían atacado. El pregonero, con su uniforme rojo, iba de un lado a otro tocando una campanilla y gritando:

—¡Todas las mujeres que no puedan demostrar su residencia antes de mañana serán expulsadas por prostitutas!

Un borracho hacía eses por la calle mientras bebía de una bota de piel de cerdo.

—¡Alistaos en la marina del rey Enrique! ¡Seis con seis por mes y toda la cerveza que podáis beber!

Se tambaleó hacia Feaveryear, que apartó el caballo.

—¡Ser impío! —murmuró enfadado.

—¿No te gusta echar un trago de vez en cuando? —le preguntó Barak, burlón.

—Mi pastor aconseja mantenerse alejado de las tabernas.

—Parece mi mujer.

—Hugh y David realizaron una buena demostración hace un momento —le comenté a Feaveryear.

—Envidio la destreza del señorito Hugh —suspiró el escribiente.

—Yo no lo envidiaría tanto, creo que su vida no es un lecho de rosas.

—No, señor, se equivoca. —Feaveryear me miró—. Han educado muy bien al señorito Hugh. Es fuerte, habilidoso y culto… un auténtico caballero. Como dice mi

patrono, usted no podrá demostrar nada contra esta familia. —Espoleó el caballo y avanzó.



El palacio de Guildhall era un edificio de madera de tres pisos pintado de colores brillantes. Un mozo se llevó nuestros caballos a las cuadra de detrás. Hobbey le dijo a David que esperara fuera, con los criados, hasta que regresáramos, a los que advirtió que no se acercaran a las tabernas.

—Supongo que querrá que Barak lo acompañe —me dijo Dyrick.

—Por supuesto, querido colega.

Dyrick se encogió de hombros.

—Entonces ven tú también, Sam.

Entramos en un vestíbulo central con una escalera de madera que subía al piso superior. La gente iba y venía: funcionarios, oficiales y miembros de los gremios con sus colores. Hobbey abordó a un escribiente de aspecto agobiado y le preguntó por sir Quintin Priddis.

—Está arriba, señor, en el despacho frente a la escalera. ¿Son ustedes los caballeros que venían a verlo? Me temo que llegan un poco tarde.

Hobbey se volvió hacia Hugh.

—¡Por culpa de toda esa farsa en el campo de tiro! Los caballeros no se hacen esperar.

Hugh se encogió de hombros.

Subimos mientras Barak miraba alrededor con desdén.

—¿Una corporación municipal de madera?

—Seguro que la población habitual apenas supera unas centenas. Los habitantes del pueblo deben de sentirse invadidos.

Llamamos a la puerta que nos había indicado el escribiente y una voz educada nos invitó a entrar. Se trataba de una sala de reuniones sobriamente decorada, dominada por una gran mesa de roble a la que estaban sentados dos hombres ante una ordenada pila de papeles. El más joven llevaba toga de abogado, tenía poco más de cuarenta años, y un largo cabello oscuro le enmarcaba un rostro cuadrado de fría apostura. El mayor era un sesentón, canoso, vestido con una túnica marrón. Estaba encorvado y tenía un hombro más alto que el otro; por un momento pensé que sir Quintin Priddis era otro jorobado. Entonces noté que tenía paralizado un lado de la cara y que su mano izquierda, apoyada sobre la mesa, era una garra seca de tono marfil. Debía de haber sufrido un ataque de parálisis. Este era el hombre que, en calidad de juez pesquisidor de Sussex, había ordenado que metieran a Ellen en un coche a pesar de su resistencia a gritos. El reverendo Seckford lo había descrito como un hombrecillo ocupado y muy nervioso. Ya no lo era.

Inclinamos la cabeza y, al levantarla, nos encontramos con dos pares de ojos

azules y penetrantes que nos examinaban desde el otro lado de la mesa.

—Vaya, esto es casi una delegación —dijo el mayor de los dos con voz pastosa y ceceante—. No esperaba ver tanta gente… Y nada menos que un jurista. Usted debe de ser el abogado Shardlake.

—Sí, señor.

—Sir Quintin Priddis, albacea de Hampshire. Este es mi hijo Edward, mi asistente. —Echó una mirada al hombre más joven; carente de todo afecto, pensé—. Bueno, al señor Hobbey lo conozco y este joven bien plantado debe de ser Hugh. —Examinó al muchacho. Hugh se llevó una mano a la cara para taparse las marcas—. Has crecido mucho desde la última vez que te vi. Pero ¿por qué llevas el pelo casi al rape? Una buena melena es lo que corresponde a un joven caballero.

—Soy arquero, señor —contestó Hugh impasible—, y así es como lo llevamos.

Una sonrisa burlona distorsionó el lado derecho de la cara de sir Quintin.

—Este es el señor Vincent Dyrick, mi representante legal —hizo las presentaciones Hobbey—, y los otros dos, los escribientes de los abogados.

—Me temo que faltan sillas en este humilde lugar —dijo Priddis—, así que no puedo invitarlos a tomar asiento. Pero no tardaremos mucho; tengo una reunión a las once que no puede esperar. Muy bien, señor Shardlake, ¿qué preguntas quiere hacerme? —Me lanzó una sonrisa fría.

—Supongo que conoce bien este caso, señor…

—No como pleito judicial —intervino Edward Priddis en voz baja y con precisión—. Mi padre conoce el caso como una tutela ordinaria, en calidad de albacea. Tasó inicialmente las tierras y, desde entonces, se ha ocupado de resolver las solicitudes de rutina del señor Hobbey.

Sir Quintin esbozó otra sonrisa torcida y amarga.

—Verá, mi hijo también es abogado, como yo al principio de mi carrera. Tiene razón, pero usted, señor Shardlake, cree que existen motivos de preocupación.

Observé aquellos ojos azules, pero no logré descifrar nada que me diera pistas sobre el hombre que había detrás, salvo que aún disponía de fuerza y poder.

—Sir Quintin —pregunté—, cuando habla de solicitudes de rutina, ¿se refiere a la tala de los bosques del señor Hugh?

—Efectivamente. El señor Hobbey cree que ahora es buen momento para aprovechar la demanda de madera. Le dije que era perfectamente legal que Hugh recibiera los beneficios. Explotar un recurso provechosamente no significa dilapidar un bien, sino sacar sensato provecho de las condiciones del mercado.

Edward apoyó las manos en los papeles.

—Aquí hay algunas notas de las conversaciones de mi padre con el señor Hobbey. Están a su disposición.

—Me preocupa que las cifras consignadas en la contabilidad del señor Hobbey no reflejen la cantidad de roble de primera calidad que he visto en el resto del bosque.

Hobbey me miró con dureza.

—En el bosque que se ha talado —dijo Dyrick a Priddis— había mucho menos roble que en los demás terrenos.

—Seguramente usted vio las tierras antes de que se talaran los árboles, señor —le dije a Priddis.

—Recuerdo haber visto un bosque mixto, pero fue hace cinco años, cuando se efectuó la primera tala. Ahora, me resulta difícil recorrer zonas de bosque. —Señaló con la cabeza su mano blanca y muerta.

—El señor Hobbey me ha dicho que su hijo las recorre por usted.

—Así es —respondió Edward—, y estoy seguro de que la tasación de mi padre es correcta. No obstante —añadió en tono más suave—, como nos quedaremos en Portsmouth unos días más, podremos ir a Hoyland. No tengo inconveniente en cabalgar con usted y echar un vistazo a las tierras, así me enseña a qué se refiere.

«Y puedes interpretarlo como quieras —pensé—, porque no hay pruebas auténticas de nada; es demasiado tarde para hacer algo». Pero por lo menos quería conocer mejor a este par, aunque fuera por Ellen. Edward Priddis tendría unos veinte años en el momento del incendio, pensé, y su padre rondaría los cuarenta.

—Muy bien —sonrió sir Quintin—, iré a Hoyland con ustedes. No me vendrá mal salir un poco de esta ciudad pestilente. Aún puedo cabalgar, a duras penas, pero tendré que descansar en la maravillosa casa del señor Hobbey. Ya ve, señor Shardlake, que hacemos todos los esfuerzos para cooperar con la Audiencia. Podemos ir el próximo lunes trece, por la tarde.

Hobbey parecía preocupado.

—Sir Quintin, tenemos una cacería el lunes, planificada desde hace semanas. Creo que no sería adecuado…

—Ah, una cacería… —exclamó Priddis con nostalgia—. Me encantaba cazar. Pues el lunes es el único día que puedo ir. Debo marchar a Winchester el martes. No nos interpondremos en su camino. Supongo que la cacería habrá terminado para las tres.

—Me parece inútil cabalgar por lo que queda de un bosque talado hace tiempo para tratar de determinar y calcular qué tipos de árboles había allí —intervino Dyrick —. La declaración que dio origen a esta demanda mencionaba agravios monstruosos, pero creo que el señor Curteys no tiene objeciones.

Sir Quintin se volvió hacia Hugh.

—¿Qué dices, muchacho? ¿Ha habido algún agravio contra ti por parte del señor Hobbey o su familia?

Miré al albacea. Estaba tranquilo, sabía lo que respondería el joven.

—No, señor —respondió en voz baja—. Lo único que puedo decir es que no me dejan alistarme en el ejército, que es lo que deseo.

Priddis lanzó una risilla chillona.

—Caramba, mientras tantos otros evitan sus obligaciones, aquí tenemos un elegante muchacho que se ofrece a servir a la patria. Pero, jovencito, tu lugar está en

casa. Dentro de tres años podrás liberarte de la tutela y ocupar tu lugar de caballero propietario de tierras. —Agitó el brazo bueno—. ¡Quítate la mano de la cara; yo soy el primero al que no le espantan las marcas! ¡Mira al frente con audacia! Así es como uno debe comportarse si atrae las miradas. ¿No es cierto, letrado Shardlake?

No respondí. Hugh bajó la mano y Priddis lo examinó de nuevo.

—El muchacho tiene un aspecto agradable, a pesar de esas marcas —le dijo a Hobbey—. ¿Hay alguna boda en perspectiva?

Hobbey negó con la cabeza.

—He dejado al señorito Hugh la libertad desposar a quien elija. De momento no hay nadie.

Priddis me miró con gesto severo.

—Parece, abogado Shardlake, que la misión que le han encomendado no tiene fundamento. Su cliente se arriesga a unas costas muy elevadas cuando el caso vuelva a la Audiencia de Tutelas.

—Mi deber es investigar todo.

—Supongo que es su prerrogativa —replicó asintiendo.

—Me temo que el letrado Shardlake levantaría las tablas del suelo del priorato para ver si hay algún ratón que pueda morder a Hugh —comentó Dyrick con sarcasmo.

—Vamos, abogado Dyrick —señaló sir Quintin con un dedo de censura—, estoy seguro de que su colega no llegaría tan lejos.

En ese momento intervino Edward Priddis.

—Esta mañana debemos estudiar los papeles del caso de sir Martin Osborne… —le dijo a su padre en voz baja.

—Es verdad —coincidió sir Quintin—. Gracias, caballeros, nos veremos el lunes. Si los invitados a la cacería me ven —se dirigió a Hobbey— dígales que soy un viejo amigo que ha pasado a verlo. —Y soltó de nuevo su risita chillona.

Hicimos una reverencia y nos marchamos. Una vez fuera, Dyrick se volvió contra mí, enfadado.

—Por el amor de Dios, Shardlake, ¿por qué no acaba con esta bufonada? Ya ha visto lo que piensa sir Quintin de todo esto. ¿Quiere avergonzar al señor Hobbey el día de la cacería?

—Cálmese, apreciado colega. Ya ha oído a sir Quintin: no piensa revelar a los invitados el motivo de su visita.

Bajamos la escalera en silencio. El escribiente que nos había indicado el camino hablaba respetuosamente con dos hombres que estaban en la entrada. Ambos llevaban togas forradas de piel y gorro, a pesar del calor de julio, y una cadena de oro al cuello. Se volvieron y reconocí a sir William Paulet y sir Richard Rich. Me quedé tan pasmado que me paré en seco al pie de la escalera, y Hobbey, que venía detrás chocó contra mí. Paulet me echó una mirada severa, mientras Rich lanzaba una sonora carcajada.

—Letrado Shardlake —dijo—, no os asustéis que no os vamos a comer. Por Dios, desde vuestra temporada en la Torre os habéis vuelto una persona muy nerviosa.

La mención de la Torre hizo que se acallaran los murmullos en el vestíbulo. Todo el mundo se volvió.

—¿Vuestra investigación sigue su curso, letrado Shardlake? —preguntó Paulet fríamente—. Debéis estar aquí desde hace… ¿Qué? ¿Una semana?

—Cinco días, sir William.

—Ay, el abogado Shardlake siempre ha sido una persona tenaz —sonrió levemente Rich—. Por muchos problemas que le cause esa tenacidad.

—Actúo siempre dentro de la estricta legalidad —respondí con firmeza.

—Como deben hacer todos los hombres —replicó Rich.

—Deduzco que habéis visto a sir Quintin Priddis —se interesó Paulet.

—Así es, señoría.

—¿Quintin Priddis? —Los ojos grises de Rich brillaron de curiosidad.

—Es el albacea de Hampshire —respondió Paulet.

—Conocí a sir Quintin cuando estudiaba derecho, hace treinta años. Me ayudó a comprender el sistema jurídico de una manera muy interesante. Vaya, qué pequeño es el mundo. Y ahora todas las personas importantes se dirigen a Portsmouth. No deberíais asombraros tanto de verme aquí, abogado Shardlake.

—Sabía que veníais hacia aquí, sir Richard. Nos habéis adelantado por el camino la semana pasada.

—No os vi.

—Viajábamos con una compañía de soldados.

—¿De soldados? Pues bien, estoy a cargo de la administración de los suministros militares, como el año pasado en Francia, para asegurarme de que los mercaderes no engañen al rey. —Hundió su barbilla pequeña en el cuello de piel; un cortesano que disfrutaba exhibiendo su poder—. El gobernador Paulet me ha pedido consejo sobre cuestiones de seguridad —continuó—. Los soldados y marineros que llegan a la ciudad todas las noches se pelean. Tendríamos que colgar a algunos más…

—Nos faltan hombres —interrumpió Paulet con brusquedad—. No podemos colgar a los que tenemos. Volveré a hablar con los oficiales. Bueno, sir Richard, el alcalde nos espera dentro de…

—Un momento, sir William —dijo Rich sin levantar la voz—. Me gustaría hablar con mi amigo Shardlake. —Hizo un gesto con la mano a los demás—. El resto podéis iros. —Barak vaciló—. Tú también, Jack Barak, siempre metiendo las narices en todas partes desde que servías a lord Cromwell, que, dicho sea de paso, acabó perdiendo la cabeza.

Barak se volvió de mala gana y se unió a los demás en la entrada.

—Pues bien, Matthew Shardlake. —Rich se acercó y vi los gruesos eslabones de su cadena de oro y la tersura de sus mejillas. El aliento le olía a ajo—. Escuchadme bien, atentamente. Ha llegado la hora de que acabéis vuestra misión aquí y regreséis a

Londres. El rey y la reina están en Godalming y llegarán aquí a mediados de la semana próxima. Por lo que sé, el rey ignora que sois amigo de la reina Catalina. Si se enterara y os viera aquí, podría volver a disgustarse con vos. —Se inclinó y apoyó un dedo fino contra mi pecho—. Ha llegado el momento de la retirada.

—Sir Richard —pregunté en voz baja—, ¿qué os importa dónde estoy o lo que hago?

Rich ladeó la cabeza y sonrió.

—Porque no me caéis bien. No me gusta ver vuestra joroba ni esa nariz larga, ni esos ojillos movedizos con mirada de censura. Y como soy miembro del Consejo del Rey, cuando digo que es hora de que os marchéis, os marcháis.

Se dio la vuelta y se le hinchó la túnica mientras se dirigía adonde Paulet lo esperaba, atento a la escena. Se me encogió el estómago y fui a la entrada, a reunirme con los demás. Dyrick me miró con curiosidad.

—¿No era sir Richard Rich?

—Sí, efectivamente.

—Me parece que no le tiene a usted mucho afecto —sonrió.

—No, no mucho —respondí en voz baja.



El mozo de cuadra nos trajo las monturas. Había poco espacio para montar en la calle abarrotada de gente. Uno de los caballos retrocedió contra un aguador que caminaba doblado bajo el peso de su enorme cesta cónica.

—¿Qué quería ese enano cabrón? —susurró Barak.

—Ahora no. Te lo contaré cuando estemos a solas.

Hobbey miró a los muchachos.

—Vayamos al final de Oyster Street, desde donde podremos ver los barcos grandes anclados en Spithead. Después dejaremos que el señor Shardlake vaya a ver a su amigo y nos iremos a casa.

—¿No podemos ir a South Sea a ver el castillo nuevo? —pidió David.

Aún se le notaba la tristeza. «Quiere distraerse», pensé.

—Tengo que preparar la cacería y quiero que volváis a casa. Además de otras cosas, esa chusma zarrapastrosa estará llena de pulgas.

Me pregunté si los muchachos seguirían insistiendo, pero Hugh se limitó a encogerse de hombros. David parecía enfurruñado.

Bajamos por High Street y pasamos por la iglesia, un sólido edificio normando con robustos contrafuertes. Un poco más adelante vi los muros de lo que parecía un antiguo monasterio: unos edificios altos y estrechos que sobresalían por encima del muro, así como la torre redonda de otra iglesia.

—Aquello es el Domus Dei —explicó Hobbey—, un hospital monástico y una hospedería para viajeros. Ahora se usa como lugar de reunión y como almacén de

pertrechos militares. Aquí debemos girar.

Nos habíamos detenido en un espacio amplio donde convergían varias calles. Delante de nosotros, los muros acababan en una torre grande y cuadrada. Un cañón de bronce y hierro apuntaba al mar. Un grupo de soldados recibía instrucción sobre una amplia plataforma. David y Hugh los miraron con entusiasta admiración. Luego giramos a la derecha por una calle empedrada que daba a una pequeña bahía prácticamente cerrada por una lengua de tierra semicircular.

—Esa pequeña dársena es la de Camber —dijo Hobbey—. Virgen santa, qué mal huele hoy.

—Y esa punta pantanosa es el Point —añadió Hugh.

—Si vamos a la otra punta podremos ver los barcos que están al otro lado —dijo Hobbey—. En marcha.

Tardamos pocos minutos en bajar Oyster Street. La muralla de la ciudad discurría a lo largo de la mitad oriental de la lengua de tierra y acababa en una torre alta y redonda rematada por pesados cañones. Oyster Street estaba llena de tiendas y tabernas. Los jornaleros bebían cerveza en la calle. Cabalgamos con cuidado entre soldados y marineros, carreteros y jornaleros, y muchos comerciantes inmersos en acalorados regateos. En la otra punta de la calle, la lengua de tierra circular acababa en una abertura estrecha al mar. Frente a la abertura, al final de Oyster Street, había un amplio espigón de piedra rodeado de almacenes. Constantemente entraban mercancías que eran descargadas de los carros que se detenían delante, mientras otros hombres se ocupaban de hacer subir a pequeños barcos cargueros las provisiones que sacaban de allí.

Cabalgamos hacia el espigón y pasamos delante de un grupo de mercaderes perfectamente ataviados que discutían con un oficial el precio de la galleta. Hugh clavó la mirada en dos peones que llevaban una caja grande, ligeramente curva, al espigón.

—Una caja con arcos —dijo con nostalgia.

Nos detuvimos un poco más allá del espigón, en un sendero que discurría al pie de las murallas de la ciudad. Desde aquel lugar se veía, al otro lado, la estrecha entrada al puerto de la costa de Gosport, donde había varios fuertes más, poderosamente artillados con cañones.

Hugh recorrió el amplio panorama con el brazo.

—Fíjese, señor Shardlake, el puerto está protegido con cañones por ambos flancos, desde la torre redonda hasta los fuertes de Gosport.

Pero yo tenía la atención puesta en algo más extraordinario que todo lo que se veía en el puerto de Portsmouth: un bosque de altos mástiles en el estrecho de Solent. Había, quizás, unos cuarenta barcos de diferentes tamaños fondeados: desde unos

enormes hasta otros de un tercio del tamaño de los que estaban en el puerto. Los más grandes tenían escudos y otros emblemas pintados en colores brillantes y los cañones de las cubiertas resplandecían al sol. En una nave recogían sus velas gigantescas, al tiempo que se oían los tambores que marcaban el ritmo para los hombres que trabajaban con las jarcias.

Mientras observaba todo aquello, un navío extraordinario avanzó hacia ellos por el estrecho. Tenía cerca de doscientos pies y un solo mástil. La vela estaba plegada y lo impulsaban dos docenas de grandes remos a cada lado. En la proa llevaba un gran cañón y un toldo en la popa, decorado con una tela dorada que refulgía al sol, donde iba un capataz que marcaba el ritmo con un tambor. Vi la cabeza de los remeros que se movían adelante y atrás.

—Dios mío, ¿qué es eso? —preguntó Dyrick, por una vez en voz muy baja.

—Me dijeron que el rey había mandado construir una galera fabulosa —respondió Hobbey—, la *Galley Subtle*.

«Según Leacon —pensé—, los franceses tienen dos docenas».

—Es preciosa —dijo Hugh en voz baja.

La enorme galera cambió el rumbo y pasó junto a los barcos fondeados en dirección a la bocana del puerto, dejando a su paso una larga estela blanca.

—Impresionante, Shardlake —dijo Dyrick—. Ya tiene algo que contar a sus amigos de Londres. ¡A lo mejor este espectáculo lo compensa un poco cuando vea la minuta de mis gastos!

—Eso siempre y cuando regresemos —murmuró Barak.

Hobbey se volvió sobre el caballo.

—Vamos, muchachos, debemos regresar a Hoyland.

—¿Ya? —preguntó David.

—Sí, subiremos por una de las calles laterales, que estarán más tranquilas. Hasta luego, señor Shardlake. —Me miró—. Y, como ha dicho Vincent, ya ha visto lo que piensa sir Quintin Priddis de este asunto. Espero y deseo que el lunes haya acabado todo. Vamos, muchachos.



Hobbey y los demás se alejaron a caballo, y Barak y yo nos quedamos en el sendero.

—Deben de ser las doce —dije.

—Continuemos, pues.

La visión de todos aquellos barcos sin duda lo había alterado. Cabalgamos de nuevo hacia el espigón.

—Hobbey tiene muchas ganas de celebrar la cacería —murmuré—. Sin embargo, Abigail dijo que no es seguro hacerlo. Y no tenemos ni idea de por qué…

—¿Qué pasó con Rich? —me interrumpió con tono seco y ansioso.

Se lo conté y añadí:

—Es extraño que estuviera allí, igual que en el Whitehall, y para colmo con Paulet. —Dudé un instante—. Y Richard Rich es una persona que fácilmente podría contratar a unos golfos para que le dieran una paliza a alguien.

Para mi sorpresa, Barak hizo girar el caballo, que relinchó nervioso y me bloqueó el paso. *Tres Patas* echó la cabeza atrás.

—¿Qué haces? —pregunté.

—¡Intentar que me escuche! —Tenía los ojos brillantes de ira—. No puedo creer lo que acaba de decir. Ve a Richard Rich e intenta mezclarlo en todo esto. El ejército está aquí, todos los barcos de rey están aquí, casi todas las personas importantes están llegando a Portsmouth. Rich forma parte del Consejo de Rey y Paulet es el gobernador de la ciudad. ¿En qué otro condenado lugar va a estar? Aquí no hay nada raro. Hugh está a salvo y bien, y si la señora Hobbey ve fantasmas debajo de la cama, ¿a quién coño le importa?

Me sorprendió la violencia de su arrebato.

—Creo que Hobbey y Priddis hace años que se quedan con los beneficios del bosque de Hugh —dije sin perder la compostura.

Barak se quitó el gorro y lo tiró al suelo polvoriento por pura frustración.

—Pero no puede probarlo. Y, en todo caso, a Hugh le importa un carajo. ¿Y por qué diablos le iban a importar a Richard Rich los asuntos de una pequeña hacienda de Hampshire? Virgen santa, parece que la señora Hobbey no es la única que ve fantasmas por todas partes.

No era la primera vez que Barak se enfadaba conmigo, pero nunca lo había visto así.

—Solo quiero garantizar la seguridad de Hugh —dije con calma—. Y no tienes por qué hablarme así.

—Pues no hay duda de que ese imbécil está a salvo.

—¿Por qué hablas así de él?

—¿No lo ha visto? ¡Dijo que esa galera era «preciosa»! ¿Y quiénes eran los remeros? ¿Eh? Gente recogida de las calles de Londres, como esos que el cabo Carswell dijo que había devuelto a la costa, muertos. Me crie en la calle y, si algo aprendí, es que resulta condenadamente difícil para cualquier ser humano seguir en esta tierra. Muchos no resisten y son presa de la enfermedad, como Joan o mi primer hijo, que nunca llegó a ver la luz del día. Pero la gente como Hugh solo quiere más muerte y destrucción, mientras él está a salvo en ese maldito priorato, atendido a cuerpo de rey.

—¡Se alistaría en el ejército si pudiera!

—¡Al infierno con el ejército! ¡Y al infierno con él! Larguémonos de aquí y volvamos a casa antes de que lleguen los franchutes y hagan añicos todos esos barcos.

Me quedé mirándolo. Mi mente había estado tan ocupada con Hugh y Ellen que había olvidado lo que pasaba a nuestro alrededor.

—Muy bien —dije—. Si no encuentro alguna prueba de un agravio monstruoso cometido contra Hugh, nos vamos el martes, después de la visita de Priddis y su hijo. Quizá tengas razón. Pero quiero ver qué me dice Leacon sobre Coldiron y el tal West.

—Si tuviera un poco de sensatez, también se olvidaría del asunto de Ellen. Quién sabe qué cosas puede remover. En fin, siempre y cuando nos larguemos el martes…

Levanté la mano.

—Y me reafirmo: a menos que descubra ese agravio monstruoso que Michael dijo que habían cometido contra Hugh.

—No descubrirá nada porque no hay nada.

Barak se dio la vuelta y continuamos por el espigón hasta llegar de nuevo a Oyster Street. Dos soldados achispados empujaron a un jornalero, que se volvió y soltó una retahíla de insultos. Barak señaló el cartel de una taberna con el león real inglés pintado de rojo brillante.

—Ahí está —dijo—. Entremos y acabemos con esto.

Capítulo 27

Barak encontró un mozo para llevarse los caballos y entramos en la taberna. Hacía calor, había ruido y el suelo estaba lleno de paja sucia. Un grupo de carreteros discutía acaloradamente si era más pesado llevar lúpulo o trigo. Un grupo de italianos con jubones de lana rayados jugaba a los dados alrededor de una mesa. Leacon nos hizo señas desde un pequeño hueco junto a la ventana, donde estaba sentado con Tom Llewellyn y un hombre mayor. Le dije a Barak que llevara media docena de cervezas de la barra y me acerqué a ellos. Leacon se había quitado su media armadura y el yelmo, que estaba en el suelo, sobre la paja, a su lado.

—¿Qué tal la reunión? ¿Provechosa? —pregunté.

—No mucho. Aún no han decidido si nos pondrán en los barcos o en la costa para rechazar a los franceses.

—En la costa son más útiles los piqueros —opinó el hombre mayor.

Leacon le dio una palmada en el hombro a Llewellyn.

—Tom probó su galés con dos capitanes de Swansea.

—Me alegro de que mi padre no estuviera allí para ver mi tartamudeo —dijo el muchacho, compungido.

—Pues bien, señor Shardlake —dijo Leacon—. Le he encontrado a Philip West. Es el sobrecargo adjunto del *Mary Rose*. Y los oficiales de la Marina también se reúnen esta mañana en el Domus Dei.

—Hemos visto el Domus mientras cabalgábamos.

—Lo llevaré después, pero primero permítame presentarle a John Saddler. Es instructor de una compañía de piqueros.

Saludé a Saddler con una inclinación. Era bajito y fornido, de ojos azules pequeños y duros, y cara larga enmarcada por una corta barba gris. Me senté y me quité aliviado el gorro y la toca. Barak se unió a nosotros con las cervezas, que repartió entre la concurrencia.

—Señor —se dirigió Leacon a Saddler—, cuéntele a mi amigo lo que sabe del tal William Coldiron.

Saddler me estudió con ojos fríos y reflexivos.

—Si es el hombre que yo conozco, ese no es su nombre real. Sin duda tenía buenas razones para cambiárselo. Lo bautizaron como William Pile. El capitán Leacon aquí presente ha estado preguntando a todos los veteranos si habían oído hablar de él. Lo reconocí por la descripción: alto y delgado, a estas alturas de unos sesenta años, tuerto y con una cicatriz que le cruza la cara.

—¡Ese es Coldiron!

—¿De qué lo conoce, abogado? —preguntó Saddler.

—Tengo la desgracia de que sea mi mayordomo.

Saddler sonrió, dejando a la vista unos muñones descoloridos por dientes.

—Cuide entonces las cosas de valor, señor. Y cuando vuelva a casa, pregúntele qué hizo con el dinero de nuestra compañía cuando desertó.

—¿Desertó? A mí me contó que estuvo en Flodden y mató al rey de Escocia.

Saddler soltó una carcajada.

—¿Y le creyó? —preguntó burlón.

—Ni por un segundo. Y tampoco quiero seguir teniéndolo como mayordomo porque es un borracho holgazán y mentiroso, pero me apena la hija.

—¿Una hija? —Saddler entornó los ojos—. ¿Y qué edad tiene?

—Veintipocos, diría. Bastante alta, rubia. Se llama Josephine.

—¡Es ella! —exclamó Saddler—. ¡Nuestra antigua mascota!

—Su antigua… ¿qué?

Saddler se echó atrás y cruzó los brazos sobre una barriga plana.

—Deje que le hable de William Pile. Era de Norfolk, como yo. Los dos nos alistamos en el ejército para luchar contra los escoceses, allá por 1513. Éramos unos veinteañeros. William estuvo en Flodden, eso es verdad, pero, a diferencia de mí, no se hallaba en la primera línea de ese páramo mientras los piqueros escoceses bajaban de los montes para atacarnos. El padre de William Pile era alguacil y le consiguió trabajo en intendencia. Ese día, como siempre, él estaba en la retaguardia. Matar al rey de Escocia… ¡y una mierda! —Sonrió con frialdad—. Y eso fue solo el comienzo. Tras la guerra de 1513, que nos dejó a todos bien jodidos, como ha pasado en todas las guerras de este rey, los dos seguimos en el ejército. A veces estábamos en la guarnición de Berwick, otras en la de Calais. La mayor parte del tiempo era un aburrimiento, había muy poca acción. Aunque eso le iba bien a William. Le gustaba pasar el tiempo bebiendo y jugando a los dados.

—¿Así que conoce bien a Coldiron… a Pile?

—Perfectamente. Nunca me cayó bien ese cabrón, pero me maravillaba cómo conseguía librarse de todo. Estuvimos juntos en el ejército durante años. Yo ascendí a instructor, y él se quedó en intendencia… no tenía más ambición que birlar lo que pudiera de las raciones de los hombres y hacer trampas con las cartas. Tampoco tenía posibilidades de casarse… ¡con esa cara! Déjeme adivinar: ¿le dijo que esas heridas se las habían hecho en Flodden?

—Así es.

Saddler rio con sarcasmo.

—En realidad, pasó lo siguiente: una noche, William estaba jugando a las cartas en Caernarfon Castle. Había con nosotros un grandullón de Devon, alto y con mala bebida. Estaban todos borrachos, si no William habría tenido más cuidado al hacer trampa. Cuando el tipo de Devon se dio cuenta de que le habían timado un soberano, se levantó, cogió su espada y le rajó la cara. —Soltó otra carcajada—. ¡Demonios, había que ver la sangre que le salía! Todos pensaron que se moría, pero los tipos fibrosos como William son difíciles de matar. Se recuperó y, dos años más tarde, vino

con nosotros a la campaña de Francia.

—Recuerdo esa guerra. Por entonces yo era estudiante.

—La campaña de 1523 fue lamentable, los soldados hacían poco más que asaltar los alrededores de Calais e incendiar algunos pueblos franceses. —Rio entre dientes —. Y obligar a las mujeres de los pueblos a que huyeran por los campos anegados con las faldas levantadas a la altura de sus grandes traseros franceses. —Levantó la vista y disfrutó al ver mi cara de desagrado—. En una de esas aldeas salieron todos corriendo como conejos al vernos aparecer por el camino. Entramos para ver qué podíamos pillar de las casas antes de incendiarlas. No me mire así, abogado, el botín de esas incursiones por el campo es la única paga que los soldados obtienen de la guerra. Si los franceses llegan aquí, harán lo mismo y más. En fin, no había mucha cosa para llevarse en ese lugar de mala muerte, solo unos pocos cerdos y pollos. Estábamos prendiendo fuego a las casas cuando una cría salió de una de ellas chillando como una condenada. Tendría unos tres años. La habían abandonado. Pues bien, algunos soldados se ablandaron. —Saddler se encogió de hombros—. Así que nos la llevamos de vuelta a Calais. Los hombres de la compañía la cuidaban, compartían con ella sus raciones. La niña estaba bastante contenta. Le hicimos un vestidito con los colores de la compañía y un sombrerito con la cruz de San Jorge. —Tomó un trago de cerveza y soltó una risita—. Tendría que haberla visto andar entre los barracones con esos pasos torpes de pequeñaja, enarbolando la pequeña espada de madera que le habíamos hecho. Como he dicho, era nuestra mascota.

Leacon miraba a Saddler con expresión sombría, mientras yo reprimía la repulsión que me provocaba aquel hombre.

—Se llamaba Josephine —continuó—, y la llamábamos Jojo. Aprendió un poco de inglés con nosotros. Pues bien, al cabo de un tiempo nos ordenaron volver a casa… otra vez con el rabo entre las piernas. La íbamos a dejar, encontrar a alguien en Calais que se ocupara de ella. Pero William Pile, su Coldiron, dijo que se llevaría a JoJo consigo. Estaba pensando en retirarse del ejército y la criaría para que se ocupara de su casa y… quizá de algo más si salía guapa.

Nos lanzó una mirada lasciva. Tom Llewellyn lo miró perplejo y Leacon como si estuviera ante el mismo diablo.

—Pues William, efectivamente, se retiró, pero no de la manera habitual. En cuanto regresamos a Inglaterra robó el dinero de los suministros de la compañía y desapareció llevándose a Josephine. Después nos mandaron a Berwick con unas raciones muy escasas; los oficiales no estaban dispuestos a rascarse los bolsillos. No volví a tener noticias de William hasta ahora. Si lo hubieran pillado, lo habrían ahorcado. —Se cruzó de brazos sin dejar de sonreír—. Esa es la verdadera historia. Por cierto, ¿Josephine se convirtió en una muchacha guapa?

—Bastante —respondí fríamente.

Saddler frunció el ceño.

—Recuerdo esos tres meses de escasez de raciones en la frontera escocesa por su

culpa. Si consiguiera usted que colgaran a William Pile, me haría un favor.

Leacon se levantó y se puso el yelmo y el gorjal. Llewellyn lo siguió.

—Gracias, señor Saddler —dijo con fría formalidad—. El letrado Shardlake y yo tenemos que ir a ver a alguien y después debo regresar al campamento. Le agradecemos su ayuda.

Saddler levantó la jarra y me sonrió.

—Adiós, señor. Recuerdos de mi parte a madame Josephine.



La calle parecía más ruidosa y llena de gente.

—Lo acompañaré al Domus Dei —me dijo Leacon—. Seguramente necesitará mi autoridad para entrar. No tengo prisa por volver al campamento, solo quería alejarme de Saddler.

—Comprendo.

—¿Qué ha sacado en claro de la historia?

—Coincide con lo que sé de Coldiron. —Sonreí con tristeza—. Ahora tengo con qué presionarlo. Voy a echarlo, pero a quedarme con Josephine si ella así lo desea.

—¿Cómo la trata?

—Muy mal, pero ella le obedece a ciegas. Cree que es su hija.

Leacon me miró con expresión dubitativa.

—Entonces tal vez no quiera separarse de él.

Sonreí con ironía.

—Quizá le demos una ayudita al hombre para que la abandone.

—Sí, quizá —coincidió Barak con ironía, y se rascó la cabeza—. Me parece que he cogido piojos.

Me encogí de hombros.

—Creo que esa taberna estaba llena de pulgas, me las siento por todas partes.

—Tendrás que cortarte el pelo, Jack —sonrió Leacon.

—En el campamento todos tienen piojos —añadió Llewellyn apesadumbrado—. Y he perdido mi peine.

—No eres el único. A ver si os acordáis de dónde dejáis las cosas —rezongó Leacon.

Barak miró la hedionda dársena de Camber, al otro lado de la cual apenas se divisaban los mástiles de los barcos fondeados en el estrecho de Solent.

—Los humores pestilentes de este sitio pronto empezarán a provocar enfermedades.

—Pues qué remedio —respondió Leacon—, no podemos movernos de aquí hasta que lleguen los franceses. —Se volvió hacia Llewellyn—. Ve al campamento y dile a sir Franklin que pronto estaré de regreso.

—Sí, mi capitán.

—Vuelve con él, Jack, coge los caballos y espérame en el campamento. Creo que será mejor que hable con el señor West a solas.

—De acuerdo —accedió de mala gana.

Barak y Llewellyn dieron media vuelta en dirección a la taberna, y Leacon y yo continuamos por Oyster Street.

—Saddler estuvo en la campaña de Escocia el año pasado —me contó— y me habló de la vajilla y las telas que se llevaron de Edimburgo. Pero tiene razón, los soldados siempre han considerado el botín de guerra su legítima paga y esperan el grito de «¡a saquear!». Pero a los hombres como Saddler no les afecta, tienen el corazón duro como una piedra. Gracias a Dios solo tengo uno o dos tipos así a mis órdenes. Ofende escuchar a alguien como Saddler. Cuando habló de toda esa pobre gente que huía de su casa…

—¿Se acordó usted de la mujer del arcén en Francia con la criatura muerta?

Sus ojos azules volvían a tener esa mirada penetrante.

—Lo curioso es que en aquella época no pensaba mucho en eso, vi tantas cosas…, Pero con el paso del tiempo, de repente volvía a ver a la mujer y el bebé. Cambiemos de tema —dijo con voz cansada—. No me hace bien recordar todo aquello.

—¿Qué sabe del señor West? Y, por cierto, gracias por localizarlo tan rápido.

—En el ejército nos estamos volviendo expertos en averiguar quiénes son los oficiales de los barcos, ya que es posible que estemos a sus órdenes. —Me miró serio —. ¿De qué se trata, Matthew?

—Un asunto privado; cuestiones legales.

—Pues me han dicho que West es un oficial experto, severo pero justo con sus hombres. Cuando lleguen los franceses, tendrá que enfrentarse a la prueba más dura de su vida. —Volvió a mirarme—. ¿Se trata de un asunto que afecta a su capacidad como oficial? Si es así, debo saberlo.

—No, George, en absoluto.

Leacon inclinó la cabeza, aliviado.



Habíamos vuelto al espacio abierto delante de la torre cuadrada. Nos acercamos a la caseta de guardia vigilada por alabarderos. Leacon avanzó hacia ellos.

—¿La reunión de los oficiales de marina continúa? —le preguntó a uno.

—Sí, capitán. Hace rato que están reunidos.

—El caballero tiene un mensaje para uno de los oficiales.

El guardia miró mi toga de abogado.

—¿Es urgente, señor?

—Podemos esperar a que acaben.

El hombre asintió y dijo:

—Están reunidos en el gran salón.

Pasamos a un recinto dentro del cual había un patio amplio, dominado por una gran iglesia normanda rodeada de un batiburrillo de edificios altos. Al fondo del complejo, lo que en otros tiempos había sido un huerto estaba ahora lleno de animales en corrales: cerdos, vacas y ovejas.

—Voy a acercarme al gran salón a dejar dicho que hay alguien que quiere hablar con el señor West después de la reunión —dijo Leacon—. Hay unos bancos en el jardín, le diré al bedel que le esperará allí.

Se alejó hacia el edificio más grande y yo me dirigí a unos bancos de piedra a la sombra del muro. Supuse que los habían hecho para que los pacientes y las visitas descansaran contemplando el jardín, pero el lugar ya no era un sitio tranquilo. Cerca de allí, descargaban un carro lleno de gansos que graznaban mientras los metían en una zona cercada, al lado de unas grandes canastas de mimbre apiladas. Unos gallos de riña de crestas coloridas que se asomaban enfadados no dejaban dudas sobre el entretenimiento de los soldados.

Al cabo de unos minutos, Leacon volvió a cruzar el patio. Se sentó a mi lado, se quitó el yelmo y se pasó la mano por los rizos rubios.

—He pillado esos malditos piojos —dijo—. Hoy mismo me rapo. Bueno, ya he dejado el mensaje. Esperemos a que el señor West salga. Me han dicho que es un hombre alto de barba entrecana.

—¿De barba entrecana ya? Pero si no tendrá mucho más de cuarenta.

—Y probablemente acabará de encanecer cuando todo esto haya pasado.

—¿Qué cree que pasará? —pregunté en voz baja.

—Algo que puede ser bastante terrible. ¿Ha visto la flota?

—Sí. Nunca había visto semejante espectáculo, ni siquiera en York. Esos barcos enormes. Hace un rato hemos visto una gran galera de remos. *Galley Subtle*, dijo Hugh Curteys que se llama.

—¿Ese chico que dispara tan bien? Sí, me he enterado de que el *Galley Subtle* estaba llegando. Será una gran ayuda contra las veintidós galeras que, según ha informado lord Lisle, tienen los franceses, equipadas con poderosos cañones y con remeros esclavos expertos en batallas en el Mediterráneo. Si logran acercarse, podrían hundir nuestros barcos grandes antes incluso de que estos abrieran fuego. Nuestras galeazas, en comparación, son torpes. Y los franceses tienen más de doscientos buques de guerra. Aunque nuestros barcos lograran acercarse lo suficiente para entrar en combate, nos superan de lejos en número. Hoy ha corrido el rumor de que nuestra compañía embarcará en el *Great Harry*, pero no es seguro. En cierto modo estaría bien, porque es uno de los pocos barcos que tenemos de mayor altura que la de los franceses. Si nuestros arqueros están en los castillos de proa y popa, podrían disparar a sus cubiertas. Aunque no será fácil si cuentan con redes de protección.

—Cuando llegamos, en el castillo de popa del *Mary Rose* vi algo que parecía una

protección con redes.

—Las tienen todos los buques de guerra grandes por encima de las cubiertas para evitar el abordaje. Si los barcos se engancharan con un rizón y los franceses intentasen subir a nuestras cubiertas, caerían sobre las redes, debajo de las cuales estarían desplegados los piqueros para ensartarlos antes de que lograran cortar la red con sus puñales. Cuando dos barcos de guerra se enfrentan de ese modo, la lucha es dura y brutal.

—Hugh dijo que la artillería de los fuertes impedirá que los franceses entren en el puerto de Portsmouth.

—Si los franceses se las arreglan para inutilizar nuestra flota, sus galeras podrían desembarcar hombres en la costa de Portsea. Por eso hay tantos soldados apostados allí. Los franceses tienen treinta mil hombres, y nosotros quizá tengamos unos seis mil, muchos de ellos mercenarios extranjeros. Nadie sabe cómo responderá la milicia. Son incondicionales, pero poco instruidos. El temor es que los franceses desembarquen en la isla de Portsea y la aíslen de tierra firme. El mismísimo rey podría acabar sitiado en Portsmouth. Ya ha visto que se están preparando para un asedio.

—¿Tan mala es la situación?

—Buena parte estará al arbitrio de la suerte. En las batallas navales todo depende de los vientos y los marinos dicen que aquí son imprevisibles; nuestro éxito o fracaso está en manos de los vientos. —Hizo una pausa—. Mi consejo es que se marche de aquí lo antes posible.

Me acordé de Rich.

—Alguien me ha dado el mismo consejo hoy mismo.

—Podría haber cruentas batallas en las playas.

—¿Cree que al final su compañía acabará allí o en los barcos?

—No lo sé. Pero en ambos casos mis hombres lucharán para proteger al pueblo. No lo dude.

—No lo dudo ni por un instante.

Leacon se había apoyado las manos en las rodillas y vi, una vez más, que una de ellas le temblaba. La cerró en un puño.

—Dios quiera que no lleguemos a eso —dije con voz queda.

—Amén. —Me miró—. Ha cambiado usted mucho desde York, Matthew. Parece más nervioso y triste.

—¿Ah, sí? —suspiré hondo—. Bueno, quizá tengo razones para estarlo. Hace cuatro años ahogué a un hombre. Luego, dos años después, casi me ahogan a mí: acabé encerrado en una cloaca con un loco. Desde entonces… —Vacilé—. Estoy acostumbrado al Támesis, George… No veía el mar desde que volví en barco de Yorkshire. Parece tan grande que, confieso, me da miedo.

—Usted ya no es joven, Matthew —dijo con delicadeza—, hace tiempo que ha pasado los cuarenta.

—Sí, ya tengo el pelo entrecano.

—Debería casarse, acomodarse y tener una vida tranquila.

—Hace un tiempo, hubo una mujer con la que me habría casado, la viuda de un amigo. Ahora vive en Bristol y me escribe de vez en cuando. Tiene mi edad y, en su última carta, me cuenta que pronto será abuela. Sí, empiezo a hacerme viejo.

El ruido de voces procedentes del hospital nos hizo levantar la vista. En la entrada, unos hombres con jubones brillantes se ceñian la espada, mientras los criados les acercaban los caballos de las cuadras anexas.

Leacon se puso en pie.

—Ahora lo dejo. Nos vemos en el campamento. Tenga cuidado.

Me dio una palmada en el hombro, se dio la vuelta y se encaminó a la puerta. Lo observé alejarse a paso largo y con el porte erguido de militar.



En la puerta del hospital dos hombres discutían rodeados de un grupo de espectadores curiosos. Uno era alto y de barba gris, iba bien vestido y con una espada al cinto. El otro llevaba las vestiduras de escribiente. Oí gritar al más alto con voz exaltada.

—¡Le digo que con trescientos soldados, doscientos marineros y todos esos cañones estará sobrecargado! ¿Y qué me dice del peso de todas las provisiones para quinientas personas? —El escribiente respondió algo—. ¡Ridículo! —gritó el de la barba cana.

El escribiente se encogió de hombros y se marchó pasando por delante de donde estaba sentado yo. Al acercarme vi que Philip West no solo era canoso sino también medio calvo. Llevaba una guerrera corta, un jubón de cuello alto con botones de satén y el cuello de la camisa levantado como en una especie de gorguera que se había puesto de moda. Se detuvo delante de mí. Tenía el rostro bronceado y curtido, con arrugas profundas y una expresión tensa. Me miró y frunció el entrecejo con curiosidad.

—¿Es usted el que me ha dejado el mensaje? —me preguntó con voz grave.

—Si es usted el señor West, sí —respondí, y me puse de pie.

—Soy Philip West, sobrecargo adjunto del *Mary Rose*. ¿Qué puede querer un abogado de mí?

—Soy el letrado Matthew Shardlake —me presenté con una inclinación—. Lamento molestarlo, pero estoy intentando localizar a alguien, para un cliente.

Estudié la cara de West. Si rondaba los cuarenta, estaba muy envejecido para su edad. Sus ojos pardos, pequeños y hundidos, eran inquisitivos y todo en él daba la sensación de un hombre agobiado por el peso de la responsabilidad.

—¿A quién busca? Y deprisa que tengo poco tiempo.

Respiré hondo.

—A una mujer de Rolfswook. Ellen Fettiplace.

Los hombros de West se hundieron como si hubiera echado sobre ellos un peso insoportable.

—¿Ellen? —preguntó en voz baja—. ¿Qué significa esto? Hace diecinueve años que no sé nada de ella. Y resulta que hace dos días veo a Priddis, o lo que queda de él, pasar a caballo por la ciudad. Y ahora viene usted.

—Tengo un cliente que está buscando a unos parientes; se enteró de que había una familia Fettiplace en Rolfswook. He venido a Hampshire por trabajo y he pasado por el pueblo.

West me miraba escrutador.

—¿Así que no sabe si sigue viva?

Dudé.

—Pues no. —Sentía que con cada mentira me hundía más—. Lo único que sé es que después del accidente tenía sus facultades alteradas y se la llevaron a Londres.

—¿Así que ha venido a verme ahora sin más razón que la curiosidad idiota de alguien? —levantó la voz, iracundo.

—Estoy seguro de que mi cliente ayudaría a Ellen si supiera dónde está.

—¿Y se llama Fettiplace? ¿No conoce a nadie más con ese apellido en Londres? ¿No sabe nada de ella? —Frunció el ceño; sus ojos me escrutaron con dureza.

—No, señor, por eso busca algún pariente.

West se sentó en el banco que yo había dejado libre, miró a lo lejos y sacudió la cabeza un par de veces como si tratara de despejarse. Cuando volvió a hablar su tono había cambiado por completo.

—Ellen Fettiplace fue el amor de mi vida —dijo con serena intensidad—. Iba a pedirle que se casara conmigo a pesar… —No terminó la frase—. El día del incendio, cabalgué desde Petworth para comunicarle a su padre mis intenciones. Yo estaba con la corte del rey el verano del viaje a Petworth. El señor Fettiplace me dijo que me concedería la mano si Ellen estaba de acuerdo. Le había pedido que nos viéramos en privado y ella no estaba presente. El padre accedió al enlace. Por cuestiones de servicio, me vi obligado a volver esa misma noche a Petworth, pero pensaba regresar al cabo de dos días para verla y proponérselo. No es algo que uno quiera hacer deprisa y corriendo.

—Entiendo.

—Pero al día siguiente me llegó el mensaje del incendio y la muerte del señor Fettiplace a través del coadjutor.

—¿El reverendo Seckford? Hablé con él cuando estuve en Rolfswood.

—Entonces le habrá dicho que Ellen se negó a verme después del incendio.

—Sí, y a todos los demás. Lo siento.

Parecía que West quería hablar.

—Yo sabía que le gustaba a Ellen, pero no estaba seguro de que quisiera prometerse. Tal vez no querría renunciar a su apreciada independencia. Su padre le daba mucha libertad. —Titubeó y se quedó callado—. Era… —continuó, mirándome

con una expresión angustiada que me recordó a Leacon— era testaruda. Necesitaba alguien que la mandara como era debido —concluyó con una especie de sinceridad desesperada.

—¿Cree que a las mujeres hay que mandarlas?

—Eso lo dice usted, señor.

—Lo lamento.

—Lo que le ocurrió me dejó destrozado —continuó en tono calmado—. Nunca volví a verla. Así que me hice a la mar. ¿No es eso lo que hacen los hombres cuando les rompen el corazón? —Sonrió sin alegría, con un rictus que dejó a la vista unos dientes blancos y fuertes que parecieron partir en dos el rostro bronceado, y recobró la compostura—. Su amigo debería olvidarse de todo eso. Se llevaron a Ellen a Londres y a estas alturas quizás esté muerta.

—Sé que sir Quintin Priddis se ocupó de la pesquisa y luego dispuso que se la llevaran. De hecho, estoy tratando con él, en calidad de albacea de Hampshire, por otro asunto.

—¿Ha hablado con él de esto? —preguntó West con brusquedad.

—No.

—Le aconsejo entonces que no lo haga, y dígale a su amigo que no remueva las cosas. Hubo algunas sobre ese incendio en las cuales es mejor no entrar, sobre todo después de todos estos años. Priddis hizo lo correcto: era mejor llevarse a Ellen.

—¿Qué quiere decir?

No contestó directamente.

—¿Qué le contó Seckford sobre Ellen?

—Que su padre la consentía, sí, pero también que era una persona buena y cariñosa antes del incendio.

—La gente ajena a la familia a veces no ve lo que sucede de puertas adentro.

Pensé en los Hobbey.

—Es verdad.

West se cogió las manos y empezó a retorcérselas despacio.

—Ellen era una mujer muy temperamental. Solía tirarle ollas y jarrones a su padre cuando se enfadaba. —Volvió a dudar—. También hacía otras cosas de las que me enteré más tarde.

—¿Qué cosas? —Sentí un escalofrío en el espinazo.

—Cuando era más joven, si se enojaba, a veces prendía fuego en el bosque. Uno de los criados de mi familia me lo contó después del incendio de la fundición, conocía a uno de los guardabosques. —Cerró los ojos—. ¿Me comprende? Aunque la quería, sabía que era importante que no la malcriaran tanto. No puedo demostrarlo, pero creo que esa noche, cuando el señor Fettiplace le habló de mi propuesta de matrimonio, ella se enfadó y ocurrió algo. No sé qué.

—¿Quiere decir que Ellen provocó el incendio y mató a dos personas? —pregunté incrédulo—. ¿Cómo iba a hacer eso una mujer sola?

—Por Dios, señor mío, ¿cómo quiere que lo sepa? Nunca he logrado explicármelo. Así que dígale a su amigo que se olvide del asunto. En Rolfswood ya no quedan Fettiplace. Y ahora déjeme intentar salvar a este país de la invasión.

Se levantó bruscamente y me echó una última mirada severa, dio media vuelta y regresó al edificio del hospital. Ya se habían marchado todos, salvo un mozo de cuadra que esperaba en silencio con el caballo cogido de las riendas. Me quedé en el banco, totalmente desconcertado.

Capítulo 28

Camino de regreso, crucé Portsmouth a caballo con la mente llena de sombríos pensamientos. Nunca se me habría ocurrido que la mismísima Ellen hubiera provocado el incendio. ¿Eran ciertas las pistas que me había dado West? No me había caído bien: tenía una dureza y una amargura extremas, pero era evidente que lo sucedido, fuera lo que fuese, había hecho mella en él de una manera terrible. Se me encogió aún más el corazón al recordar las palabras de Ellen: «¡Se quemó! Pobre hombre, estaba envuelto en llamas… Vi que la piel se le deshacía, se le ponía negra ¡y se agrietaba!». Eso podía tener cierta lógica si era ella la que había provocado el fuego, pero también estaban sus otras palabras: «¡Eran muy fuertes! ¡No podía moverme! El cielo era inmenso… muy ancho… ¡Parecía que iba a engullirme!». Recordé al reverendo Seckford decir que tenía el vestido desgarrado, todo lleno de hierba.

Unos gritos de enfado me devolvieron al presente. Una docena de hombres, descalzos sobre las calles polvorientas, marineros quizás, habían invadido la calzada e insultaban a cuatro extranjeros que pasaban por el otro lado de la calle. Estos también iban descalzos, vestidos con jubón y camisas raídas y remendadas. Un carretero detrás de mí frenó de golpe para no atropellar a los ingleses.

—¡Españoles de mierda! —gritó uno—. ¿La bestia del emperador Carlos ni siquiera puede daros ropa decente?

—¿Por qué tenemos que navegar con sucios papistas? Vosotros sois los que naufragasteis en Devon el invierno pasado y el rey os hizo entrar en la marina, ¿no? ¡Si ni siquiera sabéis navegar en un maldito barco como es debido!

Los cuatro españoles se habían detenido y fulminaron con la mirada a sus agresores. Uno de ellos se dirigió a la calzada y gritó enfadado:

—¡*Cabrones*! ¿Creéis que queremos servir en vuestros barcos? ¡Nuestros *capitanes* nos obligan!

—¿Qué coño dice?

—¡He luchado con Cortés en el Nuevo Mundo! —gritó el español—. ¡Contra los indios, que comen perros como vosotros!

Ambos grupos empezaban a echar mano a sus puñales en el momento que aparecieron varios soldados con media armadura, los guardias de la calle, y se interpusieron entre ambos bandos con las espadas desenvainadas.

—¡Basta ya! ¡Estáis bloqueando el paso de la calzada real!

Los dos grupos avanzaron echándose miradas violentas, mientras los soldados agitaban los brazos para restablecer la circulación del tráfico.

Yo estaba casi a la altura del Guildhall. Dos hombres con toga de abogado charlaban en la puerta. El mayor aguantaba su peso con un bastón. Eran sir Quintin

Priddis y Edward Priddis. No estaba lo bastante cerca para oírlos, pero Edward tenía expresión de preocupación, muy distinta del aire de fría superioridad que había exhibido en nuestra reunión. Parecía como si su padre tratara de tranquilizarlo. Edward me vio y se calló de repente. Incliné la cabeza desde la silla de montar y me devolvieron el saludo con fría formalidad.



Crucé las puertas de la ciudad en dirección al campamento. El hedor a orina y basura parecía más fuerte que nunca. En la puerta de la tienda del barbero había cola y los hombres salían rasurados y con el pelo muy corto. Cerca de allí se había formado un círculo alrededor de dos soldados que luchaban. Vi a Barak entre los espectadores, al lado de Carswell. Los dos estaban recién afeitados y Carswell además iba casi rapado, como Hugh y David. Desmonté y llevé al caballo de las riendas hacia ellos.

—¿Qué le dijo West? —preguntó Barak cortante. Se notaba que seguía enfadado conmigo.

—Algo que me dejó helado. Te lo cuento luego. —Me volví hacia Carswell—. Ahora debemos regresar a Hoyland. Me gustaría despedirme del capitán Leacon. ¿Sabes dónde está?

Hablando con sir Franklin en su tienda. No creo que tarden mucho.

Miré a los luchadores. Uno era un veinteañero macizo; el otro era Tom Llewellyn. Tenía un pecho y unos hombros poderosos para alguien tan joven. Mientras observaba, Llewellyn se las arregló para tumbar a su contrincante, que se quedó jadeando en el suelo. Unos vitoreaban, otros miraban taciturnos. Muchos llevaban los morrales grandes de cuero en que tenían todas sus pertenencias, de los que sacaban objetos pequeños que cambiaban de manos. El vecino de Carswell le pasó una lendrera de púas negras llena de piojos muertos y una cucharilla de hueso.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando la cucharilla.

—Para quitarse la cera de los oídos —respondió Carswell alegremente—, muy útil para encerar los arcos. —Le tiró un trapo a Llewellyn, que se secó el sudoroso pecho—. ¡Bien hecho, muchacho!

—Mire quiénes son los próximos —murmuró Barak—. Esto se pone interesante.

Sulyard y Pygeon entraban en el cuadrilátero. Se miraron el uno al otro mientras se desnudaban el torso. Sulyard era más grande y, a juzgar por su cuerpo, parecía tener una fuerza brutal; pero Pygeon, fibroso, no tenía ni un ápice de grasa. Sulyard puso los brazos en jarra y se volvió hacia el público.

—¡No tardaré mucho, así que los que habéis apostado por Orejas Gachas preparaos para perder! —dijo.

Pygeon no contestó, se limitó a mirar a Sulyard. Sacudió los brazos para aflojarlos y cambio el peso de una pierna a otra para encontrar su equilibrio. Se lo tomaba en serio. Sulyard le sonrió.

—Nosotros también deberíamos apostar, Orejas Gachas —dijo con voz sonora—. ¿Sabes qué? Si gano yo, me quedo con el rosario con el que rezabas el Avemaría a escondidas. ¡Muchachos, los de su familia eran los papistas de mi pueblo!

—¡Y si gano yo —gritó Pygeon—, me quedo con tu brigantina!

—Hecho.

La pelea duró diez minutos: la potencia ambiciosa de Sulyard contra la inesperada fuerza de Pygeon. Este pretendía cansar a su rival, y poco a poco el bravucón del campamento se fue debilitando. Al final, Pygeon lo tumbó, no de una embestida, sino con un movimiento constante y poderoso que obligó a su contrincante a aflojar los músculos. Las piernas de Sulyard se combaron, hasta que cayó jadeando. Pygeon saboreó su triunfo con una sonrisa.

—¡Daros la mano y compartid la copa de la amistad! —exclamó Carswell.

Pygeon miró a Sulyard.

—Ve a buscar mi brigantina cuando te hayas recuperado, *señor*. —Recogió su ropa y se marchó.

Los apostantes que habían perdido —la mayoría— alargaron la mano compungidos hacia la bolsa. Barak pagó los dos peniques.

Vi que Leacon había salido de su tienda acompañado de sir Franklin y Snodin. Estaban de pie, hablando.

—Vamos, Jack —dije—, está cayendo la tarde. Debemos despedirnos de Leacon y regresar a Hoyland.

Barak saludó con la mano a los soldados.

—Adiós, muchachos, debo llevar a mi señor a casa de nuestros simpáticos anfitriones.

—Se te está pegando el sentido del humor de Carswell —le dije mientras nos alejábamos.

—No; es el mío.

Cuando nos acercamos a Leacon, vi que él también había pasado por el barbero. El instructor Snodin estaba hablando alto y con tono de enfado.

—Mocosos malcriados que no saben vivir sin un jergón. Peleles atontados y quejicas…

—Ya está bien, Snodin —dijo sir Franklin irritado, y me miró.

—Lamento interrumpir, sir Franklin —dije—, pero quería despedirme del capitán Leacon…

Sir Franklin agitó la mano con impaciencia.

—Un momento. Snodin, envíe un mensaje sobre los desertores a sir William Paulet. Debe alertar a los condados para que los busquen.

—Sí, sir Franklin. ¡Los muy idiotas! —exclamó Snodin con súbita emoción—. ¿Por qué lo han hecho? He formado a esos hombres, los conozco. —Miró a sir Franklin—. ¿Los colgarán si los encuentran?

—El rey ha ordenado colgar a todos los desertores.

El instructor sacudió la cabeza, hizo una inclinación y se marchó.

—Anoche hubo dos deserciones —me informó Leacon.

—Si vuelven a sus casas los pillarán.

Barak y yo intercambiamos una mirada. Si hubiéramos seguido el consejo del regidor Carver, Barak habría sido un desertor.

—Pobres tontos —meneó la cabeza Leacon—. Si los encuentran habrá una ejecución pública. Todas las compañías están ahora con pocos efectivos, al igual que los barcos. Dicen que el sudoeste de Inglaterra se ha quedado sin pescadores, que las mujeres tienen que sacar las barcas para faenar.

—Vi unos marineros españoles en la ciudad.

—Reclutan a cualquier extranjero que sepa navegar, menos a los franceses o escoceses.

Con la cabeza rapada, Leacon, como West, aparentaba muchos más años de los que tenía. Sin embargo, la mirada de West era despejada y alerta, mientras que la de Leacon volvía a tener aquella expresión vacía y perdida.

—George —dije en voz baja—, me temo que tendremos que dejarte.

Asintió.

—¿Volverán a Portsmouth?

—Creo que no. Volvemos a Londres el martes —extendí la mano—, pero tú y tus hombres estaréis en mis plegarias, si de algo sirven. Y espero que volvamos a vernos una vez más en Londres, en momentos más felices. Ven con Carswell, le buscaré una compañía de cómicos.

—Días más felices. Sí, ojalá.



Parecía que a Barak se le había pasado el enfado conmigo, quizá por la mención de los desertores. Mientras cabalgábamos por la isla de Portsea, le conté lo que había pasado con West.

—Así que es posible que lo haya hecho Ellen.

—Si West es digno de credibilidad, sí.

—¿Y lo es?

—No sé. Si fue el responsable del ataque a Ellen, tiene un motivo de peso para decir algo que me haga olvidar del asunto, o a mi cliente imaginario. No te preocupes —dije mirándolo—, nos marcharemos el martes tal como he dicho. Aquí no tengo influencia, no puedo obligar a nadie a responder a mis preguntas, y menos a Priddis, el único hombre que podría darme información. Pero de vuelta en Londres —añadí con tristeza—, quizás haya maneras de ejercer presión.

—¿La reina?

—Quizá. Cuando vuelva de Portsmouth.

—¿Y qué pasa con Hugh?

Suspiré.

—A menos que la visita de Priddis dé algún fruto, no tengo siquiera pruebas de que haya habido estafa. No puedo, en buena fe, incurrir en más gastos.

—Me alegro de que esté recuperando el sano juicio.

Nos obligaron a apartarnos de la carretera mientras una larga fila de carros fuertemente protegida por soldados pasaba traqueteando. Iban cubiertos con lonas, pero en la parte trasera vi pilas de telas gruesas, decoradas con elaborados y coloridos dibujos con hilo dorado. Barak me miró.

—¿Son los…?

—Parecen las tiendas reales que vimos en York.

Los carros avanzaban traqueteando. No iban en dirección a la ciudad, sino al mar.

—¿El rey va a montar el campamento en la costa? —preguntó Barak incrédulo.

—Eso parece. De este modo, el rey estará directamente en primera línea. Bueno, valor nunca le ha faltado.

—Aunque los franceses desembarquen, nunca podrán tomar Inglaterra.

—Los normandos lo hicieron; pero tienes razón. El pueblo resistirá con todas sus fuerzas. Si cabe alguna posibilidad de obligarnos a volver con Roma, el Papa no desaprovechará la ocasión en caso de que los franceses consigan entrar, y quizá tampoco el emperador Carlos. Dios mío —exclamé enfadado—, ¡qué situación tan complicada!

—Lord Cromwell habría buscado una solución, pero el rey no lo hará.

—Jamás. Antes prefiere ver a Inglaterra bañada en sangre.

—Bueno —dijo Barak de mejor humor—, por lo menos en Londres podrá hacer algo con respecto a Coldiron. Gracias por acceder a regresar.

Asentí comprensivo.

—Estás preocupado por Tamasin, ¿no?

—Continuamente —respondió con emoción.

Seguimos nuestro camino en dirección al monte Portsdown.

Capítulo 29

Llegamos a Hoyland a eso de la siete, agotados. Me lavé y me peiné cuidadosamente para quitarme las pulgas y los piojos que había cogido, y luego me tumbé en la cama a pensar en Ellen y Hugh. No veía salida a ninguno de los dos puntos muertos.

Estaba tan cansado que esa noche dormí profundamente. El día siguiente transcurrió de forma bastante apacible. Durante las comidas, Abigail apenas hablaba, parecía sin fuerzas, abatida. Dyrick estaba como siempre: hiriente y agresivo; y Hobbey, comedido. Hugh, bastante cortés, ahora parecía indiferente a mi presencia. David, sin embargo, estaba de un humor raro: callado e intranquilo. Un par de veces pillé a Fulstowe lanzándole miradas severas. Durante el día todo el mundo, salvo Abigail, estuvo fuera ocupado con los preparativos finales de la cacería.

Por la tarde di un paseo por el terreno para intentar aclararme las ideas, porque no podía dejar de pensar en Ellen y en quién había provocado el incendio… Le daba vueltas a todo. En el jardín de Abigail las flores se marchitaban por el sofocante e interminable calor.



Aquella noche tuvo lugar el primero de los acontecimientos que cambiaría la vida de la familia Hobbey para siempre.

Estaba sentado a la mesa de mi habitación tratando de calcular las costas que nos esperaban y que fijarían en la próxima vista. Eran considerables. Empezaba a anochecer y apenas era consciente de que los muchachos estaban otra vez en el campo de tiro. Los oía a través de los postigos abiertos. De repente me llegó un grito angustiado.

—¡No!

Me levanté y miré por la ventana. Para mi sorpresa, Feaveryear corría por el césped. Hugh y David lo miraban, estaban demasiado lejos como para que les viera la expresión. Feaveryear corría como si lo persiguiese el demonio. En aquel momento desapareció de mi vista y oí pasos que subían la escalera corriendo y a alguien que llamaba frenéticamente a la puerta de Dyrick.



A la mañana siguiente, otro día caluroso y bochornoso de julio, fuimos todos a pie a la iglesia. Hobbey encabezaba la pequeña comitiva. Abigail iba de su brazo, con sus

mejores ropas, pero con la cabeza gacha, y a continuación Dyrick, Barak y yo, seguidos de Fulstowe al frente de los criados. Barak no tenía ganas de ir, pero lo desperté diciéndole que no debía dar motivos de crítica. Para mi sorpresa, sin embargo, Feaveryear no estaba.

—¿Se encuentra bien el joven Feaveryear? —pregunté a Dyrick, que estaba ceñudo y con cara de preocupación.

Me echó una severa mirada de reojo.

—Lo he enviado a Londres. Cuando volvimos de Portsmouth nos esperaba una carta sobre un caso. Lo mandé de regreso para que se ocupara del asunto hoy a primera hora. Es ridículo que los dos perdamos el tiempo aquí —dijo, como siempre, recalcando su aversión hacia mí.

—Nosotros no hemos recibido ninguna carta. Barak esperaba que hubiera alguna de su mujer.

—Vino con un mensajero especial de Londres. Se trata de un caso muy importante.

—Anoche me pareció ver a Feaveryear correr por el jardín.

—Lo había llamado yo. —Me echó otra mirada de pocos amigos.

El camino hasta el pueblo vecino de Okedean, donde estaba la iglesia, era largo. Largo también en su único día de descanso para los campesinos de Hoyland que adelantamos y que solían usar la iglesia del priorato cuando allí había monjas. Ettis, acompañado de una bonita mujer con tres niños, se cruzó con nosotros al final de un sendero rural. Inclinó la cabeza y se hizo a un lado para dejarnos pasar. Abigail le lanzó una mirada de odio.



La iglesia de Okedean era pequeña y estaba abarrotada de gente de los dos pueblos. En ella, como en la del reverendo Seckford, resultaba evidente que eran, en la medida de lo posible, fieles al pasado: había un fuerte olor a incienso y los santos aún estaban en las hornacinas. Me pregunté qué les parecería a los padres de Hugh, tan anglicanos. Hobbey, Dyrick y yo nos ubicamos al frente de la congregación, de acuerdo con nuestro rango, al lado de un hombre de mediana edad, bajo y fornido, y su altiva mujer. Hobbey nos lo presentó como el propietario de la heredad vecina, sir Luke y lady Corembeck. Sir Luke, dijo Hobbey con orgullo, era juez de paz y asistiría a la cacería al día siguiente. Por primera vez le oí un tono de deferencia.

El párroco dio un sermón en el que apelaba a todos en general para que rezaran y trabajaran por la defensa de la patria, y a los hombres en particular para que asistieran a las prácticas de tiro con la milicia local. Miré el Juicio Final pintado a sus espaldas: Cristo en el trono con rostro sereno mientras los ángeles guiaban a los virtuosos al Cielo; y debajo, los pecadores desnudos y pálidos que caían en un lago de fuego. Recordé a Feaveryear decir que los soldados y los marineros que murieran en

combate sin buscar la salvación debían acabar en el infierno. ¿Qué había pasado la noche anterior? ¿Dónde estaba?

Tras el servicio, Hobbey se detuvo para cruzar unas palabras con sir Luke en la entrada, mientras los criados y los aldeanos pasaban junto a nosotros. Lady Corembeck se dirigió a Abigail un par de veces, pero esta le respondía con monosílabos, hundida en la apatía. Al final, Hobbey se despidió de los Corembeck con grandes reverencias y nos fuimos por el sendero hacia la entrada del camposanto. Un grupo de unos treinta campesinos de Hoyland nos esperaba fuera de la iglesia, familias enteras que nos bloqueaban el paso. Ettis iba en cabeza y noté que Hobbey respiraba hondo.

Ettis se acercó con audacia y lo encaró con expresión severa en su rostro cuadrado. Fulstowe se puso al lado de Hobbey con la mano en la daga.

—No le va a hacer falta, Fulstowe —dijo Ettis con tranquilidad—. Solo quiero decirle a una cosa a su amo. —Señaló a los campesinos que tenía detrás—. Fíjese en esta gente, señor Hobbey. Mire bien y verá cómo los ha estado presionando su mayordomo para que abandonen sus tierras. Tengo cada vez más apoyo y pienso llevar el caso a la Audiencia de Ruegos. —Dyrick me miró con desconfianza—. Así que ya está avisado, señor, mantenga a sus hombres lejos de nuestro bosque porque dentro de poco emprenderemos acciones legales contra ellos. Digo todo esto ante testigos, incluido sir Luke Corembeck, nuestro juez de paz.

Abigail se le puso delante.

—¡Habrase visto que un patán y un bellaco tenga el coraje de atormentarnos así! —le gritó a la cara.

Ettis se quedó mirándola con desprecio. En ese momento David corrió hacia su madre y se plantó delante de los campesinos con la cara roja de ira.

—¡Cerdos inmundos! ¡Bestias! ¡Cuando sea yo el señor de estas tierras os echaré a todos y vendréis a rogarme!

Algunos campesinos rieron.

—¡Vete con la niñera! —gritó uno.

David miró alrededor y frunció el entrecejo, desconcertado, de una manera extraña. Le temblaron las piernas y empezó a tener leves espasmos, se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó. Los campesinos dieron un paso atrás y lanzaron una exclamación ahogada. David, en el suelo, se sacudía desenfrenadamente como una marioneta.

—¿Qué está haciendo? —gritó uno.

—¡Está poseído! ¡Llamad al reverendo!

—¡Es el mal caduco! —exclamó alguien, y Abigail lanzó un gemido.

Era el mal caduco o epilepsia; yo lo había visto en Londres. Esa enfermedad espantosa que afligía a aquellos que parecían normales la mayor parte del tiempo, pero que de repente, como de la nada, se apoderaba de ellos y los dejaba con convulsiones en el suelo. Algunos creían que era un tipo de locura; otros, una forma

de posesión demoníaca.

Abigail cayó de rodillas para apaciguar al hijo que se sacudía.

—¡Ayúdame, Ambrose, por el amor de Dios! —gritó—. ¡Se va a morder la lengua!

Al oírla, pensé que no era la primera vez que ocurría.

Fulstowe se quitó la vaina de cuero de la daga que llevaba prendida al cinto y la encajó entre los dientes de David. En ese momento empezó a salir espuma de la boca del muchacho. Vi a Dyrick, que miraba la escena perplejo, y a Hobbey con los ojos en su hijo y luego en la gente.

—¡Bueno, ya lo habéis visto! —exclamó con rabia y dolor—. ¡Ahora, por el amor de Dios, dejadnos en paz!

Hugh, a su lado, observaba con expresión vacía; ni un gesto de compasión, nada.

La gente no se movió.

—¿Os acordáis de ese carpintero que vino a vivir al pueblo y que también tenía el mal caduco? —dijo una mujer.

—Sí, lo echamos a pedradas.

—¡Dispersaos, os lo ordeno! —Sir Luke Corembeck abandonó de pronto su pasividad.

La gente empezó a dispersarse, aunque sin dejar de volverse a mirar a David con miedo y odio. El joven se quedó inmóvil unos momentos y luego se incorporó gimiendo.

—Me duele la cabeza —dijo mirando a su madre, y se echó a llorar.

Hobbey se acercó a su hijo.

—Has tenido un ataque —le explicó en voz baja—. No te preocupes, ya ha pasado.

—¿Delante de todos? —preguntó David asustado, mirando alrededor con ansiedad. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Hobbey y Fulstowe lo ayudaron a ponerse en pie y el padre le cogió la mano.

—Lo siento, David —dijo con delicadeza—. Me lo temía: algún día tenía que pasar. Ha sido culpa de Ettis y su gente. —Se volvió hacia sir Luke—. Gracias, señor, por dispersarlos. —En ese momento no pude menos que admirar la dignidad de Hobbey. Tragó con dificultad y continuó—: Me temo que mi hijo sufre de epilepsia, como habrá observado. Le sucede rara vez… Un poco de descanso y volverá a la normalidad.

—Ettis y sus patanes son los causantes —dijo sir Luke—. ¡Por Dios, cómo van unos simples campesinos a desafiar a un caballero!

Seguimos a la familia de regreso por el sendero. Fulstowe y Hugh, uno a cada lado, sostenían a David por las axilas. Lo ocurrido era algo muy grave para la familia: tanto para la pequeña nobleza como para la plebe, David quedaría mancillado. Le hice señas a Barak de que se rezagara.

—¿Qué me dice de esto? —preguntó.

—Supongo que hace años que lo ocultan. Dyrick no lo sabía, estaba perplejo. Dios mío, no pudo pasar en una peor situación. David Hobbey será un patán, pero no se merecía esto. Por cierto, creo que hay gato encerrado con respecto la partida de Feaveryear. Algo más de lo que dice Dyrick. —Le conté lo que había observado por la ventana la noche anterior—. Lo vi correr como si hubiera visto al diablo, y Dyrick parece muy preocupado.

—Quizá David tuvo otro ataque ayer.

—No; estaba en el campo de tiro con Hugh. Pasara lo que pasase, Feaveryear corría para decírselo a Dyrick. Y ahora se ha marchado.

—Cuando la señora Abigail dijo que no veía usted lo que tenía delante de las narices, se referiría a David.

Meneé la cabeza.

—No; se refería a otra cosa. Precisamente ella no iba a llamar la atención sobre la afección de David. —Miré al grupo que tenía delante: la dama revoloteaba detrás de su hijo—. La habitación de Feaveryear está muy cerca de la tuya, ¿lo has oído marcharse?

—Oí un portazo poco después del amanecer y esos pasitos rápidos suyos. Pensé que iba a sus rezos matinales.

—Me pregunto qué lo habrá hecho huir.

Sabía que su desaparición era importante, pero no por qué.

Capítulo 30

El bosque estaba maravillosamente plácido a primera hora de la mañana. Los pájaros cantaban briosos en los árboles; una ardilla me miró desde la rama de un haya: su cola rojiza y peluda brillaba contra el verde de las hojas. Me senté en un tronco caído junto a un roble, en un pequeño claro, cómodo con la chaqueta holgada y la camisa que me había puesto para la cacería. Detrás de mí se oían las voces de los invitados que desayunaban al otro lado de los árboles, mientras un crujido sigiloso en lo profundo del bosque indicaba que Avery y sus hombres seguían los rastros del ciervo. Había tenido que apartarme durante un minuto para reflexionar sobre todo lo ocurrido el día anterior, ya que pronto empezaríamos a cabalgar sin orden ni concierto por el coto de caza.



Cuando volvimos de la iglesia, David subió a acostarse, a pesar de que no paraba de quejarse y repetir que ya estaba bastante recuperado. Hobbey pidió a Dyrick que se reuniera con él en su gabinete. Mientras yo subía la escalera, reapareció Dyrick y me preguntó si podía ir a ver al señor Hobbey.

El amo del priorato de Hoyland estaba sentado a su escritorio con rostro serio. Me ofreció asiento en voz baja, cogió el reloj de arena de su escritorio y le dio la vuelta mirando con tristeza cómo caían los granos.

—Pues bien, señor Shardlake —dijo sin levantar la voz—, ya ha visto que mi hijo tiene una… una enfermedad. Es algo que hemos tratado de mantener en la intimidad. Para mi mujer ha sido motivo de gran tensión. Ver a David durante uno de sus ataques la destroza. Afortunadamente, mi hijo nunca ha tenido un ataque delante de los criados. Lo mantuvimos en secreto incluso ante el señor Dyrick. —Sonrió con tristeza a su abogado—. Lo siento, Vincent. Pero ahora todo el mundo lo sabe. Ettis y sus secuaces esta noche se estarán mofando de David en la taberna. —Dejó el reloj de arena y cerró la mano con fuerza.

—Deduzco que Hugh sabe lo de David desde hace tiempo —dije en voz baja.

—David tuvo su primer ataque poco después de que Hugh y Emma vinieran a vivir con nosotros, cuando aún estábamos en Londres.

—Y aun así quería usted que Emma se casara con David. Casar a una pupila con alguien con tamaño problema como el mal caduco no está permitido.

—La niña está muerta —intervino Dyrick con brusquedad.

Miraba nervioso a Hobbey, como si este fuera a contar más de lo debido. Pero ¿qué más podía haber?

—¿Hugh ha guardado el secreto todo este tiempo? —pregunté a Hobbey.

Asintió, esta vez con expresión cautelosa.

—Dijo que nunca se lo contaría a nadie, y no lo ha hecho.

—Algo muy duro para imponerle a un niño.

—El hecho de que mantuviera el secreto muestra su lealtad a la familia —señaló Dyrick.

—Pero la llegada de usted, todo este asunto… —la voz de Hobbey tembló de ira un instante, pero rápidamente recuperó el control— ha puesto a mi mujer y a mi hijo bajo una gran tensión. Creo que es la razón de que David haya tenido un ataque precisamente ahora —concluyó—. Me gustaría pedirle, por caridad, que no informara de esto a la Audiencia de Tutelas, que no corra nuestro secreto por todo Londres.

Lo estudié. Había una callada desesperación en el rostro de Hobbey. Le tembló la boca un instante.

—Lo tendré en cuenta —dije.

Hobbey intercambió una mirada con Dyrick y suspiró.

—Debo irme. Tengo que preparar algunas cosas para la cacería.

—¿Está seguro de que es sensato seguir adelante con eso? —preguntó Dyrick.

—Sí, me enfrentaré a todos con la cabeza bien alta —añadió Hobbey con un toque de su antigua determinación—, y usted debe venir, Vincent, ya que es lo que se esperaría de mi abogado. Señor Shardlake, ¿usted también vendrá?

Dudé. Era un cambio de táctica, un intento de congraciarse conmigo. Luego asentí con la cabeza.

—Gracias, tal vez me alivie del agarrotamiento de tantos días a caballo. —Hobbey se puso de pie—. Traiga a su escribiente, si este lo desea. —Parecía agotado —. Después de la cacería, llegarán sir Quintin y su hijo. Debo disponer lo necesario para recibirlos.



Fui a mi habitación y me senté pesadamente en la cama. ¿Debía informar del estado de David a la Audiencia de Tutelas? No deseaba hacerlo. Pero ¿hasta qué punto vivir con esta familia tan tensa y su secreto había afectado a Hugh? Tras pensar un rato más, salí al pasillo y llamé a la puerta de Hugh. Al cabo de un momento me abrió.

—Señor Shardlake —dijo en voz baja—, adelante.

Entré detrás de él en la pulcra habitación. Había poca luz; los postigos estaban entrecerrados a la brillante tarde. Sobre el escritorio había un libro abierto: *Utopía*, de Tomás Moro.

—¿Así que le ha dado otra oportunidad a Moro? —pregunté.

—Sí, anoche lo estuve leyendo, Pero me temo, señor Shardlake, que me sigue pareciendo un soñador. Y Sam Feaveryear me dijo que hizo quemar a muchos hombres buenos por herejes cuando era Lord Canciller.

—Sí, así es.

—Entonces ¿con qué derecho condenaba la violencia de la guerra?

Pensé que el muchacho podía llegar a ser un erudito.

—¿Se ha ido Feaveryear? —pregunté.

Se dirigió a la ventana y miró a través de los postigos.

—Sí. Me había acostumbrado a ver por aquí su extraña cara. Me han dicho que el señor Dyrick lo envió de regreso a Londres.

—Aparentemente por un caso urgente. Se marchó está mañana. Ayer a última hora de la tarde —titubeé— lo vi pasar corriendo por el jardín.

Hugh se volvió con su cara inexpresiva.

—El señor Dyrick lo llamó.

—No oí que lo llamara y me pareció oír a alguien que gritó «¡no!».

—Habrá oído mal, señor. El abogado Dyrick se acercó y lo llamó. La voz de su amo siempre hacía correr al pobre Sam. —Me miró fijamente con aquellos ojos azul verdosos—. ¿Ha venido a verme por eso?

—No.

—Ya me parecía.

—El secreto de David ha salido a la luz.

—Ojalá no hubiera pasado.

—El señor Hobbey me dijo que usted y su hermana se enteraron de su afección poco después de llegar a la casa.

Hugh se sentó en la cama y me miró.

—Un día, poco después de que nos uniéramos a la familia Hobbey, David, Emma y yo estábamos en clase con el señor Calfhill. Este se enfadó con David porque no había hecho la tarea que le había puesto y lo amenazó con decírselo a su padre. David lo mandó a hacer algo abominable con una oveja. De repente, se cayó de la silla y empezó a sacudirse y echar espuma, tal como ha visto usted hoy. Emma y yo nos asustamos, pensamos que sus palabrotas habían atraído la ira de Dios sobre él. Por entonces aún creíamos en esas cosas —añadió con una sonrisita amarga—. Pero el señor Calfhill reconoció los síntomas. Calmó a David y le aguantó la lengua con una regla, tal como hizo hoy Fulstowe con la vaina de la daga.

—¿Y los padres de David les hicieron guardar el secreto a usted y su hermana?

—Nos pidieron que lo hiciéramos —respondió sin emoción.

—No les tiene el cariño que suele tenerse a una familia, ¿no? —dije—. A ninguno de ellos, ¿verdad?

La cara alargada y picada de viruelas del muchacho tembló y, por un instante, volvió a parecer un niño. Luego recobró la compostura y me devolvió la mirada.

—A pesar de lo sucedido —dijo en voz baja—, pasaron los siguientes meses presionando a mi hermana para que se casara con David. A pesar de su mal caduco, de su fanfarronería y sus aires bravucones.

—¿A Emma no le gustaba David?

—¡Lo odiaba! Cuando ella tenía solo trece años le manoseaba las faldas y le

pegué por ello. —El semblante de Hugh se ensombreció—. El señor Calfhill se puso de nuestra parte. Nos dijo que Emma podía rechazar la boda con David. Podía ir a la Audiencia de Tutelas y decir que David tenía una mácula física.

—Así es; se trata de una figura legal llamada «anulación de la tutela» —expliqué —. Pero el señor Hobbey, a pesar de todo, seguía queriendo unir la herencia de Emma a las tierras de su familia.

—Emma y yo hicimos planes —continuó Hugh con enfado—. Si el señor y la señora Hobbey seguían con sus presiones, los amenazaríamos con ir a su querida Audiencia de Tutelas. El señor Calfhill había investigado las leyes y nos dijo que, aunque los varones no podían dejar la tutela hasta los veintiuno, las mujeres podían heredar sus tierras a los catorce.

—Sí, a menos que rechacen una boda adecuada.

—Una boda adecuada… Pensábamos esperar un par de meses hasta que ella cumpliera los catorce, entonces tomaríamos posesión de sus tierras, las venderíamos y huiríamos juntos.

—¿Le contaron al señor Calfhill los planes?

—No, tal vez deberíamos haber confiado en él —respondió Hugh con tristeza.

—Habría sido complicado y habrían necesitado un abogado.

Hugh lanzó una carcajada amarga que me sobresaltó.

—No hizo falta, ¿no cree? Como mi hermana murió, ya no importaba.

Le tembló otra vez la cara y, por un instante, pensé que se echaría a llorar, pero se calmó y volvió a mostrar su habitual impasibilidad. Ojalá Michael Calfhill y el reverendo Broughton hubieran conocido la dolencia de David antes de que se concediera la custodia, pensé. Hugh suspiró y se rascó el pecho con súbita irritación.

—Espero que no tenga pulgas —dije—; yo me traje algunas de Portsmouth, pero creo que me he librado de ellas.

—No; tengo cicatrices de la viruela aquí, y pican. —Se volvió a rascar con más cuidado.

—¿Lleva allí la cruz de Emma? —pregunté con delicadeza.

Levantó la mirada.

—No, señor Shardlake, la tengo en un cajón. Me cuesta mirarla.

—Qué pena.

—Quizá no debió traerla. No, aún llevo mi piedra del corazón. Tiene razón, no quiero a los Hobbey. Tiene usted talento para hacer hablar a la gente. Pero si no puedo ir a la guerra, entonces me quedaré aquí. Es mi deseo y tal vez debería decirlo a la Audiencia de Tutelas.

—¿Por qué, Hugh?

Extendió sus manos de largos dedos y lanzó otra risa amarga.

—¿Adónde voy a ir? Estoy acostumbrado a esta vida y no quiero pleitos judiciales con el señor Hobbey. Dentro de tres años podré hacerme cargo de mis bienes y marcharme.

—¿Y qué hará después? ¿Ser militar?

—Quizá.

—Si entonces puedo ayudarlo, me encontrará en Lincoln's Inn.

Volvió a sonreír con tristeza.

—Gracias, señor Shardlake. —Me miró a los ojos—. Dentro de tres años… sí, es posible que entonces necesite un amigo en el mundo, fuera de este lugar.



Unos pájaros que batían sus alas en uno de los árboles que rodeaban el claro me hicieron volver a la realidad. Me levanté y caminé por el bosque hacia una zona despejada donde había unas treinta personas. Hobbey y Avery, el cazador, junto con Fulstowe, sir Luke Corembeck y otros dos hombres bien vestidos de mediana edad estaban inclinados sobre un plano del terreno puesto en un tocón. Sobre la hierba había telas blancas con cojines encima. Allí estaban sentadas lady Corembeck y otras dos damas de mediana edad. Todas iban acicaladas para la ocasión, con vestidos de seda y satén, capuchas a la moda que les cubrían el cabello y el cuello, y el cutis empolvado con albayalde. Los criados servían copas de vino y platos de pan y queso. Un poco más lejos, un grupo de unos veinte hombres, habitantes del pueblo de Hoyland reclutados para ayudar en la cacería, esperaban con media docena de caballos y perros de caza sujetos con correas. Barak hablaba con ellos. Me alegré de ver a *Tres Patas* entre los caballos.

Hugh y David, con otros dos muchachos que parecían hijos de invitados, hablaban con Dyrick. Iban vestidos con diferentes matices de verde, al igual que los aldeanos. Los hombres que estaban con Hobbey llevaban jubones calados o acuchillados, pero de tonos claros; no se veían los habituales colores brillantes de las prendas de etiqueta.

Cada uno de los cuatro muchachos sostenía un arco sin encordar y un carcaj colgado al cinto —vi flechas de plumas de cisne y pavo real, símbolos de posición social—, y todos llevaban guantes y muñequeras de cuerno o cuero repujado. David no daba muestras de su ataque del día anterior, pero lanzaba miradas preocupadas a los dos jóvenes invitados; sin duda se preguntaba si lo sabían.

El desayuno era el preludio de la cacería; las damas permanecerían allí mientras los maridos cazaban el ciervo. Con suerte regresarían con el animal cargado en la carretilla con ruedas, puñales y ganchos, preparada junto al mantel, donde el animal sería diseccionado ante la concurrencia. A veces las damas también cazaban, pero aquel día no. Recordé que la princesa Isabel y la reina me habían dicho que esta ya había acompañado en una cacería.

Las mujeres charlaban con Abigail de forma superficial, pero también con cierta inquietud. Probablemente sabían lo que había pasado el día anterior a la salida de la iglesia. Abigail trataba de conversar, pero se notaba la tensión en su voz mientras

toqueteaba sin parar la servilleta.

—Esta será la primera cacería de mi hijo —dijo—. Ha llegado el momento de que un joven tan fuerte y elegante disfrute de la caza.

Miró desafiante a las otras mujeres y lanzó un súbito relincho a modo de carcajada. Uno de los perros ladró y ella se estremeció. Recordé la conversación entre cuchicheos que había oído y en la que Abigail decía que no era seguro celebrar la cacería.

Barak se alejó de los criados y vino a mi encuentro.

—¿Está seguro de que quiere participar en esto? —me preguntó.

—Ya he estado en otras cacerías —respondí cortante.

—Para mí es insufrible, pero dicen que en esta vida hay que probarlo todo al menos una vez, salvo el incesto y la peste.

—¡Señor Shardlake! —Hugh se acercaba. Parecía tranquilo—. ¿Está preparado?

—Sí. ¿Qué vamos a hacer?

—Los otros tres arqueros y yo —señaló con la cabeza a David y los otros muchachos— nos quedaremos en diferentes puntos, junto con Fulstowe.

—Un gran honor para un mayordomo.

—El señor Hobbey cree que se lo merece —respondió en tono anodino.

—Pensaba que los jóvenes solían cabalgar con la partida de caza en lugar de esperar emboscados en el bosque.

—Ya, pero queremos probar nuestra puntería. El señorito Stannard es el segundo al mando de la milicia local de su pueblo, a unos quince kilómetros de aquí. ¡Muchachos, venid! —Agitó el brazo y David se acercó con los otros y Dyrick.

Dyrick parecía inquieto. Me presentaron a los señoritos Stannard y Belton, los hijos de los dos hombres que miraban el plano con Hobbey. Ambos tenían menos de veinte años, pero para el oficio de las armas lo que contaba era la posición social. Pensé en sir Franklin Giffard, oficial retirado puesto al mando de la compañía de Leacon.

—La semana pasada vimos por los alrededores a algunos hombres de la milicia haciendo instrucción —comenté.

—Los quiero tener bien adiestrados en mi distrito —comentó el señorito Stannard con orgullo.

Era un muchacho alto y bien plantado con modales arrogantes. El señorito Belton era más bajo, con una cara llena de pecas.

—Los pertrechos son un problema —continuó Stannard—. Por ley, todos deben poseer sus propias armas, pero muchos ni siquiera tienen un arco. Aun así, estarán dispuestos a luchar cuando se enciendan las almenaras.

—En Inglaterra jamás se ha visto mayor ejército —comentó David.

Lo miré: su tono entusiasta tenía algo de histérico. Nuestras miradas se encontraron y él apartó la suya.

El joven Stannard asintió.

—Si nos vemos obligados a hacerlo, los aplastaremos sin miramientos; y yo iré al frente de mis hombres. La de hoy será una buena práctica, quizá sea yo quien abata al ciervo y me lleve la piedra del corazón. —Y preguntó volviéndose hacia Hugh—: La conseguiste tú en la cacería de mi padre de hace dos años, ¿no? ¡Con solo dieciséis años!

—Sí —respondió Hugh con orgullo.

—Me han dicho que puede curar muchas enfermedades.

—Por lo general la llevo colgada al cuello, pero hoy la he traído para enseñártela.

Hugh se quitó los guantes y del cinturón sacó una bolsita de cuero atada con una cuerda. La abrió y extrajo un objeto blancuzco y redondo que tiró al aire y recogió con la palma. Barak arrugó la nariz con asco, pero los muchachos lo estudiaron con interés.

—Aunque consiga otra, siempre llevaré esta —afirmó con sereno orgullo.

Los jóvenes parecían impresionados. Dyrick se acercó a mí.

—He visto que le han traído el caballo que montaba. Parece un animal tranquilo.

—Lo es. —Lo miré; por primera vez entablaba una conversación amistosa.

—¡Todos los que asistan a la cacería acérquense aquí, por favor! —llamó Hobbey haciendo señas con la mano.

Los invitados varones y los hombres de Hoyland se dirigieron hacia él y Dyrick me cogió del brazo para detenerme.

—Colega Shardlake —me dijo en voz baja—, el albacea Priddis y su hijo llegarán esta tarde y tendrá usted ocasión de ir con Edward Priddis a ver el bosque. Después, sin embargo, le pido que acceda a que nos marchemos mañana. El caso por el que envié a Feaveryear a Londres es difícil y debo regresar.

—¿Un caso en la Audiencia de Tutelas?

—Un mandamiento judicial. —Respiró hondo—. Si nos vamos mañana, el señor Hobbey está de acuerdo en que cada una de las partes se haga cargo de las propias costas, extrajudicialmente. Debe admitir que es un trato muy favorable para su clienta. De lo contrario —volvió a su habitual tono agresivo—, prometo que exigiremos en el tribunal que se haga usted cargo de todas las costas.

—¿Hobbey ha accedido a eso? —pregunté asombrado. Era una oferta muy buena que ningún abogado haría en vistas de que los argumentos de su oponente se venían abajo.

—Sí, quiere que se largue de una vez. Dios mío, ¿acaso el hombre no ha tenido ya suficientes problemas? —Dyrick hablaba con inusual vehemencia.

Me quedé pensando. Había una sola razón para que Hobbey hiciera esa oferta: no quería que la dolencia de David se hiciera pública en Londres.

—Mi clienta no está aquí —dije.

—Vamos, caballero, puede acceder usted informalmente. La mujer hará lo que usted le diga… ella y la reina —añadió con acritud.

—Lo pensaré, una vez que haya visto las tierras de Hugh con Priddis. —Vi que

Hobbey me miraba fijamente—. Vamos, debemos unirnos al resto.



Nos reunimos alrededor de un árbol y Hobbey nos presentó a Dyrick y a mí brevemente como sus nuevos huéspedes y sus abogados. Eché una mirada a Avery. El joven iba vestido de color verde y al cuello llevaba un cuerno de plata con una correa ricamente ornamentada. Irradiaba un aire de autoridad mientras señalaba el plano.

—Vamos a llevar a cabo la cacería de la siguiente forma. —En el mapa se veía una zona de caza rectangular, con senderos entre los árboles. Cogió un trozo de carbonilla e hizo una cruz cerca del borde exterior—. Estamos aquí —dijo—. Cabalgaremos por este sendero hasta esta huella, que se interrumpe. Mientras vayamos a caballo, caballeros, es importante que lo hagamos de la forma más silenciosa posible para no espantar al ciervo, que está aquí. —Trazó un círculo en un punto determinado del sendero—. Mis hombres lo han estado siguiendo a toda hora. Aquí se echó la manada anoche a descansar.

—De modo que allí los cogeremos —dijo Hobbey con satisfacción contenida.

—No esté tan seguro, señor —replicó Avery, que lo miró serio—. Ahí empieza la cacería de verdad. En ese momento, y no antes, pueden olvidarse del silencio. Soltaremos los perros y todos los jinetes deben concentrarse en separar el venado de las hembras y los cervatos, que solo son presas secundarias.

—El bote, como suele decirse —sonrió Corembeck con aires de conocedor—. Ya está bien, señor, he estado en muchas cacerías.

—Si me perdona, sir —replicó Avery—, no todos los presentes tienen experiencia. —Miró alrededor con expresión seria—. Es un ciervo grande, un animal quizá de unos siete años, con una cornamenta de diez troncos. Es importante llevarlo al sendero en que queremos darle caza, pero sin acercarnos demasiado, no sea que lo acorralemos. En cuanto a las hembras y los cervatos, lanzaremos los perros sobre ellos con seis hombres de Hoyland para cabalgar detrás. El resto de los hombres del pueblo debe esperar junto a las vallas dispuestas a intervalos entre los árboles del sendero principal y gritar para asustar al animal si trata de cruzarlas. Solo hay ocho hembras y algunos cervatos, los perros tumbarán algunos y los hombres pueden acabar con ellos a golpe de espada y flechas. —Avery estudió a los hombres del pueblo y dijo—: Señor Clements, usted estará a cargo de los perros.

El joven aldeano sonrió con todos los dientes.

—Estoy listo, señor —respondió.

—¿Hay algo que el resto no haya entendido?

—Si matamos una hembra o un cervato, ¿podemos elegir el mejor trozo de carne? —preguntó un hombre del pueblo.

—Ya os lo hemos dicho —respondió Hobbey con brusquedad.

—Le llevaremos una pata a don Ettis —dijo otro, y todos rieron.

Incluso entre los hombres que había reclutado Hobbey parecía reinar un espíritu de rebeldía. Abigail, sentada en los cojines, se volvió y miró con odio al que había hablado.

—Nicholas —llamó—, ocúpate de que a ese hombre no le den nada de carne, por su mala educación.

—¡Caballeros! —Avery palmeó el mapa con una mano enguantada—. ¡Atención, por favor! ¡Nos enfrentamos a un animal fuerte y feroz!

—Disculpen —dijo Hoobey fulminando a su mujer con la mirada—, mi mujer es capaz de arruinar todo con su lengua.

Se oyeron suspiros entrecortados entre las damas debido al insulto público de Hobbey a su mujer. Abigail se ruborizó y se volvió. Las mandíbulas de Hobbey se tensaron.

—Continúe —soltó.

El cazador respiró hondo.

—Una vez que azucemos al ciervo, comienza la cacería propiamente dicha. Lo perseguiremos para que salga al sendero y luego hacia donde estarán los arqueros a la espera. Los hombres de las vallas deben hacer bien su trabajo; y no os asustéis si el ciervo corre hacia vosotros. Fuera del sendero, en el bosque, un ciervo es mucho más veloz que un caballo.

—Es cierto —coincidió Corembeck solemne.

A continuación, Avery trazó cruces en cinco puntos a lo largo del sendero.

—Los arqueros estarán esperando aquí: el señorito Hugh, el señorito David, Fulstowe y dos jóvenes invitados. Partid antes que el resto. Uno de vosotros tendrá el honor de disparar la flecha que abatirá al ciervo. —Miró a los arqueros—. No olvidéis poneros a cubierto y con una buena línea de tiro. Y no os mováis. —Recorrió a la concurrencia con la mirada—. Cuando llevemos al animal hacia los arqueros haré sonar el cuerno, así, para avisarles que estén preparados. Si necesito llamar a los arqueros por alguna otra razón, lo haré sonar de esta forma. —Y tocó una nota diferente—. ¿Está claro?

Se oyó un coro de asentimiento.

—Muy bien, caballeros —concluyó Avery—. ¡A las monturas! ¡Vosotros, los de los perros, no soltéis la correa!



Observamos cómo David, Hugh y los otros dos jóvenes montados a caballo se internaban en el bosque en fila india. Al cabo de pocos minutos, Avery dio la señal y el resto los seguimos. El único sonido era el ocasional tintineo de los arneses, que enseguida se acallaba. Los perros, sujetos con correa, sabían que no debían ladrar. Yo iba entre Barak y Dyrick, justo detrás de Hobbey, que estaba a la par de Corembeck. Avery, en cabeza, marcaba un paso lento y regular. *Tres Patas* estaba nervioso en ese

extraño recorrido silencioso y lo palmeé con suavidad.

Media hora más tarde, Avery levantó la mano y señaló un sendero lateral estrecho. Costaba no hacer ruido mientras los caballos avanzaban por él y rozaban la maleza de los bordes. De repente, de la misma forma que cuando Barak y yo nos habíamos topado con una hembra, vimos un claro delante con una manada de ciervos. Era tal como nos había explicado Avery: varias hembras y cervatos, así como un macho grande, todos paciendo tranquilamente. Los animales se volvieron en tensión al instante y el macho levantó la cabeza.

Y empezó lo que esperábamos: la descarga de adrenalina y la persecución en tropel. En un instante los ciervos y sus crías se dieron la vuelta y echaron a correr. Los perros de caza, sueltos ya, pasaron como una exhalación al lado de nosotros. Seis jinetes galopaban tras ellos y los cascos resonaron por el bosque. En la cacería en que había participado hacía mucho tiempo no había visto el ciervo hasta que estuvo muerto. Este era más grande; la imponente cornamenta de puntas afiladas se agitaba amenazadora. El animal bajó la cabeza hacia Corembeck, que era el que tenía más cerca.

—Échese a un lado, señor —advirtió Avery en voz baja, pero con claridad.

Corembeck guio a su montura despacio hacia la izquierda con una sonrisa de tensa excitación.

El ciervo salió disparado en un segundo por la brecha que se había abierto y volvió al sendero flexionando los potentes músculos de sus patas traseras al correr. Avery hizo sonar el cuerno y todos lo seguimos, hostigando a nuestros caballos. Barak sonrió y se le iluminó la cara.

—¡Vaya, esto sí que es bueno! —exclamó sin aliento.

Perseguimos al ciervo por el sendero. Un grupo de hombres parados en el camino gritaba: «¡Eh! ¡Eh!», y agitaba los brazos para que el macho girara a la derecha, hacia los arqueros. El animal avanzó corriendo por el sendero y nosotros tras él. En un momento dado, en un lugar donde los árboles eran menos espesos, se echó a un lado, pero una gran valla de madera le bloqueaba el paso. Volvió al sendero y continuó su carrera. Había perdido un minuto precioso. Cuando dio la vuelta, alcancé a verle el blanco de los ojos desorbitados de terror.

El ciervo cogió velocidad y les sacó ventaja a los caballos. Mientras tanto, yo me veía obligado a tener todos los sentidos puestos en el galope y en vigilar las ramas que colgaban. Puede que a Barak le gustara, pero a mí no, tenía miedo de los peligros de galopar tan deprisa por el bosque y que una rama me diera en la cabeza o la rodilla.

En ese momento el majestuoso animal volvió la cabeza hacia otra abertura entre los árboles y arremetió hacia un lado. Había otra valla, pero más baja. Se agazapó listo para saltar, pero apareció otro grupo de aldeanos gritando y agitando los brazos. El ciervo no siguió corriendo, sino que dio media vuelta y se quedó frente a nosotros. Los jinetes frenaron de golpe. Yo estaba inmóvil, delante, al lado de Hobbey. El

ciervo, más que mugir, bramó, bajó la cabeza y agitó la majestuosa cornamenta de un lado a otro. Avery volvió a hacer sonar el cuerno, pero con la nota para llamar a los arqueros. El animal bajo aún más la cabeza y embistió.

Fue directo a la montura de Hobbey y le dio en el cuello. El caballo relinchó y retrocedió; Hobbey lanzó un grito, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, sobre mí. Aterrizamos sobre un espeso banco de ortigas, cuya blandura nos salvó de un daño más grave. El peso de Hobbey sobre mí me dejó sin respiración. Me lo quité de encima antes de que me ahogara, pero con un terrible escozor en las manos y el cuello por las ortigas. Fue entonces cuando oí un ruido seco, un gemido quedo y un estrépito.

Respiré hondo para recuperar el aliento, mientras Barak corría a ayudarme a que me sentara, y Avery a Hobbey a ponerse de pie. Miré alrededor jadeante. Uno de los hombres del pueblo cogía a *Tres Patas* de las riendas, que no parecía herido. El caballo de Hobbey, sin embargo, yacía en el suelo pateando el sotobosque. Los hombres corrían hacia nosotros. En medio del sendero estaba tumbado el ciervo, rodeado de cazadores y con una flecha clavada en el pecho. Bajo las miradas de todos, inspiró profundamente, tembló, se retorció y al final se quedó inmóvil. Apareció Hugh y lo miró, arco en mano y con la cara brillante de sudor. El joven Stannard se acercó corriendo y le dio una palmada en el hombro.

—¡Bien hecho, señor Curteys! ¡Qué disparo!

Una pequeña sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Hugh.

—Sí —dijo—, he vuelto a conseguirlo.

Hobbey respiraba agitado; era evidente que estaba conmocionado. Hugh le echó una mirada y luego me miró a mí.

—Está usted herido, señor. Tiene sangre en la muñeca —señaló.

Me toqué el brazo y sentí un corte profundo debajo del codo. Hice una mueca de dolor.

—He debido de caer sobre una rama.

—A ver —dijo Barak.

Me quité el jubón y me arremangué. Tenía un corte feo en el antebrazo y sangraba a borbotones.

—Tiene que vendárselo —dijo Barak—. Voy a cortarle la manga; en todo caso la tela ya está rota.

Mientras Barak se ocupaba de mi herida, Hobbey se acercó a su pupilo.

—Hugh —le dijo con voz trémula—, gracias, has salvado la cacería. Y quizá me has salvado la vida.

Hugh le sonrió con frialdad.

—Se lo dije, señor, que dispararía bien en el campo de batalla.

De la profundidad del bosque llegó el sonido de un cuerno.

—Han matado a las hembras —anunció sir Luke—. Vamos, poned el ciervo a un lado para que pueda pasar la carretilla —ordenó a los hombres—, y ayudad al caballo

del señor Hobbey.

Pusieron de pie al animal, que temblaba violentamente, pero afortunadamente no tenía heridas. Cuatro aldeanos cogieron al ciervo de la cornamenta y lo arrastraron a un lado del sendero dejando a su paso un reguero de sangre.



La partida se dispersó y Hobbey ordenó a todo el mundo que regresara a pie o a caballo al claro. Un criado se llevó su caballo cojo. Hugh se marchó con los dos jóvenes caballeros recibiendo sus felicitaciones. Avery subió por el sendero para buscar a Fulstowe y David, que seguramente se habían alejado demasiado para oír el cuerno.

—Perdone, abogado, que me haya caído sobre usted —se disculpó Hobbey, que tenía la ropa desgarrada, llena de tierra y se frotaba nervioso las pálidas manos—. Espero que se le ponga bien el brazo.

—Creo que sí. Vamos, Barak, volvamos a la casa.

Me levanté, pero entonces todo empezó a darme vueltas y Barak tuvo que ayudarme a que me sentara otra vez.

—Se ha dado un buen golpe, descanse un rato.

Dyrick se rio.

—Tenga cuidado, Nicholas, que el señor Shardlake es capaz de demandarlo por atropello contra su persona.

—Cállese —le soltó Hobbey con brusquedad.

Dyrick cambió de cara; pareció que iba a decir algo, pero dio media vuelta y se marchó indignado por el sendero, precisamente cuando reaparecía Avery con Fulstowe y David, que miraron el ciervo y la flecha clavada en su pecho.

—Buen tiro —comentó Fulstowe con admiración—. Esta noche debemos alzar la copa en honor al señorito Hugh. Se merece el trofeo de la piedra del corazón.

—Si el ciervo hubiera corrido hacia nosotros —replicó David malhumorado—, le habría dado yo, habría sido mi presa.

—¡Por Dios, hijo! —levantó la voz Hobbey con acritud—. El animal nos tiró del caballo al señor Shardlake y a mí. ¡Podría habernos hecho mucho daño! Fulstowe tiene razón, deberías felicitar a Hugh.

David abrió los ojos de par en par. Yo nunca había oído a Hobbey gritar a su hijo.

—¡Sí, claro, Hugh siempre es mejor que yo! En todo… ¡Hugh por aquí! ¡Hugh por allá! ¡Hugh! —Me fulminó con la mirada—. Hugh, al que el jorobado cree que tratamos tan mal.

—¡Vete a casa! —Hobbey apuntó a su hijo con un dedo tembloroso.

David musitó una obscenidad y se largó por el bosque sin soltar su arco. Alcancé a ver unas lágrimas de enfado en su cara. Hobbey se volvió hacia Fulstowe justo a tiempo de pillarlo con una sonrisa ante la escena.

—Mayordomo —dijo Hobbey con los ojos entornados de ira—, vaya a buscar la carretilla y dígales que carguen el ciervo.

—Sí, señor —respondió Fulstowe con un amago de ironía en el tono y se marchó.

—Ay, mis manos —se quejó Hobbey—. Necesito hojas de acedera. Avery, tú que conoces estos bosques, ven conmigo.

Los ojos de Avery se oscurecieron al ver que le hablaba como si fuera un criado de la casa, pero lo acompañó por el sendero. Barak y yo nos quedamos solos con el ciervo muerto. Los pájaros, alejados del lugar por todo el revuelo, poco a poco regresaban a sus perchas y volvía a oírse su canto.

—Esta sí que será una historia para contarle a Tammy cuando vuelva a casa —me dijo.

—Antes de que comenzara la cacería, Dyrick me ofreció un trato con respecto a las costas —dije en voz baja—. Si nos vamos mañana, después de la visita de Priddis, cada parte pagará lo suyo. Creo que es por David y me parece que debo aceptar —suspiré—. Habrá que dejar sin resolver los misterios de esta casa.

—Gracias a Dios —repuso Barack, pero luego me miró con una sonrisa compungida.

Se oyó el chirrido de ruedas por el sendero. Media docena de hombres guiaban la carretilla grande que habíamos visto en el claro al final del sendero; chorreaba sangre de las hembras y los cervatos que ya habían recogido.

—Vámonos —dije—, ya estoy bien.

Cabalgamos al paso por el sendero, y los criados de la carretilla se quitaron el sombrero cuando pasamos a su lado. Estábamos más lejos de lo que creía y el brazo me dolía terriblemente.

Iba pensando que pronto llegaríamos al claro cuando Barak me tocó el hombro.

—Mire —dijo en voz baja—. ¿Qué es eso? ¿Allí?

—¿Dónde? —Atisbé a través de los árboles—. No veo nada.

—Algo brillante, como ropa.

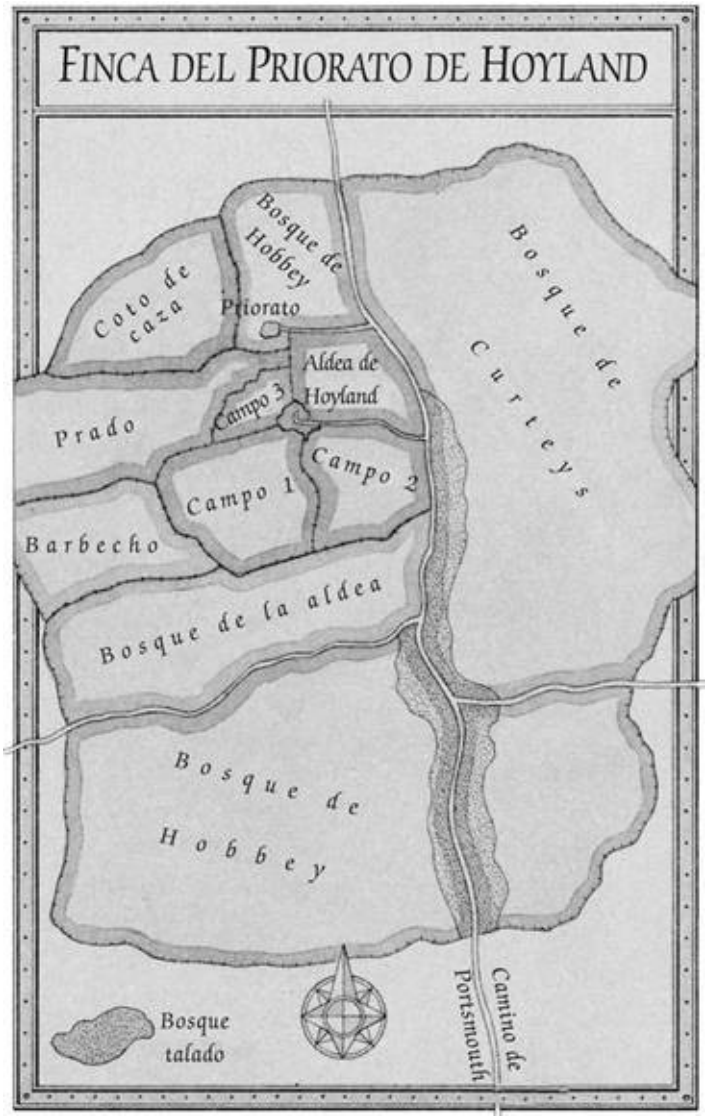
Bajó del caballo y penetró en el bosque; yo hice otro tanto y lo seguí. Casi choqué con él cuando se detuvo de golpe.

—¿Qué es esto…? —Me callé ante aquella increíble escena.

Delante de nosotros estaba la pequeña hondonada que había visto esa mañana, con el tronco caído contra un árbol. Durante un segundo la cabeza me dio vueltas y me pareció que cobraba vida la caza del unicornio del tapiz del salón de Hobbey. Una mujer de largo cabello rubio estaba sentada en el tronco, la espalda apoyada contra el árbol y las manos cruzadas sobre el regazo. Se mantuvo en perfecto silencio y no se movió ante nuestra aparición. Se me mezclaron las imágenes y me pareció ver el cuerno de unicornio en su frente. En ese momento me di cuenta de quién era en realidad: Abigail Hobbey, clavada al árbol con una flecha que le atravesaba la frente.

Quinta parte

Muertos inquietos



Capítulo 31

Barak y yo nos habíamos sentado a un extremo de la amplia mesa de comedor del gran salón del priorato de Hoyland. Fulstowe, Dyrick y sir Luke Corembeck, de pie, hablaban absortos y en voz queda bajo la vieja vidriera. Sir Quintin Priddis se había aposentado en una butaca junto al hogar vacío, con la mano buena en el bastón y la blanca e inerte en el regazo, y los observaba con una sonrisa cínica. Tras él se encontraba Edward Priddis, también de pie, con la toga oscura y el gesto adusto. Nos los habíamos encontrado en el salón al regresar tras descubrir el cadáver.

—Ettis tenía amplias razones para odiarla —decía Fulstowe—. Mi pobre señora lo había castigado con sus palabras y había demostrado su fuerza ante tanta terca resistencia.

—Sí, plantó cara a Ettis cuando se puso a gritar a mi cliente en su propio gabinete hace unos días —recordó Dyrick—. Me hallaba presente.

—Sé de buena tinta que se trata de un alborotador —insistió el mayordomo, asintiendo con seriedad—. Es el único con el arrojo y la temeridad necesarios para jugarse el cuello. Se lo ruego, sir Luke, recurra a su autoridad como magistrado para que lo traigan aquí. Interróguelo; entérese de dónde ha estado hoy.

El aludido se rascó una rolliza mejilla y luego asintió.

—Podría ser una medida razonable —señaló—, hasta la llegada del juez pesquisidor. Puedo ordenar a mis criados que vayan a buscarlo. En mi casa hay una bodega donde podemos retenerlo.

Priddis soltó una carcajada repentina.

—Bueno, pues ya tienen al asesino, ¿no? —exclamó—. El cabecilla del pueblo, que se opone a sus planes de anexión. Qué bien encaja todo.

—Ettis es un granuja impulsivo, señor albacea —repuso sir Luke, ofendido—, enemigo declarado de esta familia. Hay que interrogarlo.

—Me trae sin cuidado —aseguró Priddis, encogiéndose de hombros—, pero puede que cuando llegue el juez pesquisidor de Winchester sea de la opinión de que quizás habría resultado más adecuado centrar los esfuerzos en comprobar los movimientos de todos los participantes en la cacería.

—Eso está en marcha, caballero —repuso Dyrick.

—De todos modos, Ettis no va a huir —intervine—. Tiene esposa y tres hijos.

—El juez pesquisidor se encargará de todas las indagaciones pertinentes —contestó Corembeck con altivez—, pero mientras tanto no se pierde nada reteniendo a Ettis.

—¿Cuándo llegará el juez? —preguntó Dyrick a Fulstowe.

—Como muy pronto, pasado mañana, por mucho que nuestro mensajero encuentre los caminos despejados hasta Winchester, cosa que dudo.

Barak parecía abatido: dado que habíamos hallado el cadáver tendríamos que quedarnos para colaborar en las investigaciones. Sin embargo, yo no podía evitar cierta satisfacción. Sin duda, el caparazón de misterio que envolvía a aquella familia estaba a punto de resquebrajarse. Luego pensé, con remordimiento, en la pobre Abigail.

—Bueno, Edward, no veo por qué no podéis ir a inspeccionar las propiedades de Hugh Curteys —comentó sir Quintin a su hijo—. Al fin y al cabo, para eso hemos venido. A no ser que el señor Shardlake y tú temáis que os alcance otra flecha surgida de entre los árboles. Fulstowe me ha contado que alguien les disparó también a ustedes hace unos días.

—En efecto —respondí—, aunque se trataba de una advertencia. No pretendían darnos.

—Yo no tengo miedo, padre —replicó Edward secamente.

—Vamos a pasar por una zona despejada —apunté—. Se han talado todos los árboles grandes; no hay lugar donde pueda esconderse un arquero. —Me volví hacia Dyrick—. ¿Nos acompaña?

—Debería quedarme con el señor Hobbey. Ah, Fulstowe, quiero que entregue al mensajero que vaya en busca del juez pesquisidor una carta para mi escribiente, Feaveryear. Hay que reenviarla a Londres lo antes posible, me da igual lo que cueste.

—En ese caso, voy a cambiarme de ropa y podemos partir, caballero —anunció Edward Priddis dirigiéndose a mí.



Barak había sido el primero en recuperarse de la terrible sorpresa hallada en el calvero del bosque. Había avanzado en silencio por la hierba para tocar con delicadeza la mano de Abigail.

—Aún está caliente —anunció.

Me acerqué al cadáver. Tenía los ojos bien abiertos, su última emoción debía de haber sido un gran asombro. Vi a su lado una flor amarilla del bosque, con algunos pétalos arrancados. «La cogería de camino hacia aquí», me dije. Me fijé en la flecha que surgía impúdica de su blanca frente. Las plumas eran de ganso. Recordé que los muchachos las utilizaban de pavo real y de cisne, pero tal vez llevaban flechas corrientes de plumas de ganso en las aljabas, no lo tenía claro. Apenas había sangre, tan solo un pequeño círculo rojo en torno al astil.

—Tenemos que ir a informar de esto —dijo Barak en voz baja.

Se oía, apagado, el murmullo de voces al otro lado de los árboles. Le puse una mano en el brazo.

—Echemos un vistazo con calma antes de que esto se llene de gente. —Señalé la espesura—. Han disparado desde esa dirección. Ven, a ver si encontramos el punto exacto.

Tratamos de seguir la línea de visión del asesino. Al adentrarnos un poco en el bosque un roble me bloqueó el paso y me volví; desde allí veía de frente el cadáver de la pobre Abigail. Bajé la vista y distinguí la huella borrosa de un zapato en la tierra blanda.

—Se ha colocado aquí mismo —afirmé—. Quizá fuera por el camino, como nosotros, y que le pasara lo mismo, que vislumbrara entre los árboles ese llamativo vestido amarillo. Entonces puede haberse acercado hasta aquí sigilosamente, haber colocado una flecha en el arco y disparado.

—Entonces, ¿no ha sido premeditado?

—Si ha sucedido así, no.

—¿Y si la señora se había citado aquí con alguien que luego la mató?

—Es posible, pero también puede que haya venido para alejarse del gentío, como yo. No debía de sentirse cómoda entre esas mujeres, sabiendo que probablemente les habían contado lo de David.

—Pobre criatura —comentó Barak mirando el cadáver—. ¿Qué daño había hecho a nadie, en el fondo? Tenía mal genio y malos modos, pero hay mucha gente así. ¿Por qué matarla?

—No lo sé. Quizá tenía otros secretos, además del de David, y alguien ha aprovechado la oportunidad para hacerla callar. —Recordé la conversación que había oído por casualidad entre Abigail y Hobbey—. Tenía miedo de que sucediera algo durante la cacería. Y así ha sido.



Cuando entramos en el claro vi que había regresado todo el mundo. Hugh y David, con Hobbey, Fulstowe y Dyrick, contemplaban, junto con el resto del grupo, a los criados que, con los blusones ensangrentados, abrían en canal un gran ejemplar de hembra de ciervo bajo la supervisión de Avery. Otros cinco animales yacían amontonados allí cerca. «Deshacer la presa», recordé que lo llamaban.

Los perros volvían a llevar correas, de las que tiraban unos cuantos aldeanos. Tironeaban hacia delante, jadeando y meneando la cola. Avery escarbó en las tripas de la cierva y de un buen tirón arrancó una larga estela de intestinos. Los cortó en pedazos con un gran cuchillo y se los echó a los perros; su recompensa.

Di la noticia a Fulstowe en primer lugar, tras llevarlo a un lado. Se sobresaltó y abrió mucho los ojos dando un paso atrás.

—¡¿Qué?! —exclamó con una voz que hizo que todos los presentes se volvieran.

Acto seguido se repuso y arrugó el rostro.

—Será mejor no decírselo a todo el mundo de golpe —sugerí en voz baja.

—Debo informar al señor Hobbey y a los muchachos.

Me quedé mirando mientras Fulstowe se acercaba a Hobbey, luego a Hugh y por fin a David, y les decía algo en voz baja. Sus reacciones fueron completamente

distintas. Un instante antes, Hobbey contemplaba con una sonrisa indulgente cómo Avery deshacía la presa, recuperada la compostura tras la caída. Cuando Fulstowe le dio la noticia se quedó inmóvil un momento. Luego se tambaleó hacia atrás y se habría caído si no lo hubiera agarrado un criado. Se enderezó, apoyándose a medias en aquel hombre, sin apartar la vista de Fulstowe, que se dirigía hacia Hugh y David. El primero de los muchachos frunció el ceño y pareció que le costaba creerlo, pero el segundo chilló:

—¡Madre! ¡Mi madre!

Extendió el brazo con un gesto extraño, como si se aferrara al aire para sostenerse, pero cuando Fulstowe fue a cogerlo lo apartó de un manotazo y rompió a llorar lastimeramente.

Todos los reunidos miraban perplejos y asustados a los miembros de la familia. Las mujeres se levantaron de los cojines en que reposaban. Fulstowe se dirigió a los presentes.

—Se ha producido… —vaciló— un accidente. Se trata de la señora Abigail. Me temo que ha muerto. Sir Luke, ¿hace el favor de acompañarme?

Se oyeron gritos ahogados y exclamaciones.

—Por favor, señor Dyrick, señor Shardlake, vengan ustedes también —añadió Fulstowe.

Di un paso al frente y pregunté:

—Fulstowe, ¿hay algún criado que haya estado toda la mañana al servicio de las señoras?

Meditó y luego señaló a un muchacho de la edad de Hugh y David.

—Moorcock, tú no te has movido de aquí, ¿verdad?

El aludido asintió con cara de susto.

—Muchacho, ¿cuándo se ha marchado la señora Abigail de este claro? —le pregunté.

—Hará veinte minutos. He oído que decía a la señora Stannard que tenía que ir a hacer sus necesidades.

—Es cierto —confirmó una de las señoras—, pero se fue hacia el otro lado. El lugar designado está por allí —indicó, señalando un sendero que quedaba un poco alejado.

—Del grupo de la cacería ¿quién había regresado ya? —pregunté al criado.

—Prácticamente nadie, señor. Sir Luke había vuelto, y luego el señor Avery, que ha anunciado que el ciervo estaba acorralado. Creo que todos los demás han aparecido después de que se hubiera ido la señora Hobbey.

La señora Stannard miró a Fulstowe y le dijo:

—¿Qué le ha sucedido?

No hubo respuesta.

—Señor Avery, ¿nos acompaña usted? —pedí entonces.

Se levantó, se limpió las manos ensangrentadas en el blusón y nos siguió hasta los

árboles.



En el calvero las moscardas zumbaban en torno a la frente de Abigail. Corembeck se quedó boquiabierto.

—Un asesinato —musitó.

Por una vez, Dyrick no dijo nada y se limitó a contemplar el cadáver, horrorizado.

—Me ha parecido mejor no decir nada sobre ese aspecto por el momento —señaló Fulstowe—. Sir Luke, usted es el magistrado. ¿Qué debemos hacer?

—¿Quién ha hallado el cadáver?

—Mi escribiente y yo —informé tras adelantarme.

—Tenemos que mandar aviso a Winchester para que venga el juez pesquisidor Trevelyan. De inmediato.

Corembeck se llevó una mano a la frente, cubierta de sudor.

—¿Qué hace aquí Avery? —me preguntó Fulstowe, señalando con un gesto al ensangrentado jefe de cacería—. No me parece en absoluto adecuado…

—Conoce estos parajes —repuse secamente—. Señor Avery, quiero enseñarle algo, si tiene la amabilidad de seguirme.

Abrí camino hasta la ubicación de la huella desdibujada.

—Sí —confirmó Avery con serenidad—. Disparó desde aquí. —Se agachó para mirar una rama que quedaba delante de mí; tenía una ramita rota que colgaba de una brizna—. Mire, esto se ha interpuesto en su camino y lo ha roto, con sigilo para no llamar la atención de la señora. Creo que se trata de un arquero con experiencia, no es uno de los criados de la casa ni uno de los aldeanos a quienes he enseñado a tirar. Ha dado… bueno, ha dado exactamente en la diana.

—Gracias.

Eché a andar de nuevo hacia el calvero. Abigail, que había sido una persona siempre inquieta en vida, me pareció horriblemente inmóvil. Al salir de entre los árboles me percaté de que había llegado alguien más. Hugh Curteys estaba recogiendo en ese instante la flor que se le había caído a Abigail. Se la puso con delicadeza en el regazo y musitó algo. Me pareció entender «Te lo merecías».



Al regresar al claro una vez más, vimos que habían llevado al ciervo en el carro y lo habían dejado con las hembras. Una larga procesión de invitados y criados estupefactos se dirigía hacia la casa. David, que seguía llorando, recibía el apoyo de su padre, cuyo rostro continuaba carente de expresión debido al pasmo. Tras ellos iba Hugh con Fulstowe, sin decir nada.

—Podrían haber sido Hugh o David —comentó Barak en voz baja.

—O Fulstowe. Prácticamente todos los participantes en la cacería habían vuelto cuando Abigail salió del claro.

Dyrick aminoró la marcha para reunirse con nosotros y comentó:

—Avery se equivoca. Podría haber sido alguien del pueblo. Con los tiempos que corren son muchos los jovencitos que practican el tiro con arco. Y hombres mayores. Bueno, no nos iremos mañana —añadió con amargura—. Tendremos que esperar al juez pesquisidor, yo por ser el abogado del señor Hobbey y ustedes por haber hallado el cadáver. Nos quedaremos hasta que se proceda a las pesquisas. Maldita sea.

¿Acaso no sentía nada por Abigail? Lo miré fijamente.

—Quiero ver a mis hijos —espetó.

«Podrías haber sido tú —me dije—. Te marchaste indignado después de que Hobbey te mandara callar con malos modos. Y además eres arquero: decías que querías enseñar a tu hijo».

—Empiezo a pensar que puede que no vea nacer a mi hijo —se lamentó Barak, apesadumbrado—. Tengo que escribir a Tamasin.

—Y yo a Warner.

Llegamos a la casa. Cuando nos aproximábamos a los escalones del pórtico se abrió de par en par la puerta principal y salió Leonard Ettis muy airado, con cara de pocos amigos. Se detuvo y contempló con interés la procesión y al lloroso David, que se apoyaba en un Hobbey pálido y sobrecogido.

Fulstowe se acercó a Ettis a grandes zancadas y le espetó de mala manera:

—¿Qué hace usted aquí?

—He venido a verlo a usted —replicó el otro— para descubrir si sus hombres siguen pensando en meterse en nuestros bosques esta semana. O al menos intentarlo. Pero no había nadie, solo ese viejo tullido y malhablado, que está apoltronado en el salón.

—Cuidado con lo que dice —advirtió Fulstowe.

—Ah, sí, claro, cuidado con lo que digo —se burló Ettis—. La cosa será muy distinta cuando me lleve a la milicia del pueblo a luchar contra los franceses.

Barak y yo nos miramos.

—Priddis —dije—. Me había olvidado de él.

—Hoy era el día de la cacería —recordó Fulstowe, mirando con atención a Ettis —. No puede haberlo olvidado, ¿verdad?

—He pensado que quizás ya habrían vuelto, y este asunto no puede esperar. Necesitamos que nos respondan. —Se volvió hacia el grupo y contempló de nuevo a Hobbey y David—. ¿Ha sucedido algo?

—La señora Hobbey ha muerto —contestó Fulstowe sin ambages.

—¡Qué dice! —se sorprendió Ettis.

—Alguien la ha matado de un flechazo. ¿Por dónde ha llegado usted a la casa, Ettis?

El aldeano abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Me… me acusa?

Corembeck se acercó e insistió:

—¿Por dónde ha llegado, Ettis?

—He venido desde el pueblo —respondió con frialdad en la mirada.

—¿Y no por el bosque?

—¡No!

—¿Iba solo? —quiso saber Fulstowe.

Ettis dio un paso adelante y por un instante me pareció que iba a propinar un puñetazo al mayordomo. Después dio media vuelta y se alejó por el camino de acceso a la casa. Dyrick miró de forma significativa a Corembeck.

Entramos en el salón, donde esperaban Priddis y su hijo. Fulstowe les contó lo sucedido. Me percaté de que los ojos del anciano se encendían con una curiosidad ansiosa. Para él, me di cuenta, se trataba de un episodio emocionante e inesperado.



Subí a cambiarme para partir a caballo con Edward Priddis. Me sentí entonces culpable por haber querido quedarme, dadas las ganas que tenía Barak de regresar junto a Tamasin. Al mirar por la ventana recordé con tristeza a Feaveryear y a los dos muchachos en el campo de tiro al blanco. Tanto David como Hugh se habían ido de inmediato a sus habitaciones a nuestro regreso; no sabía quién estaba con ellos, si es que estaban con alguien.

Cuando bajé, sir Quintin seguía en la butaca junto al hogar con su hijo, pendiente de todo lo que sucedía con un interés gozoso que me resultó horrendo. Pedí a Barak que se quedara en el gran salón, atento a todo lo que se dijera. Edward se levantó y fue a buscar los caballos. Tras montar, partimos. La actitud de Edward era fría y distante, pero con la debida cordialidad.

—Lo que se han encontrado ustedes aquí es horrible —señalé.

—Sí. Vivimos una época extraña y terrible —respondió con gesto serio.

—¿Qué noticias hay de los franceses en Portsmouth? —pregunté.

—Dicen que se ha avistado su flota cerca de la costa de Sussex. La gente empieza a asustarse.

—Sí, hay mucho miedo tras tanta demostración de seguridad.

—A pesar de todo, debemos plantar cara a lo que venga —concluyó con determinación.

Lo observé con atención. Edward tenía las cejas pobladas de su progenitor y una expresión firme y obstinada.

—Creo que su padre conoce a sir Richard Rich —dije.

—Sí, es un viejo compañero —respondió con una sonrisa gélida—. Nos vimos y charlamos en el ayuntamiento de Portsmouth, el día que llevó usted a Hugh Curteys.

Tengo entendido que los comerciantes que han cobrado en exceso al ejército o que han vendido alimentos en mal estado se presentan ante sir Richard Rich atemorizados y temblorosos. Me imagino que pronto encontrará la forma de sortear esas excusas de que hay que cobrar más debido a las monedas de nuevo cuño. Sir Richard aprendió el arte de la interrogación de todo un maestro. Cromwell. Pero eso debe de saberlo usted.

Reapareció aquella sonrisa gélida, junto a una mirada penetrante de sus ojos azules.

—¿Rich habló de mí?

—Un poco —respondió con una sonrisa desapegada—. Le preguntó a mi padre por el caso que lo ha traído a usted hasta aquí. Contó que suele… implicarse mucho con sus clientes.

—Lo cual no puede ser malo en un abogado, desde luego, letrado.

Incliné la cabeza y oculté la ansiedad que me producía el continuo interés de Rich por mi persona.

—Cierto.

—¿Concluyó sus estudios en Gray's Inn, como su padre?

—Así es. Trabajé en el servicio oficial en Londres durante una temporada. Pasados varios años volví a Winchester, para ayudar a mi padre en su trabajo.

—Ahora hará usted el grueso de la labor, presumo.

—Bueno, mi padre sigue llevando las riendas. No dejo de ser su fiel escudero.

Detecté cierta amargura en sus palabras. «¿Está a la espera de sucederlo?», me pregunté.

—Mire a la derecha, letrado —pedí—. Esas son las tierras de Hugh Curteys que se vaciaron hace unos años.

Nos detuvimos cerca de la zona de bosque talado que habíamos visto Barak y yo durante nuestra salida. Entre la densa maleza y los tocones recubiertos de musgo crecían árboles jóvenes, aún muy recientes. Hacía calor y el silencio era absoluto.

—Creo que en esta parcela había más roble de lo que dice la contabilidad —comenté.

—¿Y qué pruebas tiene de eso? —preguntó Edward secamente.

—Pues el hecho de que la zona sin talar que hay al sur presenta una gran cantidad de esos árboles.

—El suelo puede ser distinto.

—Parecía muy similar cuando pasé por allí hace unos días.

—¿El día que le dispararon una flecha? —preguntó con una mirada de curiosidad.

—Sí. Todo el mundo creyó que se trataba de un cazador furtivo, pero después de lo de hoy no sé qué pensar.

—Un loco suelto por estos bosques —caviló, y se quedó mirando con aprensión los lejanos árboles.

—Al parecer sir Luke ya tiene a su sospechoso.

—Podría equivocarse. Quizá se trate de un desertor que se haya ocultado entre la vegetación. Primero trató de matarlo a usted y luego se topó con la pobre señora Hobbey. Tal vez pretendía robarla.

—Creo que no llevaba bolso. La familia se habría percatado si hubiera desaparecido.

—Aun así, me perdonará si le digo que preferiría que esta inspección fuera breve.

—Esta zona está muy abierta y no podrían alcanzarnos con un arco desde los árboles. Propongo recorrer el terreno despejado y que tratemos de ver cuántos tocones de roble hay.

—Si se empeña.

Edward echó un vistazo a los árboles que había a lo lejos, a unos quinientos metros. Estaba nervioso; me planteé si el orgullo lo habría empujado a aceptar la propuesta de su padre para que hiciéramos aquella cabalgada. Seguimos adelante, guiando con cuidado a nuestras monturas.

—Tengo entendido que su familia procede de cerca de Rolfswood —comenté en tono despreocupado.

Había decidido tratar de descubrir algo. Edward Priddis era inteligente y tenía mucha labia, pero me daba la impresión de que carecía del fuerte carácter de su progenitor.

—En efecto, si bien mi padre se trasladó a Winchester para ocupar el cargo de albacea de Hampshire.

—¿Van por allí alguna vez?

—Desde que hace diez años murió mi madre, que Dios la tenga en su seno, no hemos ido. La que era de allí era su parte de la familia. ¿Tiene alguna vinculación con esa zona, letrado? No recuerdo haber oído antes su apellido.

—Tengo un cliente que podría contar con parientes en Rolfswood. Me pidió que me acercara, para ver si daba con ellos. Fui hace un par de días.

—¿Los encontró? —preguntó con una sonrisa cordial, aunque su mirada seguía siendo penetrante.

—No, pero me quedé a pasar la noche y me hablaron de una tragedia acontecida hace diecinueve años. Se incendió una fundición y murió su propietario, junto con un trabajador. A raíz de eso la hija del dueño se volvió loca. Se llamaban Fettiplace, que es el apellido que buscaba mi cliente. Su padre de usted era por aquel entonces juez pesquisidor, según creo.

—Lo recuerdo vagamente —afirmó Edward tras hacer memoria—. Yo ya no vivía en el pueblo, sino en Cambridge. Hice mis estudios allí antes de ir a Gray’s Inn —añadió con orgullo—. Me parece recordar que mi padre ayudó a la muchacha, que perdió la razón.

—Un acto bondadoso por su parte —repuse. «He visto lo suficiente de tu padre para saber que no tiene un ápice de caritativo», pensé. Recordé que el reverendo Seckford me había contado que Priddis había supervisado el traslado forzoso de

Ellen, cuando la habían arrancado del único lugar donde se sentía segura.

—No es tan duro como cree la gente —respondió fríamente—. Su trabajo no es nada fácil.

—Hay otra familia de la que oí hablar, puede que los conozca. Los West.

—Ah, sí, son importantes terratenientes. La señora West siempre ha llevado la batuta por allí por Rolfswood. ¿También la conoció?

—Solamente oí hablar de ella y de su hijo. Ahora es oficial de la Armada Real. Philip West. Tendría más o menos la edad de usted.

—Lo vi una o dos veces cuando éramos chavales, pero tras irme a Cambridge regresé en contadas ocasiones. Se diría que ha investigado usted a fondo, letrado.

—La historia era interesante.

Edward detuvo su caballo y contempló el paisaje.

—A decir verdad, creo que resulta imposible determinar qué árboles había aquí. Los viejos troncos están cubiertos de vegetación. Y nos acercamos demasiado al bosque actual, cosa que no me tranquiliza.

—Mire los nuevos árboles que van saliendo. Por lo menos la mitad deben de ser robles. Y vea todos esos robles viejos y altos del bosque que tenemos delante.

Lo contempló con atención exagerada, aunque me imaginaba que ya se había dado cuenta antes de todo aquello. Después se volvió hacia mí y preguntó con tranquilidad:

—¿Qué pretende conseguir con este caso, señor Shardlake?

—Justicia para Hugh Curteys. Está claro que estas tierras estaban pobladas en su mayor parte por robles, si bien la contabilidad del señor Hobbey indica que apenas llegaban a una cuarta parte de los árboles talados.

—Sin embargo, el propio Hugh Curteys afirmó en el ayuntamiento que no tenía queja alguna.

—Es un jovencito que no sabe nada de negocios. Y cuando se talaron estos bosques era un crío.

—¿Y pretende usted volver a la Audiencia de Tutelas y pedir qué? ¿Una compensación? Supondría mucho tiempo, letrado, y gastos, problemas para toda una familia, Hugh incluido, que acaba de sufrir una gran pérdida. Habría que pagar a un agrimensor y lo más probable es que no consiguiera nada concluyente. Piénselo, señor Shardlake: ¿vale la pena? Sobre todo cuando el señor Hobbey se ha ofrecido a colaborar generosamente con las costas.

—¿Está al tanto de su oferta?

—Me lo ha contado el señor Dyrick, justo antes de salir. —Arqueó las pobladas cejas—. Parece muy descontento con ese asunto.

Lo miré a los ojos. «Tu padre y tú os llevasteis un porcentaje de esos beneficios», pensé. Sin embargo, ya había decidido aceptar la oferta de Dyrick, puesto que sin el respaldo de Hugh no podía hacer nada; de todos modos, no tenía necesidad de comprometerme todavía, ya que debíamos permanecer allí igualmente.

—Volveré a pensarlo con detenimiento —repuse.

—Muy bien. —Se encogió de hombros—. De todos modos, creo que ya ve que debe aceptar la oferta. ¿Podemos volver? Me preocupa que mi padre se canse en exceso.

—Muy bien.

Cuando Edward hacía dar la vuelta a su caballo lo vi sonreír disimuladamente, convencido de que el caso estaba cerrado.



A nuestro regreso la casa se hallaba sumida en un profundo silencio. El viejo Priddis se encontraba a solas junto al hogar vacío. Levantó la vista.

—¿Y bien, Edward? —preguntó—. ¿Todo en orden en las tierras?

—El señor Shardlake y yo hemos mantenido una charla muy sensata.

Sir Quintin me miró detenidamente y luego gruñó:

—Ayúdame, Edward. Me gustaría levantarme.

El hijo ayudó al anciano, que se quedó con la respiración entrecortada y el brazo inútil pegado al costado. La blancura de su mano atrofiada me recordó la cara inerte de la pobre Abigail y tuve que reprimir un estremecimiento.

—Ya me he hartado de este sitio —espetó sir Quintin con malos modos—, está todo el mundo de los nervios. Quiero irme.

—Muy bien —trató de tranquilizarlo Edward—. Voy a preparar los caballos. Por cierto, padre —añadió en tono despreocupado—, el señor Shardlake ha visitado Rolfswood. Me ha hablado de aquella tragedia de la fundición. ¿Lo recuerdas, en la época en que eras juez pesquisidor?

Los ojos de sir Quintin se entornaron y me miró fijamente. Luego agitó la mano buena y dijo:

—Apenas me acuerdo, fue hace una eternidad. He llevado muchísimos casos en mi vida. Vamos, Edward, ayúdame a salir. —Se echó hacia delante y me miró a la cara—. Adiós, señor Shardlake. Espero que entienda que lo más sensato es olvidarse del asunto. Esta gente ya ha sufrido bastante, en mi opinión.

Subí a mi cuarto y me puse a contemplar el campo de tiro por la ventana. No había descubierto nada con los Priddis. Me sentía frustrado y malhumorado debido a la impotencia. Llamaron a la puerta y entró Barak. Parecía nervioso.

—¿Qué tal está la familia? —quise saber—. En el gran salón no había nadie.

—Fulstowe me ha echado de la casa al poco de marcharse usted, pero cuando ya me iba ha llegado un correo con una carta. Me he hecho ilusiones de que fueran más noticias de Londres, pero no reconozco la letra.

Metió la mano en el jubón y sacó una hoja de papel barato sellada toscamente con cera. Por delante habían escrito mi nombre y las palabras «Priorato de Hoyland». La abrí.

—¿Es de casa? —preguntó Barak con impaciencia.

—No.

Contenía unas pocas frases garabateadas y estaba fechada el 12 de julio, el día antes, y firmada por John Seckford, párroco de Rolfswood.

Apreciado señor Shardlake:

Lamento molestarlo, pero el viejo Harrydance ha venido a verme. Ha descubierto algo terrible que tiene que ver con el asunto que tratamos. Le rogamos que venga a ayudarnos. Nos ha embargado un gran miedo y no sabemos cómo actuar.

Capítulo 32

Mostré la nota a Barak, que la leyó y me la devolvió con una mirada penetrante.

—¿Qué diablos quiere dar a entender?

—No lo sé. —Me puse a andar de un extremo a otro de la habitación—. Algo grave. Podría ir mañana y regresar pasado, el miércoles. El juez pesquisidor no llegará antes.

—Se alegra de que no podamos volver a casa mañana, ¿verdad?

—Eso no es justo —contesté, aún más alterado porque había puesto el dedo en la llaga—. Nos habríamos ido si no fuera por la muerte de Abigail. ¿Cómo iba a saber que sucedería esto? Y no puedes creer que me alegro de que mataran a esa pobre mujer, por mucho que una investigación acabe sacando a la luz lo que sucede aquí.

—Muy bien, pero en parte se alegra, ¿no es así?

—Tenemos la oportunidad de resolver los dos asuntos.

—Se olvida de que en cualquier momento puede haber una batalla al sur de aquí, a quince kilómetros. Y si somos derrotados, las tropas francesas podrían llegar por ese camino y entrar por esa puerta. Es una finca muy atractiva para soldados que busquen un botín.

—No podemos eludir ese riesgo, pero… —añadí mirándolo— mañana voy a ir a Rolfswood solo.

—No; lo acompaño —replicó Barak con decisión—. No me quedo sin usted en este manicomio.



Llamé a la puerta del gabinete de Hobbey, que dijo con voz queda:

—Adelante.

Estaba sentado ante el escritorio, observando la caída de la arena del reloj. Era la primera vez que me encontraba a solas con él. Sentí una punzada de compasión. En un lapso de dos días había salido a la luz el secreto de la enfermedad de su hijo y habían asesinado a su mujer. Parecía derrotado.

—¿Y bien, señor Shardlake? —preguntó con un suspiro—. ¿Han recorrido el bosque el señor Priddis y usted?

—Sí.

Hizo un gesto con la mano.

—Sería mejor que lo hablara con Vincent. En este momento no puedo concentrarme.

—Lo comprendo. Señor Hobbey, me gustaría expresarle mi pesar por la muerte de su esposa. Que Dios la tenga en su gloria.

Bajó la vista y luego contestó con una voz de repente cargada de emoción:

—Todo el mundo sentía antipatía por Abigail. Lo sé muy bien. Pero tendría que haberla visto usted cuando me casé con ella, era preciosa y alegre. Si no se hubiera casado conmigo…

—¿Cómo están los muchachos? —pregunté. En una familia normal, Hugh y David habrían estado con Hobbey, se habrían consolado todos mutuamente.

—David, muy afligido. Fulstowe se encuentra con él. En cuanto a Hugh… —suspiró—. Hugh anda por la casa. Sir Luke está organizando una batida, por cierto. La gente del pueblo colabora, tienen mucho miedo de que haya un loco suelto por el bosque. Sir Luke propone que de momento ninguno de nosotros abandone la casa y los jardines.

—¿Han detenido a Ettis para interrogarlo?

—Sí. Odiaba a esta familia. —Frunció el ceño—. Dice Vincent que si no hay rastro de un desconocido por el bosque Ettis debe ser sospechoso. Tendrá razón, sin duda.

«Dyrick habrá tomado las riendas en estos momentos —me dije—. Dyrick y Fulstowe, mano a mano».

—Bueno —contesté con tranquilidad—, eso deberá decidirlo el juez pesquisidor a su llegada. El motivo de mi visita, señor Hobbey, es anunciarle que un mensajero ha traído una carta de la aldea de Sussex en la que tengo otro caso. He decidido ir allí mañana y regresar pasado para ver al juez pesquisidor. Soy consciente de que tendrá que hablar con Barak y conmigo, ya que descubrimos el cadáver.

—Muy bien —contestó sin interés.

Vacilé, sabiendo que para lo que iba a decir a continuación debía contar con la presencia de Dyrick, pero ya no podía contenerme.

—Señor Hobbey, la semana pasada, por accidente, oí una conversación entre su esposa y usted al pasar ante su habitación. Decía que no quería celebrar la cacería, le parecía que corrían peligro.

Hobbey permaneció en silencio un momento. Luego contestó sin levantar la cabeza, pero lenta y claramente:

—Mi esposa había acabado con miedo de todo y de todos, señor Shardlake. Como ya le dije, no estaba bien de salud. Había llegado a creer que con nada ni con nadie dejaba de correr peligro. —Cogió el reloj, se quedó mirando la arena que caía y luego levantó la vista hacia mí con una expresión extraña en su delgado rostro. Lentamente añadió—: Toda mi vida, todo por lo que he luchado, todas las personas a las que he amado, todo se me escurre entre los dedos, como la arena de este reloj. ¿Cree usted en el destino, señor Shardlake, en el castigo divino?

—No, señor Hobbey. No entiendo cómo dirige Dios el mundo, pero no creo que sea así.

—Todo empezó con su llegada. —Seguía hablando en voz baja, con un tono extraño de leve curiosidad—. Este maldito caso. Dudo que David hubiera tenido ese

ataque en otras circunstancias. Anima usted a mis arrendatarios a rebelarse; no lo niegue, tengo mis informadores en la aldea. Y ahora mi esposa ha muerto. Tal vez sea usted mi castigo divino.

—No deseo ser el castigo de nadie, señor Hobbey.

—¿De verdad? No sé. —Seguía sin levantar la voz, pero clavó los ojos en mí con una mirada inquisitiva que no le conocía—. Bueno, puede que me equivoque, puede que todo empezara con Michael Calfhill, con… —Un espasmo de dolor demudó su rostro y pareció regresar a la realidad. Recuperó su habitual tono formal—. La verdad es que no deberíamos hablar de estas cosas en ausencia de Vincent. Hasta dentro de dos días, señor Shardlake.

Y con un movimiento de la cabeza me indicó que podía irme.



Barak y yo salimos hacia Rolfswood al día siguiente a primera hora. No me apetecía nada otra cabalgada: me dolía el brazo que llevaba vendado y la espalda también se resentía tras la cacería. El tiempo volvía a ser sofocante, con un cielo plomizo.

Hablé poco por el camino; las palabras pronunciadas por Hobbey el día anterior me habían inquietado. Me había dicho a mí mismo una y otra vez que mi intervención se había limitado a aconsejar a Ettis en su lucha contra un arrendador que trataba de amedrentarlos, que David podía haber tenido un ataque en cualquier momento y, sobre todo, que nadie sabía quién había matado a Abigail ni por qué. Sin embargo, entendía que Hobbey me considerase un castigo divino.

Por la noche había escrito a Warner para contarle lo sucedido e informarle también de la oferta de Dyrick en cuanto a las costas. Luego había redactado una carta para informar a Guy que de momento no regresábamos. Después me dirigí al establo para recoger la misiva que Barak había escrito a Tamasin; teníamos pensado dejarlas en Cosham para que se las llevara el correo. Al salir pasé ante el dormitorio de David y oí unos sollozos profundos y desgarradores, a los que se unía la voz de Fulstowe, comedida y tranquilizadora.

De regreso a la casa con las cartas distinguí a Hugh a lo lejos, sentado en el murete medio derrumbado del viejo cementerio de las monjas. Me acerqué. Tenía el rostro entristecido y la boca contraída. Me miró con ojos que revelaban una terrible fatiga.

—Mi más sentido pésame.

Inclinó la cabeza levemente ante mis palabras. Había poca luz y no se distinguían con claridad las cicatrices; emanaba un atractivo juvenil pero de algún modo parecía más vulnerable.

—Gracias, pero ya sabrá usted que no sentía nada por la señora Hobbey. Con lo sucedido he pensado que se encendería algo, pero no ha sido así.

—Esta mañana le ha puesto una flor en el regazo.

—Sí. En ese momento me ha dado lástima.

—Cuando nos hemos acercado, estando usted junto al cadáver, ha dicho algo. —Lo miré a los ojos—. Me ha parecido entender «Te lo merecías».

Permaneció un momento en silencio y por fin contestó:

—Que Dios se apiade de mí, soy capaz de haberlo dicho.

Se quedó mirando al vacío.

—¿Y eso?

—Cuando la conocimos —respondió con un hilo de voz—, creo que a su manera pretendía realmente cumplir la función de una madre, conmigo y sobre todo con mi hermana, pero era algo secundario. Tanto para ella como para el señor Hobbey lo importante era el… —vaciló— el dinero. Pretendían servirse de nuestras tierras y trataron de obligar a Emma a casarse con David, como le dije. Al verla muerta me dio pena, pero también sentí rabia. Sí, en efecto, pronuncié esas palabras.

—¿Había visto alguna vez un cadáver?

—Sí, a mis padres. A mi hermana no me la dejaron ver… Tenía la cara destrozada por la viruela. Ojalá me lo hubieran permitido. —Clavó la vista en mí—. ¿Le contará al juez pesquisidor lo que he dicho?

—Creo que debería decírselo usted, Hugh. Que sepa lo que sentía por Abigail.

Me miró intensamente y me pregunté si, al igual que Hobbey, pensaba en todos los problemas surgidos desde mi llegada.

—¿Quién cree que ha matado a la señora Hobbey? —le pregunté.

—No tengo ni la más remota idea. —Arrugó la frente—. ¿Cree que he sido yo?

—No, Hugh. Me pasa lo mismo que a usted: no tengo ni idea.

Eché un vistazo al cementerio. Ursula había vuelto a dejar flores en la tumba de la monja.

—Pero ¿ha oído lo que he dicho ante ella y ha sospechado de mí? —insistió, con la cara roja de ira, lo que daba mayor relieve a las cicatrices.

—Tan solo me he planteado a qué se refería.

—Me dijo que sería mi amigo. —Se puso en pie y apretó los puños con fuerza.

Me fijé en que era tan alto como yo y más fuerte.

—No acuso a nadie, Hugh, pero desde el principio he tenido la impresión de que toda esta familia ocultaba algo. No solo la dolencia de David.

—Se equivoca —respondió.

—Hoy he recorrido sus tierras con Edward Priddis. Creo que el señor Hobbey se ha dedicado a falsear su contabilidad, probablemente confabulado con sir Quintin. Me parece que pueden haberle robado cientos de libras.

—¿Cuándo comprenderá usted que me trae sin cuidado qué haya sucedido o dejado de suceder? —repuso despectivamente—. Y ahora, señor Shardlake, le ruego que me deje a solas.

Mientras cabalgábamos nos topamos con más carros de pertrechos que se dirigían al sur y que llevaban desde material de carpintería hasta picas y cascos. Nos hicimos a un lado para dejar paso a otra compañía de arqueros. Pensé en cómo estarían los hombres de Leacon, si ya habrían embarcado.

Hacia las doce enfilamos el camino de Sussex. Nos detuvimos para almorzar en la posada que ya había visitado en el viaje anterior.

—Hoy no está muy hablador —comentó Barak ante una cerveza—. Tiene esa cara de concentración que se le pone cuando algo serio le ronda por la cabeza.

—Estoy pensando que desde que llegué a Hoyland he conseguido poco más que crearme enemigos.

Le conté la charla con Hugh y que Hobbey me consideraba su castigo divino.

—Me llevó a plantearme si, en caso de que no hubiera venido, la señora Abigail podría seguir viva —añadí.

—A esa familia iba a pasarle algo tarde o temprano. Están todos locos de remate.

—¿Quién mató a Abigail, Jack? Hobbey tenía razón, a nadie le caía bien, pero de ahí a asesinarla hay un trecho.

—Si pueden, incriminarán a Ettis.

—Me parece que eso es precisamente lo que se plantea Dyrick. Pero el caso es que no hay pruebas.

—Aquí en el campo los jurados se amañan —contestó—. Si quiere hacer algo útil, encárguese de que las pesquisas se hagan de acuerdo con la ley.

—Sí. Y tienes razón con eso de la familia. Su forma de relacionarse está tan… pervertida que no puedo evitar la sospecha de que la ha matado alguien de esa casa.

—Pero ¿quién?

—Fulstowe tiene mucho poder para ser un mayordomo. Cuando los criados mandan a sus amos suele ser porque están al tanto de un secreto. Y no interesaría correr el riesgo de que una mujer inestable lo soltara a la primera de cambio.

—¿Y de qué secreto se trataría?

—No lo sé. —Lo miré a los ojos—. Te doy las gracias otra vez por acompañarme.

—Para ser sincero, si me hubiera quedado me habría pasado el día yendo de un lado a otro a la espera de que llegara un mensajero. Ardo en deseos de recibir noticias de Tamasin.

—Puede que hasta a los mensajeros reales les cueste circular por los caminos.

—Ojalá pudiera regresar a casa —deseó con ímpetu repentino.

—¿No es curioso que incluso después de muerta esa pobre mujer entorpezca la vida de todo el mundo? —observé con una sonrisa triste—. La mató un arquero diestro, pero las posibilidades son amplias. Los muchachos, Fulstowe, Ettis. Incluso Dyrick ha comentado que en sus tiempos tiraba bien y está enseñando a su hijo.

—¿Y Hobbey no?

—No. No tiene la habilidad necesaria ni… ni la pasión, esa es la palabra. Fue una acción apasionada, rabiosa. Lo hizo alguien que sabía que lo ahorcarían si lo

apresaban, pero, al menos en el momento que la vio, eso lo traía sin cuidado.

—La vieja Ursula queda descartada, pues. Odiaba a Abigail, desde luego, pero no me la imagino disparando una flecha.

—No digas tonterías. —Apuré la jarra de cerveza—. Vamos, tenemos que proseguir el viaje.

—Lo único que pretendía era aliviar la tensión. Está claro que nos vendría bien a los dos.

Capítulo 33

Llegamos a Rolfswood a media tarde. Las nubes eran más densas y daba la impresión de que se aproximaba otra tormenta de verano. El pueblo destilaba la misma tranquilidad que la otra vez. Señalé la casa de Cutres y dije:

—Era la de Ellen. Ese individuo la consiguió a buen precio. Es amigo de Priddis, o lo era.

—¿Podría ser él quien paga los recibos de Ellen en el Bedlam como parte del trato?

—No, la casa no vale tanto. —Indiqué entonces la iglesia, situada tras unos campos—. Seckford vive allí, en la vicaría.

Barak entornó los ojos y miró el edificio.

—Parece deteriorada.

—Lo está. Lo mismo que él, me temo.

—Una mujer nos vigila desde la puerta de la posada —apuntó Barak en voz baja.

Me volví. La anciana que me había presentado a Wilf se había asomado y, de brazos cruzados, nos miraba con cara de pocos amigos.

—Es la que me indicó que hablara con Wilf Harrydance. Me da la impresión de que por aquí tampoco soy muy bien recibido. Dudo que encontremos habitación en la posada.

—¿Y entonces dónde vamos a dormir? El viaje ha sido largo.

—A ver si Seckford nos echa una mano. Ven, vamos a coger el sendero que lleva a la iglesia.

Llegamos a la vicaría y atamos los caballos fuera. Estaban cansados y polvorientos, lo mismo que nosotros. Mientras nos dirigíamos a la puerta miré el cerezo con la duda de si Seckford mantendría la resolución de no beber antes de que las sombras llegaran a cierto punto. Llamé con los nudillos y oí que el anciano se acercaba arrastrando los pies. Abrió y su rostro rollizo mostró de repente gran alivio.

—Ha venido, caballero. ¡Gracias a Dios! —exclamó, y al ver a Barak preguntó con brusquedad—: ¿Quién es este?

—Mi ayudante.

El párroco asintió.

—Discúlpenme, es que estábamos preocupados. Pasen. Wilf lleva aquí casi toda la mañana, con la esperanza de que viniera usted…

Me llegó el aliento de Seckford y supe que los dos ancianos ya habían tomado un par de cervezas. Nos hizo pasar a la desvencijada sala. Wilf Harrydance se levantó del taburete en que estaba sentado. Su gran perro, que permanecía echado a su lado, se incorporó también y meneó la cola. Los intensos ojos del semblante flaco y curtido de Wilf reflejaban intranquilidad.

—No esperaba que viniera —dijo—, después de lo de mis hijos… Le pido disculpas, lo único que pretendían era protegerme…

—Lo comprendo, Wilf.

—¿Qué se sabe de los franceses? —preguntó Seckford.

—Dicen que se acercan por el Canal en dirección a Portsmouth.

—Que Dios se apiade de nosotros. Siéntense, se lo ruego.

Agradecidos, nos acomodamos en el banco, lo que levantó una nubecilla de polvo.

—¿Desean beber algo, señores? —ofreció mientras iba a buscar la jarra del aparador.

—Sí, gracias —respondió Barak—. Tenemos la garganta seca.

Seckford sirvió dos cervezas con manos aún más temblorosas de lo que recordaba. Nos las acercó y se sentó en su silla. Se echó hacia delante cuando Wilf clavó la mirada en él. A pesar de la leve embriaguez, el párroco habló con un fervor y una autoridad renovados:

—Después de su visita, señor Shardlake, el señor Buttress se puso a recorrer el pueblo para tratar de enterarse de quién le había contado lo del incendio. Sabía que había hablado conmigo y se presentó aquí hecho un basilisco, diciendo que daba la impresión de que usted ponía en duda la legitimidad de la compra de la casa.

—De ningún modo. Lo único que le dije fue que usted me había contado la historia de lo sucedido entonces. Lo lamento, tendría que haber venido a informarle antes de irme. —Me dirigí a Wilf—: No le mencioné que había hablado con usted.

—Pues de todos modos apareció en la posada y preguntó por mí. Sabe que siempre he creído que Priddis ocultó algo durante las pesquisas. Le dije que no había hablado con usted. Me incomodó.

—El señor Buttress es un hombre porfiado, con mucho poder en este pueblo —añadió Seckford—. Perdóneme, abogado, pero tengo que hacerle una pregunta: ¿de verdad averiguaba usted sobre la familia Fettiplace en nombre de un cliente que busca parientes?

—No —contesté tras respirar hondo—. Siento haberlos engañado; mi intención es descubrir qué le sucedió a Ellen Fettiplace, por… motivos personales.

—Mintió usted, caballero.

—Es cierto. Y lo lamento.

—¿Actúa en nombre de alguien más? ¿De Priddis, por ejemplo?

—No, se lo aseguro. De nadie en absoluto. No puedo decir más, pero estoy dispuesto a jurar sobre la Biblia que me mueven solo un interés y una preocupación personales, motivados en cierta información que llegó a mis oídos en Londres, un indicio de que en efecto se ocultó algo durante aquella investigación. Sin embargo, no sé de qué se trata, y añadir algo más podría ser temerario. Le ruego que vaya por una Biblia y juraré encantado.

—Ya le dije que había gato encerrado —apuntó Wilf.

—Y yo te contesté que el señor Shardlake era un buen hombre. Confío en usted, caballero, no hace falta jurar nada. —El párroco miró a Wilf y luego juntó las manos —. Es usted abogado. ¿Estoy en lo cierto, pues, si digo que podría aceptar a Wilf como cliente, aconsejarle sobre determinado problema que lo aflige y quedar en todo momento sometido a un compromiso de confidencialidad, como me sucede a mí en el caso de la confesión?

—Sí, en efecto. —Miré a Wilf—. Pero ese asunto… ¿tiene algo que ver con el responsable del incendio de la fundición? Eso no podría mantenerlo en secreto.

—No, no es eso. —Wilf negó enérgicamente con la cabeza—. Es que he dado con algo.

—El problema radica en las circunstancias en que Wilf lo ha encontrado —terció Seckford.

—En ese caso haré lo que esté en mi mano para aconsejarlo.

—He oído que para que un abogado quede vinculado a un cliente tiene que cobrar algo —añadió Seckford.

—No es del todo cierto. Puedo actuar desinteresadamente.

—Preferiría que hubiera un intercambio de dinero —insistió Wilf, convencido—. Delante del señor Seckford.

Echó mano de la bolsa que llevaba al cinto y sacó una moneda de seis peniques, de las antiguas de plata auténtica.

—¿Basta con esto? —preguntó.

Vacilé, pero luego la acepté.

—Sí. Ya está, Wilf, es usted cliente mío. Por ley no puedo revelar nada de lo que me diga, a nadie.

Wilf tomó aire y luego se inclinó para dar unas palmaditas a su corpulento perro.

—En esta época del año, el viejo *César*, aquí presente, y yo acostumbramos salir a buscar trufas. El señor Buttress es ahora propietario del bosque y de todo lo que contiene. Aunque habla de talarlo para vender la madera, es su propiedad y sigue tratándola con celo.

—Podríamos decir que lo que hace Wilf es recolectar furtivamente —señaló Seckford—. Las penas son importantes y el señor Buttress se encarga siempre de que haya juicio. Es magistrado.

—Le haría falta tener pruebas —repuse, y mirando a Wilf pregunté—: ¿Las hay?

Clavó los ojos en los míos.

—Sí. —Tras una pausa añadió—: Hace dos días me llevé a *César* al bosque. Tiene un olfato estupendo para las trufas. Conozco los movimientos de los guardabosques, ¿sabe usted? Sé cuándo están en una punta o en otra.

—Entendido.

—Aún no es época de trufas y por lo general jamás me acerco a la vieja fundición. Ese lugar me causa una tristeza muy grande. Me acuerdo de lo que fue, del ajetreo, de la rueda del molino girando… No soporto ver esas ruinas. —Wilf se

interrumpió, bebió un sorbo de cerveza y luego prosiguió con amargura—: Pero esta vez fui. Había oído que la alberca del molino se había roto por el dique tras las tormentas y el granizo de junio, pero hasta entonces había preferido no pasar por allí. Lo que sucedió fue que cuando usted me preguntó por lo sucedido hace años, me vinieron muchos recuerdos y decidí llevar a *César* y echar un vistazo.

—Comprendo.

Wilf se limpió la boca con la mano y continuó:

—Nadie se había ocupado de la alberca del molino desde el incendio y esas compuertas tenían que ceder algún día. En fin, cuando llegué vi que había sucedido precisamente eso: prácticamente se había secado todo, solo quedaba cieno en el fondo y con el calor que ha hecho este mes se había secado y había menguado. Era muy extraño, una pena, ver la alberca vacía con las ruinas del dique roto. Entonces *César* echó a correr por el fango seco y se puso a olisquear y escarbar. Había algo que sobresalía.

Cerró los ojos brevemente y luego prosiguió.

—Lo llamé, pero no me obedeció. Jugueteaba con lo que parecía la raíz de un árbol. Al final me quité los zapatos y me acerqué a buscarlo. El fango seco era solo una costra sobre una base más blanda: en un momento dado me hundí casi hasta las rodillas, pero llegué hasta *César*. Y entonces vi qué mordisqueaba. —El anciano se detuvo y bebió otro sorbo de cerveza—. Era un brazo, un brazo humano, reseco pero conservado por el cieno. Ahí abajo hay un cadáver entero. Así que me vine a ver al señor Seckford.

—¿De quién cree que se trata? —pregunté con apremio.

—No lo sé. No se distinguía.

—Alguien podría haberse caído en la alberca durante los años que han pasado desde que se quemó la fundición —aventuré.

—No, no —respondió Wilf—. El cadáver está en el centro. Lo llevaron hasta allí en barca, porque antes había una bote de remos, y lo soltaron.

—¿Y no podría haberse ahogado en algún momento alguien que estuviera nadando?

—El cadáver está vestido. En el brazo se ven los restos de la manga de un jubón, o eso parece.

—¡Que la Virgen se apiade de nosotros! —exclamó Seckford, antes de levantarse y dirigirse de nuevo al aparador.

—No; se lo ruego —pedí con determinación—. Debemos mantenernos sobrios.

Seckford vaciló y se quedó mirando la jarra con anhelo, pero hizo un esfuerzo y volvió a sentarse.

—Resulta que a Wilf le entró miedo de dar parte —me dijo—, ya que estaba recolectando furtivamente. Su perro había encontrado unas cuantas trufas por el camino y le habría costado mucho explicar por qué se encontraba en el bosque. Ese es el problema que tenemos. Y ahora hay huellas en el barro que van hasta el cadáver.

—Entiendo.

—Lo que hemos pensado, ¿sabe usted? —empezó Seckford con cautela—, es que podría decir que ha vuelto a hacer más averiguaciones y ha convencido a Wilf para que lo acompañe a la fundición a echar un vistazo. En ese caso el perro podría encontrar… lo que ha encontrado. —Sonrió con incomodidad.

—Pide usted a mi señor que cometa perjurio —intervino Barak.

—Podría ser la única esperanza de Wilf —contestó Seckford, y añadió para mí—: No habría ido hasta allí si no hubiera sido por su visita. Y además usted quería descubrir lo sucedido. Bueno, encontrar el cadáver lo situaría en el centro de una nueva investigación. Podría decirles lo que nos dijo a nosotros, que buscaba a miembros de la familia Fettiplace en nombre de un amigo.

Me recosté y suspiré. Una vez más había iniciado pesquisas de buena fe, con el objetivo de ayudar a alguien que lo necesitaba, y había provocado más problemas para todos los implicados. Sin embargo, me parecía que Seckford todavía confiaba en mí.

—Puedo llevarlo hasta allí y enseñárselo ahora —propuso Wilf con impaciencia —. Luego podría decir que me ha pedido que lo acompañe. Es mi única esperanza —añadió desesperado—. Mis hijos están de acuerdo.

Miré a Barak, que negó con la cabeza, aunque luego hizo un gesto de impotencia.

—De acuerdo —contesté—. Lléveme a la fundición ahora, enséñeme el cadáver y diremos que acabamos de encontrarlo.

Wilf soltó un suspiro de alivio y sonrió al párroco.

—Tenía razón en lo que me dijo del caballero, señor Seckford. Será mi salvación.



Seckford se quedó en la vicaría. No lo lamenté, porque nos habría obligado a ir más despacio y me había asaltado la terrible inquietud de que alguien más se topara con el cadáver en el ínterin. Cuando ya salíamos vi que se dirigía hacia la jarra. Una vez fuera, Wilf señaló un sendero que se adentraba en el bosque. Tenía hambre, estaba cubierto de polvo y me dolían las piernas terriblemente, pero había que ir de inmediato.

Seguimos a Wilf por el bosque, con el perro pegado a sus talones. El cielo estaba muy oscuro; podía empezar a llover en cualquier momento.

—¿En qué coño estamos metiéndonos esta vez? —musitó Barak.

—En algo que tendría que haberse resuelto hace mucho tiempo. Claro que no hay secreto que dure eternamente.

—No. En este caso podría haber sucedido, si al perro no le hubiera dado por escarbar. Como se imaginará, habrá otra investigación. Y de nuevo habrá hallado usted el cadáver. Lo único es que en esta ocasión se trata de una adulteración de los hechos.

—No podía dejar al anciano con el agua al cuello, pero tú no tienes que acompañarnos ni implicarte.

—Esa mujer nos ha visto entrar juntos en el pueblo. Cuando la interroguen le preguntarán quién lo acompañaba.

—Tienes razón. Lo siento.

—Parece otro asesinato, ¿verdad?

—Sí, Jack, eso parece.

Seguimos a Wilf por un sendero entre los árboles, invadido por la vegetación, paralelo al gran arroyo que cruzaba el pueblo. Habría sido un paraje precioso en otras circunstancias.

—Este arroyo daba agua al molino —explicó Wilf volviendo la cabeza—. ¡Ven, *César*!

El perro se había adelantado un poco y parecía impaciente. Luego Wilf se detuvo y se pasó la mano por la calva tostada por el sol.

—Tomé este camino durante muchos años para ir a trabajar. Entonces estaba muy concurrido, pasaban los carros cargados de hierro. Primero llegaremos a la fundición. La alberca está detrás.

Alcanzamos el claro donde se había alzado la fundición en el momento en que empezaban a caer goterones. Lo único que quedaba era un montón de ruinas bajas, vestigios irregulares de paredes de madera requemados y ennegrecidos, adornados por la hiedra. En un extremo los restos aplastados de una rueda hidráulica reposaban contra una estructura alta y redonda coronada por nidos de grajos. La chimenea del horno, sin duda. Más allá del edificio en ruinas distinguí una larga extensión rectangular de fango marronoso por cuyo centro pasaba en aquel momento el arroyo. En sus orillas había grandes montículos cubiertos de vegetación.

—¿Qué es? —pregunté a Wilf, señalándolos.

—Escoria, quizás.

Al ver la alberca vacía, el perro trató de salir disparado, pero Wilf lo interceptó y lo sujetó por el collar.

—Vamos a necesitar algo para cavar —dijo.

Nos guio hasta el interior de las ruinas por la brecha de una pared derribada y encontramos un amplio suelo de piedra plagado de malas hierbas. En un extremo estaba la vieja carbonera. Las paredes habían desaparecido casi por completo, pero el gran horno de piedra seguía allí, ennegrecido pero intacto, con un agujero oscuro en el fondo: sin duda la escotilla por la que se recogía el hierro semifundido. Wilf se puso a rebuscar entre los restos del suelo. Barak y yo echamos un vistazo. La lluvia ya caía con fuerza y golpeteaba nuestras cabezas y el suelo de piedra.

—El edificio es mayor de lo que esperaba —comenté, pensando que todavía se notaba el olor acre del hierro.

Wilf levantó la cabeza. Había encontrado lo que quedaba de una pala comida por el óxido.

—Si se produjo un incendio, debió de tardar mucho en consumirlo todo —reflexionó—. Y esas paredes no eran altas, cualquiera podría haber saltado.

Recordé una vez más las palabras de Ellen: «¡Se quemó! Pobre hombre, estaba envuelto en llamas…». Me dije: «Un hombre. ¿Acaso el otro ya estaba en la alberca?».

—Me imagino el desastre que debía de ser esto tras el fuego —señaló Barak.

—Casi no quedó nada —contestó Wilf—. Encontraron huesos, claro. Carbonizados, calcinados. —Señaló el horno—. Justo ahí.

—¿Cuántos había? —pregunté.

—No era fácil distinguirlos, estaban muy quemados. Eso sí, solo se hallaron los restos de una pelvis. Priddis dijo que los demás debían de haberse consumido completamente. Bueno, vamos allá, señores. A ver el hallazgo de *César*.

Salimos de la fundición en ruinas. La lluvia no aflojaba. Llegamos al hueco fangoso, que olía a podrido. Estaba rodeado de juncos que habían empezado a resecarse. Wilf sacó un trozo de cuerda y ató a *César* a un árbol. El perro se puso a gañir y mirar el barro con ansia. El anciano señaló un punto situado cerca del centro de la alberca, tal vez a veinte metros del borde, y vi unas huellas que conducían hasta lo que parecía un gran palo ennegrecido en mitad del fango. Barak emitió un leve silbido.

Wilf indicó un poste situado entre los juncos.

—Ahí se ataba la barca. ¿Lo ven, ahí? Cuando la hija del señor Fettiplace era niña salía a remar. Alguien pudo coger la barca la noche del incendio y soltar el cadáver en el centro.

«Podría haber sido Ellen —pensé de repente—, pero ¿por qué no dejarlo en la fundición?».

—Será mejor hacerlo ya, señores —aconsejó Wilf, apretando los labios.

Se puso la pala oxidada sobre el hombro y Barak y yo nos descalzamos y lo seguimos por el barro reseco y resquebrajado con paso cauteloso. En una ocasión la costra cedió y Barak se hundió hasta media pantorrilla, lo que provocó varios juramentos mientras sacaba la pierna.

Wilf fue el primero en llegar al centro.

—¿Lo ve? —preguntó en voz baja.

Contemplé los restos apergaminados de un brazo humano, piel seca y tendones consumidos en torno a un hueso. Recordé las reliquias de los santos, prohibidas desde hacía un tiempo. Wilf clavó la pala en una grieta del barro endurecido.

—Apártense, señores.

—Déjeme a mí —ordenó Barak sin miramientos—. Soy más joven que usted.

—Descuide. Resulta bastante fácil, incluso con este trasto. Basta con romper la primera capa. Sí necesitaré su ayuda para sacarlo.

Hundió la pala en el fango. Barak y yo lo vimos cavar mientras la lluvia nos caía encima sin piedad. Debajo apareció un lodo viscoso y maloliente. En cierto momento

se detuvo, se estremeció y se irguió con la cabeza gacha.

—¿Qué sucede? —preguntó Barak.

—Creo que he tocado el cuerpo. —Había palidecido.

—¿Quiere que lo sustituya? —se ofreció Barack.

—Se lo ruego.

Transcurridos unos veinte minutos, Barak había dejado al descubierto una zona de lodo espeso y cenagoso que tendría unos dos metros por uno. Luego se agachó y metió las manos. Palpó bajo la superficie y tiró con delicadeza hasta sacar otro brazo. Apartó la cara debido al hedor del lodo.

—A ver si encuentran los pies —dijo—. Si tiramos de los brazos podrían desprenderse.

Wilf y yo nos arrodillamos con cuidado sobre la costra húmeda y metimos las manos en el fango. La lluvia seguía cayendo con fuerza sobre nosotros y sobre aquellos brazos resecos.

—Tengo una pierna —anunció el anciano con voz temblorosa.

—Y yo la otra.

El tacto era espantoso, tan solo tela y hueso.

—A la de tres —dirigió Barak, y tiramos.

El cadáver de un hombre surgió lentamente del fondo, cubierto de barro. La pierna que había agarrado yo resultaba más difícil de sacar; cuando poco a poco fue saliendo me di cuenta de la razón. Tenía atada en torno al muslo una cuerda en cuyo extremo había un pedazo de hierro. Ya no cabía duda: alguien había ocultado el cadáver allí.

Arrastramos aquel cuerpo oscuro y chorreante hasta la orilla. *César* tiraba de la cuerda y ladraba. Nos sentamos y respiramos hondo el aire fresco mientras la lluvia se nos metía en la boca. Entonces Wilf se puso en pie y dio la vuelta al cadáver con cuidado. Sacó un trapo del blusón y limpió la cabeza, que tenía barro incrustado. Era poco más que un cráneo con piel tensada, pero conservaba el pelo.

A continuación limpió del cuello lo que identifiqué como restos harapientos de un jubón. Se agachó y al levantarse me mostró un gran botón con una mano temblorosa.

—¿Lo ve? El botón no se ha podrido. Mire el dibujo, una gran cruz cuadrada. Lo recuerdo. Eran los botones que llevaba el señor Fettiplace en el jubón que se ponía para trabajar. Y el pelo es rubio, como el suyo. Es él. —Wilf parecía muy afligido y se echó a llorar—. Perdónenme, me resulta muy penoso.

Barak le puso una mano en el hombro.

—¿Cómo puede haber sucedido? —pregunté a Barak en voz baja—. Según Ellen, se quemó un hombre. Debió de ser el amigo de Wilf, Peter Gratwyck. A su padre lo mataron y lo echaron ahí.

Observé los restos, pero estaban demasiado momificados para distinguir una posible herida.

—Si lo mataron, ¿por qué no lo dejaron en la fundición para que se quemara? —

preguntó Barak—. ¿Y quién estaba presente? Ellen, eso lo sabemos, pero ¿alguien más?

—Wilf, aparte del señor Fettiplace y su amigo Gratwyck, ¿hubo algún otro desaparecido en la zona durante la época del incendio? —pregunté—. ¿Alguien que pudiera haber hecho esto y luego huido?

Wilf tenía la cara cubierta de barro, lágrimas y lluvia cuando respondió:

—No, señor. Nadie.

Capítulo 34

Wilf insistió en que colocáramos el cadáver de Fettiplace a cubierto, así que apoyamos el cuerpo disecado contra el interior de una de las paredes de la fundición y lo protegimos con tablones sueltos. Transportarlo resultó nauseabundo; me daba miedo que se desmenuzara. Luego miré el barro resquebrajado en que había estado oculto; el hueco y nuestras pisadas se llenaban ya de lluvia. A continuación iniciamos el camino de regreso, empapados de la cabeza a los pies.

—Supongo que ahora tenemos que ir a ver a Buttress —apuntó Barak—, ya que es el magistrado.

—Sí. Deberá hacer averiguaciones y notificar al juez pesquisidor de Sussex. —Sacudí la cabeza—. El asesinato me persigue en este viaje.

—El elemento común es la intervención de Priddis —susurró Barak, aunque Wilf iba más adelante con *César*—. Dijo usted que la firma de Ellen en la escritura de venta de la casa estaba falsificada. ¿Cree que Buttress lo sabe?

—Podría ser. No me gustó lo que vi de él.

Apareció la vicaría a lo lejos y cogí a Wilf del brazo.

—Debería hacer venir a sus hijos —le sugerí—. Ha sufrido una fuerte impresión.

Se despabiló y me miró.

—¿No dirá usted nada de mis incursiones furtivas?

—No. Se lo prometo. Contaremos lo que hemos acordado, que hoy le he pedido que me mostrara la vieja fundición.

Seckford nos había visto acercarnos y salió al jardín.

—¿Qué han descubierto? —preguntó con aprensión.

—El cadáver del señor Fettiplace —respondí. Tomé al párroco de un brazo blanco y rollizo y lo miré a los ojos—. Escuche: ahora hace falta que esté sobrio. Hágalo por Wilf, por todos nosotros.

Tomó aire hasta el fondo de los pulmones y dirigiéndose a Wilf dijo:

—Su cuerpo tendrá cristiana sepultura. Yo me encargaré.

Entramos. Seckford habló entonces con una firmeza repentina:

—Esa jarra, señor Shardlake, ¿me hace el favor de llevarla a la cocina?

Llevé la cerveza a un cuartucho mugriento situado detrás de la sala y donde las moscas zumbaban encima de los platos sucios. Seckford apenas parecía capaz de cuidar de sí mismo, pero en su día había cuidado de Ellen. Regresé a la sala, donde Wilf se había dejado caer en el banco. Seckford estaba en su silla.

—Señor Seckford —dije—, creo que ahora tenemos que acudir al señor Buttress. Los cuatro.

—¿Esta vez… se descubrirá la verdad?

—Eso espero. Ahora escúchenme los dos, por favor. Les ruego que no digan nada

sobre mi interés personal en este caso. Que Buttress siga creyendo que me limito a buscar a los parientes de un cliente.

Seckford me miró con severidad.

—Pero si ha descubierto algo en Londres, sin duda ahora habría que revelarlo.

—Tengo mis motivos para no decir nada todavía. Confíe en mí.

Con más razón que nunca, no deseaba que Buttress o sus aliados descubrieran el paradero de Ellen, en el caso de que no lo conocieran ya. Ansiaba con todas mis fuerzas haber hecho lo suficiente para protegerla y de repente me entraron ganas de que Wilf no se hubiera topado con aquel cadáver. El anciano empezó a mirarme con recelo, pero el párroco acudió en mi ayuda y dijo:

—Debemos tener fe en el señor Shardlake, Wilf. Al tratar con gente como Buttress no hay que decir nada más que lo estrictamente necesario, ¿verdad, abogado?

—Exacto.

Sentí un arrebato de gratitud por la confianza expresada por Seckford, quien se levantó, se acercó a Wilf y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Podemos pasar todos por la iglesia de camino y así escribiré una nota para que el sacristán se la lleve a tus hijos.



Al cabo de una hora volvía a encontrarme en el imponente salón de Buttress. Encima de la mesa había un jarrón con flores recién cortadas cuyo aroma empalagaba. El párroco se sentó a mi lado, con un rastro de sudor en las rollizas mejillas, mientras que nuestros dos acompañantes se quedaron de pie a nuestra espalda. Buttress solo nos había ofrecido asiento a Seckford y a mí, aunque Wilf parecía sobrecogido e indispuesto.

Por su parte, nuestro anfitrión recorrió inquieto la estancia de una punta a otra, con las manos cogidas a la ancha espalda, mientras le contaba el descubrimiento de la alberca. Cuando hube terminado se pasó una manaza por el pelo cano y rizado, pensativo. A continuación se acercó y me miró.

—Lo que no alcanzo a comprender, señor Shardlake —señaló con una agresividad petulante—, es por qué ha ido usted a husmear a la fundición. En su anterior visita parecía que lo que le interesaba era poner en duda mi derecho sobre esta casa.

—Yo no me referí a eso ni remotamente, caballero. Mi interés era tan solo comprobar si en la escritura aparecía la dirección de la señorita Fettiplace. Usted accedió a mostrarme el documento.

No había puesto en duda la adquisición de la casa, pero me dije que los culpables se alarmaban con facilidad. Comprendí que Buttress era un hombre bastante estúpido.

—La experiencia me dice —contestó con un gruñido y entornando sus ojillos

castaños— que cuando un abogado pide ver una escritura de compraventa suele ser porque pretende ponerla en tela de juicio.

—Me disculpo si le causé una preocupación innecesaria. Entiendo que fue eso lo que sucedió, ya que el señor Seckford y Harrydance me cuentan que con posterioridad se dedicó usted a hacer preguntas sobre mi visita.

—¿Y a qué viene regresar aquí para ver las ruinas de esa fundición?

—Tenía un día sin ocupaciones en Hampshire y me apetecía cabalgar. El señor Seckford me había contado que Harrydance conocía el lugar.

—Y todo esto porque tiene un cliente interesado en dar con algún familiar. ¿De quién se trata, por cierto?

—Sabe usted que no puedo responder a eso. Se trataría de una violación de la confidencialidad profesional.

—Tendrá que decírselo al juez pesquisidor cuando llegue. —Los ojillos de Buttress siguieron escrutando los míos un poco más; luego me dio la espalda e hizo un gesto malhumorado—. Supongo que ahora tengo que ocuparme de que traigan los restos a Rolfswood. Mañana es día de mercado: las mujeres tendrán buen tema para habladurías. Y tengo que escribir al juez pesquisidor de Sussex a Chichester. Claro que a saber cuándo puede llegar. En fin —prosiguió, mirándonos a los cuatro—, al menos la cosa no corre prisa. El señor Fettiplace ha pasado diecinueve años en esa alberca; esperar un poco más no le provocará grandes perjuicios.

—Con todo el respeto —intervine—, esto no deja de ser un asesinato que acaba de descubrirse. El veredicto de muerte accidental de sir Quintin Priddis era erróneo, evidentemente.

—Ya —coincidió Wilf con arrojo—. Yo siempre he dicho que la primera investigación no se hizo bien.

Buttress echó su voluminoso cuerpo hacia delante y clavó los ojos en la cara del anciano.

—¿Acusa usted a una de las figuras más destacadas de la región de incompetencia? Mucho cuidado, viejo chocho.

—Harrydance está sobresaltado —señaló Seckford para calmar los ánimos.

Buttress dirigió entonces aquella torva mirada hacia él.

—Ya sé que a usted y al otro vejestorio les gusta tomarse alguna cervecita, señor párroco. Más de una. Y tengo entendido que sus oficios sueltan un tufillo papista. No me provoque, que puedo ponerles las cosas difíciles a los dos.

—Protesto, señor Buttress —tercié—. Es usted el magistrado y no me parece adecuado que intimide a los testigos.

Él torció el gesto, pero no perdió el control y se limitó a decir:

—He llamado al orden a Harrydance por insultar al antiguo juez pesquisidor. Y el señor Seckford no es testigo de nada. No los ha acompañado a la fundición.

—Sin embargo, soy testigo del estado mental de la señorita Fettiplace después de que se quemara la fundición y del hecho de que el propio señor Priddis fue quien se la

llevó —repuso el párroco con tranquilidad.

Me estremecí, ya que no me gustaba que hubiera dirigido la atención hacia la desaparición de Ellen.

—Si fue testigo de un asesinato se explicaría que estuviera alterada —comenté.

—¿Y si se trató de un suicidio? —planteó Buttress, volviéndose hacia mí—. ¿Y si el señor Fettiplace, por algún motivo que desconocemos, provocó el incendio, mató a su empleado y luego se fue con la barca hasta el centro de la alberca, se ató un pedazo de hierro a la pierna y se ahogó? Esas cosas pasan; hace un par de años una jovenzuela tonta del pueblo se quedó en estado y se arrojó a un embalse.

De repente pensé en Michael Calfhill, colgado de aquella soga en sus aposentos, y razoné:

—En ese caso, sin duda a la mañana siguiente se habría hallado la barca vacía a la deriva.

—Tal vez nadie se fijó; todo el mundo estaba pendiente del fuego.

—¿Por qué iba a suicidarse el señor Fettiplace? —insistí.

—¿Quién sabe? Bueno, tendremos que reunir a los testigos. Algunos de los hombres de la fundición viven todavía.

—Tengo entendido que Ellen Fettiplace había pasado el día con un joven interesado en ella, Philip West —señalé.

—Los West son una familia importante de la zona —repuso Buttress con cara de pocos amigos—. O eso se creen ellos. El señor West es en la actualidad oficial de la Armada de su majestad.

—No obstante, también habrá que interrogarlo.

Cuando se reuniera toda esa gente saldría a la luz que me había dedicado a investigar a fondo la historia de Ellen, pero lo importante era convocarlos a todos e interrogarlos adecuadamente. Y pensaba estar presente.

—Se tardará en poner todo eso en marcha —respondió Buttress. Estaba claro que haría todo lo posible para retrasar el proceso, pero ¿por qué? ¿Para mantener en secreto la falsificación de la escritura?—. Me imagino que cuando el juez pesquisidor logre reunir a toda esa gente para su investigación usted ya habrá regresado a Londres. Le escribirá. A no ser que desembarquen los franceses y acabemos todos tan complicados en la guerra que no pueda hacerse nada sobre asunto alguno.

—Me mantendré al tanto de los acontecimientos a través del señor Seckford —dije, mirando de forma significativa al anciano, que asintió.

—Claro, señor Shardlake —repuso Buttress con gran pesar—. No esperaría menos de usted.



Al caer la noche estábamos instalados en la posada de Rolfswood; Buttress, como era de esperar, no nos había ofrecido su hospitalidad. Cuando salimos de su casa los hijos

de Wilf nos esperaban calle arriba. En esa ocasión me trataron con cordialidad. Al fin y al cabo, acababa de mentir para salvar a su padre de una posible acusación de recolecta furtiva.

—Tendría que haber dejado usted el cadáver allí, padre —lo reprendió uno de los hermanos—. Que lo encontrara otro. Pero qué pinta trae, parece medio muerto.

—No podía dejar allí al señor Fettiplace —contestó Wilf—. El señor Shardlake me protegerá.

—Les prometo que me ocuparé de que se haga justicia.

Al menos, esa era mi intención. Buttress no sería listo, pero sí astuto y despiadado.

Seckford y Wilf nos acompañaron a la posada. La mujer que me había presentado a Wilf, la viuda Bell, resultó ser la propietaria. Aceptó darnos alojamiento para pasar la noche. Al separarnos, aferré la fofa mano de Seckford y le pedí:

—Le ruego que proteja a Wilf en todo lo que pueda. Con una carta me tendrá aquí.

Le había dado la dirección del priorato de Hoyland y de mi bufete en Londres.

Me miró con los ojos llorosos y luego sonrió con tristeza para decir:

—Teme usted que beba demasiado y no sirva de ninguna ayuda. No, señor, me controlaré. Dios me ha dado una tarea que cumplir, como hizo en su día con Ellen. Esta vez no fallaré.

—Gracias —contesté, con la esperanza de que pudiera mantener su determinación.

En cuanto nos llevaron a la habitación, Barak y yo nos desplomamos exhaustos encima de la cama, hasta que al cabo de una hora el hambre nos hizo bajar a cenar. La posada estaba llena; recordé que Buttress había mencionado que al día siguiente habría mercado. Mientras comíamos alguien dio la noticia de que se había hallado el cadáver de Fettiplace en la alberca del molino y se inició un murmullo animado. Barak y yo nos retiramos antes de que nos relacionaran con lo sucedido.

—¿En qué situación nos encontramos ahora? —me preguntó él.

—Tenemos la oportunidad de que todos los implicados se reúnan para que los interroguen. Buttress se hará de rogar, tengo que seguir presionándolo.

—¿Desde Londres? ¿Y qué hay de Ellen? Si todo esto sale a la luz, ¿no correrá peligro?

—Tomé las medidas necesarias para protegerla. Tomaré otras a mi regreso.

—Y ahora tendrá que volver aquí varias veces.

—He de poner algo de orden en este caos, Jack —dije, incorporándome en la cama—. Es mi deber. —Noté que la pasión se apoderaba de mi voz. Barak me miró con gesto serio, pero no contestó—. Buttress oculta algo —añadí.

—Probablemente, pero ¿en qué cambia las cosas el hallazgo del cadáver? La investigación podría dar la razón a Buttress y concluir que quizá Fettiplace mató a Gratwyck y luego fue a la alberca y se suicidó.

—¿Y si hubiera aparecido alguien más por la fundición, alguien que violó a Ellen y después asesinó a su padre y a Gratwyck? Por lo que dijo, la atacaron al menos dos hombres; habló en plural. Eran muy fuertes y no podía moverse.

Barak se quedó en silencio otra vez y al cabo contestó:

—Confiere usted mucho peso a los chillidos de una loca.

—Aquel día dijo la verdad.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —Se cruzó de brazos y me sostuvo la mirada de una forma que, curiosamente, me recordó a algunos jueces que había conocido en el pasado.

—Tú no la viste, no viste el terror que le provocaron esos recuerdos.

—¿Y si las insinuaciones de West son ciertas y la propia Ellen mató a su padre y a Gratwyck y después provocó el incendio? En ese caso, Priddis podría habérsela llevado de aquí igualmente para contentar a los West y haber hecho un trato con Buttress para que se quedara la casa por poco dinero y se repartieran los beneficios. Ya sabe cómo son estos representantes de la ley en el campo: no tienen mesura.

—Me ha dado la impresión de que los West no son santo de la devoción de Buttress. Por rivalidades de poder, quizá.

—Se niega a creer que podría haber sido ella, ¿verdad?

—Lo que creo es que, pasara lo que pasase, Philip West tuvo alguna implicación —contesté, sentado en el borde de la cama y torciendo el gesto—. Aquel día sigue atormentándolo.

—El hecho de que usted lo crea no significa que sea cierto.

—Quiero que se interrogue a West, y también a Priddis, en una investigación oficial —repliqué con impaciencia—. Entonces se conocerá la verdad.

—¿Cómo es el juez pesquisidor de Sussex? —preguntó, todavía receloso y preocupado.

—No sé nada de él. Haré averiguaciones cuando volvamos a Londres.

—Si volvemos algún día.

—Regresaremos en cuanto el juez pesquisidor de Hampshire nos lo permita. Te hice una promesa y la cumpliré.

Barak se acercó a los postigos al oír gritos en la calle. Yo ya me había percatado de un ruido creciente, pero había supuesto que eran los comerciantes preparando sus puestos para el día de mercado. Barak abrió y soltó un silbido.

—Venga a ver esto.

Me coloqué a su lado ante la ventana. Fuera, un gran grupo de personas, algunas con antorchas, se había congregado en torno a un montón de broza en medio de la calle. Mientras las observábamos abrieron paso, entre gritos y vítores, a cuatro hombres que llevaban la efigie de paja de un hombre vestido con un blusón harapiento que tenía una gran flor de lis pintada en la pechera.

—¡A la hoguera con el francés, que muera el muy perro! —gritaba la turba.

Echaron el monigote sobre la broza y le prendieron fuego. La figura quedó

rodeada de llamas por un instante y luego se consumió con rapidez.

—¡Eso se llevarán los invasores! —bramó alguien, lo que provocó enérgicos vítores.

—¡Ya nos encargaremos nosotros de castrar a los caballeros del rey francés!

Me aparté rezongando y dije:

—Podrían recordar quién empezó todo esto. El rey, al enfrentarse a una potencia muy superior.

—El problema es ese —respondió Barak—: uno provoca que empiece algo y sin darse cuenta se le va de las manos.

Me miró de manera significativa y no contesté. Me limité a echarme en la cama otra vez y a contemplar el reflejo de las llamas, que bailaban enrojecidas en el techo.



Por la mañana nos levantamos temprano para emprender la larga cabalgada de regreso a Hoyland. El cielo volvía a estar despejado e iba a hacer buen día. Fuera habían limpiado las cenizas de la hoguera y estaban colocando los puestos del mercado, con toldos de vivos colores, en toda la calle. Habíamos desayunado y estábamos recogiendo nuestras cosas cuando llamaron a la puerta y entró una aturullada señora Bell.

—Ha venido alguien a verlo, señor —anunció.

—¿De quién se trata?

—De Beatrice West, viuda de sir John West y propietaria de Carlen Hall —respondió tras tomar aire.

Barak y yo nos miramos.

—¿Dónde está? —pregunté.

—La he pasado a mi modesto salón —respondió la señora precipitadamente—. Se ha enterado de lo del cadáver del molino. Por favor, le ruego que no diga nada que la moleste. Muchos de mis parroquianos son arrendatarios suyos. Es una mujer orgullosa, se molesta con facilidad.

—No deseo enemistarme con ella.

—Problemas —se lamentó con repentina amargura—. Cada vez que aparece usted hay problemas.

Salió y cerró de un portazo. Barak arqueó las cejas.

—Espera aquí —ordené.



El salón de la señora Bell era una pequeña estancia con una mesa llena de hendiduras, un par de taburetes y un cuadro muy viejo de una escena de caza con la pintura

agrietada y descolorida. Una mujer alta y de constitución recia, de unos sesenta años, esperaba de pie junto a la mesa. Llevaba un ancho vestido azul de cuello alto y una anticuada capucha. Tenía un rostro inteligente y altivo con unos ojillos hundidos y despiertos que me recordaron a su hijo.

—¿Beatrice West? —pregunté.

Asintió con cara de pocos amigos y luego preguntó bruscamente:

—¿Es usted el abogado que ha encontrado ese cadáver en la alberca? ¿En la fundición Fettiplace?

—Así es, señora. Matthew Shardlake, abogado, de Londres —me presenté, con una buena reverencia.

La mujer asintió y su pose perdió algo de rigidez.

—Al menos estoy ante alguien de categoría. —Dirigió una mano muy cuidada hacia los taburetes—. Siéntese si lo desea, haga el favor. Tal vez le resulte incómodo pasar mucho tiempo de pie. Yo no pienso sentarme en un taburete, estoy habituada a las sillas, pero entiendo que este lugar es pobre.

La referencia indirecta a mi aflicción me molestó ligeramente, pero me di cuenta de que las palabras comedidas y una actitud modesta eran la mejor forma de tratar con aquella mujer.

—No me importa quedarme de pie, no se preocupe.

Siguió observándome con sus perspicaces ojillos castaños. A pesar de su comportamiento altanero detecté cierto nerviosismo.

—Llegué a Rolfswood anoche, para visitar el mercado —explicó—. Me alojo en casa de unos amigos. Acababa de llegar cuando recibí una carta de ese zafio de Humphrey Buttress en la que me decía que alguien había hallado el cadáver del señor Fettiplace, al que todos creíamos abrasado en su fundición hace diecinueve años. Ese alguien era usted.

—Es cierto, señora.

—Indicaba que, como magistrado, requería (ah, esa palabra le encanta: requería) saber el paradero de mi hijo, dada su antigua… vinculación con Ellen Fettiplace. Bueno, eso tiene fácil respuesta. Philip está en Portsmouth, preparándose para defender a Inglaterra. Según Buttress, usted quiere que lo interroguen. —Se detuvo para tomar aire—. Bueno, caballero, ¿qué tiene usted que decir? ¿Qué relación guarda con usted este asunto tan antiguo?

—Lo único que puedo responderle es lo que ya dije al señor Buttress. He hecho averiguaciones en representación de un cliente sobre la familia Fettiplace. Ayer visité la fundición con el viejo señor Harrydance y encontramos el cadáver. Lamento provocar molestias, pero sin duda el hallazgo merece una investigación. Su hijo es una de las personas que deben colaborar. Mi única intención es que se haga justicia, ver que se cita a quienes hay que citar.

—¿Por qué se encuentra usted en Sussex?

—Un asunto legal me ha llevado a Hampshire. Me alojo en una casa situada unos

kilómetros al norte de Portsmouth, el priorato de Hoyland. Se trata de un encargo de la Audiencia de Tutelas.

Me pareció indicado no informar a aquella mujer de que mi ocupación habitual era en la Audiencia de Ruegos. Su rostro se relajó un poco.

—El señor Seckford me contó que Philip vino el día del incendio para pedir al señor Fettiplace la mano de su hija —añadí.

—¡Esa muchacha! —exclamó la señora West con amargura—. Era de una posición social inferior a la nuestra, Philip no debería haberse complicado con ella. Tras el incendio perdió la razón… y se la llevaron —explicó, y preguntó—: ¿Tendrá usted una implicación oficial en la investigación?

—Ya estoy implicado, por haber hallado el cadáver.

La miré fijamente. ¿Habría sido ella la encargada de organizar el secuestro de Ellen? De improviso pareció languidecer.

—Creíamos que estaba todo zanjado, pero ahora… un asesinato… Y van a interrogar a mi hijo.

—Pretendo que se sepa la verdad, señora. Nada más.

Clavó los ojos en mí y al parecer tomó una decisión.

—En ese caso, debo contarle algo. Tiene que salir a la luz y prefiero decírselo a usted antes que a Buttress. Comprenderá, señor Shardlake, que en los pueblos suelen surgir rivalidades entre la gente de buena cuna como mi familia y los hombres como él.

—Tras conocerlo, me imagino que es… problemático.

—Si le cuento algo que demuestra que mi hijo no vio a la señorita Fettiplace aquel día, tal vez no llamen a Philip para declarar.

—Es posible.

—Él no querría que se supiera, ni siquiera ahora, pero debo hacer lo que esté en mi mano para protegerlo. Philip debería haberlo dicho durante la primera indagación, claro que entonces todos creíamos que había sido un accidente.

Empezó a retorcerse las manos y me di cuenta de que estaba asustada, a punto de dejarse llevar por el pánico. Me miró de nuevo, recuperó la compostura y empezó a hablar con rapidez.

—Hace diecinueve años mi hijo tenía veintidós. Para su edad había alcanzado una buena posición. Dos años antes, mi esposo, que en paz descanse, y yo le habíamos encontrado un puesto en la Casa del Rey, al servicio del jefe de cacería de su majestad. Estábamos muy satisfechos. —Relajó la expresión para sonreír con afecto —. Tendría que haber visto a Philip entonces. Un gran muchacho, fuerte, despreocupado, entregado a ocupaciones viriles. Aquello fue el final de los buenos tiempos, caballero, cuando en Inglaterra todo parecía asentado y seguro. El rey llevaba casi veinte años casado con la reina Catalina de Aragón, felizmente según creíamos, si bien no habían tenido un hijo varón. No sabíamos que ya se había fijado en Ana Bolena.

—Lo recuerdo bien.

—Mi hijo, como le he dicho, participaba en la organización de las cacerías de su majestad. Tengo entendido que ahora apenas puede andar, pero por aquel entonces se pasaba el día cazando. Philip llamó la atención del rey, que dedicaba un trato favorable a quienes compartían su pasión. En 1526 ya formaba parte del círculo más amplio de compañeros del monarca y en ocasiones le pedía que lo acompañara en partidas de dados y cartas. —Hablaba con orgullo, pero añadió en un tono más sombrío—: Y en ocasiones el rey utilizaba a Philip de mensajero, para que entregara cartas privadas. Había llegado a confiar mucho en mi hijo. Eran cartas para… —vaciló— Ana Bolena.

Recordé la ejecución de Ana Bolena, a la que lord Cromwell se había empeñado en que asistiera; la cabeza que había salido volando cuando se la habían cortado, los borbotones de sangre. Cerré los ojos un momento. Curiosamente, no lo había recordado al ver a lady Isabel, su hija.

—Ahora ya no importa —prosiguió la señora West con un suspiro—. Tanto Catalina de Aragón como Ana Bolena murieron hace mucho tiempo, pero desde luego entonces importaba y mucho. En 1526 nadie había oído hablar de Ana Bolena fuera de la corte. El rey ya había tenido amantes, pero esa en concreto se empeñó en que se divorciara de Catalina y se casara con ella. Ya conoce usted la historia. Le prometió un hijo varón.

Mi interlocutora rio con amargura y me dije: «Y solo le dio a Isabel». Recordé a la muchacha, que me miraba con interés al preguntarme por el mundo de los abogados.

—Bueno, en 1526 su majestad emprendió una de sus expediciones de caza a los parques reales de Sussex. La reina Catalina lo acompañaba, lo mismo que Philip. Ana Bolena estaba en la casa familiar de Kent, pero el monarca le escribía habitualmente y mi hijo era uno de sus mensajeros de confianza. No sé lo que decían esas cartas, hasta dónde había llegado la relación por entonces, y tampoco lo sabía Philip, pero la reina Catalina estaba preocupada…

—¿Ya entonces? No lo sabía…

—Ah, la reina Catalina tuvo siempre sus espías.

La señora West empezó a andar con inquietud por la estancia y su falda hacía frufrú sobre los tablones cubiertos de juncos.

—Aquel agosto la corte se encontraba en el castillo de Petworth, en Sussex, a algo más de treinta kilómetros de aquí. Entienda usted, señor Shardlake, que debido a su puesto mi hijo pasaba mucho tiempo en Londres; tan solo podía visitar Rolfswood ocasionalmente. A menudo sus visitas a Ellen Fettiplace quedaban separadas por períodos de varias semanas. Ahora pienso que si la hubiera visto más se habría dado cuenta de lo poco que le convenía como esposa.

—No la apreciaba usted.

—En absoluto —respondió con firmeza—. Su padre le había permitido una

independencia excesiva. Con mi hijo se comportaba como una veleta, pero su insolencia aún lo enamoraba más. —Rio con pesar—. Le pasaba lo mismo que al rey con la falsa e infiel Bolena, y mire cómo acabó eso. —Prosiguió apenada—: En la naturaleza de Ellen había algo alocado, inestable, ya desde un principio. No convenía enojarla.

—¿A qué se refiere?

—Sé ciertas cosas.

Torcí el gesto al recordar lo que me había contado Philip West sobre incendios provocados.

—Philip nos había escrito para contarnos que pensaba declararse a Ellen Fettiplace y había conseguido permiso del jefe de cacería para visitarnos. Entonces, justo antes de que se marchara, el rey en persona lo hizo llamar. Le pidió que después de venir aquí llevara una carta al castillo de Hever. Una carta con el sello personal del monarca.

—¿Sabía el rey que su hijo iba a pedir en matrimonio a Ellen?

—Sí. Por eso le permitió venir antes aquí. —La señora West se acercó y me miró. Me ponía nervioso que no se sentara—. Sin embargo, cuando Philip viajó de Petworth a Hampshire, señor Shardlake, no iba solo. —Le tembló la voz ligeramente —. Iba con un amigo de la corte, un joven abogado que pidió acompañarlo para cabalgar juntos y tener compañía. Se dirigía a Hampshire.

Se me cerró la garganta. Así pues, había habido dos hombres. «¡Eran muy fuertes! ¡No podía moverme!». Hice un esfuerzo para hablar con compostura y pregunté:

—¿Quién era el amigo?

Ella me miró y vi entonces una especie de demanda desesperada en sus ojos.

—Eso es lo malo, abogado, que no lo sé.

—Pero si Philip fue a visitarlos a ustedes…

—Voy a contarle lo sucedido. La carta de mi hijo llegó con un mensajero rápido procedente de Petworth y en ella nos comunicaba que llegaría al día siguiente. Dado que después tenía que ir a entregar el mensaje del rey (entonces no sabíamos a quién), tan solo podía quedarse una noche. Tenía previsto acudir directamente a casa de los Fettiplace aquella tarde y hablar con William Fettiplace. Si aceptaba el matrimonio, Philip pensaba declararse a Ellen aquel mismo día.

«Eso no es exactamente lo que me contó Philip —pensé—. Habló de pedir la aprobación del señor Fettiplace y ver a Ellen más adelante».

—Si la muchacha aceptaba —prosiguió su madre—, pensaba llevarla luego, así como al señor Fettiplace, a nuestra residencia. Anunció que un amigo lo acompañaría durante el trayecto. Lo dispusimos todo para su llegada. El 9 de agosto, una fecha que recuerdo todos los años.

—El día del incendio.

Me miró mientras reflexionaba y luego se dejó caer en un taburete. Empezaba a

parecer muy cansada. Prosiguió.

—Mi esposo y yo esperábamos en casa y se había sacado el mejor vino en previsión de una celebración, aunque en realidad esperábamos que Philip llegara solo, que Ellen Fettiplace lo hubiera rechazado. Sin embargo, pasaron las horas, se hizo de noche y nadie se presentó. Esperamos mucho tiempo. Luego, hacia las doce, apareció Philip. Mi pobre hijo, con lo feliz que estaba de formar parte de la corte de su majestad, tan lleno de vida y energía. Todo eso había desaparecido; venía deshecho, derrotado… —Hizo una pausa—. Asustado.

«Así que Ellen le dio calabazas», pensé.

—¿La muchacha había rechazado su propuesta?

—No. Philip no llegó a ver a Ellen: no sabía nada del incendio. Resulta que había sucedido otra cosa que le había helado la sangre, lo mismo que a nosotros cuando nos lo contó. Su amigo, señor Shardlake, lo había traicionado. Durante el viaje, a unos kilómetros de Rolfswood, se habían detenido a beber algo en una posada de campo. Habían discutido. Philip puede ser temible cuando lo provocan. No fue nada, una disputa tonta sobre unos caballos, pero acabaron por los suelos, a puñetazos.

—Esas cosas suceden entre los jóvenes.

—Tras la pelea, el amigo de Philip le dirigió duras palabras y le dijo que regresaba a Petworth. Después mi hijo se dio cuenta de que el otro probablemente había provocado la discusión, ya que al poco rato, mientras se dirigía hacia aquí, se percató de que la carta del rey había desaparecido. Al salir la llevaba encima. Y resulta que su amigo trabajaba para la Casa de la Reina Catalina, que de algún modo debía de haberse enterado de la existencia de la misiva y había recurrido a aquel abogado como espía.

—Así pues, ¿ese amigo robó una carta del rey a Ana Bolena? —pregunté, incrédulo—. ¿Para dársela a Catalina de Aragón? Se jugó la vida.

—Bueno, la reina lo habría protegido. Era famosa por la lealtad que demostraba a sus criados.

Alguien más me había dicho eso, pensé: Warner, el procurador de su majestad, que debía de haber sido un joven abogado al servicio de Catalina en 1526. Se me aceleró el corazón.

—Al principio Philip creyó que la carta se le había caído durante la pelea. Regresó a toda prisa a la posada, pero no había ni rastro de ella. Así pues, se quedó con la perspectiva de regresar a la corte y anunciar al rey que la había perdido.

—Pero se la habían robado…

—No, no —contestó la señora West con impaciencia—, mi esposo le recomendó que dijera que la había perdido. ¿No lo entiende? Era mejor que el rey creyera eso y no supiera que probablemente estaba ya en manos de la reina Catalina. Por recomendación de mi esposo, Philip ni siquiera nos dijo el nombre de ese individuo, para que no corriéramos peligro. Sin embargo, ahora se investigarán los movimientos de Philip aquella noche y tendrá que dar el nombre o será sospechoso. Ese hombre es

su coartada. —Entonces añadió con rencor—: Que pague por fin por su delito.

—Santo cielo, en esa carta podría haberse mencionado la intención del rey de casarse con Ana Bolena —exclamé—. Si Catalina de Aragón se enteró entonces de eso, podría explicarse la negativa a considerar el divorcio desde un principio. Señora, si su majestad descubre la mentira de su hijo, podría meterse en un aprieto incluso a estas alturas.

La señora West juntó las manos y respondió:

—Mejor que se conozca el descuido de Philip que correr el riesgo de una acusación de asesinato. Le he dado vueltas toda la noche, señor Shardlake. Y he tomado una decisión.

Se quedó mirándome a la espera de una respuesta. Entendí que no quisiera que fuera Buttress el primero en oír aquella historia.

—¿Su hijo no llegó a ver a Ellen?

—No. Se quedó con nosotros aquella noche y al día siguiente madrugó y regresó directamente a Petworth. Aún no habíamos tenido noticia del incendio. Informó al rey de que la carta se había perdido por el camino. Lo apartaron del servicio, por descontado. Entonces un mensajero le llevó el anuncio de lo sucedido aquí. Regresó a casa de inmediato y fue a ver a Ellen, pero la muchacha se negó a recibirlo. Mi esposo y yo le imploramos que la dejara en paz, pero él insistió casi hasta que se la llevaron.

La miré fijamente. Por primera vez bajó los ojos y me dije: «Sí, fue usted quien conspiró con Priddis para internar a Ellen en el Bedlam».

—Philip se embarcó, entró a servir en la Armada Real. Para él era cuestión de honor, se decía que había traicionado al rey. Se ha dedicado a navegar desde entonces. Estoy segura de que el monarca recompensaría su servicio honroso si ahora se supiera la verdad sobre aquella carta.

Mi conocimiento del rey me hacía dudarlo.

—Desde el fallecimiento de mi esposo, Philip ha dejado la administración de la finca en mis manos. Da la impresión de que sigue castigándose por haber perdido la misiva, transcurridos casi veinte años. —Volvió a mirarme con una sonrisa triste en los labios—. Y esa es la historia, señor Shardlake. Ya ve usted que mi hijo no sabía nada del incendio ni de aquellas muertes.

Junté la yema de los dedos. Era una coincidencia, como mínimo, que la carta se hubiera esfumado la misma noche del fuego. Estaba claro que la señora West creía la historia de su hijo sin reservas y era tal vez lo bastante arrogante como para esperar que los demás hicieran lo mismo, pero la palabra de Philip era la única referencia a la existencia de la carta y de su amigo. Recordé nuestro encuentro en Portsmouth. Era un hombre atormentado, pero ¿solo por una carta perdida o por algo más sombrío? Y, si había habido un amigo, ¿era su coartada o su cómplice?

—¿Le contó su hijo qué había sido de ese amigo, del abogado? —pregunté—. Si era aliado de Catalina de Aragón, defendió a la parte perdedora.

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Me imaginó que cambiaría de bando, que abandonaría a la reina cuando cayó en desgracia. Eso hicieron muchos.

—Es cierto.

—¿Cree usted que si se cuenta esta historia ahora ayudará a mi hijo?

—La verdad, señora, no lo sé.

—Me gustaría pedirle otra cosa —añadió—. Le ruego que no haga partícipe al señor Buttress de lo que le he contado. Todavía. Dé a mi hijo… Dele una oportunidad de defenderse en esta probable batalla.

Me pareció que no podía ser perjudicial mantener el asunto en secreto por el momento. Y así tendría tiempo de seguir investigando por mi cuenta.

—Muy bien. Le prometo que no diré nada aún.

Cambió entonces de actitud y adoptó un tono casi de súplica.

—Gracias. Es usted un hombre considerado, neutral. Y tal vez…

—¿Tal vez qué, señora West?

—Tal vez exista alguna forma, alguna forma privada, de resolver este asunto sin que se humille a Philip durante las pesquisas.

—¿Cuál podría ser?

—No lo sé. Si utilizara usted sus influencias…

—Lo pensaré —repuse.

—Si desea volver a hablar, me encontrará si envía un mensaje a mi residencia, Carlen Hall.

—Y yo me hospedo en el priorato de Hoyland, quince kilómetros al norte de Portsmouth por el camino que lleva a esa ciudad.

La miré y pensé: «Aunque la veo inquieta y asustada por su hijo, no siento lástima por usted. Cuando llegue el momento la obligaré a contarme la historia del traslado forzoso de Ellen».

—Por descontado, mucho antes de que se produzca esa investigación mi hijo podría haber dado la vida por su país —comentó con una sonrisa afligida—. Creo que, si se hace pública esta historia, preferiría morir con honor antes que vivir. —Le tembló la boca y se le humedecieron los ojos—. Moriría por el rey y me dejaría sola en este mundo.

Capítulo 35

Al cabo de una hora nos encontrábamos de camino a Hoyland, cabalgando en dirección sur. La señora West me había dado mucho que pensar. La reacción de Barak al oír su historia de mis labios había sido instantánea:

—No me creo ni una palabra. West le contó esa historia a su madre para que no dijera nada. Lo más probable es que su amigo y él forzaran a Ellen y luego el otro se largara.

—¿Y el incendio y los asesinatos de la fundición?

—Puede que el padre de Ellen y Gratwyck los sorprendieran mientras se aprovechaban de ella. Quizás Ellen se había negado a casarse con él y eso lo hizo enloquecer. Se produjo una pelea y el señor Fettiplace acabó muerto. Y la carta no llegó a existir. En ese caso tendrías a Ellen libre de toda culpa.

—Bueno, puede que tengas razón o que la historia de West sea la verdad, pero lo que está claro ahora es que la clave de lo sucedido es él. Sea como sea, creo que la señora West sobornó a Priddis para que dictara un veredicto de muerte accidental tras la investigación. Es posible que haya pagado los gastos del Bedlam desde entonces.

—En ese caso, Philip West ya sabrá dónde se encuentra.

—Sí, y si fue responsable de lo sucedido la culpa podría haberlo empujado a alistarse en la armada, en busca de peligro y muerte.

—Podría encontrarlos muy pronto.

—Pero ¿quién era ese amigo que viajó con él aquel día y luego se esfumó? —Torcí el gesto—. Si esa historia era mentira, con ella corrió un buen riesgo. El rey se habría enfurecido si un joven de la corte hubiera hecho circular una patraña de ese calibre. Además, la época encaja: en 1526 el rey se había enamorado de Ana Bolena, pero nadie tenía ni idea todavía de que pretendiera casarse con ella. Solo hay una forma de descubrir la verdad —decidí—. Me voy a Portsmouth otra vez, a preguntárselo a West.

—¡No puede! —exclamó Barak—. Estamos a 15 de julio, el rey debería llegar hoy. Por no hablar de la flota francesa, que se dirige hacia nosotros. Por el amor de Dios, ya hará esas pesquisas cuando regresemos a Londres.

Sostuve la mirada que había clavado en mí y respondí:

—Por entonces puede que West no siga vivo.

—Creía que había empezado a ver las cosas en su contexto. No puede irse a Portsmouth ahora.

—Podría ser la única forma de descubrir la verdad. Y se me ha ocurrido algo, algo que no me gusta nada. Sobre quién podría haber sido el amigo de West.

—¿Quién?

—El señor Warner ha estado al servicio de la Casa de la Reina desde tiempos de

Catalina de Aragón y es abogado. Ha sobrevivido a cinco cambios de soberana. Tiene más o menos la edad adecuada.

—Creía que era amigo suyo.

—Los amigos ya me han traicionado en el pasado.

—La reina Catalina Parr confía en él.

—Sí. Y tiene buen juicio. Pero no debe de haber muchos abogados de su edad en la Casa de la Reina. Y en una ocasión dijo que la soberana actual es la que mejor se porta con sus criados desde Catalina de Aragón.

—Edward Priddis debía de ser otro joven abogado radicado en Londres por entonces —apuntó Barak tras reflexionar—. Y lo mismo podría decirse de Dyrick, ya puestos.

—Y Dyrick trabajaba en el servicio real. Y Priddis dijo que había pasado una temporada en Londres, pero no a qué se dedicaba.

—Si estuvo implicado, su padre habría tenido un buen estímulo para echar tierra sobre el asunto.

Nos volvimos al oír unas ruedas que crujían exageradamente. Nos adelantaron dos grandes carros, tirados ambos por cuatro caballos extenuados y cargados con cajas de balas de cañón de hierro, recién fundidas sin duda en los hornos del Weald.

—Espero que tengamos cartas al llegar a Hoyland —deseó Barak—. Ya va siendo hora.



Al cruzar la verja no vimos a ningún criado trabajando en los jardines del priorato. Los parterres de Abigail empezaban ya a dar muestras de abandono. Me sorprendió ver a Hugh practicar el tiro a solas. Nos miró, pero no reaccionó y se limitó a agacharse para colocar otra flecha en el arco.

Cuando descabalgábamos apareció Fulstowe por la parte delantera de la casa, impecable como siempre y con la barba recién cortada. Se movía aún más que antes como el amo y señor del lugar. Hizo una leve reverencia y le pregunté si había llegado alguna carta.

—No, señor, pero ha llegado el juez pesquisidor, que desea verlo.

—Gracias. ¿Puede pedir a un criado que lleve nuestros caballos al establo?

—Me temo que todo el mundo está muy atareado en este momento —replicó con una sonrisita en los labios—. Y ahora, si me perdonan…

Dicho eso se alejó.

—Ese individuo se da demasiadas ínfulas —dijo Barak, y luego añadió malhumorado—: Maldita sea, tengo que saber cómo está Tamasin.

—Si el rey ha llegado a Portchester, puede que mañana los caminos estén más despejados.

—Ya llevo yo los caballos al establo, puesto que parece que, si no, no lo hace

nadie —espetó, de mal genio.

Entré en el gran salón. Me detuve en seco al percatarme de que habían retirado los tapices de las escenas de caza y las paredes habían quedado desnudas. Acto seguido me sorprendí al ver que el viejo sir Quintin Priddis volvía a estar sentado en la silla situada junto al hogar vacío. Elevó la mitad del rostro que no tenía paralizada para formar aquella media sonrisa siniestra y burlona.

—Volvemos a vernos, señor Shardlake. Creo que ha estado usted en Sussex.

—En efecto.

Entrecerró los ojillos azules.

—¿Ha sido un éxito ese viaje?

Respiré hondo. De todos modos, no habría tardado en enterarse.

—He ido a Rolfswood, donde vivía la familia Fettiplace. Se ha hallado un cadáver en la alberca del molino, atado a un peso, y al parecer se trata de William Fettiplace. Todo indica que lo asesinaron. Va abrirse una nueva investigación.

El control de sí mismo de sir Quintin era notable. Su penetrante mirada no se alteró. Me habría gustado que estuviera con nosotros Edward para ver su reacción.

—Bueno, bueno —contestó el anciano—. Parece que la muerte le pisa los talones, abogado. —Acto seguido cambió de tema—. Confío en que mi hijo le resultara de utilidad cuando acudieron a recorrer el bosque del señor Curteys.

—Sí, así fue.

—¿Y ha decidido abandonar esa rematada tontería? Estoy convencido de que esta pobre familia se sentiría aliviada al tener una preocupación menos.

—Sigo pensándolo. No esperaba volver a verlo por aquí, sir Quintin.

Se echó a reír con aquel ruido extraño y ronco característico en él.

—Se ha cancelado un asunto que tenía que atender en Winchester. Debía evaluar las tierras de un joven pupilo, pero el muchacho ha fallecido. El individuo que se quedó su tutela hizo una mala inversión y, en resumen, no se nos necesita en Winchester hasta la semana que viene, así que he decidido detenerme aquí de camino, para conocer el resultado de las investigaciones sobre la muerte de la señora Hobbey. Además, el juez pesquisidor de Hampshire es un inútil y tal vez pueda echarle una mano.

Hizo una mueca de dolor y reacomodó el cuerpo. Se me pasó por la cabeza que podía haber vuelto para descubrir algo más sobre mi vinculación con Rolfswood.

Se abrió una puerta y entró Edward, vestido, al igual que su progenitor, de sobrio negro. Iba acompañado de un individuo bajito de unos sesenta años con toga de abogado y cara de pocos amigos. Los fríos ojos azules de Edward se entrecerraron al verme. Al inclinarme ante él me pregunté si aquel hombre comedido sería capaz de violar a alguien y concluí que quienes mantienen un control más férreo sobre sus emociones pueden ser los más peligrosos al perderlo.

Sir Quintin levantó el brazo bueno y me señaló.

—Este señor y su escribiente son quienes hallaron el cadáver, sir Harold. Es el

abogado Matthew Shardlake. Letrado, le presento a sir Harold Trevelyan, juez pesquisidor de Hampshire.

Sir Harold me miró con cara de pocos amigos.

—Así que han regresado. Por haber descubierto el cadáver, tendrían que haber permanecido aquí hasta mi llegada. Un abogado debería saberlo. Quiero empezar los interrogatorios mañana por la tarde. Tengo mucho que hacer en Portsmouth con tantos muertos en las galeras. No sé cómo se le ha ocurrido al rey llenarlas de la chusma borracha de Londres. En fin, es de esperar que la vista sea bastante rápida, habiendo un sospechoso ya detenido.

—Tal vez se encuentre usted con algún que otro problema por falta de pruebas —apunté con brusquedad.

—Según el señor Dyrick, ese tal Ettis es un individuo rebelde que se la tiene jurada a la familia —contestó sir Harold, que parecía ofendido—. Su única coartada es el testimonio de su criado. Bueno, ya veré más adelante.

—¿Se ha elegido el jurado?

—Sí. He autorizado al mayordomo del señor Hobbey a seleccionar a unos cuantos aldeanos.

—Pero entre ellos hay dos facciones —repuse con ímpetu—. Fulstowe solo escogerá a hombres leales al señor Hobbey.

—El procedimiento habitual es recurrir al mayordomo para elegir a los miembros del jurado. Y tengo que preguntarle, caballero, ¿qué interés tiene usted en todo esto? Me han dicho que ha venido para investigar las tierras del pupilo Hugh Curteys, pero que al mismo tiempo es abogado de la Audiencia de Ruegos, así que tal vez tenga algo en contra de los terratenientes.

—Sir Harold posee grandes propiedades en Winchester —comentó sir Quintin entre risas desde su silla, ante lo que maldije mi suerte en silencio, pues pocos hombres peores podía haber para llevar las pesquisas. Y añadió—: Últimamente empiezan pesquisas por todas partes. Me ha contado el señor Shardlake que van a iniciarse también en el pueblo que acaba de visitar, en Sussex. Claro que esa, me parece, será más lenta y tendrá un resultado incierto. Han hallado un cadáver de hace casi veinte años.

—No será prioritario para el juez pesquisidor de Sussex —dijo sir Harold, asintiendo.

Priddis y su hijo, que había observado la escena en silencio, se miraron.

—Si me perdonan —me disculpé—, debo presentar mis respetos al señor Hobbey.



Mi anfitrión se encontraba de nuevo en su gabinete, con Dyrick, pero en esa ocasión era el abogado el que estaba sentado ante el gran escritorio, mientras que Hobbey ocupaba una silla y tenía el cuadro de la antigua abadesa en las rodillas. Lo

contemplaba y apenas alzó la vista al entrar yo. Tenía el rostro descolorido y hundido.

—Bueno, señor Shardlake, ha vuelto usted —dijo Dyrick—. El juez pesquisidor se ha alterado bastante al enterarse de su ausencia.

—Ya he hablado con él. Creo que el señor Fulstowe ha elegido un jurado compuesto de aldeanos. Serán enemigos de Ettis, me imagino.

—Eso es cosa del mayordomo. Bueno, dígame, letrado, ¿ha decidido aceptar nuestra propuesta en cuanto a las costas?

—Aún estoy pensándolo —repuse sin más—. Si el veredicto de la vista es que Ettis cometió el asesinato, lo llevarán a juicio en Winchester, donde tendrán que encontrar un jurado de hombres de allí. Me llamarán a declarar por haber descubierto el cadáver y les prometo que me encargaré de que el proceso sea justo.

—¿Lo oye, señor Hobbey? —preguntó Dyrick—. Ahora cree que puede inmiscuirse en el juicio del asesino de su esposa. Habrase visto cosa igual.

Hobbey levantó la vista. Apenas parecía interesado, estaba sumido en la melancolía.

—Lo que deba suceder sucederá, Vincent. —Dio la vuelta al cuadro que tenía en el regazo y nos mostró a la vieja abadesa, con su oscuro velo y su blanco griñón, y el enigmático rostro en el centro—. Miren cómo sonríe, como si supiera algo. Puede que tengan razón los que afirman que quienes hemos convertido edificios monásticos en residencias estamos malditos. Y, si nos invaden los franceses, ¿quién sabe? Tal vez acaben incendiando esta casa hasta que no quede nada.

—Nicholas… —reprochó Dyrick con impaciencia.

—Quizá por eso sonríe. —Se volvió hacia mí con un gesto extraño en la cara—. ¿Qué opina usted, señor Shardlake?

—Lo considero una superstición, señor Hobbey.

No me contestó. Me di cuenta de que se había recluido por completo en sí mismo. Dyrick y Fulstowe llevaban las riendas y, si hacía falta ahorcar a Ettis para acabar con la oposición a la anexión de la aldea, estaban dispuestos a lograrlo, fuera culpable o no.



La cena de aquella noche fue una de las comidas más lánguidas a las que he asistido. Hobbey se hundió en su silla en un extremo de la mesa y jugueteó con la comida apáticamente. Fulstowe se quedó en pie a su espalda, con aire vigilante, y en varias ocasiones cruzó miradas con Dyrick. Hugh no levantó la vista del plato ni hizo caso a nadie, ni siquiera a David, que estaba a su lado e iba desaliñado, con el jubón manchado de comida, el pálido semblante cubierto por una negra barba de pocos días y los ojos saltones enrojecidos de tanto llorar. De vez en cuando se quedaba con la vista perdida en el infinito, como quien trata de despertar de una terrible pesadilla. Hugh, sin embargo, iba tan impecable como siempre e incluso se había afeitado.

Traté de entablar una conversación con él, pero todas sus respuestas fueron monosilábicas. Me imaginé que seguiría molesto tras la charla que habíamos mantenido sobre sus palabras ante el cadáver de Abigail. Eché un vistazo a los comensales: eran todos hombres. Me pregunté si volvería a sentarse una mujer a aquella mesa, en aquel lugar que una década antes había acogido en exclusiva a miembros del sexo femenino. Contemplé el ventanal occidental y recordé la velada de mi llegada, cuando habían entrado cientos de mariposas nocturnas. Aquella noche había pocas; ¿qué habría sido de ellas?

Observé también las paredes desnudas y Dyrick comentó:

—El señor Hobbey ordenó descolgar los tapices ayer. No soportaba mirarlos.

—Es comprensible.

Hobbey, situado al lado de Dyrick, no se había percatado de la conversación.

—Según mi padre —intervino Edward Priddis, sentado junto a mí—, se ha producido un descubrimiento en Rolfswood. El tal William Fettiplace no murió en el incendio, sino que acabó en la alberca del molino.

Su tono de voz, como siempre, era uniforme y moderado.

—Es cierto. Me encontraba allí en ese momento.

Le conté que el hallazgo se había producido tras reventar el dique de la alberca. Me percaté de que, al otro lado de Edward, su padre escuchaba atentamente, sin prestar atención a la historia que contaba sir Harold sobre un pueblo de la costa cuyos habitantes habían prendido por accidente una de las almenaras mientras ensayaban lo que debían hacer en caso de invasión francesa.

—Supongo que habrá que llamar al juez pesquisidor de Sussex para que abra diligencias de nuevo —aventuró Edward.

—Sí. ¿Lo conoce?

—No, pero mi padre sí. —Edward se echó hacia el otro lado y alzó la voz—: El señor Shardlake pregunta por el juez pesquisidor de Sussex.

—Samuel Pakenham dejará que un asunto tan viejo acumule polvo —contestó Priddis inclinando la cabeza—. Es lo que haría yo. Ya verá que en su momento lo zanja.

—Pretenderán citarlo a usted, sir Quintin, puesto que llevó las pesquisas en su día —comenté.

—Me imagino. Pero no encontrarán nada nuevo, han pasado veinte años. Puede que Fettiplace matara al trabajador y luego se suicidara. En esa familia hay antecedentes de demencia, ¿sabe usted?: la hija perdió la razón. —Clavó en mí su penetrante mirada—. Recuerdo ahora que ayudé a organizar su traslado a Londres para que fuera a vivir con unos parientes. He olvidado de quién se trataba. Las cosas se olvidan, señor Shardlake, transcurridos veinte años, cuando uno es viejo y está tullido —concluyó con una media sonrisa mordaz.

Estaba más decidido que nunca a estar presente en la vista de Sussex, así que me volví hacia Edward, me obligué a sonreír con simpatía y comenté:

—También llamarán al joven que tenía relaciones con la señorita Fettiplace por aquel entonces, Philip West, de esa familia que le mencioné.

—Recuerdo el apellido. Padre, ¿no se fue a la corte de su majestad?

—Sí —asintió sir Quintin—. Su madre era una mujer orgullosa, una engreída. —Soltó otra carcajada—. Se encargaba de que todo el mundo supiera que Philip West iba de caza con el rey.

—¿Y usted no estuvo en la corte de joven? —pregunté a Edward.

—No. La etapa londinense la pasé en Gray's Inn, trabajando como un esclavo para titularme. Mi padre me tenía atado al yugo.

—Los estudiantes de derecho deben trabajar como esclavos —replicó sir Quintin secamente—. De eso se trata, de aprender a clavar los dientes y morder bien fuerte. —Se echó hacia delante, apoyó el peso en el brazo bueno y señaló a Dyrick—: Parece que eso usted lo ha asimilado perfectamente.

Y se echó a reír de nuevo, como si unos goznes oxidados chirriaran.

—Espero que se trate de un cumplido —repuso Dyrick con frialdad.

—Por descontado.

Se hizo el silencio en la mesa. Edward y su padre me miraban de soslayo con sendos pares de ojos azules y penetrantes.

—Parece usted muy interesado en los asuntos de Rolfswood, abogado —me dijo por fin sir Quintin—. Ha ido ya dos veces y ha destapado toda esa información.

—Como ya le he explicado a su hijo, un cliente mío trataba de dar con la familia Fettiplace.

—Y ahora, en algún momento, tendrá que regresar usted a Sussex desde Londres. Entrometerse nunca compensa, es lo que digo yo siempre. El señor Dyrick me ha contado que precisamente por entrometerse tuvo usted un conflicto con el rey en una ocasión, en York.

Se reclinó en la silla, tras haber soltado aquella pulla, mientras Dyrick me sonreía con malicia.



La vista del asesinato de Abigail Hobbey se celebró la tarde siguiente en el gran salón. El día era soleado y despejado una vez más, pero el interior resultaba sombrío y lúgubre. Se había colocado la gran mesa bajo el viejo ventanal de poniente. Sir Harold Trevelyan estaba sentado tras ella, con Edward Priddis a su derecha, claramente obligado a colaborar tomando notas. A su izquierda, en una clara infracción de las normas, se hallaba sir Quintin, que inspeccionó la estancia con la mano buena aferrada al bastón. El jurado, doce hombres del pueblo, estaba sentado en sillas sin cojín pegadas a una de las paredes. Reconocí a varios que habían trabajado en la cacería. Lo más probable era que estuvieran a sueldo de Fulstowe.

Barak y yo, el propio mayordomo y sir Luke Corembeck estábamos juntos.

Detrás de nosotros se encontraban varios de los criados, incluida la vieja Ursula, y unos veinte aldeanos, entre ellos la atractiva esposa de Ettis, con el cuerpo tenso y la cara rígida por el miedo y la rabia. Al ver cómo sus vecinos le dedicaban palabras y gestos de consuelo deduje que representaban a los partidarios de su marido. El jurado, según pude comprobar, los miraba de reojo y con incomodidad.

En primera fila se había sentado la familia Hobbey, acompañada de Dyrick. David se había echado hacia delante, con la cabeza entre las manos, mirando al suelo. Me fijé en que temblaba ligeramente. Junto a él, Hugh estaba muy erguido. Al verlo entrar lo había mirado fijamente, para recordarle que tenía presente lo que había dicho ante el cuerpo sin vida de Abigail. Al otro lado tenía a Nicholas Hobbey, todavía con un aspecto espantoso; observaba la llegada de la gente con una especie de asombro desconcertado.

El último en hacer su aparición fue Ettis. Oí ruido de cadenas fuera y Barak y yo nos miramos; los dos lo conocíamos de las cárceles de Londres. Dos hombres lo hicieron entrar; el pequeño propietario orgulloso y seguro de sí mismo se había convertido en una figura sin afeitar y con los ojos hundidos. Lo soltaron con malos modos en una silla situada contra la pared. A mi espalda se oyeron los murmullos de los aldeanos y uno o dos de los miembros del jurado se mostraron abochornados.

—¡Orden en la sala! —gritó sir Harold mientras aporreaba la mesa con un pequeño mazo—. ¡No pienso tolerar más ruido ni más comentarios! A la mínima que oiga algo desalojo al público.

Me llamó a declarar en primer lugar y relaté el hallazgo del cadáver. Barak salió a continuación y confirmó mis palabras. El juez pesquisidor procedió acto seguido a hacer salir a Fulstowe, que contó con soltura, claridad y frialdad que Ettis lideraba la facción de la aldea que pretendía oponerse a la anexión y que existía antipatía entre los Hobbey y él, en especial Abigail. Añadió que se trataba de un arquero diestro.

—Sí —dijo sir Harold—. Y la única coartada del señor Ettis es el criado que dice que estaba con él marcando sus ovejas. Llámenlo.

Salió a declarar un anciano campesino que ratificó que se encontraba con su amo aquel día. Sir Harold, con tono agresivo, hizo que confirmara que llevaba veinte años al servicio de Ettis.

—Por lo tanto, tiene usted todos los motivos para decir cualquier cosa que proteja a su amo —concluyó.

—Si lo ahorcan, su propiedad quedará confiscada por el Estado y usted acabará de patitas en la calle —terció sir Quintin.

—Pero… Pero si yo solo digo la verdad, señor.

—Eso esperamos, amigo. El perjurio es un delito penado.

—¿No podemos hacer nada? —susurró Barak—. Ese viejo tullido y agriado no tiene derecho a interrogar a nadie.

Le dije que no con la cabeza.

Sir Harold despidió al viejo criado y en ese momento sir Quintin me miró a los

ojos y arqueó las cejas. Me demostraba así su poder. Sir Harold dio varios golpes con el mazo para sofocar un nuevo brote de murmullos. Esperé que se apagara y me puse en pie.

—Señor juez —dije—, para ser justos debemos preguntarnos si alguien más podría haber tenido motivos para asesinar a Abigail Hobbey.

—¿Quién más podría haber querido matar a esa pobre mujer? —preguntó sir Harold separando las manos.

Hice una pausa. Me daba cuenta de que lo que estaba a punto de decir sería terrible para la familia Hobbey, pero debía hacerse justicia con Ettis.

—Llevo más de una semana aquí, señor juez. Me temo que prácticamente todas las personas que he conocido sentían antipatía por la señora Hobbey. Su propio esposo lo reconoció. Hubo un… incidente, la muerte de su perro.

Un nuevo murmullo se extendió entre los presentes y David se volvió y me miró absolutamente aterrado. Dyrick y Nicholas Hobbey también me miraron con los ojos como platos. Sin embargo, Hugh se quedó con la vista al frente. Hobbey se levantó, como si de repente se hubiera vinculado de nuevo al mundo real, y exclamó:

—Señor juez, eso fue un accidente.

Dyrick también se puso en pie.

—Y desde luego se produjo un incidente con Ettis. Tuvo la insolencia de presentarse en esta casa y discutir con el señor Hobbey y conmigo en el gabinete de mi cliente; su esposa entró en la estancia y le dedicó duras palabras. Estaba presente y lo oí todo.

—¿Da a entender usted que podría haberla matado un miembro de la familia? —me preguntó sir Harold.

—Lo único que digo es que es posible. —Vacilé—. Podría añadir algo.

En ese momento Hugh sí se volvió y me miró, con rabia en el gesto. Sostuve su mirada. Con indecisión, se levantó también.

—¿Puedo intervenir? —pidió.

El juez pesquisidor miró a sir Quintin.

—El pupilo —informó este.

—¿Y bien, muchacho?

—El señor Shardlake tiene razón, todo el mundo sentía antipatía por la pobre señora Hobbey —empezó Hugh—. Si tuviera que interrogar a todos los que sufrieron sus ataques verbales tendría que llamar a muchos testigos.

—¿Sentía usted esa antipatía? —quiso saber sir Harold.

—Sí. Puede que me equivocara… —reconoció Hugh tras titubear, y casi se quedó sin voz—. Es cierto que hacía muchos años que estaba extraña, que no estaba bien. Al verla muerta dije: «Te lo merecías», pero al mismo tiempo le coloqué una flor en el regazo, ya que daba mucha lástima verla.

Sir Harold y sir Quintin se miraron, desconcertados.

—¿Se lo merecía? —preguntó el primero—. ¿Por qué dijo usted una cosa así?

—En ese momento me sentía así, señor juez.

—Cuando hablé con usted la semana pasada en Portsmouth —intervino sir Quintin con malos modos— me dijo que no tenía queja alguna sobre la vida que llevaba aquí.

—Es cierto, pero no dije que fuera feliz.

Se produjo un murmullo aún más alto en la parte de atrás de la sala al que se sumó un ruido inesperado. Nicholas Hobbey se había echado a llorar. Escondió el rostro en el pañuelo, se levantó y salió de la estancia. Dyrick se volvió hacia mí rebosante de furia y exclamó:

—¡Mire lo que ha hecho!

Me fijé en que Fulstowe observaba a su amo y por primera vez advertí preocupación en su calculador semblante. ¿Acaso empezaba a ver, como Hobbey, que su mundo se desmoronaba a su alrededor? ¿O tenía algún otro motivo de inquietud? Ettis, sentado con las cadenas, miraba a Hugh con lo que me pareció esperanza.

Se produjo otra interrupción. David se levantó con tanto ímpetu que volcó la silla.

—¡Mientes! —gritó, señalando a Hugh—. ¡Eres una víbora que esta familia ha acogido en su seno! ¡Siempre nos has envidiado porque no eres como nosotros, jamás podrás ser como nosotros! Mi padre amaba a mi madre, lo mismo que yo. ¡Claro que la quería!

Recorrió la sala con la mirada, el rostro atormentado. Sir Harold parecía nervioso y susurró algo a sir Quintin. Distinguí la palabra «aplazamiento». Sir Quintin negó con la cabeza enérgicamente y luego aporreó el suelo con el bastón.

—¡Silencio! ¡Cállense todos! —Se dirigió a mí con ojos encolerizados—. Su conducta es vergonzosa, abogado. Trata de convertir esta vista en un circo. No ha aportado usted prueba alguna. Está claro que toda esta familia está atormentada por el sufrimiento. Procedamos, sir Harold.

El juez pesquisidor miró toda la estancia y luego me preguntó:

—Abogado, ¿tiene usted alguna prueba que vincule a alguien con la ejecución de este asesinato?

—No, señor juez. Me limito a decir que, dado que mucha gente tenía… dificultades… con la señora Hobbey, y teniendo en cuenta que no existen pruebas propiamente dichas contra el señor Ettis, el veredicto debería ser asesinato cometido por persona o personas desconocidas.

—Eso debe decidirlo el jurado. Siéntese o lo acusaré de desacato al tribunal.

No podía hacer nada más. Sir Harold no llamó a más testigos. El jurado se marchó a deliberar. Regresó al poco rato con su veredicto: asesinato (no podía ser nada más, por descontado) cometido por Leonard Ettis, pequeño propietario de Hoyland, al que se encarcelaría en la prisión de Winchester hasta el inicio de la siguiente tanda de sesiones jurídicas del condado, en septiembre.

Cuando se lo llevaban, Ettis me miró de nuevo con gesto de súplica. Asentí una sola vez, con ímpetu. Ante mí, Hugh volvía a estar sentado bien erguido, con la

espalda rígida. A su lado David seguía llorando en silencio. Fulstowe se acercó, lo tomó del brazo y lo sacó del salón. Había fracasado en mi intento de ampliar el espectro de la investigación, con un coste terrible para la familia. Ya no sucedería nada más durante varios meses. Hundí la cabeza entre las manos. La estancia se vaciaba. Oí el bastón de sir Quintin, que se acercaba. El ruido se detuvo justo a mi lado. Levanté los ojos. Lo vi exhausto, pero también triunfal. Se apoyaba en Edward. Se inclinó poco a poco y habló en voz baja:

—¿Lo ve, señor Shardlake? Eso es lo que sucede cuando la gente pone palos en las ruedas de las investigaciones.

Capítulo 36

Fuimos saliendo ordenadamente al sol del exterior. Los miembros del jurado se alejaron de la casa en grupo, mientras que la mayor parte de los aldeanos se arracimó en torno a la esposa de Ettis, que se había venido abajo y sollozaba. Me acerqué.

—Señora Ettis —saludé.

Se limpió las lágrimas.

—Ha defendido usted a mi marido —dijo—. Se lo agradezco.

—Poco puedo hacer, pero le prometo que cuando lo juzguen en Winchester me encargaré de que se haga todo como Dios manda. No hay ninguna prueba en su contra —añadí, en tono alentador.

—¿Y qué hacemos con la interpelación ante la Audiencia de Ruegos con respecto a nuestros bosques, señor abogado? Mi marido habría querido que continuáramos.

Tras de mí vi a Dyrick y a Fulstowe en los escalones, observando. Eché un vistazo a los aldeanos; algunos parecían acobardados, pero muchos se mostraban desafiantes.

—En mi opinión, es crucial que acudan a la Audiencia —contesté, bien alto—. No deben dejarse intimidar por lo sucedido hoy; actúen. Creo que en parte ese era el objetivo; no creo que un jurado pueda condenar al señor Ettis. Nombren a otra persona del pueblo que los represente hasta que él recupere la libertad. —Respiré hondo y añadí—: Háganme llegar los papeles, me ocuparé de defender sus derechos.

—Escuchen a mi amo —insistió Barak—. Defiéndanse.

La señora Ettis asintió y luego todo el mundo se volvió al oír ruido de cascos. Un mensajero con librea real se aproximaba a la casa a toda prisa. Se detuvo ante los escalones, desmontó y se dirigió a Fulstowe. Hablaron brevemente y luego el correo entró. El mayordomo vaciló, pero acabó bajando los escalones hasta donde estábamos. Dyrick permaneció en su sitio. No tuve más remedio que admirar el valor de Fulstowe; había allí casi veinte aldeanos, en actitud hostil y furiosa, pero fue directo hacia mí.

—Señor Shardlake, ese mensajero ha traído un paquete de cartas para usted. Aguarda en la cocina. —Y para los demás añadió—: Marchaos, todos, si no queréis que os detengan por invadir una propiedad privada.

Uno o dos de los hombres se quedaron mirándolo y uno preguntó a voz en grito:

—¿Está seguro de que ese chaval loco no ha matado a su madre?

—Sí —añadió otro—. A ese lo ha poseído un demonio.

—¡No! —protestó la señora Ettis—. ¡No es más que un niño, dejadlo en paz! —Después dijo bien alto a Fulstowe—: El que ha mandado a mi marido a la cárcel no ha sido el muchacho, sino usted. —Señaló a Dyrick—. ¡Y ese mal bicho!

Resurgieron los murmullos. Un hombre se agachó, recogió un guijarro del camino de acceso a la casa y se lo lanzó al abogado, que se apartó de un brinco, dio media vuelta y entró a la carrera. El grupo se echó a reír.

—¡Váyanse! —pedí, levantando las manos—. ¡No provoquen un altercado! Y no se enfrenten a los miembros del jurado en el pueblo. ¡Dirijan su queja a Lincoln's Inn, a mi nombre! —Y para Fulstowe añadí—: Ahora, mayordomo, voy a ver a ese mensajero. Vamos, Barak.



El correo se había sentado a la mesa de la cocina, donde Ursula le había servido una cerveza con pan y queso. Al vernos entrar se levantó e hizo una reverencia antes de entregarme un paquete de cartas. Lo abrí: dentro había una dirigida a mí con letra de Warner, una de Guy y una tercera para Barak, que le di.

—Gracias, amigo —dije al mensajero—. ¿Desde dónde viene?

—Del castillo de Portchester. El séquito real llegó ayer. El señor Warner me ordenó venir de inmediato, ha habido retraso con la correspondencia privada. Las de Londres son de hace unos días.

Le di las gracias de nuevo.

—Vamos a tu cuarto —propuse a Barak—. Tendremos intimidad.

Mientras doblábamos la esquina de la casa, me comentó:

—Antes podría haberse organizado una buena con los aldeanos.

—Ya lo sé.

—¿Ha visto cómo se iba Dyrick con el rabo entre las piernas cuando le han tirado el guijarro? —rio con desdén—. Es como tantos a los que se les va la lengua con arrojo, pero huyen ante el más mínimo atisbo de violencia. Ojalá hubiera estado aquí el joven Feaveryear para verlo.

—No he llegado a entender por qué lo obligaron a marcharse tan de repente. Pasó algo relacionado con Hugh y David, estoy seguro.

—Al final ha lanzado un buen ataque a la familia —me dijo con seriedad—. Se ha mostrado duro con ellos.

—Tenía que hacer algo por Ettis. Me ha parecido que si sabían lo que pensaba la gente de Abigail podríamos conseguir un veredicto en el que achacaran el asesinato a personas desconocidas. Priddis ha contribuido a impedirlo. ¿Has oído lo que me ha dicho luego?

—Sí. Es peligroso.

—Ya lo sé. A ver si la señora Ettis se siente con fuerzas para seguir adelante con el asunto de los bosques. Sospecho que los aldeanos confiarán en ella.

—Me ha parecido una mujer con temple. Me ha recordado un poco a Tamasin, aunque mayor. Bueno, vamos a por estas cartas.

Una vez en su cuarto, Barak abrió la de Tamasin con frenesí y la devoró, mientras

yo leía con detenimiento la de Guy. Estaba fechada cuatro días antes, el 12 de julio:

Apreciado Matthew:

He recibido tu carta. Te alegrará saber que Tamasin sigue estando muy bien, aunque cada vez más fatigada a medida que se acerca el momento. En casa, Coldiron ha estado de mal humor desde que lo llamé al orden, pero no insolente. Parece que Josephine se siente un poco más segura de sí misma: la he oído decirle al joven Simon, que hablaba de que le encantaría ir a luchar, que la guerra es malvada y que desea con todas sus fuerzas que Dios imponga la paz universal entre su pueblo. Me alegré de verlo, aunque me recordó de nuevo aquel día que juró en francés.

He visitado a Ellen otra vez. A simple vista parece que ha vuelto a la normalidad, está animada y trabaja con los pacientes como si no hubiera pasado nada. Me dijo que estaba de buen humor y que no tenía que ir más, pero no te mencionó en ningún momento y tras esa superficie tranquila intuí muchos sentimientos ocultos.

Cuando ya salía del Bedlam se me acercó Hob Gebons para contarme que dos días antes Shawms había recibido la visita del director Metwys. Gebons, consciente de que deseas que te informen de todo lo que tenga que ver con Ellen, trató de escuchar la conversación, pero hablaron en voz baja y no entendió gran cosa. Sí me contó que en un momento dado se pusieron a gritar: Metwys dijo que había que trasladarla si su silencio ya no estaba garantizado y Shawms replicó que tú contabas con la protección de la reina y que no pensaba hacerlo.

Matthew, creo que deberías regresar, en cuanto puedas.

Tu fiel amigo,

Guy

—¿Qué dice Tamasin? —pregunté a Barak.

—Que se aburre, que está cansada y le cuesta moverse. Quiere que vuelva a casa —contestó con una sonrisa. Dejó escapar un largo suspiro de alivio—. ¿Y Guy?

Entregué la carta a Barak y abrí la de Warner. Era del día antes, me la había hecho llegar con rapidez. Al abrirla lo entendí; dentro iba una notita doblada escrita de su puño y letra por la reina. Rompí el sello. Estaba fechada, el 15 de julio, en Portchester.

Apreciado Matthew:

He recibido vuestra carta y me ha conmocionado la noticia del fallecimiento de la pobre señora Hobbey. Parece ser que hay pocas cosas o quizá ninguna contra el señor Hobbey y si ese pobre muchacho no desea proceder no deberíamos enredarlos en la espiral de la Audiencia de Tutelas en estos momentos. Estoy convencida de que la señora Calfhill se mostraría de acuerdo.

Acabamos de llegar al castillo de Portchester. El rey se trasladará a Portsmouth

dentro de dos días. Los últimos informes sobre las tropas francesas y el avance de sus barcos por el canal son muy preocupantes. Deberíais iros de inmediato y regresar a Londres.

Pasé entonces a la carta de Warner; era breve y no estaba escrita con su esmero habitual, sino con prisas.

Apreciado Matthew:

La corte ha llegado al castillo de Portchester. Adjunto una nota de su majestad la reina; creemos que debería usted regresar a Londres lo antes posible. Le ruego que acepte la oferta del letrado Dyrick en cuanto a las costas. Confío en que la vista haya servido para dar con el asesino. Por cierto, he sabido que el veredicto de la investigación sobre la muerte del señor Mylling ha sido de muerte accidental.

El rey está muy preocupado por el avance de la flota francesa. Es posible que no pueda volver a escribir hasta que se haya resuelto esta crisis desesperada, en un sentido o en otro.

Reciba mis más cordiales saludos.

Robert Warner

Se las mostré las dos a Barak.

—Jamás había recibido una carta de la reina —comenté.

—Qué suerte tiene. Bueno, el caso Curteys ha llegado a su fin.

—Ya lo sé. El aire de esta habitación está cargado. Vamos afuera.

No corría el aire aquella noche de verano. Contemplé el tejado, los sólidos muros y las chimeneas nuevas y altas del priorato de Hoyland.

—Es la última noche que he pasado en este lugar, gracias a Dios —exclamó Barak—. ¿Sigue creyendo que Warner podría tener alguna vinculación con Ellen?

—No lo sé. —Respiré hondo—. Mañana por la mañana podemos irnos a primera hora. Yo me dirigiré a Portsmouth y tú tomarás el camino de Londres. Con suerte solo tardaré unas horas y te alcanzaré al día siguiente.

—No vaya.

—Es mi deber.

—Podrían llegar los franceses.

—Tengo que hablar con West. El que ha alborotado el gallinero en Rolfswood he sido yo.

—¿Y va a tratar de que las gallinas vuelvan todas a su sitio?

—Voy a tratar de descubrir qué sucedió en esa fundición.

—A la mierda con todo. Mire, ya está: mañana me voy con usted a Portsmouth.

—No. Regresa a Londres. Daré con Leacon; tal vez me ayude de nuevo para encontrar a West.

—No debería ir solo.

Me quedé mirándolo.

—¿Estás seguro?

—Siempre que nos vayamos en cuanto haya visto a West. Si dejo que vaya solo, me da miedo que se quede y se meta en más líos.

—En ese caso, gracias —respondí sonriente.

—Cuando volvamos a Londres, tiene que cambiar —añadió con repentina determinación—. No puede seguir viviendo así. Y yo tampoco.

Volvió a clavar los ojos en mí, pero detecté en ellos preocupación además de censura.

—Leacon me dijo algo parecido —reconocí con tristeza en la sonrisa—, que me hago viejo.

—Y se vuelve obsesivo. Más que nunca.

—Así pues, parece que ahora necesito que me guíes —suspiré—. Gracias, Jack.



Regresamos a la casa. «Tiene razón —me dije—. A la vuelta irá siendo hora de que me organice la vida, en lugar de dedicarme a vivir las tragedias de los demás». Me daba cuenta de que llevaba años haciendo precisamente eso: habían sido muchas, provocadas por los cambios radicales y los conflictos que el rey había impuesto en Inglaterra; tal vez fuera mi respuesta a aquella locura generalizada.

Fulstowe se encontraba en el gran salón, contemplando el espacio que habían ocupado los tapices. Se volvió hacia mí con gesto hostil. La barba y el pelo rubios contrastaban con el jubón de luto, negro azabache.

—¿Sabe dónde están sir Quintin y su hijo? —pregunté sin preámbulos.

—Se han marchado.

—¿Y la familia?

El mayordomo me taladró con la mirada. El último rastro de deferencia se había esfumado.

—Me niego a que los moleste, después del estado en el que los ha dejado en la vista.

—Cuidado con esos modales, mayordomo —advertí.

—Estoy a cargo de esta casa, a las órdenes del señor Hobbey. Se lo repito: me niego a que los moleste.

—¿Dónde está el señor Dyrick?

—Con el señor Hobbey.

—Nos vamos mañana. Anuncie al señor Dyrick que tendré que hablar con él antes de nuestra partida.

La noticia pareció aliviarlo.

—Así lo haré. Esta noche no se servirá la cena en el salón. La llevarán a las

distintas habitaciones.

Dio media vuelta y se marchó.

Subí a mi dormitorio. Al poco rato alguien llamó a la puerta y entró Dyrick con cara de pocos amigos.

—Se alegrará de saber, caballero, que el señor Hobbey está postrado —dijo—. Y David se encuentra muy alterado.

—No tanto como el señor Ettis, me imagino.

Me quedé mirándolo.

Me sentía culpable por mi conducta en la vista, aunque consideraba que había sido mi obligación, pero Dyrick solo me inspiraba rabia y desprecio.

Al principio pensaba, a pesar de su ridícula descortesía, que consideraba sinceramente que yo trataba a Hobbey de forma injusta con respecto a Hugh, pero tras su intervención en la persecución de Ettis me había dado cuenta de que era corrupto y cruel.

—Ettis —repitió con desdén—, cuya esposa sin duda ocupará su lugar entre su cartera de clientes.

—Le alegrará saber que dispongo de autoridad para aceptar su oferta decierre del caso de Hugh Curteys, con reparto de costas.

—Ah, sí, ese mensajero real. —Sonrió con maldad—. Y he observado que el señor Hugh y usted ya no parecen ser amigos. Después de lo que le ha hecho esta tarde, me imagino que se alegrará tanto como todos los demás de librarse de usted.

—Ah, la cosa aún no ha acabado, letrado —repuse tranquilamente—. Aún queda el caso de los aldeanos. Y falta encontrar a un asesino, por cierto.

—Ya lo han encontrado.

—No creo que ni siquiera usted considere culpable a Ettis.

—¡Por el cuerpo de nuestro Señor! —estalló—. ¡Es usted el individuo más conflictivo que he visto en la vida!

—Tranquilícese, abogado.

—Me tranquilizaré cuando el desvergonzado de su escribiente y usted abandonen esta casa.

—Espero que siga estándolo cuando volvamos a vernos, en el juicio de Ettis o en la Audiencia de Ruegos. Ahora ya lo tengo calado, Dyrick, veo con claridad cómo es.

—No ve usted nada. No lo ha visto nunca. A propósito, me parece que el señor Hobbey y el resto de la familia pueden prescindir de su despedida.

Se marchó haciendo aspavientos y dio un portazo ensordecedor.



A la mañana siguiente madrugamos. Desayunamos en la cocina, nos despedimos de la vieja Ursula, que como de costumbre se afanaba en sus tareas y que nos dio las gracias por habernos preocupado por Hugh.

—Claro que no ha llegado a descubrir usted por qué mintieron con tanta crueldad con aquello de que el señor Calfhill había dicho que amaba a Hugh, ¿verdad, señor?

—No, Ursula. Y sin la cooperación de Hugh no creo que nadie lo consiga.

—Pero sí ayudará al señor Ettis, ¿no? —imploró—. Es buena persona. Es imposible que matara a la señora Hobbey.

—Por supuesto. —La miré con seriedad—. ¿Tiene usted idea de quién pudo haber sido, Ursula?

—No, señor. Fue un acto malvado, por muy extraña que fuera la señora. Que Dios la perdone.

—Amén. No voy a volver por aquí, pero si se entera usted de algo de lo que deba estar al tanto ¿se lo dirá a la señora Ettis? Sabe cómo ponerse en contacto conmigo.

—No lo dude, señor. Si los franceses no acaban con todos nosotros antes.

Hizo una amplia reverencia, pero me di cuenta de que mi falta de éxito la había decepcionado.

Al salir nos encontramos con otro día caluroso y tranquilo. Cargamos las alforjas en *Tres Patas* y el caballo de Barak y me dije que al cabo de tres o cuatro días se los devolveríamos a su dueño en Kingston.

—¿Qué piensa hacer con lo de la vista de Rolfswood? —preguntó Barak cuando ya habíamos montado.

—Una vez en Londres me pondré en contacto con el juez pesquisidor de Sussex. Me encargaré de que interroguen a Priddis. Si hace falta, pediré a la reina que recurra a su influencia.

—Eso llevará su tiempo.

—Ya lo sé.

—¿Ha visto?

Seguí su mirada hasta David y Hugh, que se dirigían de la casa al campo de tiro con los arcos y las aljabas. El segundo se volvió y nos vio. Dejó el arco en el suelo y se me acercó con gesto distante. David se limitó a detenerse y observarnos.

—¿Se van ustedes? —preguntó Hugh con brusquedad.

—Sí. Y pronto le informarán de que la demanda interpuesta en la Audiencia de Tutelas se ha desestimado.

—Ojalá no hubiera empezado nunca.

Le tendí la mano.

—Adiós, Hugh.

El muchacho la miró y volvió a clavar los ojos en mí con frialdad.

—¿No acepta el gesto de mi amo? —preguntó Barak, ofuscado—. Zagal impertinente, lo único que ha tratado de hacer ha sido ayudarlo.

—Por ejemplo, ¿obligándome a contar en la vista lo que sentía por la señora Hobbey? Menuda ayuda. Y ahora, si me lo permiten, voy a distraer a David tirando un rato con el arco, sin hacer daño a nadie. Puede que nos necesiten, aunque seamos simples muchachos, si se presentan los franceses por ese camino.

Dio media vuelta y se alejó.

—Venga, Jack —dije entonces—. Ya va siendo hora de irnos.



Una vez más fuimos hacia el sur entre bosques frondosos debido a la época del año. En las tierras de Hugh seguían talando. Dos carros cargados con troncos de roble, con los extremos aún húmedos por la savia, surgieron de un camino secundario y se dirigieron con gran estruendo hacia Portsmouth.

Proseguimos por el frondoso entorno veraniego, con el aire cada vez más recalentado a medida que avanzaba la mañana. Subimos por la larga y pronunciada ladera de la colina de Portsdown, trabajosa para los caballos, y coronamos la escarpa. Una vez allí nos detuvimos y contemplamos la extraordinaria vista. Parecía que toda la flota estaba ya fondeada en el estrecho de Solent; tan solo se veían unos cuantos barcos pequeños en el puerto de Portsmouth. Las naves estaban organizadas en tres largas filas, con la excepción de tres de ellas, una gigantesca que tenía que ser el *Great Harry* y otras dos también de gran eslora que navegaban hacia el este por la costa de la isla de Portsea.

—Están preparados para la batalla —comentó Barak.

Contemplé el extremo oriental de la isla de Wight. En algún punto, aunque todavía no lo veíamos, el enemigo se aproximaba por aquel mar azul y apacible.



Al llegar al puente que llevaba a la isla había ya grandes campamentos de soldados, así como pesados cañones a ambos lados del brazo de mar. Me había puesto la toga de abogado y nos dejaron pasar cuando informé de que tenía asuntos que atender en Portsmouth. Seguían llegando pertrechos y muchos de los carros atestados se dirigían a la larga hilera de tiendas de campaña de la costa.

—Detrás de ese laguito está el campamento real —dijo Barak cuando ya descendíamos.

—Sí.

Conté veinte tiendas enormes, con muchísimos colores y formas distintas, una al lado de la otra y paralelas a la costa. Estaban levantando más.

—¿Cree que el rey se instalará allí y contemplará la batalla naval en caso de que se produzca?

—Tal vez. Y quizá la reina también.

—Hay que admirar el coraje del viejo Enrique.

—O su temeridad. Venga, vamos a buscar a Leacon.

✞

Ante las murallas de la ciudad, donde aún había hombres entregados a la labor de aumentar el grosor de los muros de barro, compañías de soldados hacían maniobras: corrían con largas picas ante ellos, representaban falsas batallas con alabardas y practicaban el tiro con arco ante blancos improvisados. Estaban todos tostados por haber pasado mucho tiempo al sol. Los oficiales, en su mayoría a caballo, iban de un lado a otro supervisándolos, pero no vi a Leacon. Había tantas tiendas nuevas que costaba orientarse. El hedor de las inmundicias era insoportable.

Dimos con el lugar en que se había alojado la compañía de Leacon. Sin embargo, todas las tiendas de aquella parte del campamento estaban cerradas y vacías excepto una, algo alejada, en la que un joven soldado comía pan y queso de un tajadero de madera. Estaba solo. Lo reconocí: era uno de los hombres de Leacon. Tenía la cara cubierta de picaduras de mosquito y me fijé en que el largo cuello de su guerrera estaba deshilachado, y la prenda en sí, mugrienta. Le pregunté si sabía dónde se encontraba el resto de la compañía.

—Han embarcado, señor —respondió—. Para acostumbrarse al mar y practicar el tiro desde las naves. Me han dejado para vigilar las tiendas. Regresarán esta noche.

—Hemos visto varios buques de guerra alejados de la costa.

—Sí. El *Great Harry*, el *Mary Rose* y el *Murrain* han zarpado, dicen. Ahí van cinco compañías.

—Gracias.

—¿Qué te parece esta vida, amigo? —le preguntó Barak.

—Jamás había visto cosa igual. El rey viene mañana a ver la flota y dicen que los franceses llegarán dentro de pocos días. Hace dos semanas era ayudante de coadjutor. Eso me pasa por ponerme a tirar con el arco.

—Sí, puede resultar peligroso.

El soldado señaló el tajadero.

—Mire esta mierda que nos dan de comer. Queso medio mohoso y pan duro como una piedra. Me recuerda la hambruna de 1527, cuando era niño. Desde entonces ando con las piernas torcidas.

Bebió un sorbo de una jarra también de madera que tenía al lado. Distinguí una frase en latín grabada en grandes letras: Si Dios está a nuestro lado, ¿quién puede hacernos frente?

—Te deseo suerte amigo —dije.

—Gracias.

Nos alejamos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Barak.

—A la Domus Dei, a ver si saben decirnos dónde podría estar el señor West.

—Seguramente en el puerto, a bordo del *Mary Rose*.

—Podría encontrarse en tierra, o desembarcar esta noche. —Vacilantemente añadí

—: Deberíamos buscar una posada. Podríamos tener que quedarnos a dormir.

—Muy bien —respondió Barak con un suspiro—, una noche si hace falta. Santo cielo, ese soldado podría haber sido yo, es lo que he pensado. Estoy en deuda con usted y puedo permitirme pasar una noche aquí.

Contemplé las murallas mientras nos acercábamos a Portsmouth. Los soldados patrullaban de un lado a otro por la plataforma de defensa que había en lo alto. En las torres se distinguían los grandes cañones, largos toneles negros que nos apuntaban.

Capítulo 37

Tuvimos que esperar un buen rato ante las puertas de la ciudad. Los soldados interrogaban a todos los visitantes sobre los motivos que los llevaban a Portsmouth, con miedo sin duda de que entraran espías franceses. Yo afirmé que me reclamaba un asunto legal en el Ayuntamiento y nos dejaron pasar.

Portsmouth estaba aún más concurrido que antes, con tiendas de campaña por todas partes dentro de las murallas y soldados de instrucción. Recorrimos la calle mayor, observando a la multitud de comerciantes y jornaleros, soldados y marineros, ingleses y extranjeros. Muchos de los militares, al igual que los soldados del campamento, estaban ya un poco sucios y andrajosos. Los carros bien cargados seguían avanzando pesadamente hacia el muelle, llevados por hombres que gritaban a la gente que se apartara. El acre hedor del sudor lo impregnaba todo y se mezclaba con el intenso olor procedente de las cervecerías.

—Mierda, ya vuelvo a tener pulgas —se quejó Barak, retorciéndose.

—Deben de ser del campamento. Vamos a buscar una posada limpia y luego a la Domus Dei.

Tomamos Oyster Street y nos dirigimos hacia el muelle. La marea estaba muy alta y la dársena, llena de botes de remos que esperaban su turno para entregar mercancías a los barcos. Llegamos prácticamente al muelle y desde allí divisamos más allá del Point las tres hileras de naves fondeadas en el estrecho de Solent. Resultaban aún más abrumadoras que en nuestra primera visita, ya que había bastantes más de cincuenta de todos los tamaños, desde los gigantescos buques de guerra hasta pequeñas embarcaciones de cuarenta pies. Pocas habían izado las velas; hasta el *Galley Subtle* tenía los remos recogidos. La propia inmovilidad de la flota aumentaba su prestancia; únicamente se agitaban las banderas de los palos de los grandes buques, debido a una leve brisa. En el trinquete del *Mary Rose* ondeaba una enorme de san Jorge sobre las tres cubiertas de vivos colores del castillo de proa. Me fijé en la impresionante mole del *Great Harry*, que se alejaba por el estrecho de Solent, con algunas de las grandes y blancas velas izadas.

—Puede que Leacon y su compañía vayan allí —comentó Barak, mirándome.

—En ese caso, tardarán horas en volver.



Encontramos en Oyster Street una posada dedicada a una clientela pudiente, con un gran cartel junto a la puerta donde habían garabateado: Prohibidas las peleas y las discusiones. El tabernero nos cobró un chelín y se negó a regatear, argumentando que teníamos suerte de haber encontrado algo.

—He oído que el rey llega mañana —apunté.

—Sí. Por la mañana, para ver los barcos. Han dicho a la población que se coloque a los lados de la calle.

—Habrá muchos oficiales reales en busca de alojamiento por la ciudad.

—Qué va. Esos están instalados tan ricamente en las tiendas reales que hay por la costa. Si los franceses cercan Portsmouth, se largarán. Los pobres ciudadanos de a pie somos los que nos quedaremos atrapados aquí.

Dejamos los caballos en el establo, subimos las alforjas a nuestro cuartito y volvimos a la calle. Ascendimos por Oyster Street, con las manos al cinto por miedo a los carteristas que pudiera haber entre la multitud arremolinada, en dirección al espacio abierto que había delante de la torre cuadrada. En la plataforma unos soldados con afiladas alabardas marchaban y daban media vuelta al ritmo de un tambor. Un grupo de chavales los observaba y lanzaba vítores.

Se oyó un estruendo repentino y escandaloso que me hizo dar un respingo. Barak también se estremeció, pero los soldados no perdieron el paso. Uno de los críos me señaló y se rio diciendo:

—¡Mirad cómo brinca el jorobado! ¡Eh! ¡Tullido!

—¡A la mierda, cabroncetes! —gritó Barak, y los chavales se alejaron entre risas.

Miramos la torre cuadrada, de donde surgían espirales de humo gris oscuro que se desvanecían por el cielo. Un grupo de soldados se agachó para recargar un enorme cañón que señalaba al mar. Me imaginé que practicaban.

Llegamos a la puerta de la Domus Dei. Ya no teníamos a Leacon para ayudarnos a franquear la entrada, pero informé al guardia de que debía ver a un importante oficial del *Mary Rose,* Philip West, y pregunté por su paradero.

—Se trata de un asunto legal —aseguré—, una noticia familiar importante. No habríamos venido hasta Portsmouth precisamente hoy si no hubiera sido necesario.

—Ahora no viene nadie si puede evitarlo. Deberían hablar con uno de los escribientes de la antigua enfermería.

—Gracias.

Entramos en el patio de la Domus Dei. Barak me miró con recelo y preguntó:

—¿Deberíamos mentir a esta gente?

—Es la única forma de llegar a ver a West.

—Se le ha pasado por la cabeza que quizá no le apetezca responder a sus preguntas, ¿verdad?

—Le diré que la información de la que dispongo procede de su madre. Cosa que es cierta.

Miré a mi alrededor. Por todas partes había hombres de uniforme o con los ropajes de intensos colores de los oficiales. No dejaban de andar y hablar. Fuimos hasta la puerta de la antigua enfermería, donde de nuevo conté al guardia que tenía que ver a West. Nos dejó pasar.

La enfermería, que conservaba las vidrieras de santos en posturas de oración y

súplica, se había dividido en una serie de estancias. Por una puerta abierta vi a dos oficiales discutir con un papel entre ellos, encima de una mesa.

—Le digo que no podrá soportar a cien soldados más —insistía uno—. Tras la reparación el casco aún pesa más…

—Pues ha llegado sin problemas desde Deptford, ¿o no? —replicó el otro. Dio un golpe al papel—. Estas son las dotaciones decididas para cada una de las embarcaciones, aprobadas por su majestad. ¿Le apetece irse a Portchester a discutir con él?

En ese momento levantó la vista y se fijó en mí. Con una mueca de enojo se acercó y cerró de un portazo.

Pasó entonces un escribiente acompañado por un individuo con toga de abogado. Me coloqué delante.

—Perdone, letrado, ¿podría ayudarme? Debo hablar urgentemente con un oficial de la marina, Philip West. Creo que está en el *Mary Rose*.

El escribiente se detuvo, impresionado por mi toga, y respondió:

—En estos momentos todos los oficiales se alojan en los barcos. Dudo que dejen subir a un civil. Tal vez podría enviarle usted un recado.

Era una mala noticia. Reflexioné.

—Conozco a uno de los oficiales del ejército; tengo entendido que su compañía ha salido hoy a navegar.

—Al anochecer regresarán a puerto. No hay sitio en las naves para que duerman los soldados.

—Entendido. Gracias.

Los dos hombres se alejaron con rapidez.

—Quiero encontrar a Leacon a su regreso —informé a Barak—. A ver si puede conseguir que me dejen subir al *Mary Rose*.

—¿Qué? ¿Va a tratar de hablar con West en su barco? Si fue él quien forzó a Ellen quedará a su merced.

—¿En una nave repleta de soldados y marineros? No. Y voy a ir solo —añadí—. Lo mejor será hablar en privado. No hay nada que discutir, está decidido. Ven, vamos a pasar la tarde en la posada, lejos de estos humores infectos.

Barak me miró intrigado y preocupado. Di media vuelta y salí al concurrido patio. Cerca de los escalones de la enfermería conversaban dos hombres de algo más de treinta años. Uno tenía un rostro severo, la barba negra y corta y una larga túnica oscura. El otro me resultaba familiar, con un jubón verde que nacía bajo la barba cobriza y una gorra con una sarta de perlas. Era sir Thomas Seymour, al que había visto por última vez con Rich a la entrada de Hampton Court. Escuchaba con atención a su interlocutor.

—D’Annebault es soldado, no marinero —decía el de la barba negra con determinación—. No puede estar al mando de una flota de ese tamaño…

—La milicia entre aquí y Sussex está preparada para detener cualquier

desembarco —repuso el otro, orgulloso.

Barak y yo nos apartamos para quedar a la espalda de Seymour.

—Así que ha acabado aquí con todos los demás —susurré—. Y el que está con él es Thomas Dudley, lord Lisle. Es el almirante a cargo de todas las naves. Lo vi una vez en Westminster y me indicaron quién era.

—Parece un individuo de armas tomar.

Miré de reojo al comandante. Tenía fama de valeroso guerrero, excelente administrador y hombre inflexible. De repente se fijó en mí y me observó durante un instante con aquellos ojos oscuros en mitad de un semblante pálido, pero me aparté de inmediato.

—No me parece conveniente que suba a ese barco —insistió Barak.

—Tengo que hablar con West para ver cómo reacciona ante la noticia del hallazgo del cadáver del padre de Ellen. Mañana nos iremos de Portsmouth a primera hora, antes de que llegue el rey —añadí con impaciencia—. Subiré al barco esta noche si hace falta.



Volvimos a la taberna y pedimos que nos llevaran la comida a la habitación. Luego tratamos de descansar, pero las conversaciones y los gritos incesantes procedentes de Oyster Street y del muelle nos lo impidieron; además, estaba impaciente, sabía el poco tiempo que tenía para ver a West. Oímos entonces otro cañonazo, muy cercano, que hizo temblar los postigos, que habíamos cerrado para protegernos del hedor. Como contestación alguien disparó otro, más lejos.

Barak se levantó de un brinco y abrió la ventana.

—Joder, ¿serán los franceses?

Me acerqué y miré más allá de Oyster Street en dirección a la dársena. La marea empezaba a bajar y dejaba al descubierto un barro repugnante. Había hombres atareados junto a los cañones de la torre redonda. Se oyó otro tremendo estallido y se vio una columna de humo.

—Vamos a ver qué pasa —propuso Barak.

Salimos y nos topamos con el posadero, que regresaba de la sala con una bandeja de jarras.

—¿Qué son esos disparos? —pregunté.

—Están probando los cañones de la torre cuadrada y en Gosport —respondió, riéndose de mi nerviosismo—. Para asegurarse de tener cubierta la entrada del puerto si se presentan los franceses. —Se sonrió con gesto de desdén—. ¿Se han fijado en un gran cabrestante que hay junto a la torre?

—Sí.

—Debería haber una cadena con eslabones de un pie de largo que cubriera toda la bocana del puerto e impidiera la entrada de cualquier barco, pero el año pasado la

quitaron para repararla y no han vuelto a colocarla. O sea, que si llegan los franceses nos harán falta los cañones.

—Por un momento me ha parecido que ya habían llegado.

—Habría visto y oído mucho más, caballero —replicó el posadero antes de alejarse.

—Me he llevado un buen susto —reconoció Barak—. Vamos afuera.



Abandonamos la posada y tomamos la calle mayor. Delante del ayuntamiento se había reunido una multitud para ver pasar a una compañía de soldados de aspecto extraño. En lugar de armadura llevaban guerreras hasta la rodilla y encima chalecos cortos y decorados; iban con la piernas desnudas y con sandalias en vez de botas. Muchos de ellos eran altos y corpulentos, con rostros severos que se divisaban bajo los cascos.

—Más mercenarios, por lo que parece —observé—. A saber de dónde serán estos.

—De Irlanda, señor —respondió con emoción un chaval situado a nuestro lado—. Son los *kerns*. Les pagan para enfrentarse a los franceses en lugar de los soldados de su majestad.

Los irlandeses pasaron de largo sin mirar ni a izquierda ni a derecha. El gentío se dispersó y dejó a la vista a un hombre que había contemplado la escena desde la puerta del ayuntamiento. Era Edward Priddis. Nos observó por un instante y luego nos dio la espalda y entró. Barak me puso la mano en el brazo y señaló una ventana abierta.

—Mire.

Sir Quintin estaba sentado a una mesa y nos miraba con cara de pocos amigos. A su lado había otro hombre. Se volvió y vi que se trataba de Richard Rich.

—Mierda —musitó Barak.

Rich se puso en pie y salió con paso ligero de la habitación. Al cabo de un momento apareció en el umbral. Jamás lo había visto tan enfadado; tenía manchas rojas en las pálidas mejillas. Cruzó la calle con decisión hasta donde me encontraba.

—¿Puede saberse qué demonios hacéis aquí? —Hablaba con el mismo tono bajo de siempre, pero percibí un siseo fiero en lugar de la sorna habitual—. ¿Por qué acosáis a sir Quintin Priddis de este modo? —Le vi un tic nervioso en el rabillo del ojo—. Ya me he enterado de vuestra lamentable intervención en la vista sobre la muerte de esa mujer.

—No sabía que conocíais a los Hobbey, sir Richard —respondí, haciendo un esfuerzo para mirarlo a la cara.

—Y no los conozco, pero en tiempos tuve trato con sir Quintin, que me ha contado vuestra obsesión con una supuesta injusticia cometida con ese muchacho, Hugh Curteys, y cómo habéis hostigado —prácticamente gruñó la palabra— a esa

familia. Os extralimitáis, abogado. Recordad adónde os llevó eso en el pasado. Si habéis venido a molestar a sir Quintin otra vez…

—Mi presencia en Portsmouth no tiene nada que ver con ese caso, sir Richard.

—Entonces ¿qué hacéis aquí? ¿Eh?

—Me trae un asunto legal…

—¿Qué asunto? ¿Con quién?

—Sir Richard, ya sabéis que esa información es confidencial.

Aquellos ojos grises y fríos se clavaron en los míos, con las negras pupilas convertidas en agujas.

—¿Cuánto tiempo vais a pasar aquí?

—Me marcho mañana.

—Que es cuando llega el rey a Portsmouth. Será mejor que os hayáis ido. —Se echó hacia delante—. Recordad que soy consejero real, señor Shardlake, y que esta ciudad se prepara para la guerra. Si quisiera, podría hacer que el gobernador Paulet os encerrara como sospechoso de ser espía francés.

Capítulo 38

Regresamos calle mayor abajo. Estaba sumido en una gran confusión.

—Jack, esto va más lejos de lo que esperaba —reconocí—. Rich está implicado personalmente.

—¿Ha visto cómo le temblaba el párpado? Creía que iba a pegarle un puñetazo.

—Creo que ha entrado antes de perder el control. En fin, ahora está claro: aquel encuentro con Rich y Seymour en Hampton Court no fue ningún accidente. Lo preparó él y fue quien hizo que me atacaran aquellos golfos. Rich está implicado, no sé cómo, en lo que le haya pasado a Hugh. Sí que había algo que encontrar, y lo sigue habiendo. —Me detuve—. Y Michael Calfhill está muerto. Y el escribiente Mylling… Si hay relación, todo esto tiene un alcance enorme…

—Razón de más para irnos de aquí. Ya sabe lo peligroso que es Rich.

—Si hubiera querido, podría haber hecho que me detuvieran —reflexioné—, ahí mismo, con alguna acusación inventada. Pero no lo ha hecho. No sé qué vinculación tiene con los Hobbey ni con Hugh, pero no quiere que hable del asunto, ni con Paulet ni con nadie.

—¿Cómo se enteraría tan pronto de que iba a llevar usted el caso?

—La única persona que estaba al tanto de lo que iba a tratar con la reina aquel día era Robert Warner —repuse con pesar.

—Y usted cree que también podría estar relacionado con lo sucedido en Rolfswood.

—Si está implicado, sería presa fácil de un chantaje. Precisamente una de las especialidades de Rich.

Barak miraba a los lados con cautela mientras andábamos.

—Con toda la gente que hay en esta ciudad, a Rich no le costaría encontrar a alguien que le clavara un cuchillo en las tripas.

—No. Ahí es donde me protege el apoyo de su majestad. Si ahora me sucediera algo, removería cielo y tierra hasta dar con el culpable. A pesar de sus bravatas, Rich no puede hacerme nada.

—¿Cree que la reina le tiene tanto aprecio? Rich sigue contando con el respaldo del rey; no ha perdido poder a pesar del escándalo de corrupción del año pasado.

—Su majestad no me abandonaría. Y si iniciara una investigación a saber qué torres caerían. No, ahora Rich puede vigilarme, pero nada más.

—¿Cree que Seymour está implicado junto con Rich en el asunto de Curteys?

—No, me parece más probable que estuvieran juntos en Hampton Court aquel día y Rich le pidiera que aguardase con él hasta mi salida. Para Seymour debió de ser un buen entretenimiento y su presencia ayudó a Rich a intimidarme.

Barak se detuvo de golpe en plena calle e hizo caso omiso del juramento que le

soltó un aguador que iba detrás.

—Oiga, ¿no podemos irnos ahora mismo?

—Tú sí, pero yo me quedo. Hasta mañana por la mañana, según lo acordado.

—Bueno —suspiró—. Por el amor de Dios, ándese con mucho cuidado. Venga, correremos menos peligro en el muelle. Esta noche dormimos con el cuchillo bien a mano y mañana nos largamos de aquí a primera hora.

—¿Qué puede ser? —pregunté—. ¿Qué puede vincular a Rich con gente bien de segunda categoría como los Hobbey?

—Espere a que volvamos a Londres —respondió Barak bruscamente—, ya hará sus averiguaciones entonces.



De regreso en Oyster Street, nos dirigimos al muelle. Al otro lado del Point vimos que el *Great Harry* se acercaba a las líneas de buques de guerra con una pesadez y una lentitud majestuosas; los mástiles y la gavia, que llevaba desplegada, se alzaban hacia los cielos. El enorme navío maniobró con seguridad hasta ocupar su lugar en la fila más exterior de embarcaciones, ante el *Mary Rose*. Algunas habían desatado las grandes barcas de remos que arrastraban y estas se trasladaban con cuidado hasta el costado de los gigantescos buques de guerra. Distinguí figuras diminutas que bajaban por una escalerilla hasta las barcas. Dos navíos más, de menor eslora que el *Great Harry* pero aun así monumentales, aparecieron entonces y se dirigieron poco a poco hacia la línea.

—Parece que regresan los soldados —comentó Barak.

Nos sentamos en un banco delante de uno de los almacenes y apoyamos la espalda contra la pared. Miré la costa de Gosport, al otro lado del puerto, donde se alzaba otro fuerte, frente a la torre redonda. El sol estaba ya bajo, en un cielo encendido de rojo que presagiaba otro día de calor.



El primer grupo de soldados en desembarcar nos resultó desconocido. Llegaron al muelle en silencio, sin los comentarios y las bromas habituales, y algunos tropezaron un poco en los escalones. Un instructor los hizo formar y se marcharon marcando el paso.

Llegaron varios grupos más a tierra antes de que, por fin, apareciera Leacon en lo alto de los escalones. Lo siguió más o menos la mitad de la compañía. Entre ellos distinguí rostros conocidos: Carswell y Tom Llewellyn, Pygeon y Sulyard. Al igual que los demás soldados que habíamos visto, algunos llevaban pellizas y otros justillos de piel o de lana, mientras que Pygeon lucía la brigantina que le había ganado a

Sulyard. Snodin cerraba la marcha; subió los escalones resoplando, sin aliento. Como en los grupos precedentes, los hombres iban sumidos en un silencio desacostumbrado; ni siquiera Carswell soltaba sus chanzas habituales. Solamente el zafio de Sulyard parecía de buen humor, recuperada la fanfarronería. Formaron como pudieron en el muelle, sin percatarse de nuestra presencia a la sombra del almacén. Uno de ellos se quitó el casco y se rascó la cabeza.

—¡Qué mierda de piojos!

—¡Deja ya de quejarte! —le gritó Snodin. Era evidente que el instructor estaba de mal humor—. Miserable, ya está bien de lloriqueos.

Varios de los hombres lo miraron con rencor.

Me acerqué un poco y llamé a Leacon, que se volvió, lo mismo que los soldados. En la cara de Carswell se dibujó una sonrisa.

—¡Pero si es nuestra mascota! ¡Acompáñenos también mañana a bordo del *Great Harry*, caballero, denos buena suerte!

Los otros soldados me miraban sorprendidos ante mi reaparición.

—Los jorobados traen mala suerte, no buena —oí murmurar a Sulyard.

—Rompan filas —ordenó Leacon—. Esperad ahí a que llegue el resto de la compañía.

Se dirigieron con desaliento a un espacio abierto entre dos almacenes y Leacon se acercó y me estrechó la mano.

—Creía que se había ido usted, Matthew —saludó.

—Mañana.

—Es cuando llega el rey. Como arqueros principales tenemos que desfilar ante él a las afueras de la ciudad por la mañana.

—Nos habremos ido antes.

—Desde luego que sí —terció Barak con firmeza—. Nos iremos a primera hora.

Leacon se volvió hacia donde estaban sus hombres, muchos con cara de cansancio e inquietud. Pygeon soltó la brigantina en el suelo y se oyó un tintineo. Sulyard lo miró fijamente.

—Señor Snodin —preguntó Carswell al instructor—, ¿podemos volver al campamento y comer algo?

—Algo decente, ¡no galleta a la que hay que quitarle los gorgojos a golpes! —intervino otro, lo que dio lugar a murmullos de asentimiento.

—¡Nos iremos cuando lleguen los demás, con sir Franklin! —gritó Snodin.

—¿Hoy ha sido su primer día a bordo? —pregunté a Leacon.

—Sí. Y no es que haya ido muy bien.

Todo el mundo dio un respingo al oírse un estallido tremendo. Era otro disparo de cañón procedente de la torre redonda. Un resplandor y una explosión respondieron en el lado de Gosport.

—¿Qué hacen? —pregunté.

—Practican la defensa del puerto, por si los franceses tratan de entrar.

Deberíamos ser capaces de detenerlos: esos cañones tienen bastante más de un kilómetro de alcance. Pero si derrotan a nuestra flota en el mar no habrá nada que les impida tomar tierra en otro lado.

—George, no sé si podría pedirle otro favor.

—¿Sí? —contestó, mirándome con curiosidad.

—Es confidencial —dije, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a los hombres.

—Vamos a doblar la esquina del almacén —suspiró.

Cuando ya no nos oían pregunté:

—¿Hoy no han ido bien las cosas?

—La compañía entera ha subido al *Great Harry*. Por Dios, qué grande es ese buque. Tiene cañones suficientes para conquistar hasta el mismísimo infierno. Ninguno de los muchachos había visto cosa igual. Cuando trepábamos por la escalerilla de cuerda ha empezado a balancearse debido a una ráfaga de viento, estando nosotros colgados como caracoles en un desagüe. He visto que los hombres tenían un miedo atroz de caerse al mar. Luego, a bordo, todos resbalaban y se desplomaban sobre la cubierta cada vez que el mar se agitaba un poco. Y tampoco les hacía gracia estar debajo de esa red.

—He oído hablar de eso. La colocan encima de las cubiertas de modo que si alguien toma el barco al abordaje se caiga encima. Con los soldados debajo, armados con pequeñas picas.

—Es muy densa, estando allí debajo se siente uno agobiado. Además, si le pasara algo al buque, si volcara, nos quedaríamos atrapados. —Se echó a reír, de un modo algo desenfrenado que me preocupó—. Claro que la mayoría de los hombres no sabe nadar. Deberían habernos dado más tiempo para prepararnos; llevamos aquí una semana. Los hombres se aburren y se ponen nerviosos por no hacer nada, de ahí que haya deserciones. Y no es fácil sustituir a un arquero experimentado. Los marineros se han reído de ellos, de los resbalones, lo cual tampoco ha ayudado. Esos hombres van descalzos, se aferran a la cubierta como si fueran gatos.

—Soldados y marineros deberán luchar en la misma batalla. Si llega el momento.

—Dentro de dos o tres días, por lo que cuentan. —Volvía a tener aquella mirada de angustia—. Nos han dicho que vamos al *Great Harry*, que como buque insignia irá delante. Los hombres están todos desanimados y Snodin empeora las cosas, se burla de ellos cada vez que se quejan de algo. Como se ha pasado el día a bordo no ha bebido nada, así que está de un humor de perros —suspiró—. Bueno, Matthew, ¿en qué consiste ese favor?

—George, no le molestaría si no fuera importante, pero puede estar en juego el destino de una mujer. Tengo que volver a hablar con Philip West, al que vi en la Domus Dei. —Respiré hondo—. Está en el *Mary Rose*. Quería saber si podía ayudarme usted a subir a bordo, esta noche, para hablar con él.

—Matthew —contestó, no muy convencido—, solo dejan subir a quien tenga que

tratar asuntos oficiales.

Se quedó mirando el mar. Las grandes barcas de remos habían encendido ya los faroles, puntitos de luz que bailaban sobre el agua. El sol del ocaso dibujaba el perfil de los buques por detrás con un resplandor encendido.

—Por favor —insistí—. Es importante.

—No es nada difícil pagar a un barquero para que nos lleve hasta el *Mary Rose* —reflexionó—, pero llegar a bordo puede ser harina de otro costal, por mucho que esté yo allí. Sin mí desde luego no lo conseguirá. Muy bien. Pero no puedo entretenerme mucho, debo regresar al campamento; los hombres están descorazonados y mañana por la mañana tengo que tenerlos listos para desfilar ante su majestad.

Apartó un mosquito con la mano; con la caída de la noche empezaban a zumbarnos en el oído.

—George, no sabe cómo se lo agradezco.

—Primero tengo que esperar a que lleguen los demás con sir Franklin. Ya los conducirá él hasta el campamento. Luego…

Se interrumpió. Snodin, al que no veíamos, gritaba con furia:

—¡En pie! ¡Levantaos, que sois unos haraganes!

—Por el amor de Dios —musitó Leacon—. Acabará pasándose de la raya.

Dobló con paso veloz la esquina del almacén, seguido de Barak y de mí. Muchos de los hombres se habían echado en el suelo y Snodin los arengaba rabiosamente.

—¡Haraganes de mierda! ¡En pie, que ya no estáis en esas casuchas en las que vivíais!

Nadie se movió.

—¡Estamos derrengados! —exclamó Carswell—. ¿Por qué no podemos descansar?

—¡El capitán os ha dicho que esperéis, no que os tumbéis en el suelo como si fuerais sapos, joder!

El instructor estaba casi fuera de sí y los carrillos enrojecidos le temblaban debido a la ira. Todo el mundo se volvió al aparecer Leacon.

—¡No te dirijas al señor Snodin en ese tono, Carswell! —espetó.

Pygeon se levantó y señaló con mano temblorosa al instructor.

—Mi subcapitán, lleva todo el día insultándonos. ¡Lo único que pretendíamos era descansar las piernas después de lo del barco!

—¿Tienes miedo, orejudo? —preguntó entonces Sulyard con desdén.

—¡Si estar en el buque insignia es un honor tan grande, que venga el rey a dejarse la piel! —exclamó entonces una nueva voz. Snodin se volvió y se quedó mirando a Tom Llewellyn. El muchacho, muy callado por lo general, se había puesto en pie y estaba ante él—. Que venga el rey Enrique a hacer esto por seis peniques al día, que encima ahora valen menos de cinco.

—¡Y nosotros mientras volvemos a casa a prepararnos para la cosecha! —gritó

otro.

Snodin movía la cabeza de uno a otro, a tal velocidad que algunos se echaron a reír. Leacon dio un paso al frente y agarró al instructor del hombro.

—Con calma, señor Snodin —recomendó en voz baja—. Con calma.

Snodin se quedó quieto, respirando entrecortadamente.

—Tienen que estar listos para la batalla, mi subcapitán.

—¡Y lo estarán! —Leacon levantó la voz—. Vamos, muchachos, el día ha sido agotador, pero yo ya he navegado y uno encuentra el equilibro enseguida. Además, me he encargado de que mataran una vaca para que cenéis bien. Venga, en pie, preparaos para la llegada de sir Franklin. ¡Mirad, el resto de la compañía ya llega al muelle!

Durante un segundo no sucedió nada. Luego, poco a poco, todos se levantaron. Leacon se llevó a Snodin unos pasos más allá y le dijo algo al oído. Barak y yo nos dirigimos hasta donde se encontraban Carswell y el joven Llewellyn.

—Has hablado con valentía, muchacho —dijo Barak al segundo, que aún parecía enfadado.

—Ya estoy harto. Con lo de hoy hemos acabado todos hasta la coronilla.

Carswell me miró. En su cara ya no había rastro de humor.

—Ahora es de verdad —reconoció—. Ve cómo serán las cosas si se produce una batalla. Si el *Great Harry* se enfrenta a un buque de guerra francés nos dispararán con cañones y nos clavarán picas en las tripas desde la cubierta si los abordamos. Siempre me había parecido que tenía buena imaginación, señor Shardlake, pero en la vida se me habría pasado por la cabeza que existiera un barco como ese.

—Es que es enorme —confirmó Llewellyn, aún perplejo—. Es como la iglesia que tenemos en el pueblo; los palos son como capiteles. «¿Cómo puede flotar una cosa así?», me he preguntado. Cada vez que se ha balanceado la cubierta creía que se hundía.

—Al principio cuesta acostumbrarse a la navegación —repuse—, pero el capitán Leacon tiene razón: uno se habitúa.

—Hemos tratado de tirar con el arco desde las cubiertas superiores —contó Carswell—, pero el barco no dejaba de moverse y perdíamos el equilibrio. Los marineros se han dado un hartón de reír y de burlarse, los muy rastreros. Además, debajo de esas redes no es fácil moverse con libertad.

—Muy bien lo que has dicho, Tom —comentó Pygeon, que se nos había acercado —. Tanta historia para salvar al rey Enrique, al que le trae sin cuidado que nos maten o no.

—Pero si ganan los franceses harán a nuestra gente lo que les hicimos nosotros el año pasado —replicó Carswell—. No hay vuelta de hoja: tenemos que luchar.

—¿Qué tramas, Pygeon, papista traicionero?

—Lleva todo el día tratando de no perder el valor. Cuanto más grita más se nota el miedo que tiene —opinó Carswell con desprecio. Y dirigiéndose a mí preguntó—:

¿Por qué ha vuelto a este dichoso lugar, abogado?

—¿Y ahora qué? ¿Aquí qué pasa? —preguntó de repente una voz rotunda y bien modulada. Sir Franklin había aparecido en lo alto de los escalones, vestido como era habitual con un buen jubón y cuello y mangas de encaje, seguido del resto de la compañía—. ¿Dónde está Leacon? —El aludido se le acercó, seguido de Snodin, que parecía malhumorado. Sir Franklin los miró atentamente—. Ah, aquí esta. ¿Todo bien?

—Sí. Sir Franklin, ¿le importaría conducir a los hombres al campamento? El señor Shardlake me ha pedido que le eche una mano.

—¿Un asunto legal? —preguntó, mirándome con recelo—. ¿Usted por aquí de nuevo? No se complique demasiado en líos de abogados, Leacon.

—Será cuestión de poco más de una hora.

—Se lo agradecería sobremanera si concediera su permiso, sir Franklin —intervine.

—Bueno, pero no tarde —refunfuñó—. Vamos, Snodin, cualquiera diría que le han echado una bolsa de harina por la cabeza.

—Espérame en la posada, Jack —pedí a Barak.

—No puede pedir a Leacon que lo acompañe —me dijo al oído—, tal y como están sus hombres. Si no se lo hubiera impedido habrían echado a Snodin al agua.

—Pero si ha aceptado —repliqué secamente.

—Me da la impresión de que quiere usted quedarse y ocuparse también de Rich.

—Puede, para acabar de una vez por todas.

—En ese caso, empiezo a dudar de su lucidez.

Dichas esas palabras se marchó y yo regresé junto a Leacon, que contemplaba la partida de sir Franklin a la cabeza de los soldados.

—¿Le preocupan sus hombres? —pregunté.

—Le he dicho a Snodin que se tranquilice, y con sir Franklin no se enfrentarán. —Respiró hondo—. Muy bien. Vamos al *Mary Rose*.



La dársena de Camber estaba repleta de barcas de remos que los marineros amarraban al final del día. Dimos con uno, un individuo corpulento de mediana edad, que accedió a llevarnos hasta el *Mary Rose*, esperar y luego devolvernos a puerto. Bajamos tras él los resbaladizos escalones. Por encima se oían la música y las voces procedentes de las tabernas de Oyster Street. El barquero colocó los remos en los escálamos y salió a mar abierto en dirección a las filas de buques. Tras ellas el atardecer adoptaba ya un azul oscuro, sin dejar de perfilar con claridad el bosque formado por los palos.

De repente, al apagarse los ruidos de la ciudad, nos adentramos en un mundo prácticamente silente. El aire también se tornó limpio y salado en pocos instantes. El

agua estaba en calma, pero al navegar por vez primera en cuatro años me sentí incómodo. Aferré el borde de la barca con fuerza y volví la cabeza hacia la costa. Distinguí la muralla de Portsmouth, la torre cuadrada y, más allá de los límites de la ciudad, las tiendas de campaña de los soldados, que formaban una línea costera teñida de rosa por los últimos rayos de sol.

—Gracias por ayudarme —dije a Leacon—, teniendo en cuenta los problemas de su compañía.

—Gracias a Dios que se me ocurrió encargar carne fresca para esta noche. La galleta se ha estropeado. Un par de hombres han pillado disentería. Y uno se hizo un tajo ayer con el cuchillo, por accidente. O al menos creo que fue por accidente. Nos hemos quedado con ochenta y ocho soldados en la compañía.

Volví a mirar la costa, que se alejaba aún más. Veía ya hasta el castillo de South Sea, un pequeño bloque rosado a la luz del atardecer, que se empequeñecía mientras seguíamos metiéndonos en el estrecho de Solent. De mala gana, aparté los ojos de lo que dejábamos atrás.

Poco a poco nos aproximamos a los buques de guerra y empezamos a distinguir halos de luz tenue y titilante sobre las cubiertas, procedentes de velas y lámparas. El sonido de un silbato y un tambor nos llegó por el agua. Leacon miró al frente, preocupado, y luego comentó con calmada desesperanza:

—Tengo que animar a mis hombres, no hay más remedio. Tengo que intentar que recuperen el ímpetu, aunque sepa la pesadilla que los espera.

—Desde luego sabe Dios que hace usted todo lo que está en su mano.

—¿De verdad lo sabe?

Ya casi habíamos alcanzado los buques de guerra, cuyos palos y altos castillos se nos antojaban gigantescos, mientras que enormes cuerdas trenzadas caían hasta el agua para retener las anclas. La luz había desaparecido casi por completo y los vivos colores de la pintura de las cubiertas superiores se habían convertido en tonos de gris. El barquero viró para esquivar un chorro de inmundicia que manaba de una letrina del acrostolio. Nos llegaron voces y más música cuando el vasto casco del *Great Harry* apareció ante nosotros. Sucedía algo en la cubierta principal. Habían montado una pequeña plataforma que sobresalía por encima del agua y de la que pendía una polea. La utilizaban para subir algo desde una gran barca de remos. Me di cuenta de que se trataba de una gran silla de respaldo alto, cubierta con un hule, a la que habían atado un enorme cerdo muerto.

—¡Cuidado —oí que gritaba alguien—, que pega contra el costado!

—Pero ¿qué demonios pasa? —pregunté al barquero.

—Alguna broma morbosa de marineros —respondió con desaprobación.

Dejamos atrás el buque insignia para ir hacia el *Mary Rose*, sobre cuyo bauprés apenas se distinguía el emblema de la rosa. Estiré el cuello ver mejor el barco.

La parte central, la menos elevada, tendría unos veinte pies de altura; el largo castillo de popa, como mínimo el doble, en dos pisos. El castillo de proa era aún más

alto, con tres niveles de cubiertas que sobresalían sobre la proa como escalones monumentales. Sopló una brisa repentina y oí un extraño ruido cantarín procedente del entramado de aparejos que iban de las cubiertas al mastelero. Al aproximarnos alguien gritó en la cofa, en lo alto del palo mayor:

—¡Barca a la vista!

Nos dirigimos hasta el centro del buque, entre los dos altos castillos. Contemplé con aprensión el gran casco oscuro, sin saber cómo íbamos a subir. Se me fue la vista hasta unos cuadrados enmarcados en brea que debían de ser las troneras; gruesos cabos ascendían desde anillas situadas en el centro hasta los agujeros de los cuadrados pintados encima, y el verde y el blanco de los Tudor se alternaba con cruces rojas sobre un fondo blanco: los colores de san Jorge.

—¿Cómo subimos? —pregunté con temor.

Leacon señaló con un gesto de cabeza los cuadrados pintados.

—Esos tableros se deslizan. Soltarán una escalerilla de cuerda desde uno de ellos.

La barca chocó contra el casco del buque, alguien retiró uno de los tableros y asomó una cabeza. Una voz gritó la consigna que ya había oído en el campamento:

—¡Viva el rey Enrique!

—¡Y que nos gobierne durante mucho tiempo! —replicó Leacon—. ¡Subcapitán Leacon, de los arqueros de Middlesex! ¡Vengo en asunto oficial a ver al sobrecargo adjunto West!

La cabeza desapareció y al cabo de un momento nos echaron una escalerilla que se desenrolló hasta que el extremo se estrelló contra el agua a nuestro lado.

Capítulo 39

Nuestro barquero tiró de ella y se volvió hacia nosotros.

—Suban, caballeros. De uno en uno, hagan el favor.

Leacon la aferró y se subió. Empezó a ascender. Lo miré con aprensión mientras avanzaba a buen ritmo, una mano tras otra. De repente pegué un respingo cuando, un poco por encima de mi cabeza, se abrió una tronera hacia fuera. Se oyó el chirrido de unas ruedas en el interior y emergió la boca de un inmenso cañón por la abertura, con un movimiento extraño y trepidante.

—Hay que engrasar ese eje —gritó una voz estridente.

Retiraron el arma y la boca de la tronera se cerró de golpe. Miré hacia el final de la escalera, que Leacon ya había alcanzado. Salieron unas manos por la portilla abierta y mi amigo se metió por la estrecha abertura.

—Ahora usted, señor —dijo el barquero.

Respiré hondo, agarré los peldaños y empecé a subir. No miré abajo. Las leves sacudidas de la barca me desorientaban. Alcancé la portilla y surgieron unas manos para ayudarme a pasar. Había que bajar varios pies hasta llegar a la cubierta. Tropecé y estuve a punto de caerme.

—Joder, si es un abogado —comentó alguien, sorprendido.

—He pedido a un marinero que fuera a buscar al señor West —informó Leacon, cogiéndome del brazo.

Miré alrededor. Una tupida red de cuerdas formando mallas estrechas abrigaba la cubierta; iba agarrada a la barandilla de encima de las portillas y, en medio, a una verga de madera central situada siete pies por encima de nuestras cabezas y apoyada en gruesos postes que cubrían toda la anchura de la cubierta superior. La amplia verga formaba una pasarela que en lo alto iba de un castillo a otro; un marinero la recorría descalzo. Levanté la vista hacia el castillo de popa, de veinte pies de altura, del que sobresalían dos cañones de bronce largos y ornamentados, orientados para disparar hacia fuera. Dos más surgían del de proa y apuntaban en dirección contraria.

—Menuda creación —comenté en voz baja.

Recorrí con los ojos la cubierta superior. Tenía unos cuarenta pies de ancho y casi lo mismo de largo, con tres cañones de hierro en cada lado, de doce pies de longitud y trincados a plataformas con ruedas. La iluminaban los tenues halos de las velas de sebo colocadas dentro de altos faroles. Había tal vez sesenta marineros sentados en pequeños grupos entre los cañones, jugando a los dados o a las cartas; iban descalzos, en su mayoría con justillos sobre las camisas y algunos con gorros de lana redondos, ya que se había levantado una brisa fresca. Muchos eran jóvenes, aunque ya con la cara curtida. Junto a uno de los corros se había sentado un pequeño chucho que contemplaba ávidamente una partida de cartas. Algunos de los hombres me miraron

con curiosidad con ojillos que eran simples puntos de luz, sin duda deseosos de saber quién era. Un grupo hablaba una lengua que identifiqué como español, otro escuchaba con atención a un clérigo que leía en voz alta un pasaje de la Biblia: «Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y a la mar; y fue gran bonanza». Un olor acre a carne y pequeñas espirales de vapor surgían de algunas de las escotillas con pesadas rejas de madera que había a lo largo de la cubierta.

—¿Es la primera vez que sube a un buque de guerra, señor? —preguntó uno de los marineros que me habían ayudado y que se había quedado con nosotros, quizá por curiosidad.

—Sí.

Miré a través de una de las mallas de la red la cofa de lo alto del trinquete, donde el hombre que había alertado de nuestra presencia seguía escrutando el mar. Un muchachito trepaba por los aparejos tan deprisa como el mono de la reina en su jaula de Hampton Court.

Un marinero sentado allí cerca se volvió y me preguntó en tono jocoso:

—¿Ha venido usted a conseguir que nos suelten ya la cena, señor abogado? —Me fijé en que casi todos tenían cucharas de madera y cuencos vacíos a su lado—. Nos rugen las tripas.

—Esperemos que sea comestible —refunfuñó otro, que se hurgaba bajo las uñas con una herramienta extraída de un diminuto juego de manicura de acero e hizo una mueca de dolor al extraer una gran astilla.

—A callar, Trevithick —replicó nuestro marinero—. Este caballero ha venido por un asunto oficial. —Bajó la voz y añadió—: La comida se ha estropeado porque lleva demasiado tiempo en los toneles, abogado. No nos gustan los olores que vienen de ahí abajo. Se suponía que hoy iban a llegar nuevos suministros, pero nada de nada.

—La alimentación sigue siendo también la principal preocupación de los soldados —comentó Leacon, mirando los pies desnudos de los marineros—. La alimentación y el calzado, aunque no parece que a sus hombres lo segundo les preocupe mucho.

—Los soldados deberían ir descalzos como nosotros; así no resbalarían ni se irían para los lados cada vez que pisan una cubierta.

El *Mary Rose* se movió ligeramente con la brisa y estuve a punto de tropezar otra vez. En la pasarela superior dos hombres que transportaban a medias una caja larga y pesada lograron recuperar el equilibrio de milagro y desaparecieron por una entrada del castillo de popa. Nuestro acompañante, que se aburría con nosotros, se alejó.

—Entiendo que sus hombres se sintieran intimidados —susurré a Leacon—. He navegado varias veces, pero este buque…

—Sí, sí, pero no dudo de su valor en el fragor de la batalla.

Volví a mirar el castillo de popa. En la cubierta superior vi más redes, fijadas a una verga central y tenuemente iluminadas por la luz de unas lámparas situadas más abajo. Allí en lo alto alguien rasgaba un laúd y el sonido bajaba hasta nosotros.

Leacon siguió mis ojos.

—Hoy hemos practicado en el castillo de popa del *Great Harry*, hemos tirado por las troneras de la cubierta superior. Era muy difícil acertar.

—Se diría que los marineros están de un humor de perros.

—No resulta fácil mantenerlos a raya, los han reclutado por todo el reino y por fuera del reino. Algunos son corsarios.

—¿Salen a la luz sus prejuicios, George? —Sonreí.

—A ellos no les ha importado mostrar los suyos antes, cuando se han reído de mis hombres.

Un hombre enjuto con un justillo a rayas se nos acercó con detenimiento; llevaba un farol que daba más luz que los faroles de los marineros: dentro había una buena vela de cera de abeja. Hizo una breve reverencia y se dirigió a Leacon con acento galés.

—¿Deseaba usted ver al señor West, subcapitán?

—Yo no, este señor. Tiene que hablar con él urgentemente.

—Está abajo con el cocinero. Tendrá que ir a verlo usted, caballero.

—Muy bien. ¿Me acompaña?

Me miró con recelo.

—La cocina está en la bodega. ¿Podrá apañárselas?

—He subido al barco, ¿no? —repliqué secamente.

—Se le estropeará la toga. Mejor que se la quite.

Se la di a Leacon, que contestó:

—Lo espero aquí, pero, por favor, no tarde mucho.

Me quedé en mangas de camisa, tiritando un poco.

—No se preocupe —me dijo el marinero—. Ahí donde vamos no se pasa frío.

Echó a andar por la cubierta hacia el castillo de proa. Fui tras él y di un traspié junto a un grupo que jugaba a las cartas; mandé un dado diminuto por los aires y lo atrapó un marinero con un movimiento veloz.

—Lo siento —me disculpé, pero me miró con gran hostilidad.

Justo antes del castillo de popa llegamos a una escotilla abierta tras la cual una ancha escalerilla se hundía en la oscuridad. El marinero se volvió hacia mí.

—Nos metemos por aquí.

—¿Cómo te llamas?

—Morgan, señor. Bueno, baje detrás de mí con cuidado.

Puso los pies en un escalón y esperé a que hubiera desaparecido la parte superior de su cabeza antes de empezar a descender.

Tenía que buscar los peldaños a tientas y con cuidado, ya que estábamos casi a oscuras, y di gracias a Dios de que el barco apenas zozobrara. Hacía cada vez más calor. Algo goteaba en un rincón. Al pie de la escalerilla había un poco de luz: más faroles colgaban de las vigas. Vi que nos encontrábamos en la cubierta del armamento. Tenía bastante más de cien pies de largo y estaba situada bajo los

castillos, ocupando casi toda la eslora del barco. Más allá de donde nos encontrábamos había zonas divididas en pequeños compartimentos, entre los cuales estaban las cureñas de los cañones. Me sorprendió comprobar que había altura suficiente para estar erguido. Miré los cañones sobre sus plataformas con ruedas. El más próximo era de hierro; el siguiente, de bronce, iba marcado con una gran rosa Tudor con una corona encima que resplandecía con un brillo extraño a la luz de los faroles. Un intenso olor a pólvora se mezclaba con el de la comida; los ramos de hojas de retama y laurel atados a las paredes para contrarrestarlo no conseguían gran cosa.

Los hombres comprobaban el tamaño de las balas de cañón de piedra y de hierro sirviéndose de unos tablones con grandes agujeros circulares y luego las amontonaban con cuidado en cajas triangulares situadas junto a los cañones. Dos oficiales supervisaban la actividad: uno con barba y de mediana edad, que llevaba un silbato de plata colgado del cuello con una cuerda de seda, y el otro más joven.

—Habría que haber acabado este trabajo antes del anochecer —protestaba el de mayor edad.

Al percatarse de nuestra presencia se quedó mirándome y levantó el mentón en ademán interrogativo. Morgan hizo una buena reverencia.

—Este caballero trae un mensaje de tierra para el señor West, que está en la cocina.

—No moleste a los hombres —se limitó a decirme el oficial.

Morgan me hizo recorrer buena parte de la cubierta del armamento y llegamos hasta otra escotilla tras la cual una escalerilla de cuerda seguía bajando.

—Por ahí se llega directamente a la cocina —informó.

—¿Quién era ese?

—El contramaestre. Está al mando del buque.

—Creía que esa tarea correspondía al capitán.

—Ja, ja, el capitán Grenville no conoce el *Mary Rose*, aunque al menos es marinero, porque hay otros que ni eso. Muchos capitanes son caballeros con el título de sir, ¿sabe usted?, para que les tengamos un temor reverencial.

«Como los soldados a sir Franklin», pensé.

Morgan puso los pies en la escalerilla y empezó a bajar de nuevo. Lo seguí.

Pasamos por otra cubierta, llena de depósitos en zonas compartimentadas. Distinguí toneles y cofres, rollos de cuerda increíblemente gruesa. De abajo nos llegaban vaharadas de vapor caliente. El barco se agitó un poco, entre crujidos y gemidos, y casi resbalé con un pie. Por debajo de nosotros se distinguía un resplandor rojizo que iba acompañado de calor y de un olor cada vez más intenso a carne podrida. Bajé los ojos hacia Morgan, cuyo rostro quedaba teñido por el resplandor carmesí.

—¿De dónde eres? —pregunté.

—De Saint David’s, señor. Tengo una barca de pesca, o la tenía hasta que me

reclutaron, como a la mitad de la zona occidental de Gales. Y ni siquiera así tienen marineros suficientes: un tercio de la tripulación está compuesto por españoles o flamencos.

—¿Cuántos hombres hay a bordo?

—Doscientos. Y trescientos soldados si hay batalla, según nos dicen. Demasiados, hay quien asegura que bastarían para hacernos volcar si todos suben a esas cubiertas altas de los castillos.

Pasamos por otra escotilla. Ya me dolían los brazos. Aparecimos entonces en la bodega. Un vapor denso y apestoso me hizo jadear y casi me produjo arcadas. El rostro se me cubrió de sudor en el acto. Noté también un olor pútrido y salado que me imaginé procedería de los guijarros de playa utilizados como lastre. A mi izquierda distinguí dos grandes hornos de ladrillo ubicados sobre un suelo también de ladrillo. Llamas amarillas danzaban bajo borboteantes tinas de potaje en las que flotaban gruesos pedazos de carne grisácea. El fuego, los calderos en ebullición y las paredes cubiertas de condensación convertían aquel lugar en el infierno imaginado por un predicador enfervorizado. Dos jóvenes con el pecho descubierto daban vueltas al potaje. Uno se apartó para echar a uno de los fuegos un trozo de leña de un montoncito. Al otro lado de las tinas dos hombres en mangas de camisa examinaban algo en un cucharón. Uno era Philip West. El otro supuse que sería el cocinero.

—No podemos servir esto, señor —decía el segundo—. Deberíamos echarlo por la borda y tratar de encontrar un tonel de pescado seco que no esté estropeado.

—¿Queda alguno? —replicó West de mala manera y con impaciencia—. ¡Hoy tendrían que habernos llegado toneles para toda la semana! En fin, tiene usted razón, no podemos servir esto a los hombres. Está podrido. —En ese momento me vio; en su rostro se dibujó primero el asombro y luego algo cercano al horror. Dio un paso adelante y dirigiéndose a Morgan bramó—: ¿A qué viene esto?

—El caballero ha venido a hablar con usted, señor —repuso el marinero, sumiso —. Dice que es urgente.

—Quedan tres toneles de pescado seco —informó entonces el cocinero—. Podemos tratar de abrir uno.

—Adelante —espetó West.

Seguía mirándome con la cara inflamada y moteada debido al calor y al vapor. El cocinero hizo señas a uno de los hombres que daban vueltas al potaje y salieron por una puerta corredera. West se volvió hacia mí con la furia reflejada en sus ojos.

—Señor —empecé—, he visto a su madre y…

—¡A mi madre! Pero ¿cómo se…? —Se interrumpió, consciente de las miradas de curiosidad de Morgan y del otro pinche—. Espere un momento.

Me quedé allí en silencio, escuchando los gruñidos y golpes procedentes del otro lado de la puerta. Entonces el cocinero y el primer joven entraron un pesado tonel que iban haciendo rodar. Lo pusieron de pie con rapidez y aquel abrió la tapa con un formón. En el interior distinguí una masa blanca de pescado, el resplandor de la sal.

El cocinero metió un brazo flaco, sacó un puñado de pescado y lo olisqueó.

—Esto sigue en buen estado —afirmó aliviado.

—Pues tiren el cerdo y pónganse a preparar el pescado —ordenó West—. ¿Les quedan toneles de agua dulce ahí dentro?

—Sí, señor.

—Suba e informe al señor sobrecargo de lo que estamos haciendo —indicó entonces West a Morgan—. Dígales que necesitamos las nuevas provisiones a bordo esta noche: casi no queda nada.

Lo miró alejarse y subir por la escalerilla y luego se agachó y cogió un candelero del suelo y encendió la vela con una astilla.

—Y ahora, señor Shardlake —me dijo con gravedad mientras señalaba la escalerilla—, vamos a subir a hablar.



Seguí a West hasta la cubierta de provisiones. Mientras ascendíamos oí las pisadas de las ratas que se alejaban a toda prisa. West se apartó unos pasos de la escotilla, colocó la vela encima de un tonel y se quedó mirándome. Con aquella luz tan tenue no distinguía su expresión. A mi alrededor vi cofres y cajas apilados en los compartimentos. Lejos del calor sofocante se me secó al momento el sudor de la cara y me entró frío. El barco se escoró un poco y me agarré a la escalerilla para no perder el equilibrio.

—¿Y bien? —preguntó.

—Ha sucedido algo en Rolfswood.

Lo puse al tanto del descubrimiento de los restos del señor Fettiplace, de la visita que me había hecho su madre y de lo que me había contado sobre la carta a Ana Bolena que no había llegado a su destino.

—Así que lo de la carta va a hacerse público por fin —comentó cuando hube terminado, con voz firme y enojada, aunque me habría gustado verle bien la cara.

—Tendrá que haber otra vista. Su madre me dijo que la historia de la carta debe revelarse para protegerlo a usted.

—Ahora no pueden pedirme que acuda a una vista —rio amargamente—. Por si no se ha fijado, señor Shardlake, estoy ocupado. Puede que muera aquí dentro de poco. Protegiendo a gente como usted. Por mis pecados —añadió afligido.

—Sé tan bien como usted lo que puede suceder —repuse con determinación—. Por eso he venido esta noche, para preguntarle qué sucedió en Rolfswood hace diecinueve años. Señor West, ¿quién era ese amigo suyo que le robó la carta?

Entonces se echó hacia delante, me aferró y me estampó contra el costado del barco. Era muy fuerte; un antebrazo nervudo me clavó el cuello contra el casco.

—¿Qué interés tiene en todo esto? —gritó enfervorizado—. Tiene que ser algo personal para que me haya seguido hasta aquí. ¡Conteste!

Redujo la fuerza de su agarre lo suficiente para permitirme hablar. De cerca, vi que sus ojos ardían en el fondo de las órbitas.

—Quiero descubrir exactamente qué le sucedió a Ellen Fettiplace aquella noche.

—¿Sabe dónde se encuentra? —preguntó West.

—¿Y usted? ¿Lo sabe usted?

No respondió y me di cuenta de que estaba al tanto de que Ellen se hallaba en el Bedlam. De repente pareció que perdía ímpetu y se apartó.

—Mi amigo me traicionó aquel día —dijo con amargura—. Luego me enteré de lo que le había sucedido a Ellen. Debido a esas dos cosas me embarqué.

—Dígame quién era su amigo, ahora que todavía hay tiempo.

—¿Trabaja usted para alguien de los tribunales? —La agresividad había regresado a su voz—. ¿Quién tiene interés en revivir esta vieja historia?

—No, no trabajo para nadie. Le juro que lo único que me mueve es saber qué sucedió en Rolfswood. ¿Ese individuo era Robert Warner?

Se quedó mirándome.

—Jamás había oído ese nombre. —Vaciló durante un largo instante—. Mi amigo se llamaba Gregory Jackson.

—¿Era abogado de la Casa de la Reina?

—De la del rey… Pero estaba a sueldo de la reina.

—¿Qué le sucedió, señor West?

—Murió —replicó, tajantemente—. Hace años, debido al sudor inglés.

Lo miré con atención. ¿Mentiría? La larga pausa antes de darme el nombre no me inspiraba ninguna confianza; tendría que haberlo recordado al instante. Se había apartado de la vela y su rostro volvía a estar entre sombras.

—¿Sabe lo que le sucedió a Ellen Fettiplace? —insistí.

—No he vuelto a verla desde aquel día —contestó, con una voz de nuevo marcada por un tono amenazador.

—¿Qué pasa aquí?

Los dos nos volvimos hacia una voz áspera y airada, procedente de la escalerilla. Había bajado un hombre, un oficial de media edad que llevaba un jubón amarillo y que nos miró, primero a mí y luego a West, que se había erguido y se había alejado de mí.

—Señor sobrecargo —saludó West con una reverencia.

—Morgan me ha transmitido su mensaje. Tengo a la tripulación aporreando los platos con las cucharas y exigiendo comida.

—Ahora están preparando un tonel de buen pescado seco. Es todo lo que queda. El cerdo estaba podrido. Necesitamos esas nuevas provisiones esta misma noche.

—¿Es usted el abogado que traía un mensaje? —me preguntó.

—Sí, señor.

—¿Ya lo ha entregado?

Miró a West, que se había serenado.

—Bueno, sí… —empecé.

—Pues váyase. No deberían haberlo dejado subir.

—Pero…

—¡No hay pero que valga! ¡Márchese de una vez!



En el exterior los hombres seguían sentados, con los cuencos y las cucharas en el regazo y el gesto hosco. Los oficiales patrullaban la cubierta. Mientras contemplaba la escena apareció el contramaestre en un umbral del castillo de proa. Se quedó en la pasarela por encima de nuestras cabezas, hizo sonar el silbato de modo estridente y gritó con voz clara y fuerte:

—¡Tripulación! ¡Ahora os traerán la comida! ¡El cerdo estaba malo, pero hay pescado seco en el fuego! ¡Esta noche traerán más víveres! ¡Y me han asegurado que cuando venga su majestad mañana a Portsmouth acudirá a pasar revista al *Mary Rose*! Comerá en el *Great Harry* y luego vendrá aquí. ¡Todo el mundo sabe que el *Mary Rose* es su barco preferido! Venga, muchachos, gritad: «¡Viva el rey Enrique!».

Los marineros se miraron y luego se oyeron por toda la cubierta unos desordenados vivas al rey. Algunos de los extranjeros, que no entendían qué sucedía, se miraban perplejos.

—¡Aclamad a su majestad, perros! —les gritó alguien.

El contramaestre cruzó la pasarela hasta el castillo de popa. Yo me acerqué a Leacon, que lo miraba todo desde las portillas. Me entregó la toga; me alegré de ponérmela, ya que me había quedado helado al notar el aire nocturno tras el calor de la bodega.

—¿Qué sucede, Matthew? —preguntó—. Cualquiera diría que ha visto un fantasma.

—Por un momento me ha parecido estar en el infierno, allí abajo en esa cocina.

—Espero que sea cierto que tienen comida.

—Lo es —contesté, y oí la voz del contramaestre desde lo alto del castillo de popa; más vivas al rey.

—¿Y sus asuntos? —preguntó Leacon—. ¿Ha encontrado al señor West? ¿Ha conseguido las respuestas que buscaba?

—Solo algunas —suspiré—. Ha llegado el sobrecargo y me ha ordenado que me fuera. En fin, he descubierto lo suficiente como para preocuparme.

—Tengo que regresar al campamento —dijo con gravedad.

—Por supuesto. Aquí no puedo hacer nada más.

Leacon se asomó por la portilla para hacer una señal al barquero. Me ayudó a pasar. Coloqué los pies en la escalerilla de cuerda, me agarré con firmeza y bajamos. La barca se alejó por el mar bañado por la luz de la luna. Me volví hacia el *Mary Rose* y luego hacia el *Great Harry*.

—Ya sabemos qué hacían con ese cerdo —señalé—. Ensayaban para llevar al rey a bordo. Por esa escalerilla no habría sido capaz de subir.

—No. El contramaestre ha hecho bien en dirigirse a los marineros en ese momento, estaba creándose muy mal ambiente en cubierta. Virgen santa, los que se encargan de las provisiones son comerciantes estafadores, oficiales corruptos.

«Como Richard Rich», pensé.

—Lo mejor será que los franceses lleguen pronto y pongan fin a esta espera —dijo Leacon apasionadamente—. Y que se acabe todo, bien o mal.

Miré su rostro preocupado, pero no contesté. Cuando llegamos al muelle fue un alivio volver a pisar tierra firme. Unos alguaciles armados con duelas hacían avanzar a un grupo de individuos harapientos por Oyster Street.

—¡Tengo trabajo en el almacén! —protestaba uno.

—Te he visto pedir limosna al lado del cementerio. ¡Todos los mendigos fuera de Portsmouth esta misma noche!

—¿Se acuerda de los mendigos que echaron de York antes de la llegada del rey? —pregunté a Leacon.

—Sí. —Dirigiéndose al que estaba al mando preguntó—: ¿Sabe a qué hora llegará mañana su majestad?

—A las nueve. Vendrá a caballo desde Portchester. Tendrá que atravesar la isla de Portsea y cruzar por las puertas de la ciudad. E irá con el almirante lord Lisle y todo el Consejo del Rey. Lo llevarán a los buques y luego pernoctará en las tiendas reales.

—¿Lo acompañará la reina? —pregunté.

—No habrá mujeres en el grupo, según me han dicho. Bueno, caballero, si no le importa tengo que encargarme de expulsar a estos granujas de la ciudad.

Leacon llenó de aire los pulmones durante unos segundos y luego me tendió la mano.

—Nuestros caminos se separan, Matthew.

—Gracias, George. Gracias por todo. —Hubo un momento de silencio y luego añadí—: Cuando termine esto, venga a Londres, quédese en casa un tiempo.

—Iré. Salude a Jack de mi parte.

—Buena suerte, George.

—Lo mismo digo.

Me quedé mirando su semblante ojeroso. Hizo una reverencia y luego dio media vuelta, se alejó a buen ritmo y me dejó con el corazón en un puño. De camino a la posada hice un esfuerzo para concentrarme en la información que me había dado West, en lo que significaba y en lo que comportaría.



Barak estaba echado sobre la colcha, releyendo las cartas de Tamasin. Me quité las botas y me senté en el borde de mi cama, sin saber cómo contarle lo que había

decidido.

—George Leacon te manda saludos —empecé—. Me he despedido de él. El rey llegará a Portsmouth mañana a las nueve. Va a pasar revista a los barcos.

—Tenemos que irnos antes de eso —respondió Barak con firmeza.

—Sí, es cierto.

—¿Ha subido al *Mary Rose*?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Extraordinario. Hermoso y aterrador.

—¿Ha visto a West?

—Sí. —Me rasqué el cuello—. Estaba enfadado conmigo, me ha agarrado con fuerza.

—Ya le dije que era peligroso —replicó con impaciencia.

—Había gente cerca. De hecho, nos ha interrumpido el sobrecargo, que me ha echado sin que me hubiera dado tiempo a descubrir todo lo que necesitaba.

—¿Le ha dado el nombre de su amigo?

—Le he preguntado sin ambages si el otro hombre era Warner, pero lo ha negado. Me ha dado un nombre que no había oído en la vida. Me temo que se lo haya inventado. Jack, estoy convencido de que West sabe que Ellen se encuentra en el Bedlam.

—Si la historia de la carta es cierta, ¿qué sentido tiene mantener ahora la identidad de su amigo en secreto?

—Tal vez violaron juntos a Ellen.

Jack, que se había erguido, volvió a tumbarse.

—Más suposiciones.

—Si ese sobrecargo no nos hubiera interrumpido…

—Bueno, ha hecho usted lo que estaba en su mano. Ahora vámonos a Londres.

—Mañana voy a acudir primero al castillo de Portchester. Tengo que ver a la reina. Y a Warner. No va a acompañar a su esposo, es una oportunidad ideal. Me enteraré de si Warner estuvo en Rolfswood aquel día.

—No —espetó, sentándose de nuevo—. Tiene que olvidarse de esto y regresar a Londres.

—¿Y si fue Warner el que me traicionó ante Rich? ¡Un agente de Rich en la Casa de la Reina!

—Aunque eso fuera cierto, ya sabe que en la corte todo el mundo espía a todo el mundo. Y si no lo es podría perder la amistad y el respaldo de Warner.

—Se lo debo a la reina. Si uno de sus asesores de confianza está a sueldo de Richard Rich…

—No le debe nada —respondió con intensidad pero pausadamente—. Es la reina la que está en deuda con usted. Ya desde hace tiempo: ¿es que no recuerda que le salvó la vida? Ojalá no hubiera permitido que volviera a arrastrarlo hasta la corte. —

Levantó la voz—. ¿Ir a Portchester? Es una locura. ¿Y si está Rich allí?

—Todos los consejeros reales van a ir a las tiendas, pero la reina se quedará y su séquito la acompañará.

—Además, ¿qué podría decirle a Warner?

—Podría hacer preguntas comprometedoras.

—Lo suyo no es valor, no sé si lo sabe. Es testarudez, terquedad y estrechez de miras.

—No tienes por qué acompañarme.

Me miró y me di cuenta de que estaba agotado, absolutamente rendido.

—Es lo mismo que dijo cuando me contó que vendría aquí hoy —recordó—, pero aquí estoy, como he estado a su lado en casi todas partes durante este dichoso viaje. ¿Y sabe por qué? Pues porque me daba vergüenza, desde el momento en que nos cruzamos con esos soldados por el camino he pasado vergüenza por cómo he esquivado su destino, pero no hasta el punto de seguirlo hasta la boca del lobo. Ya está, se acabó. Si se va al castillo de Portchester, esta vez irá solo.

—No sabía que te sentías…

—No. Le he resultado útil y ya está. Como el pobre Leacon.

—Eso no es justo —repliqué, dolido.

—¿Seguro? Lo ha utilizado dos veces para llegar a West, aunque tiene que capitanear una compañía de soldados. Pero el número de favores que pueden pedirse no es ilimitado.

Volvió la cara y se tumbó de nuevo.

Me quedé en silencio. Por la calle pasaban dos borrachos que gritaban:

—¡Que viene el rey Enrique! ¡Que viene el rey para acabar con los franchutes!

Capítulo 40

Barak y yo cruzamos escasas palabras durante el resto de la noche, tan solo para decidir los aspectos prácticos del viaje del día siguiente con una cordialidad violenta y cohibida. En ese momento entendía a la perfección lo reticente que había sido a apoyarme en las sucesivas etapas de lo que consideraba cada vez más una locura: al parecer había decidido no molestarse en discutir más conmigo, lo que me inquietaba más que cualquier rapapolvo que pudiera dirigirme. Nos acostamos pronto, pero tardé mucho en dormirme.

Habíamos pedido al posadero que nos despertara sin falta a las siete, pero el muy desgraciado se olvidó y lo dejó hasta pasadas las ocho. De ese modo empezó uno de los días más ajetreados y terribles de mi vida: Barak y yo nos vestimos a toda prisa, nos calzamos las botas y corrimos sin haber desayunado al establo. Al salir a Oyster Street, ya a caballo, nos la encontramos repleta de soldados, con los cascos y las alabardas resplandecientes, a la espera del rey. En el muelle había una suntuosa barcaza cubierta por un palio con una docena de hombres sentados a los remos. En el mar, los buques aguardaban también, mientras grandes gallardetes con el verde y el blanco de los Tudor, quizá de ochenta pies de largo, ondeaban suavemente en los masteleros.

Para ganar tiempo evitamos las calles principales y nos metimos por un camino que pasaba entre los campos de la ciudad hasta llegar a la puerta. Era otra hermosa mañana de verano, la del sábado 18 de julio. Por todas partes había soldados que aguardaban ante sus tiendas de campaña con casco y pelliza, y en algunos casos brigantina, capitanes a caballo colocados ante el camino con petos bruñidos y cascos con penachos que me recordaron aquella primera revista en Londres hacía casi un mes.

—¿El rey va a venir por aquí? —preguntó Barak.

—Me imagino que pasará por la calle mayor, pero todos tienen que estar preparados.

—¡Mierda! —musitó—. ¡Mire eso!

Señaló a un hombre con barba en posición de firmes junto a un capitán montado, con una alabarda bien rígida y una mueca de solemne importancia.

—¡Goodryke! —exclamé.

Barak apartó los ojos del instructor que con tanto afán había tratado de reclutarlo y pasamos de largo a gran velocidad.



En el punto en que las calles de la ciudad convergían ante la puerta se había

congregado una muchedumbre. Había muchos hombres a caballo que parecían comerciantes. Trataban de pasar, pero los soldados los obligaban a echarse atrás.

—Hoy tengo que recoger cinco carros de trigo —gritaba uno con el rostro enrojecido—. Debo salir de la ciudad para ir a su encuentro.

—Hay que mantener esto despejado para su majestad. No entra ni sale nadie hasta que haya pasado. Tardará pocos minutos en llegar.

—¡Maldita sea! —dije entre dientes—. Venga, vamos a ponernos detrás de esta gente.

Traté de que *Tres Patas* diera la vuelta, pero los presentes estaban demasiado apiñados.

—¡Ya viene! —exclamó un capitán desde la puerta—. Que todo el mundo se quede donde está.

Por consiguiente, nos limitamos a esperar. Miré calle mayor abajo y vi, tras los soldados alineados, a cientos de ciudadanos a pie, algunos con banderas de Inglaterra. De las ventanas de los primeros pisos de las casas colgaban tapices y alfombras de vivos colores y en los tejados había aún más gente. Me volví hacia la muchedumbre que había a mi espalda y distinguí, al fondo, a Edward Priddis y su padre, a caballo. Se quedaron mirándome, Edward con frialdad y sir Quintin con hostilidad. Aparté la cara y me concentré en el pasaje de lo alto de la muralla, atestado de soldados. Di unas palmaditas a *Tres Patas*, que, como la mayoría de los caballos de la densa aglomeración, estaba nervioso.

En la muralla, uno de los hombres se llevó las manos a ambos lados de la boca y gritó:

—¡Ya viene!

Me eché el gorro hacia delante para taparme la cara, entre los vítores de los soldados. Se oyó ruido de pisadas y apareció una compañía de piqueros que cruzó la puerta marcando el paso. Siguió un grupo de cortesanos, con pieles y satenes, entre ellos Rich. Luego entró la figura inconfundible del rey, a lomos de su montura, un caballo gigantesco envuelto en tela de oro. Llevaba un traje de ceremonia escarlata con adornos de pieles adornado con joyas que resplandecían al sol y una gorra negra con plumas negras en la cabeza. Recordaba haber visto, cuatro años antes, a un hombre corpulento, pero ante mí tenía a alguien descomunal, con piernas como troncos de árbol, embutidas en calzas doradas, que sobresalían sobre los flancos del caballo. A su lado iba lord Lisle, con el gesto adusto como cuando lo había visto en la Domus Dei, y un hombre grueso al que reconocí de York. Era el duque de Suffolk, que lucía un barba larga, dividida en dos y cana; se había hecho viejo.

Se oyeron más vítores por las calles y desde la dársena los cañones lanzaron salvas de bienvenida. Me arriesgué a escrutar el rostro de su majestad cuando lo tuve delante, a quince pasos de distancia, y me sorprendió lo mucho que había cambiado en cuatro años. Los ojillos hundidos, la nariz prominente y la boca pequeña habían quedado orlados por un gran marco de grasa que parecía empujar los rasgos hacia el

centro de la cabeza. Tenía la barba poco poblada y muy encanecida. Iba sonriendo y empezó a saludar con la mano a la multitud que lo recibía, recorriéndola atentamente con los ojillos. En aquel semblante grotesco me pareció detectar dolor y cansancio, así como algo más. ¿Miedo? Me pregunté si incluso un hombre con tan titánica confianza en sí mismo podría pensar, con la invasión francesa a las puertas: «¿Qué va a suceder ahora?». O incluso: «¿Qué he hecho?».

Sin dejar de agitar la mano, se alejó por la calle mayor hacia la barcaza que iba a llevarlo al *Great Harry*.



Transcurrió media hora antes de que toda la comitiva del soberano hubiera entrado en la ciudad y pudiéramos salir. A la llegada del rey en el muelle retumbaron más cañones. Al otro lado de la puerta, los soldados que habían flanqueado el camino rompían ya filas y se secaban el sudor de la frente.

—¡Santo cielo, cómo ha envejecido! —comentó Barak—. ¿Qué edad tiene ahora?

—Cincuenta y cuatro años —calculé.

—¿Solo? Dios mío. Imagínese a la reina cuando tenga que meterse en la cama con eso.

—Prefiero no intentarlo.

—Hace bien —repuso, con una sonrisa que le devolví con tristeza, pero contento de que se hubiera roto el hielo.

Cruzamos el puente que conectaba la isla y cabalgamos a buen paso hasta la pequeña población de Cosham. Allí un camino seguía hacia el norte, pasando por Hoyland y siguiendo hasta Londres, mientras que otro se desviaba a la izquierda en dirección al castillo de Portchester. Nos detuvimos.

—Vamos a seguir, volvamos a casa —propuso Barak.

—No. Estoy decidido a ir a Portchester. Una hora para llegar y para volver, más una o dos allí. Trataré de alcanzarte mañana.

—Digo lo mismo: no voy.

—Lo comprendo. Crees que estoy loco, ya lo sé —repuse, tratando de sonreír.

—Lo espero en esa posada hasta las tres —anunció entonces—, pero si a esa hora no ha vuelto me marcharé.

—De acuerdo.

Así pues, emprendí camino al oeste. Recorrí unos tres kilómetros de costa y poco a poco fue dibujándose la alta muralla de piedra del castillo de Portchester, ubicado en una península que sobresalía hacia el puerto de Portsmouth. En dos ocasiones me crucé con sendas compañías de soldados que iban en dirección contraria.

El castillo, un cuadrado casi perfecto rodeado por un foso, comprendía una superficie de varios acres. En mitad de la muralla había una gran torre de entrada y en el extremo occidental se alzaba la enorme torre del homenaje, una tremenda

presencia. Un grupo de soldados con media armadura, espadas y alabardas montaba guardia ante el puente levadizo situado frente a la torre de entrada. Entregué a un oficial joven, supuse que un subcapitán, la carta que había escrito a Warner la noche anterior para solicitarle una vista. Me miró con gesto inquisidor.

—Tengo entendido que la reina y su séquito se han quedado en Portchester —señalé.

—Se encuentran aquí.

—Me he ocupado de un asunto legal que me ha encargado la reina en Portsmouth. Ha sucedido algo y debo hablar con el señor Warner.

—Yo creía que allí estaban demasiado ocupados para molestarse con asuntillos de abogados —replicó.

—Este caso empezó antes de la crisis actual. Creo que el señor deseará verme.

Rezongó para mostrar su desaprobación, pero hizo un gesto a un joven soldado, que se acercó. Le entregó la carta y le ordenó ir a buscar a Warner. El soldado se fue a toda prisa por el puente levadizo.

—¿Ha visto entrar a su majestad en Portsmouth? —quiso saber el subcapitán.

—Ha llegado justo antes de mi partida. Lo han recibido en loor de multitudes.

Con una inclinación de cabeza señaló el castillo, a su espalda.

—Puede que tengamos que defender este lugar ante los franceses. Dicen que son treinta mil —rio con amargura, antes de repetir entre dientes—: Asuntillos de abogados.

Esperamos en silencio, bajo un sol de justicia, hasta que llegó el soldado, a la carrera.

—Accede a recibirlo, mi subcapitán —anunció.



Uno de los soldados se encargó del caballo y el oficial me acompañó, de mala gana, por el puente levadizo. Cruzamos la gran torre de entrada, vigilada por más soldados, y llegamos a un enorme espacio abierto en el que había aún más tiendas de campaña para los soldados. Los hombres hacían instrucción y practicaban el tiro con arco sobre la hierba cortada. Ante mí había un inmenso almacén cuya puerta estaba abierta; vi que estaba casi vacío, ya que habrían llevado la mayor parte de los pertrechos a Portsmouth. Un camino recorría el recinto de un extremo a otro hasta otra puerta que daba al puerto. Los soldados patrullaban por la muralla y distinguí las siluetas oscuras de los cañones; si los franceses lograban entrar en el puerto podrían tratar de desembarcar allí.

Giramos a la izquierda en dirección a la alta torre del homenaje, rodeada de un complejo de edificios de menores dimensiones, cerrada por una muralla interna y protegida por una prolongación del foso. El subcapitán hubo de explicar su misión a los guardias allí apostados antes de que le permitieran cruzar conmigo el foso interior

para llegar a un patio central. En ausencia del rey, quedaba poca gente. Pasamos por una puerta alta y ornamentada y luego subimos una escalera que iba a morir en un gran salón con una espléndida cimbra que sostenía la cubierta. Se hizo cargo de mí un oficial que me condujo por un estrecho corredor hasta una pequeña antecámara y me pidió que esperase. Había varias sillas con cojines; me senté, cansado. No se oía nada; en el aparador un reloj hacía tictac. El sol entraba a raudales por una ventana en forma de arco.

Se abrió la puerta y entró Warner, con mi carta en la mano. Parecía alterado.

—Matthew, ¿a qué viene esto? —preguntó—. Espero que sea urgente.

Me levanté e hice una reverencia.

—Lo es. Necesito hablar con usted, Robert.

—¿Por qué sigue aquí? —preguntó, secamente—. Su majestad le recomendó que se marchara. ¿Sabe que el rey está aquí?

—Lo he visto entrar en Portsmouth hace dos horas.

—No vaya a decirme que ha sucedido algo más en el priorato de Hoyland. La reina se preocupó mucho al enterarse de la muerte de esa mujer.

—Han detenido a un hombre por el asesinato de Abigail Hobbey, un pequeño propietario del pueblo. En mi opinión, es inocente.

—La reina no puede ocuparse de eso ahora —replicó, con un gesto de impaciencia.

—Y alguien me ha advertido que abandone el caso de Curteys. Nada menos que sir Richard Rich.

Observé con atención la reacción de Warner, pero solo aprecié sorpresa.

—¿Qué diablos tiene que ver Rich con Hoyland?

—No lo sé, pero recuerdo que el día que acudí a Hampton Court para ver a la reina, a mi salida, Rich aguardaba en el quicio de una puerta del patio del reloj. Con sir Thomas Seymour. Aprovecharon la oportunidad para acosarme un poco, pero me pareció que el encuentro era casual. Ahora no estoy tan seguro.

—No entiendo nada —repuso, agitando la cabeza.

—Creo que mencioné que pensaba aprovechar la oportunidad para investigar otro asunto por esta zona.

—En efecto. —Frunció el ceño—. Si hay relación con el caso de Hugh Curteys, debería haber informado a su majestad.

—Hace muy poco que he descubierto una posible vinculación. Un tal sir Quintin Priddis.

—Matthew, ahora no se puede importunar a la reina con esto —espetó—. El rey necesita todo su apoyo. Se le dijo que se marchara…

—He investigado el ingreso en el Bedlam de una mujer llamada Ellen Fettiplace hace diecinueve años, sin que existiera certificado de enajenación —me apresuré a añadir—. Sir Quintin Priddis tuvo algo que ver. El rastro me ha llevado hasta un pueblo cercano a la frontera de Sussex, Rolfswood, donde recientemente se ha

descubierto el cadáver del padre de la desventurada. Todo apunta a un asesinato. He hablado con el hombre que iba a casarse con ella. Ahora es sobrecargo adjunto del *Mary Rose*. Se llama Philip West.

Escruté el rostro de Warner al soltarle aquellos nombres, pero seguía reflejando tan solo asombro y enfado.

—El señor West me contó una historia extraordinaria —proseguí—. De joven estuvo en la corte. Recibió el favor del rey, que lo eligió para llevar una carta del castillo de Petworth al de Hever, el mismo verano de 1526 en que desapareció el padre de Ellen y a ella la internaron en el Bedlam. Robó esa misiva el hombre con el que viajaba West, un joven abogado al servicio de Catalina de Aragón.

—¿Qué tiene que ver todo eso con…?

—Él cree que ese abogado era un espía de la reina —continué sin pausa— y le llevó la carta, que pudo haberla advertido con antelación de que el rey pensaba divorciarse de ella. West contó a su majestad que la había perdido, no que se la habían robado. Me dijo que el individuo en cuestión se llamaba Gregory Jackson y que ha muerto, pero me ha quedado la duda de si mentía.

Warner clavó los ojos en mí, enrojeció y tensó el gesto.

—¿Qué insinúa? —preguntó, pero no contesté—. Usted sabe que por entonces yo era abogado de la casa de Catalina de Aragón… Sospecha que se trataba de mí. —Respiró hondo—. Muy bien. Espere aquí.

Dio media vuelta y salió por la puerta. Sin darme oportunidad a decir nada la cerró y desapareció. Oí que llamaba a un guardia para que la vigilara.



Esperé, sudoroso, durante media hora, pensando que Barak tenía razón y me había obsesionado; si me hubiera acompañado hasta allí, mi actitud nos habría puesto en peligro a los dos.

Al abrirse la puerta pegué un respingo. Tenía el corazón en un puño. Apareció Warner con dos guardias con alabardas detrás.

—Acompáñeme —ordenó con brusquedad.

Salí y los guardias se colocaron a mi espalda. Warner me condujo escalera abajo. Nuestras pisadas resonaban sobre las losas y, aterrado, me dije: «Esto es un castillo, tendrá mazmorras». Sin embargo, se detuvo en la planta baja, me llevó por un corredor y luego abrió una puerta que daba, cosa que me sorprendió, a un pequeño jardín recogido y rodeado de árboles. Un enredadera colgaba de una celosía y en pequeños parterres pegados a las paredes creían flores. Allí, a la sombra, estaba la reina, sentada con *Rig*, el spaniel, en el regazo y dos damas de honor de pie tras ella. Llevaba un vestido carmesí, su color preferido, y una capucha estampada con flores en cuyos pétalos se habían cosido diminutos diamantes. Levantó la vista hacia mí y vi que tenía ojeras y el gesto rígido debido a la intranquilidad, así como el cuerpo tenso,

agarrotado. Parecía enfadada. Hice una amplia reverencia.

—¡Matthew! —exclamó en voz baja, dolida—. El señor Warner me cuenta que lo habéis acusado de estar a sueldo de ese canalla de Richard Rich.

Me volví hacia Warner, que me miraba fijamente.

—No he hecho ninguna acusación, majestad, pero me temía…

—Me lo ha dicho. No parece motivo suficiente para venir hasta aquí y acusarlo. Y mucho menos en este momento.

—Lo que me preocupaba era la integridad de la casa de su majestad.

—Ay, Matthew, Matthew —exclamó la reina tras cerrar los ojos. Luego los abrió y me miró con atención—: ¿Habéis contado esa historia a alguien más?

—Solamente a Barak.

—Bueno, una cosa sí es cierta: ese tal West os ha mentido —dijo la reina, y haciendo un gesto cansado a su abogado añadió—: Decídselo, Robert.

—En la casa de Catalina de Aragón hubo en efecto un joven abogado llamado Gregory Jackson —empezó Warner, con frialdad—. De hecho, trabajaba a mis órdenes. Sin embargo, murió en 1525, un año antes de que West perdiera esa carta. Debido al sudor inglés. Lo recuerdo: asistí a su entierro. Por consiguiente, el hombre del que le han hablado West y su madre no pudo haber sido Jackson. Y tampoco yo. La reina Catalina de Aragón tenía sus espías, desde luego, que trataban de averiguar todo lo posible sobre las amantes de su majestad, pero en su mayoría se trataba de criados de la Casa del Rey. Y juro solemnemente que yo no me dediqué a espiar, sino que ejercía de abogado, lo mismo que ahora. Además, no tengo vinculación alguna con Richard Rich, no trato con ese hombre si puedo evitarlo. Me ha parecido más indicado presentar sus… insinuaciones directamente a la reina.

—Y yo confío en Robert —añadió su majestad, con voz firme—. ¿Creéis que soy una ingenua, Matthew, y no sé a ciencia cierta a quién puedo tener a mi servicio con garantías, cuando sé lo que puede sucederles a las reinas en este país?

Los miré a la una y al otro y detecté la rabia que ambos destilaban. Me di cuenta de que me había equivocado.

—Os pido disculpas con toda la humildad posible, majestad. Y también a usted, señor Warner.

—A saber si llegó a existir esa carta —comentó la reina, dirigiéndose a él.

—No lo sé, majestad. Yo no oí nada, pero Catalina de Aragón no me tenía excesiva confianza. Por entonces ya sabía o se imaginaba que empezaba a sentir simpatía por el reformismo.

—Sea como sea, West mintió al dar el nombre de ese Jackson —dije yo. Asintió con gesto tenso y me dirigí de nuevo a la reina—: Y aún queda el tema de la implicación de Rich en el asunto de Curteys. Hay algo en común entre ese caso y el de Sussex: el albacea, sir Quintin Priddis, que fue en su día juez pesquisidor de Sussex. Es viejo amigo de Rich.

—La muerte de la pobre señora Hobbey… —dijo la reina tras reflexionar unos

segundos—. ¿Le habéis dicho a Robert que han acusado a alguien?

—A un pequeño propietario de Hoyland que se había enfrentado a los intentos del señor Hobbey de hacerse con las tierras del pueblo.

—¿Consideráis que es inocente?

—Sí. En realidad no hay ninguna prueba.

—¿Y las hay contra alguien más?

—No —respondí, tras una breve vacilación.

—Entonces lo llevarán a juicio y allí se investigará la verdad.

—Ahora está encarcelado. Me he ofrecido a llevar el caso de los aldeanos ante la Audiencia de Ruegos.

—No ha perdido usted el tiempo —apostilló Warner con sarcasmo.

—Y el hombre que han hallado muerto en Rolfswood, el padre de vuestra… amiga del Bedlam —dijo su majestad—. ¿Qué sucederá con eso?

—Habrá una nueva vista. No sé cuándo.

—Entonces ese será el momento de descubrir la verdad —señaló—. En cuanto a Hugh Curteys, aunque haya habido corrupción en la administración de sus tierras, si él no tiene interés en proseguir con el caso no hay nada que hacer. Matthew, ya sé que no os gusta abandonar un asunto una vez lo habéis abordado, pero hay veces en la vida en que es necesario. Estos temas tienen que esperar a que avancen los correspondientes procesos, y vos no deberíais estar aquí. Se acercan los franceses y podría haber peligro mortal.

Levantó una mano y se apretó el puente de la nariz.

—¿Os encontráis bien, majestad? —pregunté.

—Estoy cansada, nada más. El rey ha dormido mal y me ha llamado en plena noche para que hablara con él. Últimamente con frecuencia le cuesta dormir por el dolor de la pierna.

—No sabe usted cuántas dificultades tiene en estos momentos la reina —dijo Warner con malos modos—. ¿Por qué cree que su majestad la ha dejado aquí hoy? Voy a decírselo: porque en caso de que, Dios no lo quiera, acabe muerto o prisionero durante los próximos días, la reina será regente del príncipe Eduardo, como sucedió el año pasado cuando su esposo se marchó a Francia, y tendrá que bregar con todos: Gardiner, Norfolk, los Seymour, Cranmer. Y Rich. —Dio un paso para acercarse a su señora, con gesto protector—. Durante estos dos últimos años lo ha respaldado a usted con toda la discreción que ha podido, no fuera a ser que el rey recordara su encuentro y se molestara. Y ahora se queda en Hampshire en contra de sus deseos, se presenta aquí fanfarroneando, haciendo acusaciones ridículas contra mí…

La reina levantó la vista. En su rostro se había dibujado una leve sonrisa. Puso la mano en la manga de Warner y pidió:

—Vamos, Robert. Matthew no es en absoluto un fanfarrón. Dejadnos solos para hablar, apenas unos momentos, y luego acompañadlo hasta la salida, para que pueda regresar de inmediato a Londres.

Warner se inclinó ampliamente ante la reina y después salió con aire formal sin volver a mirarme. Su majestad hizo un gesto con la cabeza a las damas de honor, que se colocaron a la sombra de la puerta.

—Sé que teníais buenas intenciones, Matthew —me dijo, todavía esbozando una sonrisa—, pero no olvidéis jamás que, como nos dicen los evangelios, el camino del infierno está hecho de buenas intenciones.

—Lo siento. Lamento haber acusado al señor Warner y aún más que tengáis motivo para estar enfadada conmigo.

—¿Comprendéis que lo tenga? —Me miró fijamente—. ¿Después de que me hayáis desobedecido?

—Sí. Sí, lo comprendo.

La reina asintió y luego miró a su perro.

—¿Recordáis aquel día en Hampton Court? —preguntó con más tranquilidad—. Nos acompañaba lady Isabel. Según me dijo después, le gustaron las respuestas que le disteis. Creo que hicisteis una amiga. No todo el mundo le resulta simpático, os lo aseguro.

—Sí, he pensado en aquel día durante las últimas semanas. Me contasteis que lady Isabel leía el *Toxophilus* de Roger Ascham, que es uno de los libros de cabecera de Hugh Curteys. Me lo prestó. Confieso que me pareció algo… fatuo.

—Conozco al señor Ascham. Él sí que… suele fanfarronear —rio—. Sin embargo, es un erudito. Lady Isabel ha expresado el deseo de mantener correspondencia con él. Es una muchacha extraordinaria. El señor Grindal la educa bien, es de los que consideran que una mujer puede aprender cualquier cosa igual de bien que un hombre. Eso es positivo. A menudo echo en falta una mejor educación. —Volvió a sonreír y en sus ojos se reflejó cierto júbilo—. Eso sí, me gustaría que Isabel no soltara juramentos como un muchacho. Le digo que no es propio de una dama. —Recorrió el jardincillo con los ojos; la luz del sol se colaba entre los árboles y formaba dibujos en el suelo mientras la brisa mecía las ramas. Los pájaros cantaban plácidamente. Con melancolía, comentó—: Qué apacible es este rincón. Decidme, ¿cómo es Hugh Curteys?

—Es en cierto modo… impenetrable. Y sigue afectado por la muerte de su hermana.

—En Inglaterra se llorarán muchas muertes dentro de poco —repuso, de nuevo con el gesto preocupado—. Ojalá su majestad… —Se interrumpió, se mordió el labio y extendió el brazo hasta tocarme la mano—. Lamento haberme enojado, Matthew. Me hallo cansada.

—¿Debería dejaros, majestad?

—Sí. Voy a retirarme a mis aposentos a descansar. Pero ruego a Dios que volvamos a vernos, sanos y salvos, en Londres.

Hice una reverencia y me dirigí a la puerta. Rebosaba gratitud por su perdón y sentía profundamente haber acusado a Warner. Tal vez había hecho una amiga con la

joven lady Isabel, pero también había perdido a un amigo. Entonces empecé a dar vueltas a algo, a unas palabras que había dicho su majestad sobre su hijastra. Las damas de honor se hicieron a un lado para dejarme pasar y sus vestidos susurraron. Dentro me aguardaba Warner, con gesto todavía frío y hostil.

—Robert, le pido disculpas una vez más…

—Acompáñeme, tiene que irse ya.

Ascendimos por la escalera que con tanto miedo había bajado y, una vez arriba, dije:

—Señor Warner, me gustaría hacerle una última pregunta, si no le importa.

—¿Y bien? —respondió con brusquedad.

—Algo que me dijo en Hampton Court, que la reina era como Catalina de Aragón, sumamente leal a sus criados.

—No se preocupe —replicó con desdén—, su majestad le será leal.

—No me refería a eso. Añadió usted algo, que Catalina de Aragón tenía sus defectos. ¿Qué quiso decir?

—Es muy sencillo. Era como usted, de esas personas incapaces de soltar un hueso por mucho que se lo recomienden el sentido común e incluso la decencia. Cuando el rey anunció su intención de divorciarse de ella, el papa le envió un recado. Eso lo supe como abogado suyo que era. El pontífice, al que Catalina de Aragón debía lealtad en última instancia como católica que era, le proponía que, con el fin de resolver los problemas que empezaban a desgarrar Inglaterra, se retirase a un convento, lo cual, de acuerdo con el derecho canónico, permitiría al rey casarse de nuevo sin necesidad de divorcio.

—Eso habría sido una ingeniosa solución.

—Habría sido la mejor. No estaba en edad de tener hijos y, además, el rey no yacía con ella. Podría haber mantenido categoría y honores. Y su hija, María, a la que adoraba, habría mantenido su puesto en la línea sucesoria, en lugar de ser amenazada con la ejecución, como sucedió posteriormente. Nos habríamos ahorrado mucha sangre y muchos problemas. Y lo más irónico es que la tozudez de Catalina de Aragón provocó que Inglaterra se escindiera de Roma; lo último que ella deseaba.

—Por supuesto. Lo entiendo.

—Pero estaba convencida de que Dios quería que siguiera casada con el rey —prosiguió, con una sonrisa tirante—. Y, como suele suceder, la voluntad del Señor y la suya propia encajaban a las mil maravillas. En fin, ya lo ve usted: a eso puede conducir la obstinación. Por fortuna, nuestra actual reina es sumamente realista. Tiene más fuerza que algunos hombres, pese a ser una mujer débil.

Dio media vuelta y me condujo hasta la salida. Y gracias a sus últimas palabras lo entendí todo, se hizo la luz en un instante. Comprendí lo que había sucedido en Hoyland, cuál era el secreto que conocían y ocultaban todos. Warner se volvió y me miró sorprendido cuando solté un sonido que empezó como un suspiro pero terminó como un bufido.

✞

Una hora después Barak y yo cabalgábamos en dirección norte de camino a Londres. Al llegar a la posada me había emocionado su expresión de alivio. Le conté que Warner era inocente y que la reina me había dedicado una merecida reprimenda.

—Bueno, ya le había avisado —contestó.

—Sí. Es verdad.

A lomos de mi caballo, permanecía en silencio; Barak debía de pensar que estaba escarmentado, pero en realidad pensaba a toda velocidad, repasándolo todo en función de la revelación que había tenido tras dejar a la reina, temeroso de estar construyendo otro castillo en el aire. Sin embargo, esa vez todo encajaba a la perfección. Y sería fácil comprobarlo, muy fácil.

—Quiero pasar por Hoyland de camino —anuncié—. No nos entretendremos.

—¿Por Hoyland? ¿Se ha vuelto completamente chalado? —Por un momento me pareció que iba a caerse de la silla—. ¿Qué recibimiento cree que le dedicarán?

—He descubierto qué mantenían en secreto los Hobbey, qué provocó tal angustia al pobre Michael Calfhill cuando se presentó allí y por qué se marchó Feaveryear.

—Santo cielo, otra teoría.

—Es fácil de demostrar. No hará falta más de media hora. Y si me equivoco no habrá pasado nada y nos marcharemos tranquilamente.

—¿Cree que sabe quién mató a Abigail? —preguntó sin ambages.

—Aún no estoy seguro, pero si estoy en lo cierto el asesino es alguien de la casa, no del pueblo —contesté, con una mirada de súplica—. Puede que me equivoque, pero si estoy en lo cierto quizá se demuestre la inocencia de Ettis. Media hora. Y, si quieres, sigue adelante y busca alojamiento en Petersfield.

Clavó los ojos en el camino, polvoriento y flanqueado por árboles que le daban sombra, y luego en mí, y me sentí aliviado al ver que negaba con la cabeza y se echaba a reír.

—Me rindo. Al fin y al cabo, esta vez solo tenemos que enfrentarnos a los Hobbey.

Capítulo 41

Sabía que, si nos presentábamos en la entrada principal del priorato de Hoyland, Fulstowe nos vería y nos echaría con cajas destempladas, de modo que tomamos el sendero que seguía el borde del coto de caza y llevaba hasta la verja trasera. Las ramas que sobresalían nos rozaban al avanzar en silencio. Recordé el día de la cacería, el gran ciervo acorralado. Y la visita que habíamos hecho a las tierras de Hugh, cuando aquella flecha se había clavado en el tronco a nuestras espaldas.

Desmontamos junto a la verja.

—Vamos a atar los caballos a un árbol —propuse.

—Espero que no esté cerrada con llave.

—Es endeble. En caso necesario, podemos darle un buen golpe y entrar.

—¿Allanamiento de morada? —Barak me miró con gesto serio—. No es su estilo.

Sin embargo, estaba abierta y entramos con sigilo en un territorio bien conocido. Delante teníamos una extensión de hierba, con algunos árboles; a la izquierda, la perrera y otras construcciones exteriores. Barak miró los cobertizos donde habían dormido el escribiente de Dyrick y él.

—¿Feaveryear no habrá sufrido algún daño? —preguntó de repente.

—No, lo mandaron de vuelta a Londres a toda prisa porque descubrió algo.

—Por el amor de Dios, ¿de qué se trata?

—Quiero que lo veas tú mismo.

Observé los ventanales del gran salón, en los que se reflejaba el sol. No había nadie y el silencio era casi absoluto. Nos sobresaltamos un poco cuando un par de torcaces aletearon ruidosamente para ir de un árbol a otro. Hacía calor, el sol estaba casi en su cénit. El gorro me rozaba la frente y me sequé el sudor. Noté que tenía hambre; hacía rato que había pasado la hora del almuerzo. Miré hacia el viejo cementerio de las monjas y el campo de práctica de tiro al blanco y recordé que Hobbey se había preguntado si sería víctima de una maldición por haber ocupado el antiguo convento.

Uno de los criados, un jovencito del pueblo, salió de la despensa y se quedó mirándonos asombrado, como si fuéramos fantasmas. Todo el servicio debía de estar al tanto de que había ofendido a la familia en la vista. Me acerqué, sonriente.

—Buenas tardes, muchacho. ¿Sabes si el señor Hobbey se encuentra en casa?

—No… No lo sé, señor. Hoy iba a visitar la aldea, con los señores Fulstowe y Dyrick.

—¿Dyrick sigue aquí?

—Sí, señor. No sé si han salido ya. ¿Ha vuelto usted?

—Por poco tiempo. Tengo que hablar de una cosa con el señor Hobbey. Voy a la casa.

Nos alejamos y se quedó observándonos.

—A saber qué tramarán con lo de la aldea —comentó Barak.

—Tratarán de intimidarlos para conseguir los bosques, probablemente.

Recorrimos el lateral del gran salón y llegamos a la entrada delantera de la casa. En el jardín de Abigail las flores se marchitaban por falta de agua en aquellos días de calor.

—¿Te acuerdas de cuando aquel galgo mató al perro de Abigail? —pregunté—. ¿Te acuerdas de que dijo que era un necio por no ver lo que tenía delante de las narices? Si lo hubiera descubierto entonces quizá no estaría muerta, pero qué listos han sido, del primero al último. Bueno, vamos a acabar con esto de una vez.

Llegamos al pórtico de la entrada. Hugh estaba sentado en los escalones, engrasando el arco. Llevaba un blusón gris y un sombrero de ala ancha para que no le diera el sol en la cara. Al vernos se puso en pie de un brinco. Parecía estupefacto.

—Buenas tardes, Hugh —saludé.

—¿Qué quieren? —Le temblaba la voz—. Aquí no son bienvenidos.

—Tengo que hablar con el señor Hobbey. ¿Sabe dónde está?

—Creo que se ha ido a la aldea.

—Voy a entrar a ver.

—Fulstowe lo echará.

Lo miré a los ojos y en esa ocasión escruté sin reparos su rostro largo y bronceado y me detuve en las cicatrices de la viruela. Apartó la vista.

—Vamos, Jack —dije, y pasamos junto a Hugh al subir los escalones.

También el gran salón estaba vacío y en silencio. Los santos del viejo ventanal de poniente, al fondo, seguían elevando las manos al cielo. Las paredes permanecían desnudas y me pregunté dónde estarían los tapices. Entonces se abrió una puerta en el extremo superior de la estancia y entró David, vestido de luto. Al igual que Hugh y el criado un poco antes, se quedó mirándonos asombrado. Avanzó y su corpulenta figura adoptó una postura agresiva.

—¡Usted! —bramó, furioso—. ¿Qué hace aquí?

—Tengo que ver a su padre para tratar un asunto —contesté.

—¡No está! —gritó—. Se ha ido a la aldea con Fulstowe, para encargarse de esos siervos.

—En ese caso esperaremos su regreso.

—¿De qué se trata?

—De algo importante. —Escudriñé los amplios e indignados ojos azules del muchacho—. Algo que he descubierto sobre la familia —añadí, y los carnosos labios de David se torcieron y su gesto pasó de la agresividad al miedo.

—¡Márchese! Estoy al mando en ausencia de mi padre. ¡Le ordeno que se vaya! ¡Le ordeno que salga de esta casa! —chilló, con la respiración entrecortada, casi jadeante.

—Muy bien, David —repuse sin alterarme—. Nos vamos. Por ahora.

Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. Barak me siguió, volviendo la cabeza hacia David, que entonces se alejó a gran velocidad. Se oyó un portazo.

De nuevo nos bañó el sol. A lo lejos vi a Hugh, que disparaba al blanco en el campo de tiro.

—David se ha quedado como si alguien hubiera descubierto su mayor secreto.

—Es lo que ha sucedido, y lo sabe. No es tan estúpido como parece.

—Parecía a punto de tener otro ataque.

—Pobre criatura —lamenté—. Hay muchos motivos para tener lástima de David Hobbey. Más que de ningún otro miembro de la familia.

—Muy bien —dijo Barak con voz firme—. Basta ya de acertijos. Dígame qué pasa aquí.

—Ya te he dicho que quiero que lo veas tú mismo. Acompáñame.

Abrí camino por el costado de la casa. Desde allí veíamos a Hugh con claridad. Tenía los pies plantados firmemente en la hierba y una aljaba repleta de flechas colgada del cinturón. Las disparaba, una tras otra, a una diana. Ya había clavado varias. Se agachó, colocó otra en el arco, se echó hacia atrás, se irguió y disparó. La flecha fue a dar en el centro del blanco.

—Dios mío, mejora cada vez más —exclamó Barak.

En ese momento solté una carcajada cargada de amargura y me miró sorprendido.

—Hay algo que no vimos ninguno de nosotros —aseguré—, salvo Feaveryear, que al percatarse corrió a ver a Dyrick. Creo que mi colega de profesión no debía de saberlo hasta que se lo contó Hobbey a la muerte de *Lamkin*. Recuerdo que a partir de entonces se lo veía alterado. Probablemente exigió a su cliente que le contara qué era lo que había dicho Abigail que yo no veía.

—¿Y qué hay que ver? —Barak se mostraba enfadado—. Ahí sencillamente está Hugh Curteys disparando flechas. Lo mismo que vimos todos los días durante una semana.

—No se trata de Hugh Curteys —repuse, tranquilamente.

Por la cara que puso Barak me pareció que ponía en duda mi cordura.

—¿Y entonces quién demonios es? —gritó.

—Hugh Curteys murió hace seis años. Esa es Emma, su hermana.

—¿Qué…?

—Los dos contrajeron la viruela, pero creo que el que murió fue Hugh, no Emma. Sabemos que Hobbey atravesaba dificultades financieras. Podía mantener a raya a sus acreedores si se comprometía a pagar, durante una serie de años, y sacaba el dinero de los bosques de los hijos de Curteys. Creo que por eso adquirió su tutela.

—Pero el de ahí es un muchacho…

—Déjame continuar —pedí, con ímpetu, pero sin perder la calma—. Entonces murió Hugh. Recuerda el funcionamiento de una tutela: los varones tienen que cumplir los veintiún años para tomar posesión de sus bienes y propiedades, pero las hembras pueden heredar a los catorce. Emma habría recibido las tierras

correspondientes a su hermano de inmediato. Sin duda Hobbey creía que le quedan al menos nueve años de control sobre los bosques, pero de repente podía perderlos en uno. No le bastaba para saldar sus deudas. Así pues, creo que hicieron pasar a Emma por Hugh.

—No puede ser…

—Sí puede. Tenían a su favor el que los niños fueran casi de la misma edad y se parecieran, aunque nadie que los hubiera conocido a los dos se habría dejado engañar. Así pues, despidieron a Michael Calfhill de inmediato y se marcharon a Londres.

—Pero Michael dijo que había ido al entierro de Emma.

—En el ataúd iba Hugh.

—Dios mío.

—Michael no hizo nada malo a Hugh. Y al presentarse de visita en primavera reconoció a Emma.

Barak se echó hacia delante y observó con atención la figura del campo de tiro, que disparó otra flecha. Como la anterior, dio en pleno blanco.

—Se equivoca. No es una muchacha. Además, ¿qué demonios tendría que ganar?

—No casarse con David, supongo. Por descontado, Michael podría haberle contado que el mal caduco de David le permitía acudir a la Audiencia de Tutelas y argumentar que casarse con él le habría supuesto una mengua, pero, tras el despido de su instructor y con su destino en manos de los Hobbey, a una chiquilla de trece años le habría costado lograrlo por sí misma. Y la suplantación le otorgaría cierto poder sobre los Hobbey. Su futuro dependía de ella. Me imagino que Emma aceptaría sobre todo para evitar la boda, seguramente por entonces solo pensó en eso —añadí con tristeza—. Y una vez hecho quedaron todos atrapados.

Barak se colocó una mano sobre las cejas y volvió a mirar bien.

—No es una muchacha. Es imposible.

—No levantes la voz. No, nadie lo diría. Pero lo cierto es que una mujer puede aprender a manejar el arco, puede educarse igual de bien que un hombre. Por eso debía de venirme a la cabeza con frecuencia el día que conocí a lady Isabel. También es buena arquera. Si una muchacha aprende a andar como un chico, se viste como un chico, se comporta como un chico y dispara como un chico, entre desconocidos el engaño puede mantenerse durante años. Si encima es alta, mejor que mejor.

—Pero ¿y el pecho? Y la barba… Hugh se afeita habitualmente.

—El pecho puede aplastarse con un relleno. Y, aunque se han encargado de decirnos que Hugh se afeita habitualmente, nunca le he visto la sombra de la barba. ¿Y tú?

—Pero tenía cortes de la navaja…

—Tenía cortes en la cara, nada más. No sería difícil hacérselos.

—No tiene nuez…

—En algunos muchachos sobresale mucho, como en el caso de Feaveryear. En otros apenas se nota. Y debido a las cicatrices nadie lo miraba… Mejor dicho, nadie

la miraba con demasiada atención al cuello.

—Pero mantener algo así durante años… —añadió Barak, sin dejar de mirarla.

—Sí. Debió de suponer una prueba terrible para todos y desequilibró a Abigail y a David. Se lo contaron a Fulstowe, por supuesto: su ayuda era fundamental. Y con eso le dieron el control de la familia. Los Hobbey debieron de darse cuenta pronto de que estaban atrapados, de que eran prisioneros de por vida. Una vez empezado no había vuelta atrás. Si los descubría podían haber acabado en la cárcel.

—Pero ¿por qué iba a seguir fingiendo Emma a estas alturas? Santo cielo, si vive obsesionado… u obsesionada con meterse en el ejército.

—Quizás ahora ya apenas sabe quién o qué es —repuse con rabia.

—Escuche. Ya sé que todo encaja, pero mejor que se asegure…

—He mirado a Hugh como Dios manda por primera vez —repuse con tristeza—, hace un momento en los escalones, cuando hemos llegado. He escrutado ese rostro lleno de cicatrices y he visto que podría ser una muchacha.

—¿Y Hugh…? Quiero decir: ¿y Emma mató a Abigail?

Lo había preguntado demasiado alto. La figura esbelta y ágil del campo de tiro acababa de elevarse para disparar otra flecha, pero bajó el arco y se volvió hacia nosotros. Nos quedamos inmóviles los tres por un momento, como en un extraño cuadro vivo. Luego, en cuestión de segundos, la persona a la que habíamos conocido como Hugh levantó el arco, con una flecha colocada, y lo apuntó a mi pecho. Me di cuenta de que ni Barak ni yo podíamos hacer nada; antes de que tuviéramos tiempo de correr unos pocos pasos Emma Curteys podría soltar la flecha, coger otra y acabar con los dos.

Levanté los brazos, como si pudiera desviar aquel astil de punta de acero.

—¡No! —grité—. ¡No ganarás nada!

No le veía bien la cara debido a la distancia; se la tapaba el sombrero, que en ese momento comprendí que era, como la forma en que se llevaba la mano a las cicatrices, una de las estratagemas que Emma había pergeñado con los años para evitar que la gente la mirase a la cara con detenimiento. Vi que el arco se movía ligeramente y di un paso atrás soltando un grito, pero entonces me di cuenta de que en realidad temblaba, que se agitaba en sus manos de un modo apenas perceptible, pero seguía apuntándome.

—¡Corra! —gritó Barak.

—¡No! —exclamé, aferrándolo del brazo—. ¡No hagas nada repentino! —Y mirando a Emma dije—: ¡Soy su amigo! ¿Es que no se ha dado cuenta? ¡Quiero serle de ayuda!

Allí seguía, con el arco en las manos, algo tembloroso. Toda la escena debió de durar apenas diez segundos, pero me pareció una eternidad. Entonces vi otra figura por el rabillo del ojo, una silueta voluminosa y oscura que corría hacia el arquero.

—¡Hugh! —gritaba David. Seguía llamándola así—. ¡Déjalo! ¡No serviría de nada! ¡Lo saben, se acabó todo! ¡Baja el arco!

Emma se volvió y apuntó a David, que seguía corriendo hacia ella. La flecha lo alcanzó en el costado y su fuerza lo hizo tambalearse. Se desplomó sobre la hierba, gimió una sola vez y se quedó en silencio. Luego, sin duda atraído por los alaridos, apareció Fulstowe en el umbral. David había mentido: sí que se encontraba en casa. Salió y fue hacia el muchacho. Todo un grupo de criados lo siguió. Emma levantó la mano, colocó otra flecha en el arco y apuntó al mayordomo, que se detuvo en seco. Una de las sirvientas chilló. Esperaba que Emma disparase a Fulstowe, pero en lugar de eso retrocedió paso a paso hasta la verja, sin dejar de apuntarlo. Tan solo en una ocasión miró hacia donde yacía David, inmóvil. En todo aquel rato, la muchacha no había dicho una sola palabra.

Salió por la verja, se volvió y se marchó a la carrera. Fulstowe y algunos de los criados corrieron hasta David.

—¡Lo ha matado! —gritó alguien.

Capítulo 42

Sin embargo, David no había muerto. Yacía inmóvil en la hierba, sí, pero oí un gemido tenue y desesperado. Fulstowe dio media vuelta ante la verja y corrió hacia él, seguido de Barak y de mí. Manaba abundante sangre de la herida del costado, donde sobresalía indecente el astil de la flecha.

—Auxilio —imploró.

—No te muevas, muchacho —pidió Barak con delicadeza.

—¡Rápido, que alguien coja un caballo y vaya a buscar al barbero-cirujano de Cosham! —gritó el mayordomo a los criados que se habían congregado en el jardín —. ¡Y haced vendas con una sábana!

—Mi caballo ya está ensillado, atado ante la verja trasera —informé—. Que se lo lleven.

—¿Qué demonios ha sucedido aquí? —preguntó Fulstowe, mirándome con cara de espanto—. ¿Qué hace usted aquí?

—Hugh le ha disparado una flecha. Creo que nos habría matado si no hubiera intervenido David.

—¿Qué?

—¡Soltadme!

La voz, aguda y desesperada, procedía de la entrada de la casa. Allí estaba Hobbey, al que Dyrick agarraba del brazo. Se zafó del abogado, corrió hasta su hijo y cayó de rodillas a su lado. Se puso a acariciarle la oscura cabellera con cariño mientras las lágrimas le bañaban las mejillas. El muchacho levantó una mano con dificultad y su padre la aferró.

Sentí entonces que alguien me clavaba las uñas en el brazo y al volverme me topé con el rostro furibundo de Dyrick.

—Por el amor de Dios —aulló—. ¿Se puede saber qué ha hecho?

—Descubrir la verdad. Que Emma Curteys ha suplantado a su hermano, que fue quien murió. Se acabó, Dyrick.

—¡Yo no lo sabía! —bramó—. Durante todos estos años también me tuvieron engañado a mí. No me enteré hasta…

—Hasta la muerte de *Lamkin*, cuando exigió a Hobbey que le revelara qué era lo que había dicho Abigail que yo tenía delante de las narices y no lograba ver. Entonces Feaveryear lo adivinó.

Un espasmo de ira deformó los rasgos afilados de Dyrick.

—El muy estúpido se había encaprichado de Hugh, lo que lo hacía gimotear e implorar el perdón de Dios, hasta que se dio cuenta de la verdad. Me dijo que se había dedicado a observarlo de cerca hasta que un día lo había entendido todo.

—En ese momento tendría que haber dejado usted de trabajar a las órdenes de

Hobbey —repliqué, con una mirada de desprecio—, pero no podía soportar quedar como un tonto, ¿verdad? No podía soportar que saliera a la luz cómo le habían tomado el pelo.

—¡Es usted un patán y un mojigato! —exclamó Dyrick, y se lanzó sobre mí para atacarme con unos puños duros y huesudos, mientras Hobbey seguía llorando junto a su hijo.

De repente cayó sobre la hierba cuan largo era. Barak estaba encima de él.

—¡Jactancioso de mierda! —exclamó—. Estás acabado. ¡Será mejor que cierres el pico o te propinaré la paliza con la que sueño desde hace varias semanas!

Dyrick yacía boca arriba, sofocado y jadeante, con la túnica extendida bajo el cuerpo. Miré hacia Hobbey, que seguía arrodillado junto a David; ni siquiera había vuelto la cabeza.

—Mi pobre hijo —decía—. Mi pobre hijo.



El barbero-cirujano llegó poco después. Con ayuda de Fulstowe, entró a David en la casa, seguido de Hobbey y los criados. Dyrick los acompañó. Barak y yo nos quedamos en el gran salón y pedí a un criado que avisara al abogado de que quería hablar con él lo antes posible. Nos sentamos a la mesa, en silencio y atónitos, a esperar.

—¿Adónde cree que va a ir Emma? —preguntó Barak.

—Supongo que a Portsmouth, donde tratará de alistarse. Me imagino, alabado sea Dios, que puede pretender acabar con todo esto cubriéndose de gloria.

—¿Mató ella a Abigail?

—No. Creo que hoy ha sido la primera vez que ha perdido el control. No, fue otra persona.

—Si no hubiera levantado la voz… —se lamentó.

Alzamos la vista al oír pasos. Se nos acercó Fulstowe, con los ojos rebosantes de odio.

—El señor Hobbey desea hablar con usted.

Asentí.

—Ven, Barak —pedí, ya que quería contar con un testigo.

Seguimos al mayordomo hasta el gabinete de Hobbey, que se había desplomado en su silla tras el escritorio, con el delgado rostro empalidecido y la mirada perdida en la contemplación del reloj de arena. Su abogado estaba sentado a su lado. Fulstowe se quedó de pie junto a la ventana mientras Dyrick me decía:

—El señor Hobbey quiere hablar con usted. Que sepa que le he aconsejado que no lo hiciera…

—Sus consejos —comentó Hobbey con un hilo de voz—. ¿De qué me han servido? Desde aquel día en que me dijo que valía la pena pagar por la tutela de los

niños… —Me miró; tenía los ojos muy hundidos en el cráneo—. David sobrevivirá. El barbero-cirujano ha extraído la flecha. Pero cree que tiene la columna vertebral dañada. No puede mover bien las piernas. Tenemos que ir a buscar a un médico. —Se le quebró la voz por un momento—. Mi pobre muchacho, qué camino tan duro le he obligado a recorrer en este mundo. No ha podido soportarlo. No, no es usted mi castigo divino, señor Shardlake. Soy yo mismo, me lo he provocado todo yo. He sido la causa de la destrucción de mi familia. —Cerró los ojos—. Dice Vincent que sabe usted lo que hicimos.

—Sí. No me he dado cuenta hasta esta mañana.

—Hemos dicho a todo el mundo que ha habido un accidente en el campo de tiro y que Hugh se ha asustado por lo sucedido y ha salido corriendo. Me parece que esa versión resultará creíble… —Hizo una pausa—. A no ser que cuente usted otra cosa.

—El que nos disparó a Barak y a mí aquel día fue David, ¿verdad? Creo que incluso me siguió la noche de mi llegada.

—Me parece que sí —respondió en voz baja.

—¿Y quién mató a su madre?

Hobbey agachó la cabeza y Dyrick levantó una mano.

—Nicholas…

—Me lo temí desde el principio —reconoció el señor de la casa, levantando la mirada de nuevo—. David… había acabado por considerar a todo el mundo como un enemigo, menos a mí y a Emma, a la que…, a la que quería. Me había dicho en más de una ocasión que si alguien trataba de desenmascararnos lo mataría de un flechazo. —Con aire apesadumbrado añadió—: Creo que tal vez sí quería acertar cuando le disparó aquel día en el bosque, pero falló. Nunca ha tirado igual de bien que Emma.

—Santo cielo —exclamó Barak.

—Por eso dejé que Fulstowe y Vincent me convencieran para tratar de que condenaran a Ettis. La cabeza de David… —se interrumpió e hizo un gesto de negación—. Pero ya ha terminado todo. —Se quedó mirando el reloj con una sonrisa triste y forzada—. Se ha acabado la arena, como me temía desde hacía mucho tiempo.

—¿Obligó a Emma a adoptar la identidad de su hermano porque la ley permite a las hembras tomar posesión de sus tierras mucho antes que a los varones?

—Hace seis años, al adquirir estas tierras, era un próspero mercader, un hombre de éxito —recordó con amargura—, pero entonces los franceses y los españoles decidieron prohibir el comercio con Inglaterra. Había invertido demasiado en un mal momento y me veía ante la ruina. Al morir los padres de Hugh y Emma me topé con la oportunidad de sacar provecho de los bosques del muchacho. Ochenta libras anuales de beneficios durante ocho años era justo lo que necesitaba para liquidar las deudas con mis acreedores. Comprar la tutela de Hugh y Emma fue la única solución que encontré. Unos amigos me aconsejaron ir a ver a Vincent.

—Así pues, desde el principio formó usted parte del plan destinado a robar los bienes de los niños —señalé a mi colega de profesión.

—Lo hace mucha gente —se defendió, impaciente—. Así el señor Hobbey y su familia no quedaban en la miseria y los críos, que no tenían a nadie más, encontraban un hogar.

—Y David a una posible esposa. Daba igual que Emma lo quisiera o no.

—Esperábamos que con el tiempo acabara amándolo —aseguró Hobbey—. Abigail dijo que sería una esposa firme y sensata, que era lo que necesitaba el chico. Y tenía razón.

—¿Y qué pasa con lo que necesitaba ella? —pregunté, presa de una rabia repentina—. Esa niña huérfana…

—Oiga, déjese de moralina, por mucho que le encante —terció Dyrick—. Lo importante es qué va a suceder ahora.

—Eso —coincidió Hobbey—. Con Emma. Y Con David.

—Primero tengo que saberlo todo —repuse—. Todo. Qué sucedió, quién estaba implicado. Veamos, pues: Dyrick le consiguió la tutela de los niños y usted trató de engatusar a Emma para que se casara con David. Me imagino que tanto Hugh como Michael Calfhill le aconsejaron que se negara.

—Sí, en efecto.

—Pero entonces sucedió el desastre, ¿no? Murió Hugh y sus tierras pasaron a Emma. Y, a no ser que se casara con David, habría heredado a los catorce, no a los veintiuno.

—Fuimos presas del pánico, creíamos que nos arruinaríamos —señaló Hobbey—. Tras la muerte de Hugh rogamos por activa y por pasiva a Emma que se casara con David, pero se negó en redondo. Dijo que iría a la Audiencia de Tutelas con el cuento de que David no podía ser buen marido debido al mal caduco, aunque sabíamos que era prácticamente imposible que lo hiciera por su cuenta. —Agachó la cabeza—. Y entonces… Entonces mi esposa tuvo la idea de que Emma se hiciera pasar por Hugh.

—¿Y la niña aceptó?

—Aceptó encantada, quizá demasiado. Aún no entiendo por qué despreciaba de ese modo a mi hijo, pero… así era. De hecho, fue a David a quien tuvimos que convencer Abigail y yo para aceptar nuestros planes.

—Así que se deshicieron de Michael Calfhill y se vinieron a vivir aquí, donde nadie había visto a los niños.

—Sí. Hasta entonces no nos dimos cuenta de que estábamos todos atrapados. David, Abigail, Emma y yo. Si se hubiera sabido la verdad podríamos haber sufrido graves consecuencias. Aparte de nosotros solo estaba al tanto Fulstowe —añadió Hobbey, mirando a su mayordomo—. Siempre se le ha dado bien organizar cosas, anticipar dificultades. Y Emma… se recluyó en sí misma, en los libros y el arco.

—Que ya había practicado con Michael.

—Sí. Continuó con los demás preceptores. Nunca dejábamos que se quedaran mucho tiempo. Al principio resultaba bastante fácil engañarlos, pero a medida que Emma crecía se hacía más complicado. Acabó… Acabó por darnos miedo. Nunca

permitía que descubriéramos qué le pasaba por la cabeza. Suplantaba tan bien a su hermano… A veces, sin darme cuenta, pensaba en ella durante varios días seguidos como si fuera Hugh, me lo creía. Abigail no, nunca: si por accidente llamaba «Hugh» a la niña en su presencia, se ponía a gritarme y a hacerme recriminaciones. Sin embargo, la idea de que nos descubrieran la aterraba sobremanera. Cuando apareció usted quedaban solo tres años para que Emma pudiera acudir a los tribunales como Hugh y reclamar sus tierras. No sé qué habría sucedido entonces.

«Ni yo», me dije. Desde luego, era del todo imposible saber qué pretendía la muchacha.

—Con el paso del tiempo el engaño nos pasó factura —prosiguió Hobbey—, sobre todo a Abigail, que era quien tenía que enseñar a Emma a ocuparse del período y a cortar y coser el relleno para ocultar el pecho. Daba la impresión de que por todo ello Emma la odiaba y al final… no sé cómo todos acabamos culpando a Abigail porque había sido idea suya. Sobre todo David. No era justo, lo habíamos hecho para pagar mis deudas, pero también yo llegué a culparla. Mi pobre esposa.

—Y entonces reapareció Michael Calfhill.

—Se dio cuenta de inmediato de que Hugh era en realidad Emma —recordó Hobbey, estremeciéndose—. Le bastaron los lunares de la cara. Amenazó con delatarnos, aunque Emma no quería. —Miró entonces a Dyrick—. Y usted había descubierto algo sobre Michael, ¿no es cierto? Cuando se dedicaba a animar a Emma a rechazar el matrimonio con David.

—Ya lo había sospechado usted mismo —replicó el abogado con malos modos—. Me pidió que buscara información.

Hobbey clavó los ojos en el suelo.

—En Londres alguien me había contado que se decía que en Cambridge Michael había mantenido una relación… impropia… con otro estudiante. Y Vincent descubrió que había habido otros.

—Así pues, cuando se presentó aquí hace unos meses lo amenazaron con acusarlo, ¿no?

—Sí. Pedí a Vincent que le hiciera una visita. Que Dios me perdone.

—La sodomía se castiga con la horca —espetó Dyrick—. Simplemente le dije que si presentaba una queja en la Audiencia de Tutelas todo el mundo se enteraría de lo que era. ¿Cómo iba a saber que se suicidaría?

—Entonces, sí que fue un suicidio —observé.

—¿Qué otra cosa creía que había sido, por el amor de Dios? —bramó.

—Fue usted y lo amenazó —recriminé a Dyrick mirándolo con repugnancia—. Provocó la muerte de ese joven, que lo único que había hecho era tratar de ayudar a los dos niños.

—No sabía que era tan débil —replicó con insolencia.

—Menudo cerdo —intervino Barak.

—Alguien me asaltó en Londres y me advirtió que dejara el caso. ¿Fue también

cosa suya? —seguí preguntando.

Dyrick y Hobbey se miraron y luego se volvieron hacia mí.

—En eso no tuvimos nada que ver —dijo el primero.

Fruncí el ceño, pensativo.

—Al final, Michael reunió el coraje necesario para presentar la queja ante la Audiencia, pero luego, aterrado por lo que le había dicho usted, se suicidó. ¡Cómo debió de luchar con su conciencia! Quizás esperaba que su madre retomara el caso, tal vez que implicara a la reina, que se había portado bien con él.

—La conciencia —repitió Hobbey con una tristeza infinita—. Yo la tuve en su día. La mató la ambición. Y luego… Uno tiene claro en el fondo todo el mal que ha hecho, pero… reprime sus sentimientos. No hay más remedio. Sigue haciendo su papel. Sin embargo, la muerte de Michael me ha atormentado. —Empezaron a caer lágrimas por sus delgadas y grisáceas mejillas—. Y la pobre Abigail. Ay, si hubiéramos sabido adónde nos llevaría esta impostura. Y mi pobre hijo ha acabado perdiendo la cabeza.

Hundió el rostro entre las manos y se puso a llorar desconsoladamente. Dyrick se removió inquieto. Fulstowe miró a su señor con desprecio.

Transcurrido un minuto, Hobbey se enjugó las lágrimas y me miró con gesto cansado.

—¿Qué pasos piensa dar ahora, abogado, con respecto a lo de David? ¿Va a hacer público que mató a su madre?

—¿Acaso no debería? —preguntó Barak con ferocidad.

—Mi hijo tenía el juicio alterado —repuso Hobbey desesperado—. Fue culpa mía. —Me miró con un ánimo repentino en la expresión—. Si pudiera, vendería Hoyland, dejaría en paz a los aldeanos y me iría a algún sitio donde dedicar el resto de mi vida a cuidar a mi hijo, a tratar… A tratar de curarlo. Claro que no creo que le importase morir ahora mismo.

—Nicholas —intervino Dyrick—, Hoyland ha representado toda su vida…

—Se acabó, Vincent. —Hobbey miró al mayordomo—. Y usted, Fulstowe, en quien confiamos, usted se aprovechó para dominar a esta familia. Nos utilizó, no nos tenía el más mínimo aprecio. Hace mucho tiempo que lo sé. Váyase, ahora mismo. En este instante.

—No puede despedirme —repuso el criado, que lo miraba incrédulo—. Escuche, si no hubiera sido por mí…

—Claro que puedo —lo interrumpió Hobbey, a cuya voz había regresado en parte su antigua autoridad—. Salga de esta casa ahora mismo.

Fulstowe se volvió hacia Dyrick, pero su aliado en el plan para hacerse con la aldea se limitó a sacudir la cabeza en dirección a la puerta y añadir:

—No se atreva a contar lo de Emma a nadie, jamás. Está tan implicado como su señor.

—Después de todo lo que he hecho por usted…

Antes de irse, Fulstowe miró una última vez a Hobbey y a Dyrick. Después se marchó y pegó un portazo.

—Hay que liberar a Ettis —reclamé a Dyrick—. Fulstowe y usted habrían sido capaces de dejarlo morir para salirse con sus tretas.

—No diga estupideces —espetó—. Era imposible que lo declarasen culpable. Eso sí, teniéndolo entre rejas los aldeanos habrían sido más razonables.

—Señor Shardlake, no quiero que se acuse de nada a Emma —afirmó Hobbey—. Si alguien fuera a buscarla…

—Me temo que se habrá ido a Portsmouth a alistarse. Puede que busque la compañía de mi amigo George Leacon, que vio lo buena arquera que es.

—¿Podría usted…? ¿Le importaría ir a por ella?

Me recosté en la silla y recapacité. David y Emma. El destino de los dos estaba en mis manos.

—Por poco nos mata —recordó Barak—. Que se sepa lo que han hecho tanto el uno como la otra.

—Tengo dos preguntas más, señor Hobbey —dije—. En primer lugar, ¿me confirma que sir Quintin Priddis estaba al tanto de que Hugh era en realidad Emma?

—No responda, Nicholas —lo reconvino Dyrick—. Podemos necesitar a Priddis…

—Sí. Lo sabía —contestó Hobbey, sin prestarle atención.

—¿Desde el principio?

—No, pero visitó esta casa en una ocasión, para negociar su porcentaje cuando empecé a talar los bosques de Emma. Sir Quintin es muy observador y mirándola descubrió el engaño. Nadie más se ha dado cuenta, excepto Feaveryear y usted. Aceptó mantener la boca cerrada a cambio de una participación mayor.

—¿Y su hijo?

—No creo. Sir Quintin sigue siendo un hombre que aprecia el poder, y los secretos son poder. Los de los demás, por descontado; los propios suponen una maldición.

Respiré hondo y pregunté:

—¿Y sir Richard Rich? ¿Cuál es su implicación en todo esto?

—¿Rich? ¿El consejero real? —El gesto de asombro absoluto de Hobbey parecía sincero—. No lo conozco. La primera vez que lo vi fue cuando se dirigió a usted en el Ayuntamiento.

—¿Está seguro, señor Hobbey?

—¿Por qué iba a ocultarle algo a estas alturas? —dijo, extendiendo las manos.

Dyrick también se miraba sorprendido y me di cuenta de que ninguno de los dos entendía a qué me refería. Entonces ¿por qué se había alterado tanto Rich en Portsmouth? ¿Y por qué, como me inclinaba a creer cada vez más, me había mandado a aquellos golfos en Londres y había matado al escribiente Mylling? Le di vueltas y de repente se hizo la luz. Una vez más, mis conclusiones habían sido precipitadas.

Tenía que decidir qué hacer. Contemplé el gesto de desesperación de Hobbey, el de rabia de Barak y luego el de Dyrick, que empezaba a parecerme incómodo y asustado. Si se sabía que había ayudado a ocultar la verdadera identidad de Emma sufriría serias consecuencias profesionales. Me habría resultado imposible confiar en él, pero por el momento lo tenía a mi merced.

—Estoy dispuesto a lo siguiente —dije—. Si Ettis queda libre no revelaré que David mató a su madre.

—¡No puede! —exclamó Barak, incorporándose—. ¡La asesinó! ¿Qué más podría hacer? Y si se cree que no tienen nada que ver con Rich…

—Es cierto. Nunca ha existido ese vínculo. Creo que ahora entiendo qué sucedió. Y dime, Jack, ¿crees que David estaba en sus cabales cuando mató a Abigail? ¿Crees que mandarlo a juicio y que lo declaren loco o que lo ahorquen servirá para algo? ¿A quién beneficiaría?

—Podría disparar a alguien más.

—Eso no sucederá —terció Hobbey—. Puede que ni siquiera vuelva a andar bien. Y ya les he dicho que a partir de ahora voy a vigilarlo noche y día…

Levanté la mano.

—Tengo tres condiciones, señor Hobbey.

—Lo que sea…

—Primero, se encargará usted, me da igual el método, de que Ettis quede en libertad. Si en su día tiene que presentarse ante un tribunal por la acusación de asesinato, muy bien, siempre que yo esté presente para garantizar que la justicia sigue su curso y lo declaren inocente. Y quiero comunicarle a él ahora, en secreto, cuál será el resultado.

Hobbey miró a Dyrick.

—Podemos encargarnos, Vincent, estoy seguro. Sir Luke…

—¿Cuáles son las otras condiciones? —interrumpió Dyrick.

—La segunda, señor Hobbey, es que haga lo que ha dicho, que venda Hoyland, tras haber confirmado la titularidad de los bosques de los aldeanos, y se lleve a David a un lugar donde pueda tenerlo vigilado y a salvo.

—Sí —respondió de inmediato—. Sí.

Barak me miraba, negando con la cabeza. Aunque dudaba de que David representara peligro alguno para nadie, sabía que me arriesgaba. Sin embargo, confiaba en que Hobbey cumpliría su palabra.

—Mi última condición tiene que ver con Emma. Voy a regresar a Portsmouth y si la encuentro allí, tratando de alistarse, me la llevaré…

—No… —empezó Barak.

—Tendría que revelar que es una mujer —apuntó Dyrick—. Nicholas, eso podría ser nuestra perdición, a pesar de todo. Si se ha subido a un carro de pertrechos ya

podría estar allí.

—Si se ha apuntado a la compañía de mi amigo, o a cualquier otra, no será necesario que les cuente toda la historia. Bastará decir que una muchacha patriótica se hace pasar por chico.

—Estoy de acuerdo —dijo Hobbey—. De acuerdo con todo.

—Pero no pienso traerla aquí, sino que me la llevaré a Londres. Y usted, señor Hobbey, me venderá la tutela de Hugh. Esos documentos se compran y se venden cada dos por tres. Claro que, en este caso, la transacción solo se hará sobre el papel, no le daré dinero alguno. El señor Dyrick se encargará de organizarlo.

Incluso después de tanta muerte y tanto pesar, Dyrick aprovechó para lanzar una pulla:

—Sacará usted tajada…

—Me encargaré de que las tierras de los Curteys se vendan por un precio justo y el dinero se conserve a buen recaudo hasta que Emma, en el papel de Hugh, alcance la mayoría de edad. Eso supondrá proseguir con el engaño, al menos en lo concerniente a la Audiencia de Tutelas, pero allí hay un centenar de fraudes, aunque puede que ninguno tan tremendo como este. También en eso deberá colaborar usted, Dyrick.

—¡Pero si Emma acaba de tratar de matar a David y casi nos quita de en medio a nosotros! —clamó Barak, al que no resultaba fácil persuadir.

—No nos ha matado y podría haberlo hecho con facilidad. No creo que pretendiera matar tampoco a David. Podría haberle clavado una flecha en el corazón con la misma facilidad que a nosotros, pero no lo ha hecho. Yo supongo que lamentará desesperadamente sus actos. He visto lo bastante de él…, de ella, durante el tiempo que hemos pasado aquí, como para saberlo.

—Él… Ella… ¡Por el amor de Dios! —gritó Barak—. ¿Piensa llevársela a casa? ¿Le pondrá una guerrera o un vestido?

—La ayudaré a buscar un lugar donde vivir en Londres. Lo que haga con su futuro a partir de entonces dependerá de ella. Esta es mi oportunidad de cumplir la promesa que hice a la reina y a la señora Calfhill, cuyo hijo murió porque estaba convencido de que tenía que ayudar a esa muchacha. También estamos en deuda con Michael.

—Puedo negociar un acuerdo más ventajoso para usted —dijo Dyrick a Hobbey.

—No sea ingenuo, Vincent —repuso este despectivamente, y me tendió la mano —. Repito que lo acepto todo. Todo. Gracias, señor Shardlake, gracias.

No podía estrechársela. Lo miré a los ojos.

—No lo hago por usted, señor Hobbey. Lo hago por Emma, y por David, para tratar de que de tanta perdición surja un futuro para ellos.

Barak y yo salimos de la casa al cabo de una hora. Ya habían dado las doce y el sol estaba alto y quemaba. Detuvimos los caballos una vez cruzada la verja del priorato.

—Está loco de remate —me dijo Barak.

—Puede, pero con independencia de mi estado mental ha llegado el momento de que vuelvas a casa. Nada de peros. Si cabalgas a buen ritmo podrías llegar a Petersfield esta noche. Yo voy a tratar de encontrar a Emma y luego te seguiré. Si no te alcanzo esta noche, sigue adelante mañana y ya me reuniré contigo por el camino.

—¿Cómo puede confiar en Hobbey y Dyrick?

—Hobbey está deshecho, ya lo has visto. Solo le queda David. Y Dyrick sabe lo que le conviene.

—Y eso que decía que sus clientes siempre tenían razón. Era tan corrupto como Hobbey.

—Sigo pensando que creía que Hobbey tenía razón, al menos hasta que se enteró de la identidad de Emma. Algunos abogados tienen que estar convencidos de eso. Pero sí, tras el descubrimiento su única preocupación ha sido salvar el cuello. Y mejor no pensar en lo que habría sido capaz de hacerles a los aldeanos…

Barak miró más allá de la verja los parterres abandonados.

—Pobre Abigail —suspiró—. No se le hará justicia, supongo que ya se ha dado cuenta usted.

—Quiero creer que en el fondo habría preferido que David y Emma se salvaran. Yo diría que también a ella la atormentaba la culpa.

—¿Y qué hay de Rich? ¿Y lo de Mylling? ¿Y los golfos? ¿Se ha creído lo que han dicho?

—Me parece que sé qué sucedió, y no tenía nada que ver con Hobbey o Dyrick. Retomaré el asunto una vez en Londres. Ahora no voy a añadir nada: si tengo razón, estar al tanto podría ser peligroso. Sí se lo diré a la reina. Puede que esta vez Richard Rich descubra que ha ido demasiado lejos.

—¿Seguro que no quiere decírmelo?

—Del todo. A Tamasin no le gustaría.

—Si Emma ha decidido alistarse, es lo que siempre había anhelado. ¿Por qué no deja que siga su camino?

—La han tenido tan constreñida todos estos años —respondí con firmeza— que no está en condiciones de tomar una decisión de ese calibre.

—No, está decidido a rescatarla, lo quiera ella o no. Sean cuales sean las consecuencias. Lo mismo que con Ellen.

—Sí.

—¿Y si no está en Portsmouth?

—Entonces no podré hacer nada más y regresaré solo. Ahora debemos despedirnos, Jack —anuncié, y le tendí la mano—. Hasta esta noche o mañana.

—Loco —contestó—. Como una cabra. Trate de no correr riesgos, por el amor de Dios.

Hizo girar al caballo y se alejó al galope hacia el camino de Londres. Desapareció tras un recodo. Di unas palmaditas a *Tres Patas*.

—Venga, volvemos a Portsmouth.



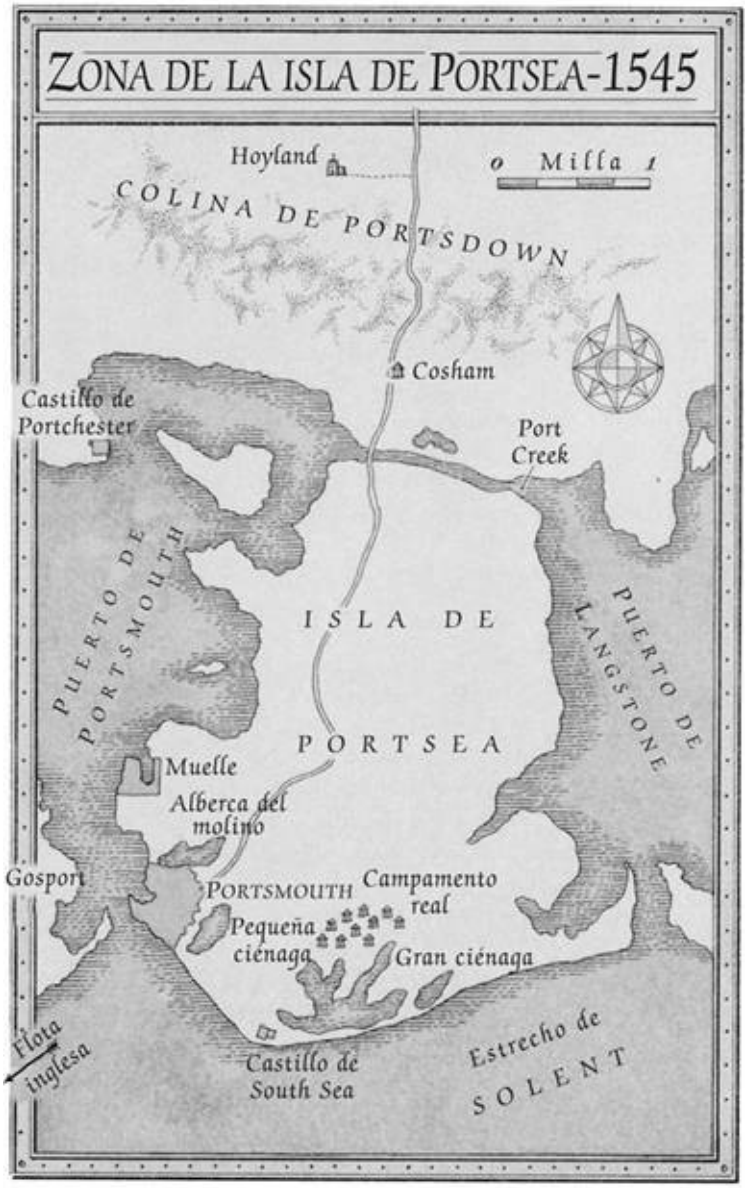
Me sorprendió lo tranquilo que estaba el camino hacia el sur. «Es domingo», me dije, pero no, aún faltaba un día. Desde los recónditos senderos me llegó varias veces un olor a humo que me hizo preguntarme si los carboneros trabajaban tan al sur. También oí gritos.

Empecé el lento ascenso de la colina de Portsdown y entonces, cerca de la cima, el aire se tornó denso debido al humo y vi una almenara en llamas en torno a la que se apiñaban los hombres. Me dio un vuelco el corazón y avancé por la escarpadura. Se divisaba el humo procedente de una almenara tras otra, una hilera que discurría junto a todas las colinas. Miré hacia el mar, hacia la isla de Portsea. Me quedé boquiabierto y aferré las riendas de *Tres Patas* con todas mis fuerzas.

La mayoría de los buques de guerra seguían fondeados en el estrecho de Solent, aunque algunas de las embarcaciones de menor eslora estaban en el puerto; parecían puntitos desde donde me hallaba. Ante los buques distinguí media docena de puntos de mayor tamaño que maniobraban con rapidez de un lado para otro. Oí un estruendo que parecía un trueno y solo podía ser un disparo de cañón. «Esos barcos se mueven y giran con tal rapidez que tienen que ser galeras, tan grandes como la *Galley Subtle*», me dije. Y en ese momento divisé en la distancia, en el extremo oriental de la isla de Wight, una enorme mancha oscura. Había llegado la flota francesa. Había empezado la invasión.

Sexta parte

La batalla



Capítulo 43

Contemplé durante unos minutos la increíble escena que se desarrollaba a lo lejos. Los buques ingleses, anclados y con las velas arriadas, tenían un aspecto terriblemente vulnerable. Me pregunté por qué la descomunal flota francesa no avanzaba, y deduje que el viento les era contrario. Cerca de mí, junto a la almenara encendida, un grupo de campesinas observaba la batalla. Lo hacían en silencio, con rostros angustiados; pensé que quizá sus hijos o maridos estarían allí.

Mi instinto me decía que había llegado demasiado tarde, que debía dar la vuelta y regresar. Sin embargo, Emma solo me llevaba tres horas de ventaja, como mucho. Si había venido hasta Portsmouth era imposible que estuviera ya en alguno de aquellos barcos. Pensé en su actitud siempre vigilante, su forma de escoger cuidadosamente las palabras. Las compañías estaban escasas de hombres, así que era muy probable que la aceptasen a bordo, más aun cuando los franceses ya habían llegado. Recordé a Hobbey contar cómo Abigail la había ayudado a vendarse el pecho mientras crecía, y a Hugh frotándoselo con visible incomodidad. Me pregunté cuántas molestias había tenido que soportar en los últimos seis años.

El puente que unía la isla de Portsea con tierra firme ofrecía un aspecto muy distinto al de la mañana. Ya nadie intentaba llegar a la isla, sino salir de ella. Un río de gente cruzaba desde allí; mujeres con bebés en brazos, niños, ancianos renqueantes sobre sus bastones… todos huían de un posible asedio. La mayoría era pobre, gente cargada de fardos o que transportaba sus pertenencias apiladas en carros destartalados. Recordé a Leacon describir al populacho de la campiña francesa… cómo suplicaban, famélicos, junto al camino. Pensé si no estaría a punto de suceder aquí lo mismo.

Esperé hasta que los refugiados acabaran de pasar. Empezaron a subir penosamente por la colina de Portsdown. Una pareja de ancianos comenzó a discutir si debían abandonar el carro, cargado con las piezas de una cama, ropas raídas, platos de estaño y un par de bancos. La gente que intentaba pasar les gritaba que se apartaran de enmedio. Entonces oí un redoble de tambores y una tropa de milicianos con distintas armas marchó rápidamente colina abajo. Los refugiados se apresuraron a hacerse a un lado. Los soldados pasaron junto a mí, las piezas de la media armadura que llevaban algunos hacían ruido y se entrechocaban. Los guardias emplazados en el puente saludaron a la tropa que avanzaba envuelta en una nube de polvo amarillo.

Cuando acabaron de pasar, cabalgué hasta el guardia más cercano y le pregunté por las últimas novedades. Me miró irritado. «Pues qué va a ser, que los franchutes ya están aquí». Era un simple recluta que en otras circunstancias no hubiera osado dirigirse a alguien de mi condición de ese modo; pero, tal como ya había tenido ocasión de observar, la guerra borraba las diferencias sociales.

—¿Puedo entrar en la ciudad?

—Pero si todos intentan salir.

—Hay alguien a quien busco, un amigo.

—Mire, letrado, si puede convencerlos de que lo dejen entrar, le deseo la mejor de las suertes —me miró con cierto respeto y me hizo señas de que pasara.



En la isla de Portsea las tiendas de los soldados seguían en pie, pero ahora estaban vacías, con los faldones abiertos, y solo quedaba un puñado de hombres de guardia. Había pequeños objetos desparramados sobre la hierba: un bol, una cuchara, un gorro… Los soldados lo habían tenido que dejar todo apresuradamente.

Mientras me acercaba a las murallas de la ciudad, donde los hombres aún trabajaban sin descanso para reforzar la fortificación, me crucé con más refugiados que avanzaban penosamente hacia el puente, entre ellos un grupo de prostitutas con la pintura corrida y la cara sucia de polvo. Tuve que apartarme de nuevo para dejar paso a otra compañía de soldados; esta vez eran mercenarios extranjeros que vestían brillantes jubones acuchillados y hablaban en alemán. Desde donde estaba veía la flota: los buques seguían anclados, entre ellos el *Great Harry* y el *Mary Rose*; divisé también al *Galley Subtle* con las galeazas, entre los buques de guerra y las inmensas galeras francesas a poco más de medio kilómetro de distancia. Me pregunté si Leacon y su compañía ya estarían a bordo del *Great Harry*. Una nube negra de humo se elevó de la proa de una galera francesa y a continuación se oyó un estruendo a lo lejos; un galeaza inglesa acababa de devolver el cañonazo.

Llegué al campamento a las afueras de la ciudad. Tal como temía, las tiendas también estaban vacías. Miré hacia lo alto de las murallas donde vi soldados apostados, todos de espaldas a mí, que contemplaban el combate; las murallas me impedían ver la escena. Guie a *Tres Patas* hacia las tiendas, con la esperanza de que los soldados que estuviesen de guardia me pudieran dar información, pero no encontré a nadie. Me resultó extraño ir a caballo entre las tiendas sumidas en el silencio, la ausencia de gritos y de ruidos. Tampoco había un alma en las tiendas de la compañía de Leacon. Iba a volverme cuando oí una voz que me llamaba débilmente.

—¡Abogado Shardlake! ¡Aquí!

Seguí la voz hasta una tienda que apestaba a cloaca. Tras vacilar un instante, miré dentro. Entre las sombras alcancé a distinguir cuencos y ropa en desorden. En una esquina yacía un hombre medio cubierto por una manta. Era Sulyard, pero había perdido toda la bravuconería de la noche anterior. Su rostro feo y huesudo estaba blanco como una sábana.

—Sí que es usted, pensaba que tenía visiones de pesadilla —me dijo.

—¿Estás enfermo, Sulyard?

—La cerveza de uno de los barriles de anoche estaba en mal estado. Esta mañana

fuimos a Portsmouth, pero a cuatro nos han mandado de vuelta con disentería. —Esbozó una sonrisa y vi que se alegraba.

—¿Y el resto de la compañía?

—En el *Great Harry*. Oiga, ¿puede conseguirme un poco de bebida? Hay cerveza en la tienda de campaña con la bandera verde.

Encontré la tienda que había descrito. Allí había almacenados unos cuantos barriles de cerveza y recipientes. Llené una jarra y se la llevé. Bebió con avidez, y luego me dirigió una mirada divertida y calculadora.

—¿Ha venido por el chico?

—¿Qué chico? —pregunté rápidamente—. ¿Te refieres a Hugh Curteys?

—Aquel que estaba con usted la primera vez que vino, el que sabía mucho de tiro con arco.

—¿Lo has visto? Dímelo, por favor.

—Se suponía que debíamos embarcar esta mañana, pero el rey estaba en el *Great Harry* y no nos dejarían subir a bordo hasta que no pasara al *Mary Rose*. Mientras esperábamos en el muelle, apareció su muchacho, corriendo, sucio y acalorado, con el arco en la mano. Reconoció al capitán Leacon y le pidió permiso para unirse a la compañía. Para entonces, nosotros cuatro ya estábamos retorciéndonos junto a la pared echando las tripas, y en la compañía no sobran hombres precisamente. Así que el capitán lo aceptó y nos mandó a los cuatro de vuelta.

—Necesito encontrar al muchacho.

—Pues no va a ser fácil. Justo después, hubo un gran revuelo y la gabarra del rey regresó al muelle a toda prisa. Fue entonces cuando apareció la flota francesa por detrás de la isla de Wight —Sulyard se apoyó en los codos con dificultad—. ¿Usted sabe algo? ¿Han llegado los franceses a la costa?

Comprendí entonces por qué Sulyard se mostraba tan extrañamente cordial; no era solo bebida lo que quería, lo aterraba la posibilidad de que los franceses lo despedazaran en su propia tienda.

—No, de momento solo ha habido pequeñas refriegas en el mar. Pero dime, ¿está el muchacho a bordo del *Great Harry*?

—Supongo que sí.

—Tengo que encontrarlo. Necesito entrar en la ciudad.

—No lo dejarán pasar. Llevan toda la mañana sacando a los civiles. Tendrá que ir al centro de mando que está en el campamento real.

—¿Está el rey allí?

—Oí decir que había ido al castillo de South Sea a ver el combate. Lo vi llegar a tierra. ¡Joder, hicieron falta ocho hombres para ayudarlo a subir las escaleras! Oiga, ¿puede sacarme de aquí? ¿De la isla?

—Lo siento, Sulyard, no puedo. Ya te lo he dicho, voy a Portsmouth.

Frunció el ceño, luego me guiñó el ojo de manera lasciva.

—Le gusta el chico, ¿eh?

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —dije tras un suspiro.

—No, ya nos ha traído bastante mala suerte.



La única posibilidad que me quedaba era tratar de encontrar al intendente. Como le había explicado a Hobbey, mi intención era contar que Emma era una joven que, movida por el patriotismo, se había hecho pasar por hombre para poder participar en la contienda; había oído relatos de historias similares en las tabernas. Pero temía que ya estuviera a bordo del *Great Harry*.

Crucé las murallas de la ciudad y cabalgué hasta el campamento real, detrás de una laguna poco profunda a la que llamaban la Gran Ciénaga. Allí había más de treinta tiendas, cada una del tamaño de una casa pequeña, con sus pesadas telas de vivos colores que me recordaron a las que había visto en York. La más grande y espectacular, rodeada de guardias, con elaborados dibujos e hilos de oro y plata en la trama, tenía que ser la del rey. Entraban y salían de ella sin descanso soldados y oficiales. De todas las tiendas colgaban lacias banderas de Inglaterra y de la dinastía de los Tudor. Pensé que pronto anochecería y que los barcos no combatían en la oscuridad. Sería el mejor momento para sacar a Emma del *Great Harry*.

En la orilla de la laguna más cercana al mar, el terreno arenoso y cubierto de maleza cobraba vida con la presencia de cientos de soldados. Algunas compañías se habían unido para formar batallones de varios cientos con los capitanes al frente patrullando a caballo. No muy lejos, una unidad de piqueros permanecía en posición de firmes con sus largas picas a quince pies del suelo; si los franceses intentaban desembarcar, cargarían contra ellos en la playa. De algún lugar llegaba el redoble débil y regular de un tambor. A lo largo de toda la costa esperaban más grupos de piqueros y alabarderos, listos para el ataque. Había pocos arqueros al frente de cada grupo, la mayoría estaría en los barcos.

En la orilla, el terreno ascendía formando un pequeño montículo que me impedía ver el mar. En la parte superior, unos hombres colocaban cañones y otros cavaban agujeros para fijar estacas apuntando al agua. Vi que arrastraban más cañones al otro lado. Delante, se alzaba la mole del castillo de South Sea, una construcción sólida y cuadrada con amplios bastiones. Estaba rodeada de cañones, al igual que otro fuerte que había un poco más allá. Alcancé a ver en la torre más alta a un grupo de hombres vestidos con llamativos colores; la figura del centro era mucho más corpulenta que las demás. Era el rey, que contemplaba la escena que estaba desarrollándose en el mar.

De repente, se oyó un tremendo estruendo y nubes de humo se elevaron por encima del castillo de South Sea, mientras una batería de cañones disparaba presumiblemente a las galeras francesas. Los vítores de los soldados de pie en el montículo hacían pensar que algún cañonazo había dado en el blanco. Recordé a

Leacon explicar que el cañón más grande podía alcanzar un objetivo a más de un kilómetro y medio de distancia.

Me di cuenta de que me temblaban las piernas; otra vez tuve que reprimir unas ganas irresistibles de largarme. Pensé en Barak, que sin duda estaría cabalgando hacia el norte, y di gracias a Dios por haber insistido en que se fuera. Entonces me armé de valor y cabalgué despacio hacia el campamento real. El sol empezaba a ocultarse en el horizonte.

Cuando me encontraba a unos cien metros de la tienda más cercana, un soldado se interpuso en mi camino con la alabarda alzada. Me detuve.

—¿Qué desea señor? —preguntó de forma abrupta.

—Necesito hablar con alguien de la oficina del intendente. Es urgente. Soy el letrado Matthew Shardlake, del Real Colegio de Abogados.

—Espere aquí.

La escena de Portchester se repetía; ¿era posible que me hubiese reunido con la reina hacía tan solo unas horas? Me quedé allí esperando mientras el soldado desaparecía entre las tiendas. Volví a mirar hacia el castillo de South Sea; el grupo de hombres de llamativas vestimentas seguía allí mirando hacia el mar. Oí cañonazos a lo lejos, sin duda las galeras francesas atacaban nuestra flota; me estremecí solo de pensar en el inmenso blanco que ofrecía el *Great Harry*; también el *Mary Rose*, donde estaría Philip West.

Dos capitanes con media armadura salieron de las tiendas más cercanas. Pasaron junto a mí hablando deprisa y agitadamente. «¿Por qué Annebault ha hecho avanzar a tan pocas galeras? La mayoría sigue en la orilla de Wight…».

El soldado regresó caminando deprisa hacia mí, esta vez acompañado. Cuando volvió a hablar lo hizo en un tono respetuoso.

—Acompáñeme, señor. Mi compañero se ocupará de su caballo.

El segundo soldado colocó un poyo junto a *Tres Patas* para que yo pudiera descender cómodamente. Sentí un gran alivio, pensaba que en aquellos momentos un funcionario como el intendente no tendría tiempo de atenderme. Bajé del caballo.

—Gracias, no le robaré mucho tiempo.

El soldado asintió con la cabeza y me llevó a las tiendas. Algunas estaban cerradas, pero en las que estaban abiertas vi a soldados y oficiales que, sentados alrededor de mesas montadas sobre caballetes, hablaban animadamente. Llegamos a una amplia tienda de forma cónica en el centro del campamento, de color crema con un estampado azul en la parte superior y el faldón medio bajado. El soldado me indicó con la mano que pasara.

En el interior, en penumbras, vi a un hombre sentado a una mesa con la cabeza inclinada sobre unos papeles que tenía junto a una campana y un candelabro. Vestía elegantemente con un jubón de seda verde.

—Gracias por recibirme, señor intendente —dije, quitándome el gorro—. Quisiera… —Cuando el hombre alzó la cabeza me quedé sin habla.

Richard Rich sonrió.

—Bueno —dijo en voz baja cargada de satisfacción—. Bienvenido a mi lugar de trabajo. Así que habéis venido a buscar al chico. O debería decir chica. Sabía que lo haríais.

—¿Dónde está Emma? —pregunté mirándolo fijamente.

Sonrió de nuevo, enseñando sus dientes pequeños y afilados.

—Está a salvo, por ahora, y con la compañía del capitán Leacon, que se encuentra bajo el leal cuidado del sobrecargo Philip West a bordo del *Mary Rose*. Y ahora, abogado Shardlake, creo que deberíamos hablar.

Capítulo 44

Rich me indicó que me sentara en uno de los taburetes frente a la mesa de caballete. Luego se inclinó hacia adelante, entrelazó sus pequeñas y cuidadas manos y apoyó el mentón sobre ellas. Le crujieron las mangas. Aunque su expresión era socarrona, sus ojos tenían un brillo glacial.

—Me han dicho que las galeras francesas se han replegado —dijo entablando conversación—. Mi criado acaba de comunicármelo. Creo que la refriega de hoy ha sido solo un prólogo de la auténtica batalla; mañana las cosas podrían ser muy distintas —continuó aún en tono cordial.

—Dicen que nuestros cañones pueden mantenerlos alejados del puerto de Portsmouth.

—Así es, pero si consiguieran bloquear a nuestra flota en el puerto, que quizás es lo que hoy pretendían, o hundirla, podrían desembarcar de sus galeras en la isla de Portsea. Habréis visto que estaban colocando un cañón en el montículo y estacas para proteger a los arqueros —se calló y me sostuvo la mirada durante un instante—. Así pues, es posible que haya un gran combate. Quizás aquí mismo, en esta misma orilla —señaló con la cabeza el exterior.

No contesté, pensé que lo mejor era dejarlo hablar y que él mismo se delatara. ¿Sabría todo lo que había descubierto yo? Seguramente no me hubiera recibido. El tic que le hacía temblar el párpado delataba su nerviosismo.

—Hablemos de negocios —dijo de forma abrupta—. Vaya con la chica, ¿eh? Venir aquí y hacerse pasar por varón para alistarse. Qué cosa tan rara.

—Entonces, ¿ya sabéis que Hugh Curteys es en realidad Emma?

—Sí, aunque solo desde ayer, cuando mi antiguo socio, sir Quintin Priddis, me lo dijo, antes de veros en el Guildhall. Priddis temía que lo hubieseis descubierto, está implicado en el fraude.

—Lo sé.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

—Desde hoy. Emma Curteys ha huido a Portsmouth al descubrirse la verdad. Siempre había deseado alistarse y ya no tenía nada que perder.

—¿No lo habéis sabido hasta hoy, abogado Shardlake? —preguntó inclinando la cabeza como un ave de presa—. Pensaba que con lo bien que husmeáis habríais descubierto antes la verdad sobre este curioso caso. Os he sobreestimado —permaneció unos instantes pensativo—. Supongo que la joven Curteys es otra de vuestras buenas obras, ¿no? Como Elizabeth Wentworth, cuando nos conocimos, o el querido señor Wrenne de York.

—Si sabíais que Hugh Curteys era en realidad Emma, ¿por qué habéis permitido que subiera a bordo del *Mary Rose*?

Richard Rich sonrió.

—Era una oportunidad, colega Shardlake. Me paso la vida aprovechando las oportunidades. Por eso soy consejero de la Corona. Como responsable de abastecimiento, debo consultar a diario los informes sobre las tropas: cuántos hombres han desertado, cuántos enfermado, cuántos han llegado al frente. Hace dos horas me trajeron esto —rebuscó entre los papeles que tenía sobre la mesa, seleccionó uno con una lista de nombres y me lo entregó.

Un nombre me llamó enseguida la atención: «Hugh Curteys, 18 años de edad, Hoyland. Compañía de sir Franklin Giffard».

—Podéis imaginaros que mi sorpresa fue mayúscula —continuó Rich—. Además, como me enteré por Priddis de que él, o mejor dicho ella, era una de vuestras protegidas, me preguntaba si la seguiríais hasta aquí. Si no lo hubierais hecho, no sé qué habría hecho con vos, puesto que ignorasteis la primera advertencia que os hicieron mis aprendices —ahora hablaba con saña—. Si sufrierais un accidente, vuestro amigo Barak se olería algo extraño y, sin duda, informaría a vuestra protectora, la reina; y con Catalina Parr se tiene que ir con cuidado, no es ninguna tonta —el párpado había empezado a temblarle de nuevo—. Pero creo que podríamos llegar a un acuerdo. Por eso, a pesar de que conocía la verdadera identidad de Hugh Curteys, he permitido que se alistara.

—Vais a usarla para negociar conmigo.

—Después de ver la lista cabalgué directamente hasta Portsmouth —Rich se inclinó hacia delante—. La flota francesa ya había llegado, el rey había abandonado el *Great Harry* y los soldados pululaban por el lugar esperando el momento de embarcar. Algunos oficiales de alto rango habían vuelto a tierra para controlar que cada buque recibiera la tripulación adecuada; entre ellos, Philip West —dijo clavando los ojos en mí.

—Sí —dije en voz baja—, West.

—Los arqueros de su amigo, el capitán Leacon, debían embarcar en el *Great Harry*; sin embargo, hablé con West y ahora están en el *Mary Rose*. De este modo él puede vigilar a Emma Curteys por mí. Luego regresé aquí para ver si la seguíais. Ella, por supuesto, no significa nada para mí, nunca ha significado nada. Aquellos golfos a los que ordené que os atacaran no os hicieron llegar el mensaje adecuado. Ya han sido debidamente castigados —sus afilados ojos se clavaron en los míos—. No era el caso de Hugh Curteys el que debíais olvidar, sino el otro sobre el que señor Mylling, mi agente en la Audiencia de Tutelas, dijo que habíais estado preguntando.

—Ellen Fettiplace —dije lentamente; las piezas comenzaban a encajar—. Ella es vuestra conexión con West. Erais vos el que estaba con él en Rolfswood hace diecinueve años.

Rich volvió a reclinarse en el respaldo de la silla y me miró, impasible.

—Así que ya lo sabéis.

—Puesto que no teníais conexión alguna con el caso Curteys, solo podía ser eso.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó bruscamente.

—Barak —mentí—. Lo he enviado de vuelta a Londres.

Rich se quedó sentado, pensativo. Entonces, una voz llamó desde fuera.

—¿Sir?

Vi un gesto de fastidio en su rostro.

—Entra, Colin —dijo casi a regañadientes.

La puerta se abrió y entró un hombre joven de complexión robusta y con las iniciales RR cosidas en la casaca y una candela en la mano. Rich señaló el candelabro y el criado encendió las velas; la tienda se llenó de luz amarillenta.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Rich.

—Los franceses se han retirado.

—¿Los soldados permanecerán a bordo esta noche?

—Sí, sir Richard. Deben estar listos para enfrentarse a los franceses al alba, si es preciso. Ha venido un mensajero. El Consejo Real va a reunirse en la tienda del rey dentro de una hora.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Rich—. Deberías habérmelo dicho nada más entrar.

—Yo… —El criado se ruborizó.

—Los mensajes del Consejo Real deben ser comunicados inmediatamente, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Retírate, pero quédate cerca a ver si no vas a oír la campana cuando te necesite.

—Sí, sir Richard —el criado hizo una reverencia y se marchó.

—Peel es un idiota —dijo Rich sacudiendo la cabeza—. Sin embargo, a veces puede ser útil que los que te rodean sean cortos de luces y te teman. —Su rostro recobró esa sonrisa desdeñosa de superioridad, aunque esta vez parecía un tanto forzada—. Pues bien, abogado Shardlake, esta es mi propuesta: una carta dirigida a Philip West y firmada por mí os permitirá subir a bordo del *Mary Rose*. Podréis entonces explicar a vuestro amigo Leacon que el muchacho que ha reclutado hoy es una chica y podréis traérosla de vuelta. Mi criado se encargará de conseguiros una barca para ir y volver. A cambio, no diréis ni una palabra sobre lo que sucedió en Rolfswood hace diecinueve años. Por cierto, Philip West ha estado pagando las facturas del Bedlam todos estos años.

—Lo suponía.

—Si lo deseáis, podéis haceros responsable de los pagos de ahora en adelante, a mí tanto me da.

—¿Por qué la habéis dejado en paz todo este tiempo? Si hubiese hablado sobre la violación…

—No sabe cómo me llamo. Además, West siempre ha amenazado con revelar toda la historia si algo malo le sucedía a ella —el tic del ojo había vuelto; Rich parpadeó molesto—. Bien, abogado, ¿qué decís? La batalla comenzará seguramente mañana, pasado a lo sumo.

—Necesito saber toda la historia —respondí sin titubear. También necesitaba tiempo para pensar.

—¿Es realmente necesario? —me espetó con impaciencia.

—Lo es. La madre de West me contó que aquel día su hijo llevaba una carta del rey para Ana Bolena.

—Sí, él ya me dijo que ella os lo había contado, vieja estúpida.

—Y quiero saber qué fue lo que pasó en la fundición —necesitaba saber qué papel había jugado Ellen en las muertes de su padre y de Gratwyck. Rich entornó los ojos—. Por aquel entonces, debíais tener unos treinta años —continué—. Erais bastante mayor que West, pero por lo que él contó, lo acompañaba un oficial de bajo rango.

—Yo era un oficial de bajo rango. A pesar de mis esfuerzos, de mis intentos por lograr que Tomás Moro fuera mi mentor, había escalado muy pocas posiciones bajo las órdenes del chambelán real —sus labios se torcieron en una extraña mueca—. ¿Creéis en la fortuna, abogado? ¿En el destino?

—No.

—A mí me gusta el azar. La vida es como un juego de naipes. Esperas a que llegue tu buena racha y, cuando llega, empleas tus habilidades para sacar el máximo provecho. Aquella carta fue el principio de la buena racha que me ha traído hasta el Consejo Real.

—¿Cómo sabía lo que contenía?

—No lo sabía —rio—. No habría osado tocarla si lo hubiera sabido. Pensé que se trataba de alguna de las pesquisas de Catalina para averiguar cuánto duraría la aventura entre Ana Bolena y el rey. Qué criatura tan ridícula… deberíais haberla visto por aquel entonces pasear con su rosario, gorda y deforme tras haber alumbrado a todos esos niños muertos. Me había esforzado mucho por conocer a alguien de la corte y conseguí trabar amistad con una anciana doncella de la reina, una de esas maravillosas chismosas que lo sabe todo sobre todos. Le dije que era un fiel súbdito de su majestad la reina, que me disgustaba verla caída en desgracia por culpa de la Bolena… y cosas por el estilo. —Sonrió pensando en su astucia—. Se lo contó a la reina Catalina y su majestad sugirió que frecuentara a West; la reina sabía que a veces él entregaba las cartas a Ana Bolena. Luego sugirió que interceptase esa carta. Los espías de la reina en la Casa del rey debieron de decirle que contenía información valiosa. Así que lo organicé todo de modo que tuviera que acompañar a Philip West a Rolfswood.

—¿Cómo conseguisteis apoderaros de la carta?

—Basta con saber que lo hice.

—No, sir Richard, si queréis que lleguemos a un acuerdo debo saberlo todo. Recordad que en este preciso momento Barak se encuentra de camino a Londres.

Rich frunció los labios.

—Ya conoce a Philip West. Es un hombre dominado por las pasiones, y de joven

aún más. Al igual que muchos de los que se consideran hombres honorables, lo que realmente le preocupa es su dignidad… su reputación, su nombre… lo que su madre piense de él. —Arrugó su afilada nariz con desdén—. Aquel día cabalgué con él hasta Rolfswood y esperé en una taberna cercana mientras iba a proponer matrimonio a Ellen Fettiplace.

—Creía que había habido una pelea y que su intención no era proponerle matrimonio aquel día, solo hablar con el padre de ella.

—No, no, esa fue la mentira que les contó a sus padres. —Arqueó las cejas—. Sentía pasión por esa mujer. No era una gran belleza, pero hay cosas así de inexplicables. —Hizo una pausa—. Espero que no os molesten mis palabras, quizá vos también tenéis debilidad por esa mujer.

—No, no la tengo.

Rich se encogió de hombros.

—Pues bien, Philip West estaba convencido de que diría que sí, creía que ella no dejaría pasar la oportunidad de cazar a alguien de su posición. Pero cuando regresó, me dijo que lo había rechazado, que no lo amaba. Estaba furioso, fuera de sí, humillado. No hacía más que despotricar. Mientras se desahogaba yo lo animaba a beber para ver si así podía hacerme con la carta, pero no dejaba de llevarse la mano al lugar donde la tenía guardada. A menos que algo todavía más grave distrajera su atención, sería imposible que bajara la guardia. Al fin, decidió regresar a Petworth. Acabábamos de ponernos en camino cuando tuve mi segundo golpe de suerte. Apareció Ellen Fettiplace en persona.

A pesar de que dentro de la tienda hacía calor, yo sentía escalofríos. Una mariposa nocturna se coló por algún hueco y empezó a revolotear alrededor de las velas. Recordé a Dyrick aplastar una con el brazo aquella noche en Hoyland. Rich la ignoró.

—¿Qué relación os une a Ellen Fettiplace? —preguntó—. ¿Es simplemente otra de sus causas perdidas o quizás algo más?

—No, no es nada más —contesté con tristeza.

Me miró con dureza.

—Durante todos estos años ha sido un motivo de preocupación. —El párpado le volvió a temblar—. ¿Realmente es necesario que continúe?

—Sí, sir Richard. Si queréis que lleguemos a un acuerdo debo saber todo lo que sucedió con Ellen… y con su padre y el trabajador.

—Supongo que sois consciente de que puedo negar que esta conversación haya tenido lugar. No hay ningún testigo.

—Por supuesto.

Frunció el ceño y luego empezó a hablar de manera entrecortada, con frases sueltas.

—La chica nos vio y se detuvo. Creo que la cara de West la asustó. Entonces le dije que la tomara de todas formas, que no había un alma alrededor. No se lo pensó dos veces y contestó que ni el mismísimo Dios se lo impediría. Había bebido

demasiado para tener en cuenta las consecuencias. Los dos íbamos con espada por nuestra condición de caballeros y tuve que ayudarlo a quitarse la suya y bajar del caballo. Creí que la chica huiría, pero se quedó allí parada, boquiabierta, viendo cómo corríamos hacia ella y la agarrábamos. West consiguió lo que quería. Yo la sujeté y, mientras él la poseía, cogí la carta. No se dio cuenta, para entonces ya estaba dentro de ella y la chica no paraba de golpearlo y arañarlo. Me sorprendió que en su estado fuera capaz de hacerlo; había bebido mucho. Cogí la carta y corrí. Lamentablemente, tuve que abandonar mi caballo.

—¿Y si la chica hubiese hablado?

—Pensaba decir que la muchacha se había confundido, que yo intentaba detener a West y que corrí en busca de ayuda cuando vi que no podía. Estaba dispuesto a correr ese riesgo por conseguir el favor de la reina.

—Pero si conseguisteis ascender gracias a Thomas Cromwell, enemigo de Catalina de Aragón —dije frunciendo el ceño.

—Así es, Cromwell se dio cuenta de que podía serle útil.

—¿Qué sucedió luego, sir Richard?

Me clavó esa mirada fría durante un buen rato y reprimí un escalofrío al pensar en lo que le habría gustado hacerme de no contar yo con la protección de la reina.

—Después de dejar a West, tenía la intención de ir al pueblo más cercano y alquilar un caballo, pero me perdí en el bosque y enseguida la oscuridad se hizo tan intensa que no se veía nada. A continuación oí a West dando tumbos entre los árboles, maldiciendo y gritando mi nombre. Se había dado cuenta de la desaparición de la carta y conocía bien esos bosques, había crecido allí. Conseguí dejarlo atrás y luego vi una luz a lo lejos. Corrí hacia ella pensando que sería una posada o una casa donde buscar refugio.

El semblante de Rich se oscureció y me di cuenta del miedo que había pasado aquella noche solo en el bosque.

—La fundición —dije.

—Sí, la fundición de Fettiplace, donde me encontré a un viejo sentado sobre un jergón, bebiendo. Le dije que estaba perdido y me indicó el camino a Rolfswood. Me invitó a quedarme; creo que se quedó helado ante la repentina aparición de un caballero. Decidí esperar, confiaba que West desistiría de su búsqueda o se tumbaría a dormir la mona. Más adelante me enteré de que así había sido. Mientras esperaba leí la carta. El maldito sello se había roto al quitársela a West. Me quedé atónito: el rey afirmaba que tenía intenciones de casarse con Ana; creía que el Papa se pondría de su lado si Catalina se oponía. Jamás me lo hubiese imaginado, pensaba que las cartas eran simples ternezas bobas que el rey mandaba a su amante.

—Así que entregasteis la carta a Catalina de Aragón y le advertisteis de las intenciones del rey.

—Sí. Ay, Dios, cómo debió de enfurecerse el rey al saber que se había perdido. Me sorprende que no decapitaran a West. Al año siguiente, cuando el rey le dijo a

Catalina que creía que el matrimonio entre ambos contravenía la ley bíblica y por eso no habían tenido hijos varones, ella ya sabía cuáles eran los planes de su majestad. Había tenido meses para digerirlos.

—Si el rey descubriera lo que hicisteis…

—Catalina de Aragón jamás le dijo que había interceptado la carta. Siempre protegió a sus sirvientes; era su estrategia para mantener lealtades. Aquella noche empezó mi ascenso, y cambié de bando cuando vi que Ana Bolena saldría victoriosa.

—Así que aquello que ayudasteis a West a hacerle a Ellen os puso en el camino al ascenso.

—Si queréis verlo así…, pero no fue tan sencillo. Aquella noche, mientras esperaba en la vieja fundición, de repente abrieron la puerta. Temí que West me hubiera encontrado, pero era la muchacha, despeinada y visiblemente trastornada. Al verme se puso a chillar «¡Violación!» mientras me apuntaba con el dedo. El viejo Gratwyck soltó la botella y vino hacia mí con un palo en la mano. Por fortuna, yo llevaba la espada. Me defendí con ella, no lo maté pero cayó sobre el fuego y, apenas unos instantes después, se tambaleaba y chillaba envuelto en llamas. —Rich se calló y me miró directamente a los ojos—. No fue un asesinato, actué en defensa propia. Me quedé como paralizado ante aquella escena y cuando me di cuenta la chica se había largado. Salí a buscarla, en plena noche, pero ya había desaparecido. Necesitaba pensar. Regresé a la fundición pero toda la estructura había prendido fuego y se oían los alaridos de Gratwyck entre las llamas. Así que me adentré por el camino que bordeaba la laguna en busca de Ellen.

—¿Qué habríais hecho si la hubierais encontrado?

Se encogió de hombros.

—No la encontré. En cambio, me topé con un hombre mayor que vestía una bata de herrero.

—El señor Fettiplace.

—«¿Quién sois?», gritó. Creo que estaba buscando a su hija e iba a la fundición para ver si la encontraba allí, aunque no estoy seguro. Me intentó agarrar, así que lo atravesé con la espada —Rich hablaba sin emoción alguna, como si estuviera leyendo un documento ante un tribunal—. Sabía que tenía que deshacerme del cuerpo antes de que las llamas alertaran a todo Rolfswood. Era imposible meterlo en el edificio, el fuego lo devoraba de una punta a otra. Esa noche había luna llena y vi un bote amarrado en la orilla, remé hasta la parte más honda y hundí el cadáver con la ayuda de un trozo de hierro que habían desechado junto a la laguna. Anduve hasta el alba, luego conseguí un caballo y regresé a Petworth.

«Estabas asustado —pensé— caminando en medio de la noche y aterrado por lo que habías hecho».

—Al día siguiente, West me encontró —continuó Rich—. Negué tener nada que ver con el incendio, dije que había cabalgado directamente hasta Petworth. Era evidente que sospechaba de mí pero carecía de pruebas. En cuanto a la carta y la

violación, le dije que lo mejor era no decir nada. Pero el muy idiota quiso volver a Rolfswood para intentar hablar con Ellen. Era muy arriesgado y pasé varias noches sin dormir. Por fortuna, la chica había perdido el juicio y, pasado un tiempo, West y su familia acordaron con Priddis ingresarla en el Bedlam. Priddis, como podéis imaginaros, recibió una buena suma a cambio de no hacer demasiadas preguntas.

—Y ahora habéis llegado a un nuevo acuerdo con Philip West.

—Así es, tengo talento para llegar a acuerdos.

—West había insistido en que Ellen siguiera con vida.

Rich frunció el entrecejo.

—Dijo que si alguna vez le ocurría algo, contaría toda la historia. Tenía muchos remordimientos, por eso decidió alistarse en la Marina Real. Está medio loco…, creo que una parte de él desea morir, pero con el honor intacto, por supuesto. —Me miró con sorna—. Por eso hoy ha aceptado llevarse a la muchacha Curteys a bordo de la nave, para que yo pudiese comprar vuestro silencio.

—Mi silencio sobre lo que sucedió en Rolfswood a cambio de llevarme a Emma Curteys. Ya veo. ¿Y qué pasa con Ellen?

Se encogió de hombros.

—La dejaré a salvo en el Bedlam, bajo vuestra vigilancia. Tengo entendido que no saldría de allí aunque pudiera.

Intenté pensar. Rich tenía razón: yo podía destruirlo, pero entonces jamás conseguiría sacar a Emma Curteys del *Mary Rose*. Pensé que el asesinato quedaría impune, pero recordé que no sería la primera vez: su traición a Tomás Moro, su persecución a los herejes de Essex.

—¿Cómo podéis estar seguro de que no sacaré a Emma del barco, la pondré a salvo y luego lo haré todo público?

—Ya he pensado en esa posibilidad.

—¡Cómo no! —repliqué—. También matasteis a Mylling, ¿verdad?

—Le pagaba para que me informase si alguien preguntaba por Ellen Fettiplace y me dijo que habíais estado husmeando. Pero intentó chantajearme, quería más dinero. Lo que no sabía era que su joven ayudante también trabajaba para mí. No podía correr ningún riesgo, así que le pedí al señor Alabaster que se ocupara del asunto. Lo de la cámara fétida fue una idea brillante; si hubiese sobrevivido podría decirse que la puerta se había cerrado de forma accidental. El joven Alabaster está disfrutando de su ascenso —inclinó la cabeza para buscar entre los papeles—. Y ahora —dijo con brusquedad— aquí tenéis vuestro testamento —sacó un documento y me lo entregó.

Por poco me caigo del taburete de la impresión. Los testamentos suelen redactarse en previsión de la muerte. Rich se rio burlón.

—No os preocupéis. Todo el campamento está preparando testamentos ante la inminencia de la guerra. Leedlo, debéis completar los espacios con vuestro legado.

Leí lo siguiente:

«Firmo este, mi testamento, en Portsmouth, con la flota francesa ante mí y en

previsión de una muerte cercana». Luego, la designación del albacea: «Designo a sir Richard Rich, de Essex, Consejero Real de Su majestad el Rey, como único albacea». Mi primer legado ya estaba fijado: «Al susodicho sir Richard Rich, al que pido perdón por las deshonrosas acusaciones que contra su persona haya podido hacer, pero que me ha demostrado el auténtico valor de la amistad: 50 marcos». Debía completar el documento con el resto de mis legados, luego estaba la fecha: «18 de julio de 1545», y un espacio para que firmáramos los testigos y yo.

Rich me tendió dos hojas en blanco.

—Copiadlo dos veces —me ordenó con brusquedad, ejerciendo otra vez su autoridad—. Una copia para mí, pues no me cabe la menor duda que redactaréis uno nuevo cuando regreséis a Londres. No tiene importancia, es obvio que los cincuenta marcos son meramente simbólicos. Quiero este testamento, firmado por dos hombres honrados, que no nos conozcan ni a vos ni a mí, que actuarán como testigos y más adelante podrán acreditar que firmasteis por propia voluntad, para poder presentarlo en los tribunales si alguna vez hacéis acusaciones contra mí —inclinó su ingeniosa cabecita—. Por cierto, Ellen Fettiplace no recibirá nada.

Volví a leer el borrador. Estaba redactado de manera clara y ordenada, como todo lo que hacía Rich con la única excepción de aquel viaje a Rolfswood en el que había arriesgado tanto y asesinado a un hombre en un momento de pánico. Me entregó una pluma y dijo en voz baja:

—Si me traicionáis, si pierdo todo lo que tengo, sabed que Ellen Fettiplace sufrirá las consecuencias. Ya lo veis, dependemos el uno del otro.

Cogí la pluma y empecé a escribir. Mientras lo hacía, oí voces y ruidos afuera: la corte del rey regresaba del castillo de South Sea. Hablaban en voz baja y tono circunspecto.

Cuando terminé, Rich tomó el testamento, leyó ambas copias con atención y finalmente asintió.

—Tal y como suponía, generosos legados para Jack y Tamasin Barak y para Guy Malton, algo para los muchachos que trabajan en vuestra casa —me miró con cara divertida—. ¿Quién es esta tal Josephine Coldiron a la que le dejáis cien marcos? ¿Acaso tenéis una puta mantenida en Chancery Lane?

—Es una criada que también trabaja en mi casa.

Rich se encogió de hombros, miró los documentos una vez más para asegurarse de que no hubiera gato encerrado, asintió satisfecho, e hizo sonar la campanilla que tenía sobre la mesa. Poco después entró Peel.

—Trae a dos caballeros —le ordenó Rich—. Cuanto mayor sea su posición, mejor, y que sean oficiales, no quiero a nadie que pueda verse involucrado en la batalla de mañana. Quiero que sobrevivan y recuerden que han sido testigos de que aquí mi amigo Shardlake firmó el testamento. —Echó una ojeada al reloj de arena—. Y date prisa, el tiempo no se detiene. —El muchacho se marchó y Rich añadió—: Lógicamente, cuando vengan los testigos tendremos que aparentar ser grandes

amigos. Será solo un momento.

—Por supuesto —contesté, muy a mi pesar.

Rich volvió a mirarme, con curiosidad esta vez.

—En una época erais amigo de lord Cromwell, podríais haber llegado a la cima si no hubierais reñido con él.

—Su precio era demasiado alto.

—Sí, claro, los consejeros somos hombres muy malvados. Pero a vos, por lo que me parece, sobre todo os gusta creer que tenéis la razón. Ayudar a los pobres y los débiles. Ser un hombre justo, como dirían los protestantes radicales. Quizá lo hacéis para consolaros de vuestro aspecto. —Me dedicó una sonrisa irónica—. Sabéis, hay algunos hombres con ideales en el Consejo Real; otros, como Paulet, Wriothesley y yo nos sentamos alrededor de la mesa del consejo y los escuchamos… Hertford aleccionando a Gardiner y Norfolk sobre las formas correctas de religión, pero después los oímos conspirar para mandar a los otros a la hoguera. No obstante, como dice sir William Paulet, algunos preferimos doblarnos con el viento que rompernos. Los que tienen conciencia están demasiado obsesionados con lo justo de su causa para llegar vivos al final. El rey valora los consejos directos y realistas, por eso los hombres como yo sobrevivimos mientras otros son decapitados.

—Hombres que ni siquiera tienen un corazón que pueda convertirse en piedra.

—Sí, tenemos corazón, para nuestras familias, para nuestros hijos a los que educamos y enriquecemos con la ayuda de las tierras que nos concede el rey, y las rentas y obsequios de nuestros clientes. Pero claro —dijo con una mueca de burla—, vos no sabéis lo que es una familia.

Oímos pasos y Peel entró con dos caballeros a los que jamás había visto, que se inclinaron reverentes ante Rich. El consejero se acercó a mí y me cogió del hombro con su delgado brazo. Reprimí un escalofrío.

—Gracias por venir, caballeros —dijo—. Mi amigo el señor Shardlake desea dejar sus negocios en orden, dadas las presentes circunstancias. ¿Firmaríais su testamento como testigos, como favor hacia mi persona?

Ambos asintieron. Me dijeron sus nombres y observaron mientras firmaba el documento y la copia; luego ellos hicieron lo mismo. Rich cogió el gorro y los papeles que tenía sobre la mesa, junto con dos cartas dobladas y la copia del testamento.

—Gracias, caballeros —dijo—. Ahora debo irme, tengo que asistir al Consejo Real. —Y alzando la voz para asegurarse de que los testigos lo oyeran—: Me alegra haberos sido de ayuda en lo concerniente a la muchacha, amigo Shardlake.

—Habéis hecho lo que esperaba de vos —contesté sin alterarme.

Los caballeros hicieron una reverencia y se retiraron. La mano de Rich seguía sobre mi hombro. Antes de retirarla me dio una palmada en la joroba y me susurró al oído:

—Siempre había deseado hacerlo. —Se volvió hacia Peel y continuó en tono

brusco y altanero—: Colin, acompaña al señor Shardlake a Portsmouth y busca una barca que os lleve al *Mary Rose*. —Puso las dos cartas en una cartera de piel y se las entregó al muchacho—. La que no está sellada os autoriza a llegar hasta Portsmouth y conseguir una embarcación. La otra debes entregarla a su destinatario, Philip West, y solo a él. Si algún oficial te la pide, dile lo que acabo de decirte y menciona mi nombre. Luego espera en la barca hasta que regrese el señor Shardlake y lo lleve de vuelta a la costa. Regresará acompañado. Ahora vete. ¿Mi caballo está en la cuadra?

—Sí, sir Richard.

—¿Lo has entendido todo? —preguntó burlón.

—Sí, sir Richard.

—Abogado Shardlake, corregidle si se equivoca. Y ahora, adiós.

Tras inclinarse, dio media vuelta y salió de la tienda. Peel me miraba.

—¿Tenéis las cartas a buen recaudo?

—Sí, señor.

—Vamos entonces, no tenemos tiempo que perder.

Capítulo 45

—¿Ha venido a caballo, señor? —me preguntó Peel.

—Sí, se lo ha llevado un soldado.

—Voy a buscarlo. Será más rápido ir cabalgando a la dársena de Camber.

Hizo una reverencia y se alejó apresuradamente. Me quedé junto a las tiendas, contemplando el mar. El sol se hundía en el horizonte; era otra tranquila tarde de verano. En el castillo de South Sea un grupo de soldados trajinaba junto al cañón. Unos hombres arrastraban otro gran cañón por la vegetación que crecía en la arena de la orilla. Unos soldados habían encendido pequeños fuegos para cocinar; otros regresaban a las tiendas. Con la puesta de sol empezaba a refrescar.

Peel regresó con *Tres Patas* y otro caballo.

—¿Lo ayudo a montar, señor? —me preguntó educadamente.

Lo miré con curiosidad al recordar cómo había permanecido inmutable ante los insultos de Rich.

—Gracias. Al servicio de sir Richard, supongo que habrás presenciado muchos de los preparativos para la invasión.

Enseguida se puso en guardia.

—No escucho, señor. Soy un simple criado, hago mi trabajo y no me meto en lo que no me incumbe.

—Es la manera más segura de vivir —asentí.

Cabalgamos hacia la ciudad bordeando el terreno fangoso de la Gran Ciénaga.

—¿Qué piensas de todo esto? —pregunté.

—Rezo para que mi señor pueda huir si los franceses desembarcan. Pero es un hombre listo.

—De eso no me cabe duda.

No había ni un solo pájaro sobre las aguas quietas de la ciénaga; los disparos los habían ahuyentado. Nos acercamos a las murallas, donde los hombres que trabajaban reforzándolas guardaban las herramientas.

—¿Has estado hoy en Portsmouth con sir Richard?

—No, señor, me he quedado en el campamento. Todos salimos corriendo de las tiendas cuando oímos los gritos que anunciaban la llegada de los franceses, luego regresó el rey a caballo de Portsmouth.

Rodeamos la muralla hasta llegar a la puerta principal. Peel enseñó la carta de Rich al guardia, que nos dejó pasar al instante. A excepción de un grupo de soldados que patrullaba, High Street estaba desierta, con los postigos de todas las tiendas y casas echados. Me pregunté si sus moradores se habrían marchado. En una de ellas gemía un perro. Un carro solitario cargado con medias reses de ternera recién

sacrificadas avanzaba pesadamente por la calle, dejando a su paso un reguero de sangre sobre el polvo.

En Oyster Street, en cambio, el bullicio era el habitual: los soldados y marineros se apretujaban con los jornaleros. Ahora que los franceses se habían retirado, los buques del muelle aprovechaban para cargar provisiones. Nos detuvimos junto a los almacenes. Al otro lado de la dársena de Camber había soldados apostados hasta en la lengua de tierra más allá de la Torre Redonda. Los buques de guerra británicos fondeaban en el estrecho de Solent.

—¿Podremos conseguir una barca? —pregunté preocupado.

—Con la carta no deberíamos tener ningún problema. Espere aquí un momento, por favor. Voy a ocuparme de los caballos.

—¿Tienes la otra carta para el señor West?

—La tengo a buen recaudo —dijo dándole un golpecito a la cartera—. No soy ningún tonto —añadió con voz dolida.

—Claro que no —dije mirando los barcos—, pero date prisa, por favor.

Desmontamos y Peel se llevó los caballos. Vi la inmensa mole del *Great Harry*. El pánico a bordo debió de ser considerable cuando vieron llegar a los franceses. Mis ojos encontraron el *Mary Rose*, donde estaba Emma con la compañía de Leacon. Un grupo de soldados bajó marchando por Oyster Street. Seguramente acababan de llegar de tierra adentro porque no paraban de mirar el mar con los ojos abiertos de par en par.

Entonces oí un grito, miré abajo y vi a Peel debajo de un embarcadero esperándome con un barquero en un bote diminuto.

—Dese prisa, señor —me apremió—. Salgamos antes de que la requisen para cargar pertrechos.



El barquero, un muchacho joven, remaba aprisa y pronto dejamos atrás los pesados barcos cargados de provisiones. Vi a lo lejos los buques franceses, mientras el sol crepuscular teñía de rojo un denso bosque de mástiles. De repente, dispararon un cañón y el trueno resonó sobre las tranquilas aguas. Peel se irguió con los ojos muy abiertos.

—Intentan ponernos nerviosos —dijo el barquero—. ¡Malditos siervos franceses! Están demasiado lejos para darle a nada. —Hizo virar la barca hacia los buques de guerra.

Los más pequeños habían vuelto al puerto, pero quedaban unos cuarenta anclados en dos hileras, con una separación de doscientas yardas entre buque y buque. Se mecían con la marea. Remamos hasta el *Mary Rose*. La vez anterior había subido a bordo en plena noche, pero ahora, a la luz del atardecer, pude apreciar lo bello e inmenso que era: el poderoso casco y los mástiles que se elevaban hacia el cielo, casi

delicados en comparación; la compleja red de jarcias por donde trepaban los marineros; los castillos de proa y popa con franjas y escudos pintados de vivos colores. Las troneras estaban cerradas y las cuerdas que las abrían desde cubierta colgaban lacias. De una barca contigua descargaban lo que parecían cajas de flechas y las subían a la cubierta principal.

—Daré la vuelta hasta el otro lado —decidió el barquero.

Pasamos junto a la proa y los inmensos cabos que aseguraban el doble anclaje, ante nosotros se elevó el palo de trinquete, con la rosa blanca y roja de la Casa Tudor pintada en la base. Al otro lado no había ningún barco cargando provisiones. Nos acercamos al casco. Al igual que la otra vez, alguien anunció «¡Barco a la vista!» y a través de una porta abierta apareció una cara.

—¡Carta de sir Richard Rich para el sobrecargo adjunto West! —gritó Peel.

Al cabo de un instante, tiraron una escalerilla de cuerda por el casco que salpicó cuando el extremo inferior tocó el agua. Peel y yo nos pusimos de pie con cuidado mientras el barquero sujetaba el final de la escalerilla. El criado la miró con inquietud.

—Sube detrás de mí. Es más fácil de lo que parece. Agárrate fuerte e intenta no pensar en el balanceo —le dije a Peel, y añadí dirigiéndome al barquero—: Quizá tenga que esperar un rato.

—De acuerdo, señor. —Se puso de pie y estiró los entumecidos brazos.

Empecé a subir, y Peel detrás de mí.



Como la vez anterior, un marinero me ayudó a entrar por una porta abierta. Esta vez logré descender sobre la cubierta superior con más dignidad. Peel llegó poco después, tembloroso. En cubierta, la actividad era frenética: había soldados y marineros por todas partes. Nos esperaba un joven oficial que llevaba un silbato colgando de la banda lila.

—¿Traen un mensaje de sir Richard Rich para el señor West?

Peel sacó la carta y le mostró el sello al oficial.

—¿Se trata de las provisiones que estamos esperando? —preguntó con brusquedad, dirigiéndose a mí.

—La carta debe ser entregada al señor West en persona. Luego debo hablar con él. No puedo decirle nada más, lo siento —respondí tras un instante de duda.

—Espere aquí con ellos —ordenó el oficial a uno de los marineros, y se alejó hacia el castillo de proa.

Eché una mirada a la cubierta. Había muchos soldados sentados, apoyados contra los cierres de las troneras, entre los cañones, algunos limpiando arcabuces largos. «Se preparan para la batalla», pensé. Los últimos rayos de sol, fragmentados por la sombra de la red, dibujaban una extraña celosía teñida de rojo en la cubierta. Los

marineros llevaban proyectiles con eslingas, y maldecían a los soldados ociosos para que se apartaran, para colocarlos junto a los cañones en armazones triangulares preparados con tablones. Otros cargaban cajas con pertrechos por la pasarela que unía los castillos de popa y proa. Miré hacia el castillo de proa y vi algunos hombres, pero estaban demasiado lejos para distinguir si se trataba de la compañía de Leacon.

Me volví hacia un marinero. Era un hombre bajito y con barba, de unos cuarenta años… viejo entre tantos jóvenes.

—¿Cuántos hombres hay a bordo?

—Cerca de trescientos —contestó en voz baja con acento galés. Me miró con interés—. Disculpe, señor, he oído que trae un mensaje de sir Richard Rich. ¿Van a llevarse a algunos soldados? Creemos que hay demasiados. La mayoría de los oficiales opina lo mismo, pero el rey ha puesto al vicealmirante Carew al mando y no atiende a razones. Es la primera vez que sube a una nave…

—Lo siento, pero no venimos por eso —contesté con amabilidad—. ¿Dónde están los arqueros que han embarcado hoy?

—En los castillos. Pasarán allí la noche. Puede que los franceses lleguen al alba si el viento les es favorable. Señor, la mayoría de los soldados ni siquiera sabe caminar en cubierta. Hace un rato, hubo una ligera brisa y vomitaron por todas partes. El castillo de popa apesta. Solo Dios sabe qué pasará en mar abierto. Señor, si le pudiera hacer llegar un mensaje a sir Richard Rich…

—Me temo que no tengo suficiente influencia.

Miré a Peel, que negó rotundamente con la cabeza. El marinero se alejó de nosotros. Un poco más allá vi entre dos cañones a un pequeño grupo que hablaba en una lengua extranjera, en flamenco, pensé. Uno rezaba el rosario y pasaba nervioso las cuentas con los dedos. Hacía tiempo que no veía una imagen parecida, ya que estaba prohibido por ley desde la época de lord Cromwell. Supuse que en tiempos de guerra los marineros extranjeros tenían ciertas libertades. Desde donde estaba, alcanzaba a oír retazos de conversaciones:

—Hoy he visto un cisne, nadaba entre nuestros buques tranquilamente. Quizá sea un buen augurio. Un pájaro real enviado por Dios…

—Pues ya puestos podría mandar uno lo bastante grande para salir de aquí volando sobre él…

—Si los franceses nos abordan, clavadles la pica en la entrepierna…

—Volverán a mandarnos las galeras al alba, somos un blanco seguro…

Alcé la vista hacia el castillo de proa y la triple cubierta donde estaban los camarotes de los oficiales superiores. Volví a pensar en lo asombroso que era un buque de guerra, cada una de sus partes interconectada en una compleja estructura.

Una fuerte ráfaga de viento hizo que el *Mary Rose* se balanceara. Fue solo un instante, y aunque los marineros no se inmutaron, cerca de mí dos soldados se tambalearon y oí gritos provenientes de los castillos. Algunos marineros rieron, otros miraron con preocupación. Luego vi a West que se acercaba, venía solo del castillo de

proa; los hombres se apartaban para dejarle paso.



West se detuvo frente a nosotros con los brazos pegados al cuerpo, los puños apretados y los ojos hundidos en sus cuencas inyectados en sangre.

—¿Otra vez usted? —dijo sin miramientos.

—De parte de sir Richard Rich, señor —dijo Peel entregando la carta con una reverencia.

West rompió el sello y la leyó, luego me miró, perplejo.

—Dice que viene a llevarse a uno de los arqueros que embarcó esta mañana.

Así que no sabía que Hugh era en realidad una muchacha. Rich no se lo había contado, quizá porque temía que, en todo caso, lo sacaría del barco.

Miré al hombre que le había arruinado la vida a Ellen.

—Así es, señor West. Tiene relación con un trato que os concierne tanto a usted como a Rich.

—Debo hablar con el capitán. Él está al mando de la nave, no sir Richard. No va a ser fácil convencerlo de que permita que se marche un recluta.

—Si revelo lo que sé sobre Hugh Curteys, lo dejará ir.

Miró de nuevo la carta y luego a mí.

—Sir Richard dice que ha llegado a un acuerdo con usted. Sobre la… la otra cuestión.

—Así es, un acuerdo de necesidad.

—Eres el ayuda de cámara de sir Richard, ¿verdad? —preguntó mirando a Peel.

—Sí, señor —respondió Peel bajando la vista.

—Entonces sabrás mantener la boca cerrada. —West habló con calma y miró a los hombres a nuestro alrededor—. Acompáñeme, señor Sharlake, vayamos a un lugar más tranquilo para hablar y decidir la mejor manera de hacer desembarcar a Curteys. —Miró al castillo de proa—. A mi camarote no, que allí no nos dejarán en paz. Estoy esperando que lleguen los víveres, que ya deberían estar aquí. Conozco un lugar.

Echó a andar por la cubierta atestada de hombres hasta una escotilla junto al castillo de popa, cerca del enorme mástil principal, que yo ya conocía. Un grupo de marineros halaba los aparejos al ritmo que marcaba un tambor. Miré el castillo y me pregunté si Leacon oiría aquel sonido que recordaba el sitio de Boulogne. Un marinero se arrodilló para encender con cuidado las velas de los faroles que se alineaban en la cubierta. West cogió uno y bajó por una escalera echándome una mirada helada. Respiré hondo y lo seguí.

Descendimos a la cubierta de artillería. West nos esperó, a Peel y a mí, al pie de la escalera. No había nadie. Volví a mirar la doble fila de cañones delante de las troneras cerradas. Los proyectiles y otros pertrechos estaban cuidadosamente apilados en

bastidores de madera. Había un barril fuertemente atado a la pared con una cruz blanca marcada, pólvora sin duda. Una luz mortecina se filtraba por las escotillas de cubierta, interrumpida por el ir y venir de pies descalzos. Los tablones del suelo habían sido barridos con esmero.

—Está todo listo para mañana —dijo West con tono grave—. Vengan conmigo. Aquí hay una bodega en la que, por la desorganización en tierra, solo queda un barril de tocino podrido.

Por suerte teníamos el farol con el que nos guio hasta la parte de la cubierta de artillería que quedaba justo debajo del castillo de popa. Entre un cañón de hierro y una amplia cámara que ocupaba parte de la cubierta, había una puerta corredera cerrada con candado. West sacó una llave y la abrió. Era una bodega de pequeñas dimensiones, de apenas cinco pies cuadrados, casi vacía, salvo por un barril grande anclado con ganchos a la borda para que no se deslizara con el movimiento del barco. Aunque el recipiente estaba tapado, se filtraba olor a carne podrida.

Una vez dentro, West me miró un instante en silencio. De la cubierta inferior llegaban murmullos, maldiciones y el ruido de cosas que se arrastraban.

—Hace diecinueve años que me ocupo de esa mujer. Rich la habría mandado matar.

—Lo sé.

—La he protegido —hablaba con una repentina agresividad, con voz temblorosa.

—La violó.

—Ella me provocó.

Noté que mi cara reflejaba el asco que sentía.

—He hecho un trato. Su secreto está a salvo.

—Sí —asintió—, de eso no hay duda.

Me miró en silencio y volvió a abrir la puerta corredera. Peel esperaba al otro lado. Parecía otra persona: la mirada sumisa y respetuosa del criado se había transformado en una grotesca sonrisa. Entró en el momento en que West me empujaba. Apenas había espacio para los tres, pero consiguieron ponerme de cara a la pared y sujetarme las manos a la espalda. Mientras Peel sacaba un pañuelo del jubón y me lo metía en la boca entreabierta, casi asfixiándome, West cerró la puerta con el pie. Luego sacó un puñal y me lo acercó a la garganta.

—Un solo movimiento y eres hombre muerto —dijo en un susurro—. Tú, átalo.

Peel sacó un buen trozo de cuerda de la cartera y me ató las manos. En aquel momento comprendí por qué Rich había insistido en que se entregara la carta a West en persona. Mi error había sido pensar que podía llegar a un trato con él. Lo había preparado todo, incluso fingir que Peel era un criado medio tonto.

Me golpearon las piernas y caí, con todo mi peso, de rodillas. Intenté coger aire y, desesperado, miré hacia mis agresores. Peel me observaba con una sonrisa perversa. Recordé al joven Carswell hablar del talento de los actores: sin duda, el criado podría haberle dado lecciones. Un talento que Rich seguro apreciaba. Peel se arrodilló y me

ató las piernas con más cuerda, que también usó para asegurarme la mordaza. Luego me apoyó de espaldas el barril y me ató con dos vueltas de cuerda a la altura de la cintura. Estaba inmovilizado, mudo e indefenso.

West se paró junto a mí con los brazos en jarra. Parecía irritado, como si el engañado fuera él.

—Se lo he dicho —dijo en voz baja y temblorosa—. Hace diecinueve años que protejo a esa mujer. Si le sirve de consuelo, durante todo este tiempo me he sentido muy avergonzado. Sin embargo, he pagado mi deuda y salvado mi honor al servicio de su majestad y no pienso permitir que un mísero abogaducho me lo arrebate en vísperas de una batalla, no le quepa la menor duda. Si muero, ¿cómo afectaría a mi pobre madre la verdad? Seguro que no le importa. En todo caso, Rich ha planificado la mejor forma de desembarazarnos de usted, y me alegrará verlo muerto.

—¿Lo matamos ahora? —preguntó Peel—. Tengo un puñal.

West sacudió la cabeza con impaciencia.

—No, hemos de ser cuidadosos, cuenta con la protección de la reina. Si su cuerpo llega a la orilla tiene que parecer un accidente. Cuando sea de noche lo dejaré inconsciente y lo tiraré por la borda. Solo yo tengo la llave de este candado.

Peel sonrió.

—Ya ve, señor Shardlake, a veces hay accidentes. Los civiles que suben al barco pueden caer por la borda en la oscuridad.

West se mordió el labio.

—Debo irme y hacer que suban esas provisiones a bordo; no hay comida suficiente para esta noche.

Su rostro se tensó al oír pasos al otro lado de la puerta. Salió cerrando a sus espaldas y me quedé a solas con Peel. Reconocí la voz del sobrecargo mayor.

—¿Qué está haciendo aquí? —interrogó a West. Su voz transmitía desconcierto pero no sospecha.

—Comprobando el último barril de tocino. Está podrido.

—Aún no han llegado las provisiones. El cocinero me ha dicho que apenas queda pescado en salazón… ¡Con todos los soldados que van a pasar la noche a bordo! El capitán dice que vaya usted mismo a los almacenes en tierra y traiga las provisiones de inmediato; si no habrá problemas porque no tendremos nada. Coja uno de los botes de remo que se dirigen a tierra.

—¿Tengo que ir yo?

—Se supone que es usted el que hace esas negociaciones. No pierda más tiempo.

Los pasos del sobrecargo mayor se alejaron y la puerta volvió a abrirse.

—¿Lo has oído? —preguntó West.

—Sí. —Peel me dio una patada en la espinilla—. Vas a ser un problema hasta el final, ¿eh?

—Escucha —lo apremió West—. Debes marcharte, pronto empezarán a preguntarse qué hace ese barquero esperando. Me ocuparé de Shardlake más tarde,

ahora tengo que irme. Cuando vuelva esperaré a que todo esté en calma. La tripulación suele dormir a eso de las tres, lo mataré y me desharé del cuerpo por una de las troneras.

West me miró, se lo veía angustiado, me di cuenta de que, al contrario que a Peel, no le hacía ninguna gracia matar a sangre fría. Pero yo sabía que lo haría, tal como había dicho Rich: su honor estaba por encima de todo. Moriría por conservarlo, y también mataría.



Me dejaron en la oscuridad absoluta. Se oían pisadas amortiguadas, el murmullo de voces provenientes del castillo de popa y el silbato de un oficial justo encima. Pensé en que Leacon y sus hombres estarían allí… y Emma. Ahora ya no podría sacarla del barco. Estaba indefenso en el suelo. El hedor del barril era casi insoportable. Sentí una rabia feroz contra West y Rich, y también contra mí mismo. Mi obsesiva insistencia por desvelar la verdad sobre Ellen y Hugh me había llevado a esa situación. ¿Seguiría West protegiendo a Ellen después de lo que había pasado? Para empezar, no tendría ni que haberme ido de Londres.

Oí que alguien se movía en el camarote contiguo, pero no tenía forma de llamar la atención. Intenté golpear el suelo con los pies, pero con cada movimiento sentía un dolor punzante en la espalda y estaba tan fuertemente atado que apenas conseguía hacer ruido. Era imposible que lo oyeran desde el otro lado.

Poco después, vi pequeños puntos de luz que empezaban a parpadear a mi alrededor. Era la luz de los faroles que se filtraba por los diminutos resquicios entre las tablas. Debía de haber oscurecido.

El aire era denso y sofocante, la peste del barril de carne podrida era cada vez peor. En dos ocasiones oí pasos al otro lado de la puerta, pero pasaron de largo sin detenerse. Más tarde oí golpes, bufidos y murmullos, pensé que provenían de la escalera de cámara por la que yo mismo había bajado. Quizá West había conseguido las provisiones y las estaban llevando a la cocina. Oí la voz de un hombre.

—¿Quiere que dejemos algo en la bodega pequeña, señor?

—¡No! ¡A la cocina! —bramó West.

Los ruidos continuaron durante un buen rato; luego cesaron. De repente, la voz irritada de West rompió el silencio.

—¿Qué hacéis aquí vosotros tres?

—Tenemos que vigilar los cañones esta noche, señor, por si el barco se balancea… órdenes del capitán. Hay un barril lleno de pólvora aquí abajo —dijo un muchacho con acento de Devon.

West no contestó. Me lo imaginaba allí fuera, preguntándose cómo librarse de aquellos hombres, matarme y deshacerse del cuerpo. Sentí un gran alivio al oír que sus pasos se alejaban.

Estuve allí sentado durante horas. De vez en cuando intentaba mover el cuerpo para aliviar las punzadas de dolor que me atravesaban, con miedo de que West encontrara la manera de desembarazarse de los marineros que vigilaban la cubierta de artillería. Los puntitos de luz iban y venían, así como los ruidos amortiguados y el ocasional pitido de un silbato que me llegaban desde la cubierta superior. Dudo de que alguien durmiera aquella noche en el *Mary Rose*.

Capítulo 46

A pesar del dolor, a ratos me vencía un sueño del que me sacaban agudas punzadas que me atravesaban los hombros y la espalda. En ocasiones, el ruido de pasos al otro lado de la puerta me sobresaltaba, temía que fuera West que regresaba, pero las pisadas siempre pasaban de largo. Durante una o dos horas un inquietante silencio se apoderó del buque, interrumpido puntualmente por la campana que anunciaba el cambio de guardia. Tenía una sed terrible y la boca tan seca como la mordaza que Peel había embutido en ella.

Volví a adormecerme y tuve un sueño. Entraba en Hampshire a caballo con los soldados. Avanzábamos por senderos rodeados de alta vegetación que creaba una especie de túnel verde a nuestro alrededor. Yo iba al frente de la compañía, junto a Leacon, que de repente se volvió y preguntó: «¿Esa quién es?».

Le seguí la mirada y vi que unos soldados que conocía —Carswell, Llewellyn, Pygeon y Sulyard— llevaban un féretro sobre el que reposaba un cuerpo vestido de blanco. Era Ellen.

Me desperté de golpe. En algún lugar una voz gritaba «¡Daos prisa!». Desde arriba me llegaba el ruido de toques de silbato y pasos que corrían. Aunque no tenía manera de confirmarlo, supe que estaba amaneciendo. Alguien ordenó a todo el mundo que fuera a sus puestos y me di cuenta con alivio de que los artilleros estaban en mi cubierta. Probablemente estarían allí el resto del día, con lo cual evitarían, sin saberlo, que West se ocupara de mí. Su misión en la costa para ocuparse de las provisiones y los marineros apostados junto a los cañones le habían hecho perder la oportunidad de acabar conmigo al final de la noche.

Sonó un silbato y oí un ruido constante que hizo retumbar los tablones de mi prisión, luego un nuevo toque de silbato seguido de una serie de traqueteos. Supuse que habían abierto las troneras y movido los cañones adelante y atrás. ¿Una maniobra? Seguramente, pues se repitió dos o tres veces. Por el ruido parecía que la actividad era frenética en todo el buque. Intenté descifrar lo que decían los hombres, pero solo capté palabras sueltas.

Era imposible calcular el paso del tiempo. El aire de la bodega, que se había enfriado durante la noche, volvía a ser sofocante, y el hedor de la carne podrida era aún peor. Al cabo de un rato oí cañonazos a lo lejos; imposible saber si provenían de nuestra flota o de las galeras francesas. En un momento dado me llegaron vítores de las cubiertas superiores y alcancé a oír con claridad el grito de «¡Galera tocada!». Siguieron más cañonazos, a veces cercanos; otras, a lo lejos. Tras un disparo, sentí una reverberación amortiguada en la cubierta que tenía debajo y oí que alguien gritaba: «¿Nos han dado?» y, a continuación, pasos apresurados de hombres que corrían escaleras abajo, hacia las cubiertas inferiores. Me pareció oír que alguien

ordenaba: «¡Bombead!». Sentí pánico y se me aceleró el corazón ante la mera idea de estar encerrado en aquella diminuta bodega, en un barco alcanzado por un cañonazo, pero no pasó nada más. Tuve náuseas y, a pesar del dolor que me daba moverme, incliné la cabeza tanto como pude porque si llegaba a vomitar con la mordaza puesta me ahogaría. En aquel momento alguien llamó a la puerta con cierta vacilación y luego oí una voz:

—¿Matthew? —Era Leacon.

Una oleada de alivio me recorrió el cuerpo. Intenté moverme, el dolor era intenso, pero me aterraba que Leacon se marchara. Por fin conseguí arañar el suelo con los talones atados.

—¿Matthew? —repitió.

Me había oído. Volví a hacer ruido con los talones. Hubo un momento de silencio y un crujido mientras Leacon empujaba la puerta con el hombro.

—¡Eh! —gritó alguien.

—¡Hay un hombre aquí encerrado!

Un instante después, con un fuerte crujido, el hombro de Leacon atravesó la puerta y la endeble estructura se partió dejando pasar un chorro de luz cegadora que me abrasó los ojos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué está haciendo? —volvió a chillar la voz de antes.

Leacon me miraba con cara de incredulidad desde la brecha.

—¡Aquí dentro hay un civil! —respondió.

Volvió a abalanzarse contra la puerta, agrandando la abertura para poder entrar. El oficial que había gritado se acercó y me miró, boquiabierto.

—Pero ¿qué demonios…? ¿Lo conoce?

—Sí, es un amigo.

—¡Santo Dios! ¿Quién coño lo ha atado ahí dentro? ¡Solucione esto y sáquelo de la cubierta de artillería! —gritó irritado.

Leacon entró en la bodega, cortó las cuerdas con un cuchillo y retiró la mordaza. Me tumbé de espaldas y dejé escapar un gemido mientras tomaba aire, incapaz de moverme.

—¡Dios mío! ¿Quién le ha hecho esto?

Leacon parecía cansado, tenía la cara sucia y bañada en sudor, llevaba yelmo, una pelliza enguatada y su espada de oficial.

—Philip West —dije con voz ronca—. He descubierto… algo de su pasado.

—¿Ha subido a bordo para enfrentarse a él? —preguntó Leacon incrédulo.

—Sí, ¿qué hora es?

—Acaban de dar las tres.

—Dios mío, llevo aquí desde anoche. ¿Qué está pasando? He oído cañonazos.

—Los franceses han hecho avanzar otra vez cinco galeras, pero nuestra artillería las mantiene a raya. Hemos alcanzado a una que ha tenido que volver escorada con el resto de la flota. De momento no hay viento, ni nuestros buques ni los suyos pueden

moverse. Los franceses han desembarcado con algunas galeras en la isla de Wight, se ven columnas de humo. Mejor. Si las hubieran mandado contra nosotros estaríamos en un aprieto aún peor. Si sopla viento cuando la marea sea favorable, navegaremos hacia ellos.

—¿Qué pasa ahí fuera? Oí que los cañones se movían, pero no hay disparos.

—Los artilleros pasan el rato practicando. La espera se hace muy larga.

—Oí que alguien gritaba que bombearan. Creí que nos habían dado.

—Algunos hombres bajaron a mirar, pero no creen que sea nada serio.

Suspiré con alivio.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Unos marineros comentaban que anoche embarcó un abogado que descendió a la cubierta de artillería con West y que la barca se había marchado sin él. Decían que seguía en el barco, que no había vuelto a subir. Decían que… —Se calló de pronto.

—Me lo imagino. Que los jorobados traen mala suerte. Bueno, al menos esta vez la superstición me ha salvado la vida.

—Los interrogué y estaban convencidos de que estaba aquí, así que bajé a mirar. Empecé por cruzar la cubierta de artillería, me encontré con esta puerta cerrada y lo encontré.

—¿Dónde está West?

—A bordo, en alguna parte. Anoche fue a tierra en busca de provisiones, pero la mitad de la cerveza que trajo está en malas condiciones. Mis hombres están muertos de sed. Probablemente esté en el castillo de proa con el sobrecargo mayor. Le he dicho a sir Franklin que iba abajo a enterarme de qué pasaba con la cerveza.

—Gracias, muchísimas gracias. Me ha salvado la vida. ¿Cómo están sus hombres?

—Hambrientos y cansados. Más de la mitad está en el castillo de popa, incluida la sección que conoce. Yo estoy con ellos. Otros están en las cubiertas del castillo de proa. Son muchachos resueltos, lucharán y morirán llegado el momento. —Su voz estaba cargada de orgullo y dolor—. Debo volver con ellos. ¿Lo ayudo a levantarse?

Me obligué a ponerme de pie intentando no pensar en el dolor.

—¡Santo Dios! —estalló Leacon—. West debe de estar loco para dejarlo de esta manera.

—Pensaba encargarse de mí anoche, pero para cuando volvió con las provisiones había tres hombres de guardia junto a los cañones. Richard Rich y él lo planearon todo ayer. Pensé que había hecho un trato con Rich. ¡Dios, qué tonto he sido!

—West tiene fama de ser un oficial justo y trabajador. —Negó tristemente con la cabeza y me miró con reprobación—. Debería usted haberme dicho que era peligroso.

—Hasta ayer no supe lo peligroso que podía ser. Además, Barak me dijo que yo lo estaba utilizando a usted y tenía razón.

—¿Dónde está Jack?

—Camino de Londres. —Tomé aire—. George, hay algo más que debe saber,

aunque le costará creerlo, algo que Rich ha usado para hacerme subir a bordo y la razón por la que su compañía ha sido destinada al *Mary Rose*. Ayer aceptó usted a un nuevo recluta: Hugh Curteys.

—Sí —contestó a la defensiva—. Llegó por la tarde, quería alistarse y lo dejé. Lo recordaba de aquella vez y sabía que era un buen tirador. Dijo que su tutor le había dado permiso.

—¿Y le creyó? —pregunté con tono de sorna.

—Faltan efectivos en todas las compañías. Si yo lo hubiera rechazado, en otra lo habrían aceptado.

—George, Hugh Curteys no es quien dice ser. Ni siquiera es un muchacho. Es una chica, la hermana de Hugh. Se ha hecho pasar por él durante años.

—¿Qué? —dijo con una sonrisa irónica.

—El miserable de Hobbey la ha obligado a simular ser un varón para obtener beneficios. Lo ha admitido. George, por favor, lléveme al castillo de popa y se lo demostraré.

—¿Cree que puede caminar?

—Sí, si me ayuda, por favor.

—¿Se da cuenta de que debería salir de este barco ahora mismo? Hay unas pocas barcas que van y vienen entre barcos y a tierra firme con mensajes —dijo mirándome a los ojos.

—Debo llevarme a Emma Curteys conmigo. He llegado hasta aquí a pesar de todas las trampas que me han tendido mis enemigos.

Leacon echó un vistazo a la pequeña bodega y meneó la cabeza.

—Vamos.

—Gracias de nuevo, George.

Al alejarme, mi toga se enganchó en una madera astillada. Me la quité y la dejé allí, mugrienta y cubierta de polvo, luego me desprendí de la toca. Salí de la bodega en mangas de camisa y seguí a Leacon. En ese momento oí cañonazos. No parecían estar muy lejos.



Fuera, grupos de artillería compuestos por media docena de hombres estaban preparados junto a los cañones, iban en camisa o con el torso desnudo. Las troneras estaban abiertas. El aire era sofocante y apestaba a cuerpos sucios. Cada artillero tenía un lugar asignado: uno sujetaba una larga cuchara de cobre; otro un atacador y una mecha ardiendo, lista para encender la pólvora; un tercero tenía una bala de hierro a sus pies, preparada para cargar. Detrás de cada pieza, un cabo de cañón esperaba recibir órdenes de un oficial vestido con jubón y calzas, espada al cinto y silbato al cuello, que paseaba entre las filas de cañones. Los hombres nos miraban con cara de cansancio. El oficial dio un paso al frente y me fulminó con la mirada.

—¿Quién demonios es usted? ¿Quién lo ha encerrado allí?

—El sobrecargo adjunto West. Él…

Sonó un fuerte silbato en lo alto de la escalera. El oficial extendió la mano para que nos quedáramos quietos.

—¡Apartaos! ¡No os mováis!

El silbato era una señal. El oficial hizo sonar su propio silbato y observé otro ejercicio de carga: los grupos se pusieron coordinadamente en marcha, con movimientos rápidos y diestros. Los cañones de hierro se cargaban por la parte posterior y los de bronce, desplazados hacia atrás, por unas cámaras en la parte delantera que se cebaban con pólvora, luego volvían a colocarse en posición tensando las cuerdas que los sujetaban a la borda. El movimiento hizo temblar la cubierta. Cada artillero acercaba la mecha a un agujero de la parte posterior de su cañón, en la que otro hombre ya había simulado verter pólvora de un recipiente. Luego todos se quedaron quietos y esperaron medio minuto, inmóviles como en un retablo, hasta que volvió a sonar un silbato. Las armas se retiraron en batería y se extrajeron las balas. Todos volvieron a la posición inicial.

—No ha estado mal. ¡Los recibiremos con una salva de cañones! —El oficial inclinó la cabeza hacia nosotros—. Fuera de aquí. ¡Rápido!

Pasamos entre los grupos de artilleros. Recuerdo que un hombre que sujetaba un atacador me miró fijamente. Iba con el pecho desnudo, cubierto de cicatrices, era bajo y musculoso, con una espesa barba que le cubría parte del rostro cuadrado. Me miró como si fuera algo de otro mundo, una aparición.

—¿Podrá subir? —me preguntó amablemente Leacon a los pies de la escalera.

—Después de todo lo que he pasado para llegar aquí, no lo dude.

Subí tras él. Un dolor agudo me atravesaba la espalda a cada paso. Me mareé al sentir el aire fresco y salado que llegaba de cubierta. Al final, Leacon me ayudó a salir por la escotilla. A través de las robustas redes de protección, vi los mástiles que se elevaban hacia el cielo azul de otro caluroso día de julio. Las velas aún estaban plegadas, pero los marineros esperaban en cubierta y en los palos, listos por si llegaba la orden de desplegar. Había más hombres que nunca, todos en posición de combate. Al igual que en la cubierta de artillería, los hombres estaban apostados junto a los cañones. La mitad de las portillas estaban abiertas y me ofreció una panorámica del *Great Harry* y los demás buques de guerra por un lado, y la isla de Wight por el otro, donde, a los lejos, se veían columnas de humo que se elevaban de grandes hogueras.

Recorrí la cubierta con la mirada. Había arqueros frente a algunas portillas abiertas. Un grupo de unos cincuenta piqueros también estaba listo para atacar si se producía un abordaje. Sus picas, de más de nueve pies, sobresalían de la red de protección. Un oficial con un silbato miraba las cofas de los vigías en el palo mayor; eran los que tenían la mejor vista de lo que sucedía.

Cerca de nosotros, al otro lado de la cubierta, tres oficiales discutían. Reconocí al sobrecargo mayor y a un demacrado Philip West que hablaban con el tercer hombre,

un individuo alto, de unos cuarenta años, elegantemente vestido con espada y pomo perfumado a la cintura. Llevaba también un enorme silbato en una cadena de oro y examinaba lo que parecía un pequeño reloj de sol. Cuando West terminó de hablar levantó la vista.

—Pues si la cerveza está mala —dijo con impaciencia— tendrán que arreglarse sin ella.

—Los hombres están sedientos y empiezan a quejarse… —replicó el sobrecargo mayor.

—¡Entonces que beban la que hay!

—No la quieren, sir George —se impacientó West—. Está en mal estado.

—¡No me hable así, cretino! —gritó sir George Carew—. ¡Por el amor de Dios, espero que los hombres se comporten! ¡El rey vigila desde el castillo de South Sea y tendrá el ojo puesto en esta nave!

West volvió la cabeza y me vio. Se quedó boquiabierto, atónito y espantado a la vez. Lo fulminé con la mirada; allí no podía tocarme. Leacon también lo miró enfadado y me dijo:

—Vamos arriba.

Subimos por el espacio de debajo del castillo de popa, junto al palo mayor, hasta la primera cubierta del castillo, donde arcabuceros y mosqueteros con yelmos esperaban apoyados a un lado del castillo. Allí las portillas no tenían cierre, eran simples troneras a nivel de los ojos para que los soldados sacaran por allí las armas. Una amplia entrada abierta, por la que se accedía a la pasarela que unía ambos castillos por encima de la red de protección, me ofreció una vista despejada. Dos marineros en camisa a cuadros miraban desde allí a dos soldados que llevaban una caja larga desde el castillo de proa. A ambos lados de la entrada estaban ubicados los dos cañones largos que había visto en mi primera visita, desde la cubierta principal, apuntados al exterior por una abertura en la red de protección y atendidos por sendos equipos de artilleros. Eran cañones de bronce, bellamente decorados. Al mirar atrás, vi a los arcabuceros con los pies separados y sus armas apuntando al mar. Si un buque francés se cruzaba con el *Mary Rose* lo recibirían con una lluvia de metralla y piedras.

—Más flechas —anunciaron los soldados que cargaban la caja.

—Ponedlas aquí.

Los marineros cogieron la caja y la subieron con agilidad por la escalera, para volver a bajar y retomar su posición junto a la entrada. Leacon y yo continuamos hasta la cubierta superior, donde nos recibió la luz del día, debajo de otra red de protección fijada a la estructura de madera que rodeaba la cubierta. Esta cubierta estaba igual de abarrotada que la principal, pero era mucho más larga. La mitad de la compañía de Leacon estaba allí apostada: unos veinte hombres de pie ante las portillas abiertas; y otros en segunda fila, listos para sustituir a los que cayeran. Snodin iba de un lado a otro de la cubierta, con gesto preocupado en su cara

regordeta. Se asombró al verme. Como los hombres de la cubierta inferior, la mayoría iba con yelmo y pelliza de algodón. Pygeon, a escasa distancia, llevaba la brigantina roja que le había ganado a Sulyard. Los hombres sujetaban los arcos encordados hacia arriba, en un ángulo que impidiera que el extremo tocara la red de protección de encima. Llevaban la aljaba con flechas colgada de la cintura y muñequera puesta. La caja de flechas estaba abierta en el centro de la cubierta. Intercalados entre los arqueros, había algunos mosqueteros, con el cañón de sus delgadas armas de seis pies de largo apoyado en la barandilla, encima de las portillas. Los mosquetes estaban en reposo, con el seguro puesto y el otro extremo descansando sobre las tablas de la cubierta. En la otra punta, bajo una enorme bandera de San Jorge, sir Franklin Giffard miraba a sus hombres con expresión severa y decidida. A través de una portilla sin cierre vi el mar, cuarenta pies más abajo. Tragué, aparté la vista y miré atras.

Desde allí, por las portillas abiertas en la parte trasera del castillo de popa, no solo vi nuestros barcos y la flota francesa a lo lejos, aparentemente en la misma posición que la noche anterior, sino también, a poco más de un kilómetro y medio de distancia, las galeras enemigas. Cuatro de esas enormes y elegantes naves estaban frente a nosotros. Formaban una especie de rueda de cuatro ejes con las popas en el centro, de manera que podían girar despacio sobre la reluciente superficie del agua y apuntarnos sucesivamente con sus cañones de proa. Alcancé a ver los remos brillando al sol y las siluetas oscuras de los cañones dobles. Algunas galeazas nuestras, penosamente pequeñas en comparación con aquellas moles, las encaraban. Mientras las contemplaba, una nube de humo se elevó de una de las galeras que acababa de disparar, pero muy por debajo de la línea de flotación, a una de nuestras naves. El cañonazo recorrió la superficie del agua.

Me volví y miré las hileras de arqueros. Vi que Carswell y Llewellyn estaban en troneras contiguas, y a otras caras conocidas, todas brillantes de sudor.

Resultaba difícil distinguir a Emma entre los arqueros, pero al final la encontré cerca de la popa. Vestía yelmo, pelliza y llevaba el hermoso arco con los remates de cuerno que había visto en Hoyland. Cuando me vio, se ruborizó de ira y se llevó la mano al cuello de forma instintiva. Leacon la miró y sus ojos se encontraron. Durante un instante la cara picada de viruelas flaqueó, pero enseguida recobró su habitual determinación.

Sir Franklin nos había visto. Avanzó entre las filas de hombres, con la mano en la empuñadura de la espada y el ceño fruncido. Era evidente que estaba sorprendido por mi reaparición, esta vez a bordo del mismísimo *Mary Rose*. Leacon y yo fuimos a su encuentro. De repente se levantó una racha de viento y me alborotó el cabello. El barco escoró ligeramente y varios arqueros y artilleros se tambalearon. Leacon se acercó a sir Franklin y le cuchicheó algo al oído. Desde la cubierta inferior se oían toques de silbato y gritos.

Sir Franklin se irguió de repente y nos miró a Leacon y a mí.

—¿Qué? —soltó con una carcajada.

—Es fácil de averiguar, señor —dijo Leacon.

Sir Franklin miró a Emma y asintió. Leacon y él subieron a la cubierta donde estaba la muchacha y los seguí.

—¿Es verdad lo que el abogado Shardlake acaba de contarme sobre ti? —le preguntó Leacon sin miramientos.

—No sé a qué se refiere, capitán —contestó Emma sin perder la calma tras un instante de vacilación.

Vi la duda en el semblante de Leacon. Con el uniforme, el disfraz de Emma resultaba muy convincente.

—Si no hay más remedio, descubriré la verdad aquí y ahora, delante de todos —insistió Leacon en voz baja.

—No hay nada que descubrir, capitán.

No pude menos que admirar el coraje que demostraba al mentir. Leacon respiró hondo, luego le quitó el yelmo y se quedó mirando el pelo castaño, muy corto, y el rostro de la joven.

—Quítese la pelliza, soldado.

Se oyeron murmullos entre la tropa. Los hombres mantenían su posición, pero la mayoría había vuelto la cabeza para mirar. Lentamente, Emma se quitó la aljaba, luego dejó caer la pelliza al suelo. Se quedó así, erguida, con la camisa blanca henchida por el viento. Leacon agarró la camisa por el cuello y la desgarró. La piedra del corazón colgaba del cuello de la muchacha, dentro de la bolsita de cuero, sobre una venda de lino blanco. El lino estaba muy apretado alrededor del torso, pero por encima de la tela sobresalía ligeramente el nacimiento de sus pechos. Temí que Leacon la forzara a quitarse la venda, pero no le hizo falta, había visto suficiente. Los hombres murmuraron excitados.

—¿Es una venda? ¿Está herido?

—Joder… me parece que es una mujer.

—¡Silencio! —gritó sir Franklin.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has puesto a mi compañía en ridículo? —le preguntó Leacon sin perder la calma.

—Quería combatir, señor. Usted mismo ha visto lo bien que uso el arco —contestó Emma con los brazos cruzados.

Sir Franklin se acercó a ella. Levantó la mano y pensé que la iba a abofetear, pero se volvió hacia Leacon y le preguntó con voz trémula de rabia.

—¿Podemos sacarla del buque?

—Quizá. Si hay alguna barca.

—Busque una y sáquela de mi vista. Llévesela abajo o a donde sea.

Miró a los soldados boquiabiertos. Emma tenía la vista clavada en mí y los brazos cruzados sobre los pechos; sus ojos estaban llenos de ira y dolor.

El *Mary Rose* se balanceó con violencia. Algunos hombres volvieron a tambalearse, se agarraron a las barandas o a la red de protección. Durante todo el

tiempo yo había oído más toques de silbato y gritos de órdenes procedentes de la cubierta inferior y, en aquel momento, llegaba de la popa ruido de cadenas: estaban levando anclas. Me volví y vi las enormes velas blancas henchidas en el bauprés y el palo mayor que crujían y susurraban al viento. A la izquierda, el *Great Harry* también desplegaba velas, y luego los otros barcos. El *Mary Rose* se balanceó una vez más y luego empezó a avanzar despacio hacia las galeras. La batalla había comenzado.

Capítulo 47

Varios toques de silbato breves y ensordecedores sonaron al pie de la escalera.

—¡A vuestras posiciones! —gritó sir Franklin.

Leacon nos miró con tristeza a Emma y a mí.

—¡Bajen y quédense debajo del castillo de popa! —gritó, y se alejó hacia sus hombres.

La mayoría seguía mirando en nuestra dirección, pero con la atención puesta más allá del castillo de proa y la vela desplegada: en las galeras que teníamos delante. Cuando izaron la latina en la parte posterior del buque, la lona crujió y la vela se hinchó. Aunque casi no se notaba el movimiento, apenas un ligero cabeceo de la nave, el *Mary Rose* se acercaba veloz a las galeras. Volví a mirar a los soldados. Carswell, a pesar del miedo en sus ojos, me sonrió y se encogió de hombros, como diciendo «ahora estamos todos en el mismo barco, usted también». Pygeon, sudando en su brigantina, se santiguó. Leacon estaba en el centro del castillo, junto a Snodin, cerca de donde Emma había dejado caer su pelliza.

—Tranquilos, muchachos —dijo Snodin en un tono amable y comprensivo que nunca le había oído usar.

La cubierta se movió y estuve a punto de caerme.

—¡Quitaos los zapatos! ¡Y salid de enmedio! —nos gritó un marinero apostado bajo las redes de protección de un mastelero cercano.

Me descalcé y corrí hacia la escalera. Emma vaciló durante un instante pero al fin me siguió. Cuando llegamos a la escotilla miré atrás: el *Mary Rose* avanzaba al frente de la flota inglesa, lo seguía el *Great Harry* y después el resto de las naves. A través de la portilla abierta de uno de los arqueros alcancé a ver el castillo de South Sea a lo lejos. Miré hacia el mar, la espuma de las olas rompía contra el casco conforme el *Mary Rose* surcaba las aguas. Sentí un nudo en el estómago.

Empecé a bajar por la escalera y me volví para mirar a Emma, que otra vez se debatía entre seguirme o quedarse. Volvió a dudar y luego, con mirada furiosa, me siguió.

Descendí despacio, intentando no hacer caso del dolor que me atravesaba los brazos y los hombros. En la cubierta inferior, los arcabuceros permanecían con las piernas separadas y la mirada clavada en las portillas, y, a ambos lados de la escalera, los equipos de artilleros se mantenían en sus puestos, junto a los cañones largos. Por la puerta que daba a la pasarela vi que nos acercábamos deprisa a las galeras enemigas. Los dos marineros seguían en sus puestos, con la vista al frente. Acto seguido, el *Mary Rose* empezó a virar. La nave se inclinó a babor, caí de la escalera y lancé un grito de dolor al golpearme el hombro contra la cubierta. Los marineros se volvieron un instante para mirar. El buque siguió inclinándose, luego se adrizó.

Intenté ponerme en pie, pero el dolor me atravesó el brazo. Por fin conseguí levantarme. Emma me miraba sin saber qué hacer.

—No puedo bajar por la escalerilla.

—Nos han dicho que nos quedáramos debajo del castillo.

—Siga usted, yo no puedo.

Por primera vez parecía indecisa e insegura, pero bajó y se quedó a mi lado. El buque seguía virando; algunos arcabuceros se agarraban a las troneras con una mano. Miré adelante y me di cuenta de que el *Mary Rose* pretendía hacer frente a las galeras por el lado, para atacar con los cañones. Sentí náuseas y tuve que sentarme en el suelo. Emma miraba su camisa rasgada y el balanceo de la piedra del corazón. Aún me costaba creer que no fuera un chico. Se cubrió como pudo con la camisa y se sentó a mi lado.

—¿Tiene miedo, señor Shardlake? —preguntó con frialdad.

—Leacon tiene razón: todos deberíamos tener miedo a la muerte.

—Mejor morir luchando que en la horca —rio con amargura.

Su voz parecía más aguda; otra de las cosas que había estado controlando todos estos años.

—David no ha muerto; solo está malherido.

—No quería matarlo —respondió bajando la cabeza—. Pensé en matarlos a usted y a Barak, pero no pude —dijo en voz baja.

—Lo sé.

Se quedó en silencio, cabizbaja. Miré al frente. Las cuatro galeras estaban muy cerca, sus flancos con los dorados escudos de Francia centelleaban. También estaban tomando posición, en formación de a cuatro, para hacer frente al *Mary Rose* con sus cañones.

—Va a empezar —dije con el corazón en un puño.

—Pues que empiece —contestó sin levantar la vista.

—Si salimos de esta, Hobbey me entregará su tutela. Entonces podrá decidir qué quiere ser.

—Si sobrevivimos encontraré otra compañía, tal vez para luchar contra los escoceses —dijo con determinación, mirando al frente.

—Lo he arriesgado todo para salvarla.

—¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho? Yo nunca he querido…

—Para darle una oportunidad, la posibilidad de escoger…

El tronar de un cañonazo me silenció. Una espesa humareda salía de una de las galeras que teníamos delante. Todo quedó sumido durante unos veinte segundos en un extraño silencio hasta que uno de los marineros exclamó:

—Por poco.

De la cubierta inferior llegó la orden de «¡Fuego!», seguida del mayor estrépito que jamás hubiera oído; todos los cañones de estribor habían disparado a las galeras, uno tras otro, como una salva de truenos ensordecedores. Sentí que el estallido me

subía por las piernas haciendo temblar cada uno de los huesos y noté una enorme presión en los oídos. Las cubiertas temblaron y crujieron. Me volví hacia Emma: tenía la cabeza alta, los ojos brillantes de excitación.

Una vez disipado el humo, vi que las galeras estaban intactas. El *Mary Rose* empezó a virar rápidamente hacia el puerto cada vez más escorado. Entonces oí el crujido de las velas y sentí una súbita ráfaga de viento atravesar la entrada.

—Vamos demasiado rápido —dijo uno de los marineros.

El buque comenzó a escorarse hacia estribor, pensé que sería como la maniobra anterior y se volvería a enderezar, pero cada vez se inclinaba más y más. Los soldados del lado de babor, cada vez más arriba cuanto más se escoraba la nave, iban cogidos de las troneras, mientras sus armas resbalaban por las cubiertas y se entrechocaban. Vi que un hombre caía desde el mastelero sobre la red de protección y los cañones giratorios de la barandilla de la cubierta superior se precipitaban al mar. Se oían golpes y gritos mientras hombres y pertrechos se deslizaban y caían de la cubierta principal. Todo duró pocos segundos, pero el tiempo parece dilatarse en mi memoria y me muestra cada detalle terrible. Los soldados de nuestra cubierta empezaron a rodar y chocar contra el costado de estribor. El largo cañón que se encontraba a babor también se había soltado de su base y se deslizaba.

—¡Salgamos de aquí! —le gritó el marinero que estaba junto a nosotros a su compañero.

Se pusieron a cuatro patas y avanzaron a gatas por la pasarela que había encima de la red de protección, agarrándose a los lados ya que la inclinación de la nave hacía imposible caminar de pie. Debajo de la red los hombres chillaban y alzaban las manos a través de las mallas.

—¡Vamos! —le grité a Emma, y seguí el ejemplo de los marineros, apretando los dientes por el dolor.

Durante un instante creí que no me seguiría, pero pronto la oí arrastrarse detrás de mí y llegamos a la pasarela. Los hombres intentaban desesperadamente cortar con sus navajas la robusta red. Una mano me agarró del brazo.

—¡Ayúdanos! —gritó alguien con voz frenética.

En ese momento, una ola cayó sobre nosotros, sentí su súbito golpe frío que me arrastraba hacia el mar. Durante los segundos que mantuve la cabeza fuera del agua vi a montones de soldados caer del castillo de popa por las portas abiertas o rotas. Pygeon cayó como una piedra, con su brigantina roja y los ojos desorbitados de terror. Lo siguió el cuerpo rollizo de Snodin con los brazos girando como aspas y la boca abierta en un grito. Los cuerpos golpeaban el agua y luego desaparecían; el peso de la ropa y los yelmos los hundían hacia el fondo del mar de inmediato. Todos aquellos hombres, tantos… Y de los cientos atrapados bajo las redes de protección y en las cubiertas inferiores llegaban espeluznantes gritos. Entonces las aguas heladas me cubrieron la cabeza y pensé, ya está, el fin que tanto temía, voy a morir ahogado. Y de pronto el dolor desapareció.



Tras unos instantes de terror absoluto, sentí cómo el mar me devolvía a la superficie, y mi cabeza emergió del agua. Tomé una ávida bocanada de aire y empecé a patalear desesperadamente. La fuerza del agua me había despedido a cierta distancia del *Mary Rose*. La inmensa nave había volcado y se hundía con rapidez. La vela del trinquete flotaba en la superficie, y el trinquete y el palo mayor, casi horizontales, colgaban sobre la espuma del mar. Unas pequeñas manchas marrones trepaban por los mástiles; me di cuenta de que eran ratas. Increíblemente, dos hombres habían sobrevivido en la cofa del palo mayor: colgaban de él y daba pena verlos pedir auxilio… El mástil majestuoso que me había obligado a estirar el cuello para mirar arriba estaba ahora casi sobre las olas. Los gritos desesperados de los soldados y marineros atrapados bajo las redes habían cesado. Miré aterrado a mi alrededor: había una veintena de hombres como yo, que pataleaban y gritaban en el agua; algunos cuerpos flotaban boca abajo. Las ratas también nadaban desesperadas. Una gran burbuja de aire reventó a pocos pies de mí. El barco se hundió un poco más aún y desapareció de la superficie del agua.

Sentí que una fuerza tiraba de mí hacia abajo, quizás era el navío que se acomodaba en el lecho marino a cincuenta pies de profundidad. Mientras me hundía, vi, entre miles de pequeñas burbujas, la forma difusa del castillo de proa como si se separara del resto del casco. Cerré los ojos ante tanto horror y me pareció ver la cara del hombre al que había ahogado mirándome con pena.

Entonces dejé de sentir el tirón y empecé a patalear con todas mis fuerzas hacia la superficie. Al salir tomé una desesperada bocanada de aire. Cerca de allí, el *Great Harry* avanzaba hacia las galeras francesas. Después de lo que le había sucedido al *Mary Rose* no atacaría de costado. Una de las galeras disparó y el *Great Harry* respondió con el rugido de un cañón de proa. El humo cubría la superficie del agua. Desesperado, intenté alcanzar algo que flotaba cerca de mí. Era un arco, demasiado liviano para aguantar mi peso. Tenía mucho frío y estaba mareado. Volví a hundirme y recordé haber oído que cuando uno se ahogaba, la tercera vez que se hundía era la última.

Justo en aquel momento, una mano me agarró del brazo y tiró de mí. Contemplé estupefacto a Emma. Estaba sujeta a algo, a una madera ancha y circular con un pequeño palo, pintada con pétalos rojos y blancos: el emblema de proa del *Mary Rose*, al que yo también intenté cogerme. No era lo bastante grande para sostenernos a los dos, pero si pataleábamos conseguíamos mantener la cabeza fuera del agua. Volvía a dolerme el hombro por el esfuerzo de mantenerme agarrado a la tabla y me empezaron a castañetear los dientes de frío; ni siquiera con el emblema lograríamos sobrevivir mucho más tiempo. Aún se oían los gritos débiles de los pocos que quedaban con vida.

Vi que las galeras francesas rompían formación y se retiraban con la fuerza de sus

remos para reunirse con el resto de su flota. Ahora estábamos mucho más cerca de los barcos enemigos; incluso lograba distinguir cada uno sus buques de guerra. Había montones de navíos pintados de negro, amarillo y verde, y formaban una larga hilera en columnas de tres. Al frente de uno de ellos ondeaba una inmensa bandera papal: las llaves de San Pedro. Miré a Emma, que al otro lado de palo parecía desesperada, enloquecida.

—¿Dónde están todos? —preguntó—. ¿Los soldados? ¿Los hombres?

—Muertos —conseguí farfullar—. Ahogados.

Miré a donde había estado el *Mary Rose*; no quedaba ni rastro de él, salvo los dos mástiles que apenas sobresalían del agua en un mar todavía burbujeante y unos pocos hombres que seguían cogidos a la cofa y al trinquete.

Oí un grito y, al volverme, me topé con una barca de remos de uno de los barcos ingleses que venía hacia nosotros, seguida de otras que acudían a rescatar del agua a los supervivientes. Por fin llegó hasta nosotros y unas manos nos sacaron del agua. Emma cayó primero en el fondo del bote y a mí me tiraron sobre ella como a un pescado recién sacado. Miré a mi alrededor y me encontré con la cara horrorizada de un marinero.

—El *Mary Rose* se ha hundido —dijo.

Capítulo 48

Me desperté en medio de una semioscuridad. Me di cuenta de que estaba en tierra firme; el suelo no se movía. Nunca en mi vida había tenido tanta sed. La sensación me subía desde lo más profundo del pecho y me llegaba a la nariz. Tragué, pero solo noté el gusto de la sal. Me apoyé penosamente sobre los codos, tenía la espalda agarrotada y dolorida. Estaba en una habitación alargada, de techo bajo, con pequeñas ventanas en lo alto de las paredes: era de noche. Yacía sobre unos sacos ásperos en el suelo de tierra, tapado con una manta maloliente. Había otros hombres tumbados formando hileras a lo largo de las paredes. Alguien se quejaba. Dos individuos con velas se movían entre los cuerpos. Intenté llamarlos, pero de mi garganta solo salió un gemido. Uno de ellos se acercó con una notable cojera y se paró frente mí. Era de mediana edad y tenía el rostro surcado por profundas arrugas.

—Agua, por favor —conseguí articular con voz ronca.

Se arrodilló junto a mí y acercó una bota a mis labios.

—Despacio, amigo —dijo mientras un maravilloso hilo de cerveza bajaba por mi garganta—, no trague de golpe.

Me eché atrás para tomar aire.

—¿Dónde estamos?

—En uno de los almacenes de Oyster Street. Trajeron aquí a todos los supervivientes. Me llamo Edwin, trabajo de estibador en el muelle.

—¿Cuántos…? ¿Cuántos se han salvado? —pregunté con voz ronca.

—Del agua han sacado a treinta y cinco con vida. Trajeron aquí a los que estaban peor, a quince. Uno ha muerto, Dios lo tenga en su gloria.

—¿Treinta y cinco de…? —respiré.

—De quinientos. El resto descansa en el fondo del estrecho de Solent. —Ese rostro curtido, castigado por el sol, era pura tristeza—. Conocía a algunos de ellos. Fui marinero hasta que me partí la pierna hace cinco años.

—¿Ha sobrevivido algún soldado?

—Dos o tres que estaban en la cofa consiguieron mantenerse agarrados al mástil. Ni uno más. Con el peso de la ropa…

—Se ahogaron. Lo vi, también oí cómo gritaban los hombres atrapados debajo de las redes. —Me escocieron los ojos, pero en mi cuerpo no quedaba ni una gota de agua para derramar una lágrima.

—Tome —dijo el marinero—. Despacio, beba un poco más de cerveza. Ha vomitado mucha agua en la barca antes de perder el conocimiento.

—¿Lo vio? ¿Vio cómo se hundía?

—Todos los que estábamos en tierra lo vimos. También oímos los gritos. Hasta el rey los oyó desde el castillo de South Sea.

—¿Vio hundirse al *Mary Rose*?

—Dicen que exclamó: «¡Ay, mis gallardos caballeros! ¡Ay, mis valientes hombres!». Por supuesto que primero pensó en los caballeros —dijo con amargura.

—¿Por qué? ¿Por qué se hundió?

Edwin meneó la cabeza.

—Algunos dicen que no cerraron las troneras bastante rápido al virar el buque; otros, que los cañones en cubierta pesaban demasiado y que no debía haber tantos soldados a bordo. También he oído que quizá lo alcanzó un cañonazo. Cualquiera que sea la causa, todos esos hombres están muertos.

—¿Y los franceses…? ¿Qué pasó? El *Great Harry* disparó a sus galeras…

—Regresaron junto al resto de la flota. Intentaban llevarnos a mar abierto para enfrentarnos con los otros barcos franceses, pero lord Lisle no se deja pillar tan fácil. Nos habrían aniquilado.

—Vi humo en la isla de Wight.

—Los franceses consiguieron desembarcar a dos mil hombres, pero se están batiendo en retirada. Las dos flotas aún se mantienen a prudencial distancia. Por suerte para nosotros, están en mala posición, pero si el viento cambia podrían atacarnos. Debería marcharse en cuanto pueda —me dio más cerveza y luego me miró con curiosidad—. Nos preguntábamos, señor, qué hacía usted a bordo de la nave. No es ni soldado ni marinero, y al hablar parece más bien un caballero.

—No debería haber estado allí, tenía la intención de desembarcar precisamente cuando se alzaron las velas.

—¿En qué lugar del buque se encontraba?

—En el castillo de popa. En la pasarela sobre las redes de protección, conseguí arrastrarme hasta allí.

—Y puesto que solo vestía camisa no se hundió como tantos otros.

Volví a tumbarme. Empezaba a recordar fragmentos inconexos de la desgracia: el barco virando en un ángulo imposible, la mano del hombre agarrándome mientras cruzaba la pasarela, Emma detrás de mí.

—Había alguien en el agua conmigo…

Edwin se levantó con una mueca de dolor. Se había fracturado la pierna por debajo de la rodilla y se le había soldado mal.

—Sí, había un muchacho con usted. Ambos estaban agarrados al emblema del *Mary Rose*. Tuvieron suerte. Intentaron subir el emblema a la barca pero se hundió.

—¿Un muchacho?

—Sí, un chico fuerte, con la cara picada de viruelas —me miró a la cara—. ¿Su hijo?

—No, ella… él me salvo. ¿Dónde está?

—Se marchó. Yo fui uno de los que ayudé a sacar a los supervivientes de las barcas. El chico estaba debajo de usted, tendido bocabajo, parecía inconsciente, pero en cuanto la barca atracó en el muelle se lo quitó a usted de encima, trepó la escalera

como un mono y salió corriendo por Oyster Street. Lo llamamos; parecía herido, se sujetaba el pecho con un brazo, pero no nos hizo caso. ¿Lo conocía?

—No, pero me preguntaba qué había sido de él. Me salvó la vida. Dígame, ¿ha sobrevivido algún oficial?

—Todos estaban debajo de las redes de protección.

Recordé a West discutiendo con Carew y el sobrecargo mayor. Así que él también estaba muerto… todos lo estaban. Las imágenes de los hombres de Leacon cayendo al mar y hundiéndose al instante pasaron vívidamente ante mis ojos.



Tuve un sueño inquieto. El hombre que gemía se había quedado en silencio, probablemente había muerto; Edwin y sus compañeros se habían llevado un cuerpo envuelto en una manta. Era peor estar despierto: revivía una y otra vez la muerte de Leacon y sus hombres. Luego los recordaba cuando marchaban por los caminos polvorientos, las discusiones, las bromas y las pequeñas muestras de amistad; Leacon, que detestaba el redoble del tambor, cabalgando al frente con sir Franklin. Edwin y su colega me dieron más cerveza y más tarde intentaron que tomase un poco de caldo, pero fui incapaz.

Cuando volví a despertar ya era de día. Estaba descansado, al menos físicamente. Miré al joven marinero tendido junto a mí. Dijo unas palabras en español. No tuve fuerzas para recordar las escasas que sabía yo y meneé la cabeza a modo de disculpa. Intenté ponerme en pie, pero solo conseguí dar tres pasos vacilantes antes de sentir un terrible mareo que me obligó a apoyarme contra una columna. Edwin se acercó cojeando.

—Aún está muy débil, señor. Estuvo sin conocimiento durante un tiempo, debería volver a tumbarse e intentar comer algo.

—No puedo. —Me asaltó un horrible pensamiento—. ¿Ha venido alguno de los oficiales de su majestad?

—No —se rio con amargura—. El rey y sus hombres no se han movido del castillo de South Sea y del campamento.

—¿Y la reina? ¿Está aquí?

—No, en Portchester. El único visitante que hemos tenido es del consejo municipal. Están discutiendo con el gobernador Paulet sobre quién debe correr con los gastos de los que están aquí, si la ciudad o el ejército. —Me miró con curiosidad —. ¿Esperaba a alguien?

Negué con la cabeza, me despegué de la columna y volví tambaleándome a mis sacos.



Cuando volví a despertarme ya era de noche otra vez. Percibí que había alguien a mi lado y me incorporé sobresaltado. Barak estaba sentado en un banco al lado de un farol.

—¿Jack? —pregunté vacilante, pues mis sueños habían estado poblados de fantasmas.

—Sí. —Respiró hondo.

—¿Cómo has llegado aquí?

—Al ver que no arribaba a Petersfield regresé a Hoyland para saber si habían tenido noticias de Emma o de usted. Como no sabían nada vine aquí. Esta mañana, al llegar, me enteré de que la compañía de Leacon se había hundido con el *Mary Rose*. Vi los mástiles que sobresalen del agua. ¡Pensé que estaba usted más que muerto! —exclamó con repentina ira—. Luego supe que había supervivientes y vine a ver.

—Estaba en el castillo de popa, de alguna manera conseguí salir y acabar en el agua. Emma me rescató.

—¿También está viva?

—Sí, pero cuando la barca atracó salió corriendo. En el buque le conté a Leacon la verdad, la obligó a quitarse la pelliza y el yelmo y le rasgó la camisa. La puse en evidencia, pero eso la salvó. Jack, están todos muertos: Leacon, Carswell, Llewellyn, todos… —Las lágrimas brotaron de mis ojos—. Ha sido culpa mía. De no haber sido por mí, Rich no los habría destinado al *Mary Rose* —empecé a sollozar.

Entonces Barak hizo algo que jamás me habría imaginado: se inclinó y me abrazó.



Más tarde, conseguí incorporarme y le conté a Barak lo sucedido: mi secuestro por parte de West, las escenas del castillo de popa, mi huida por la pasarela y Emma rescatándome en el agua. Me dijo que había recogido unas cartas llegadas a Hoyland. Tamasin estaba bien, pero preocupada porque él aún no había regresado a Londres. Guy contaba que el comportamiento de Coldiron era cada vez más problemático y que se mostraba hosco porque Guy protegía a Josephine.

—No me sorprende —dije.

Barak se quedó un instante en silencio y luego exclamó enfadado:

—¿Por qué no me mandó un mensaje?

—Lo siento, solo podía pensar en que nuestros amigos habían muerto por mi culpa.

—Si no hubiese sido la compañía de Leacon, otra habría ocupado su lugar y otras mujeres y niños llorarían la pérdida.

—Pero los conocía —sacudí la cabeza con desesperación—, los conocía a todos.

—Richard Rich fue el que los mandó al *Mary Rose*.

—Porque sabía que West estaba allí. Los vi hundirse en el agua, sin escapatoria

posible. Tendría que haberme hundido con ellos, así se habría hecho justicia.

—¿Y eso qué arreglaría? ¿Un muerto más? ¿Y yo diciéndoselo a Tamasin y a Guy? Sabe una cosa, en realidad pensé que iba a tener que hacerlo.

—Lo siento. —Lo miré y suspiré—. ¿Cómo está David? Ni siquiera he preguntado por él, no consigo ordenar mis pensamientos.

—Dyrick seguía en el priorato, pero no me permitía ver a Hobbey ni a David. —Me miró con severidad—. Debería ir a decirles que Emma sigue con vida. Ya se habrán enterado de que el *Mary Rose* se ha hundido con quinientos hombres a bordo, estarán preocupados. Si come algo recuperará las fuerzas. Edwin dice que se niega a hacerlo.

—No puedo comer. —Me quedé un momento sentado en silencio—. Al fin Philip West consiguió la muerte en combate que tanto ansiaba.

—¿En combate? Ha muerto porque los imbéciles al mando de este desastre sobrecargaron el *Mary Rose* y lo pusieron en manos de un hombre que no sabía nada de barcos. Por lo menos eso es lo que cuentan en las tabernas.

—Justo antes de subir al castillo de popa con Leacon, vimos a West. Lo miré a los ojos y… supo que haría lo imposible para que su delito no quedara impune. Dios mío, qué arrogancia la mía.

—¿Rich lo cree muerto?

—No lo sé. Pensé que quizá venía aquí, pero no ha aparecido nadie de la corte.

—Pues ahora que West ha muerto, Rich podría ser una amenaza para Ellen. ¿Lo ha pensado?

—Solo pienso en esos hombres, no puedo pensar en otra cosa —dije llevándome las manos a la cabeza.

Barak alargó el brazo y me cogió de la mano con firmeza.

—Pues ya va siendo hora de que piense en todo lo demás. Levántese, hay mucho que hacer.

Capítulo 49

Tardé un día más hasta sentirme con fuerzas para emprender viaje. Barak me había obligado a comer e incluso se fue a Portsmouth a caballo a buscarme ropa nueva. Durante el día, el tronar de los cañonazos era frecuente. Los franceses se habían visto obligados a retirarse de la isla de Wight, pero las dos flotas seguían enfrentadas. El enemigo enviaba galeras para poner a prueba y alcanzar a nuestros buques, y llevarlos a mar abierto, pero tras la pérdida del *Mary Rose*, solo nuestras galeazas se acercaban al enemigo. En Portsmouth, Barak consiguió encontrar un sastre que me suministró un atuendo que no era precisamente de abogado, pero al menos me hacía parecer un caballero.

—Temen que los franceses intenten desembarcar en otra parte —me explicó Barak al llegar con mi nueva ropa—. Continúan llegando soldados. He oído que el rey ha ordenado reclutar más hombres en Londres, y en las fraguas de Sussex están preparando una nueva remesa de proyectiles. Debemos marcharnos cuanto antes.

Seguíamos en el viejo almacén, sentados en bancos y comiendo potaje junto a la pila de sacos que tenía como cama. La mayoría de los supervivientes ya se había marchado. Aparte de mí, quedaban otros tres hombres con distintos miembros rotos y un joven marinero que parecía haber perdido la razón y se pasaba la mayor parte del tiempo llorando en un rincón. Yo aún no había podido salir al exterior, no me sentía capaz de soportar la visión del mar abierto. «¿Lo de Ellen también empezó así?», pensaba.

—Quieren intentar reflotar el *Mary Rose* cuando no haya peligro —me explicó Barak—, traer ingenieros italianos para recuperar por lo menos los cañones. Con la marea baja se ven los masteleros —añadió tras un instante de vacilación.

Guardé silencio. Barak dejó el cuenco en el suelo.

—Bueno —dijo en tono expeditivo—, ya sabe lo que haremos mañana.

—Sí, iremos al castillo de Portchester y pediré ver a la reina.

—He confirmado que aún está allí y el rey sigue en el campamento. Hable con la reina y luego volvamos a casa. Los caballos están en las cuadras de la posada. De camino a Londres, si lo desea, podemos pasar por Hoyland.

—Hemos intercambiado los papeles, ¿no? —Sonreí con tristeza—. Ahora eres tú el que piensa las cosas y hace planes para que yo los ejecute.

—Si me lo pregunta, diría que siempre ha sido así.

Reí sin entusiasmo. Las imágenes del hundimiento del *Mary Rose* seguían repitiéndose en mi cabeza; a veces no me dejaban ni pensar. Era Barak el que había decidido que, para proteger a Ellen, debía ir a ver a la reina y contarle el secreto de Rich.

—En cualquier caso, West habría muerto en el *Mary Rose*, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —Barak respondió con una especie de paciencia irritada que se le colaba en la voz—. Era un oficial de alto rango, ¿no es cierto?

—Sí, al menos no soy culpable de su muerte.

—Ni de las otras. El barco se hundió porque estaba sobrecargado de soldados, con las troneras demasiado cerca del agua o por cualquiera de los motivos que se rumorean. Fuera por lo que fuese, no ha sido su culpa.

—Creo que nunca volveré a ser el mismo —dije en voz baja—. Esto me ha destrozado.

—Con el tiempo verá las cosas con más claridad; siempre es así.

—Eso espero, Jack, eso espero.



A la mañana siguiente salimos temprano. Era otro caluroso día de julio y al abandonar el almacén me empezó a latir con fuerza el corazón.

—Los barcos siguen en la misma posición —observó Barak—. Los franceses aún no han hecho avanzar a las galeras.

Miré al otro lado del Point. La flota seguía fondeada en el estrecho de Solent —de hecho a los buques de guerra se habían sumado algunos barcos pequeños—, pero faltaba una de las grandes naves. Aunque sentía el miedo en el estómago, recorrí la superficie del agua con la mirada.

—Desde aquí no se ven los mástiles —dijo Barak con delicadeza.

—¿Avisarán a las familias de los fallecidos? La compañía de Leacon era de Hertfordshire.

Barak miró hacia los barcos.

—No pueden enviar a nadie. Los soldados avisarán a las familias cuando regresen a casa, cuando todo haya terminado.

—Iré a Kent a decírselo por lo menos a los padres de Leacon. Dios mío, es lo mínimo que puedo hacer.

—Primero atendamos nuestros asuntos y regresemos a Londres —respondió con tacto.

Anduvimos hacia la posada en cuya cuadra estaba *Tres Patas*. Una compañía de soldados que parecían agotados pasó junto a nosotros en dirección al muelle, me fijé en las caras.

—Ayer, cuando fuiste a la ciudad, supongo que no encontrarías ni rastro de Emma, ¿no? —pregunté en voz baja.

—Estuve preguntando y hablé con los soldados de la puerta de la muralla. Nadie recuerda haber visto un muchacho de pelo castaño con una camisa rota. Creo que ha conseguido escapar.



Recogimos los caballos y cruzamos la puerta de la ciudad. Salí por última vez de Portsmouth cabizbajo, sin poder mirar atrás. En las tiendas de campaña donde había acampado la compañía de Leacon había otros soldados. Espoleamos a las monturas y avanzamos a medio galope hacia el norte de la isla, donde pudimos cruzar el riachuelo fangoso por el puente que la unía con la tierra firme de Hampshire. Luego giramos a la izquierda, hacia el castillo de Portchester. No levanté la mirada del camino, era incapaz de mirar el mar.

En esta ocasión no llevaba carta ni salvaguarda alguna para entrar en el castillo. No me atrevía a preguntar por Warner. Sin embargo, frente a los guardias junto al foso, el miedo y la turbación desaparecieron y mis habilidades discursivas de abogado acudieron en mi ayuda. Les dije, sin llegar a mentir, que era un letrado que trabajaba para la reina y que había estado a bordo del *Mary Rose*. Conseguí pronunciar aquel nombre aunque se me encogiera el estómago.

Esperaba que el oficial al mando se mostrara impresionado, pero solo me miró con desconfianza.

—¿Y qué hacía un abogado en el *Mary Rose*? Hay montones de hombres en Portsmouth que dicen ser supervivientes del hundimiento. La mayoría van en busca de una pensión. Si es usted abogado, ¿dónde está su toga?

—¡Hundida en el Solent! —repliqué perdiendo la paciencia—. Le repito que estaba en ese barco… ¡y tendré que vivir con ello el resto de mis días! Ahora, haga llegar mi mensaje a la reina, es urgente. Su majestad me recibirá y, si no lo hace, puede echarme al foso… por la cuenta que me trae.

Aunque seguía mirándome con desconfianza, mandó un soldado con el mensaje. Barak me dio unas palmadas en el brazo.

—¡Mucho mejor! —dijo aliviado—. Lo ve, ya vuelve a ser usted.

No contesté. Los soldados me habían hecho recordar a Leacon y a su compañía, el agua que se levantaba cuando caían y se hundían. Apreté las riendas de *Tres Patas* y vi cómo mis nudillos se ponían blancos.



Media hora más tarde me acompañaban a una sala suntuosamente amueblada. Habían ordenado a Barak que esperara en el patio. Me encontré a la reina sentada a un escritorio. Como siempre, dos damas de honor bordaban junto a la ventana. Cuando entré, se levantaron e hicieron una reverencia. Robert Warner también estaba allí. Me miró con cara de pocos amigos mientras me inclinaba ante la reina. Catalina se puso de pie y volví a verla cansada y tensa.

—Matthew, el guardia me ha dicho que estabais a bordo del *Mary Rose* —comentó amablemente.

—Así es majestad —logré responder conteniendo las lágrimas.

Ante una leve inclinación de cabeza de la reina, Warner me acompañó a una silla.

Catalina me miraba, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con dulzura.

Respiré hondo, pero durante unos segundos fui incapaz de hablar.

—Disculpadme, majestad. Me apresuré para llegar aquí pero… de veras lo siento, me cuesta hablar —me temblaba la voz.

—Tomaos vuestro tiempo. —La reina se volvió hacia sus damas—. Rosamond, traed un poco de vino.

Al cabo de un momento me recompuse.

—Ya tengo la respuesta sobre lo que le hicieron a Hugh Curteys, y al pobre Michael que acabó suicidándose. También tengo algo que contarle sobre… sobre sir Richard Rich y una mujer que conozco en el Bedlam, un oscuro secreto.

—Majestad —intervino Warner por primera vez—, si Rich está involucrado deberíais tener cuidado. Letrado Shardlake, disponer de esta información, ¿podría poner a la reina en peligro?

—Quizá tenga usted razón, colega Warner. Dios sabe que últimamente mis decisiones no han resultado las más acertadas —respondí tras un instante de vacilación.

—Ah, no, Matthew —sonrió la reina con su irreprimible sentido del humor—, no podéis llevarme hasta aquí y dejarme a medias. Contádmelo todo y yo decidiré qué medidas tomar.

Así que le conté lo que había descubierto en Hoyland, el ataque de Emma a David, aunque minimicé la verdadera gravedad de las heridas y oculté que David había asesinado a Abigail. Le expliqué la huida de Emma a Portsmouth, mi trato con Rich, el viaje al *Mary Rose* y mi posterior secuestro por parte de West. Al final, cuando le relaté el hundimiento de la nave, volvió a temblarme la voz.

Cuando terminé, la reina se sumió en el silencio durante un minuto entero con los hombros caídos, pero enseguida se irguió con determinación y preguntó en voz baja:

—¿Así que no tenéis idea de lo que ha sido de Emma Curteys?

—No, pero no tiene dinero y salió de Portsmouth con una simple camisa.

—¡Monstruos! —exclamó de repente. Jamás la había visto con el rostro tan encendido por la ira—. ¡Monstruos y miserables, hacer una cosa así por dinero! Y en cuanto a Richard Rich, eso es aún peor. Quizás hayamos perdido a Emma, ¡pero no permitiré que Rich ponga en peligro la vida de esa pobre mujer en el Bedlam!

—¿Qué haréis, majestad? —preguntó Warner inquieto—. El rey…

—Yo me ocuparé de esto —lo interrumpió la reina meneando la cabeza—. Creo que sir Richard Rich está aquí, en Portchester. Hacedlo venir.

—Pero majestad…

—He dicho que lo traigáis aquí —repitió con voz fría como el acero y, volviéndose hacia las damas, añadió—: Retiraos, se trata de un asunto privado.

Warner vaciló, luego hizo una profunda reverencia y se marchó. Las damas salieron tras él. Nos quedamos la reina y yo a solas. La furia de sus ojos pardos se

había transformado en preocupación. Volví a sentir que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—El *Mary Rose*… habrá sido espantoso. El rey vio cómo se hundía… Fue terrible para él. Estaba en compañía de lady Carew y tuvo que consolarla.

—Los soldados que estaban en el castillo de popa… los llevaron allí por mi culpa. Barak dice que si no hubieran sido ellos, habrían sido otros en su lugar, y tiene razón pero… No dejo de verlos y de pensar que fui yo el causante de esas muertes.

—Aunque os equivocáis, es natural que os sintáis así —sonrió con tristeza—. Pero las palabras no ayudan, ¿no es cierto? Solo el tiempo y la oración os aliviarán.

—¿La oración, majestad? —repetí incrédulo.

—Sí, la oración.

—He perdido ese arte.

Alargó la mano y la apoyó sobre la mía, una mano suave y bonita, perfumada. En aquel momento llamaron a la puerta y la retiró bruscamente.

—Adelante —respondió la reina, y Warner hizo pasar a Richard Rich.

La cabeza pequeña y afilada de este último apenas sobresalía del grueso cuello de piel de su toga gris, y llevaba puesta también la cadena de oro de su cargo. Sus ojillos penetrantes recorrieron la sala. Cuando me vio, los abrió de par en par y dio un paso atrás. «Barak tenía razón —pensé—, me creías muerto». Rich se tambaleó y se habría caído si Warner no lo hubiera cogido de esos hombros estrechos. Rich miró a la reina, recordó donde estaba, e hizo una profunda reverencia. La reina lo miraba fijamente con unos ojos tan fríos como los de él.

—Sir Richard —dijo con acritud—, veo que dabais al abogado Shardlake por muerto.

—Me enteré de que estaba a bordo del *Mary Rose,* majestad —respondió controlándose—. Dicen que se han salvado solo unos cuantos marineros y soldados.

—Estoy al tanto de que fuisteis vos el que mandó al señor Shardlake a bordo del *Mary Rose* para que lo matara el tal West, que ahora está muerto y que, a pesar de sus horribles actos, por lo menos intentó proteger la vida de la mujer que juntos habíais destrozado.

La reina hablaba en voz baja, pero sin apartar la mirada del rostro de Rich.

—Majestad —Rich me lanzó una mirada rapaz—, no sé lo que este hombre le habrá contado, pero es mi enemigo, dirá lo que sea para…

—Yo, en cambio, creo lo que me ha contado, sir Richard. Es perfectamente verosímil, teniendo en cuenta que sé de lo que sois capaz. El asesinato del escribiente Mylling…

—La puerta se cerró…

—La conspiración con West para asesinar al letrado Shardlake —continuó como si Rich no hubiera dicho nada—, vuestra aquiescencia a que Emma Curteys subiera a bordo del *Mary Rose*, a pesar de que conocíais su verdadera identidad. Lo sé todo, incluso que robasteis una carta del rey para Ana Bolena y se la llevasteis a Catalina

de Aragón.

Rich se pasó la lengua por esos labios finos y me señaló con el dedo.

—No se puede probar nada de todo esto. West ha muerto…

—Su madre vive —repliqué— y podría atestiguar que la carta fue robada y, aunque hayan pasado diecinueve años, seguro que quedará alguien en la corte que recuerde que os marchasteis con West. No me costaría mucho iniciar una investigación. Y, por supuesto, el rey se acordará perfectamente de esa carta.

El párpado de Rich empezó a temblar.

—Que me traigan una Biblia, majestad. Juraré ante vos…

—¿Cuándo vendisteis vuestra alma al diablo? —preguntó la reina sin levantar la voz.

Rich se ruborizó, abrió la boca y luego volvió a apretarla con fuerza, tenía la barbilla puntiaguda levantada, pero el párpado no dejaba de temblarle.

—Escuchadme, Richard Rich —dijo la reina—. Ellen Fettiplace y la madre del señor West están ahora bajo mi protección. Puesto que West ha muerto, seré yo misma quien pague las facturas del Bedlam mientras la señora Fettiplace desee permanecer en aquel lugar. Si algo le sucediera a ella, o a Matthew, os juro, y jamás he jurado en vano, que el rey sabrá todo lo que habéis hecho, empezando por el robo de la carta que puso sobre aviso a Catalina de Aragón de las intenciones del rey de divorciarse de ella.

Rich no dijo nada. La cara de la reina se encendió de ira.

—¿Está claro lo que acabo de deciros? ¡Responded a vuestra reina, patán!

—Sí, su majestad —contestó en voz baja.

—Hay algo más —dije con una voz espesa por el odio que sentía hacia Rich—: un testamento que me vi forzado a escribir. Sir Richard tiene una copia y debe ser destruido.

—Robert —la reina miró a Warner—, el señor Rich tiene una hora para traeros la copia. La destruiréis vos personalmente.

Rich miraba a la reina angustiado, con ese temblor en el párpado, pero ella le sostuvo la mirada hasta que lo obligó a bajar la suya.

—Lo traeré.

—Bien, ahora desapareced de mi vista… para siempre.

Rich hizo una reverencia y salió de la sala inclinado y caminando hacia atrás. Me echó una mirada desde la puerta y supe con total certeza que si alguna vez volvía a estar a su merced, sufriría una muerte lenta y dolorosa bajo su atenta mirada.

Cuando la puerta se cerró tras él, respiré hondo; Warner también parecía aliviado. Solo la reina siguió mirando con enfado la puerta cerrada.



Warner nos acompañó a Barak y a mí hasta las puertas del castillo de Portchester. No

pronunció palabra en todo el trayecto, pero al despedirnos respiró hondo y dijo en voz baja:

—En cuanto a sir Quintin Priddis y su hijo, es posible que la reina quiera tomar medidas contra ellos, pero intentaré convencerla de que no lo haga. Sacar todo estos asuntos a la luz no le haría ningún bien a la Audiencia de Tutelas. El rey tiene en alta estima los beneficios que produce y no quiero que la reina se enfrente a él.

—Comprendo —respondí.

Respiró hondo.

—A partir de ahora, creo que sería mejor que la reina no le encargara más casos.

—Sobre todo después de ver adónde nos ha llevado este —asentí.

—Si ama a la reina, como yo, déjela ahora en paz —añadió en voz baja.

—Estoy de acuerdo, procurador Warner. De nuevo, siento haberlo acusado.

Inclinó la cabeza y me tendió la mano.

—Adiós, Matthew —dijo.

—Adiós, Robert, y gracias. —Dudé un instante y añadí—: Tenga cuidado con Richard Rich, me temo que lo he convertido en enemigo de la reina.

—Así lo haré.

Barak y yo montamos y cruzamos el foso por el puente. Miré otra vez el mar, aparté la vista enseguida y respiré hondo.

—A Hoyland —dije—, y luego a casa.

Dimos media vuelta y dejamos atrás el castillo de Portchester y el mar.

Capítulo 50

Dos horas más tarde cabalgábamos de nuevo por el estrecho camino que llevaba al priorato de Hoyland. Cruzamos la verja de entrada y apareció la casa ante nosotros. La mayor parte de las flores de la pobre Abigail se había marchitado y el césped de los otrora cuidados jardines crecía salvaje. Los postigos estaban cerrados y las dianas junto al cementerio de las monjas habían desaparecido.

Dejar el mar atrás me había aliviado, pero ahora, a medida que nos acercábamos al porche, el mero movimiento del caballo me recordaba el balanceo de una cubierta. Tiré de las riendas para frenar a *Tres Patas* y cerré los ojos, me costaba respirar.

—¿Está usted bien? —preguntó Barak preocupado.

—Sí, dame solo un momento.

—Allí está Dyrick.

Abrí los ojos. Dyrick, con su toga negra, nos miraba con el ceño fruncido desde lo alto de la escalinata. El solo hecho de verlo me restableció; no iba a permitir que me viera en ese estado. Dyrick se volvió para llamar a alguien en el interior de la casa y enseguida salió un mozo para ocuparse de los caballos.

—Por fin han vuelto —dijo con su voz áspera de siempre mientras nos acercábamos—. ¡Han tardado cuatro días…! El señor Hobbey estaba desesperado. ¿Dónde está Emma? ¿La han encontrado?

No pude contener una sonrisa al ver que, a pesar de todo lo que había pasado, seguía con su beligerancia. Noté que estaba muy preocupado; sin duda temía que se hubiera descubierto lo que los Hobbey le habían hecho a Emma.

—La encontré, Dyrick, pero no quiso regresar conmigo. Ha vuelto a huir y no sé dónde está.

—Nos hemos enterado del hundimiento de *Mary Rose* y del ataque sobre la isla de Wight.

—Los franceses no lograron tomarla, pero siguen en el estrecho de Solent —expliqué. Barak y yo ya habíamos acordado no hablar de mi experiencia a bordo del *Mary Rose*. No sacaríamos nada de ello—. El jardín empieza a tener mal aspecto.

—La mitad de los criados se ha marchado —gruñó Dyrick—. Hasta la vieja bruja de Ursula se ha ido, decía que la casa estaba maldita. Han vuelto todos a la aldea para intentar congraciarse con Ettis. Por cierto, ya lo han soltado. El señor Hobbey ha cumplido su palabra.

—¿Dónde está?

—En su gabinete. Se pasa el día allí, solo sale para ir a ver a su hijo.

—¿Cómo está David?

—Se recupera, pero no podrá volver a caminar como antes y solo Dios sabe lo que le pasa por la cabeza. Tengo miedo de que acabe contándolo todo —dijo molesto

—. Debería estar en un sitio donde puedan vigilarlo.

Lo miré a los ojos. Sus palabras me recordaron cómo West y Rich se habían protegido después de la violación de Ellen. Me ocuparía de que nada parecido le ocurriera a David.



Nicholas Hobbey estaba sentado a su escritorio. Cuando entramos, primero vi la apática tristeza que lo acompañaba desde la muerte de Abigail y luego una especie de ansiedad desesperada. Había perdido peso.

—¿Y Emma? ¿Sabéis algo de ella? Los estábamos esperando —su voz se había convertido en la de un anciano quejumbroso.

—Estuvimos más tiempo del previsto en Portsmouth, los combates…

—Sí, llegaron noticias de que habíamos perdido el *Mary Rose*, pero… ¿y Emma…?

—La encontré —respiré—, pero ha vuelto a huir. Abandonó Portsmouth y no sé dónde está.

Su rostro se ensombreció.

—¿Aún se… se hace pasar por su hermano?

—Sí, y no creo que deje de hacerlo. Es la única identidad que ha tenido durante todos estos años.

—No llegará muy lejos, no lleva dinero —apuntó Dyrick.

—Es posible que intente unirse a alguna compañía.

—Estará durmiendo en alguna zanja junto al camino y robando fruta de las huertas… —se lamentó Hobbey.

—Un día de estos la acabarán cogiendo y descubrirán lo que es, la pondrán al descubierto —añadió enfadado Dyrick.

—Emma es inteligente —intervine—, se dará cuenta de que no puede mantenerse ni arriesgarse a que la descubran. Es posible que intente ponerse en contacto conmigo.

—¿En Londres? —preguntó Hobbey.

—Le dije que aceptaría su tutela y le daría libertad para escoger su camino en la vida.

—Entonces roguemos al Señor para que así sea —suspiró Hobbey—. Yo también tengo intenciones de regresar a Londres —añadió—, vender este maldito lugar y comprar algo pequeño en un sitio tranquilo. Será más fácil para David y podrá estar mejor atendido de su dolencia.

—Sí, le hace falta porque está muy mal —subrayó Dyrick.

—Por el amor de Dios, ¿cree que no lo sé? ¡Soy su padre! —replicó Hobbey con brusquedad. Y luego, volviéndose a mí, añadió—: Puedo vender las tierras y la casa por un buen precio. Sir Luke Corembeck ya ha mostrado su interés. Saque una buena

suma, Vincent —se dirigió a Dyrick con su tono expeditivo de siempre—, dejo la negociación en sus manos. El futuro de David y el mío dependerán de lo que saquemos una vez que… que haya saldado viejas deudas. Abogado Shardlake, ¿se ocupará de la parte de Emma si no ha regresado cuando vendamos Hoyland?

—Lo haré.

—Sacaríamos más si tuviéramos el ejido de la aldea —se quejó Dyrick.

—Pero no lo tenemos —replicó Hobbey—. Vincent, márchese mañana y mueva las negociaciones desde Londres. Solo verlo me pone enfermo —añadió.

El rostro de Dyrick se ensombreció.

—Abogado Shardlake —me dijo Hobbey—, si no le importa, me gustaría que hablara con David para asegurarle que no piensa revelar lo que le ocurrió a su madre.

Asentí con la cabeza. Aún sentía la responsabilidad de guardar ese secreto; necesitaba saber cómo estaba David.



Hobbey y yo subimos la escalera; él a paso lento sujetándose de la barandilla.

—Antes de ver a David, abogado Shardlake, quiero pedirle algo.

—¿De qué se trata?

—Espero que esté en lo cierto y que Emma acuda a usted en Londres. Pero si la descubren, ¿cree que contará que David mató a su madre? —Su rostro se contrajo con una mueca de dolor y se agarró con fuerza a la barandilla—. Creo que se imagina que fue él.

Tenía la mirada fija en mis ojos. Su principal preocupación seguía siendo su hijo.

—Lo dudo. Por lo que me dijo en Portsmouth, se sentía muy culpable por lo que le había hecho a David.

Hobbey dio otro paso y volvió a detenerse. Me miró a la cara.

—¿Qué he hecho? —se preguntó—. ¿En qué estaríamos pensando todos estos años?

—No creo que ninguno de ustedes pensara con claridad… desde hacía mucho tiempo. Todos tenían demasiado miedo, excepto Fulstowe, que quería sacar todo lo posible de la situación.

Hobbey recorrió el gran salón con la mirada: era la culminación de toda su ambición.

—No supe ver que mi hijo se estaba… trastornando. Me culpo de lo que he hecho —suspiró—. Bueno, ya ha pasado todo. Dyrick intenta convencerme de que me quede aquí, pero lo tengo decidido.

Me llevó al cuarto de David. Había una cama grande con dosel, cojines, sillas y un tapiz que reproducía una batalla romana. A diferencia de la habitación de Hugh, no había libros. David estaba tumbado en la cama mirando al techo, pero cuando entramos intentó incorporarse. Hobbey le indicó con la mano que no se moviera.

—No, no, cuidado con los vendajes.

David me miró aterrorizado. Allí, tumbado, parecía un chiquillo acorralado y aterrado. La sombra de barba en las mejillas lo hacía aún más digno de lástima.

—¿Cómo está, David? —pregunté con amabilidad.

—Duele, me han dado muchos puntos.

—Ha sido muy valiente —dijo su padre—, no chilló ni un vez, ¿verdad, hijo? —Respiró hondo—. El abogado Shardlake ha venido para decirte que no va a contar lo que le pasó a tu madre.

—No sabía lo que hacía, señor —dijo David con los ojos llenos de lágrimas—. Primero le disparé a usted y luego maté a mi pobre madre. No podía pensar en nada más que en disparar a la gente, sin parar. Tenía que proteger el secreto. Emma debía quedarse con nosotros. Aunque tuviera que matar. —Hablaba deprisa, casi tropezando con las palabras, pero de repente se calló, me miró y preguntó con vehemencia—: ¿Me perdonará Dios alguna vez el terrible pecado que he cometido, señor?

Miré esos ojos extraviados.

—No soy clérigo, David, pero si el arrepentimiento es sincero, dicen que el Señor perdona hasta el pecado más grande.

—No hago otra cosa que rezar, señor —dijo entre lágrimas—. Rezo por mí y por mi madre.

—Es lo único que puedes hacer, David —intervino su padre que se acercó y lo tomó de la mano.

Esas palabras me recordaron lo que Catalina Parr me había dicho hacía solo unas horas. Bajé la mirada.

—¿Qué se sabe de Emma? —preguntó el muchacho con voz trémula.

—El abogado Shardlake la vio en Portsmouth. Está muy arrepentida de lo que te hizo.

—Me lo merecía.

David me miró y me di cuenta de que, a pesar de todo lo que había pasado, la seguía amando. Me estremecí al pensar en cómo lo había trastornado todo lo que le había pasado por la cabeza durante los últimos seis años.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el muchacho.

—No estamos seguros —contestó Hobbey vacilante—, pero creemos que está a salvo.

—¿Volveré a verla?

—No lo creo, David. Si acude a alguien, probablemente será el señor Shardlake.

David volvió a mirarme.

—La quería, sabe, he querido a Emma todos estos años. —Asentí comprensivo—. Nunca pensé en ella como Hugh. Por eso, cuando temí que nos descubrieran, creo… creo que el diablo se apoderó de mí. Pero la quería… y a mi pobre madre también. Me di cuenta cuando… cuando ya la había matado —dijo entre sollozos con el rostro

cubierto de lágrimas.

Hobbey bajó la cabeza.

—Me pregunto si… —dije.

Hobbey me miró. Dudé unos instantes porque ya le había llevado a Guy demasiados casos perdidos, pero lograba mejoras hasta en los pacientes más graves y, tal vez, un caso así era lo que mi amigo necesitaba ahora. Además me daría una oportunidad de vigilar a los Hobbey.

—Si vienen a Londres, conozco un médico, un buen hombre. Quizá pueda ayudar a David.

—¿Conseguirá que vuelva a andar? —preguntó Hobbey con ansiedad.

—No puedo prometer nada.

—No lo merezco —dijo el muchacho en un arrebato de pasión.

—Dejemos esa decisión en las manos de Dios —repliqué, aunque solo fuera para consolar a esa pobre criatura.



Una hora más tarde, Barak y yo emprendíamos el camino a Londres y salíamos del priorato de Hoyland por última vez. Antes de irme había hecho algo más: entrar en el cuarto de Emma y coger la cruz que aún estaba en el pequeño cajón junto a la cama.

—¡A casa! —exclamó Barak—. Por fin regresamos para ver nacer a mi hijo.

Lo miré, la barriga que tenía en Londres había desaparecido. Me siguió la mirada y dijo alegremente:

—No se preocupe, pronto la habré recuperado. Un poco de descanso y buena cerveza obrarán milagros.

Sin embargo, nos vimos obligados a hacer una parada más. Ya habíamos dejado atrás el cruce de Rolfswood y las empinadas laderas que bordeaban el camino hacia Sussex, cuando unos tres kilómetros más adelante nos encontramos con tres soldados que bloqueaban el camino. Nos explicaron que no podíamos seguir porque un puente se había derrumbado y lo estaban reparando. Como ya era entrada la tarde, nos aconsejaron que buscáramos un lugar para pasar la noche.

Barak estaba furioso.

—¿No hay alguna manera de que podamos pasar? Solo somos dos, mi mujer está a punto de dar a luz y me espera en Londres.

—Nadie puede cruzar hasta que la reparación haya terminado. Hay soldados y pertrechos camino de Portsmouth que también esperan.

Barak parecía a punto de estallar, pero intervine.

—Jack —dije—, no hay mal que por bien no venga. Vayamos a Rolfswood.

Se apartó de la mirada fulminante del soldado y murmuró:

—Está bien, vamos. —Y esperó hasta estar a una distancia prudencial para soltar una retahíla de maldiciones.



El pueblo de Rolfswood estaba otra vez en silencio y tranquilo aquella tarde de verano. Pasamos por delante de la casa de Buttress.

—¿Qué hará con este sinvergüenza? —preguntó Barak.

—Pues lo mismo que con Priddis. No creo que pueda hacer nada. Si saco a la luz el asunto de la falsificación de la firma de Ellen hecha por Buttress y Priddis saldrá a relucir la violación, y no creo que eso sea ahora beneficioso para nadie.

—Por lo menos a Rich le han cortado las alas.

—Y la madre de West podrá seguir creyendo que su hijo murió como un héroe.

—Me pregunto qué se sacará en claro de la investigación de la muerte del señor Fettiplace.

—Nunca encontrarán al asesino y archivarán el caso. Será mejor que lo dejemos así.

Llegamos a la posada y encontramos sitio para pasar la noche. Después de cenar dejé solo a Barak porque tenía que hacer una visita.



La casa del párroco tenía el aspecto ruinoso de siempre. En el descuidado jardincillo, el cerezo había florecido. Llamé a la puerta y el reverendo Seckford abrió. Para variar, parecía sereno aunque tenía una mancha de cerveza en la sotana. Me invitó a pasar y le conté toda la historia. Hablé sobre West y Ellen, David y Emma y los hombres que había visto morir en el *Mary Rose*.

Ya había anochecido cuando terminé, y Seckford había encendido unas velas en la sala e insistido en ofrecerme una jarra de cerveza. Yo había bebido una; él, tres. Me había escuchado y ahora estaba cabizbajo; las rollizas manos le temblaban en el regazo.

—El rey ha hecho tres guerras contra Francia y ha perdido las tres —dijo levantando la cabeza—. Todo por su propia gloria. ¿Sabe una cosa? La Iglesia tiene una doctrina llamada guerra justa. La redactó santo Tomás de Aquino, aunque la doctrina es muy anterior. Cuando un Estado va a la guerra, debe haber agotado todas las otras opciones, tener la justicia de su parte y un propósito honroso. Ninguna de las guerras de Enrique cumple con la doctrina, aunque afirme ser un representante de Dios en la tierra.

—¿Qué guerras tienen la justicia de su parte, reverendo Seckford?

Se llevó la jarra a los labios con mano temblorosa.

—Algunas, quizá, pero ninguna de las de este rey. —Hablaba con repentina furia —. Él es el culpable de todo: de las muertes de esos hombres en el *Mary Rose*, de las de los niños y las mujeres franceses, hasta de la de Philip West, Dios perdone sus pecados.

—No dejo de ver la cara de mi amigo y todos aquellos soldados… los veo caer al agua… una y otra vez. —Sonreí con tristeza—. Una mujer a la que admiro dice que busque consuelo en la oración.

—Es un buen consejo.

—¡Pero cómo es posible que Dios permita que pasen cosas así! —estallé—. ¿Cómo? Pienso en ese barco hundiéndose, en las salvajes disputas entre católicos y reformistas, en Emma, Hobbey y David, y a veces… perdóneme, a veces creo que Dios se burla de nosotros.

—Entiendo que hoy en día haya gente que piense así —dijo Seckford dejando la jarra sobre la mesa— y si Dios fuera todopoderoso quizá tendría usted razón. Sin embargo, los evangelios cuentan una historia muy distinta, la de la cruz… Yo creo que Cristo sufre con nosotros.

—¿Y qué tiene eso de bueno, reverendo Seckford? ¿De qué sirve?

—La era de los milagros hace mucho que ha quedado atrás. Fíjese —dijo levantando la jarra—, el Señor ni siquiera puede conseguir que deje de beber, aunque me gustaría que lo hiciera.

—¿Y por qué no puede? ¿Por qué?

—No lo sé —dijo con una sonrisa triste—. Soy solo un viejo cura de pueblo borracho, pero tengo fe. Es la única manera de vivir con el misterio.

Sacudí la cabeza.

—La fe ya ha quedado fuera de mi alcance.

—No le gustan los misterios, ¿verdad? —sonrió—. Le gusta resolverlos, como ha hecho con el misterio de Ellen.

—¿Y qué saco con ello?

Me miró.

—¿Cuidará de ella?

—Haré lo que pueda.

—¿Y la pobre muchacha, Emma? ¿Y lo que queda de la familia Hobbey?

—Lo intentaré.

Seckford se inclinó hacia delante y puso su temblorosa mano sobre mi brazo.

—«Fe, esperanza y caridad» —citó—, pero la más grande de las tres es la caridad.

—Hoy en día esa doctrina ha quedado anticuada.

—Sin embargo sigue siendo la más grande, señor Shardlake, no lo olvide. Dele mis recuerdos a Ellen cuando la vea. Esta noche encenderé unos cirios en la iglesia en memoria de su amigo George Leacon y de sus hombres, para que brillen en todo su esplendor.

Puso su temblorosa mano sobre la mía, pero no me sirvió de gran consuelo.

Capítulo 51

Barak y yo llegamos a Londres cinco días después, la tarde del 27 de julio. Habíamos estado fuera casi un mes. Devolvimos los caballos en Kingston e hicimos el último tramo del viaje como el primero: en barca. Hasta el movimiento de las aguas del río me intranquilizaba, pero intenté disimularlo.

Cruzamos los jardines del Temple. Dyrick pronto estaría de vuelta en su bufete. Si Emma aparecía, iba a tener que tratar con él para conseguir la tutela de Hugh, pues esta era su identidad para la Audiencia, pero si no daba señales de vida, no podría hacer nada más.

El aspecto de Fleet Street y Strand era el mismo que cuando nos fuimos: en una esquina un grupo de aprendices con batas azules vigilaba con descaro a los transeúntes y había carteles en las paredes que advertían de la presencia de espías franceses. El barquero nos había explicado que seguían mandando soldados al sur; la flota francesa continuaba en el estrecho de Solent.

Barak me invitó a entrar en su casa para saludar a Tamasin, pero me di cuenta de que él prefería un reencuentro más íntimo, así que le dije que debía ir al bufete. Nos separamos en Chancery Lane y me prometió acudir al bufete a la mañana siguiente. Continué mi camino y giré en la entrada del Lincoln's Inn. Quería ver cómo estaban las cosas por ahí y pensar en cómo abordaría a Coldiron al llegar a casa.



Bajo el sol de verano, Gatehouse Court olía a polvo, el ambiente era sofocante. Abogados y escribientes cruzaban el patio entre los edificios de ladrillo rojo. Allí no había ni rastros de la guerra. Mientras me dirigía a mi bufete, empecé a sentirme más tranquilo en este ambiente conocido. Había enviado un mensaje a Skelly desde Esher en el que le informaba de mi inminente regreso, y este, nada más verme, se levantó para recibirme con una sonrisa.

—¿Ha ido todo bien, señor?

Me di cuenta por la inquietud con que me lo preguntaba que la tensión de los últimos días se reflejaba en mi rostro.

—Bastante bien. ¿Y tú? ¿Cómo están tu mujer y tus hijos?

—Todos en buena salud, gracias a Dios.

—Y por aquí, ¿cómo van las cosas?

—Bien, señor. Han entrado unos pocos casos nuevos, para la nueva temporada judicial.

—Perfecto —suspiré—, quiero que nos pongamos a trabajar cuanto antes.

—Nos enteramos de que los franceses intentaron invadir la isla de Wight y del

hundimiento del *Mary Rose* delante del rey en persona. Van a mandar un nuevo contingente de quince mil efectivos de Londres.

—El camino a Portsmouth estaba lleno de soldados y pertrechos.

—Nadie sabe qué va a pasar ahora. El barco *Hedgehog* estalló en el Támesis el mismo día del hundimiento del *Mary Rose*. Algunos dicen que lo volaron los espías franceses; otros, que el cargamento de pólvora no iba bien asegurado.

—Creo que esto último es lo más probable. ¿Cuántas víctimas hubo?

—Bastantes. Señor, ¿qué le sucede?

Skelly se precipitó hacia mí porque yo me había tenido que agarrar de la esquina de la mesa, como si el suelo se moviera bajo mis pies.

—Estoy cansado, eso es todo. Ha sido un viaje muy largo. Bueno, ¿los documentos nuevos están en mi despacho? Les echaré un vistazo.

—¿Señor…? —preguntó Skelly.

—Dime —le respondí con impaciencia.

—¿Cómo está Jack? ¿Hay novedades de su mujer? Sale de cuentas pronto, ¿no?

—Jack está bien —dije con una sonrisa—. Tamasin también, creo. Iba a su casa cuando lo dejé.

Cerré la puerta de mi despacho y me apoyé en ella. Sudando, esperé a que el suelo dejara de moverse bajo mis pies.



Eché un vistazo a los documentos de nuevos casos y luego centré mi atención en cómo abordar el tema de Coldiron y Josephine. Seguía sumido en mis pensamientos cuando llamaron a la puerta. Skelly entró y la cerró tras de sí.

—Señor, un joven quiere verlo. Pasó por aquí hace dos días preguntando por usted. Dice que lo conoce de un lugar llamado Hoyland. Aunque…

Me incorporé de repente.

—Hazlo pasar —dije, tratando de disimular la mezcla de entusiasmo y alivio en mi voz—, enseguida.

Estaba sentado a mi escritorio y el corazón me latía con fuerza. Sin embargo, no fue a Emma a quien Skelly acompañó a mi despacho, sino a Sam Feaveryear. Se plantó frente a mí y se apartó un mechón de pelo grasiento de la frente con un ademán que me era familiar. Reprimí mi decepción.

—Feaveryear —lo saludé cortante—, ¿me traes un mensaje de tu patrono?

—No, señor. He decidido… —dudó un instante antes de continuar— que no trabajaré más para el abogado Dyrick.

Levanté las cejas con asombro.

—No actué correctamente. Descubrí algo en Hoyland y dejé que el señor Dyrick me alejara de allí —dijo con un súbito torrente de palabras—, pero tendría que habérselo contado a usted. Desde entonces tengo cargo de conciencia. Hugh en

realidad era…

—Ya lo sé: Emma Curteys.

—Cuando conocí a Hugh —Feaveryear respiró hondo—, había algo… algo en él que me atraía —dijo retorciéndose las manos—. Pensé… pensé que el diablo me tentaba para que cometiera un pecado terrible. Rogué a Dios que me ayudara, pero no podía dejar de sentir lo que sentía. Al joven le molestaba que lo mirara, pero no podía evitarlo. Hasta que un día me di cuenta…

—Y se lo dijiste a Dyrick.

—Pensé que haría algo por… por la chica, pero me dijo que era el secreto de un cliente que había que guardar y me mandó de vuelta a Londres. He pensado, rezado, y me he dado cuenta de que… no está bien, señor, no está bien lo que le han hecho.

—La familia la obligó durante años a hacerse pasar por su hermano muerto para aprovecharse de los bienes —dije con aspereza—. Ahora ha huido y nadie sabe dónde está.

—¡Ay, Dios mío, señor! —exclamó—. ¿Me permite sentarme?

Le indiqué un banco y se dejo caer en él, totalmente abatido.

—¿Sabes lo que le ha sucedido a Abigail Hobbey? —le pregunté.

—Sí —respondió con un hilo de voz—. Mi patrono me escribió. También me dijo que Ettis había sido detenido por asesinato.

—Ya está en libertad, no fue él. —Me eché adelante y le pregunte enfadado—: ¿Por qué no le contaste a nadie lo de Hugh?

—No podía ser desleal a mi patrono. Pero desde que el señor Dyrick me escribió para decirme que llegaba mañana, no he dejado de rezar y pensar, y me he dado cuenta de que… —Me miró suplicante—. Dyrick no es un buen hombre, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Señor, me pregunto si… si… podría venir a trabajar para usted. Todos dicen que es usted un buen abogado, un defensor de los pobres.

Miré a Feaveryear, tenía un aspecto lamentable. Me pregunté hasta qué punto había acudido a mi apremiado por su conciencia o para buscarse otro trabajo. No tenía manera de saberlo.

—Feaveryear —respondí en voz baja—, no puedo mantener a otro escribiente. Te aconsejo que te busques un abogado hosco y cínico, uno de esos que aceptan cualquier trabajo sin ser presa de la ilusión de que solo deben defender causas justas, una ilusión a la cual, lamentablemente, me entrego a veces. Entonces, sin una sombra detrás de la que esconderte, quizá logres madurar al fin.

Bajó la cabeza, profundamente decepcionado, y decidí ser más amable.

—Veré si puedo encontrar un abogado así que necesite un escribiente.

Cuando volvió a mirarme, vi una súbita determinación en su rostro:

—No volveré a trabajar para el señor Dyrick. Pase lo que pase, no volveré con él.

—En ese caso —sonreí—, hay esperanzas para ti, Feaveryear. Veré qué puedo hacer.



Poco después me marché y recorrí a pie la corta distancia que me separaba de mi casa. Entré y me quedé en el vestíbulo, donde me llegaron las voces de los muchachos en la cocina. Recordé a Joan con una profunda tristeza y noté que alguien me observaba desde lo alto de la escalera. Era Coldiron, que empezó a descender a paso ligero y con ojos llenos de curiosidad.

—Bienvenido, señor. ¿Ha visto algo en Portsmouth? He oído que hubo una batalla y los franceses tuvieron que replegarse delante del mismísimo rey.

No respondí. Se detuvo al pie de la escalera y me miró inseguro, notaba que pasaba algo.

—Están enviando más efectivos de Londres. El joven Simon aún quiere alistarse si la guerra continúa.

—Por encima de mi cadáver —murmuré—. ¿Dónde está el doctor Malton?

—En el salón. Yo…

—Venga a vernos dentro de quince minutos —di media vuelta y lo dejé allí, intranquilo.



Guy estaba sentado en el salón, leyendo. Mi sorpresiva llegada lo puso muy contento. Se levantó y me cogió de los brazos. Me alegré al ver que volvía a ser el mismo de siempre: parte de aquella profunda melancolía estaba menos marcada en su rostro moreno.

—Por fin has regresado —dijo—, pero pareces cansado.

—He visto cosas terribles, Guy, peores de las que te imaginas. Ya te lo contaré.

Frunció el ceño.

—¿Jack está bien? —preguntó.

—Sí, ha sido un gran apoyo estas últimas semanas. Ha ido a ver a Tamasin. ¿Cómo está ella?

—Enorme, cansada y muy irritable —respondió con una sonrisa—. Pero va todo bien, calculo que dará a luz dentro de unos diez días.

—¿Y tú?

—Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Parece que estoy recuperando la energía. Tengo ganas de volver a casa y empezar a trabajar. Y si vuelven esos golfos… bueno… lo dejo en manos de Dios.

—Me alegro mucho.

—¿Sabes lo que realmente me ha ayudado? Mantener a Coldiron a raya. Dios santo, durante la primera semana se comportó como un bribón maleducado; pero no le permití que se saliera con la suya con sus tretas de patán. Como te expliqué en la carta, me vi obligado a llamarle la atención por su insolencia. Después estuvo

tranquilo y obediente durante un tiempo, pero la semana pasada volvió a gritarle a Josephine…

—¡No me digas!

—La golpeó con un cucharón y tuve que arrancárselo de las manos.

—¡Bien hecho! Le he pedido que venga dentro de un momento, pero antes debo contarte algo sobre él. No quería decírtelo por carta por si el muy sinvergüenza la abría.

Le expliqué lo que el soldado me había contado en Portsmouth sobre el origen de Josephine y la deserción de Coldiron después de robar los fondos de la compañía.

—Es un hombre buscado —terminé.

—No me sorprende —dijo Guy en voz baja—. ¿Qué piensas hacer?

—Pronto lo sabrás —respondí muy serio.

Al cabo de unos minutos Coldiron llamaba a la puerta y se ponía en posición de firmes en medio del salón.

—Vamos a hablar Coldiron, o quizá debería decir William Pile.

No se movió, pero se cuadró de forma aún más rígida.

—En Portsmouth coincidí con un antiguo compañero suyo con el que solía jugar a las cartas, un tal John Saddler.

Coldiron respiró hondo.

—Me acuerdo de Saddler, una deshonra de compañero. Los soldados resentidos suelen ser unos mentirosos.

—Fue compañero suyo en Flodden, cuando usted era tesorero en la retaguardia. Recordó también que se llevó usted a Josephine de Francia cuando era solo una niña.

Tragó, y la nuez le subió y bajó en el delgado cuello.

—Eso es mentira —replicó levantando la voz—. ¡Mentiras y calumnias! Rescaté a Jojo de una aldea francesa en llamas, le salvé la vida.

—No, no lo hizo. Se la llevó como si fuera un mueble cuando decidió desertar, después de robar el dinero de su compañía. Un delito condenado con la horca.

—¡Todo mentiras! —gritó, pero volvió a tragar y recobró la compostura—. ¿Por qué le ha creído usted a ese maldito mentiroso? —me imploró en tono adulador—. Nunca se hace justicia con los viejos soldados —se quejó lastimeramente.

—Es fácil esclarecer el asunto. Entonces se hará la justicia que se merece.

Su mirada se turbó.

—¿Sabe Josephine quién es usted en realidad? —pregunté con aspereza.

—Recuerda la aldea en llamas y la vida en el campamento. Sabe que le di una vida, un lugar en el mundo. Yo la rescaté, soy lo único que tiene. La he tratado como a una hija.

—Guy —dije—, ¿me harías un pequeño favor? Ve a buscar a Josephine.

—Señor —le imploró Coldiron mientras mi amigo se dirigía a la puerta—, ¿no creerá de veras todas estas mentiras?

Guy ni siquiera le contestó. Nos quedamos solos, frente a frente. Se pasó la

lengua por los labios.

—Por favor, señor, no me denuncie. Si llegara a juicio, podrían creer las mentiras de Saddler.

—Cotejarán lo que dice con los documentos de la compañía y sabríamos la verdad.

—Deje que Josephine y yo nos vayamos —suplicó—. Nos marcharemos en cuanto lo ordene, a pesar de que soy un pobre anciano que se quedó tuerto cuando servía a su rey.

—Dirá cuando descubrieron que hacía trampa en las cartas.

Durante un instante se le torció el gesto de rabia, pero no dijo nada más. La puerta se abrió y regresó Guy seguido de Josephine con cara de susto.

—¿He hecho algo malo, señor? —preguntó enseguida—. Padre…

—Calla la boca, Jojo —le advirtió Coldiron—, no digas nada.

—Josephine, no has hecho nada malo, pero sé que William Coldiron no es tu padre. Ni siquiera se llama así.

Josephine, que hasta ese momento se movía nerviosa y cambiaba el peso de una pierna a otra, se quedó muy quieta, con la mirada atenta. Me di cuenta de que su aparente estupidez y torpeza en realidad eran una pose, un papel que se había acostumbrado a interpretar para Coldiron a lo largo de los años, igual que Emma había aprendido a interpretar el papel de su hermano. Sin duda así era como Coldiron quería que fuera: tonta, torpe y dependiente.

—En Portsmouth —continué— descubrí algunas cosas sobre Coldiron. Dónde lo hirieron en realidad…

—Fue en Flodden, señor —dijo ella.

—Eso no es cierto. Desertó de su compañía años más tarde y te llevó consigo.

La muchacha miró a Guy, y él asintió.

—Padre —dijo volviéndose hacia Coldiron—, dijiste que teníamos que irnos, que los demás hombres iban a hacerme cosas malas y tú querías protegerme…

—He dicho que cerraras la boca —masculló Coldiron—, estúpida franchute inútil.

Josephine se calló al instante.

—Voy a dejar que se marche, Coldiron —dije—. No denunciaré sus delitos para que su desgracia no caiga sobre Josephine. ¡Largo de aquí! Josephine, me gustaría que te quedaras a trabajar en mi casa, si lo deseas, claro.

—Pero, señor —le temblaban los labios—, el doctor Malton ya sabe lo inútil que soy.

—Es cierto —dijo Coldiron con rabia—, necesitas que te vigile, que arregle todo lo que estropeas.

—Eso no es cierto —dije mirándola.

—Nosotros cuidaremos de ti, Josephine —intervino Guy con dulzura.

La muchacha nos miró y ya no pudo contenerse, se llevó las manos a la cara y se

echó a llorar. Guy se acercó a ella y le palmeó el hombro.

—¡Déjala en paz, negro de mierda! —gritó Coldiron—. ¡Y tú, maldito jorobado, siempre has estado en contra de mí! ¡Odias a los soldados, a los hombres de verdad, a cualquiera que no sea un blando, un tullido y un cobarde…!

De repente perdí los estribos y me abalancé sobre él. Coldiron, asombrado, intentó apartarse de un salto, pero lo agarré de los hombros, le di la vuelta y lo empujé hasta la entrada. Simon y Timothy habían oído los gritos y estaban boquiabiertos en la puerta de la cocina.

—¡Tim! ¡Abre la puerta! —grité.

—¡No! ¡Delante de los muchachos no! —aullaba Coldiron mientras intentaba zafarse de mí y Timothy se apresuraba a abrir la puerta.

Lo empujé y salió disparado para caer de bruces al pie de la escalinata. Chillaba como un cerdo apaleado. Se volvió y me fulminó con la mirada desde el suelo. Al cerrarle la puerta en las narices, lo mejor fue que Coldiron vio cómo Simon y Timothy se reían y aplaudían.

Capítulo 52

Regresé al salón. Josephine, con Guy a su lado, estaba sentada a la mesa, parecía más tranquila. Levantó la vista y me miró a los ojos, sin esa habitual timidez huidiza.

—¿Se ha marchado, señor? —preguntó con voz temblorosa.

Respiré con dificultad, me dolían los hombros.

—Sí —respondí.

—Josephine, ¿recuerdas cuál era tu apellido de pequeña? —le preguntó Guy con dulzura.

—No —respondió bajando la cabeza—, pero recuerdo la aldea, la casa en llamas —volvió a mirarme—. Recuerdo que algunos de los soldados del campamento eran amables, pero después me obligó a irme con él. —Suspiró profundamente—. ¿Cómo me las arreglaré para salir adelante sin él?

—¿Quieres irte con él? —dijo Guy—. Aún estás a tiempo.

—Pero no soy nadie, nada.

—Si pensáramos eso, no te habríamos pedido que te quedes.

Josephine dio un salto brusco al oír que llamaban con energía a la puerta y apretó la mano de Guy.

—¡Ha vuelto! Estará furioso, señor, ayúdeme, por favor…

Salí a abrir la puerta. Simon y Timothy seguían allí, sonrientes. Abrí de golpe y vi a Coldiron en el umbral. Tembló un instante al verme la cara y luego dijo:

—Mis cosas, señor. El dinero que hay en mi baúl, la ropa, mis recuerdos… ¡No puede quedárselos! —levantó la voz—. ¡No es legal! ¡Y me debe la paga! ¡Quédese con Jojo, quédesela, pero deme mi dinero!

—Id a la habitación de Coldiron —indiqué a los muchachos—, ponedlo todo en su baúl, bajadlo y dejadlo fuera. No hace falta que seáis muy cuidadosos.

Coldiron había dado un paso al frente e intentaba volver a entrar, pero le cerré la puerta en las narices una vez más.

—¡Sí, señor! —Timothy corrió escaleras arriba.

Pensé que estaba dando mal ejemplo a los muchachos. Cuando Simon iba a seguir a Tim, lo cogí del hombro.

—Espera —dije.

—¿Señor?

Miré la delgada cara debajo de esa maraña de pelo rubio. Ya era tan alto como yo.

—¿Aún quieres ser soldado?

Dudó un instante antes de responder.

—Cuando usted se marchó, señor, empecé a darme cuenta de que el señor Coldiron decía muchas mentiras, ¿no es cierto?

—Así es. Pero Simon, si aún quieres ser soldado, dímelo y veré si puedo encontrar hombres que hayan luchado de verdad para que hables con ellos. Si después sigues deseándolo, no me interpondré en tu camino.

—Señor, estaba pensando que… eh… antes de marcharse me dijo que me ayudaría a entrar de aprendiz.

—Sí, lo haré —sonreí—, si es lo que quieres.

Miró a su alrededor. Guy y Josephine estaban en la puerta del salón, nos escuchaban. Josephine aún estaba agitada y las lágrimas le corrían por las mejillas. Había oído a Coldiron decir que nos quedáramos con ella. Simon, con las mejillas arreboladas, la miró primero a ella, luego a mí.

—¿Josephine se queda con nosotros? —preguntó.

—¿Josephine? —pregunté en voz baja.

—Sí, Simon —respondió con voz trémula—, me quedo.

Poco después, el baúl de Coldiron, arrastrado por los muchachos, bajaba a trompicones por la escalera. Abrí la puerta. Mi viejo criado estaba sentado en los escalones con aire taciturno. Lo miré sacar el baúl a rastras por la cancela y alejarse por Chancery Lane. Lo vi por última vez cuando se volvió y agitó un puño huesudo hacia mí.



Cayó la noche y me quedé en el salón mirando el jardín. Guy había ido a la cocina a tranquilizar a Josephine mientras esta preparaba la cena con los muchachos. Lo mejor era volver a la normalidad. Reapareció con aspecto pensativo.

—Necesitaré a un nuevo mayordomo, ¿te interesa? —Sonreí.

Arqueó las cejas.

—Creo que retomar la medicina será más fácil. —Dudó un instante y añadió con inesperada turbación—: Estaba pensando en volver a mi casa la semana que viene.

—Haré que Josephine y los muchachos la limpien primero. —Lo miré con seriedad—. ¿Crees que se las arreglará sin Coldiron?

—No será fácil. Si pudieras encontrar a algún mayordomo con experiencia y decente para ocupar el lugar de Coldiron, sería una ayuda. Necesita orden, al menos por un tiempo. Y tú necesitas un hombre que se haga cargo de la casa si no quieres que la gente empiece a murmurar sobre el abogado y la joven criada.

—Creo que si alguien tiene interés en este frente es Simon —asentí con una sonrisa.

—Ya me he dado cuenta. Deberías decirle que la ayude, pero que necesita paz y tranquilidad. Es un buen chico, estoy seguro de que lo entenderá.

Me senté y permanecí callado durante un rato.

—Bueno, el problema de Coldiron ya está resuelto, pero hay otra cosa de la que debo ocuparme.

—¿Ellen?

—Durante el viaje descubrí lo que le pasó. La violaron. Uno de los culpables ya está muerto; el otro ya no puede hacerle ningún daño. Y la reina va a ocuparse de pagar el Bedlam.

Me echó una mirada seria y prolongada.

—¿Qué pasó en Hampshire, Matthew?

—Es una larga historia. Quizá tenga un paciente para ti, si aceptas el caso, naturalmente, un pobre muchacho malherido por una flecha —miré a Guy—. Hizo algo terrible que… que lo atormenta. Pero lo hirieron cuando intentaba salvarnos la vida a Barak y a mí.

—¿Hugh Curteys?

—No, se llama David Hobbey. Guy, te lo contaré todo, pero antes debo ir al Bedlam a decirle a Ellen que no le va a pasar nada, que es libre.

—Ten cuidado con ella, Matthew. No estoy seguro de si podrá ser libre alguna vez.

—Antes solo tenía preguntas para ella, ahora puedo darle respuestas. Y debo ser yo el que lo haga.

—Sabes que está enamorada de ti.

—Entonces es mi deber dejarle claro que en ese sentido no guarde ninguna esperanza.



Saqué a *Génesis* de la cuadra y cabalgué hasta Bedlam. Hob Gebons me abrió la puerta. Al verme, su rostro cuadrado se ensombreció.

—Ya ha vuelto.

—Sí, y me gustaría hablar con el custodio Shawms —bajé la voz—. Sé lo que le ocurrió a Ellen, Hob.

El custodio estaba en su oficina. Tomé asiento sin pedir permiso. Shawms me miró con expresión calculadora en esa cara gorda con un rastrojo de barba. Llevaba el mismo jubón manchado de la última vez. Me pregunté en qué se gastaría todo el dinero.

—Metwys ha venido a verme —gruñó.

—Déjeme adivinar lo que ha dicho: que Ellen se encuentra bajo la protección de la reina, que pagará las facturas a partir de ahora.

—Así es —asintió con la cabeza—. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Descubriendo quién violó a Ellen hace diecinueve años, el que pagaba sus facturas, un tal Philip West, que está muerto. Había otro hombre involucrado, pero ahora que Ellen está bajo la protección de la reina Catalina no puede hacerle ningún daño. ¿Le dijo Metwys de quién se trata?

—No, y no quiero saberlo. ¿Se marchará Ellen ahora? —preguntó—. Por mí,

puede irse cuando quiera, si es lo que desea la reina. No hay ninguna…

—Orden de demencia, ni la ha habido nunca. No me cabe duda de que Beatrice West debió de darle una buena suma al director para encerrarla aquí hace tantos años con la ayuda de sir Quintin Priddis. Me atrevería a decir que lo que ahora desea usted es perderla de vista. Bueno, a mí también me gustaría que salga de aquí, pero dudo de que ella acceda. —Me incliné hacia delante—. Asegúrese de que la traten bien y reciba una paga por su trabajo, o me ocuparé de que llegue a oídos de la reina.

Me miró y sacudió la cabeza.

—Es usted endiabladamente persistente, ¿sabe?

—Sí —dije poniéndome en pie—. ¿Dónde está?

—En su habitación. Esta vez procure no alterarla. No le haría bien a nadie.

—Tiene que saber la verdad. Adiós, señor Shawms.



Miré a través de las rejas de la puerta de Ellen. Estaba sentada en la cama, cosiendo tranquilamente. Su expresión era triste pero serena y recordé el terror que había visto en su rostro la última vez. Me juré que no la haría volver a pasar por lo mismo.

Llamé y entré. Levantó la vista y su mirada se torno fría y dura.

—Buenos días, Ellen.

—Habéis vuelto —dijo sin mostrar sentimiento alguno.

—Sí, esta mañana. ¿Os han tratado bien en mi ausencia?

—Sí, Gebons se ha mostrado extrañamente amable conmigo. Me pregunto si le pagasteis para que lo hiciera.

—Quería asegurarme de que os trataban bien. —Como no decía nada, le pregunté —: ¿Habéis hablado con el señor Shawms?

—No —se puso en alerta—. ¿Sobre qué?

Inspiré profundamente.

—Ellen —dije con dulzura—, no quiero volver a escarbar en vuestro pasado, pero he estado en Sussex. —A pesar de que noté que se ponía tensa y vigilante, continué de todos modos—: Ahora estáis a salvo de esos hombres. —Había decidido no contar lo del cuerpo de su padre—. La reina en persona ha asumido la responsabilidad de pagar vuestros gastos. Si alguna vez queréis salir de aquí, podéis hacerlo. Sois libre, Ellen.

Me miraba fijamente, con miedo.

—¿Qué le ha pasado a… a Philip? —Vacilé antes de responder—. ¡Decídmelo! —gritó.

—Está muerto, Ellen, se hundió con el *Mary Rose*.

Se quedó inmóvil, con la mirada perdida, y dijo casi en un susurro lleno de odio:

—Se lo merecía.

La misma frase que había pronunciado Emma al contemplar el cuerpo de Abigail,

la misma que había usado David al referirse a lo que le había sucedido a él mismo.

—Os hizo algo terrible.

Me miró con expresión de profundo agotamiento.

—¿Y el hombre que estaba con él aquel día? ¿Qué ha sido de él?

—¿Sabéis quién era? —pregunté tras un instante de vacilación.

—Solo recuerdo a un tipo delgaducho.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Me di cuenta de la magnitud de las emociones que había estado reprimiendo durante todos esos años perdidos.

—Ahora es un personaje importante en la corte del rey. Es mejor que no sepáis su nombre, pero ya no puede haceros ningún daño.

—¿No puede porque le contasteis a la reina lo que me hicieron? —preguntó en un tono cargado de ira.

—Era la única manera de protegeros.

Volvió a mirar el vacío; le temblaban las manos con las que sujetaba las labores. Las dejó sobre la cama, se volvió y me miró directamente a los ojos.

—Aquí estaba contenta, todo lo contenta que puedo estar. No deberíais haber interferido.

—Os he librado de una terrible amenaza.

—Para ello habríais tenido que estar en Rolfswood hace diecinueve años —rio amargamente—. Habláis como si me importara lo que pudiera pasarme. No tengo ningún miedo. Lo tuve durante un tiempo, cuando creí que me amabais. Ahora veo que es imposible. ¿Sabéis quién me hizo despertar?

—No.

—Vuestro amigo, Guy. No dijo nada de forma directa, pero de alguna manera me abrió los ojos. Es un hombre listo —dijo con amargura—. Vos, sin embargo, me dejasteis que albergara esperanzas durante estos dos años. No tuvisteis el valor de decirme la verdad. Sois un cobarde, Matthew.

—¡He puesto mi vida en peligro para averiguar la verdad sobre vos! —estallé.

—¡Jamás os lo pedí! —Inspiró larga y profundamente antes de continuar con amargo desprecio—. ¿Habéis querido alguna vez? ¿Acaso sois capaz de querer?

—No escogemos a quien amar. Quier… —Me quedé en silencio.

—Ya no me importa. —Volvió la cara—. Marchaos, no quiero volver a veros. Ahora os odio. —La rabia había desaparecido de su voz, solo quedaba el cansancio.

—¿Es lo que queréis? ¿Que no regrese?

—Sí —respondió. Seguía sin mirarme—. Y en el fondo de vuestro corazón vos también lo queréis. Ahora lo comprendo. Cuando los locos conseguimos ver las cosas, las vemos demasiado bien.

—No estáis loca.

—No quiero volver a repetirlo. Marchaos.

No levantó la vista ni una vez mientras yo salía por la puerta y la cerraba a mi paso. Me volví para mirarla una vez más antes de alejarme hacia la salida.



Cabalgué de regreso a casa con la mente en blanco. No podía pensar en nada y apenas registré los gritos de un grupo de corpulentos golfos que perseguían a un hombre de apariencia extranjera por Cheapside. Dejé a *Génesis* en la cuadra y di la vuelta hasta la parte delantera de la casa. Simon estaba asomado a una de las ventanas del piso superior. Cuando abrí la puerta de entrada, bajó corriendo por la escalera.

—Señor Shardlake…

—¿Qué pasa? ¿Se trata de Josephine…?

—No, ella está bien, señor. Es la señora Tamasin, ha venido doña Marris a buscar al doctor Guy. Parece que la criatura se adelanta un poco, dijo que algo iba mal.

Salí corriendo por Chancery Lane hacia la casa de Barak. Los abogados con los que me cruzaba se paraban y me miraban sorprendidos.



Barak abrió la puerta. Estaba despeinado, visiblemente alterado y llevaba una jarra de cerveza en la mano. Los gritos de dolor atravesaban la puerta cerrada del dormitorio, al otro lado del vestíbulo.

Barak me hizo pasar y se dejó caer en un pequeño banco de la entrada.

—¿Está Guy…? —pregunté.

—Está con ella. No llevaba aquí ni media hora cuando ha roto aguas. Aún le faltan casi dos semanas. La última vez el bebé nació cuando tocaba.

—¿Dónde está doña Marris?

—Dentro, con Guy. No me dejan entrar.

—Dame eso. —Le arrebaté la jarra de la mano porque Barak gesticulaba con unos movimientos tan nerviosos que pensé que tiraría la cerveza—. ¿Qué ha dicho Guy?

—Solo ha dicho que aún no ha salido de cuentas. Doña Marris estaba asustada y corrió a buscarlo.

—Dicen que el segundo puede adelantarse, ya lo sabes.

Echó una mirada angustiada a la puerta cerrada, a través de la cual seguíamos oyendo gritos.

—Es normal en el parto —dije para tranquilizarlo.

—Si le pasa algo a Tamasin —estaba como ido—, creo que no podría soportarlo, volvería a caer en la bebida. Lo es todo para mí.

—Ya sé, ya sé.

—No me importa si es una niña… —Se calló porque cesaron los gritos.

Hubo un prolongado y aterrador momento de silencio hasta que llegó a nosotros el amortiguado llanto de un recién nacido. Barak se quedó boquiabierto. La puerta del dormitorio se abrió y apareció Guy secándose las manos con una toalla. Sonrió.

—Jack, eres el padre de un niño sano y hermoso.

Barak se puso en pie de un salto, corrió hacia Guy y le apretó la mano.

—Gracias, muchísimas gracias —jadeaba aliviado.

—Dáselas a Tamasin, ella ha hecho el trabajo. No ha habido ninguna complicación…

Pero Barak ya estaba dentro de la habitación, y yo lo seguí a paso más lento.

Doña Marris estaba junto a la cama y sostenía un pequeño bulto envuelto en una tela de pañal. Barak se lanzó sobre Tamasin.

—Ten cuidado, tonto —le dijo ella con dulzura mientras le acariciaba el pelo con una sonrisa—. Ve a ver a tu hijo.

Barak se inclinó sobre el niño, y Guy y yo mirábamos por encima del hombro de doña Marris.

—Es… es precioso —dijo cogiéndole con ternura una de las manitas.

—Sí que lo es —admití.

Aunque, a decir verdad, a mí todos los recién nacidos me parecían iguales: viejecitos diminutos. Pero este parecía sano, lloraba a pleno pulmón y tenía la cabecita cubierta por una pelusa rubia, igual que Tamasin.

—Está sano, ¿no? —preguntó Barak a Guy con súbita inquietud.

—Sano como el que más.

Barak volvió a mirar a su hijo.

—Pensar —dijo en voz baja— que quizá viva para ver un cambio de siglo. ¡Qué cosa!

—Tu hijo John —dijo Tamasin con voz queda desde la cama.

Barak se quedó pensativo durante un momento, me miró y dijo:

—Tammy, ¿te importa si le ponemos otro nombre?

—¿Cómo? —preguntó sorprendida.

—Llamémoslo George, como a nuestro primer hijo. George Llewellyn Carswell. —Me miró y añadió—: Para recordarlos.

Epílogo

Noviembre de 1545, cuatro meses después

Habían caído las últimas hojas y en el cementerio soplaba un viento fresco que las hacía girar y susurrar en torno a mis pies. Me cerré bien el tabardo y seguí andando hacia la iglesia. Había llegado el invierno.

Me detuve frente a la tumba de Joan y deposité ante la lápida una última rosa de mi jardín. Permanecí allí un momento, preguntándome qué habría pensado ella de lo sucedido en mi casa aquel verano. Seguía sin mayordomo; había visto a varios candidatos, pero ninguno demostraba la sensibilidad que me parecía necesaria para tratar con Josephine. La veía mucho mejor, pero cada vez que cometía un error, cada vez que recibía la más mínima crítica, reaparecían la torpeza y la vacilación. De vez en cuando, al volver a casa procedente de Lincoln's Inn, me la encontraba mirando la calle con gesto extraño, absorta. Me imaginaba que estaba pendiente de un posible regreso de Coldiron, aunque no sabía hasta qué punto con miedo o con deseos de recuperar la seguridad que le daba su presencia.

Había regresado al trabajo y agradecía la rutina, pero alguna que otra vez, cuando estaba cansado, tenía todavía la espantosa sensación de que el suelo resbalaba y se deslizaba bajo mis pies. De allí pasé a la tumba de mi amigo Roger; las lluvias otoñales habían dejado rayas de suciedad en el mármol. «Tengo que mandar a uno de los muchachos a limpiar esto», me dije. Simon iba a dejar la casa al poco tiempo para ponerse de aprendiz de mercero; se lo había arreglado yo con Alderman Carver. Recordé entonces que tras la muerte de Roger había deseado casarme con su viuda. No había tenido noticia de Dorothy en los últimos meses, y tampoco de la reina, ni de Warner; pero tampoco lo había esperado.

Había un banco ante la vieja iglesia; aparté unas cuantas hojas y me senté. Me quedé mirando el muro del cementerio, en la distancia, y recordé aquel día de junio en que habían pasado revista en Lincoln's Inn Fields. Los franceses ya habían desestimado la idea de invadir Inglaterra y su flota había regresado a su país, donde el sitio de Boulogne se hacía interminable: las tropas inglesas dentro de la ciudad, el ejército francés fuera. Una tremenda pérdida de tiempo. Según los rumores, el rey se había dado cuenta, por fin, de que la ofensiva contra Francia había fracasado irremisiblemente y al empezar el año iba a firmarse el tratado de paz.

Contemplé la verja del cementerio. En aquella ocasión no había acudido a reflexionar, sino a ver a alguien, a una persona que era mejor mantener apartada de los curiosos de Lincoln's Inn. Mientras la miraba, la verja se abrió y entró una figura alta y esbelta, con un tabardo grueso y una gorra oscura, que se dirigió hacia mí.

Emma Curteys seguía comportándose como un muchacho, vistiendo como un muchacho, pareciendo un muchacho. La invité a sentarse a mi lado. Se acomodó y permaneció en silencio unos instantes, para luego volverse y mirarme inquisitivamente. Su rostro desfigurado estaba pálido.

—Ya está —anuncié.

—¿Ha habido alguna dificultad?

—No, ya que todo el mundo estaba de acuerdo. Dyrick ha confirmado la aprobación de Hobbey a la venta de la tutela. Y Edward Priddis ha aprobado la tasación. Se ha situado como albacea de Hampshire desde el fallecimiento de su padre en septiembre. Sir William Paulet no ha puesto ninguna dificultad, así que está todo ratificado. —Sonreí con incomodidad—. Ahora es usted mi pupilo; o, mejor dicho, Hugh Curteys es mi pupilo.

—Gracias —contestó en voz baja.

Emma se había presentado en mi bufete en agosto. Por fortuna me hallaba allí, ya que Skelly se habría negado a dejar pasar a aquel muchacho enjuto y sucio. Me contó que no tenía intención de acudir a mí, pero que tras un mes sin un penique por los caminos, robando en las granjas, había acabado agotada y se había comido el orgullo. Le di dinero y le encontré una habitación hasta que llegara al tribunal la petición de transferencia de su tutela.

—Hobbey también estaba presente —añadí, vacilante—, por si lo necesitaban. Ha vendido el priorato de Hoyland a sir Luke Corembeck.

—¿Cómo está David?

—Ya anda un poco, pero ha tenido más ataques del mal caduco. Hobbey no le quita ojo; mi amigo el médico cree que lo protege en exceso. —La miré a la cara—. Le remuerden la culpa y la vergüenza.

—El señor Hobbey siempre ha de tener a alguien a su cargo —repuso. Hizo una pausa y luego se volvió hacia mí y añadió con una pasión repentina—: Sin embargo, pienso constantemente en David, en lo que hice. Haría lo que estuviera en mi mano para ayudarle.

—Ya lo sé.

—Y pienso en los soldados. Sueño que se caen al agua, sueño con los chillidos de los hombres atrapados.

—Yo también.

No se lo había contado a Emma, pero de no haber sido por las maquinaciones de Rich la compañía de soldados a bordo del *Mary Rose* habría sido otra. No quería que compartiera conmigo la culpa infinita que me acongojaba. Recordé la visita a los padres de Leacon en Kent para decirles que su hijo había muerto y ofrecerles la ayuda económica que me fuera posible hacerles llegar. Eran dos ancianos que me parecieron perdidos, destrozados.

—Gracias, señor Shardlake —dijo Emma—. Siento no haber confiado en usted desde el principio. No creía que nadie pudiera apartarme de Hoyland y de los Hobbey

y había dejado de anhelar una salida.

Me eché hacia delante, apoyé los codos en las rodillas y pregunté:

—¿Por qué dejó que le hicieran una cosa así, Emma?

—Al principio para no tener que casarme con David, pero… cuando me convertí en chico me di cuenta de que un varón tiene mucho más poder en este mundo. Y… —dudó momentáneamente antes de continuar— en cierto modo sucedía algo raro: era como si llevar su ropa y hacerme pasar por él mantuviera con vida a mi hermano. ¿Le parece comprensible?

—Tal vez. Pero luego… podía haber cambiado de identidad y reclamar sus tierras. Los Hobbey no podrían haber hecho nada.

—No. Llevaba ya demasiado tiempo en la piel de Hugh. Se habría organizado un escándalo. Y una muchacha desfigurada, sola, por mucho que cuente con dinero, tiene poco poder. Mucho menos que un hombre. Y tenía muchísimas ganas de ser soldado. —Se echó a reír sin alegría—. ¿Qué soy?, me pregunto. Quizás algo nuevo en este mundo.

No supe qué contestar. Nos quedamos en silencio un momento.

—He oído que han abandonado la idea de sacar a flote el *Mary Rose* —dijo por fin Emma—. Los palos se han hundido y se ha asentado en el cieno, con los restos de todos esos hombres, que Dios los tenga en su gloria.

Nadie dijo nada durante unos instantes, hasta que pregunté:

—¿Qué piensa hacer? Ya se lo he dicho: a partir de ahora puede hacer lo que quiera con su vida. Es lo que he tratado de garantizarle. La Audiencia de Tutelas me ha permitido guardar todo su dinero. Debo retenerlo durante tres años, pero siempre que necesite una suma, sea lo que sea, solo tiene que pedirla. Por lo que a mí respecta, es todo suyo. Dios mío, desde luego que se lo merece después de lo que le ha costado. Lo tengo a buen recaudo, en monedas de oro de las de antes, a salvo de esa incesante pérdida de valor del dinero.

—No sé, señor Shardlake. Me gusta mi alojamiento. La verdad es que creía que sería más difícil hacerse pasar por chico en la ciudad, pero nadie te mira dos veces, no cuesta ser uno más. A propósito, gracias por mandarme dinero para comprar esos libros.

—Ahora puede comprar lo que quiera. Es rica.

—Pero aún no sé quién o qué soy. Sí tengo claro que no quiero ser mujer, ser una criatura obediente y servicial, vestir esa ropa tan incómoda.

—Debería conocer a la mujer de Barak, Tamasin, a la que nadie podría calificar de servicial. Y una mujer tiene la posibilidad de ser independiente, si la respalda el dinero.

En ese momento Emma suspiró y apartó la vista.

—Hay un muchacho que tiene una habitación en mi casa —dijo— y con el que he salido a beber un par de noches. Me… Me gusta. Se llama Bernard. —Se ruborizó un poco, con lo que las cicatrices destacaron por su color blanco, y luego añadió—: Pero

me da miedo que descubra la verdad, como sucedió con Sam Feaveryear. El amor —señaló con amargura— es algo muy peligroso.

—Emma, ahora le resultaría difícil adoptar la identidad de una mujer, ya lo sé, pero he pensado en algo. La esposa de Jack, Tamasin, podría ayudarla, mostrarle cómo vestirse y comportarse. Podemos confiar en ella si le contamos la historia y estoy convencido de que harían buena migas.

—¿No acaba de tener un hijo?

—Sí, pero estaría encantada de ayudarla, no me cabe duda.

—No, no puedo soportar la idea de aprender a ser otra persona. Lo mismo otra vez, no. Por muy buena y amable que sea su amiga Tamasin, me traería recuerdos de aquellos días en que Hobbey y Fulstowe me hicieron aprender a suplantar a Hugh. Y volver a llevar falda me desesperaría, me sentiría impotente, como cuando murió mi hermano.

—Pero ahora tiene usted dinero…

—Por mucho que quisiera, no creo que pudiera. —Respiró hondo—. Señor Shardlake, he pensado en irme al extranjero, tal vez a los Países Bajos, alejarme de Inglaterra. Puede que incluso trate de buscar plaza en una universidad. Ahora me resultaría imposible ser soldado, después de lo sucedido.

—Claro.

—¿Sabe qué? Creo que tenía razón, que tal vez tengo madera de académico. Pero no hay mujeres que se dediquen a la erudición, ¿verdad?

—Hay mujeres instruidas. La reina, sin ir más lejos, ha escrito un libro, y lady Isabel…

Emma agitó la cabeza con ímpetu.

—Tienen dispensa, por ser de la familia real.

—¿Huye usted de lo que siente por ese muchacho, ese Bernard? —pregunté, tras reflexionar.

Hizo una mueca y se le tensaron las cicatrices.

—Necesito tiempo, señor Shardlake. Necesito una ocupación. ¿Me permitiría ir al extranjero?

—Su vida es suya. Ya me he entrometido demasiado en el destino de los demás. Le ofreceré mi ayuda siempre que la necesite. Pero tiene que acudir a mí.

Se levantó.

—En ese caso organizaré el viaje a Flandes. Le escribiré desde allí. Para contarle cómo me va.

—Está decidida a irse, ¿pues?

—Sí.

Se colocó ante mí y extendió la mano, con aquellos largos dedos.

—Emma, hay algo que no he llegado a preguntarle. ¿Sigue llevando la piedra del corazón?

Me miró con una afabilidad en los ojos que no le había visto nunca y negó con la

cabeza.

—No —respondió en voz baja—. La tiré al Támesis. Formaba parte de mi antigua vida con los Hobbey. Ahora llevo la cruz que me regaló mi madre, después de que usted la recogiera en Hoyland y me la diera en agosto.

—Me alegro —respondí con una sonrisa.

—Ojalá hubiera podido darle las gracias a esa buena señora por lo que hicieron Michael y ella, pero a ella no podría… —se le cortó la voz.

—¿Engañarla? No. Sin embargo, le he escrito para decirle que Hugh se encuentra bien.

—Se lo agradezco todo, señor Shardlake, pero he emprendido mi propio camino; deje que me lleve a donde quiera.

Le tomé la mano. Las duras callosidades provocadas por los años de práctica con el arco empezaban a desaparecer. Vi a Emma Curteys alejarse por el sendero, a ojos de cualquiera un muchacho de paso firme, buen tabardo y pelo castaño y corto bajo un gorro negro. Las hojas muertas y amarillentas se arremolinaron en torno a sus pies.

Nota histórica

La guerra de Enrique VIII con Francia de los años 1544-1546 fue probablemente la decisión política más desastrosa de su reinado. En ocasiones se lo ha presentado como un monarca «modernizador», pero su actitud ante la guerra recordaba tiempos medievales. Desde el principio de su reinado ansió la gloria de las conquistas en Francia de las que habían hecho gala sus predecesores de la Edad Media. Sin embargo, Francia había pasado a ser un estado unido y próspero, con una población mucho mayor que la de Inglaterra.

Sin haber aprendido nada del fracaso de dos intentos anteriores, en 1544 Enrique invadió el norte de Francia con una tambaleante alianza con el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Carlos V. El objetivo era que las fuerzas de Enrique y Carlos convergieran en París, pero el inglés desvió su ejército para atacar Boulogne, que esperaba unir a Calais, la plaza que todavía conservaba en suelo francés, para formar un amplio territorio inglés. Sin embargo, cuando tras un largo y sangriento sitio Enrique tomó Boulogne, sus fuerzas sufrieron a su vez el asedio del ejército enemigo. Carlos y el rey francés, Francisco I, firmaron la paz por su cuenta y las fuerzas inglesas quedaron acorraladas en Boulogne durante dieciocho meses, recibiendo con dificultad suministros de Inglaterra. Enrique se enfrentaba a solas contra todo el peso de Francia, que, además, enviaba tropas a su aliada Escocia, contra la que Enrique estaba ya en guerra.

La contienda resultó extraordinariamente cara, ruinosa, y para pagarla el monarca vendió la mayor parte de las tierras monásticas que había arrebatado a la Iglesia en la década de 1530, explotó fiscalmente a los ingleses e incluso alteró la composición de las monedas, reduciendo su contenido de plata, lo que dio lugar a una espiral de inflación sin precedentes. Todos los sectores de la sociedad se vieron afectados, pero los que más sufrieron fueron los pobres, que no tenían capacidad de elevar el precio de su trabajo.

En el verano de 1545 los franceses decidieron zanjar el problema invadiendo Inglaterra. Se trataba de una amenaza innegable y muy seria: reunieron una flota que podría haber llegado a triplicar la cantidad de buques de guerra que podía convocar Inglaterra, con unos 30 000 soldados a bordo. El papa aportó un barco. La iniciativa superaría en escala a la de la Armada Invencible, cuarenta años después. Para plantar cara a la amenaza Enrique ordenó una leva de civiles a gran escala. Sumando las milicias y las fuerzas navales, se llamó a filas a más de 100 000 hombres, una proporción de la población que en la actualidad equivaldría a bastante más de un millón de hombres; una proporción de la población masculina comparable a la movilizada para resistir la amenaza de invasión de Hitler en 1940.

Por fortuna para Inglaterra, los franceses sufrieron el mal liderazgo de su

comandante, el almirante Claude d'Annebault; al igual que los ingleses, para capitanear sus fuerzas los franceses siempre recurrían a aristócratas en lugar de profesionales. Si D'Annebault hubiera concentrado sus recursos, los franceses podrían haber obtenido el control de la isla de Wight, y en el caso de que hubieran logrado desembarcar en la de Portsea podrían haber sitiado Portsmouth como los ingleses habían sitiado Boulogne. Los desembarcos anfibios a gran escala son famosos por su dificultad, pero al menos habría habido una dura ofensiva en el sur de Inglaterra.

Al final, sin embargo, tras la batalla del estrecho de Solent narrada en el libro, en la que no se decidió nada, la guerra acabó perdiendo fuelle sin más y la mayor parte de los hombres reclutados regresaron a sus casas para la cosecha, aunque algunos fueron enviados al sitio de Boulogne, que continuaba. Con el tratado de paz de 1546 Inglaterra obtuvo autorización para retener Boulogne, que a la sazón había quedado convertida en un montón de escombros, durante diez años. Enrique recibió también una reparación que supondría una gota en el océano de las grandes sumas que había dilapidado.

Con la guerra no se consiguió nada más que la muerte de miles de soldados y marineros: ingleses, escoceses, irlandeses, galeses, franceses y de otras naciones europeas. A esas cifras deben sumarse muchos civiles franceses y escoceses.

Enrique VIII murió a los seis meses de la firma del acuerdo de paz y dejó a sus hijos un legado de aislamiento en Europa, guerra irresoluta con Escocia, conflicto religioso, inflación, miseria generalizada e indicios de revuelta social. En la década de 1550 se devolvió Boulogne a los franceses y en 1558 se perdió Calais, última posesión inglesa en el continente.

El hundimiento del *Mary Rose* cuando zarpaba rumbo a la batalla el 19 de julio de 1545 ha dado pie a muchas explicaciones distintas. Parece seguro que las cañoneras de estribor estaban abiertas cuando una repentina ráfaga de viento, algo habitual en el estrecho de Solent, alcanzó el velamen e hizo que el barco, que estaba en plena maniobra, zozobrara, por lo que el agua penetró por esas aberturas. También es posible que el barco estuviera gravemente sobrecargado de cañones y soldados y que el peso fuera excesivo en la parte superior debido a todos los hombres que habían subido a los castillos. Podría ser, asimismo, que lo alcanzara un disparo oblicuo de los cañones de las galeras francesas y se abriera una vía de agua. Con independencia de la causa, o de la conjunción de causas, el *Mary Rose* se hundió en cuestión de minutos y la inmensa mayoría de los que iban a bordo quedaron atrapados bajo la red que debía prevenir el abordaje. Sus chillidos se oyeron desde la costa. Sobrevivieron unas treinta y cinco personas de un total que hoy se calcula en quinientas.

Enrique había comido el día antes a bordo de su buque insignia, el *Great Harry*, y lo había abandonado repentinamente al avistarse la flota francesa ante la costa del

extremo oriental de la isla de Wight. Su intención de visitar el *Mary Rose* con posterioridad es invención mía. No se sabe dónde se alojó el rey durante la visita a Portsmouth de 1545, pero lo más probable es que lo hiciera en el castillo de Portchester o en el campamento real levantado en Southsea Common. Tampoco se tiene constancia de dónde estaba Catalina Parr durante el verano de aquel año, pero una noticia me empuja a creer que viajó a Portsmouth con el rey: en el parte en que informaba de la batalla del estrecho de Solent, el embajador de Carlos V, Francis van der Delft, mencionaba que el canciller de la reina le mostró los barcos. Dada la estructura de la casa real, la única explicación de la presencia de su canciller en Portsmouth es que, sin duda, Catalina también se encontrara allí.

La aparición de Richard Rich en Portsmouth es invención mía. La documentación indica que no estaba entre los miembros del Consejo del Rey que acompañaron a Enrique. Sin embargo, su participación en la organización financiera de la invasión de Francia de 1544 es exacta, al igual que la pérdida del cargo y la sospecha de que se había llenado los bolsillos en exceso. De todos modos, permaneció en el Consejo del Rey y su carrera no se vio afectada.

Robert Warner fue procurador de la reina Catalina Parr, que recurrió a él para defender a un familiar de uno de sus criados, acusado de herejía en 1544.

En el verano de 1526 Enrique VIII y su primera esposa, Catalina de Aragón, emprendieron en efecto un viaje real que los llevó a Petworth. El monarca mantenía ya a la sazón correspondencia con Ana Bolena; también debió de decidir ese año divorciarse de Catalina y casarse con Ana. Sin embargo, la carta interceptada es ficticia. Sí es cierto que el papa propuso más adelante que la reina resolviera los problemas provocados por el anhelo de divorcio de Enrique recluyéndose en un monasterio, y que la soberana se negó porque creía que el deseo de Dios era que siguiera casada con Enrique. Si hubiera aceptado, paradójicamente, lo más probable es que Enrique no se hubiera escindido de Roma.

El abuso de la Audiencia de Tutelas como fuente de ingresos, con graves costes económicos (por no hablar de los emocionales) para muchos de los niños implicados, fue un sistema más de conseguir dinero de la población pergeñado por Enrique VIII. La explotación de ese tribunal prosiguió durante los reinados de Isabel I y Jacobo I, y alcanzó proporciones épicas durante el de Carlos I. Poner freno a esa explotación de los menores de edad fue una de las principales exigencias del Parlamento en los años precedentes a la revolución inglesa, y su abolición es uno de los logros olvidados de la República inglesa de 1649-1660. El sentimiento popular era tal que el régimen corrupto del restaurado Carlos II no se atrevió a restablecer la Audiencia de Tutelas.

Si bien la historia de Emma Curteys es completamente imaginaria, existen numerosos relatos que se remontan a tiempos históricos lejanos de mujeres que se han hecho pasar por hombres y han luchado en el ejército, en ocasiones durante años. Por ejemplo, hay varios cientos de casos documentados en ambos bandos de la guerra de Secesión, donde con frecuencia se conocía a las mujeres por su especial valor en la batalla.

Agradecimientos

Estoy muy agradecido a muchas personas que me han ayudado y asesorado para escribir este libro, que me ha llevado a adentrarme en campos (en especial el militar y el naval) sobre los que mis conocimientos eran escasos. Espero que el producto final haga cierta justicia a la sabiduría de quienes me han aconsejado; cualquier error es, por descontado, culpa mía.

Mi agente, Antony Topping, fue el que tuvo la idea de ambientar una novela en la guerra de 1544-1546. Le estoy muy agradecido, una vez más, por su estímulo y por leer el original y comentarlo. Gracias también a Maria Rejt por otro trabajo de edición maravillosamente experto, a Liz Cowen por su meticulosa corrección y a Becky Smith por haber pasado el texto al ordenador. Michael Holmes me asesoró sobre los aspectos navales desde un principio, fue mi chófer en las visitas a Portsmouth y leyó también el primer borrador del libro, lo mismo que Roz Brody, Jan King y William Shaw. Reitero mi gran agradecimiento por todos sus sagaces comentarios. James Willoughby tuvo la amabilidad de traducirme la consigna de la Audiencia de Tutelas. Glennan Carnie, de la Asociación Inglesa de Tiro con Arco Bélico (*www.englishwarbowsociety.com*) fue de mucha ayuda en todo lo relativo a esa disciplina; insisto en que los errores son responsabilidad mía. Robyn Young tuvo la cortesía de hacer observaciones sobre el capítulo de la cacería en el priorato de Hoyland.

Son muchísimos los restos arqueológicos conservados del buque de guerra *Mary Rose*, aunque el material documental sobre el hundimiento es bastante escaso. Al volcar, un lado quedó conservado en el cieno del fondo del estrecho de Solent; se sacó a flote en 1982. Los submarinistas también descubrieron, y han ido extrayendo desde entonces, cientos de piezas que van de cañones y arcos a prendas de vestir, calzado y objetos personales, así como los restos de muchos de los desafortunados tripulantes. Estoy muy agradecido al Mary Rose Trust, en Portsmouth, donde se conservan y se exponen esos artículos, por haber dedicado tiempo a leer el borrador del libro y por sus comentarios y consejos. Doy gracias de corazón al contraalmirante John Lippiett, a Sally Tyrrell, a Alex Hildred y a Christopher Dobbs por toda su ayuda. He hecho todo lo posible para garantizar que la descripción del *Mary Rose* y de su tripulación se basara en datos históricos y soy responsable de cualquier posible error. Los detalles que doy del barco, y en particular de sus castillos, que no se han recuperado, se basan en el hermoso cuadro del *Mary Rose* pintado por Geoff Hunt para el quinto centenario de su construcción.

El Mary Rose Museum está recogiendo fondos en la actualidad para un nuevo centro que tiene prevista su inauguración en el año 2012 y que exhibirá tanto la mitad del barco conservada como una «réplica» reconstruida de la otra, y ubicará las piezas

recuperadas en los lugares en los que debieron de estar. (Algunas de las pertenencias de los soldados aparecen en este libro). Con ello se ofrecerá una perspectiva única de las vidas de los soldados y los marineros. Puede encontrarse más información sobre las exposiciones y actividades actuales y sobre los planes futuros en *www.maryrose.org*.

El jefe de caballería de Enrique VIII, sir Anthony Browne, que estuvo en Portsmouth, encargó una serie de grandes cuadros para Cowdray House, su mansión de Sussex, uno de ellos del campamento inglés en Portsmouth en 1545. En él aparecen las flotas inglesa y francesa juntas, y los palos del recién hundido *Mary Rose* apenas sobresalen del agua. Se trata de una pintura muy interesante, con los buques ubicados con suma precisión, aunque la gente de tierra debía de estar mucho menos contenta de lo que se ve ante la enorme flota invasora; en ese sentido, es una obra de propaganda. Enrique VIII aparece asimismo mucho más joven y esbelto de lo que era en 1545. Por desgracia, los originales se perdieron en el incendió de Cowdray House de 1793, pero se había hecho una serie de grabados de los cuadros que sí se conserva. El del campamento de Portsmouth ha sido objeto de una atenta investigación del doctor Dominic Fontana de la Universidad de Portsmouth, que también ha estudiado la ciudad de la época Tudor. Le estoy muy agradecido por toda su ayuda y, también en su caso, por sus comentarios sobre el borrador. Puede encontrarse más información sobre los grabados de Cowdray, el hundimiento del *Mary Rose* y el Portsmouth Tudor en su página web, *www.dominicfontana.co.uk*.

La campaña de 1544 en Francia tiene la particularidad de que un oficial galés, Elis Gruffudd, escribió un relato de primera mano: *The Enterprises of Paris and Boulogne*, traducido al inglés por M. B. Davies (El Cairo, 1944). La narración que hace Leacon de los estragos causados en la campiña francesa se basa en ese libro. En la época de los Tudor era frecuente el saqueo de la población civil, aunque por lo general como consecuencia de las campañas militares. Sin embargo, en 1544 Enrique VIII ordenó expresamente que se atemorizara a los civiles de Francia y, sobre todo, a los de Escocia para someterlos.

El pueblo de Rolfswood es ficticio, lo mismo que el priorato de Hoyland, si bien la abadía de la que dependía, Wherwell, sí existió de verdad. Muchos antiguos centros monásticos se vendieron en la década de 1530 y muchos más en la de 1540, como se señala, para recaudar fondos para las campañas del rey Enrique. La obra de Jeremy Hodgkinson *The Wealden Iron Industry* (Stroud, 2009) ha resultado muy útil en todo lo referente a la industria del hierro, lo mismo que la muestra del Lewes Museum de Sussex. La placa de fondo de chimenea que Shardlake ve en Liphook se expone en ese museo. El *Toxophilus* de Roger Ascham sigue editándose (Lightning Source, Reino Unido). Sobre el tiro con arco, el libro de Richard Wadge *Arrowstorm: the World of the Archer in the Hundred Years War* (Staplehurst, 2007) ha resultado especialmente útil, lo mismo que, en el caso del *Mary Rose*, *The Men of the Mary Rose: Raising the Dead*, de Ann Stirland (Stroud, 2005), y *The Warship Mary Rose*

(Londres, 2007), de David Childs. *The Military Obligations of the English People, 1511-1558*, de J. J. Goring (tesis doctoral, 1955), ha ofrecido información inestimable sobre el reclutamiento de los primeros ejércitos de la época Tudor. Para la Audiencia de Tutelas he consultado el libro de H. E. Bell *An Introduction to the History and Records of the Court of Wards and Liveries* (Cambridge, 1953) y el de J. Hurstfield *The Queen's Wards* (Londres, 1958).

A pesar de la ingente cantidad de obras sobre la historia de los Tudor, nadie ha escrito todavía la historia de la guerra de 1544-1546. Alguien debería hacerlo.



CHRISTOPHER JOHN (C. J.). SANSOM es un escritor británico de novelas policiacas. Nació en 1952 en Edimburgo, Escocia, y fue educado en la Universidad de Birmingham, donde cursó una licenciatura y luego un doctorado en Historia. Como muchos otros historiadores, tras trabajar en varias actividades, se decidió por la novela criminal histórica, un género muy popular. Así creó la exitosa saga protagonizada por el abogado Matthew Shardlake en la Inglaterra del siglo XVI. También ha escrito *Invierno en Madrid*, un *thriller* ambientado en la España de 1940, a raíz de la Guerra Civil española.